

El hombre y su tiempo



ERA

Andre Gunder Frank

# América Latina: subdesarrollo o revolución





Al nombre de Andre Gunder Frank se hallan unidos varios de los ensayos más lúcidos, corrosivos y esclarecedores de la realidad latinoamericana publicados durante los últimos años. Antropólogo y economista, Gunder Frank ha seguido un largo camino en la crítica sistemática de las llamadas ciencias sociales, tal y como éstas surgieron y se difundieron desde las metrópolis para justificar la dominación del Tercer Mundo. Asimismo, Gunder Frank polemiza con otros investigadores marxistas, cuyas observaciones acerca de la sociedad subdesarrollada no podían ofrecer una comprensión cabal, vale decir totalizadora, de las verdaderas relaciones existentes entre nuestros pueblos y las potencias económicas capitalistas avanzadas. Gunder Frank ha sido, por consiguiente, uno de los primeros estudiosos capaces de reorientar las grandes líneas del pensamiento teórico y político, adecuándolas, en un nuevo nivel, al marco de las verdaderas condiciones existentes. La tesis central, apuntada por Gunder Frank, consiste en la afirmación de que el subdesarrollo no es el resultado de un cierto retraso temporal en el impulso de las fuerzas inter-

nas hacia el progreso, sino la consecuencia directa de la expansión capitalista de las actuales potencias industriales. Dicha expansión, iniciada y consumada en el plano mundial con la conquista y colonización de América Latina, Asia y Africa, dividió históricamente al mundo en dos grupos dialécticamente vinculados pero opuestos entre sí: el mundo capitalista y sus colonias. Para Gunder Frank, sería esta contradicción la que aún subyace en las relaciones dependientes de los países subdesarrollados respecto del sistema en su conjunto y de cada metrópoli en particular. Según el autor, la relación metrópoli-colonia es el hilo teórico que permite descubrir, a través del estudio específico, la naturaleza de la estructura de clases y, por tanto, conocer de un modo científico, las alternativas económicas y políticas que los explotados del Tercer Mundo podrían enarbolar para salir del subdesarrollo.

El presente volumen es la primera recopilación completa, revisada por el autor, de sus trabajos anteriormente publicados en innumerables revistas, así como de sus estudios ya editados en forma de libro.



Prefacio, 11

I

1. Desarrollo del subdesarrollo, 21

II EL TRAJE DEL EMPERADOR

2. Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología: un examen del traje del emperador, 35
3. Funcionalismo y dialéctica, 95
4. Política económica o economía política, 107
5. Ilusión triple, 117
6. La retórica del señor Heilbroner y la realidad, 120.
7. Antropología liberal versus antropología de la liberación, 130

III IMPERIALISMO ECONÓMICO

8. ¿Ayuda o explotación?, 141
9. Los mecanismos del imperialismo, 152
10. Integración económica latinoamericana, 164
11. ¿Servicios extranjeros invisibles o desarrollo económico nacional?, 169
12. Economía del gobierno militar, 177
13. Debilidad estratégica de la doctrina Johnson, 186

IV POLÍTICA DEL COLONIALISMO INTERNO Y DE CLASE

14. Sociedad dialéctica, no dual, 205
15. Crecimiento del latifundio capitalista en Latinoamérica, 214
16. Estructura económica rural y poder político campesino, 227
17. Variedad de reformas agrarias, 244
18. Inestabilidad e integración en la Latinoamérica urbana, 250

Primera edición en inglés: 1969

Título original: *Latin America: Underdevelopment or Revolution*

Publicado por Monthly Review Press. Nueva York

© 1969, Andre Gunder Frank

Primera edición en español: 1973

Segunda edición en español: 1976

Derechos reservados en lengua española

© 1973, Ediciones Era, S. A.

Avena 102, México 13, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico



19. México: las caras de Jano de la revolución burguesa del siglo xx, 267
20. *La democracia en México* de Pablo González Casanova, 283
21. La prerrevolución brasileña, 295
22. Burguesía nacional y golpe militar en Brasil, 301
23. Destruir el capitalismo, no el feudalismo, 309
24. Clase, política y Debray, 319

## V ¿QUIÉN ES EL ENEMIGO INMEDIATO?

25. Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista, 327

*A Marta y a todos los camaradas  
latinoamericanos entregados a la revolución.*



## PREFACIO

Estos ensayos fueron escritos para contribuir a la revolución en América Latina y en el mundo, y los he reunido aquí con la esperanza de que puedan ayudar a otros a contribuir a la revolución, de manera más amplia que el autor. Estos ensayos tienen su origen en el intento del autor, al igual que muchos millones de otros, de asimilar la revolución de América Latina y la inspiración que la misma encuentra en la Revolución Cubana, cuyo glorioso décimo aniversario celebramos al escribir estas líneas. Como tales, estos ensayos son la expresión de los tiempos y problemas cambiantes que les dieron nacimiento, si bien están filtrados por el prisma de la toma de conciencia y el entendimiento del autor y de otros. Al escribirlos, el autor se dirigió casi por completo a la práctica y a la base teórica de los revolucionarios de América Latina, o a aquellos que se convertirían en tales en el momento, y a menudo el lugar, en que se escribía.

La recopilación de estos ensayos en un solo volumen en español y en portugués, y la construcción del cuadro acabado que emerge de su disposición por temas, responde también primordialmente al deseo de hacerlos más accesibles a los revolucionarios de América Latina o al menos a aquellos revolucionarios que leen para formular la teoría revolucionaria que sirva a su práctica revolucionaria, y a quienes está dedicado este libro. En la medida en que la revolución tiene alcance mundial, y todas sus partes forman un todo único, tal vez las ediciones en inglés, francés, italiano, sueco y alemán que se preparan actualmente puedan ser de utilidad en otros lugares también. En cuanto a aquellos que no piensan dedicarse a la revolución y a la construcción de una sociedad para seres humanos, el autor no tiene nada que decirles.

América Latina sufre de un subdesarrollo *colonial*, que hace a sus pueblos económica, política y culturalmente dependientes, no tanto de ellos mismos o entre sí cuanto del poder metropolitano extranjero. Por consiguiente, para que estos ensayos pudieran circular, la mayoría de los mismos al igual que los escritos de la mayoría de autores camaradas latinoamericanos, debieron ser impresos y reimpresos (a menudo sin conocimiento del autor) en innumerables revistas y diarios de circulación internacional (es decir metropolitana), nacional, o frecuentemente sólo local; algunos de ellos todavía obtenibles, otros desaparecidos desde hace tiempo —ya sea mediante el golpe militar o por el proceso natural de nacimiento y muerte de los movimientos políticos y sus periódicos—, y muchos de estos ensayos no fueron pu-



blicados donde y cuando se deseaba, sino que fueron traducidos de un idioma a otro entre el inglés, el español, el portugués y el francés, y circularon, a menudo clandestinamente, en forma mimeografiada. (El ensayo número 8 fue publicado por lo menos diez veces en varios idiomas, y el ensayo número 9 goza o sufre de tres traducciones diferentes al español en otros tantos países latinoamericanos, lo que es un síntoma de las barreras que existen para la comunicación en el continente.) Aunque esta colección no puede abolir esas barreras, tal vez pueda salvar algunas de ellas.

Estos ensayos están dispuestos por temas, y este orden permite desarrollar el argumento central que emerge de los estudios del autor en su conjunto: el subdesarrollo en América Latina (y en otros lugares) se desarrolló como resultado de la estructura colonial del desarrollo capitalista mundial. Esta estructura ha penetrado toda América Latina, formando así y aun transformando la estructura de clase y colonial del desarrollo en todo el continente a nivel nacional y también local. Como resultado, el desarrollo del subdesarrollo continuará en América Latina hasta que sus pueblos se liberen de esta estructura de la única manera posible, la victoria revolucionaria violenta sobre su propia burguesía y sobre el imperialismo. La pregunta es, bajo las circunstancias de América Latina y el mundo de hoy: ¿qué se debe hacer? Estos ensayos fueron escritos para explorar algunas de estas circunstancias y averiguar qué hacer, o por lo menos qué no debe hacerse.

El primer ensayo presenta la tesis del desarrollo del subdesarrollo y el contexto y la dirección general del argumento que se estudia en el resto de la colección. Esta tesis, desarrollada para dos países en un libro anterior del autor, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina: estudios históricos de Chile y Brasil*, se extiende aquí a América Latina en su conjunto. En realidad, este ensayo es una serie de hipótesis de investigación emparentadas que sirve como guía para otros estudios que lleven a su confirmación o refutación y rectificación. Muchos de los otros ensayos que se publican aquí pueden leerse como un aporte de estudios a estas hipótesis, aunque no constituyen un intento organizado de probarlas para América Latina. Esta tarea queda pendiente, y tal vez el autor y/o algunos de los lectores de estas líneas emprenderán esta tarea en el futuro. Mientras, en colaboración con S. A. Shah, el autor está extendiendo este mismo enfoque al problema y a la eliminación del subdesarrollo mediante la preparación de una antología en dos volúmenes de análisis de las causas del subdesarrollo y de la política de desarrollo capitalista y socialista en escala tricontinental en Asia, África y América Latina tomadas como un todo (este trabajo se titula *Subdesarrollo*, y debería estar listo para su publicación en un año).

La segunda parte (ensayos 2 al 7) examina el traje científico social del emperador norteamericano y expone la desnudez científica detrás del simulacro ideológico. Estas pseudociencia e ideología están siendo exportadas

en forma creciente y mediante innumerables canales a la América Latina, culturalmente colonial, donde se las difunde no sólo entre estudiantes sino en variadas formas entre el pueblo también. Si los pueblos de América Latina y de otros países subdesarrollados desean lograr el desarrollo, deben evitar ser víctimas de la difusión ideológica de esta pseudociencia. La mayor parte de este examen no se dedica al pensamiento y a la política norteamericanos sobre el desarrollo más ortodoxo o reaccionario, sino que el examen y la crítica se dirigen expresamente a la expresión *más progresista y liberal* de la misma "desarrollología". Este examen demuestra que no obstante todas las intenciones subjetivas, las consecuencias objetivas de esta desarrollo-apología liberal no son menos reaccionarios que su homólogo ortodoxamente conservador. En cambio, como lo señala mi compañera Marta Fuentes, quien no tiene pretensiones científico sociales sino que aspira a la dedicación revolucionaria, aquellos que aceptan y abrazan estas posiciones liberales son tan sólo reaccionarios estúpidos en vez de reaccionarios comunes. Pero el rechazo de esta pseudociencia *políticamente* reaccionaria no es suficiente. Como tampoco constituye una alternativa adecuada para los revolucionarios el tejerle al emperador un nuevo traje sintético. En cambio, deben derrocarlo a él y sus colaboradores coloniales o neocoloniales mediante la práctica revolucionaria, la que también requiere una teoría verdaderamente revolucionaria. El resto de los ensayos, gran parte de los cuales fueron escritos en contacto con varias formas de práctica revolucionaria en América Latina, representa intentos de aporte a la elaboración de la teoría revolucionaria requerida por la práctica revolucionaria necesaria.

La tercera parte examina algunos de los aspectos económicos y las manifestaciones políticas del imperialismo que determinan y generan el subdesarrollo en América Latina. Sin embargo, la adecuada comprensión de esta relación no es posible fuera del contexto histórico del desarrollo del imperialismo en el mundo y de la dependencia en América Latina. Pero como este contexto forma gran parte del contenido del libro anterior, en esta sección no se trata este desarrollo histórico, aunque se lo revisa brevemente en partes de los ensayos 1, 2 y 25 del presente volumen. Los ensayos de la segunda parte no pueden hacer otra cosa que llamar la atención acerca de algunas reflexiones contemporáneas, el nuevo desarrollo y las consecuencias de la política económica y exterior norteamericana, que son esencialmente el producto y la continuación de varios siglos de desarrollo capitalista mundial. Además, muchos aspectos políticos y militares íntimamente relacionados, de la política imperialista contemporánea, no reciben aquí toda la atención que merecen. También se omiten en la segunda parte los atributos culturales e ideológicos igualmente relacionados en forma estrecha y sus consecuencias para la América Latina, aunque algunos de ellos puedan inferirse del examen del traje del emperador en la segunda parte.



La cuarta parte, sobre política interna y de clase, trae la discusión al nivel nacional en América Latina, donde es causa de debate entre los latinoamericanos revolucionarios. Gran parte de este debate en torno a la política de alianzas y de clase se relaciona con las diferentes percepciones —o concepciones— de la estructura de la sociedad en América Latina. Hasta hace poco, explícita o implícitamente, la tesis más ampliamente sostenida era que América Latina tiene una sociedad o economía "dual" en la cual la burguesía nacional (o el grupo de empresarios de la clase media, para utilizar la expresión que a menudo se sustituye erróneamente) del sector capitalista avanzado puede y debe seguir la política de clase de extender el capitalismo y el desarrollo a la otra América Latina "feudal" arcaica. Por contraste, la tesis principal sostenida en la cuarta parte, que se confirma por los hechos presentados en muchos de los capítulos 14-25, en que América Latina tiene una sociedad y una economía integradas dialécticamente, que hoy obliga a la burguesía —incluyendo a sus sectores más nacionalistas— a seguir políticas que, cualquiera que sea el desarrollo que generen para la minoría, condenan a la mayoría de los latinoamericanos a un subdesarrollo cada vez más profundo y a la burguesía misma a la creciente dependencia y a la absorción por la burguesía metropolitana del sistema neoimperialista. Los ensayos 15 al 17 presentan algunos de los argumentos y pruebas con respecto al sector rural en general y al latifundio en particular (por lo que ayudan a confirmar las dos últimas hipótesis del ensayo 1); el ensayo 18 extiende el argumento a la mal denominada población "marginal" de las áreas urbanas; y los ensayos 19 al 22 prosiguen examinando las limitaciones contemporáneas objetivamente determinadas de la capacidad y la política burguesas, como se demuestra especialmente mediante la experiencia de Brasil y México. Los dos últimos ensayos de la cuarta parte (23 y 24) extienden explícitamente el argumento a las implicaciones de los precedentes para la política revolucionaria, que es combatir la burguesía y el capitalismo en América Latina misma.

El ensayo final retorna al punto de partida de la colección y revisa gran parte de la argumentación de los otros ensayos, pero intenta llevarla un paso más adelante, explicando científicamente la relación entre la estructura colonial o neocolonial "externa" y la estructura de clase "interna" de América Latina, y arguyendo desde el punto de vista político que a causa de esta relación el enemigo inmediato de todos los revolucionarios latinoamericanos, tácticamente, es la propia burguesía. a pesar de que estratégicamente su principal enemigo sigue siendo el imperialismo. Al mismo tiempo, este ensayo final también complementa las partes primera y segunda, presentando aún otros problemas de investigación, si bien a mayor nivel de especificidad y, esperamos, a un nivel superior de elaboración teórica.

Como estos ensayos no se presentan en forma cronológica, se indica en cada uno el año en que fue escrito (por ejemplo 1965 o 1965-66), u ori-

ginalmente escrito y luego revisado (por ejemplo 1964-65). El lector deberá tener en cuenta la fecha en que fueron escritos porque casi todos los ensayos son el producto y la expresión del momento histórico determinado en que se escribieron. Esto es así en dos sentidos. Como la redacción de estos ensayos fue motivada políticamente en forma consciente (lo que lejos de limitar, como argüirían los liberales, aumenta la probabilidad de su adecuación científica), cada uno expresa intencionalmente —y tal vez en alguna medida también inconscientemente— parte del momento de la historia mundial en que fue escrito. Y desde la victoria de la Revolución Cubana, América Latina y el mundo han presenciado importantes cambios y crisis económicos y políticos. Segundo, cada ensayo refleja la etapa del desarrollo político y científico en la historia personal del autor. El desarrollo político fue influido, por supuesto, por el desarrollo científico; pero como el autor llegó a América Latina en 1962 sin ningún conocimiento del área y sin ninguna preparación política, su desarrollo personal también siguió un curso propio. (La formulación de algunos de los ensayos fue también parcialmente influida por el público determinado, o la publicación, a que estaban dirigidos, pero a causa de la ya mencionada multiplicidad de reimpressiones sería difícil tratar de indicarlo aquí también.)

Así, el más antiguo de estos ensayos (número 19, sobre México) fue escrito a principios de 1962. El mismo revela el fracaso total para comprender la significación, o aun la existencia, del imperialismo, sin la cual aun una comprensión mínimamente adecuada de los asuntos latinoamericanos se ve frustrada, por la naturaleza objetiva de las cosas. El mismo ensayo (y el número 17, sobre reforma agraria, escrito más tarde en 1962) también revela la aceptación del autor, en aquella época, de la tesis ortodoxa de que América Latina sufre de feudalismo o de supervivencias feudales y de que la Revolución Mexicana fue antifeudal. (Que lo segundo es falso está admirablemente demostrado por James Cockcroft en su libro *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana 1900-1913*, Siglo XXI, 1971.) No obstante, este ensayo sobre México se incluye en esta colección porque demuestra una incipiente insatisfacción con la tesis general de la sociedad dual, de la que la tesis del feudalismo es sólo una versión particular. El posterior rechazo total por parte del autor de la tesis de que existen dos Américas Latinas y su reconocimiento, anunciado en este ensayo sobre México, de que existe sólo una sociedad integrada dialécticamente pero capitalista y explotadora, que a su vez es una parte integral del sistema capitalista mundial, es decir imperialista, llevó al autor en el ensayo 23, escrito en diciembre de 1963, a rechazar la tesis del feudalismo en una reseña del libro *Whither Latin America?* (Nueva York, Monthly Review Press, 1963), en el cual los dos mencionados ensayos del autor constituían dos de los doce capítulos. (La misma tesis es rechazada, y se propone otra alternativa más detallada, en el capítulo "El capitalismo y el



mito del feudalismo en la agricultura brasileña", también escrito en 1963, del libro anterior del autor, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*.) Al mismo tiempo, francamente, este ensayo (y capítulo) también refleja el optimismo del año en que el debate sino-soviético había clarificado gran parte del revisionismo y reformismo de la teoría y la política comunista ortodoxa y en que el movimiento guerrillero de Venezuela y otros países de América Latina estaba en auge.

Mientras tanto, el autor también inició su estudio del imperialismo, comenzando sin embargo con sus mecanismos más visibles y superficiales antes que con su estructura y dinámica internas, más importantes. Las dos proposiciones más importantes del ensayo 10 sobre la integración económica latinoamericana, también escrito en 1962, han sido lamentablemente confirmadas ampliamente por la historia subsiguiente. Los monopolios norteamericanos importantes, tal como se predijo, se han convertido en los principales beneficiarios del mercado "más amplio"; y la integración "externa"—como fue confirmado con autoridad por la Conferencia de Presidentes Americanos de 1967 en Punta del Este, que trastocó totalmente las prioridades establecidas en Punta del Este en 1961 por la Alianza para el Progreso—se ha convertido, tal como se predijo en 1962, en un vano intento por reemplazar los cambios internos, principalmente la reforma agraria, como soluciones para los cada vez más agudos problemas económicos y políticos de América Latina. (El fracaso de la política de "reforma agraria" de los gobiernos burgueses se predijo en el ensayo 17 mucho antes de que presidentes tales como Frei y Belaúnde fueran elegidos y hubieran fracasado en un intento por imponerlas en Chile, Perú y en otras partes.) Los ensayos sobre los mecanismos del imperialismo (capítulos 8 a 12) fueron escritos cuando estas nuevas formas de operación del capital monopolista extranjero estaban siendo introducidas en América Latina. Entonces parecía tan importante exponerlas, así como sus consecuencias generadoras de subdesarrollo, como ahora lo es el analizarlas más profundamente. (El capítulo 8 fue publicado por primera vez en el suplemento dominical de un importante periódico brasileño, y se convirtió en tema de debate en el Parlamento y en la prensa.)

Varios de los ensayos de la cuarta parte, especialmente los capítulos 20, 21 y 22, fueron escritos para exponer la debilidad congénita —o tal vez mejor: "estructuralmente determinada"—de la burguesía "nacional" de América Latina frente al avance del neoimperialismo o neocolonialismo luego de la guerra de Corea; y tanto más dada la necesidad de la burguesía (tanto del ala más "compradora" como de la más "nacional") de valerse de un colonialismo interno y un aumento en la explotación de clase que ha significado el abandono del populismo de las décadas de 1930 y 1940. El objetivo político de todos estos ensayos fue intervenir en el creciente debate de la izquierda, especialmente entre aquellos todavía aferrados

a las teorías y la política de los partidos comunistas ortodoxos por una parte y los elementos ampliamente dispersos de la "nueva izquierda" en América Latina (porque el autor hacía tiempo que había dejado de debatir con los liberales por ser esto una pérdida de tiempo), acerca de los tipos de alianzas políticas que la izquierda debería o no hacer con sectores de la burguesía y acerca de las direcciones políticas que las fuerzas de la izquierda misma deberían perseguir. Pese a que debido a circunstancias particulares, algunos ensayos (por ejemplo el capítulo 11, que fue escrito para ser publicado en la revista *Comercio Exterior* del gobierno mexicano, y los capítulos 17 y 18, que fueron escritos bajo contrato con la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina) tuvieron un tono más "nacionalista" o "reformista" que revolucionario, el propósito del autor fue siempre dar apoyo a los elementos y políticas más revolucionarios de América Latina.

Pero esta intención política y el creciente reconocimiento científico de que la política ortodoxa de la izquierda se fundaba (o más precisamente, se apoyaba) sobre una base que al ser examinada resultó empíricamente pobre y teóricamente débil, llevó al autor a indagar en las raíces históricas del subdesarrollo contemporáneo y a buscar formulaciones empíricamente más verídicas y teóricamente más convincentes, que pudieran contribuir al desarrollo de la teoría revolucionaria necesaria para la práctica revolucionaria. Esto condujo a los estudios publicados en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* y a los capítulos 1, 15, 20 y 25 de la presente colección (que son en realidad proyectos de investigación de estudios que todavía se encuentran en preparación), en los que el autor ha tratado de someter a análisis científico la dimensión histórica, las contradicciones estructurales, y el desarrollo contemporáneo que de las mismas se produce, del sistema imperialista. El análisis crítico de la teoría burguesa reunido en la segunda parte de este libro, es un subproducto de este esfuerzo. Fue durante estos años, desde 1964, cuando el autor comenzó a demostrar, por ejemplo, que América Latina (o parte de su agricultura) no puede ser actualmente feudal porque los conquistadores o colonos ibéricos, lejos de implantar en el continente instituciones feudales, inmediatamente incorporaron el continente al sistema capitalista mercantil entonces en expansión. Al mismo tiempo, cada vez más en la compañía y la influencia de amigos latinoamericanos tales como Alonso Aguilar de México, Aníbal Quijano de Perú, Edelberto Torres de Guatemala, Enzo Falleto y Luis Vitale de Chile, Fernando Henrique Cardoso, Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos de Brasil y otros (aunque no siempre estamos en completo acuerdo acerca de la política inmediata), el autor trató de destilar una nueva formulación teórica del subdesarrollo desde esta experiencia histórica y contemporánea, en la cual la siempre creciente dependencia estructural y la explotación del capitalismo en América Latina desempeña



el papel central en el continuo desarrollo del subdesarrollo. (Este mismo enfoque sirve al autor y a su compañero de la India S. A. Shah como guía para analizar las diversas y al mismo tiempo comunes causas del subdesarrollo en escala tricontinental en el ya mencionado próximo libro sobre *Subdesarrollo*.) Y el objetivo principal de este esfuerzo científico sigue siendo francamente político y humano: la liberación del hombre de la explotación del hombre, y la construcción de una sociedad merecedora del potencial del hombre.

Para contestar a la pregunta de *cómo* hacer lo que hay que hacer es necesario ir más allá del presente trabajo. El último ensayo de la cuarta parte, el 24, escrito en 1968 (cinco años después del ensayo 23, que fue inspirado en parte por las guerrillas de Venezuela, y medio año después de la muerte del Che Guevara) plantea cuestiones acerca del análisis de la estructura de clase, la movilización de fuerzas políticas, y las tesis de Debray que en gran parte permanecen sin contestación —y son incontables— en las obras del autor y lamentablemente en casi todas, salvo algunas muy excepcionales, de las obras de otros escritores y militantes políticos de América Latina. El ensayo final de esta colección, preparado para el Congreso Cultural de La Habana en enero de 1968, representa un intento de traducir algunas de estas cuestiones en preguntas investigables y ofrecer un enfoque tentativo para contestarlas, sugiriendo de qué manera la estructura colonial y neocolonial de la dependencia cultural, política y económica de América Latina genera continuamente la cambiante estructura de clase y las contradicciones políticas cada vez más graves que sólo la revolución socialista puede resolver.

Es un honor reconocer la ayuda y el aliento de muchos amigos, y especialmente de aquellos de *Monthly Review* en Nueva York, Buenos Aires y Santiago, así como de diversos compañeros y organizaciones que no pueden nombrarse, quienes hicieron todo lo posible para publicar o hacer circular muchos de estos ensayos. Es un placer reconocer el oportuno apoyo financiero recibido de Thatcher Robinson en 1962 y de la Fundación Louis M. Rabinowitz en 1965-66, cuando muchos de estos ensayos se escribieron o revisaron. Resulta imposible identificar y reconocer la deuda moral, intelectual y política, y la ayuda recibida en la concepción y realización de este trabajo, porque ello se debe a la Revolución Cubana y Latinoamericana y a los compañeros revolucionarios —algunos de ellos conocidos, como mi esposa Marta, y la mayoría desconocidos por mí y por el futuro— a quienes está dedicado este trabajo.

A. G. F.

Santiago de Chile, 2 de enero de 1969



# I EL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO\*

## I

No podemos esperar formular teorías y programas adecuados sobre el desarrollo para la mayoría de la población mundial que sufre el subdesarrollo, sin antes conocer cómo su pasado económico y su historia social dieron lugar a su actual subdesarrollo. No obstante, casi todos los historiadores sólo se ocupan de los países metropolitanos desarrollados y prestan escasa atención a las regiones coloniales y subdesarrolladas. Por esta razón la mayor parte de nuestras categorías teóricas y nuestras guías para la política de desarrollo provienen exclusivamente de la experiencia histórica de las naciones avanzadas capitalistas de Europa y de Norteamérica.

Y puesto que la experiencia histórica de los países coloniales y subdesarrollados ha probado ser muy diferente, las teorías en nuestro poder fallan completamente en reflejar el pasado de la parte subdesarrollada del mundo y por ende reflejan sólo en parte la historia del mundo en su totalidad. Y lo que es aún más importante, nuestra ignorancia de la historia de los países subdesarrollados nos lleva a aceptar que su pasado y hasta su presente se asemejan a las etapas primitivas de la historia de los países hoy desarrollados. Esta ignorancia y esta aceptación nos ha llevado a graves concepciones falsas sobre el subdesarrollo y el desarrollo contemporáneo. Además, la mayoría de los estudios del desarrollo y del subdesarrollo adolecen de no tomar en cuenta las relaciones económicas y otras entre las metrópolis y sus colonias económicas a lo largo de la historia de la expansión mundial y del desarrollo del sistema mercantilista y capitalista. Por consiguiente, la mayoría de nuestras teorías no consiguen explicar la estructura y el desarrollo del sistema capitalista como un todo y no toman en cuenta la generación simultánea de subdesarrollo en algunos lugares y desarrollo económico en otros.

Generalmente se sostiene que el desarrollo económico ocurre en una sucesión de etapas capitalistas y que los actuales países subdesarrollados están todavía en una etapa, a veces descrita como una etapa histórica original, por la cual las actuales naciones desarrolladas pasaron hace mucho tiempo. Sin embargo, el más modesto conocimiento de la historia muestra que el subdesarrollo no es ni original ni tradicional y que ni el pasado ni el presente de los países subdesarrollados se parecen, en ningún aspecto impor-

\* Publicado originalmente en inglés en *Monthly Review*, en septiembre de 1966.



tante, al pasado de los países actualmente desarrollados. *Los países desarrollados de hoy nunca tuvieron subdesarrollo aunque pueden haber estado poco desarrollados.* Es también ampliamente sabido que el subdesarrollo contemporáneo de un país puede ser concebido como producto o reflejo de sus propias características o estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Pero la investigación histórica demuestra que el subdesarrollo contemporáneo es, en gran parte, el producto histórico de la economía pasada y actual y de otras relaciones entre los satélites subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. *Lo que es más, estas relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial en conjunto.* Un punto de vista relacionado con esto y también ampliamente erróneo es que el desarrollo de esos países subdesarrollados y, dentro de ellos, de sus áreas domésticas más subdesarrolladas, debe ser y será generado o estimulado por el derrame de capital, instituciones, valores, etc., en los mismos desde las metrópolis capitalistas nacionales e internacionales.

Las perspectivas históricas basadas en la experiencia pasada de los países subdesarrollados sugiere que, por el contrario, el desarrollo económico de los países subdesarrollados puede ocurrir actualmente sólo independientemente de la mayoría de esas relaciones de difusión.

Evidentes desigualdades de renta y diferencias culturales han llevado a muchos observadores a ver sociedades y economías "duales" en los países subdesarrollados. Se supone que cada una de las partes tiene una historia propia, una estructura y una dinámica contemporánea, ampliamente independiente de la otra. Se supone que sólo una parte de la economía y de la sociedad ha sido afectada, en forma importante, por relaciones íntimas económicas con el mundo capitalista "exterior" y que esta parte se ha vuelto moderna, capitalista y relativamente desarrollada precisamente a causa de este contacto. La otra parte es considerada como diversamente aislada, basada en la subsistencia feudal o precapitalista y por lo tanto más subdesarrollada. Creo, por el contrario, que toda la tesis de la "sociedad dual" es falsa y que las recomendaciones de política a las que lleva, si se siguen, sirven solamente para intensificar y perpetuar las propias condiciones de subdesarrollo que supuestamente deben remediar.

Gran cantidad de evidencias, que aumentan día con día, sugieren, y estoy seguro que serán confirmadas por las futuras investigaciones históricas, que la expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró efectiva y totalmente, aun en los sectores aparentemente más aislados del mundo subdesarrollado. *Por consiguiente, las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos actualmente allí, son productos del desarrollo histórico del sistema capitalista tanto como lo son los aspectos más modernos o rasgos capitalistas, de las metrópolis nacionales de estos países subdesarrollados.* Análogamente a las relaciones entre

desarrollo y subdesarrollo a nivel internacional, las instituciones subdesarrolladas contemporáneas de las llamadas áreas atrasadas o doméstico-feudales de una región subdesarrollada son, no menos, producto de un simple proceso histórico de desarrollo capitalista como también lo son las llamadas instituciones capitalistas de las supuestas áreas progresivas. En este trabajo me gustaría esbozar los tipos de evidencias que respaldan esta tesis y al mismo tiempo indicar ciertos lineamientos futuros a los que podrán seguir estudios e investigaciones fructíferos.

## II

El secretario general del Centro Latinoamericano para la Investigación en Ciencias Sociales escribe en la revista del Centro: "La posición privilegiada de la ciudad tiene su origen en el periodo colonial. Fue fundada por el conquistador para servir los mismos fines que sigue sirviendo hoy en día: incorporar la población indígena a la economía producida y desarrollada por el conquistador y sus descendientes. La ciudad regional era un instrumento de conquista y es aún hoy un instrumento de dominio."<sup>1</sup> El Instituto Nacional Indigenista de México confirma esta observación cuando señala que "la población mestiza, de hecho, siempre vive en la ciudad, centro de una región intercultural, que actúa como metrópoli de una zona de población indígena y que mantiene una íntima relación con las comunidades subdesarrolladas que une el centro con las comunidades satélites".<sup>2</sup> El Instituto va hasta señalar que "entre los mestizos que viven en la ciudad núcleo de la región y los indios que viven en las zonas campesinas del interior hay, verdaderamente, una más cercana interdependencia económica y social de lo que se puede apreciar a primera vista" y que las metrópolis provinciales "al ser centros de intercambio son también centros de explotación".<sup>3</sup>

Y así, esas relaciones metrópoli-satélites no están limitadas por el nivel imperial o internacional sino que penetran y estructuran la propia vida económica, política y social de los países y las colonias latinoamericanas. Así como la capital nacional y colonial con su sector de exportación se convierte en satélite de la metrópoli ibérica, y más tarde de otras, del sistema económico mundial, este satélite inmediatamente se convierte en una metrópoli colonial y después nacional en relación con los sectores de producción y la población del interior. Aún más, las capitales provinciales que a su vez son ellas mismas satélites de la metrópoli nacional —y a través de ésta, de la metrópoli extranjera— son al mismo tiempo centros provinciales alrededor de los cuales giran en órbita sus propios satélites.

<sup>1</sup> *América Latina*, octubre-diciembre, 1963, año 6, n. 4, p. 8.

<sup>2</sup> *Los centros coordinadores indigenistas*. Ed. Instituto Nacional Indigenista, México, 1962, p. 34.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 33-34 y 88.



En esta forma, toda una cadena de constelaciones de metrópolis y satélites relaciona todas las partes del sistema total de su centro en Europa o los Estados Unidos a los puntos más lejanos de los países latinoamericanos. Cuando examinamos la estructura metrópoli-satélite, nos encontramos con que cada uno de los satélites, inclusive los hoy subdesarrollados España y Portugal, sirven como instrumento para extraer capitales o sobrantes económicos de sus propios satélites y encaminar parte de estos sobrantes hacia la metrópoli extranjera de la cual todos son satélites. Sin embargo, cada metrópoli nacional o local sirve para imponer y mantener la estructura monopolística y las relaciones de explotación de este sistema (como el Instituto Nacional Indigenista de México lo llama), mientras sirva los intereses de las metrópolis que se aprovechan de esta estructura global, nacional y local para promover su propio desarrollo y el enriquecimiento de su clase gobernante.

Éstas son las características principales que aún perduran y que fueron establecidas en América Latina por la Conquista. Además del examen del establecimiento de esta estructura colonial en su contexto histórico, el enfoque propuesto requiere el estudio del desarrollo —y subdesarrollo— de estas metrópolis y satélites de Latinoamérica a través del consiguiente proceso histórico aún vigente. En esta forma podemos comprender por qué ha habido y todavía hay tendencias, en las estructuras latinoamericanas y capitalistas del mundo, que parecen llevar al desarrollo de la metrópoli y al subdesarrollo de los satélites y por qué, particularmente, las metrópolis satélites nacionales, regionales y locales de Latinoamérica confrontan el hecho de que su desarrollo económico es, cuando más, un desarrollo subdesarrollado.

### III

El actual subdesarrollo de América Latina es el resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial; en lo que a mí se refiere, creo haberlo mostrado en estudios sobre la historia económica y social de Chile y Brasil.<sup>4</sup> Mi estudio sobre la historia chilena sugiere que la Conquista no sólo incorporó totalmente este país a la expansión y al desarrollo del mundo mercantil y más tarde al sistema capitalista industrial, sino que también introdujo las estructuras monopolísticas metrópoli-satélite y el desarrollo del capitalismo en la economía doméstica y la propia sociedad de Chile. Y esta estructura penetró y permeabilizó todo Chile rápidamente. Desde entonces y en el transcurso de la historia mundial y de Chile, durante los periodos del colonialismo, del libre

<sup>4</sup> "Desarrollo del subdesarrollo capitalista en Chile" y "Desarrollo del subdesarrollo capitalista en Brasil", *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Ed. Signos, Buenos Aires (también Instituto del Libro, La Habana), además de las ediciones inglesa por Monthly Review Press, 1967, 1969, y francesa por Maspero, 1969.

comercio y del imperialismo, así como actualmente, Chile ha sido enormemente marcado por las estructuras sociales y políticas del subdesarrollo satélite. Este desarrollo del subdesarrollo continúa hoy tanto en la creciente satelización de Chile por la metrópoli extranjera, como a través de la cada día más aguda polarización de su economía doméstica.

La historia del Brasil es, quizás, el caso más claro de ambos aspectos de subdesarrollo, nacional y regional. La expansión de la economía mundial desde el comienzo del siglo XVI convirtió paulatinamente el nordeste, el interior de Minas Gerais, el norte y el centro sur (Río de Janeiro, São Paulo, Paraná) en economías de exportación y las incorporó a las estructuras y al desarrollo del sistema capitalista mundial. Cada una de estas regiones sufrió lo que pudo parecer un desarrollo económico durante el periodo de su respectiva edad de oro. Pero fue un desarrollo satélite que no era ni autogenerado ni autoperpetuado. Según fue declinando el mercado o la productividad de las primeras tres regiones, el interés de la economía doméstica y extranjera se fue desvaneciendo; y fueron abandonadas para que desarrollaran el subdesarrollo en que viven actualmente. En la cuarta región, la economía del café sufrió un destino similar aunque no tan serio (pero el desarrollo de un sustituto sintético del café promete asestarle un golpe mortal en un futuro no muy lejano). Toda esta evidencia histórica contradice la tesis generalmente aceptada de que los latinoamericanos sufren de una "sociedad dual" o de una supervivencia de las instituciones feudales y que éstas son obstáculos importantes a su desarrollo económico.

### IV

Durante la primera Guerra Mundial y más aún durante la Gran Depresión y la segunda Guerra Mundial, São Paulo comenzó a edificar un aparato industrial que es, actualmente, el mayor de América Latina. La cuestión que se plantea es si el desarrollo industrial sacó o sacará al Brasil del ciclo de desarrollo y subdesarrollo satélite que ha caracterizado hasta ahora sus otras regiones y su historia nacional dentro del sistema capitalista. Yo creo que la respuesta es negativa. Domésticamente y hasta ahora, la respuesta es bien clara. El desarrollo de la industria en São Paulo no ha producido grandes riquezas para las otras regiones de Brasil. Al contrario, las ha convertido en satélites coloniales internos, las ha descapitalizado aún más y consolidado y hasta profundizado más su subdesarrollo. Existen pocas evidencias que nos permitan sugerir que este proceso es susceptible de reversión en un futuro más o menos lejano excepto en que los pobres provincianos migran y se convierten en los pobres de las ciudades metropolitanas. La evidencia es, considerada desde el exterior, que aunque el desarrollo inicial de la industria de São Paulo era relativamente autónomo está siendo poco a poco satelizado por la metrópoli capitalista extranjera y sus futuras posibilidades de desarrollo están siendo progresivamente res-



tringidas.<sup>5</sup> Este desarrollo —mis estudios me llevan a creerlo— parece destinado a ser un desarrollo subdesarrollado o limitado, mientras se realice dentro del actual marco económico, político y social.

Debemos concluir, en resumen, que el subdesarrollo no es consecuencia de la supervivencia de instituciones arcaicas o de la falta de capital en las regiones que se han mantenido aisladas del torrente de la historia del mundo. Por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aún generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico; el desarrollo del propio capitalismo. Este punto de vista, me complace confesarlo, está ganando adeptos entre los estudiosos de América Latina, está probando su valor al aportar nueva luz al problema del área y ofreciendo una mejor perspectiva para la formulación de las teorías y los lineamientos.<sup>6</sup>

## V

El mismo enfoque histórico y estructural puede también conducir a mejores teorías y lineamientos de desarrollo generando una serie de hipótesis sobre desarrollo y subdesarrollo como las que estoy probando en mis actuales investigaciones. Las hipótesis se derivan de las observaciones empíricas y de las presunciones teóricas que postulan que dentro de esta estructura metrópoli-satélite que abarca al mundo entero, las metrópolis tienden a desarrollarse y los satélites a subdesarrollarse. La primera hipótesis ya fue mencionada más arriba: es decir, que en contraste con el desarrollo de la metrópoli extranjera que no es satélite de nadie, el desarrollo de las metrópolis subordinadas y nacionales está limitado por su estatuto de satélite. Esta hipótesis es quizás más difícil de probar que las siguientes, porque parte de su confirmación depende de la prueba de las demás hipótesis. No obstante, esta hipótesis parece estar generalmente confirmada por la no-autonomía y el insatisfactorio desarrollo económico y especialmente industrial de las metrópolis nacionales de América Latina, como documentan los estudios ya citados. Los ejemplos más importantes y al mismo tiempo más confirmantes son las regiones metropolitanas de Buenos Aires y São Paulo, cuyo crecimiento sólo comenzó en el siglo xix y por ello no fue obstaculizado por herencias coloniales, pero que es y sigue siendo un desarrollo satélite ampliamente dependiente de la metrópoli exterior, primero de Gran Bretaña y después de los Estados Unidos.

<sup>5</sup> Véase también "El crecimiento y descenso de los sustitutos de importación". *Boletín Económico para América Latina*, Nueva York, ix, marzo de 1964, n. 1; y de Celso Furtado, *Dialéctica del desarrollo*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

<sup>6</sup> Otros utilizan tesis similares, aunque sus ideologías no les permiten llegar a conclusiones lógicas, entre ellos Aníbal Pinto de Chile, *Un caso de desarrollo frustrado*. Ed. Universitaria, Santiago, 1957; Celso Furtado, *La formación económica del Brasil*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1962; y Caio Prado Junior, *Historia económica del Brasil*. 7a. ed. Ed. Brasiliense, São Paulo, 1962.

Una segunda hipótesis es que los satélites sufren su mayor desarrollo industrial capitalista clásico cuando y allí donde sus lazos con la metrópoli son débiles. Esta hipótesis es casi diametralmente opuesta a la tesis generalmente aceptada que el desarrollo de los países subdesarrollados es consecuencia del mayor grado de contacto con y la mayor difusión desde los países desarrollados metropolitanos. Esta hipótesis parece estar confirmada por dos clases de aislamiento relativo que América Latina ha experimentado en el curso de su historia. Uno es el aislamiento temporal causado por las crisis de guerra o depresiones en las metrópolis extranjeras. Aparte de algunas de menor importancia, sobresalen cinco periodos de grandes crisis que parecen confirmar la hipótesis. Éstos son: la depresión europea (especialmente la española) del siglo xvii, las guerras napoleónicas, la primera Guerra Mundial, la depresión de los años 30 y la segunda Guerra Mundial. Está claramente establecido y generalmente reconocido que el desarrollo industrial reciente más importante —especialmente de Argentina, Brasil y México, pero también de otros países tales como Chile— ha tenido lugar precisamente durante los periodos de las dos grandes guerras y la depresión intermedia. Gracias al consiguiente debilitamiento de los lazos comerciales y de la inversión durante esos periodos, los satélites iniciaron un crecimiento marcado de industrialización autónoma. La investigación histórica demuestra que lo mismo sucedió en América Latina durante la depresión europea del siglo xvii. Creció la manufactura en los países latinoamericanos y muchos de ellos, como Chile, se convirtieron en exportadores de productos manufacturados. Las guerras napoleónicas hicieron brotar movimientos de independencia en América Latina y esto debe quizás interpretarse como una confirmación, en parte, de la hipótesis de desarrollo.

La otra clase de aislamiento que tiende a confirmar la segunda hipótesis es el aislamiento geográfico y económico de regiones que en un tiempo estuvieron relativa y débilmente integradas y unidas al sistema mercantilista y capitalista. Mi investigación preliminar sugiere que en América Latina fueron esas regiones las que iniciaron y experimentaron el más prometedor desarrollo económico autogenerado del más clásico tipo industrial capitalista. Los casos regionales más importantes son probablemente Tucumán y Asunción, tanto como otras ciudades como Mendoza y Rosario, en el interior de Argentina y Paraguay, durante el final del siglo xviii y comienzos del xix. Los siglos xviii y xix en São Paulo, antes de que comenzara el cultivo del café allí, son otro ejemplo. Quizás Antioquia en Colombia y Puebla y Querétaro en México, son otros ejemplos. A su manera, Chile fue también un ejemplo puesto que, antes que la ruta marítima alrededor del cabo de Hornos fuese abierta, este país estaba relativamente aislado al final de un largo viaje de Europa vía Panamá. Todas estas regiones se convirtieron en centros de manufactura y hasta de exportación, generalmente, de textiles, durante el período que precedió a su incorpo-



ración efectiva como satélites del sistema capitalista mundial, colonial y nacional.

Claro está que, internacionalmente, el caso clásico de industrialización a través de la no-participación como satélite del sistema capitalista mundial es, obviamente, el del Japón después de la Restauración Meiji. ¿Por qué —podemos preguntarnos— el pobre en recursos y no satelizado Japón fue capaz de industrializarse a fines del siglo, mientras los países latinoamericanos y Rusia, ricos en recursos, no fueron capaces de hacerlo y la última fue vencida fácilmente por Japón en la guerra de 1901, después de los mismos 40 años de esfuerzos por el desarrollo? La segunda hipótesis sugiere que la razón fundamental es que Japón no fue satelizado ni en el periodo Tokugawa ni en el Meiji y por lo tanto no tuvo su desarrollo estructuralmente limitado como los países que fueron satelizados.

## VI

Un corolario de la segunda hipótesis es que, cuando la metrópoli se recuperaba de sus crisis y restablecía los lazos de comercio e inversión que reincorporaban totalmente a los satélites al sistema, o cuando la expansión metropolitana trataba de incorporar las regiones previamente aisladas al sistema mundial, la industrialización y el desarrollo previo de estas regiones eran estrangulados o canalizados en direcciones que no son autoperpetuantes ni prometedoras. Esto sucedió después de cada una de las cinco crisis más arriba citadas. La renovada expansión del comercio y la difusión del liberalismo económico en los siglos XVIII y XIX estrangularon e hicieron retroceder el desarrollo de la manufactura que había tenido América Latina durante el siglo XVII y en algunos lugares al comienzo del siglo XIX. Después de la primera Guerra Mundial, la nueva industria nacional del Brasil sufrió serias consecuencias por la invasión económica norteamericana. El aumento en la tasa de crecimiento del producto bruto nacional y particularmente de la industrialización en toda la América Latina fue también retrasada y la industria se volvió muy satelizada después de la segunda Guerra Mundial y especialmente después de la recuperación de la posguerra coreana y la expansión de la metrópoli. Lejos de haberse desarrollado mucho más desde entonces, los sectores industriales del Brasil y más conspicuamente de Argentina se han vuelto estructuralmente más y más subdesarrollados y menos capaces de generar la industrialización continuada y/o el desarrollo sostenido de la economía. Este proceso, que sufre también la India, está reflejado en una escala general de la balanza de pagos, inflación y otras dificultades económicas y políticas, y promete no doblegarse ante ninguna solución que no aporte cambios estructurales.

Nuestras hipótesis sugieren que, fundamentalmente, el mismo proceso ocurrió, aún más dramáticamente, con la incorporación al sistema de regiones previamente no satelizadas. La expansión de Buenos Aires como sa-

télite de Gran Bretaña y la introducción del libre comercio en interés de los grupos gobernantes de ambas metrópolis destruyeron la manufactura y parte de lo que quedaba de la base económica del interior, casi próspero previamente. La manufactura fue destruida por la competencia extranjera, se tomaron las tierras y se convirtieron en latifundios por la economía rapaz y creciente de la exportación, la distribución intrarregional de la renta se hizo más desigual y las regiones que se estaban desarrollando previamente se convirtieron en simples satélites de Buenos Aires y, a través de éste, de Londres. Los centros provinciales no claudicaron sin lucha ante la satelización. Este conflicto metrópoli-satélite fue, en mucho, la causa de la larga lucha armada y política entre los unaristas de Buenos Aires y los federalistas de las provincias y se puede decir que fue la única causa importante de la guerra de la triple alianza en la cual Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, alentadas y ayudadas por Londres, destruyeron no sólo la economía autónoma en vías de desarrollo de Paraguay, sino que casi mataron a toda la población que no aceptaba someterse. Aunque sin duda éste es el ejemplo más espectacular que tiende a confirmar la hipótesis, yo creo que la investigación histórica sobre la satelización de las pequeñas propiedades agrícolas, que anteriormente habían gozado de relativa independencia, y de las incipientes regiones manufactureras, tales como las islas del Caribe, lo confirmará en el futuro.<sup>7</sup> Estas regiones no tuvieron ninguna oportunidad contra las fuerzas de desarrollo y expansión del capitalismo y su propio desarrollo tuvo que ser sacrificado al de los demás. La economía y la industria de Brasil, Argentina y otros países que han sentido los efectos de la recuperación metropolitana desde la segunda Guerra Mundial sufren hoy el mismo destino, aunque, por suerte, en grado menor.

## VII

Una tercera hipótesis principal derivada de la estructura metrópoli-satélite es que las regiones que están actualmente más subdesarrolladas y con mayor aspecto feudal son aquellas que tenían lazos más estrechos en el pasado con la metrópoli. Son las regiones que eran los mayores exportadores de materias primas y las fuentes principales de capital para la metrópoli extranjera y que fueron abandonadas por ésta cuando, por una razón u otra, los negocios decayeron. Esta hipótesis contradice la tesis generalmente sostenida de que la fuente del subdesarrollo regional son su aislamiento y sus instituciones precapitalistas. Esta hipótesis parece estar ampliamente confirmada por el anterior desarrollo supersatélite y el presente ultrasubdesarrollo de las Antillas en un tiempo exportadoras de azúcar, el nordeste

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*. 2a. ed., La Habana, 1942.



del Brasil, los distritos ex-mineros de Minas Gerais, en Brasil, tierras altas del Perú, Bolivia y los estados centrales mexicanos de Guanajuato, Zacatecas y otros, cuyos nombres se hicieron famosos hace siglos por su plata. Con seguridad no hay mayores regiones en América Latina que sufran en la actualidad más intensamente la maldición del subdesarrollo y la pobreza; sin embargo, todas esas regiones, como Bengala en la India, una vez fueron proveedoras del flujo sanguíneo mercantil y del desarrollo capitalista industrial de la metrópoli. La participación de estas regiones en el desarrollo del sistema capitalista mundial les proporcionó, ya en su edad de oro, las estructuras típicas del subdesarrollo de una economía de exportación capitalista. Cuando el mercado de su azúcar o de la riqueza de sus minas desapareció y las metrópolis las abandonaron a su propio destino, sus ya existentes estructuras económicas, políticas y sociales prohibían la generación autónoma del desarrollo económico y no les dejaba otra alternativa que volver a sí mismas y degenerar en el ultrasubdesarrollo que actualmente encontramos en ellas.

### VIII

Estas consideraciones sugieren otras dos hipótesis relacionadas: una es que el latifundio, sin tener en cuenta si hoy se nos presenta como una finca o hacienda, nació típicamente como empresa comercial que creó sus propias instituciones que le permitieron responder al aumento de la demanda en el mercado nacional y mundial ampliando sus tierras, su capital y su trabajo e incrementando el abastecimiento de sus productos. La quinta hipótesis es que los latifundios que hoy están aislados, basados en la subsistencia y semif feudales, vieron declinar la demanda de sus productos y de su capacidad productiva. Estos se encuentran principalmente en las antes mencionadas regiones de exportación minera y agrícola, cuyas actividades económicas decayeron en general. Estas dos hipótesis contradicen la noción de mucha gente y la opinión de algunos historiadores y otros estudiosos sobre el asunto, de acuerdo con la cual las raíces históricas y las causas socioeconómicas de los latifundios y de las instituciones de América Latina deben buscarse en la transferencia de las instituciones feudales de Europa y/o en las depresiones económicas.

La evidencia para probar estas hipótesis no se abre fácilmente a la inspección general y requiere un análisis detallado de muchos casos. No obstante, se puede obtener cierta evidencia importante confirmatoria.

El aumento de los latifundios en la Argentina y Cuba durante el siglo XIX es un caso claro en apoyo de la cuarta hipótesis, y de ninguna manera puede ser atribuido a la transferencia de instituciones feudales durante los tiempos coloniales. Es evidentemente lo mismo que sucede en el resurgimiento de los latifundios particulares posrevolucionarios y contemporáneos en el norte de México, que producen para el mercado norteamericano, y

de otros semejantes en la costa del Perú y las nuevas regiones de café en Brasil. La transformación de la economía basada en la pequeña propiedad agraria de las islas del Caribe, tales como Barbados, en economías exportadoras de azúcar en distintas épocas, entre los siglos XVII y XX, y el aumento resultante de los latifundios en estas islas, también parecen confirmar la cuarta hipótesis; el aumento del latifundio y la creación de las instituciones de servidumbre, que más tarde fueron llamadas feudales, ocurrieron en el siglo XVIII y han sido concluyentes en demostrar que fueron los resultados y las respuestas a la apertura de un mercado de trigo chileno en Lima.<sup>8</sup> Aun el aumento y la consolidación del latifundio en el México del siglo XVIII —que la mayoría de los estudiosos expertos han atribuido a una depresión de la economía causada por la baja de la minería y una escasez de mano de obra india y a la consiguiente introversión y ruralización de la economía— ocurrió en un momento en que la población urbana y la demanda crecían, se agudizaba la carestía de productos alimenticios, los precios alcanzaban niveles altísimos, y el aprovechamiento de otras actividades económicas tales como la minería y el comercio exterior declinaban.<sup>9</sup> Estos y otros factores hicieron más provechosa la agricultura en las haciendas. Y así, hasta este caso parece confirmar la hipótesis de que el crecimiento del latifundio y sus condiciones de servidumbre en América Latina, al parecer feudales, ha sido siempre y es aún la respuesta comercial a la creciente demanda y que no representa la transferencia o supervivencia de instituciones ajenas que se han mantenido más allá del alcance del desarrollo capitalista. El surgimiento de los latifundios, que actualmente están en realidad más o menos (aunque no totalmente) aislados, puede ser atribuido a las causas explicadas en la quinta hipótesis: es decir, la declinación de las empresas agrícolas provechosas establecidas con anterioridad, cuyo capital era y cuyo sobrante económico corrientemente producido aún es transferido a otro lugar por propietarios y negociantes, quienes frecuentemente son las mismas personas o familias. Probar esta hipótesis requiere un aná-

<sup>8</sup> Mario Góngora, *Origen de los "inquilinos" de Chile central*. Ed. Universitaria, Santiago, 1960; Jean Borde y Mario Góngora, *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puango*. Ed. Instituto de Sociología de la Universidad de Chile, Santiago; Sergio Sepúlveda, *El trigo chileno en el mercado mundial*. Ed. Universitaria, Santiago, 1959.

<sup>9</sup> Woodrow Borah hace de la depresión su tema central en "New Spain's Century of Depression", *Ibero-Americana*, Berkeley, 1951, n. 35. François Chevalier habla de un retraimiento en el más autorizado estudio sobre el tema: "La formación de los grandes latifundios en México", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, México, 1956, VIII, n. 1, (traducido del francés y publicado recientemente por University of Carolina Press). Los datos que basan mi interpretación en contra han sido sacados de estas obras. Este problema se plantea en mi "¿Con qué modo de producción convierte la gallina maíz en huevos de oro?", *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*, México, 31 de octubre y 28 de noviembre, 1965, n. 175 y 179; y se analiza más profundamente en un estudio sobre la agricultura mexicana en preparación.



lisis aún más detallado, parte del cual he comenzado en un estudio sobre la agricultura del Brasil.<sup>10</sup>

## IX

Todas estas hipótesis y estudios sugieren que la extensión global y la unidad del sistema capitalista, su estructura monopolista y su desarrollo desigual en el transcurso de la historia y la consiguiente persistencia del capitalismo más bien comercial que industrial en el mundo subdesarrollado (incluyendo sus países más adelantados industrialmente) merecen mucha más atención en el estudio del desarrollo económico y cambio cultural de la que hasta hoy han recibido. Porque, aunque la ciencia y la verdad no reconocen fronteras, serán probablemente las nuevas generaciones de científicos de los propios países subdesarrollados los que más necesitarán y más podrán dedicar la atención necesaria a estos problemas y aclarar el proceso del subdesarrollo y del desarrollo. Es a ellos a quienes, en último término, corresponderá la tarea de cambiar este ya inaceptable proceso y eliminar esta miserable realidad.

No serán capaces de alcanzar estos objetivos si importan desde las metrópolis estereotipos estériles que no corresponden a su realidad económica de satélites y no responden a sus necesidades de liberación política. Para cambiar su realidad deben primero comprenderla. Por eso, yo espero que una mayor confirmación de estas hipótesis y un mayor empeño en el enfoque propuesto, política y estructuralmente, pueda ayudar a los pueblos de los países subdesarrollados a comprender las causas y eliminar la realidad de su desarrollo del subdesarrollo y del subdesarrollo de su desarrollo.

<sup>10</sup> "Capitalismo y el mito del feudalismo en la agricultura del Brasil", *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, citado en nota 4.

## II

## EL TRAJE DEL EMPERADOR



## SOCIOLOGÍA DEL DESARROLLO Y SUBDESARROLLO DE LA SOCIOLOGÍA: UN EXAMEN DEL TRAJE DEL EMPERADOR\*

### Introducción

Este ensayo examina la sociología del desarrollo que se produce actualmente en los países desarrollados, especialmente en los Estados Unidos, para ser exportada y usada en los países subdesarrollados. Sometida a un análisis crítico, esta nueva sociología del desarrollo resulta empíricamente nula cuando se la confronta con la realidad, teóricamente inadecuada en términos de sus propias normas clásicas sociocientíficas, e ineficaz en su propósito de llevar a cabo sus supuestas intenciones de promover el desarrollo de los países subdesarrollados. Por otra parte, esta insuficiencia crece a la par con el desarrollo de la sociedad que la produce. Al igual que la sociedad subdesarrollada a la cual se aplica, esta sociología se vuelve cada vez más subdesarrollada.

Para permitir una cuidadosa y detallada evaluación de esta sociología del desarrollo, pasaré a examinar las modalidades y tendencias teóricas representadas por ciertos escritos científicos sociales selectos. No obstante, mi crítica abarca toda esta sociología del desarrollo en su conjunto. Para evitar una selección arbitraria, es conveniente permitir que los propios representantes de esta sociología seleccionen los principales métodos y la mayor parte de los autores que van a ser examinados en este ensayo. Por consiguiente, se les cede la primera palabra.

Manning Nash, hasta hace poco editor de la EDCC, ha dicho:<sup>1</sup>

\* Agradezco a Nancy Howell Lee, Phillip Wagner, Rodolfo Stavenhagen, Alonso Aguilar, Said Shah y especialmente a Marta Fuentes de Frank, David Aberle y Barton Parks, así como a otros editores de Catalyst, la ayuda que me prestaron para mejorar el contenido y la redacción del presente trabajo. Sin embargo, me hago plenamente responsable de la crítica y el tono crítico de este ensayo, principalmente en lo que concierne a las tesis relacionadas con el Research Center in Economy Development and Cultural Change (Centro de investigación del desarrollo económico y el cambio cultural) y su publicación, aquí referida como EDCC, de la cual yo soy un antiguo miembro y colaborador. Tal vez por error no he seguido el buen consejo de algunas de las personas mencionadas anteriormente, de tratar de acompañar mis críticas con alternativas constructivas. Pero he intentado adelantar dicha alternativa en "The Development of Underdevelopment" ("El desarrollo del subdesarrollo"), reproducido en este libro como capítulo 1 y en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina: estudios históricos de Chile y Brasil*, Ed. Signos, Buenos Aires, 1970.

<sup>1</sup> Manning Nash, "Introduction, Approaches to the Study of Economic Growth" en "Psycho-Cultural Factors in Asian Economic Growth", editores: Manning Nash y Robert Chin, *Journal of Social Issues*, enero de 1963, vol. xxix, n. 1, p. 5.



Hay, en mi opinión, sólo tres modos de acometer el problema del cambio social y del desarrollo económico.

La primera forma es el método de índices: las características generales de una economía desarrollada se resumen como un modelo ideal que se contrasta entonces con los mismos rasgos ideales típicos de una economía y de una sociedad pobre. En este método, el desarrollo es concebido como la transformación de un tipo en otro. Amplios ejemplos de esta modalidad pueden encontrarse en los *Sociological Factors in Economic Development*, de Hoselitz,<sup>2</sup> en la *Structure and Process in Modern Societies*, de Parsons,<sup>3</sup> y en parte de la obra del sociólogo Marion J. Levy, Jr....<sup>4</sup>

El segundo método es el aspecto de transculturación del proceso de desarrollo. El Occidente (considerado aquí como la comunidad atlántica de países desarrollados y sus ramificaciones ultramarinas), difunde conocimiento, pericia, organización, valores, tecnología y capital hacia una nación pobre, hasta que, con el tiempo, su sociedad, cultura y población se convierten en variantes de lo que hizo a la comunidad atlántica económicamente próspera. Ejemplos de esta línea de razonamientos pueden hallarse en *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas*,<sup>5</sup> de Moore y Feldman (y que también incluye ensayos de Nash y Hoselitz); y en *The Passing of Traditional Society*,<sup>6</sup> de Lerner, o en los muchos relatos que explican cómo la Unión Soviética y Japón "lo hicieron"...

El tercer método... es el análisis del proceso tal como se está produciendo en los llamados países subdesarrollados. Este enfoque conduce a una hipótesis en menor escala, a una visión de perspectiva más que a una retrospectiva del cambio social, a una amplia contabilidad del contexto político, social y cultural del desarrollo.

La discusión que hace Nash de estas corrientes en los trabajos norteamericanos contemporáneos, en el terreno del desarrollo económico y el cam-

<sup>2</sup> Bert F. Hoselitz, *Sociological Factors in Economic Development*. The Free Press, Glencoe, 1960. Hoselitz es el fundador y editor de la EDCC.

<sup>3</sup> Talcott Parsons, *Structure and Process in Modern Societies*. The Free Press, Glencoe, 1960.

<sup>4</sup> Véase especialmente Marion J. Levy, Jr., "Contrasting Factors in the Modernization of China and Japan". EDCC, octubre de 1953, vol. II, n. 3; reimpresso por S. Kuznets, W. E. Moore y J. J. Spengler, editores de *Economic Growth; Brazil, India, Japan*. Duke University Press, Durham, 1955. Levy se refiere a un tema análogo en su "Some aspects of Individualism and the Problem of Modernization in China and Japan", EDCC, abril de 1962, vol. X, n. 3.

<sup>5</sup> Wilbert Moore y David Feldman, *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas*. Social Science Research Council, Nueva York, 1960.

<sup>6</sup> Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. The Free Press, Glencoe, 1958.

bio cultural, se encuentra en su introducción a una colección de ensayos, entre otros, de Everett Hagen (quien dio a conocer sus tesis en las páginas del EDCC),<sup>7</sup> David McClelland (que resumió el libro de Hagen en las páginas de EDCC),<sup>8</sup> y John H. Kunkel (quien recientemente discutió el tercer enfoque en EDCC).<sup>9</sup> Nash describe los ensayos de estos autores como representativos del tercer método y los elogia por su "dialéctica del conocimiento social, de la confrontación de aventuradas aseveraciones contra los hechos por medio de aseveraciones más elegantes e incluso más venturosas".<sup>10</sup> Robert Chin, coeditor de esa colección de ensayos, dice que estos escritores "están llevando a cabo una labor exploradora".<sup>11</sup> La clasificación, el resumen y la evaluación de Nash acerca de "los únicos tres métodos de acometer el problema del cambio social y del desarrollo económico" puede servirnos como útil punto de partida para nuestro propio examen y evaluación de estos enfoques de los cuales Nash erróneamente mantiene que agotan las posibilidades de enfrentar los problemas del cambio social y del desarrollo económico. Sin embargo, Nash es esencialmente exacto al observar que ellos virtualmente agotan los enfoques de los sociólogos norteamericanos ante estos problemas de vital importancia en la actualidad.<sup>12</sup>

Por consiguiente, propongo examinar y evaluar la validez empírica, la suficiencia teórica y la efectividad política de estos tres enfoques de los problemas del desarrollo. Si atendiéramos a su importancia comparativa, deberíamos comenzar por el criterio de la efectividad política y de ahí pasar a considerar la suficiencia teórica y la validez empírica, en ese orden. Esto se debe a que si la política recomendada no es efectiva, hace sospechosa la teoría de la cual se deriva; y si la teoría empleada es inadecuada, importa

<sup>7</sup> Everett Hagen, "The Theory of Economic Development". EDCC, abril de 1957, vol. VI, n. 3; véase también su *On the Theory of Social Change*. Dorsey Press, Homewood, 1962.

<sup>8</sup> David McClelland, "A Psychological Approach to Economic Development". EDCC, abril de 1964 y *The Achieving Society*, Van Nostrand, Princeton, 1961.

<sup>9</sup> John H. Kunkel, "Values and Behaviour in Economic Development". EDCC, abril de 1965, vol. XIII, n. 3.

<sup>10</sup> Manning Nash, op. cit., pp. 5-6.

<sup>11</sup> Robert Chin, "Preface, a New Social Issue", *Journal of Social Issues*, op. cit., p. III.

<sup>12</sup> Desafortunadamente, no pude disponer a tiempo —para ser incluido en este resumen— de un ensayo de 111 páginas de Seymour Martin Lipset, "Elites, Education and Entrepreneurship in Latin America". En este ensayo, Lipset, probablemente el sociólogo político norteamericano contemporáneo más preparado técnicamente e influyente, elabora magistralmente una tergiversación del desarrollo de América Latina que comprende todos los grandes y la mayoría de los pequeños errores empíricos, teóricos y políticos aquí criticados.

Nota adicional: El referido ensayo se publicó en Seymour Lipset and Aldo Solari (Eds.), *Elites in Latin America*, Oxford University Press, Nueva York, 1967.



relativamente poco si las reclamaciones hechas sobre algunos aspectos particulares de la realidad son, de hecho, empíricamente exactos. Contrariamente a la lógica del caso, sin embargo, una conveniencia de tipo expositivo me conduce a comenzar por el examen de la validez empírica de cada método, ya que esto nos permitirá familiarizarnos con el enfoque que se estudia. De ahí pasaremos entonces a las cuestiones de la suficiencia teórica y por último a la efectividad política.

#### EL ENFOQUE DE ÍNDICE TÍPICO-IDEAL

El enfoque de índices es un intento de encarar el problema del desarrollo económico y el cambio cultural por medio de las estáticas comparadas de tipos polares ideales. Refiriéndose al enfoque de los economistas de modo general y a los del Banco Mundial en particular, Charles Kindleberger definió hace tiempo este enfoque como un enfoque de brecha: se sustraen los rasgos o índices ideales típicos del subdesarrollo, de los rasgos e índices del desarrollo, y el resultado es su programa de desarrollo.<sup>13</sup> En este enfoque típico o ideal de brecha, podemos distinguir dos variantes principales: el enfoque de variable-patrón, ejemplificado por Hoselitz, y el enfoque de período histórico hoy mayormente relacionado con Rostow. La segunda variante se diferencia de la primera en que, basándose en la experiencia histórica de los países desarrollados, interpone etapas en la brecha existente entre desarrollo y subdesarrollo. Una variante adicional de esta última, el enfoque de las variaciones históricas de Gerschenkron, no examinado aquí, lleva esta misma experiencia histórica a introducir la posibilidad de variación en las etapas de desarrollo de los países subdesarrollados. La creencia de que el subdesarrollo es un estado original caracterizado por índices de tradicionalidad y que, por consiguiente, el desarrollo consiste en abandonar esas características y en adoptar las de los países desarrollados, es común a las tres variantes.

#### Variables-patrón

Esta modalidad se deriva no sólo de la concepción de Max Weber acerca de un tipo ideal general, sino también de algunos modelos ideales particulares del propio Weber, que fueron más tarde elaborados y mucho más sistematizados por Talcott Parsons. Hoselitz toma las variables-patrón del *Social System*<sup>14</sup> de Parsons y las aplica al estudio del desarrollo económico y el cambio cultural. Las variables-patrón, según el *Dictionary of Sociology*, son

<sup>13</sup> Charles P. Kindleberger, "Review of *The Economy of Turkey; The Economic Development of Guatemala; Report on Cuba*", *Review of Economic and Statistics*, noviembre de 1952, vol. xxxiv, n. 4.

<sup>14</sup> Talcott Parsons, *The Social System*. The Free Press, Glencoe, 1961.

tipos de opciones que tienen los seres humanos; son dicotomías... que representan extremos polares. *Universalismo y particularismo* se denomina a uno. Es decir, que cualquier individuo que se encuentra en una situación que requiere una opción con respecto a sus relaciones con otros tiene que preguntarse si él actuará en términos de un precepto universalmente aceptado o de uno particular a la situación en que se encuentra. Actuará conforme a la regla, o en términos de las calidades específicas de la persona hacia quien él está dirigiendo su acción. Otro par se denomina *logro y adscripción* (a veces denominados *actuación y calidad*)\* y aquí una persona, al decidir cómo actuará, enfoca su atención en los aspectos logrados de la persona, como sus calificaciones profesionales, o en sus calidades adscritas, como sexo, edad, clase social... Otro par se denomina *especificidad y difusibilidad* (o *difusión*) funcional y aquí la opción considera factores limitados y específicos, como un contrato hecho y obligaciones más amplias y difusas, como la lealtad familiar... El objetivo de este esquema es permitir al sociólogo identificar las opciones que hace, sobre todo las de tipo institucionalizado... El análisis con variables-patrón puede usarse para identificar similitudes y diferencias entre culturas, o puede restringirse su uso aplicándolo a aspectos de la sociedad, a subsistemas de tipo institucional, como sistemas políticos...<sup>15</sup>

Según Parsons todo sistema social y toda acción social pueden ser exhaustivamente analizados en términos de solamente cinco pares de variables-patrón que supuestamente caracterizan toda acción social posible, y que son orientación hacia uno o hacia la colectividad, afectividad o neutralidad afectiva, y los tres pares arriba mencionados que emplea Hoselitz.

Hoselitz adelantó algo de su teoría, por primera vez, en 1953, bajo el título "Social Structure and Economic Growth"<sup>16</sup> y repitió nuevamente la misma tesis (de una manera más profunda, según dice él en una nota al margen) en 1963, bajo el título "Social Stratification and Economic Development".<sup>17</sup> Él alega que los países desarrollados presentan las varia-

\* El término logro (*achievement*), ha sido también traducido como adquisición. Véase la traducción española de Talcott Parsons, *El sistema social*. Ed. Revista de Occidente, Madrid.

<sup>15</sup> Jeffery Duncan Mitchell, *Dictionary of Sociology*. Ed. Routledge and Keagan Paul, Londres, 1967, pp. 130-31.

<sup>16</sup> Bert F. Hoselitz, "Social Structure and Economic Growth", *Economia Internazionale*, agosto de 1953, vol. vi, n. 3; reimpresso en *Sociological Factors in Economic Development*, op. cit., cap. II. Esto no quiere decir, sin embargo, que este enfoque agota el trabajo de Hoselitz; por el contrario, abarca de una forma excepcionalmente amplia los campos de la sociología, la economía, la historia, etc. En cambio, la parte aquí criticada de la obra de Hoselitz organiza y resume una gran parte de la obra de otros científicos sociales.

<sup>17</sup> Bert F. Hoselitz, "Social Stratification and Economic Development", *International Social Science Journal*, 1964, vol. xvi, n. 2.



bles-patrón de universalismo, orientación hacia logros y especificidad funcional, mientras que los países subdesarrollados se caracterizan por sus opuestos: particularismo, adscripción y difusividad funcional. Hoselitz establece que, para desarrollarse, los países subdesarrollados deben eliminar las variables-patrón del subdesarrollo y adoptar las correspondientes al desarrollo. Debe añadirse que la EDCC ha dedicado numerosas páginas a la difusión de este enfoque del estudio del desarrollo económico y del cambio cultural.<sup>18</sup>

### Validez empírica

Hoselitz define a los países desarrollados como universalistas y no como particularistas. Éstos son, como ya veremos, normativamente universalistas. No obstante, la realidad, la literatura o incluso el tratamiento sociológico de muchos países desarrollados, revelan un particularismo sustancial. Éste es específicamente el caso del Japón,<sup>19</sup> Francia,<sup>20</sup> y de Europa en general,<sup>21</sup> donde la existencia del particularismo ha sido demostrada tanto entre las clases superiores como en las inferiores. El particularismo se ha profundizado y difundido especialmente entre la clase trabajadora de Europa<sup>22</sup> y de Estados Unidos, entre los recientes emigrantes de aquélla hacia éstos, y entre los grupos de inmigrantes no-blancos, rurales o recientemente rural-urbanos que existen en los Estados Unidos. Por otro lado, gran parte de lo que hace ondear la bandera universalista de los Estados Unidos y de otros países desarrollados, es sólo el disfraz de repugnantes intereses individuales. Ya tendremos ocasión de ver más adelante cómo los países desarrollados exportan el particularismo a los subdesarrollados, envuelto en consignas universalistas tales como la libertad, la democracia, la justicia, el bien común, el liberalismo económico del libre comercio, el liberalismo político de elecciones libres, el liberalismo social de la libre movilidad social, y el liberalismo cultural de la libre exposición de ideas como las que se examinan en el presente ensayo.<sup>23</sup> Hoselitz también define a los países des-

<sup>18</sup> Además del ya citado artículo de Levy, ver, por ejemplo, "India's Cultural Values and Economic Development: A discussion", EDCC, octubre de 1958, vol. VII, n. 1; Clifford Geertz, "Religious Belief and Economic Behavior in a Central Japanese Town: Some Preliminary Considerations", EDCC, enero de 1956, vol. IV, n. 2.

<sup>19</sup> James Abegglen, *The Japanese Factory*. The Free Press, Glencoe, 1958.

<sup>20</sup> Nicole Delefortrie-Soubeyrou, *Les dirigeants de l'industrie française*. Ed. Armand Colin, París, 1961.

<sup>21</sup> David Granick, *The European Executive*. Ed. Doubleday Garden City, 1962.

<sup>22</sup> Ferdynando Zweig, *The British Worker*. Ed. Penguin Books, Harmondsworth, 1952; *The Worker in an Affluent Society: Family, Life and Industry*. Ed. Heinemann, Londres, 1962; Raymond Williams, *Culture and Society 1780-1950*. Ed. Penguin Books, Harmondsworth, 1961.

<sup>23</sup> Frederick Clairmonte, *Economic Liberalism and Underdevelopment Studies in the Disintegration of an Idea*. Asia Publishing House, Bombay y Londres, 1960. (Ed. en español, Tercer Mundo, Bogotá.)

arrollados como orientados hacia logros. Para examinar el equivalente de este variable-patrón en la realidad, es importante dividirlo en tres subvariables: recompensa, reclutamiento y motivación. En Estados Unidos, la recompensa dentro de los roles depende, de hecho, sustancialmente, del logro. Pero el reclutamiento para los roles, aunque quizás sea sustancialmente una cuestión de logro entre las clases medias, se basa mucho más en la adscripción tanto en los altos niveles de la dirección de los negocios —como Granick ha demostrado en su comparación entre la dirección norteamericana y la soviética—,<sup>24</sup> cuanto en las masas de pobres en *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, como Michael Harrington tan dramáticamente ha demostrado. La adscripción de cargos y la consecuente recompensa al negro norteamericano, habla por sí misma, silenciosa y elocuentemente, a través de su movimiento libertador contemporáneo. Harrington demuestra, además, que lejos de volverse menos adscriptiva, la sociedad norteamericana, tanto en la cima como en la base (y quizás también en el centro), se está volviendo progresivamente más adscriptiva.<sup>25</sup>

Por otra parte la misión reclutadora en Japón se basa en gran medida en el logro, como ha señalado, entre otros, Abegglen.<sup>26</sup> Sin embargo, la asignación de recompensa dentro del rol, alega Abegglen, es altamente adscriptiva, estando basada en factores tales como la edad, las obligaciones familiares, etc. La distinción importante entre reclutamiento y recompensa (raramente hecha en las discusiones de logro o adscripción), y las obvias diferencias entre las prácticas japonesas y norteamericanas a este respecto, parecerían explicar una gran parte del desacuerdo que existe sobre este asunto. Por ejemplo, Bellah<sup>27</sup> y Levy,<sup>28</sup> quienes enfatizan la orientación japonesa del logro como una causa de su desarrollo, se refieren al reclutamiento para el rol. Por otra parte, Abegglen,<sup>29</sup> que enfatiza el patrón adscriptivo japonés, piensa, aparentemente, en la recompensa dentro del rol. La otra variable del logro, la motivación individual del logro (o necesidad de logro), como la llama David McClelland,<sup>30</sup> mientras que por una parte se confunde cada vez más con la categoría weberiana de la asignación y recompensa del rol social, es más bien otro asunto que será discutido cuando lleguemos al análisis de la tercera modalidad.

En tercer lugar, Hoselitz establece que en las sociedades desarrolladas, los roles son más funcionalmente específicos que difusos, y esa especificidad

<sup>24</sup> David Granick, *The Red Executive*. Ed. Doubleday, Garden City, 1960.

<sup>25</sup> Michael Harrington, *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965; Gabriel Kolko, *Wealth and Power in America: an Analysis of Social Class and Income Distribution*. Ed. Praeger, Nueva York, 1962.

<sup>26</sup> James Abegglen, op. cit.

<sup>27</sup> Robert Bellah, *Tokugawa Religion*. The Free Press, Glencoe, 1957.

<sup>28</sup> Marion J. Levy, op. cit.

<sup>29</sup> James Abegglen, op. cit.

<sup>30</sup> David McClelland, *The Achieving Society*, op. cit.



de rol ayuda a generar desarrollo mientras que la difusión del rol no hace sino detenerlo. Para evaluar esta declaración debemos averiguar primero la relevancia de la dicotomía especificidad-difusividad en la estructura de la interacción en que está siendo examinada. ¿Es acaso útil distinguir la estructura de interacción entre el *ego* y el *alter* que es normativamente definida en un papel difuso como un complejo de relación padre-hijo, profesor-estudiante, general-soldado, etc., de la estructura de interacción en los cargos funcionalmente específicos, integrados de tal manera que el *ego* sea sistemáticamente padre, maestro, general, etc., y el *alter*, a su vez, hijo, estudiante, soldado, etc.? En una palabra, ¿qué importancia tiene la diferencia entre especificidad de roles y difusión de roles, si los roles específicos socialmente significantes y dominantes están reunidos en uno o en pocos individuos que ocupan varios puestos simultáneamente o en una sucesión rápida e institucionalizada? Para esto último se aplica el rol estructural de la sociedad, "funcionalmente específico", en el cual, según C. Wright Mills, la élite detentora del poder domina lo que el presidente Eisenhower llamó el complejo militar-industrial, por el cual Douglas Dillon, de la Dillon and Reed and Co., ocupa un asiento en el gabinete como secretario del Tesoro; Robert McNamara, presidente de la Ford Motor Company, es secretario de Defensa —como sucesor de "Máquina Charley" Wilson—, al cual debemos el *bon mot* "lo que es bueno para la General Motors es bueno para el país"; y donde el grueso de las adquisiciones militares se debe a una media docena de corporaciones gigantescas que emplean grandes cantidades de oficiales jubilados de alto rango.<sup>31</sup>

Nuestra propia profesión no está tan apartada de esta estructura del rol como sugiere la caracterización de Hoselitz acerca de la especificidad del rol: el equipo de consejeros de Roosevelt y Kennedy cooptó toda clase de sociólogos norteamericanos. La ayuda que el historiador de Harvard Arthur Schlesinger Jr, prestó al desarrollo de los países subdesarrollados, no consistió sino en escribir el ahora famoso *Libro Blanco* sobre Cuba, que trataba de justificar la próxima invasión de ese país a través de Playa Giron. Posteriormente, él admitió haber mentido con respecto a la invasión en beneficio del "interés nacional". El economista de Stanford Eugene Staley escribió *The Future of Underdeveloped Countries*,<sup>32</sup> y llevó sus ideas a la realidad en el famoso Plan Staley-(General Maxwell) Taylor, para encerrar 15 millones de vietnamitas en los campos de concentración que ellos, eufemísticamente, bautizaron con el nombre de "aldeas estratégicas". Desde

<sup>31</sup> C. Wright Mills, *La élite del poder*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963; Fred J. Cook, *The Warfare State*. Ed. MacMillan, Nueva York, 1962; véase también Tristan Coffin, *The Armed Society*. Ed. Penguin Books, Baltimore, 1964.

<sup>32</sup> Eugene Staley, *The Future of Underdeveloped Countries*. Ed. Harper, Nueva York, 1954.

el fracaso de ese esfuerzo de planificación del desarrollo, el historiador económico del MIT, Walt Whitman Rostow, ha "escalado" el esfuerzo escribiendo *Las etapas del crecimiento económico*.<sup>33</sup> Él escribió sobre estas etapas en el Centro para Estudios Internacionales financiado por la CIA situado en el río Charles (Boston) y ha estado manejándolas en el río Potomac (Washington) en calidad de director de política y planificación del Departamento de Estado, nombrado por el presidente Kennedy, y como primer consejero sobre Vietnam del presidente Johnson.

Seguramente es en beneficio del desarrollo económico de Vietnam que Rostow se ha convertido en el principal arquitecto del escalamiento desde el uso del napalm en el sur hasta el bombardeo del norte, y más allá. Así, debido indudablemente al particularismo universalista y a la adscripción lograda, Eugene Rostow pasa de enseñar derecho internacional en la Universidad de Yale a practicarlo junto a su hermano, en Washington. Mientras tanto, después de llevar a cabo su papel como decano de Humanidades de la Universidad de Harvard, McGeorge Bundy pasa a ser el superior de W. W. Rostow en Washington, y comparece en televisión para explicar a los desorientados e incrédulos por qué esta teoría y política del desarrollo económico es humanitaria, después de lo cual pasa a dirigir la Ford Foundation con una gran influencia en la educación y la investigación. A la luz del manifiesto papel de compendio y difusión institucionalizados de estos decanos de la erudición humanista y profesores de ciencia social aplicada, tanto la dirección clandestina del Proyecto Camelot, asumida por la Secretaría de la Defensa, como el financiamiento por parte de la CIA, de la Asociación Nacional de Estudiantes Estadounidenses, no son más que *peccata minuta*.

Sin embargo, la preocupación de Hoselitz y la mía giran alrededor del desarrollo económico y cambio cultural de los *países subdesarrollados*. Por ello, es más importante analizar la realidad del subdesarrollo y la descaracterización que de él hace el modelo ideal de Hoselitz. Éste caracteriza a los países subdesarrollados como particularistas, más que universalistas. Sin embargo, los países subdesarrollados son también sustancialmente universalistas. Una ojeada a la prensa, la radio y a gran parte de la ideología educacional de cualquier país subdesarrollado, demuestra que hay en ellos tan-

<sup>33</sup> Walt Whitman Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1970. La reciente semblanza del *New York Times* sobre Rostow señala: "Desde que McGeorge Bundy y Bill D. Moyers dejaron la Casa Blanca, el señor Rostow, un antiguo profesor del Instituto de Tecnología de Massachusetts, ha estado apareciendo como el portavoz de la Casa Blanca de los asuntos exteriores... Él es quien organiza y atiende actualmente las conferencias-almuerzo de los martes del presidente. El secretario de Estado Dean Rusk, el de Defensa Robert S. McNamara y el secretario de Prensa de la Casa Blanca, George Christian, son generalmente los únicos huéspedes." *New York Times*, 13 de abril de 1967.



to universalismo como hay en sus equivalentes en los países desarrollados. El periódico más influyente de México dedica más espacio en sus columnas a los "universalistas" Estados Unidos que el dedicado por el *New York Times* a todo el mundo existente fuera de los Estados Unidos; y una revista norteamericana, *Reader's Digest*, que se empeña en hacer comprender las normas y la ideología "universalistas" norteamericanas, tiene, en México, una mayor circulación que las ocho más importantes revistas mexicanas en conjunto.<sup>34</sup> Lo que da en un cierto sentido razón a Hoselitz, es el hecho de que esa clase de universalismo no es más profundo en los países subdesarrollados que en los desarrollados; ya que allí también es, por el contrario, una cobertura para un subyacente particularismo. Por otro lado, existen formas de universalismo en los países subdesarrollados ajenas a la fachada superficial de los particularmente interesados órganos de formación de la opinión pública. Existen huelgas generales y políticas, condenadas por muchos de estos mismos observadores de los países desarrollados; un nacionalismo militante, el cual los propios observadores desaprueban, alegando que se opone al bien universal, y, por consiguiente, al bien particular de éste o aquel país subdesarrollado; y existe también un amplio apoyo en los países subdesarrollados a los movimientos anticolonialistas y antineocolonialistas, que los países desarrollados combaten por la fuerza de las armas y por medio de la universalmente divulgada propaganda sobre la libertad, etcétera, en Vietnam, Malasia, el Congo, la República Dominicana y dondequiera que éstos surjan. Esta evidencia sugiere que el universalismo está, después de todo, bastante expandido y profundamente arraigado en los países subdesarrollados, entre grupos que no son precisamente los privilegiados que dirigen los órganos mundiales de comunicación.

Hoselitz se aparta aún más de la realidad cuando dice que los roles socio-económico-políticos están, en los países subdesarrollados, casi exclusivamente distribuidos en términos de normas adscriptivas. Él alega específicamente que los países subdesarrollados prestan poca atención al logro económico en su determinación de los status y que el liderazgo político está mayormente determinado por normas adscriptivas.<sup>35</sup> Cualquiera que no haya vivido nunca en el castillo universalista de la ciencia social norteamericana, se sorprendería al ver que tanto Hoselitz como muchos otros definen como adscriptivos el liderazgo político nacional producido por los interminables golpes militares en América Latina<sup>36</sup> y por las nacientes bur-

<sup>34</sup> Pablo González Casanova, *La democracia en México*. Ed. Era, México, 1965, p. 202.

<sup>35</sup> Bert F. Hoselitz, "Social Stratification and Economic Development", op cit.

<sup>36</sup> John J. Johnson, ed., *The role of the Military in Underdeveloped Countries*. Princeton University Press, Princeton, 1962; *The Military and Society in Latin America*, Stanford University Press, Stanford, 1964; Edwin Lieuwen, *Arms and Politics, in Latin America*. Ed. Praeger, Nueva York, 1960; *Generals and Presidents, Neo-Militarism in Latin America*. Ed. Praeger, Nueva York, 1964.

guesías "nacionales" en toda África.<sup>37</sup> No obstante, la irrealidad de la popular y ostensiblemente científica comprensión norteamericana del mundo permite a Hoselitz y a algunos otros sugerir que el poder político en la América Latina se encuentra en manos de una oligarquía tradicional o incluso feudal. Ellos pasan por alto el hecho de que en todos los países capitalistas subdesarrollados, el poder detrás del trono, ya sea militar o civil, permanece (si es que en algo está en manos nacionales) en manos de los que ocupan los roles más importantes en la organización económica, y particularmente, en manos de aquellos vinculados a las metrópolis desarrolladas por lazos comerciales y financieros.<sup>38</sup> Debe considerarse cada vez más a Estados Unidos como esta metrópoli: precisamente el punto de ventaja desde el cual estos sociólogos hacen sus observaciones y caracterizaciones curiosas acerca de la parte subdesarrollada del mundo. En las supuestamente adscriptivas Asia, África y América Latina, muchos de los actualmente beneficiados con estos altos cargos económicos y políticos alcanzaron sus posiciones, y lo hicieron bastante recientemente, con mucha más frecuencia que en los países desarrollados, de Europa y Norteamérica, donde existe una orientación del logro.<sup>39</sup> Así, esta asignación de papeles en los cargos económica y políticamente más significantes de los países subdesarrollados, es decisivamente lograda y no adscriptiva.

Debe señalarse, sin embargo, que la asignación del cargo por medio del logro, es también común entre los cargos de nivel más bajo de los países subdesarrollados. Al menos esto ha ocurrido así desde que la penetración mercantilista y capitalista, hace cientos de años, transformó totalmente esas sociedades. Sólo los sociólogos de las metrópolis invasoras parecen incapaces de ver cuán eficientemente esta penetración ha integrado a esas sociedades dentro del sistema mundial dominante y cuán universalmente este último impuso su organización y alienación sociales a la gente que Frantz Fanon ha llamado "los condenados de la tierra".<sup>40</sup>

Evidentemente, la distribución de recompensas en los países subdesarro-

<sup>37</sup> Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

<sup>38</sup> José Luis Ceceña, "El capital monopolista y la economía de México", *Cuadernos Americanos*, México, 1963; Ricardo Lagos, *La concentración del poder económico en Chile*. Ed. del Pacífico, Santiago, 1961; Carlos Malpica, *Guerra o muerte al latifundio*. Ed. Voz Rebelde, Lima, Perú, 1963; Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*. Ed. Populares Argentinas, Buenos Aires.

<sup>39</sup> Véase, por ejemplo, José Luis de Imaz, *Los que mandan*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964.

<sup>40</sup> Frantz Fanon, op. cit. El grado de penetración capitalista en los países subdesarrollados fue observado hace mucho tiempo por Rosa Luxemburgo en *La acumulación del capital* (Ed. Grijalbo, México, 1967) especialmente en la sección tercera, pp. 251-352. Yo he explorado lo mismo en *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, op. cit., y "El nuevo confucionismo del precapitalismo dual en América Latina", *Economía*, mayo-junio de 1965, n. 4.



llados, al menos en los cargos de alto nivel, es también determinada por el logro, en el sentido en que Hoselitz emplea este término. En las economías monopolísticas subdesarrolladas, mucho más que en las desarrolladas, el éxito financiero está determinado por la especulación y la extorsión exitosas, siendo aún más desigual la distribución del ingreso resultante. Esto hace pensar que, contrariamente a lo que Hoselitz dice, en la distribución de recompensa en los países subdesarrollados,<sup>41</sup> la adscripción importa menos y el logro más. (Esto implica que, valiéndonos de los estándares universalistas, podemos llamar "logro" a este tipo de éxito, cosa que el presente autor prefiere no hacer.)

Por último, Hoselitz expresa que los cargos en los países subdesarrollados son funcionalmente difusos más que específicos. Esto es en parte cierto. En los países subdesarrollados, los pobres, ya sean clasificados como trabajadores en el sector primario, secundario o terciario, realizan efectivamente varios trabajos a la vez, siendo, por ejemplo, campesinos, comerciantes, vendedores ambulantes, artesanos, trabajadores ocasionales, ladrones, y proveedores de servicios para los demás, tratando de subsistir en la lucha por la vida.<sup>42</sup> Los cargos en el otro extremo de la escala socioeconómica no son menos difusos. Sólo se necesita leer la prensa diaria o sufrir las consecuencias del control de los monopolios en los países subdesarrollados, para saber, como sugiere Hoselitz, que los papeles dominantes son efectivamente difusos, y también que los cargos económicos predominan en este control, cosa que Hoselitz niega. Por otra parte, es bueno observar también que toda una serie de cargos intermedios en las sociedades subdesarrolladas, desempeñados por miembros de las clases medias tales como oficiales del ejército, burócratas gubernamentales, ejecutivos menores, administradores, policías y otros son funcionalmente bastante específicos. Éstos desempeñan las funciones de hacer funcionar todo el sistema explotador en el difuso, pero particular, interés de aquellos que detentan el control, en el mismo sentido que el administrador de una hacienda maneja al esclavo del dueño de la hacienda en beneficio de éste. Tal vez no sorprenda el hecho de que es precisamente entre éstos que desempeñan papeles medios, donde los valores universalistas predominan.<sup>43</sup>

En una palabra, si examinamos los patrones de los cargos sociales en los países desarrollados y subdesarrollados, en vez de dejarnos cegar por una

<sup>41</sup> Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, *El desarrollo económico de América Latina en la posguerra*, Naciones Unidas, Nueva York, 1963, E/CN 12/659.

<sup>42</sup> Comisión económica de las Naciones Unidas para América Latina, *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*. Ed. Naciones Unidas, Nueva York, 1963, E/CN 12/660.

<sup>43</sup> Theodore R. Crevanna, ed., *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*. 6 vol. Ed. Unión Panamericana, Washington, 1950-51; Marshall Wolfe, *Las clases medias en Centroamérica: características que presentan en la ac-*

barata perspectiva típica-ideal de adulterada procedencia weberiana, sacamos en conclusión que las características que Hoselitz y algunos otros atribuyen a los países desarrollados y subdesarrollados presentan una distorsionada e insuficiente concepción de la realidad social. Ésta es, sin embargo, la menor de las deficiencias de Hoselitz y sus seguidores en sus enfoques del desarrollo económico y del cambio social. El hecho de que sea tan fácil discutir la validez empírica de la concepción de Hoselitz acerca del desarrollo y el subdesarrollo —o sea, que Hoselitz pueda encontrar algún particularismo, adscripción y difusión en países subdesarrollados en los cuales nosotros, por el contrario, podemos fácilmente encontrar universalismo, logro y especificidad—, sugiere ya que probablemente ni una ni otra de las variantes-tipo que Hoselitz selecciona como determinante es importante para caracterizar, o crucial para definir, ni al desarrollo ni al subdesarrollo. Esto hace pensar que los principales factores determinantes del desarrollo y subdesarrollo no son éstos, sino otros; es decir, se pone en duda la adecuación teórica de todo el enfoque de Hoselitz.

#### *Adecuación teórica*

Habiendo visto ya la validez empírica de los postulados de Hoselitz, podemos analizar la adecuación teórica de sus tesis en términos de, primero: su selección de los roles a estudiar; segundo: su selección de un sistema social a analizar; y tercero y más importante: su tratamiento de la estructura social del desarrollo y subdesarrollo.

Sería preferible empezar preguntando cómo podemos Hoselitz y el presente autor caracterizar las variables-patrón o cargos en los países subdesarrollados en forma tan diferente. Parte de la respuesta se encuentra en la diferencia entre los cargos que consideramos importantes para el subdesarrollo y el desarrollo.

Se observa que en el análisis de Hoselitz todos los cargos tienen aproximadamente el mismo peso en la caracterización del subdesarrollo. Así, la prescripción de Hoselitz para el desarrollo es que el mayor número de cargos, casi independientemente de los que sean, dejan de ser particularistas, atributivos y difusos y se convierten en universalistas, basados en el logro, y funcionalmente específicos. Mientras mayor parezca este cambio cuantitativo de cargos de un patrón a otro, mayor será el desarrollo. Mi ensayo, por otra parte, ha puesto más énfasis en los cargos más altos y en algunos de los más bajos en los sistemas de estratificación económica y política, debido a que ellos son más importantes para el desarrollo que simplemente los cargos en general.

*tualidad y requisitos para su desarrollo*. Ed. Naciones Unidas, Nueva York, E/CN 12/CCE, Rev. 2; Naciones Unidas, *The Social Development of Latin America*, op. cit.; John J. Johnson, *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*. Stanford University Press, Stanford, 1958.



Si los cargos sociales no tienen todos el mismo peso o importancia para el desarrollo y el subdesarrollo, como es obvio que no lo tienen, no es correcto asignarles en la teoría la misma importancia. Si, como Hoselitz, construimos cargos patrones tipos ideales para el desarrollo y el subdesarrollo (un procedimiento dudoso para empezar), debemos entonces, con toda seguridad, asignar más peso en la construcción del modelo ideal, a los cargos que efectivamente sean más importantes para el desarrollo o el subdesarrollo, aunque sean menos numerosos. No obstante, en su caracterización de las sociedades desarrolladas y subdesarrolladas, Hoselitz elude sistemáticamente el análisis específico de los altos cargos económicos y políticos. Si Hoselitz atribuye a estos cargos el peso que evidentemente tienen en la determinación del desarrollo y el subdesarrollo, se incapacita para definir como universalista, basada en el logro y funcionalmente específica, a una sociedad en la cual la élite que detenta el poder del complejo industrial-gubernamental-militar persigue propósitos particularistas; o para caracterizar como particularistas, adscriptivos y funcionalmente difusos esos países gobernados por oligarquías cuyo poder económico, político y militar se deriva de los privilegios comerciales del monopolio y del sistemático recurso de la fuerza de las armas para protegerlo y aumentarlo. Mucho menos aún hubiera podido apoyar sobre esta base empírica su argumento teórico para el desarrollo y el subdesarrollo.

En segundo lugar, podemos preguntar qué universo social tiene en mente Hoselitz cuando dice que el desarrollo es caracterizado por algunas variables-patrón y el subdesarrollo por otras. Hoselitz y otros más asocian particularismo, adscripción y difusión en el subdesarrollo con la familia extensiva, la tribu primitiva, la comunidad "folk", el sector tradicional de una sociedad dual, y con los países subdesarrollados y parte del mundo en general. Pero la conexión nunca es hecha en relación con la parte desarrollada del mundo ni con la organización social del mundo actualmente dominante tomado como un conjunto. De hecho, Hoselitz parece mostrarse indiferente con respecto a dónde debe ocurrir el cambio, ya que al estudiar el subdesarrollo, con mucha facilidad y casi imperceptiblemente se refiere a una de estas unidades y después pasa a hablar sobre otra (aunque nunca, por supuesto, sobre las dos últimas). Hoselitz deja bastante oscuro cuál es el todo social cuyos patrones de cargo él cambiaría de un grupo de variables a otro con vistas a efectuar el desarrollo. Aquí es aún más evidente la insuficiencia teórica, ya que contraviene la regla generalmente aceptada de toda teoría social y científica para buscar y referirse al todo sistemático en cuyos términos la realidad (en este caso el subdesarrollo) puede ser explicada y modificada. El sistema social que es hoy la determinante del subdesarrollo no es, de ninguna manera, ni la familia, ni la tribu, ni la comunidad, ni una parte de la sociedad dual, ni incluso, como ya explicaré más adelante, ningún país o países subdesarrollados

tomados por sí mismos.

Las características étnicas, estudiadas por Robert Redfield, y que Hoselitz parece asociar con las variables-patrón de la sociedad subdesarrollada, no caracterizan en su totalidad a ninguna de las sociedades hoy existentes. A lo sumo, pueden caracterizar unas pocas "sociedades tribales", si es que alguna de ellas permanece aún independiente. El propio Redfield sólo habló en términos de una sociedad "folk" no tribal cuando primero estudió Yucatán y Tepoztlán, e incluso, en ese entonces, tituló su libro *The Folk Culture of Yucatan*.<sup>44</sup> Cuando más tarde comenzó a concentrar su atención en *Peasant Society and Culture*,<sup>45</sup> Redfield señaló insistentemente que los campesinos que presentan características étnicas viven sólo en partes de sociedades ya que, de hecho, son campesinos sólo por virtud de su relación con la ciudad, cuya función complementa la de ellos dentro del mismo y amplio conjunto social que las incorpora a ambas. Además, en su estudio de la comunidad campesina guatemalteca del Cantel,<sup>46</sup> el propio Manning Nash señala que la aparición de las características universalistas, orientadas hacia el logro y funcionalmente específicas, asociadas con el sindicalismo —y su renovada desaparición después del golpe de Estado de 1954, del cual John Foster Dulles estaba tan orgulloso—, no debe buscarse dentro de los límites de la comunidad y el sistema nacional. En vista de la bien conocida causa que provocó el mencionado golpe de Estado, podemos añadir que ésta debe ser buscada más allá, en el funcionamiento y la estructura del sistema internacional, al que Hoselitz no hace nunca referencia, pero del cual Cantel, Guatemala, y todos sus habitantes son parte integral, aunque infeliz. Por ello, no es una cuestión de indiferencia empírica, teórica o programática el que se seleccione tal o cual sistema social para ser estudiado y modificado con vistas a promover el desarrollo económico. La selección de Hoselitz es empíricamente inaceptable, ya que él no selecciona para estudiar el sistema cuyas características son las que determinan el desarrollo y el subdesarrollo. El procedimiento de Hoselitz es teóricamente insatisfactorio porque el mismo no se dirige al conjunto social determinante, como aconsejaba Redfield que debían hacer los sociólogos.<sup>47</sup>

En tercer lugar, el tratamiento que da Hoselitz al desarrollo económico y al cambio cultural es también insatisfactorio en campos teóricos aún más importantes: el análisis contradice su propio título, *Social Structure and Economic Growth*, al omitir la estructura, especialmente la estructura del

<sup>44</sup> Robert Redfield, *Yucatán: una cultura de transición*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944; "The Folk Society". *American Journal of Sociology*, enero de 1941, vol. LII, n. 4.

<sup>45</sup> Robert Redfield, *The Little Community and Peasant Society and Culture*. University of Chicago Press, Chicago, 1960; véase también *El mundo primitivo y sus transformaciones*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

<sup>46</sup> Manning Nash, *Machine Age Maya*. The Free Press, Glencoe, 1958.

<sup>47</sup> Robert Redfield, *The Little Community*, op. cit.



subdesarrollo. Las deficiencias existentes en análisis como el de Hoselitz, ya previamente discutidas en sus aspectos empírico y teórico, son, por supuesto, parte esencial de esta negligencia. Sin embargo, el fallo en que caen los que emplean este enfoque con vistas a ocuparse adecuadamente de la estructura es de tal importancia que requiere un comentario más específico. Hoselitz sigue las huellas de Talcott Parsons, quien, para conmemorar el centenario del *Manifiesto comunista*, explicó la significación teórica y las experiencias políticas de su propia y "moderna teoría sociológica".

Marx, sin embargo, tendía a tratar la estructura socioeconómica de la empresa capitalista como una sola e indivisible entidad, en vez de dividirla analíticamente en un juego de las diversas variantes que la componen. Es este desmenuzamiento analítico el que, para los fines presentes, constituye el rasgo más característico del moderno análisis sociológico... De ello resulta una modificación del enfoque marxista... El principal énfasis estructural ya no cae en... la teoría de la explotación sino más bien en la estructura de los roles ocupacionales...<sup>48</sup>

Lo oportuno del análisis que hace Parsons de este acercamiento nos ha sido ya empíricamente confirmado por la mencionada práctica de Hoselitz, tendiente a limitar su atención a la suma matemática de los cargos sociales en general, y a olvidar la estructura social, política y económica de la sociedad particular que se estudia.

Parsons, Hoselitz y, en general, los recientes teóricos sociales, no sólo modifican a Marx sino que también se apartan de Weber. El estructuralismo y el holismo de Parsons se limitan al análisis del modelo totalmente abstracto de cualquiera o de todas las sociedades reales o imaginarias y no al estudio de una sociedad real existente. No obstante lo mucho que Marx y Weber se basaron en modelos teóricos o en tipos ideales, ninguno de los dos osó alejarse tanto de la realidad. Otros socioteóricos contemporáneos, principalmente socioantropólogos de la escuela estructural funcionalista británica, que se han dedicado al estudio de sociedades integrales existentes, carecen, en otros aspectos, de los estándares de la sociología clásica.

Éstos seleccionan, para ser estudiadas y analizadas, pequeñas "sociedades" en África o en cualquier otra parte, como si éstas tuvieran una existencia aislada independiente del sistema imperialista del cual formaban parte integrante en el momento en que se realizaba el estudio. Hoselitz abandona la sociología clásica y lleva mucho más allá la sociología contemporánea. Deja a un lado el holismo estructural de Parsons debido a que éste

<sup>48</sup> Talcott Parsons, "Social Classes and Class Conflict in the Light of Recent Sociological Theory", en *Essays in Sociological Theory*, ed. rev. The Free Press, Glencoe, 1954, p. 324.

sólo puede aplicarse a conjuntos abstractos. No obstante, no se une a los antropólogos en sus estudios de campo dedicados al estudio de la estructura social de los "todos" sociales. Hoselitz se conforma con abandonar tanto el holismo como el estructuralismo y a dedicar su atención a las variables-patrones. Los teóricos anteriormente mencionados se desvían mucho más de la teoría clásica, lo que constituye una seria dificultad para aquellos que se dedicarán al estudio del desarrollo económico y del cambio social. La "moderna teoría sociológica", cuando más, recurre al holismo y al estructuralismo para explicar la existencia de las partes, o, simplemente, para demostrar las relaciones existentes entre ellas, pero no para analizar o explicar la existencia de la estructura social como un todo. Por consiguiente, estos teóricos, que pretenden analizar el *desarrollo* económico y el *cambio* social, cometen un error al no dirigir sus análisis teóricos a los orígenes pasados, a las transformaciones presentes, o a las perspectivas futuras del sistema social existente considerado como sistema.

Sin embargo, Hoselitz y —como veremos más tarde— los defensores del segundo y tercer métodos de análisis, todos van un paso más allá que Parsons —y muchísimo más de lo que pudo haber ido Weber en sus más ardientes momentos de fantasía—. Ellos alegan que, para eliminar el subdesarrollo y producir el desarrollo, sólo es necesario cambiar variables particulares, cargos o partes del sistema social, y que no es necesario cambiar la estructura del propio sistema. Lógicamente, Hoselitz y sus seguidores sólo pueden adoptar esta posición si mantienen uno u otro de los postulados siguientes: 1] que el subdesarrollo y el desarrollo están asociados solamente en las características de la simple mayoría de los roles de la sociedad y no en la estructura de esa sociedad; o 2] dando por sentado que el desarrollo y el subdesarrollo están asociados en la estructura con sólo cambiar algunas de sus partes o sus características. El primero viola todos los estándares de teoría social científica; el segundo va contra toda la realidad empírica.

La importancia de la deficiencia empírica y teórica del enfoque de Hoselitz y sus seguidores no puede ser demasiado enfatizada. La evidencia empírica que se ha venido discutiendo revela que esta crítica de Hoselitz, así como sus análisis referentes a los fundamentos teóricos, no se basan en un enfoque aislado de estándares teóricos, arbitrarios. Es decir, el peso de los estándares científicos que tal análisis no enfoca, radica no tanto en su aceptación universal como en su realismo y eficacia: si Hoselitz, y los demás que piensan como él, hubieran basado sus observaciones y análisis del desarrollo económico y del cambio cultural en estos estándares del estructuralismo y holismo, no podrían haber llegado a la conclusión empíricamente errónea de que la asignación adscriptiva de los roles, en general, mantiene subdesarrollados a los países subdesarrollados. Ellos hubieran visto no sólo que en los países subdesarrollados los cargos políticos y econó-



nicos cruciales son asignados y recompensados por el logro —lo que es menos importante de todo, ya que, en definitiva, no es la adscripción o el logro lo verdaderamente fundamental—, sino también que estos roles y sus desempeñantes no son más que algunas de las manifestaciones de la verdadera estructura del desarrollo y del subdesarrollo de un sistema mundial que genera estos cargos, y cuyos desempeñantes, a su vez, ayudan a mantener el sistema y, en particular, al subdesarrollo.

### *Eficacia política*

Tres ejemplos bastarían para señalar que las prescripciones del programa de Hoselitz no conducen a las consecuencias que él pronostica. Primero, la existencia, o el aumento —si nos dejamos llevar por C. Wright Mills<sup>49</sup> o por William H. White—,<sup>50</sup> de la adscripción y difusión del cargo en los negocios, el gobierno y medios militares de los Estados Unidos no ha convertido ese país, hasta ahora, en un país subdesarrollado. Segundo, que el supuesto logro de los cargos funcionalmente específicos y la búsqueda de estándares universales entre, por ejemplo, los grandes hombres de negocios y sus representantes militares, en la América Latina, no ha logrado desarrollar sus países y no hay síntomas de que lo lograrán.

Aunque tal vez no sea la más importante, es particularmente interesante una tercera evidencia contra la tesis de Hoselitz, ya que nos es dada por él mismo. Como ya vimos, las variables-patrones del desarrollo de Hoselitz se asocian particularmente con el auge de las clases medias; y algunos estudiosos de América Latina como J. Johnson en Estados Unidos<sup>51</sup> y Gino Germani<sup>52</sup> en Argentina, entre otros, han expresado que a mayor movilidad social y a mayor clase media, más desarrollo. Sin embargo, Hoselitz tomó recientemente la iniciativa de comprobar esta tesis confrontándola con la dura realidad de los hechos de América Latina. Ahí comprobó y escribió que los países con la clase media más numerosa, Argentina y Chile, no son los de mayor desarrollo.<sup>53</sup>

Hay, sin embargo, tres cosas ciertas acerca de las clases medias en América Latina. Primero, su patrón social corresponde estrechamente al que

<sup>49</sup> C. Wright Mills, *La élite del poder*, op. cit.

<sup>50</sup> William H. White, Jr., *The Organization Man*. Ed. Simon and Schuster, Nueva York, 1956.

<sup>51</sup> John J. Johnson, *Political Change in Latin America*, op. cit.; "The Political Role of the Latin American Middle Sectors", *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, marzo de 1961, vol. cccxxxiv.

<sup>52</sup> Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962; *Política e Massa*, publicación de Revista Brasileira de Estudos Políticos, Belo Horizonte, 1960.

<sup>53</sup> Bert F. Hoselitz, "Economic Growth in Latin America", *Contributions to the First International Conference in Economic History*, Estocolmo, 1960 (The Hague: Mouton and Co., 1960).

Hoselitz quiere atribuir al desarrollo económico y al cambio cultural. En segundo lugar, como en la Alemania nazi y en la Italia fascista, son precisamente estos grupos los que suministran el principal apoyo "popular" a las dictaduras militares ultrarreaccionarias, como fue nuevamente demostrado, de forma impresionantemente clara, en el golpe de Estado de 1964, en Brasil.<sup>54</sup> Un tercer hecho, no desconectado del anterior o de la no-viabilidad de las prescripciones de Hoselitz, Johnson, Germani y otros acerca del desarrollo, es que en todos los países subdesarrollados (así como en Estados Unidos, como Gabriel Kolko lo ha demostrado recientemente<sup>55</sup>) cuando el ingreso de estas clases medias se eleva no lo hace a expensas de los ricos, sino a costa de las amplias masas pobres, cuyo relativo y a menudo absoluto ingreso en los países subdesarrollados resulta, por lo tanto, todavía más disminuido.<sup>56</sup> El desarrollo económico y el cambio cultural de un país subdesarrollado, por medio de la promoción y ascensión de las clases medias (o de sus variables-patrón), no se ha llevado a cabo debido a que, entre otras razones, es físicamente imposible que ello ocurra dada la estructura del sistema; ello sólo conduce al subdesarrollo aún mayor de la mayoría.

### *Etapas del desarrollo*

Dentro del primer enfoque típico ideal, al cual Nash llama el método de índices y yo el enfoque de brecha, podemos distinguir una segunda variante. Aquí, la identificación de la brecha entre las características del desarrollo y del subdesarrollo incluye la especificación de etapas intermedias y sus características. Aunque Nash mencionó a Rostow en relación con su primer trabajo sobre las tendencias al desarrollo,<sup>57</sup> es preferible tomar *Las etapas del crecimiento económico*<sup>58</sup> de Rostow, como ejemplo de esta variante del primer enfoque o modalidad. Mi resumen y evaluación de los enfoques por "etapa" de Rostow y sus seguidores no necesitará mucho espacio debido a que, primero, gran parte de la crítica realizada ya a Hoselitz puede muy bien aplicarse a éstos, y segundo, porque las etapas de Rostow ya han sido específicamente bastante criticadas por

<sup>54</sup> André Gunder Frank, "Brazil; The Goulart Ouster", *The Nation*, Nueva York, 27 de abril de 1964.

<sup>55</sup> Gabriel Kolko, *Riqueza y poder en Estados Unidos*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

<sup>56</sup> Aníbal Pinto, "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano". *El Trimestre Económico*, enero-marzo de 1965, vol. xxxii, n. 125. Véase también del mismo autor, *Chile: una economía difícil*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

<sup>57</sup> Walt Whitman Rostow, *The Process of Economic Growth*. Ed. Norton, Nueva York, 1952.

<sup>58</sup> W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, op. cit.



otros.<sup>59</sup> Sin embargo, creo que *Las etapas del crecimiento económico*, de Rostow, merece una crítica más fundamental en los aspectos empírico, teórico y político que la que ha venido recibiendo.

Según Rostow,

se puede identificar a todas las sociedades en sus dimensiones económicas, por caber en cinco categorías: la sociedad tradicional; las precondiciones para el despegue; el impulso hacia la madurez, y la época del alto consumo de masas. Primero, la sociedad tradicional. Una sociedad tradicional es una cuya estructura se desenvuelve dentro de funciones de producción limitadas, basadas en la ciencia y tecnología prenewtonianas, y en actitudes prenewtonianas frente al mundo físico... La segunda etapa del crecimiento abarca sociedades en proceso de transición; es decir, la época en que se desarrollan las precondiciones para el despegue, pues demora transformar a una sociedad tradicional de las maneras precisas para permitirle aprovechar los frutos de la ciencia moderna, protegerse contra el rendimiento decreciente, y así aprovechar los beneficios y las opciones que permite el desarrollo con interés compuesto... La etapa de las precondiciones no surge endógenamente, sino de una intrusión de sociedades más avanzadas... Llegamos ahora a la gran división en la vida de las sociedades modernas: la tercera etapa en esta secuencia, el despegue. El despegue es el intervalo en el cual se superan finalmente los viejos obstáculos y resistencias al crecimiento continuado. Las fuerzas que significan el progreso económico, que antes produjeron avances y enclaves limitados de actividad económica, ahora se expanden y llegan a dominar la sociedad... El despegue se define por requerir las tres condiciones siguientes: 1] un aumento de la tasa de inversión productiva del, digamos, 5% o menos hacia más del 10% del ingreso nacional (o del producto nacional neto, PNN); 2] el desarrollo de uno o más sectores sustanciales de manufactura, con una alta tasa de crecimiento; 3] la existencia o el rápido surgimiento de un sistema político, social e institucional que aprovecha los impulsos hacia la expansión...<sup>60</sup>

<sup>59</sup> Sin embargo, la mayoría de las críticas del libro de Rostow han sido superficiales y en gran parte limitadas a buscar evasivas sobre los detalles en la caracterización de sus fases. Esta superficialidad es notablemente evidente en "Appraisals and Critiques of the Rostow Doctrine", Meier, Kuznets, Cairncross, Habakkuk y Gerschenkron en *Leading Issues in Development Economics*. Ed. Gerald Meier, Oxford University Press, Nueva York, 1964. El hecho de que Meier —cuyo libro ha sido favorablemente criticado por su supuesta liberalidad de impresiones y evaluaciones— no haya incluido la que es probablemente la crítica más penetrante hecha a Rostow hasta este momento, por Paul A. Baran y Eric Hobsbawm, "The Stages of Economic Growth", *Kyklos*, 1961, Basel, vol. xiv, fasc. 2, revela la estrechez de los economistas norteamericanos.

<sup>60</sup> W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, op. cit.

Las etapas y tesis de Rostow son incorrectas, en primer lugar, porque no corresponden absolutamente a la realidad presente o pasada de los países subdesarrollados cuyo desarrollo pretenden orientar. En Rostow es explícito, como es implícito en Hoselitz, que el subdesarrollo es la etapa o estado original de las sociedades supuestamente tradicionales, y que no existieron etapas anteriores a la presente etapa de subdesarrollo. En Rostow es además explícito que las sociedades ahora desarrolladas fueron una vez subdesarrolladas. Pero todo esto es bastante contrario a los hechos. Todo este enfoque del desarrollo económico y del cambio cultural atribuye una historia a los países desarrollados mientras que, por el contrario, le niega una historia a los países subdesarrollados. Los países hoy subdesarrollados, evidentemente, han tenido tanta historia como los países desarrollados. Ninguno de ellos, por ejemplo la India,<sup>61</sup> es en la actualidad como era hace siglos o incluso hace varias décadas. Por otra parte, cualquier referencia, inclusive en la historia universal que estudia un niño de primaria, confirma que la historia de los países hoy subdesarrollados ha estado íntimamente ligada, al menos durante algunos siglos, a la historia de los países hoy desarrollados.

De hecho, la expansión económica y política de Europa desde el siglo xv ha encerrado a los países hoy subdesarrollados en una sola corriente de historia mundial, lo que ha hecho aumentar, simultáneamente, el actual desarrollo de algunos países y el actual subdesarrollo de otros. Sin embargo, en su intento por construir una política para los países subdesarrollados, Rostow y sus seguidores han analizado los países desarrollados como si hubieran alcanzado su desarrollo desvinculados de esta corriente de la historia universal. Salta a la vista que cualquier intento serio por elaborar una teoría y un programa tendientes al desarrollo de los actuales países subdesarrollados, tiene que estar basado en el análisis de la experiencia de los propios países subdesarrollados —es decir, en el estudio de su historia y del proceso histórico mundial— que los ha hecho ser subdesarrollados.

Sin embargo, esta tarea de elaborar una teoría y una política de desarrollo realista no ha sido emprendida por ninguno de los estudios del desarrollo económico y del cambio cultural que emplean los modos de enfoque del problema que, según Nash, agotan toda posibilidad. Así vemos nuevamente que estos tres enfoques para el estudio y solución de los problemas del desarrollo económico y del cambio cultural solamente agotan lo que ya está hecho, pero no agotan lo que puede, ni mucho menos, lo que debe hacerse.

<sup>61</sup> R. Palme Dutt, *India Today and Tomorrow*. Ed. Lawrence and Wishart, Londres, 1955; A. R. Desai, *Social Background of Indian Nationalism*. Ed. Popular Book Depot, Bombay, 1959; Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*. Ed. John Day, Nueva York, 1946; V. B. Singh, *Indian Economy Yesterday and Today*. People's Publishing House, Nueva Delhi, 1964.



Es imposible, sin cerrar previamente los ojos, encontrar en el mundo de hoy un país o una sociedad que presente la primera etapa de Rostow, o sea, la tradicional. Esto no sorprende, ya que la construcción de las etapas de Rostow no se ocupa ni de la historia de los actuales países subdesarrollados, ni de sus cruciales relaciones, desde hace siglos, con los actuales países desarrollados.

El acercamiento de Rostow pasa por alto el hecho de que, a través de estas relaciones, los actuales países desarrollados han destruido la preexistente estructura de estas sociedades (sea ella "tradicional" o no). Esto fue fundamentalmente lo que sucedió en la India, la cual fue desindustrializada;<sup>62</sup> en África, donde el tráfico de esclavos transformó la sociedad mucho antes que el colonialismo lo hiciera de nuevo;<sup>63</sup> y en América Latina, donde las grandes civilizaciones de los incas y los aztecas fueron destruidas totalmente.<sup>64</sup> La relación entre las metrópolis mercantilistas y capitalistas y estas colonias consiguió suplantarlo, o implantarlo —como en el caso de las situaciones de *tabula rasa* de Argentina, Brasil, las Indias Occidentales, etc.—, la estructura socio-político-económica que tienen actualmente: es decir, la estructura del subdesarrollo.<sup>65</sup>

Esta larga relación entre los actuales países subdesarrollados dentro del mismo proceso histórico, no sólo afectó el enclave de exportación en los países subdesarrollados, como dice la tesis de la sociedad o economía "dual", universalmente aceptada y al mismo tiempo empírica y teóricamente errónea.<sup>66</sup> Por el contrario, esta relación histórica no hizo sino transformar la total estructura social de los pueblos cuyos países son ahora subdesarrollados, como igualmente ocurrió en los países desarrollados.<sup>67</sup> (Volveré más adelante sobre este problema de la economía o sociedad dual, en la parte dedicada al difusionismo.)

<sup>62</sup> Ibid.

<sup>63</sup> Basil Davidson, *The African Slave Trade*. Ed. Atlantic Little Brown, Boston, 1961; y Jack Woddis, *Africa, The Roots of Revolt*. Ed. Lawrence and Wishart, Londres, 1960.

<sup>64</sup> Eric Wolf, *Pueblos y culturas de mesoamérica*. Ed. Era, México, 1967.

<sup>65</sup> Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial, Ensayo de historia comparada de América*. Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1949; Celso Furtado, *The Economic Growth of Brazil*. University of California Press, Berkeley, 1963; Aldo Ferrer, *The Argentinian Economy: An Economic History of Argentina*. University of California Press, Berkeley, 1967; Aníbal Pinto Santa Cruz, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Ed. Universitaria, Santiago, 1958; André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit.; Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961.

<sup>66</sup> I. H. Boeke, *Economics and Economic Policy of Dual Societies*. Ed. Institute of Pacific Relations, Nueva York, 1953; Jacques Lambert, *Os Dois Brasil*. Ed. Ministerio de Educación y Cultura, s.f.. Río de Janeiro: véase también la nota 123.

<sup>67</sup> Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959; André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit. Véase también la nota 122.

Si la primera etapa tradicional de Rostow no puede ser encontrada en ningún país subdesarrollado de la actualidad, su segunda etapa, que contiene las precondiciones para el despegue hacia el desarrollo económico, brilla aún más por su ausencia. Es característico de la segunda etapa de Rostow la penetración en los países subdesarrollados de influencias creadas en el extranjero —sobre todo en los países desarrollados— y difundidas en los países subdesarrollados, donde destruyen el tradicionalismo y crean, simultáneamente, las precondiciones que conducirán al subsiguiente despegue de la tercera etapa. (Esto se analiza también en la parte dedicada al difusionismo.) El evidente error de la segunda etapa de la tesis de Rostow es tan notorio que sólo será tratado brevemente. Como observamos en relación con la etapa anterior, las partes del mundo actualmente subdesarrolladas de Asia, África y América Latina, incluso si fueron tradicionales en el sentido rostowiano antes de sus contactos con Europa —tesis dudosa, considerando las grandes civilizaciones y el elevado desarrollo tecnológico que habían alcanzado en esos tres continentes—, han sido de hecho afectadas, y lo continúan siendo, por condiciones internas y penetradas por influencias que emanan de las actuales metrópolis desarrolladas.

Sin embargo, estas mismas condiciones e influencias metropolitanas, que ya tienen una historia que se remonta de uno a varios siglos atrás, no han promovido un desarrollo económico ni —incluso— conducido a un despegue hacia el desarrollo, en uno solo de los "75 países", como fueron llamados en la Conferencia de Ginebra sobre Comercio Mundial y Desarrollo, celebrada en 1964.

Esta conferencia fue convocada debido a que casi las dos terceras partes de la población mundial que vive en estos países sienten y saben que estas condiciones metropolitanas de segunda etapa impuestas, lejos de impulsar su desarrollo económico como establecen Rostow y otros eruditos metropolitanos, no sólo lo obstaculizan, sino que, incluso, agudizan su subdesarrollo.<sup>68</sup> La causa de todo esto es que la realidad del subdesarrollo, que la primera y la segunda etapa de Rostow menosprecian e incluso niegan, consiste en que la incorporación de estas tierras y pueblos a un sistema mundial de expansión mercantilista y más tarde capitalista, fue la que comenzó su subdesarrollo; que, además, su continua participación en este mismo sistema aún mantiene e incluso agrava este subdesarrollo.<sup>69</sup> Como dijo el primer ministro Jawaharlal Nehru, en su *The Discovery of India*:

<sup>68</sup> Véase la conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo mundial, Ginebra, 1964; U. N. Document Series, E/ Conf. 46, y especialmente el informe por el Secretario General mencionado en la nota 94.

<sup>69</sup> Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*, op. cit.; Gunnar Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959; Yves Lacoste, *Les Pays sous-développés*. "Que Sais-Je?", Presses Universitaires de France París, 1959; Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, op. cit.; André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit.



... casi todos los grandes problemas que hoy confrontamos surgieron durante el mandato británico y como una consecuencia directa de la política británica: los príncipes; el problema de las minorías; diversos intereses creados, extranjeros o hindúes; la falta de una industria y el abandono de la agricultura; el extremo atraso de los servicios sociales; y sobre todo, la trágica pobreza del pueblo.<sup>70</sup>

En vez de contrarrestar la autoridad de Rostow y de la mayoría de sus colegas de los países desarrollados, apelando a la autoridad de Nehru y de sus colegas de los países subdesarrollados, podemos también apelar a la evidencia empírica, devastadora para la tesis rostowiana. Esta evidencia la constituyen los países de la *tabula rasa* que no contaban con ninguna población antes de ser incorporados al desarrollo mercantilista y al sistema capitalista. En la actualidad, más de la mitad del área y de la población, tanto de América Latina —especialmente Argentina, Uruguay, Brasil—, como de todas las Indias Occidentales, ocupan regiones que, en el momento de su incorporación al sistema mercantilista europeo centralizado, o estaban completamente despobladas o fueron repobladas después del rápido exterminio de la población existente anterior al contacto. Ninguno de estos países vivió nunca la primera etapa de Rostow: la metrópoli mercantil no conquistó y colonizó estas regiones para implantar el tradicionalismo rostowiano, sino para explotarlas a través del establecimiento de minas, de plantaciones de azúcar y de ranchos exclusivamente comerciales. Si acaso, estas regiones y pueblos sólo hicieron su entrada en la historia mundial al llegar a la segunda etapa de Rostow. Pero después de más de cuatro siglos, las condiciones y el contacto de la segunda etapa rostowiana no han conducido a estos pueblos al despegue de la tercera etapa, y mucho menos a la cuarta o quinta etapa de desarrollo. Hoy, estas regiones originalmente despobladas, están tan subdesarrolladas como las originalmente pobladas, incorporadas de manera similar al sistema mundial capitalista. De hecho, contrariamente a la concepción rostowiana de la segunda etapa —y contrariamente, como veremos más adelante, a la mayoría de las tesis difusionistas— mientras más estrecho haya sido el contacto de estas regiones con la metrópoli, más subdesarrolladas se encuentran en la actualidad. Entre los varios ejemplos que podrían citarse están las antiguas regiones exportadoras de azúcar del Caribe y del noroeste del Brasil, las antiguas regiones exportadoras mineras de Minas Gerais y del centro de Brasil, de Bolivia y Perú en las sierras de los Andes y las famosas regiones mineras de Zacatecas y Guanajuato situadas en el centro de México.<sup>71</sup>

Una abundante evidencia histórica recogida en los países subdesarrollados demuestra que las dos primeras etapas de Rostow son falsas. Asimismo,

la evidencia contemporánea de estos mismos países demuestra que sus dos últimas etapas son utópicas. Después de todo, si estos países se encontraran ahora en la cuarta etapa, la del camino hacia la madurez, o en la quinta, la del consumo masivo, no los llamaríamos subdesarrollados y Rostow no hubiera tenido que inventar sus etapas. Además, mientras que en el cuadro que pinta Rostow de la realidad sus utópicas dos últimas etapas constituyen la simple suma aritmética de las ficticias dos primeras más la tercera, en la terrible realidad de los países subdesarrollados es precisamente la estructura de su subdesarrollo —que Rostow encubre bajo su tradicionalismo y sus precondiciones exteriormente creadas— y sus relaciones estructurales con los países desarrollados —que Rostow no menciona en ningún momento— lo que ha impedido, durante tanto tiempo, la realización de las dos últimas etapas. Según el cálculo de Rostow, sólo nos quedamos, pues, con la tercera etapa, y según el mío, con el segundo defecto crucial de todo el argumento rostowiano.

Rostow quisiera hacernos creer que en su tercera etapa, el despegue, él ha sintetizado teóricamente el dinámico cambio cualitativo entre la estructura del subdesarrollo y la del desarrollo. Sin embargo, ni su teoría es dinámica, ni él identifica el cambio o las características estructurales. Mucho menos aún, incorpora a su teoría la verdadera estructura del subdesarrollo y del desarrollo. Por el contrario, pasa por alto considerarlos en conjunto. Como la mayoría, aunque no todas, de las teorías de etapas históricas, la de Rostow no es más que un ejercicio de estática comparada. Mientras identifica etapas del desarrollo, no hace ninguna referencia de cómo pasar de una a la otra. Éste es el caso tanto de la tercera etapa como el de las otras cuatro. La irrealidad de la dinámica de Rostow no debe sorprendernos; pues, como hemos visto, incluso sus estáticas son completamente irreales, sus etapas no corresponden a ninguna realidad en los países subdesarrollados. ¿Cómo puede entonces corresponder a la realidad del mundo subdesarrollado el paso de una etapa a la otra?

Que Rostow no hace referencia a la estructura, viene ya señalado por el hecho de que él atribuye la mayor importancia para el desarrollo, en la tercera etapa, a la simple tasa de inversión y crecimiento. La evidencia concluyente de la insuficiencia teórica de las etapas de Rostow para comprender y eliminar la estructura del subdesarrollo va, por supuesto, mucho más allá de eso. Ignorando completamente la historia de los países subdesarrollados, Rostow, por necesidad, ignora completamente la estructura de su subdesarrollo. Los cambios en las instituciones y en la inversión que él establece como el punto de despegue para salir del subdesarrollo, no comienzan a afectar la verdadera estructura del subdesarrollo. La prueba es que países como Argentina,<sup>72</sup> que Rostow alega están pasando al des-

<sup>70</sup> Citado en Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, op. cit., p. 174.

<sup>71</sup> Véase cap. 1 del presente libro.

<sup>72</sup> Aldo Ferrer, op. cit., y "Reflexiones acerca de la política de estabilización en la Argentina", *El Trimestre Económico*, octubre-diciembre de 1963, vol. xxx, n. 120. Dos



arrollo, se están volviendo cada vez más estructuralmente subdesarrollados y que, de hecho, ningún país subdesarrollado ha logrado salir de su subdesarrollo siguiendo las etapas de Rostow.

Los errores empíricos y teóricos de Rostow van desde su análisis del subdesarrollo y de los países subdesarrollados, hasta su caracterización del desarrollo en los países desarrollados. Aunque los países desarrollados no constituyen el asunto que aquí se trata, es necesario, al menos, señalar esta falsa caracterización del desarrollo ya que, como Hoselitz y otros, Rostow basa demasiado su programa para los países subdesarrollados en su visión de los países desarrollados. Rostow es particularmente explícito al alegar que Inglaterra fue el primer país en industrializarse y que lo hizo movilizándolo domésticamente sus propios recursos después de haber experimentado ciertos cambios estructurales internos. Algunos otros de los países actualmente desarrollados, dice, también se desarrollaron por ellos mismos, exceptuando el hecho de que el previo desarrollo de Inglaterra y otros países los ayudó a crear las condiciones para su despegue hacia el desarrollo. De nuevo, Rostow se equivoca, tanto en el terreno teórico como en el empírico.

Ya ha sido exhaustivamente probado que ni Inglaterra ni otros países se desarrollaron sólo a costa de sus propios esfuerzos. Hay varios mercantilistas ingleses que como Thomas Mun<sup>73</sup> no tienen duda acerca de esto. Tampoco Cantillon,<sup>74</sup> o Marx.<sup>75</sup> Entre nuestros contemporáneos, Earl

estudiantes argentinos han escrito recientemente disertaciones doctorales, bajo la orientación del profesor Walt Rostow, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, tratando de identificar, en la historia económica de su propio país, la serie de etapas del crecimiento económico. El periodo de las precondiciones, pensaron ellos, se completó por el año 1914, cuando se concluyó la red de ferrocarril y toda la rica área de las pampas fue convertida en área de uso pastoral o agrícola. Pero no se sabe por qué el desarrollo no siguió a éste, y la arrancada no se produjo de nuevo, según sus cálculos, sino hasta 1933. Lo que ellos hicieron en esta situación fue crear toda una nueva fase de crecimiento, o más bien de no-crecimiento, para el caso argentino, el cual llamaron *The Big Delay* (la gran demora). Incluso su despegue por otra parte no ha sido seguido de un rápido progreso; en 1959, los expertos de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina dijeron... "Desde la época de la gran depresión mundial... La producción per cápita ha aumentado en un promedio que es escasamente la mitad del aumento registrado entre el comienzo del siglo y el acceso de la depresión." Tal parece, pues, que Argentina había alcanzado, relativamente, un alto nivel de ingresos a principios de siglo, y que en las últimas décadas... la experiencia argentina se ha caracterizado por la demora, el estancamiento, y —para utilizar otro término de los economistas de la CEPAL— "la estrangulación". Carter Goodrich, "Argentina as a new Country", *Comparative Studies in History and Society*, 1964-65, vol. VII, pp. 80-81.

<sup>73</sup> Thomas Mun, *England's Treasure by Foreign Trade, or the Balance of Our Foreign Trade is the Rule of Our Treasure*, Ed. Basil Blackwell, Oxford, 1959, publicado por primera vez en el año 1664.

<sup>74</sup> Richard Cantillon, *Essai sur la nature du commerce en général*, editado, con una traducción al inglés y otro material, por Henry Higgs, A. Kelly, Nueva York, 1964.

<sup>75</sup> Carlos Marx, *El Capital*.

Hamilton,<sup>76</sup> Eric Williams,<sup>77</sup> hoy primer ministro de Trinidad Tobago, y Basil Davidson,<sup>78</sup> han demostrado nuevamente el papel crucial desempeñado por los países subdesarrollados en el financiamiento de la capitalización de los actualmente desarrollados. Aunque los países hoy subdesarrollados quieran verdaderamente seguir las etapas de desarrollo de los actualmente desarrollados, tendrían que buscar nuevos pueblos que explotar hacia el subdesarrollo, como los países ahora desarrollados hicieron antes.

La falsa interpretación de la realidad que hace Rostow, debe, por supuesto, conducir a (¿o acaso resulta de?) un error teórico de primera magnitud y de importancia vital para la teoría y el programa del desarrollo. Este error es común no sólo a las dos variantes del primer enfoque, sino también a las tres formas de enfoque del desarrollo económico y al cambio cultural analizado aquí.<sup>79</sup> Cada uno de ellos considera las características de desarrollo y subdesarrollo como *sui generis* al país dado. Cuando ellos pasan al estudio de cualquier estructura, como ya vimos en el caso de Hoselitz, se limitan a examinar solamente partes de la estructura doméstica del país en cuestión. En ninguno de estos enfoques hay un examen de la actual estructura del desarrollo y subdesarrollo de la estructura del sistema histórico que los hace surgir y posteriormente los incluye a ambos.

<sup>76</sup> Earl J. Hamilton, "American Treasure and the Rise of Capitalism". *Economica*, Londres, 1929, n. 27; *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*. Harvard University Press, Cambridge, 1934; *War and Price in Spain, 1651-1800*, Harvard University Press, Cambridge, 1947. Véase también la ampliación de este trabajo por P. Vilar, "Problems of the Formation of Capitalism". *Past and Present*, noviembre de 1956.

<sup>77</sup> Eric Williams, *Capitalism and Slavery*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1944; reproducido por Russell & Russell, Nueva York, 1963; y editado en rústica por André Deutsch, Londres, 1964.

<sup>78</sup> Basil Davidson, *The African Slave Trade*, op. cit.; *Old Africa Rediscovered*. Ed. Gollanez, Londres, 1959.

<sup>79</sup> El mismo error se aplica también a una variante adicional que está asociada especialmente con Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Belknap Press of Harvard University, Cambridge, 1962. Gerschenkron introduce variaciones en los tipos ideales de desarrollo. Él discierne que en vista que el patrón de desarrollo de los rezagados, tales como Alemania, difiere de los que se desarrollaron más temprano, sólo es lógico suponer que el patrón de los aún más rezagados —es decir, los países subdesarrollados— diferirá aún más de los patrones y etapas de crecimiento ya establecido. Este análisis puede realmente parecer un mayor avance con relación a los otros. Pero no lo es. Al igual que con los proponentes del primer método, no hay indicio en Gerschenkron de que los países subdesarrollados tienen también una historia que requiere estudio; ni hay tampoco indicio alguno de que su historia y sus relaciones con los países actualmente desarrollados sean mucho más importantes para cualquier intento serio de comprender y eliminar las causas del subdesarrollo, que el estudio de la historia de la parte desarrollada del mundo, cuya experiencia ha sido bastante diferente. La variante de Gerschenkron del primer método, debe, por lo tanto, ser también considerada como inadecuada.



Con respecto a la eficacia de la política recomendada por Rostow, el resultado es obvio: ningún país, una vez subdesarrollado, ha podido jamás desarrollarse siguiendo las etapas de Rostow. ¿Es acaso por esto, que, en la actualidad, Rostow trata de ayudar al pueblo de Vietnam, al Congo y a la República Dominicana, así como a otros países subdesarrollados a superar las deficiencias empíricas, teóricas y políticas de su ayuda intelectual manifiestamente no-comunista destinada al desarrollo económico y al cambio cultural, por medio de bombas, de napalm, de armas químicas y biológicas, y de ocupación militar?<sup>80</sup>

El primer modo ideal-típico de abordar los problemas de desarrollo económico y cambio cultural, resulta, al ser examinado, empíricamente nulo, teóricamente inadecuado, y políticamente negativo. La razón fundamental por la cual toda esta consideración debe ser rechazada por aquellos que desean entender y resolver significativamente los problemas del desarrollo económico y del cambio cultural, es que este enfoque, en todas sus variaciones, ignora la realidad histórica y estructural de los países subdesarrollados. Esta realidad es producto del mismo proceso histórico y de la misma estructura del sistema, de lo que es el desarrollo de los actuales países desarrollados; el sistema mundial dentro del cual han vivido sus historias, durante siglos, los actuales países subdesarrollados; es la estructura de este sistema la que constituye la causa histórica determinante, aún en la actualidad, del subdesarrollo. Esta estructura es ubicua, se extiende desde la parte más desarrollada del país más desarrollado hasta la parte más subdesarrollada del país más subdesarrollado. Incluso si el primer enfoque estudiara la estructura del subdesarrollo al nivel nacional de los países subdesarrollados, lo que como ya hemos visto no hace, no sería capaz de analizar y comprender adecuadamente esa estructura nacional y menos permitir una formulación programática adecuada para cambiarla. Aquellos que se llevan por el primer modo de análisis, y como después veremos también por el segundo y el tercero, evitan firmemente el estudio de la estructura internacional de desarrollo y subdesarrollo, de la cual la estructura nacional del subdesarrollo es sólo una parte. Así, tanto en el terreno empírico, como en el teórico y programático, el primer enfoque del desarrollo económico y cambio cultural debe ser rechazado por inadecuado.

<sup>80</sup> La semblanza del *New York Times* comenta: "Mr. Rostow es un arquitecto de la política de los Estados Unidos en Vietnam, y está orgulloso de serlo." *New York Times*, 13 de abril de 1967. "W. W. Rostow explicó en cierta ocasión los razonamientos del Departamento de Estado en cuanto a la carrera armamentista de la década de 1950, como tendiente a obligar a la URSS a 'desperdiciar' sus recursos en fines militares, negándole así el uso de estos mismos recursos para mantener su tasa de crecimiento." *Two Labor Economists, "Tasks of the American Labor Movement"*, Monthly Review, Nueva York, abril de 1967, vol. XVIII, n. 11, p. 12. ¿Es también ésta la explicación de las etapas de crecimiento que Mr. Rostow se enorgullece de imponer en Vietnam y en China en la década de los sesentas?

## EL ENFOQUE DIFUSIONISTA

El segundo método señalado por Nash ve el desarrollo como resultante de la difusión de elementos culturales de los países desarrollados a los subdesarrollados. Esto implica, por supuesto, una transculturación de estos elementos en los países subdesarrollados. Se observa que la difusión se expande desde las metrópolis de los países capitalistas desarrollados hacia las capitales nacionales de los subdesarrollados, de ahí, a su vez, hacia sus capitales provinciales y finalmente hasta las zonas interiores de la periferia. Según este punto de vista, en que el desarrollo consiste en (y es promovido por) la difusión y la aculturación, el subdesarrollo subsiste debido a obstáculos o resistencia a esta difusión. El subdesarrollo, se supone, es el primitivo estado "tradicional" de la misma manera que en el primer enfoque. Existe aún menos investigación aquí sobre las causas y naturaleza del subdesarrollo que en el primer método. En efecto, los difusionistas no sugieren a los pueblos del mundo subdesarrollado que investiguen y superen las causas del subdesarrollo; por el contrario, les aconsejan esperar y agradecer la difusión de la ayuda evolucionista desde el exterior.

### Validez empírica

Nash enfatiza la difusión de "conocimiento, pericia, organización, valores, tecnología y capital" como factores primarios en el segundo enfoque del desarrollo económico y del cambio cultural. Por una conveniencia de exposición, nosotros reclasificaremos estos factores de la siguiente manera: 1] capital; 2] tecnología, incluyendo conocimientos y pericia; 3] instituciones, incluyendo valores y organización.

*Capital.* Con respecto a la difusión de capital, la tesis del segundo enfoque comienza estableciendo que, siendo pobres, los países subdesarrollados carecen de capital para inversión y que, por consiguiente, les es difícil o imposible su desarrollo y su consecuente salida de la miseria. Debido a ello, los países altamente desarrollados pueden, deben y de hecho difunden capital a los subdesarrollados, promoviendo así el desarrollo económico de éstos. La aceptabilidad de este planteamiento inicial —de que es la pobreza lo que obstaculiza los esfuerzos de los países subdesarrollados, en relación con la inversión y el desarrollo—; ha sido fuertemente combatida con fundamentos teóricos por Paul Baran<sup>81</sup> y el que escribe, han señalado nuevas evidencias empíricas y teóricas que descartan este planteamiento.<sup>82</sup> No insistiré más aquí sobre este planteamiento debido a que es el supuesto —o la justificación— que sólo sirve como el punto de partida de la tesis difusionista. Pasemos mejor a analizar la propia tesis, es decir, la difusión de capital de los países desarrollados hacia los subdesarrollados y la consecuen-

<sup>81</sup> Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, op. cit.

<sup>82</sup> André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit.



te ayuda al desarrollo de éstos. Esta tesis es sostenida en las páginas de la EDCC por, entre otros, Martin Bronfenbrenner<sup>83</sup> y Daniel Garnick,<sup>84</sup> rebatiendo este último los argumentos del primero. A pesar del desacuerdo existente entre ellos, ambos coinciden en que los países desarrollados, en la actualidad, aportan capital a los subdesarrollados. La variedad de puntos de vista referentes a la ayuda e inversión extranjeras presentados bajo la dirección editorial de Gerald Meier en *Leading Issues in Development Economics*,<sup>85</sup> por Raymond Mikosell en *U. S. Private and Government Investment Abroad*<sup>86</sup> o Benjamin Higgins en el capítulo titulado "Foreign Investment and Foreign Aid" de su *Economic Development*<sup>87</sup> presenta una gran variedad de ásperas divergencias.

Mas todos estos escritores, así como otros de la EDCC,<sup>88</sup> parecen estar plenamente de acuerdo con el planteamiento de que el flujo de capital tiene lugar de los países desarrollados a los subdesarrollados. Una vez más, el único desacuerdo parece surgir de los hechos.

Los cálculos conservadores del Departamento de Comercio de Estados Unidos muestran que, entre 1950 y 1965, el flujo total de capital destinado a inversiones salido de Estados Unidos hacia el resto del mundo, ascendía a 23 900 millones de dólares, mientras que la correspondiente entrada de ganancias ascendía a 37 mil millones, dejando una entrada neta, hacia los Estados Unidos, de 13 100 millones. De este total, 14 900 millones afluyeron de Estados Unidos a Europa y Canadá, mientras que 11 400 se dirigían en la dirección opuesta, dejando un egreso neto desde Estados Unidos, de 3 500 millones. No obstante, la situación existente entre Estados Unidos y todos los demás países, en su mayoría los pobres y subdesarrollados, es totalmente opuesta: 9 000 millones de inversión fluyen a estos países mientras que 25 600 millones de ganancias de capital salen de ellos hacia Estados Unidos con una entrada neta de los pobres hacia el rico de 16 600 millones.<sup>89</sup>

Otras estadísticas disponibles muestran exactamente el mismo patrón de

<sup>83</sup> Martin Bronfenbrenner, "The Appeal of Confiscation in Economic Development". EDCC, abril de 1965, vol. III, n. 3; "Second Thoughts on Confiscation". EDCC, julio de 1963, vol. XI, n. 4.

<sup>84</sup> Daniel H. Garnick, "The Appeal of Confiscation Reconsidered: A. Gaming Approach to Foreign Economic Policy", EDCC, julio de 1963; y "Further Thoughts on Confiscation", EDCC, 1964, vol. XII, n. 4.

<sup>85</sup> Gerald Meier, op. cit.

<sup>86</sup> Raymond F. Mikosell, ed., *U. S. Private and Government Investment Abroad*. Ed. University of Oregon Books, Eugene, 1962.

<sup>87</sup> Benjamin Higgins, "Foreign Investment and Foreign Aid" en su *Economic Development*. Ed. Norton, Nueva York, 1959.

<sup>88</sup> Chi Ming Hon, "External Trade, Foreign Investment and Domestic Development: The Chinese Experience 1840-1937". EDCC, octubre de 1961, vol. X, n. 1.

<sup>89</sup> Harry Magdoff, "Aspectos económicos del imperialismo norteamericano." *Pensamiento Crítico*, n. 8.

flujo de capital neto de los países subdesarrollados hacia los desarrollados.<sup>90</sup> El único problema que se confronta con estos datos es que ellos no reflejan adecuadamente el verdadero flujo de capital de los pobres países subdesarrollados hacia los ricos países desarrollados. En primer lugar, no reflejan exactamente el flujo de capital basado en la inversión que va del pobre al rico.<sup>91</sup> En segundo lugar, oscurecen el hecho de que la mayor parte del capital que los países desarrollados poseen en los subdesarrollados no fue en ningún momento enviada por los primeros hacia los segundos, sino que, por el contrario, fue adquirido por los países desarrollados en los actuales países subdesarrollados.

Así, de acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, del total de capital obtenido y empleado, teniendo en cuenta todas las fuentes de las operaciones de Estados Unidos en Brasil, en 1957, un 26% salió de Estados Unidos y el resto se obtuvo en Brasil, incluyendo 36% de fuentes brasileñas fuera de las firmas norteamericanas.<sup>92</sup> Ese mismo año, del capital norteamericano de inversión directa en Canadá, 26% procedía de Estados Unidos mientras que el resto fue también obtenido en Canadá.

Ya en 1964, sin embargo, la parte de inversión norteamericana en Canadá procedente de Estados Unidos había descendido a un 5%, haciendo que el promedio de contribución norteamericana al capital total manipulado por las firmas norteamericanas en Canadá fuese sólo de un 15%, durante el periodo de 1957 a 1964.<sup>93</sup> Todo el remanente de la "inversión extranjera" fue acumulado en Canadá a través de ganancias retenidas (42%); reservas para depreciación (31%) y de fondos acumulados por las firmas norteamericanas en el mercado de capital canadiense (12%). Según una encuesta realizada entre las firmas norteamericanas de inversión directa que operaban en Canadá durante el periodo de 1950-59, el 79% de ellas consiguió más de un 25%, del capital destinado a sus operaciones canadienses en Canadá; el 65% de las firmas obtuvo más de un 50% en Canadá, y un 47% de las firmas norteamericanas con inversiones en Cana-

<sup>90</sup> Keith B. Griffin y Ricardo French-Davis, "El capital extranjero y el desarrollo". *Revista Economía*, Santiago, 1964, vol. LXXXIII-LXXXIV, pp. 16-22; y André Gunder Frank, "On the Mechanisms of Imperialism: The Case of Brazil", *Monthly Review*, Nueva York, septiembre de 1964, vol. XVI, n. 5.

<sup>91</sup> Ibid.; José Luis Ceceña, "El capital monopolista y la economía de México", *Cuadernos Americanos*, México, 1963; y Michael Kirdon, *Foreign Investments in India*. Oxford University Press, Londres, 1965.

<sup>92</sup> Claude McMillan, J., Richard F. González y Leo E. Erickson, *International Enterprise in a Developing Economy. A Study of U. S. Business in Brazil*, M. S. U. Business Studies East Lansing: Michigan State University Press, Michigan, 1964, p. 205.

<sup>93</sup> Éste y los siguientes datos sobre Canadá son tomados o calculados de A. E. Saffarian, *Foreign Ownership of Canadian Industry*. Ed. McGraw-Hill Company of Canada, Toronto, 1966, pp. 235, 241.



dá consiguió todo su capital operativo canadiense en este propio país y no en los Estados Unidos. Hay razones para creer que ese uso norteamericano del capital extranjero para financiar la "inversión extranjera" norteamericana, es mucho mayor aún en los países subdesarrollados, mucho más débiles e indefensos que Canadá. Ésta, pues, es la causa del flujo de capital de inversión de los países subdesarrollados a los altamente desarrollados. En tercer lugar, éstos no tienen en cuenta ni la conocida declinación en la relativa participación de los países subdesarrollados en el comercio mundial, ni la deterioración de los términos de intercambio, lo cual está costando actualmente a los países subdesarrollados mucho más capital que sus ingresos netos o brutos por inversiones y préstamos de los países desarrollados.<sup>94</sup> (Los ingresos netos, como fue señalado anteriormente, son de todas formas negativos.) En cuarto lugar, estos datos sobre el flujo de capital de inversión no consideran el flujo aún mayor de capital de los países subdesarrollados hacia los desarrollados, por concepto de otros servicios. En 1962, América Latina gastó, en total, el 61% de su ingreso de divisas en servicios, supuestamente prestados por los países desarrollados. La mitad de esta cifra, o sea el 30% del total, fue contabilizado por concepto de remisiones de utilidades oficialmente registradas y por servicio de deudas. La otra mitad comprendía pagos efectuados por América Latina a los países desarrollados, es decir, principalmente a los Estados Unidos, por concepto de transporte y seguros, viajes, otros servicios, donaciones, transferencias de fondos, y errores y omisiones (en flujos de capital registrados).<sup>95</sup> Por otra parte, la pérdida de capital latinoamericano por concepto de servicios ha ido aumentando con el tiempo: mientras que en 1956-60 ésta había sido sólo del 53%, en 1961-63 ascendió al 61%. Este regreso de capital asciende a 7.3% del producto nacional bruto (PNB) de América Latina, o a un 10% si le añadimos el 3% de la pérdida del PNB debida al reciente deterioro en los términos del intercambio; y éste equivale al doble, o al triple del capital que la América Latina "pobre en capital" dedica a la inversión

<sup>94</sup> Informe del Secretario General de la Conferencia, "Towards a New Trade Policy for Development", *Proceedings of the United Nations Conference on Trade and Development*. Ed. Naciones Unidas, Nueva York, 1964, E. CONF 46/141, vol. II, pp. 9-13, 42 y otros documentos de la Conferencia. Debe señalarse (cf. p. 13) que al comparar la pérdida de capital de los países subdesarrollados debido a los deteriorados términos de intercambio, con "la entrada neta de todo tipo de finanzas (préstamos, inversiones, subsidios)", las Naciones Unidas calculan estos últimos "incluyendo las reinversiones privadas", es decir, incluyendo el capital de inversión que nunca viene de afuera, ya sea neto o bruto, sino que es fomentado en los propios países subdesarrollados.

<sup>95</sup> André Gunder Frank, "Services Rendered". *Monthly Review*, Nueva York, junio de 1965, vol. XVII, n. 2; André G. Frank, "Servicios extranjeros o desarrollo nacional". *Comercio Exterior*, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., México, febrero de 1966, vol. XVI, n. 2.

neto para su propio desarrollo.<sup>96</sup> En este cálculo no se incluyen otras clases de pérdida de capital por parte de los países subdesarrollados, tales como el notorio drenaje de talentos, o la afluencia de capital humano, financiada por los países pobres para el consiguiente beneficio de los ricos. Podríamos preguntar, ¿quién difunde capital hacia quién?

Más allá de la cuestión de la cantidad y dirección del capital difundido, existe el problema de la clase y de las consecuencias de la ayuda e inversión extranjeras en los países subdesarrollados. Que la inversión metropolitana en y el control del sector primario de la producción en los países subdesarrollados (por ejemplo: azúcar, plátanos, minerales y, más espectacularmente, petróleo) ha fracasado notablemente para desarrollar a los países subdesarrollados, mientras que por el contrario ha opuesto toda una serie de obstáculos al desarrollo de éstos, es un hecho que seguramente ha sido ya lo suficientemente probado como para que resulte obvio, mirando, incluso, desde el punto de vista de los propios países capitalistas.

La inversión extranjera en los sectores industrial y de servicios de los países subdesarrollados, crea aún nuevos problemas. Está muy lejos de la verdad que esta inversión también contribuya al desarrollo de los países subdesarrollados. Sin embargo, con pocas excepciones, los escritores de los países desarrollados han dejado de denunciar y mucho menos de analizar, los supuestos beneficios de esta inversión extranjera a los países subdesarrollados. Por otra parte, los economistas y estadistas de los países subdesarrollados, rebaten cada día más tales supuestos beneficios y van al análisis de los obstáculos creados por la inversión extranjera en la industrialización y el desarrollo económico. Por ejemplo, un congreso que representa treinta y cuatro escuelas de economía en América Latina, llegó recientemente a la siguiente conclusión:

Las inversiones extranjeras directas producen efectos desfavorables sobre la balanza de pagos, la integración de la economía y la formación de capitales; influyen desfavorablemente sobre el comercio exterior, alientan la competencia monopolística y desplazan y subordinan a múltiples empresarios nacionales.

Por todas estas razones, es necesario adoptar medidas y modos capaces de impedir estos efectos negativos.<sup>97</sup>

<sup>96</sup> El 7.3% se computa de los 6 195 millones de dólares por concepto de desembolsos por servicios, en *ibid*, como un porcentaje de los 84 458 millones de dólares, PNB en 1962, reportados en la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, *Estudio económico de América Latina, 1963*, Naciones Unidas, Nueva York, 1964, E/CM. 12/696/ Rev. 1, p. 6. Este documento es también la fuente de todos los datos usados en los cómputos de los artículos citados en la nota 95. El 3% se computa de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, *El financiamiento externo de América Latina*, Naciones Unidas, Nueva York, 1964, E/CN 12/649/, Rev. 1, p. 33.

<sup>97</sup> Relatorio de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América



Arturo Frondizi, durante su exitosa campaña electoral para la presidencia de Argentina, escribió:

No está de más recordar que el capital extranjero procede por lo general como un agente perturbador de la moral, de la política y la economía argentina.

[...] Una vez establecido, al amparo de disposiciones excesivamente liberales, el capital extranjero obtuvo créditos bancarios que le permitían expandir sus operaciones y por lo tanto sus ganancias. Estas ganancias eran inmediatamente remitidas al extranjero, como si todo el capital de inversión hubiese sido importado por el país. De esta forma, la economía nacional venía a fortalecer la capitalización extranjera y a debilitarse a sí misma... La tendencia natural del capital extranjero en nuestro país ha sido, en primer lugar, establecerse en áreas de grandes rendimientos... Cuando el esfuerzo, la inteligencia y la perseverancia argentinas crearon una oportunidad económica independiente, el capital extranjero la destruyó o trató de crearles dificultades... Los capitales extranjeros tuvieron y tienen una decisiva influencia en la vida social y política de nuestro país... La prensa es también en general un instrumento activo de este proceso de sumisión... Los capitales extranjeros han tenido especial influencia en la vida política de nuestra nación, aliándose estrechamente con la oligarquía conservadora... aquellos que están atados a los capitales foráneos por lazos económicos (directores, personal burocrático, abogados, periódicos que reciben anuncios, etc.) y aquellos que sin tener relaciones económicas, terminan por ser dominados por el clima político o ideológico creado por los capitales foráneos.<sup>98</sup>

Octaviano Campos Salas, antes de llegar a ser secretario de Industria y Comercio de México resumió las consecuencias de la inversión extranjera:

a) El capital privado extranjero se apodera permanentemente de ramas de alta reutilización, expulsando al capital nacional o no permitiendo el ingreso de éste con apoyo en los elevados recursos financieros de sus matrices y en el poder político que en ocasiones ejercen. b) El apoderamiento permanentemente de ramas importantes de la actividad económica impide la capitalización nacional y crea problemas de inestabilidad de balanza de pagos. c) Las inversiones directas de capital privado obstaculizan la política anticíclica, llegan cuando hay auge y se retiran en la depresión. d) Las demandas de preferencias y concesiones por parte de los inversionistas privados extranjeros para la formación de un

Latina, México, 21-25 de junio de 1965. Publicado en *Presente Económico* México, julio de 1965, vol. I, n. 1, p. 63. y en *Comercio Exterior*, México, junio de 1965, vol. xv, n. 6, p. 439; *Desarrollo*, Colombia, enero de 1966, n. 1, pp. 7-9.

<sup>98</sup> Arturo Frondizi *A Luta Anti-imperialista*, Editora Brasilense, São Paulo, 1958; traducción de *Petróleo y Política*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1955.

"clima favorable" a la inversión en los países receptores son ilimitadas y excesivas. e) Es mucho más económico y más acorde con las aspiraciones de independencia económica de los países subdesarrollados, contratar técnicos extranjeros y pagar regalías por el uso de patentes que aceptar el control permanente de su economía por poderosos consorcios extranjeros. f) El capital privado extranjero no se adapta a la programación del desarrollo.<sup>99</sup>

No es, pues, indiscutiblemente obvio que los países subdesarrollados lo serían aún más si no estuvieran penetrados por el capital extranjero.<sup>100</sup> Evidentemente no todo y cualquier tipo de difusión, incluso la del capital, y no hablemos de otras cosas, contribuye al desarrollo económico.

*Tecnología.* La tecnología está difundida sólo en parte. Sin embargo, el problema no radica, como los difusionistas nos quieren hacer creer, en la insuficiente cantidad de tecnología difundida, y mucho menos en la resistencia cultural a su aceptación y empleo en áreas tecnológicamente atrasadas. El problema de la tecnología y su difusión surge de la misma estructura monopolista del sistema económico a niveles mundial, nacional y local. Durante el transcurso del desarrollo histórico del sistema capitalista a estos niveles, los países desarrollados han difundido siempre hacia sus dependencias coloniales satélites, la tecnología, cuyo empleo, en los países coloniales y ahora subdesarrollados, ha servido los intereses de la metrópoli; y la metrópoli ha suprimido siempre la tecnología en los países actualmente subdesarrollados, lo que resultó contradictorio para los intereses de la metrópoli y de su propio desarrollo —como hicieron los europeos con la irrigación y otras tecnologías agrícolas e instalaciones en la India, el Medio Oriente y en la América Latina, o los ingleses con la tecnología industrial en la India, España y Portugal.<sup>101</sup> Esto resulta cierto también a niveles na-

<sup>99</sup> Citado en la Cámara Textil del Norte, "Las inversiones extranjeras y el desarrollo económico de México". *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1957, vol. ix, n. 1-2.

<sup>100</sup> Para un análisis más detallado de este problema, ver: José Luis Ceceña, "El capital monopolista y la economía de México", op. cit.; Fernando Carmona, "El drama de América Latina, el caso de México". *Cuadernos Americanos*, México, 1964; Arturo Frondizi, op. cit.; Silvio Frondizi, *La realidad argentina*, 2a. ed. Ed. Praxis, Buenos Aires, 1967, vol. I; Hamza Alavi, "U. S. Aid to Pakistan", *Economic Weekly*, número especial, Bombay, julio de 1963; y André Gunder Frank, "Brazil: Exploitation or Aid?". *The Nation*, Nueva York, 1963, vol. xvi; "On the Mechanism of Imperialism", op. cit.; *Capitalismo y desarrollo en América Latina*, op. cit.; y "Foreign Investment in Latin America Underdevelopment from Colonial Conquest to Neo-Imperialist integration". *Imperialism and Revolution*, ed. David Horowitz, Bertrand Russell Peace Foundation, en prensa, Londres, publicado en español como "La inversión extranjera en el subdesarrollo latinoamericano desde la conquista colonial hasta la integración neo-imperialista", *Desarrollo*, Colombia, enero de 1967, n. 5.

<sup>101</sup> Se puede encontrar un análisis de este proceso, por ejemplo, para la India, en el trabajo citado en la nota 61; para la América Latina, en la nota 63; para



cional y local, en los cuales la metrópoli nacional promueve la tecnología que sirve a sus intereses de exportación del interior provincial y suprime la preexistente tecnología agrícola y artesana, individual o comunal, que interfiere con el uso de la capacidad y del capital productivo y de inversión agrícola, tendiente al desarrollo metropolitano.

A través de este proceso histórico, la metrópoli ha mantenido un alto grado de monopolio sobre la producción y la tecnología industriales, al que sólo ha renunciado cuando ya ha establecido una fuente alternativa de monopolio en la industria pesada; en la actualidad cuando ha desarrollado una base aún más nueva de monopolio tecnológico en la electrónica, los sintéticos, la cibernética y la automatización en general, la metrópoli está comenzando a abandonar su monopolio en la industria pesada. Lejos de difundir más y más una tecnología importante para los países subdesarrollados, la tendencia tecnológica más significativa de nuestros días es el creciente grado al cual la nueva tecnología sirve como base del control monopolístico de la metrópoli capitalista sobre sus colonias económicamente subdesarrolladas.

Algunos de los hechos de difusión tecnológica que contrastan violentamente con casi toda la fe difusionista fueron recientemente analizados por la revista norteamericana de negocios *Newsweek*, bajo el título de "The US Business Stake in Europe":

De hecho, para los europeos conocedores, la primacía técnica de las grandes compañías estadounidenses es la más perturbadora faceta de la invasión del dólar. En el futuro, según planteó recientemente un comité francés de estudio, la competencia en los precios se replegará ante la competencia en las innovaciones, y el ritmo será tan vertiginoso que únicamente firmas de talla internacional, o sea, principalmente las norteamericanas podrán sobrevivir... Las industrias europeas funcionarán, cada vez más, bajo los acuerdos de licencia foráneos; se convertirán en subsidiarias de las principales compañías estadounidenses, las cuales venderán su técnica y controlarán la producción europea... los políticos y las publicaciones francesas, de derecha, izquierda y centro, han venido acusando a los Estados Unidos de colonización, satelización y avasallamiento económico... El presidente de una compañía en Bruselas resume: "Nos estamos convirtiendo en peones manipulados por los gigantes estadounidenses..." Un ejecutivo de la Olivetti, discutiendo alternativas en el negocio con la GE [General Electric]... declaró: "Pero aunque nos hubiésemos fusionado con la Machines Bull de Francia y la Siemens de Alemania (que posteriormente firmó un acuerdo de licencia con la RCA [*Newsweek*], de to-

China, en la nota 134; para España, en José Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*. 2a. ed., Ed. Atlas, Madrid, 1943; para Portugal, en Alan K. Manchester, *British Preeminence in Brazil, Its Rise and Decline*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1933.

das maneras hubiéramos sido empujados y eventualmente expulsados de los negocios por los gigantes de Estados Unidos... Los costos de investigación son demasiado altos. La brecha tecnológica trasatlántica es un hecho real... Hubimos de estudiar muy cuidadosamente una solución europea... No hay solución europea para estos problemas.<sup>102</sup>

Contrariamente, pues, a lo que los difusionistas nos quieren hacer creer, la dura realidad de la difusión tecnológica, como bien lo saben estos miembros de la desarrollada comunidad europea de negocios, no es la simple cuestión de difundir la ayuda del desarrollo tecnológico de los países más desarrollados a los menos desarrollados. Menos aún, por supuesto, puede considerarse el problema de la difusión tecnológica y del desarrollo económico como un problema de resistencia cultural, derivada del tradicionalismo o de las variables-patrón de Hoselitz. Si estas poderosas y desarrolladas economías europeas no pueden encontrar una solución al serio problema del desarrollo planteado por la brecha tecnológica (más bien que al supuesto por los difusionistas), ¿qué esperanza tienen las economías débiles y subdesarrolladas, atrapadas en el mismo sistema, de encontrar dicha solución?<sup>103</sup> Con toda seguridad, no es accidental el hecho de que entre los países europeos y los anteriormente subdesarrollados, haya sido sólo en los países socialistas —la Unión Soviética y China— donde se ha encontrado una "solución a estos problemas".

*Instituciones.* La pasada, presente y futura difusión de instituciones y valores de las áreas desarrolladas a las subdesarrolladas, es un hecho incontestable. La construcción de toda una teoría del desarrollo económico sobre esta base, es asunto aparte. Además de Manning Nash, a quien probablemente más valdría clasificar en esta categoría —aunque rechaza el difusionismo en su forma "trident" más cruda, como la llama—, los teóricos interesados en la difusión de las instituciones y valores de los países desarrollados y la resistencia como receptores de los mismos por parte de los países subdesarrollados, han sido bien representados en las páginas del EDCC.<sup>104</sup>

<sup>102</sup> "The U. S. Business Stake in Europe". *Newsweek*, 8 de marzo de 1965, pp. 67-74.

<sup>103</sup> Véase André Gunder Frank, artículos sobre Brasil, op. cit., y particularmente la última parte de "El desarrollo capitalista del subdesarrollo en Brasil" en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit. Véase también "The Growth and Decline of Import Substitution in Brazil". *Economic Bulletin for Latin America*, Ed. Naciones Unidas, Nueva York, marzo de 1964, vol. ix, n. 1.

<sup>104</sup> Manning Nash, "Social Prerequisites to Economic Growth in Latin America and South East Asia". EDCC, abril de 1964, vol. xii, n. 3. Burkhard Strümpel, "Preparedness for Change in Peasant Society". EDCC, enero de 1965, vol. xiii, n. 2; S. N. Eisenstadt, "Breakdowns of Modernization". EDCC, julio de 1964, vol. xii, n. 4; William N. Parker, "Economic Development in Historical Perspective". EDCC, octubre de 1961, vol. x, n. 1; S. N. Eisenstadt, "Sociological Aspects of the Economic Adaptation of Oriental Immigrants in Israel — A Case Study in the Problem of Modernization". EDCC, abril de 1956, vol. iv, y otros.



Técnicamente, la teoría difusionista puede estar relacionada con la difusión de cualquier tipo de institución o de valores. En la práctica, sin embargo, la escuela difusionista ha concentrado su atención en la difusión del liberalismo ya pasado de moda o del que está actualmente en boga (aunque ellos raramente lo denominan así), el cual resulta ser, realmente, la mayor parte de lo que ha sido difundido, durante el siglo pasado, desde los países metropolitanos hacia los actualmente subdesarrollados.

Por consiguiente, concentraré mi atención en la difusión del liberalismo, en sus formas económicas, políticas y sociales. Además, las variables-patrón de universalidad, orientación del logro y especificidad funcional, con las cuales Hoselitz identifica el desarrollo económico son poco más que liberalismo refundido en una retumbante jerga técnica. Esto es lo que Hoselitz aparentemente quisiera ver difundido con vistas a transformar el subdesarrollo en desarrollo. ¿Constituye, acaso, el difusionismo una adecuada teoría de desarrollo; y sirve la difusión del liberalismo o de cualquier otra cosa como una efectiva política de desarrollo económico? El liberalismo económico fue y es difundido, no en general, sino bajo circunstancias particulares y muy específicas. Su exportación desde la metrópoli, es una expresión de los intereses particulares de aquellos que lo difunden, así como su importación por parte de los países subdesarrollados es una expresión de los intereses particulares que están aculturándose a él. Las circunstancias específicas de, y los intereses particulares en, la difusión y aculturación del liberalismo, como cualquier otro asunto, fueron y aún son determinadas por la estructura y el desarrollo del sistema económico-político-social, en el seno del cual éste tiene lugar. El economista alemán Friedrich List reportó en los años 1840 que un juez de la Corte Suprema de Justicia norteamericana había observado, con relación a uno de los principios más importantes del liberalismo, que, como la mayoría de los otros productos de la Gran Bretaña, la doctrina del libre cambio se producía principalmente para la exportación.<sup>105</sup> Unos años más tarde, el presidente de Estados Unidos general Ulysses S. Grant, hizo la siguiente observación:

[...] durante siglos, Inglaterra ha confiado en el proteccionismo, lo ha llevado a extremos y ha obtenido resultados satisfactorios de él. No cabe duda de que es a este sistema al cual debe este país su actual poderío. Después de dos siglos, Inglaterra ha creído conveniente adoptar el libre cambio, porque cree que el proteccionismo ya no le puede ofrecer nada. Pues bien, caballeros, el conocimiento que tengo de mi país me hace creer que, dentro de doscientos años, cuando América haya obtenido ya todo lo que pueda obtener del proteccionismo adoptará también el libre cambio.<sup>106</sup>

<sup>105</sup> Friedrich List, *National System of Political Economy*. Philadelphia, 1856.

<sup>106</sup> Citado en Pedro Santos Martínez, *Historia económica de Mendoza durante el virreinato*. Ed. Universidad Nacional del Cuyo, Madrid, 1959, p. 125. Retraducido al español.

El presidente Grant solamente se equivocó en un siglo: desde la segunda Guerra Mundial, es decir, desde que logró la sin rival supremacía industrial y casi el monopolio en el mundo, que había alcanzado Inglaterra un siglo antes, Estados Unidos, tanto directamente como por medio de su influencia dominante en las agencias internacionales, como el GATT, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, han sido muy firmes en la exportación del libre cambio. El libre cambio, como la libre empresa, es monopolio protector bajo otro nombre —como lo ha demostrado también Frederick Clairmonte.<sup>107</sup>

Las circunstancias e intereses que conducen a la fácil aculturación de los países subdesarrollados, al libre cambio internacional y al liberalismo económico nacional en el siglo XIX —y al libre cambio en tecnología y libre empresa en el siglo XX—, pueden resumirse así, con la misma claridad:

La doctrina liberal importada de Europa, encontró entonces un fértil surco en nuestro país y prendió con vigor. Ella constituía el marco teórico para un reforzamiento de los intereses de las fuerzas dominantes por cuanto representaba y expresaba sus anhelos.<sup>108</sup>

Otra observación más específica y detallada merece ser citada en toda su extensión:

los grupos de presión que controlaban la política económica del país eran decididamente más librecambistas que Courcelle-Seneuil, famoso y respetado líder de librecambismo doctrinario; eran definitivamente más papistas que el Papa... los exportadores mineros del norte del país eran librecambistas. Esta posición no se debía fundamentalmente a razones de tipo doctrinario —aunque también las hubo— sino al hecho sencillo de que estos señores estaban dotados de sentido común. Ellos exportaban cobre, plata, salitre y otros minerales... donde recibían su pago en libras esterlinas o dólares... Es difícil concebir altruismo, elevación de miras o visión profética que hicieran que estos exportadores aceptaran pagar derechos de exportación e importación en aras de una posible industrialización del país.

Véliz pasa a describir cómo los exportadores agrícolas y de ganado, así como las grandes casas importadoras, operaban de acuerdo con la misma lógica. Y añade:

He aquí la poderosa coalición de fuertes intereses que dominó la política económica de Chile durante el siglo pasado y parte del actual. Nin-

<sup>107</sup> Frederick Clairmonte, *Economic Liberalism and Underdeveloped Countries...*, op. cit.

<sup>108</sup> Max Nollf, "Industria manufacturera". *Geografía Económica de Chile*, Ed. Corporación de Fomento de la Producción, Santiago, vol. III, pp. 162-3.



guno de estos tres grupos de presión tenía razones de peso para abogar por una política proteccionista. Ninguno de los tres tenía el más mínimo interés en que Chile se industrializara. Ellos monopolizaban los tres poderes de cualquier escala social: poder económico, poder político y prestigio social.<sup>109</sup>

Aldo Ferrer encuentra el mismo patrón en la Argentina del siglo XIX:

Los sectores dinámicos en el proceso de desarrollo del Litoral, comerciantes y ganaderos, tenían sus intereses estrechamente vinculados a la expansión de las exportaciones. El libre cambio se convirtió, pues, en la filosofía y la práctica política de estos grupos... Exportaciones libres implicaban importaciones libres.<sup>110</sup>

Ferrer vuelve a examinar la Argentina de nuestros días, después de su supuesto despegue hacia la industrialización durante los años 1930 y 1940, y después de la expulsión de Perón y la derogación de su política en 1950 por estos mismos grupos y sus aliados extranjeros, principalmente norteamericanos, quienes instituyeron en su lugar la política del Fondo Monetario Internacional:

En enero de 1959 comenzó en la Argentina la aplicación de un plan de estabilización... Al mismo tiempo se liberalizó el régimen de cambios y se devaluó el peso... La devaluación se ha convertido, además en una herramienta de política económica utilizada con el propósito explícito de modificar la estructura de precios internos en favor de las actividades de exportación... Las dificultades de este tipo de reajuste, vistas las condiciones objetivas reinantes tanto en la economía argentina como en el mercado mundial, reflejadas en el hecho de que el estancamiento no ha sido superado y que las rigideces del sistema económico que lo determinan, lejos de haberse ido solucionando, se han agravado aún más... La política financiera y monetaria... ha sido concurrente con una fuerte redistribución regresiva del ingreso... Los déficits del balance de pagos y de presupuesto y el aumento del nivel de precios no han sido rectificados... De hecho, el plan de estabilización y las recomendaciones recibidas del exterior en este campo han servido como simple instrumento en manos de los sectores que vieron satisfechos sus intereses inmediatos y de largo plazo por el impacto de la política seguida en la distribución del ingreso y el reajuste estructural hacia atrás de la economía argentina.<sup>111</sup>

<sup>109</sup> Claudio Véliz, "La mesa de tres patas". *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, abril-septiembre de 1963, vol. III, n. 1-2, pp. 237-242.

<sup>110</sup> Aldo Ferrer, *The Argentinian Economy*, op. cit., p. 56.

<sup>111</sup> Aldo Ferrer, "Reflexiones acerca de la política de estabilización de la Argentina", op. cit., pp. 501-14. Énfasis en el original.

Dos ejemplos adicionales, bien conocidos, nos enseñan cómo el liberalismo económico en las economías nacionales de los países subdesarrollados, promueve el monopolio y, de esa forma, el subdesarrollo de la mayoría. Un ejemplo es la dispersión en el siglo XIX, a nombre del liberalismo, de la tierra reservada a los indios como propiedad comunal, su distribución como propiedad privada y su consiguiente concentración en monopolio durante la época de reforma liberal —concentración que excedió, en grado sumo, la de los tiempos coloniales autocráticos.<sup>112</sup> Otro ejemplo es la generalmente aún mayor concentración en monopolio de las finanzas, comercio, industria y (aun) de tierras en los países subdesarrollados bajo los auspicios de la "libre" empresa del mundo "libre".<sup>113</sup> Está claro pues, que la difusión y la aculturación del liberalismo económico entre los países metropolitanos desarrollados (o en desarrollo) y sus satélites subdesarrollados —así como la de los países subdesarrollados— es una respuesta a intereses y produce consecuencias que pueden ser resumidas en una sola palabra: monopolio. Contrariamente a la armazón teórico económica de elaboración clásica y neoclásica que fue cuidadosamente construida en Manchester (la primera ciudad que entró en la moderna era industrial) y la cual es aún frecuentemente exportada e importada por las partes interesadas en la difusión del liberalismo económico, ha aportado firmemente su parte significativa al establecimiento, mantenimiento y fortalecimiento del monopolio económico, en niveles nacional e internacional. Por medio de este monopolio, el liberalismo económico ha contribuido al desarrollo económico de *aquellos que lo difunden*; a lo que la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina llama el limitado "desarrollo hacia afuera"<sup>114</sup> de los capitales de los países subdesarrollados; y además al siempre creciente subdesarrollo para la mayoría del mundo que estaba y está liberalmente obligado a sufrir sus consecuencias.

La difusión del liberalismo político que acompañó y siguió a la expansión del liberalismo económico, no puede considerarse como muy diferente. Puesto que las consecuencias de la difusión del liberalismo político están bien definidas en el anterior análisis del liberalismo económico y puesto que son explícitas en nuestra prensa diaria, resulta innecesario acudir al

<sup>112</sup> Antonio García, *La democracia en la teoría y en la práctica. Una tercera posición frente a la historia*. Ed. Iqueina, Bogotá, 1951, y *Bases de la economía contemporánea, elementos para una economía de defensa*. Bogotá, 1949; Moisés González Navarro, ed., *Vallarta en la Reforma*, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, y *La colonización en México, 1877-1910*. México, 1960; Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*. 3 vol. Ed. Universidad Nacional Autónoma, Facultad de Derecho, México, 1957-61.

<sup>113</sup> Véanse los trabajos citados en las notas 38, 56 y 67.

<sup>114</sup> Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, *The Economic Development of Latin America in the Post-War Period*, op. cit., y otras publicaciones.



análisis de Lenin sobre las relaciones existentes entre el poder económico y político y las instituciones, en su trabajo *El Estado y la Revolución*, o entrar a analizarlas en el presente ensayo.<sup>115</sup> La única observación que debe hacerse es que las relaciones entre el poder económico y político —nuevamente discutidas por el presidente Eisenhower en términos de “complejo militar industrial”<sup>116</sup> y por C. Wright Mills en *La élite del poder*—<sup>117</sup> son mucho más inherentes a los países subdesarrollados que a los desarrollados, analizados por Lenin, Eisenhower y Mills.

Aunque no se le llame de esta manera, podemos también observar la difusión y aculturación del “liberalismo social”. Este moderno liberalismo toma primeramente la forma de promover la “movilidad social” y las “clases medias” en los países subdesarrollados. Como los demás, el liberalismo social se considera que conduce a una sociedad democrática más abierta, capaz de un mayor y más rápido desarrollo económico. Hemos observado anteriormente que el enfoque de la variable-patrón de Hoselitz apoya esta tesis, y que Johnson y Germani, entre muchos otros, proponen la promoción de las clases medias y de la movilidad social como teoría y política de desarrollo. Johnson la difunde desde los Estados Unidos,<sup>118</sup> y Germani la acultura en Argentina cuando escribe la *Estrategia para estimular la movilidad social*.<sup>119</sup> El liberalismo social, como el liberalismo económico y político es, sin embargo, más adecuadamente descrito como liberalismo individualista. Constituye la libertad de unos pocos individuos para moverse, monopolizar y de esa forma restringir el desarrollo del conjunto económico-político-social. Esas personas que, en los países subdesarrollados, han emigrado del campo hacia la ciudad, o que han pasado de un status social y económico más bajo a uno más alto, dicen a menudo, en una forma u otra, que ellos han realizado su propia reforma o su revolución individual. Con esto, ellos expresan no sólo el conservadurismo que refleja sus deseos de mantener la nueva posición alcanzada, sino también una fundamental verdad sociocientífica, que parece escapar a la atención de los difusionistas y otros: la movilidad “social” es, verdaderamente, movilidad *individual* y no transforma estructuras sociales; por el contrario, sólo un cambio en la estructura social puede hacer posible la movilidad *social* y el desarrollo económico.

Como en el caso de los otros liberalismos, se ha estado acumulando evidencia (ofrecida en parte por el propio Hoselitz, según vimos anterior-

<sup>115</sup> V. I. Lenin, *El Estado y la Revolución* en *Obras Escogidas*, 2 vol. Moscú.

<sup>116</sup> Citado en Fred J. Cook, *The Warfare State*, op. cit.

<sup>117</sup> C. Wright Mills, op. cit.

<sup>118</sup> John J. Johnson, *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, op. cit.

<sup>119</sup> Gino Germani, “Estrategia para estimular la movilidad social”. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 1962, vol. 1, n. 3.

mente)<sup>120</sup> de que la difusión de las instituciones y valores del liberalismo social hacia los países subdesarrollados, es altamente selectiva en los extremos difusionistas y aculturativos. La difusión selectiva está determinada por la estructura del sistema internacional, incluyendo las relaciones estructurales de las sociedades y subsociedades remitentes y receptoras existentes dentro de ese sistema. Lejos de ayudar al desarrollo de los países subdesarrollados, el liberalismo social lo obstaculiza. Como ya vimos, la movilidad social, y la promoción de las clases medias en los países subdesarrollados, no aumenta la igualdad de la distribución del ingreso, sino que la disminuye,<sup>121</sup> y brinda apoyo económico y político no al cambio de la estructura del statu quo económico, político y social, sino a su mantenimiento y refuerzo.<sup>122</sup>

### Adecuación teórica

Al igual que en nuestro análisis del primer enfoque, nuestra revisión de la validez empírica de las proposiciones del segundo modelo, ofrece una posición ventajosa para valorar sus formulaciones teóricas asociadas. Como el primero, el enfoque difusionista sufre de serios defectos teóricos debido a que no considera adecuadamente la estructura determinante y el desarrollo del sistema social en el cual tienen lugar la difusión, la aculturación, el desarrollo económico y el cambio cultural. Tal vez el error teórico más importante del difusionismo consista en que está basado en el dualismo, en lugar de basarse en el holismo estructural y evolucionista. En las páginas del EDCC, la propia teoría del dualismo ha sido explícitamente impulsada y defendida por Benjamín Higgins,<sup>123</sup> quien rechaza el dualismo social de Boeke<sup>124</sup> sólo para argumentar que el dualismo tiene una base tecnológica y económica. Reflejando su amplia aceptación, el dualismo está explícitamente expresado en el EDCC por escritores y críticos

<sup>120</sup> Bert F. Hoselitz, “Economic Growth in Latin America”, op. cit.

<sup>121</sup> Aníbal Pinto S. C., *Chile: una economía difícil*, op. cit., y su “Concentración del progreso técnico y sus frutos en el desarrollo latinoamericano”, op. cit. Véase también Gabriel Kolko, op. cit., para Estados Unidos.

<sup>122</sup> André Gunder Frank, “Not Feudalism: Capitalism”. *Monthly Review*, Nueva York, diciembre de 1963, vol. xv, n. 8; Rodolfo Stavenhagen, “Seven Erroneous Thesis About Latin America”. *New University Thought*, invierno de 1966-67, vol. iv, n. 4; Claudio Véliz, “Social and Political Obstacles to Reform”. *World Today*, Londres, enero de 1963, reimpresso en Óscar Delgado, ed., *Reformas agrarias en la América Latina*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

<sup>123</sup> Benjamin Higgins, “The Dualistic Theory of Underdeveloped Areas”. EDCC, enero de 1956, vol. iv, n. 2; véase también *Economic Development*, op. cit.

<sup>124</sup> J. H. Boeke, *The Structure of the Netherlands Indian Economy*. Ed. Institute of Pacific Relations, Nueva York, 1942; *The Evolution of the Netherlands Indies Economy*. Ed. Institute of Pacific Relations, Nueva York, 1946; y el definitivo *Economics and Economic Policy of Dual Societies*, op. cit.



de todo el mundo.<sup>125</sup>

Aunque el uso explícito de la tesis de la sociedad o economía dual está por lo general reservada para el análisis de los países subdesarrollados, exclusivamente, la tesis dualista está implícita en todo el análisis del desarrollo que se critica en el presente ensayo. Los tres métodos de análisis pretenden analizar tanto las diferencias existentes entre los países desarrollados y subdesarrollados como las desigualdades que se observan dentro de estos últimos, debido a la atribución, por separado, a los sectores desarrollados y subdesarrollados —cada uno de ellos con su propia historia y dinámica si la tuviesen— de estructuras sociales y económicas en sumo grado independientes (con frecuencia, como hemos visto, a los subdesarrollados se les niega toda historia). Jacques Lambert, por ejemplo, expone en su trabajo *Os dois Brasil* (Los dos Brasil):

Los brasileños están divididos en dos sistemas de organización social y económica. Estas dos sociedades no evolucionaron al mismo ritmo... están separadas por siglos... La economía dual y la estructura social dual que las acompañan no son nuevas ni típicamente brasileñas, existen en todos los países que se han desarrollado en forma desigual.<sup>126</sup>

En este sentido, el sector minero o de plantación de un país subdesarrollado es visto como un enclave en suelo extranjero, de la economía metropolitana desarrollada. El "enclave" no se supone que sea una parte real de la supuestamente aislada economía de subsistencia del propio país subdesarrollado; y se considera que ejerce en la actualidad poca si es que alguna influencia social y económica y ninguna en el pasado.<sup>127</sup> Análogamente, en un país aparentemente menos subdesarrollado, parte de la población, generalmente los habitantes indígenas, se consideran fuera de la economía de mercado y al margen de la sociedad nacional y de todo el mundo.<sup>128</sup> Esta concepción de una economía y una sociedad dual, ya se atribuya la dualidad a causas culturales, sociales, tecnológicas, económicas, o de otra índole, origina, pues, la teoría difusionista y la política referente a la difusión del capital, de la tecnología y de las instituciones.

<sup>125</sup> P. T. Ellsworth, "The Dual Economy: A New Approach". EDCC, julio de 1962, vol. x, n. 4; Walter Elkan, "The Dualistic Economy of the Rhodesias and Nyasaland". EDCC, julio de 1963, vol. xi, n. 4; Samir Dasgupta, "Underdevelopment and Dualism — A Note". EDCC, enero de 1964, vol. xii, n. 2; Tsunehiko Watanabe, "Economic Aspects of Dualism in the Industrial Development of Japan". EDCC, abril de 1965, vol. xiii, n. 3.

<sup>126</sup> Jacques Lambert, *Os Dois Brasil*, op. cit.; véase también su nuevo libro: *L'Amérique Latine*. Presses Universitaires de France, París, 1963.

<sup>127</sup> El clásico argumento de la economía de enclaves es el de J. H. Boeke, op. cit.

<sup>128</sup> Pablo González Casanova, *La democracia en México*, op. cit., y otros muchos trabajos. El "Seminario de integración nacional" del gobierno de Guatemala contiene toda la idea expresada en el nombre de la organización.

La teoría dualista y la difusionista, así como otras tesis basadas en ellas, resultan inadecuadas debido a que la supuesta dualidad estructural es contraria a la realidad histórica y contemporánea:<sup>129</sup> toda la sociedad de los países subdesarrollados ha sido, desde hace tiempo, penetrada y transformada por el sistema mundial del que forma parte integrante. Los hechos de esta penetración han sido ya presentados y la tesis de la consiguiente transformación e integración persuasivamente discutida para Mesoamérica por Eric Wolf;<sup>130</sup> para la India por Marx,<sup>131</sup> Dutt,<sup>132</sup> Desai,<sup>133</sup> para China por Owen Latimore,<sup>134</sup> para África por Woddis,<sup>135</sup> Suret-Canale<sup>136</sup> y Mamadou Dia;<sup>137</sup> e incluso para Indonesia, la cuna del dualismo, por Wertheim y Geertz,<sup>138</sup> este último antiguo socio de investigación de Higgins y actualmente colega de Hoselitz.

En forma más específica así como Eric Wolf<sup>139</sup> ha señalado para Mesoamérica y el presente autor para Brasil,<sup>140</sup> no es cierto —como mantienen implícita o explícitamente los difusionistas y otros— que el aislamiento de los indígenas, campesinos y otras clases disminuye con el tiempo hasta integrarlos completamente en la sociedad nacional, la cual, entonces, deja de ser dual. Por el contrario, el grado de integración y otros aspectos de la relación que esta gente tiene con otras de su propio país y del extranjero,

<sup>129</sup> Ver la anterior reseña sobre el trabajo de Rostow, y André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit., especialmente el capítulo titulado "El capitalismo y el mito del feudalismo en la agricultura brasileña". Para más críticas sobre el dualismo en general y de las tesis dualistas particulares de Jacques Lambert y Celso Furtado sobre Brasil y de Pablo González Casanova sobre México, ver mi trabajo "El nuevo confucionismo del precapitalismo dual en América Latina", *Economía*, México, mayo-junio de 1965, n. 4, y mi otro trabajo "La democracia en México", *Historia y Sociedad*, México, noviembre de 1965, n. 3.

<sup>130</sup> Eric Wolf, *Pueblos y culturas de mesoamérica*, op. cit.

<sup>131</sup> Karl Marx, "British Rule in India". *On Colonialism*, Foreign Languages Publishing House n. d., Moscú.

<sup>132</sup> R. Palme Dutt, *India Today and Tomorrow*, op. cit.

<sup>133</sup> A. R. Desai, *The Social Background of Indian Nationalism*, op. cit.

<sup>134</sup> Owen Latimore, "The industrial impact on China 1800-1950". *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, 1960, Ed. Mouton & Company, La Haya, 1960.

<sup>135</sup> Jack Woddis, *Africa, The Roots of Revolt*, op. cit.

<sup>136</sup> Jean Suret Canale, *Histoire de l'Afrique Occidentale*. Ed. Sociales, París, 1961.

<sup>137</sup> Mamadou Dia, *Réflexions sur l'économie de l'Afrique noire*. Ed. Présence Africaine, París, 1960.

<sup>138</sup> W. F. Wertheim, *Indonesian Society in Transition. A Study of Social Change*, 2a. ed. revisada; W. van Hoeve, Ltd., La Haya y Bandung, 1959; y Clifford Geertz, *Agriculture Involution, The Process of Ecological Change in Indonesia*. University of California Press, Berkeley, 1963.

<sup>139</sup> Eric Wolf, *Pueblos y culturas de mesoamérica*, op. cit., y "Types of Latin American Peasantry". *American Anthropologist*, junio de 1955, vol. LVII n. 3.

<sup>140</sup> André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit.



varía en formas que están determinadas, primeramente, por la estructura y el desarrollo del sistema capitalista nacional e internacional, y en segundo lugar, por los propios esfuerzos, parcialmente exitosos, de estas gentes por defenderse contra las consecuencias de explotación de este sistema.

El dualismo no es sólo teóricamente inadecuado debido a su tergiversación y error al analizar el sistema capitalista a nivel internacional, nacional y local, sino también porque no se adhiere a las normas del holismo, del estructuralismo o de la historicidad. Los dualistas contravienen el holismo al crear explícitamente dos o más conjuntos teóricos para confrontar un todo social único que ellos no pueden o no quieren ver. Con respecto al estructuralismo, los dualistas se quedan cortos porque, si acaso ven o se relacionan con cualquier tipo de estructura, lo hacen, en el mejor de los casos, con la de las partes. Ellos no toman en cuenta, e incluso niegan, la existencia de la estructura de todo el sistema, a través del cual todas las partes están relacionadas; es decir, la estructura que determina la dualidad de riqueza y pobreza, de una cultura y otra, etcétera. Por lo que se refiere al desarrollo histórico del fenómeno que estudian, los difusionistas y los dualistas niegan cualquier historia a una de las partes, o bien observan su proceso de cambio social sin la perspectiva histórica necesaria para interpretarla adecuadamente; además, se abstienen resueltamente de hacer ninguna consideración, cualquiera que fuese ésta, acerca del desarrollo histórico del sistema del que forman parte tanto el donante difusor como el receptor aculturante. Poco importa entonces que los difusionistas y otros dualistas que sólo ven las apariencias no comprendan su significado y juzguen erróneamente sus consecuencias para el desarrollo económico y el cambio cultural.

Como dijo Marx, la ciencia sería inútil si la apariencia externa de las cosas correspondiera a su significación interna. Así, la tarea de la teoría científica social, a la cual no logran llegar los dualistas y demás partidarios de los tres enfoques aquí analizados, no consiste en ver cuán diferentes son las partes sino, por el contrario, estudiar qué relación tienen las partes entre sí, para poder explicarse por qué éstas son diferentes o duales. Si la política del desarrollo económico y el cambio cultural está realmente encaminada a eliminar estas diferencias —o las indeseables entre ellas— su tarea debe ser, entonces, la de cambiar las relaciones que producen dichas diferencias: es decir, debe cambiar la estructura de *todo* el sistema social que da origen a las relaciones y por consiguiente, a las diferencias de la sociedad "dual".

La desdichada aunque no inexplicable verdad, es que la teoría y la política aquí analizadas se apartan de esta tarea. Con su enfoque típico ideal, supuestamente estructural e histórico, los discípulos de Weber están dejando a un lado el método y el alcance científico de su profesor dedicándose a lo que no es más que una cruel caricatura de ambos. Asimismo,

los dualistas y los difusionistas aculturacionistas están corrompiendo la visión y el trabajo de uno de sus principales maestros de los últimos tiempos, Robert Redfield. Al crear el tipo ideal de comunidad folk y al analizar la difusión dentro de la continuidad folkurbana,<sup>141</sup> así como las relaciones existentes entre la alta y la baja cultura en sus últimas obras,<sup>142</sup> Redfield, indudablemente sin intención alguna, estimuló a los estudiantes contemporáneos del desarrollo económico y del cambio cultural, a adoptar un dualismo y un difusionismo que él mismo había rechazado en sus últimos años.

Redfield demostró que en situaciones de contacto cultural, la difusión nunca es un asunto unilateral. En este sentido, pues, el énfasis en la difusión desde la metrópoli hacia la periferia y la virtual exclusión de lo opuestos terrenos teóricos. Por otra parte, aunque Redfield estaba lejos de ser un estructuralista (a pesar de que no escatimó esfuerzos en enfatizar la necesidad del holismo en la teoría sociocientífica), sí llamó nuestra atención sobre la determinación estructural de la mutua difusión existente, por ejemplo, entre la alta y la baja cultura dentro de un solo sistema social. Sin embargo, las lecciones de Redfield no parecen haber sido atendidas por la mayoría de los difusionistas que emplean su terminología al mismo tiempo que distorsionan sus ideas.

Finalmente, fue sobre todo Redfield quien insistió, en los últimos tiempos, en que no existen campesinos sin la ciudad a la cual están vinculados y que los define como campesinos, y que no puede existir una ciudad sin sus campesinos o sus equivalentes.<sup>143</sup> Es evidente, pues, que al menos más tarde, el propio Redfield reconoció y enfatizó la *interdependencia y unidad holística* de los polos típicos ideales y duales, y de los sectores sociales que él tanto popularizó. Puede considerarse lamentable el hecho de que Redfield no extendiera este holismo a un sistema social más amplio y a la evolución histórica, aunque su interés por las relaciones existentes entre la alta y la baja cultura, en sus últimos años puede considerarse como un paso adelante en este sentido. De hecho, es mucho más que lamentable, con todo, que tantos de sus seguidores difusionistas y dualistas hayan abandonado el realismo empírico y el holismo científico de su mentor, y lo hayan sustituido por el más simplista y vulgar difusionismo no holístico.

### *Eficacia política*

Como política del desarrollo económico y el cambio cultural, el difusio-

<sup>141</sup> Robert Redfield, *Yucatán: una cultura de transición*, op. cit., y *The Little Community y Peasant Society and Culture*, op. cit.

<sup>142</sup> Robert Redfield, *Human Nature and the Study of Society*, *Papers of Robert Redfield*, ed. Margaret Park Redfield, University of Chicago Press, Chicago, 1962.

<sup>143</sup> Robert Redfield, *Peasant Society and Culture*, op. cit.



nismo ha sido bastante ineficaz. El secular contacto y difusión entre los países metropolitanos y los actualmente subdesarrollados no ha traído como resultado el desarrollo económico de estos últimos. Tampoco la difusión de las capitales a las provincias de los países subdesarrollados ha ocasionado el desarrollo de estas áreas del interior. Una nueva tecnología puede haber promovido una difusión mayor que en otras épocas en el pasado, pero con toda seguridad no más allá de la difusión de las épocas iniciales de contactos, las cuales, lejos de promover el desarrollo, promovieron el subdesarrollo de los países actualmente subdesarrollados. Mayor difusión, *per se*, no genera mayor desarrollo. Por otra parte, la difusión que sigue al desarrollo de nuevas carreteras, nuevos autobuses, radios transistores, etc., no está incrementando el desarrollo económico de las regiones receptoras. A menudo ésta ha ayudado a hundirlas en un subdesarrollo aún más profundo y sin esperanzas.

Concebido en su forma actual, el difusionismo es de por sí ineficaz como política del desarrollo económico y del cambio cultural. Porque no es tanto la difusión lo que produce un cambio en la estructura social, sino la transformación de la estructura social lo que permite la difusión efectiva. Desarrollo, subdesarrollo y difusión son una función de la estructura social. Para que las partes subdesarrolladas del mundo puedan desarrollarse, la estructura del sistema social mundial debe cambiar —en los niveles internacional, nacional y local. No obstante, este cambio estructural no puede lograrse por medio de la difusión. Por el contrario, la estructura del propio sistema en todos estos niveles, determina la cantidad, naturaleza, rumbo y consecuencias de la pasada y presente difusión —difusión que ha producido hasta ahora desarrollo sólo para unos cuantos y subdesarrollo para muchos, y que, según todo parece indicar, continuará siendo así. Por consiguiente, la estructura de este sistema tiene que cambiar para permitir el desarrollo de todos y para permitir que la difusión contribuya a ese desarrollo.

#### EL ENFOQUE PSICOLÓGICO

Nash introduce el tercer enfoque como el “aplicado con más provecho”, y el cual conduce a “hipótesis de menor escala, a una visión perspectiva, más bien que a una visión retrospectiva del cambio social”.

Además, Nash escribe:

Estos documentos los recomiendo a su atención como ejemplos de la dialéctica del conocimiento social, la confrontación frente a la aventurada aseveración de los hechos, y la incorporación de nuevos hechos generales en una aseveración cada vez más aventurada y elegante.<sup>144</sup>

<sup>144</sup> Manning Nash, “Introduction...”, op. cit., pp. 5-6.

No obstante, un año después, comparando el método de enfoque psicológico (y, hasta cierto punto, el primero) con su segundo método tal como se ha publicado en EDCC, Nash parece haber tenido otra opinión:

El análisis de “factor específico” de los requisitos sociales (como falta de iniciativa, baja motivación del logro, particularismo, escasez de capital, etc.) no parece que aportará nada sistemáticamente pertinente para una comprensión del crecimiento...<sup>145</sup>

Como veremos más adelante, Nash tiene razón cuando dice que dicho método de análisis conduce a hipótesis de menor escala. Sin embargo, debe señalarse aquí que los dos primeros métodos demostraron ser inoperantes, precisamente porque la escala de su teoría e hipótesis es demasiado pequeña para tratar adecuadamente la dimensión y estructura del sistema social que origina el desarrollo y el subdesarrollo. Como señalaría cualquier historiador del pensamiento social, Marx puso a Hegel sobre sus pies y sustituyó el idealismo por el materialismo histórico. Además, trabajó con una hipótesis y con una teoría de amplia escala, que extrajo de su análisis del sistema capitalista como un todo. Siendo un verdadero holista, Marx fue llevado —inevitablemente, como señaló anteriormente Parsons— a la observación de que la explotación es una base necesaria de este sistema, y a la conclusión de que dicha base genera la polarización del sistema. Como esta conclusión no era del agrado de los socialdemócratas como Weber y Durkheim, de los cuales Parsons se convirtió en discípulo, éstos emprendieron la construcción de una teoría alternativa del sistema social, comenzando por sus partes más que por su todo; procedimiento que, según dice Parsons, inevitablemente le resta énfasis a la explotación y hace que el sistema no parezca polarizante o desintegrador, sino por el contrario integrador. Sin embargo, aunque Weber y Durkheim abandonaron intencionada y explícitamente el enfoque, las conclusiones y la política de Marx, conservaron aún un fuerte énfasis en la importancia determinante de la estructura social y, especialmente en el caso de Weber, también de la historia. Incluso Hoselitz, siendo un discípulo de Weber tanto directamente como por mediación de Parsons, y un seguidor del primer método de análisis, mantiene considerable interés en el papel de la estructura social (y hasta así lo indica en su título) a pesar de la atracción que ejerce en él el tercer método de enfoque de David McClelland, aunque no aparentemente el de Everett Hagen.<sup>146</sup>

El servicio precursor —según lo llama el coeditor de Nash, Robert Chin— de estos últimos estudiosos del desarrollo económico y del cambio

<sup>145</sup> Manning Nash, “Social Prerequisites of Economic Growth...”, op. cit., p. 242.

<sup>146</sup> Bert F. Hoselitz, “Role of Incentives in Industrializations”. *Economy Weekly*, Bombay, julio de 1963, vol. xv, n. 28, 29, 30, n. esp.



cultural, es precisamente que ellos pasan por alto todo proyecto y práctica del estructuralismo sociocientífico. Ellos "freudianizan" a Weber hasta tal punto, que ya no lo siguen en absoluto. De hecho, niegan específicamente la importancia de la estructura social y rechazan el análisis estructural. Aunque Hagen pone en su título la palabra "social", es bastante sincero en su prefacio, al explicar que su teoría no es en lo absoluto social, sino más bien psicológica —o, en rigor, psiquiátrica.<sup>147</sup> McClelland, criticando el libro de Hagen en EDCC, conviene: lo llama "un enfoque psicológico del desarrollo económico" aunque no está, según su opinión, a la altura de sus propias normas.<sup>148</sup> Para no quedarse atrás, McClelland es muy explícito al decir a sus lectores que ni la estructura social, como sostenía Weber, ni la asignación y recompensa en los roles sociales basados en el logro (según la opinión de Hoselitz), sino únicamente un alto grado de motivación individual o necesidad de logros, constituyen el alfa y omega del desarrollo económico y del cambio cultural.

En sus términos más generales, la hipótesis plantea que una sociedad con un nivel generalmente alto de  $n$  (necesidad) logros, producirá gestores más enérgicos quienes, a su vez, producirán un desarrollo económico más rápido... debe complacernos saber que el alto  $n$  logros conduce a la gente a comportarse en casi todas las formas en que debieran hacerlo si tuvieran que cumplir exitosamente el papel gestor, según ha sido definido por economistas, historiadores y sociólogos... Todo el panorama de la historia varía una vez que se reconoce la importancia del motivo del logro. Durante un siglo, hemos sido dominados por el darwinismo social, por la implícita o explícita idea de que el hombre es una criatura producto de su medio ambiente, ya sea natural o social. Marx pensó en esto al proponer el determinismo económico argumentando que la psicología del hombre está configurada, en último análisis, por las condiciones en las cuales debe trabajar. Incluso Freud pensó en ello al enseñar que la civilización era una reacción contra las necesidades primitivas del hombre y contra la fuerza represiva de las instituciones sociales, comenzando por la familia. Prácticamente, todos los científicos sociales han comenzado, en las generaciones pasadas, por la sociedad y han tratado de crear al hombre a su imagen. Incluso la teoría de la historia de Toynbee trata esencialmente de las exigencias ambientales, aunque él reconoce que los estados de ánimo pueden crear exigencias internas.<sup>149</sup>

En su contribución al volumen editado por Nash y Chin, McClelland continúa en forma aún más explícita.

<sup>147</sup> Everett E. Hagen, *On the Theory of Social Change*, op. cit.

<sup>148</sup> David McClelland, "A Psychological Approach..." op. cit.

<sup>149</sup> David McClelland, *The Achieving Society*, op. cit., pp. 205, 238, 391.

Lo que se necesita es un desplazamiento glacial en la forma de pensar occidental y especialmente en la norteamericana. Desde los tiempos de Darwin, los científicos sociales han partido, casi inconscientemente, de la premisa de que el medio ambiente es primario y que el organismo humano aprende de alguna manera a adaptarse a él... En consecuencia, si alguien quiere cambiar algo verdaderamente, debe comenzar por modificar las condiciones materiales en el ambiente, lo que, a su vez, modificaría gradualmente las instituciones y, al cabo, las ideas. No obstante, la evidencia, como en el presente caso, es muy fuerte, en el sentido de que es a menudo —y hasta quizás muy a menudo— un proceso inverso... Esto es precisamente una prueba más que apoya las crecientes convicciones entre los científicos sociales de que son los valores, los motivos o las fuerzas psicológicas, los que determinan, en última instancia, el ritmo del desarrollo económico y social... *The Achieving Society* sugiere que las ideas son de hecho más importantes en la formación de la historia que las condiciones puramente materialistas.<sup>150</sup>

Hemos dado una vuelta en círculo hasta Hegel, con la excepción de las prescripciones para el progreso de McClelland, que no son precisamente las de Hegel.

En el último capítulo de su obra, titulado "Accelerating Economic Growth" (Aceleración del crecimiento económico), McClelland resume sus recetas en sus subtítulos: "Incremento de la direccionalidad del otro y de la moralidad de mercado..." "Incremento del  $n$  logro..." "Decremento de la dominación del Padre..." "Conversión al protestantismo..." "Los movimientos reformistas católicos y comunistas..." "Efectos de la educación sobre el  $n$  logro..." "Reorganización de la vida de la fantasía..." "Utilización más efectiva de las fuentes existentes de  $n$  logro"; y ofrece una recomendación final:

Así, terminamos con una nota práctica: un plan para acelerar el desarrollo económico movilizándolo de forma más efectiva los altos recursos de  $n$  logros de los países subdesarrollados, especialmente en los negocios de pequeña y mediana escala situados en áreas provinciales...<sup>151</sup>

Esta nueva aportación renovadora estaba indudablemente inspirada por el énfasis de Weber sobre los valores en *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*<sup>152</sup> y reforzada por el énfasis de Schumpeter sobre la

<sup>150</sup> David McClelland, "Motivational Patterns in Southeast Asia with Special Reference to the Chinese Case". *Journal of Social Issues*, op. cit., p. 17.

<sup>151</sup> David McClelland, *The Achieving Society*, op. cit., pp. 391, 437.

<sup>152</sup> Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Ed. G. Allen & Unwin, Londres, 1930.



iniciativa en *Teoría del desenvolvimiento económico*.<sup>153</sup> El resurgimiento del interés académico en el desarrollo económico, que tuvo lugar después de la segunda Guerra Mundial, fue pronto seguido por un regreso a la letra, si no al espíritu de Weber y de Schumpeter. Según mencionamos anteriormente,<sup>154</sup> aparecieron en gran número —y no pocos de ellos en la EDCC—, libros y artículos sobre el papel de la religión y de los valores en el desarrollo económico. Al mismo tiempo, la Universidad de Harvard creó un Centro de Investigación sobre la historia de la gestión y una publicación, *Explorations in Entrepreneurial History*. En la EDCC y en otras publicaciones<sup>155</sup> se publicaron artículos sobre la iniciativa como factor crucial en el desarrollo económico y el cambio cultural. La creciente evidencia contra el supuesto papel del gestor schumpeteriano en el desarrollo económico, no sólo en los países subdesarrollados sino también en los Estados Unidos del siglo XIX,<sup>156</sup> no ha impedido que los idealizadores psicológicos del desarrollo económico continúen proponiendo teorías, como las de Hagen y McClelland. Por otra parte, tampoco ha impedido a la EDCC seguir los pasos de éstos y publicar una serie completa de estudios que reinterpretaban el mundo para demostrar la supuesta importancia del motivo del logro.<sup>157</sup> Asimismo, el crítico de *The Achieving Society* de la EDCC, S. N. Eisenstadt, concluye:

...el hecho que al discutir este libro lo confrontemos con el trabajo de Weber, es la medida de la importancia de los problemas planteados por los esfuerzos de McClelland... McClelland ha aportado una obra importante y muy estimulante que no puede ignorar nadie que esté interesado en los más amplios problemas del impacto de la orientación motivacional en la sociedad o en el más específico problema del desarrollo económico.<sup>158</sup>

<sup>153</sup> J. A. Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

<sup>154</sup> Ver nota 18.

<sup>155</sup> Para ejemplos más recientes ver: Alex P. Alexander, "Industrial Entrepreneurship in Turkey: Origins and Growth". EDCC, julio de 1960, vol. VIII, n. 4, y Arcadius Kahan, "Entrepreneurship in the Early Development of Iron Manufacturing in Russia". EDCC, julio de 1962, vol. X, n. 4.

<sup>156</sup> W. Paul Strassman, *Risk and Technological Innovation: American Manufacturing Methods in the Nineteenth Century*. Cornell University Press, Ithaca, 1959; y "The Industrialist", en John J. Johnson, ed., *Continuity and Changes in Latin America*. Stanford University Press, Stanford, 1964.

<sup>157</sup> Norman N. Bradburn y David Berlew, "Need for Achievement and English Industrial Growth". EDCC, octubre de 1961, vol. X, n. 1; Juan B. Cortés, "The Achievement Motive in the Spanish Economy Between the 13th and 18th Centuries". EDCC, octubre de 1960, vol. IX, n. 1; James N. Morgan, "The Achievement Motive and Economic Behavior". EDCC, abril de 1964, vol. XII, n. 5.

<sup>158</sup> S. N. Eisenstadt, "The Need for Achievement". EDCC, julio de 1963, vol. XI, n. 4, p. 431.

Para su propio crédito y el de la EDCC, John H. Kunkel ha evaluado recientemente esta "aportación renovadora":

Mientras que las actividades del hombre sean consideradas como una función de valores o personalidad, no se necesita prestar mucha atención al ambiente social inmediato ya que no es tanto la presente estructura social sino la del pasado, la que más involucrada está en la formación de valores y de personalidad. Según este enfoque, la delineación de los prerrequisitos sociales del desarrollo económico, sólo puede preparar el terreno para los años, si no décadas, de industrialización en el futuro. Sin embargo, tan pronto como al comportamiento se le considera como una función resultante de la estructura social, pasada y presente, que afecta al comportamiento a través de la determinación, continuamente en acción, de los estímulos reforzadores y discriminativos, el actual sistema social adquiere gran importancia. Los prerrequisitos de conducta del desarrollo económico pueden crearse solamente mediante alteraciones de la estructura social, o de algunos elementos de ésta, tomados en conjunto e incluyendo el sistema económico de una sociedad. No hay base, en lo teórico, para el enfoque pesimista referente a la capacidad de los países subdesarrollados para industrializarse en un corto periodo de tiempo. Las conclusiones pesimistas referentes al tiempo necesario para la preparación de las condiciones psicológicas adecuadas para el desarrollo económico, están basadas, esencialmente en una incorrecta concepción del hombre y en el rechazo de los principios de la formación y mantenimiento de la conducta, derivados de la psicología experimental.<sup>159</sup>

Sin embargo, en su contribución a la colección de artículos editados por Nash y Chin, la cual ejemplifica este tercer método de enfoque, la crítica de Kunkel está basada, principalmente, en principios psicológicos y limitada, esencialmente, a la crítica metodológica de las aseveraciones empíricas<sup>160</sup> del tercer método. Tal es también la crítica de Eisenstadt en su análisis del libro de McClelland.<sup>161</sup> Por otra parte, la alternativa propuesta por Kunkel en su contribución a la EDCC se limita a sugerir que la metodología del comportamiento puede superar los defectos metodológicos del enfoque ejemplificado por Hagen y McClelland.<sup>162</sup> A este respecto, Kunkel correctamente señala:

<sup>159</sup> John H. Kunkel, "Values and Behavior in Economic Development", op. cit., pp. 276-77.

<sup>160</sup> John H. Kunkel, "Psychological Factors in the Analysis of Economic Development". *Journal of Social Issues*, op. cit.

<sup>161</sup> S. N. Eisenstadt, "The Need for Achievement", op. cit.

<sup>162</sup> John H. Kunkel, "Values and Behavior...", op. cit.



Hagen hace mucho uso de la personalidad como un "estado interno" de los individuos. Las características de este "estado interno" se derivan de la teoría psicoanalítica, apoyando así la teoría y las hipotéticas relaciones entre los hechos observados y las características inferidas. Cuando los conceptos y las teorías psicoanalíticas se utilizan en el estudio del desarrollo económico los problemas para valorar los conceptos hacen de cualquier generalización casual un hecho difícil de probar y de aceptar en otras bases que no sean las de la fe... El análisis casual es inadecuado. Hagen infiere las causas por los efectos pero no hay evidencia de la validez de esta inferencia... McClelland postula una variedad de necesidades como componentes del "estado interno" de una persona, pero este método de análisis supone inferencias del comportamiento (i. e. la escritura de cuentos basada en las ilustraciones de la TAT) que son difíciles de ratificar para explicar los datos recopilados por McClelland y sus socios.<sup>163</sup>

Tanto Kunkel como Eisenstadt opinan que el trabajo sobre el desarrollo económico y el cambio cultural de estos estudiosos es deficiente en el sentido que no establece una causa eficiente, metodológicamente adecuada, entre el supuestamente causativo estado psicológico y el supuestamente derivativo desarrollo económico. El propósito de Kunkel en su contribución a la EDCC es aportar una relación causativa eficiente que no dependa de inestables inferencias de estados de ánimo internos.<sup>164</sup>

Cualesquiera que sean los méritos o deméritos metodológicos de Kunkel en su apelación al behaviorismo, se limita tanto a generar hipótesis de pequeña escala, como las llama Nash, y a recomendar cambios de pequeña escala, como la metodología que busca sustituir. El propio Kunkel concluye:

Si es cierto que la conducta rebelde, como cualquier otra, es moldeada a través de una ayuda diferencial [tales como el premio y el castigo por parte de los padres, como en otro párrafo dice Kunkel], no hay razón por la cual un estado interno... tenga que ser postulado como un elemento esencial en el análisis del desarrollo económico... Varios ele-

mentos escogidos del medio ambiente de sociedad organizada están hoy sujetos a cambio, haciendo así posible la regulación de los patrones de conducta necesarios para el desarrollo económico. Debido a que, generalmente, sólo unos pocos aspectos del ambiente social pueden ser alterados, deben comenzarse en pequeña escala los esfuerzos destinados a la creación de prerrequisitos de conducta.<sup>165</sup>

Esto sugiere que, para evaluar la adecuación teórica del tercer enfoque, debemos traer aún otros criterios para su consideración, por medio de los cuales hemos examinado ya los primeros dos enfoques.

Como editor de una colección de trabajos que ejemplifican el tercer punto de vista, Manning Nash sostiene que de los tres enfoques que él es capaz de visualizar, este tercero es el "más provechosamente aplicado". Uno de sus aspectos más útiles es que conduce a "una visión más bien perspectiva que retrospectiva del cambio social". O sea, como podemos deducir, Nash opina que los científicos sociales, trabajando en términos del tercer enfoque, están llevando a cabo una aportación renovadora no sólo porque abandonan el estructuralismo de Weber, dejando atrás, asimismo, a Bert Hoselitz —quien, después de todo, no sólo conserva algún estructuralismo sino que es también mundialmente famoso como historiador económico— sino también porque al no mirar atrás estos pioneros olvidan el enfoque y el análisis retrospectivo e histórico de Weber.

Sin embargo, Nash no se limita simplemente a elogiar este esfuerzo y a recomendar que los estudiantes del desarrollo económico y del cambio cultural desprecien la historia pasada de los países subdesarrollados en cuestión. Por el contrario, él va más allá y pasa a negar que los países subdesarrollados tengan cualquier tipo de historia. El tercer enfoque —dice— plantea tres problemas teóricos principales.

- 1] tener en cuenta, sistemáticamente, las variedades de las sociedades "tradicionales".
- 2] buscar las fuentes de resistencia... entre las diversas especies de *tradicionalidad*.
- 3] [estudiar por qué una sociedad puede o no puede] estancarse en algún momento entre su *base inicial* y la modernidad.<sup>166</sup>

En otras palabras, las sociedades subdesarrolladas no tienen historia; tradicionalmente han sido como son actualmente, es decir, subdesarrolladas. Ésta es realmente una "aseveración atrevida"; pero una vez que la misma encara la "confrontación de los hechos", esta posición resulta ser a todas luces una falsificación. ¿Cómo pudo Nash hacer semejante aseveración tras

<sup>163</sup> John H. Kunkel, "Psychological Factors...", op. cit., pp. 72-73, 82. Para una crítica similar, véase también S. N. Eisenstadt, "The Need for Achievement", op. cit.

<sup>164</sup> Este esfuerzo es una reminiscencia del famoso pero frustrado intento para remediar la explicación de los funcionalistas, con relación a la existencia de instituciones basadas en la teología, de George C. Homans y David M. Schneider en su trabajo *Marriage, Authority and Final Causes. A Study of Unilateral Cross-Cousin Marriage*. The Free Press, Glencoe, 1955. Rechazando la causa final del equilibrio de la sociedad organizada como una justificación para la existencia de una institución, Homans y Schneider trataron de sustituir una causa eficiente e identificable, aunque singularmente, su "causa eficiente" era un estado interno, o sea otra causa final similar a las criticadas aquí.

<sup>165</sup> John H. Kunkel, "Values and Behavior...", op. cit., pp. 275-77.

<sup>166</sup> Manning Nash, *Introduction...*, op. cit., p. 4. Subrayado de A. G. F.



haber desarrollado su trabajo de disertación doctoral en una comunidad que descendía de un pueblo mundialmente famoso por su historia —cuyos últimos 70 años él estudió— y después de haber titulado su libro *Machine Age Maya*?<sup>167</sup> ¿Cómo resulta ser una aportación renovadora para los practicantes y paladines del tercer enfoque, ocuparse cada vez menos de la historia de los países subdesarrollados que ellos se jactan de estudiar (especialmente después de haber profundizado en ellas en varias ocasiones) y finalmente terminar por negar que los países subdesarrollados y el subdesarrollo en sí tengan siquiera historia? ¿Para quién constituye esto una aportación renovadora?

Las respuestas surgen si aplicamos el criterio de holismo estructural al problema de la adecuación teórica del tercer enfoque, y si profundizamos en la eficacia de la política de desarrollo económico y de cambio cultural a la cual da origen este enfoque.

Kunkel señala correctamente, en relación con la teoría y la política del tercer enfoque, “que no es preciso prestar mucha atención al medio social inmediato, debido a que no es la presente estructura social lo que importa”. Pero la crítica de este enfoque es apenas tan explícita y clara como su propio exponente, McClelland: “las ideas son, de hecho, más importantes en la formación de la historia que las condiciones meramente materialistas... de su [del hombre] ambiente, ya sea natural o social”. El tercer enfoque del desarrollo económico y del cambio cultural, pues, representa quizás el último paso en el progreso renovador que se aleja del holismo estructural clásico científico. La presente estructura económico-político-social no cuenta en lo absoluto: no hay necesidad de cambiar el statu quo contemporáneo.

¿Qué se debe hacer, pues, según estos proveedores de conocimiento dialéctico social (como Nash define sus servicios), y cuán efectivamente y para quién trabaja su política de promoción del desarrollo económico y del cambio cultural? McClelland nos dice lo que debe hacerse: “Aumento de la  $n$  de logros... conversión protestante... educación... reorganización de la vida de fantasía.” Como reconoce el propio McClelland, no solamente Marx, sino inclusive estudiantes tan “progresistas” como Spencer, el padre del darwinismo social, Toynbee, el padre del neotomismo, y Freud, el padre de la psiquiatría individual, y todos sus hijos intelectuales, nunca fueron lo suficientemente progresistas para crear y mantener que una condición económica y social de la sociedad, tan profundamente enraizada como el subdesarrollo, pudiese ser cambiada simplemente enseñando a un mayor número de sus individuos a ser dueños de sí mismos y aumentar su necesidad de logros, como lo recomienda McClelland; o evitando ser abatidos por la adversidad, como lo quiere Hagen; o haciendo que los maestros y padres cuenten a los niños más historias de héroes para que cuando éstos crezcan puedan ser heroicos evolucionadores también. Este grado de progreso y pro-

<sup>167</sup> Manning Nash, *Machine Age Maya*, op. cit.

gresismo tuvo que esperar la llegada de David McClelland y sus discípulos. McClelland da crédito a una fuente correlativa de su visión del desarrollo económico y del cambio cultural: los comunistas, especialmente los chinos.<sup>168</sup> Éstos no reciben crédito alguno por seguir las enseñanzas de Marx o de otros científicos sociales, la validez de cuyas teorías niega McClelland; ningún crédito por cambiar ninguna estructura económico-político-social, cuya necesidad de cambio McClelland niega; ni tampoco crédito alguno por hacer una revolución, que McClelland no considera digna de mención. Por el contrario, los congratula por realizar y poner en práctica la verdad de que las ideas y la  $n$  de logros promueven el desarrollo económico: según McClelland,<sup>169</sup> los chinos están logrando un desarrollo económico, más rápido que los indios. Mas no dice en base de qué estructura económico-político-social; los chinos tienen más  $n$  de logros y  $n$  de poder.<sup>170</sup> Según McClelland, no importa cómo la estructura determina la distribución del poder y la dirección del logro. A pesar de esta generosa cortesía hacia los comunistas chinos, no necesitamos mucha clarividencia para distinguir la lealtad y eficacia de una política de desarrollo económico que —siguiendo el ejemplo de los tan altamente motivados miembros de la comunidad académica de Cambridge, Massachusetts, como W. W. Rostow,<sup>171</sup> McGeorge Bundy, Arthur Schlesinger Jr., y quizás el propio David McClelland— promueve la  $n$  de logros y la reorganización de la vida de fantasía dentro de la estructura económico-político-social existente, en su país o en el extranjero.

Al elogiar a los comunistas, McClelland se equivoca al no otorgar el debido crédito donde realmente corresponde. Fue Frank Buchman —y su movimiento mundial para el rearme moral (MRA)— quien predicó precisamente la política del desarrollo económico y el cambio cultural, ahora vestida con la túnica académica por David McClelland. Su prudencial consejo a los forjadores es: cerrar los ojos y dejar la estructura económica, social y política del statu quo tal como está; prepararse, en cambio, cada uno por sí mismo, para rearmarse moral y espiritualmente y afrontar el difícil camino del desarrollo económico, del cambio cultural y del progreso social que se avecina. El carácter político y la eficacia de esta política de desarrollo están ampliamente demostrados por sus practicantes, entre los que se cuentan dialécticos prácticos, servidores progresistas y públicos defensores de la MRA, tan renombrados como el ex-canciller de Alema-

<sup>168</sup> David McClelland, “Motivational Patterns in Southeast Asia...”, op. cit., y *The Achieving Society*, op. cit., pp. 412-13.

<sup>169</sup> David McClelland, *The Achieving Society*, op. cit., p. 423.

<sup>170</sup> David McClelland, “Motivational Patterns...”, op. cit.

<sup>171</sup> “Los antiguos colegas universitarios del señor Rostow en el viejo equipo de la Casa Blanca de Kennedy... critican brutalmente su creciente influencia, y condenan su agresivo intelectualismo acusándolo de oportunismo egoísta, que consuela al presidente pero que tiende a desorientarlo, particularmente en el caso de Vietnam.” *New York Times*, 13 de abril de 1967.



nia, Konrad Adenauer; el ex-premier de Japón, Kishi; el ex-primer ministro de Katanga y el Congo, Moisés Tshombe, y el segundo presidente de Brasil, después del golpe militar de 1964, general Arturo da Costa e Silva.

## CONCLUSIONES

Habiendo examinado por separado los tres métodos de enfoque y análisis de los problemas del desarrollo económico y del cambio cultural, podemos valorarlos en conjunto brevemente. Lo que primero salta a la vista es la amplia y profunda similitud existente en la extensión de la inexactitud empírica, la inadecuación teórica y la ineficacia política de los tres métodos. No obstante, esta similitud no debe sorprendernos. Ésta no es más que el reflejo de su fundamental similitud en cuanto a los puntos de partida, tanto ideológicos como analíticos. Así, el primer método es típico-ideal en cuanto establece las supuestamente típicas características del desarrollo. El segundo método se ocupa de cómo estas características típicas del primer método son supuestamente difundidas desde los países desarrollados hacia los países subdesarrollados. Por último, el tercer método —y en ello radica su aportación renovadora— nos dice cómo las características típicas, identificadas en el primer método y difundidas según el segundo, tienen que ser aculturadas por los países subdesarrollados si quieren desarrollarse. Esto, en pocas palabras, es la suma total de esta teoría y análisis del desarrollo económico y del cambio cultural; es el alfa y omega de las posibilidades que Manning Nash puede visualizar: es gracias a esta limitación suya —si no de la teoría y de la realidad—, que Nash consigue llegar al tercer método, como él dice, “por medio del argumento de residuo”.

Los pioneros de estos tres métodos han progresado; al dualismo social han añadido el dualismo sociológico. Toda su teoría y teorización está troncada por la mitad. Ellos ven un grupo de características; toman nota de una estructura social, si es que ven alguna; construyen una teoría para una parte de lo que ha sido un sistema mundial económico y social durante medio milenio y construyeron otro patrón y otra teoría para la otra parte de este mundo. Y todo eso en nombre del universalismo. Ellos alegan que una parte del sistema, Europa occidental y América del Norte, difunde y ayuda a desarrollar la otra parte, Asia, África y América Latina. De igual forma, alegan que aquellas metrópolis nacionales de los tres continentes que ya han recibido los beneficios de esta difusión, impulsan a su vez el propio desarrollo de sus áreas interiores. Añaden que el despegue por parte de los países subdesarrollados y sus metrópolis nacionales está obstaculizado por el freno que representan, en ellos, sus lentas y atrasadas regiones interiores. Curiosa, aunque afortunadamente, exceptuando a los más irresponsables, ellos no alegan en forma similar que el despegue y el desarrollo de las metrópolis capitalistas del mundo en Europa y América del Nor-

te está obstaculizado por el atraso de sus regiones dependientes subdesarrolladas en África, Asia y América Latina. Ellos preguntan de dónde debe venir el capital para el desarrollo de las metrópolis nacionales de los países subdesarrollados, y dicen que éste debe venir y vendrá de los países desarrollados; lo que es incorrecto, ya que, de hecho, el capital viene de las colonias internas de estas metrópolis nacionales. Ellos preguntan de dónde vino el capital para el desarrollo de los países ya desarrollados, y dicen que éste vino de ellos mismos; lo que es también falso, ya que una gran cantidad de éste, y precisamente la parte más crítica del mismo, provino de los países consecuentemente subdesarrollados en la actualidad. Como sucede con la mayoría del universalismo de los países desarrollados, el universalismo teórico de su ciencia social es un pretexto y una farsa. Si podemos utilizar algo del arsenal de los pioneros de este método, diremos que los teóricos de los tres métodos de desarrollo económico y de cambio que gustan autodeterminarse dualistas universalmente teóricos, resultan unos esquizofrénicos intelectuales y políticos.<sup>172</sup>

Para expresar aún más claramente la verdadera significación y valor de esta altamente desarrollada sabiduría convencional, podemos caracterizarla —no menos exhaustivamente de lo que Nash la resume— por medio de la caricatura de los pilares metodológicos gemelos de la sociedad que lo produjo y que Steinberg identificó en la portada de un *New Yorker*: Santa Claus y Sigmund Freud. Steinberg sugiere que la sociedad norteamericana descansa y se mueve alrededor de estos dioses gemelos, y nosotros podemos añadir que igual hace la ideología de desarrollo económico y del cambio cultural que la misma sociedad produce y exporta. ¿Cómo tienen que lograr el desarrollo económico los pueblos de los países subdesarrollados? Esperando la Navidad y aceptando entonces el regalo de difusión de Santa Claus en el norte. ¿Qué regalo trae Santa Claus a los pueblos de los países subdesarrollados? El último mensaje de Sigmund Freud. Si al menos los pueblos del místicamente caracterizado mundo subdesarrollado aprendieran, como lo hicimos nosotros, a venerar el altar de estos dioses gemelos, también ellos cambiarían culturalmente y se desarrollarían económicamente. ¿Puede acaso sorprendernos que el pueblo del mundo verdaderamente subdesarrollado pueda mirar y mirará más allá de lo que otros imaginan posible para encontrar una teoría de desarrollo económico y cambio cultural que sea empíricamente congruente, políticamente aceptable y teóricamente adecuada a su realidad, deseos y necesidades?

La dirección hacia la cual debemos mirar para encontrar una teoría alternativa del desarrollo del cambio económico más adecuada para los países subdesarrollados, es sugerida por las deficiencias comunes al enfoque

<sup>172</sup> Otras limitaciones teóricas a la parte funcionalista de esta teoría de la ciencia social, son examinadas en mi “Founctionalism, Dialectics, and Synthetics”. *Science & Society*, primavera de 1966, vol. xxx, n. 2.



de tres métodos de la teoría que analizamos aquí. En primer lugar, allí donde este enfoque es empíricamente erróneo sobre la realidad pasada y presente de la parte subdesarrollada y del mundo en su conjunto, una alternativa teórica adecuada tendrá que apegarse y reflejar la historia y la realidad contemporánea del desarrollo y del subdesarrollo. En segundo lugar, allí donde el enfoque es teóricamente inadecuado porque no puede identificar el todo social determinante, porque no tiene en cuenta ni la historia de la parte subdesarrollada ni sus relaciones con la parte desarrollada y, menos, el mundo como un conjunto, y porque no se conforma a la estructura del sistema social mundial: la teoría alternativa deberá reflejar la estructura y desarrollo del sistema que ha dado origen, mantiene y aún aumenta el desarrollo estructural y el subdesarrollo estructural como manifestaciones, simultáneas y mutuamente producidas, del mismo proceso histórico. En tercer lugar, allí donde la política de desarrollo de este enfoque es siempre más políticamente conservadora, aconseja aceptar el status estructural con los brazos cruzados y esperar con las manos abiertas los regalos de otros: la política alternativa para el desarrollo económico y el cambio cultural tendrá que ser políticamente revolucionaria y ayudar a los pueblos de los países subdesarrollados a tomar en sus propias manos la destrucción de esta estructura y el desarrollo de otro sistema. Si los países desarrollados no pueden difundir el desarrollo, la teoría del desarrollo o la política del desarrollo en los países subdesarrollados, entonces el pueblo de estos países tendrá que desarrollarlos por sí mismos. Estos tres métodos de enfoque son los ropajes del emperador que han servido para esconder su desnudo imperialismo. En vez de hacerle al emperador un nuevo traje, estos pueblos tendrán que destronarlo y vestirse a sí mismos.

El estudio de Pierre Van den Berghe "La dialéctica y el funcionalismo: hacia una síntesis teórica", publicado en el número de octubre de 1963 de la *American Sociological Review*, proporciona excelentes puntos de partida para examinar algunos aspectos elementales y, sin embargo, fundamentales de los análisis funcional y dialéctico que el autor no consideró conveniente mencionar y de los cuales los funcionalistas por lo general muestran tener poca o ninguna conciencia en sus análisis funcionalistas de la sociedad y en sus análisis sociales del funcionalismo.

En ese artículo el autor afirma haber encontrado cuatro puntos de convergencia, sobreposición o síntesis entre el funcionalismo y la dialéctica, a saber: 1] que ambos enfoques son holistas; 2] que los dos convergen en cuanto a la función que atribuyen al conflicto y al consenso, a la integración y a la desintegración; 3] que el uno y el otro sostienen un enfoque evolucionista del cambio social; y 4] que tanto una teoría como la otra se hallan fundamentalmente cimentadas en un modelo de equilibrio. Si bien el examen del funcionalismo y la dialéctica en estos cuatro puntos de supuesta convergencia no puede constituir el paso científicamente importante hacia el análisis fructífero, equilibrado y teórico de la estructura y el cambio sociales, que Van den Berghe pretende haber realizado con su "síntesis", puede servirnos para aclarar un poco los supuestos teóricos, la base empírica y las implicaciones programáticas del funcionalismo y la dialéctica. Asimismo, puede proporcionarnos una cierta comprensión de las limitaciones reales inherentes a cualquier síntesis que se pretenda hacer en este terreno.

### Holismo

Tanto el funcionalismo como la teoría dialéctica son holistas. Pero hasta aquí llega la semejanza. El holismo funcionalista difiere del holismo dialéctico, por lo menos, en tres aspectos elementales y, no obstante, fundamentales: primero, en su enfoque de la totalidad; segundo, en las interrogantes que plantean acerca de la totalidad; y tercero, en la totalidad que escogen como objeto de estudio.

\* Publicado originalmente en *Science and Society*, vol. xxx, n. 2, primavera de 1966. En la preparación de este artículo resultó sumamente útil la ayuda de Fernando Henrique Cardoso y Rodolfo Stavenhagen.



Los niveles de abstracción del holismo funcionalista y del holismo dialéctico son absolutamente distintos. Los dialécticos, e inclusive los malos dialécticos, necesariamente parten de determinada sociedad real, y de allí pasan a analizarla teóricamente, con sus transformaciones, en su conjunto. Por su parte, inclusive los mejores funcionalistas casi siempre eluden el estudio global de una sociedad. En los pocos casos en que sí han hecho análisis globales, dejan a un lado por completo la realidad, o se apartan de la teoría funcionalista.

En nuestros días, el arquetipo del análisis holista y funcionalista de la totalidad, es, desde luego, el de Talcott Parsons. Pero el análisis funcionalista que realiza Parsons del sistema social ni siquiera se propone ser un análisis de algún sistema social en particular. El holismo de Parsons, si es que se le puede llamar así, constituye un análisis de una totalidad abstracta, o de un modelo totalmente abstracto y de supuesta validez universal, de todas y cada una de las sociedades, existentes o imaginarias. En consecuencia, las interrelaciones funcionales holistas que tan concienzudamente reconstruye son las de un modelo elaborado y no las de alguna sociedad conocida. Para evitar que inconscientemente nos equivoquemos y confundamos lo abstracto con lo concreto, Claude Lévi-Strauss, la otra autoridad contemporánea de mayor prestigio en el mundo entero en materia de funcionalismo, se afana en ser explícito y declara que trabaja solamente con un modelo funcionalista, y opina que todos los funcionalistas hacen y tienen que hacer lo mismo, créanlo o no. Ciertamente, hasta donde sabemos, nadie ha tratado jamás de hacer un análisis holista, estilo parsonismo, de determinada sociedad real, y mucho menos de la nuestra propia; por otra parte, si alguien fuera lo suficientemente ingenuo para intentarlo, previene Lévi-Strauss, con toda seguridad fracasará. No hay aquí ninguna superposición ni convergencia con los dialécticos, que tratan de estudiar nuestra sociedad real; y mucho menos con los mejores, que llevan a cabo este estudio con éxito.

Desde luego, casi todos los funcionalistas (parsonianos o no) que siquiera han estudiado la realidad, circunscriben su atención holista a una parte de la sociedad de su elección, y a la manera en que la parte se halla funcionalmente relacionada con la totalidad de la sociedad. Los mejores funcionalistas, cuyo número es relativamente reducido y entre los cuales se cuentan Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard, Meyer Fortes, Raymond Firth, Max Gluckman, Fred Egan y Edmund Leach, que además no son parsonianos y que sí han prestado su atención a la totalidad de alguna sociedad existente, se han visto obligados a apartarse del funcionalismo y a dejar una laguna muy grande entre su descripción de las múltiples partes de la realidad social concreta de la sociedad y su demostración analítica de que todas esas partes están (de tal o cual manera) relacionadas funcionalmente unas con otras (y con nada más) en una totalidad equili-

brada —laguna que, como lo han mostrado muchos de sus propios discípulos, sólo se llena con la fe en el funcionalismo que cultivan ellos y sus lectores. No obstante, hasta la fecha esa fe no ha sido suficiente para dotar a los funcionalistas de los elementos y el valor necesarios para intentar hacer un análisis holista de nuestra propia sociedad; ni siquiera para habérselas con el análisis de las relaciones de sus temas predilectos de estudio con nuestra propia sociedad. Por ejemplo, Radcliffe-Brown jamás le hizo justicia a Cecil Rhodes, su compatriota. Si uno nada más leyese al primero, jamás se enteraría que existió el segundo ni su obra. No cabe duda que hay aquí una enorme diferencia con los dialécticos marxistas.

Tal vez una diferencia más importante entre el holismo del funcionalismo y el de la dialéctica estriba en que ambos no formulan en absoluto la misma pregunta acerca de la totalidad. El funcionalismo solamente recurre al holismo para explicar las partes, en tanto que la dialéctica se sirve de él para explicar la totalidad y así explicar las partes. Aun en el mejor caso, ni los funcionalistas ni su teoría intentan analizar, explicar, dar razón o comprender, y mucho menos predecir la existencia (y menos todavía la aparición o desaparición), de un sistema social o de una estructura en particular. Por el contrario, a la manera de su teoría, los funcionalistas siempre consideran la estructura social existente como algo dado y presupuesto; y tanto su interés teórico como su interés aparentemente práctico en la estructura se limitan al valor analítico que ésta pueda tener para explicar la existencia de las partes institucionales particulares a las que los funcionalistas les gusta limitar su investigación científica.

Más explícitamente, podemos mencionar que funcionalistas como Merton, Davis, Durkheim y Radcliffe-Brown, entre otros, iniciaron su estudio holista de la realidad social con la mira de explicar la existencia de instituciones sociales particulares (pero nunca del sistema social ni de la estructura misma) con referencia a la función que esas instituciones desempeñan en el sistema social. Al fracasar este empeño, retrocedieron a la empresa menos ambiciosa de mostrar cómo funcionan las instituciones dentro del sistema.

El primer intento que los funcionalistas hicieron para explicar o dar cuenta de la existencia de instituciones particulares refiriéndolas a su función en el sistema social, fracasó, desde luego, en virtud de la base teleológica absolutamente inaceptable de su explicación. Que el ensayo debía fracasar por fuerza, lo han mostrado analíticamente filósofos como Hempel y Nagel y ha quedado confirmado empíricamente, con amplitud, en el complicado debate acerca del matrimonio consanguíneo que sostuvieron Lévi-Strauss, Homans y Schneider. Además, incluso si a pesar del intento valeroso pero fracasado de Homans y Schneider, fuera posible reemplazar una causa motivacional o cualquier otra causa eficiente de una institución con la clásica pero inaceptable causa teleológica última de la integración o el manteni-



miento de la configuración social, el empeño de explicar la existencia de una institución por su función de todos modos tropezaría con los obstáculos de su propia argumentación *post-hoc, ergo propter hoc*.

Al reconocer este talón de Aquiles de su teoría, muchos funcionalistas se han visto obligados a trasladar el campo de batalla a un frente en que son menos vulnerables. En vez de perseverar en sus esfuerzos por explicar la existencia de una institución en virtud de la función que desempeña, ahora únicamente tratan de mostrar cómo se halla funcionalmente articulada con otras partes del sistema social. Ciertamente, en la prosecución de esta meta más limitada, el funcionalismo ha resultado ser una herramienta útil en manos hábiles. Pero en este sentido también, Marx mismo debe ser catalogado como funcionalista, si recordamos, por ejemplo, su indicación de que "la religión es el opio del pueblo". Es claro que en este sentido y alcance más restringidos, la identificación y el análisis de la función social son parte integral del análisis marxista y de cualquier otro análisis dialéctico de la sociedad. Como señaló recientemente Kingsley Davis, y parafraseando a John Maynard Keynes, en última instancia todos somos funcionalistas. En consecuencia, el intento de reunir en una síntesis, en este punto, al funcionalismo y la dialéctica, no constituye una superación sino una tergiversación de los análisis marxistas dialécticos así como de otros análisis de la sociedad y de su paridad con cualquier ciencia social.

Pero este desplazamiento de su enfoque hacia el examen único de la función de una institución en particular, si no se halla teórica y prácticamente ligado al adelanto científico en todos los demás frentes, como hacen los mejores marxistas, a su vez vuelve vulnerables en otro sentido a los funcionalistas, pues con ello abandonan el holismo. En última instancia, lo que hace que el funcionalismo sea holista es el hecho de que o se ocupa de la totalidad o bien cuando menos interpreta la parte en función del todo. Pero cuando los funcionalistas, como los economistas, relegan la teoría general del equilibrio al primer párrafo de sus análisis (o, como ocurre con más frecuencia, incluso la pasan enteramente por alto) y cuando recurren a análisis parciales de equilibrio para relacionar una parte del sistema social a sólo una o a unas pocas partes, entonces abandonan inclusive la base holista de toda síntesis posible.

Así, hay una gran diferencia entre las preguntas que el funcionalismo y la dialéctica formulan respecto del todo. Los funcionalistas, si no abandonan por entero el principio científico universalmente aceptado del holismo, únicamente se plantean de qué modo la totalidad explica la parte. Acerca de la totalidad misma no plantean ningún interrogante; no se preguntan por qué existe ni cómo, de qué manera surgió ni qué le está ocurriendo; no se preguntan si la aprueban o no; sencillamente aceptan todo el sistema tal como es, y con gusto toman la estructura social tal como se encuentra. En los mejores casos, tratan de entender y, quizá, de reformar una parte.

En el marxismo, por el contrario, el *sine qua non* estriba precisamente en analizar y explicar primero el origen, la naturaleza y el desarrollo de todo el sistema social y su estructura en su conjunto, y después en emplear esa comprensión de la totalidad como fundamento necesario para el análisis y la comprensión de las partes. En ello radica su derecho al título de holista. Cuán absolutamente distinto es, entonces, el funcionalismo respecto de la dialéctica en este aspecto también, y cuán falsa resulta toda síntesis en este terreno.

Un tercer aspecto en que la similitud holista entre el funcionalismo y la dialéctica no es real sino únicamente verbal consiste en que el uno y la otra toman diferentes realidades como objeto de estudio y emplean criterios distintos para elegir esas realidades. Como dice el refrán, del buen preguntar depende el bien contestar; y del mal preguntar (como lo es elegir erróneamente la totalidad) depende que jamás se obtenga la respuesta correcta. Como es bien sabido, en la práctica y en la teoría funcionalistas no existe ninguna cortapisa (cosa que algunos incluso consideran una virtud) que restrinja la elección de cualquier totalidad que se desee examinar. La familia, el club, la comunidad, la industria, la nación, el mundo libre, los sistemas sociales imaginarios... son todos campos legítimos de análisis. Y, en la mayoría de los casos, el criterio que se usa para elegir cualquiera de ellos depende sencillamente del interés o de la conveniencia personales. Incluso cuando los mejores funcionalistas quieren descubrir y eliminar el origen de los males sociales, la infelicidad, la ignorancia, el crimen, la pobreza, la explotación, el subdesarrollo, la guerra, o lo que sea, descaradamente tratan de encontrarlo —e incluso afirman haberlo hallado— en la estructura de la comunidad tribal o de la folk, en la familia tradicional o —cada vez más— incluso en el individuo poco meritorio. Se nos hace suponer que, para la tarea del análisis de una u otra totalidad social, la adecuación teórica y empírica carece en lo absoluto de importancia práctica. No obstante, podríamos preguntarnos por qué la comodidad de los funcionalistas, o cuando menos la preferencia profundamente arraigada que han mostrado tener, está orientada precisamente hacia la búsqueda, en esas totalidades, de las soluciones a los urgentes problemas de la humanidad. De cualquier modo, quien se dedique a semejante estudio holista y todavía conserve siquiera la perspectiva mundial que da un periódico, debe seguramente comprender cuán empíricamente equivocado, teóricamente inadecuado y prácticamente absurdo resulta buscar las causas y, lo que es peor, los remedios de nuestros males en la estructura social de una sola comunidad supuestamente aislada, de una sola parte de una sociedad supuestamente dual, de una sola sociedad supuestamente nacional, de una sola tercera parte del mundo que ya Wendell Wilkie calificó correctamente de indiviso.

Desde luego, para los marxistas la totalidad empírica y teóricamente de-



terminante se halla en la unidad del sistema capitalista mundial; y para los mejores marxistas, en la estructura de la sociedad mundial que alberga no sólo al capitalismo sino también, ahora, al socialismo. Ningún marxista sensato plantearía, en nombre del materialismo histórico (que no es lo mismo que el determinismo económico, con el que a menudo se le confunde) que la estructura de la producción o las disparidades en el acceso a los medios de producción en el seno de la familia, de la comunidad o incluso solamente del Estado moderno sean el factor básico que determina los conflictos de clase la evolución histórica o cualquier otro fenómeno. Por supuesto, esto es así en virtud de que el criterio que los marxistas dialécticos emplean para decidir qué totalidad social determinante deben estudiar, no se halla a su vez determinado por su propia comodidad o sus deseos, sino por la realidad social misma. En este aspecto cuando menos, al contrario de lo que tan a menudo se afirma de ellos en ciertos círculos, los marxistas no truecan la realidad por sus deseos, como hacen otros. Los marxistas toman la realidad como es, pero como la encuentran inaceptable, tratan de transformarla; además, por ser holistas en la medida en que enfocan la parte en su determinación por el todo, no tratan de transformar la parte aisladamente. Por el contrario de los funcionalistas, tratan de estimular el cambio social transformando la estructura social de la totalidad, que determina la parte.

Así, nuestro examen elemental del funcionalismo y de la dialéctica marxista muestra que existen diferencias fundamentales en el holismo del uno y de la otra. El intento de reunir en una síntesis al funcionalismo con la dialéctica, en este primer punto, se halla enteramente viciado por el hecho de que ambos no se refieren en absoluto a la misma totalidad, ni formulan las mismas preguntas acerca de ella ni responden de la misma manera.

### *Integración y conflicto*

El segundo punto propuesto para unir en una síntesis al funcionalismo y la dialéctica se funda en que, supuestamente, coinciden respecto de su enfoque de la integración y el conflicto sociales. La realidad es que los funcionalistas explícita o implícitamente niegan que exista tendencia alguna a largo plazo hacia la desintegración social; y, por otra parte, la teoría funcionalista nos asegura que sí hay, y ciertamente debe haber, en todos los sistemas sociales existentes, una tendencia a largo plazo hacia la integración social. Pero el análisis funcionalista no presenta ni puede presentar —en virtud de que sus principios sólo operan en contextos temporales de corto alcance— prueba empírica alguna en apoyo del supuesto hecho de que a la larga ocurre la integración. ¿De dónde, entonces, derivan los funcionalistas su apoyo analítico para afirmar la hipotética necesidad de la integración y la supuesta imposibilidad correlacionada de la desintegración?

Una autoridad, ni más ni menos que Talcott Parsons, trata el problema. Planteándolo brevemente, de paso aclara también la disyunción real y la síntesis imaginaria que se establece entre el funcionalismo y el enfoque dialéctico de la integración social. Para conmemorar el centenario de la publicación del *Manifiesto comunista*, Parsons escribió un ensayo titulado “Las clases sociales y el conflicto de clases a la luz de la teoría sociológica reciente” (reimpreso en sus *Essays in Sociological Theory*); allí explica:

[Los marxistas] enfocan la estructura socioeconómica de la empresa capitalista como una entidad única e indivisible en vez de descomponerla en el conjunto de variables distintas que entraña. Esta separación analítica, para los propósitos actuales, constituye la característica más clara de los análisis sociológicos modernos... Ella conduce a una modificación de la concepción marxista... el énfasis estructural primordial ya no cae en... la teoría de la explotación sino más bien en la estructura de los roles de ocupación...

En consecuencia, “el conflicto ya no posee el mismo orden de inevitabilidad”. De esto se infiere, como señala Parsons varias páginas más adelante, “que la estratificación es, en un grado importante, una estructura integradora dentro del sistema social. La ordenación de las relaciones en este contexto es necesaria para la estabilidad”. Así, el fundamento analítico de la supuesta necesidad para la integración, que postulan los funcionalistas, no puede quedar más clara de lo que la ha dejado Parsons: si en el análisis arrancamos de las partes y proseguimos hacia la totalidad social, pero sin llegar a ella, como hacen en general Parsons y otros funcionalistas y sociólogos modernos, entonces el conflicto social interno cobra el aspecto de constituir un elemento integrador. Sólo cuando se arranca de la totalidad social y se la va desglosando en sus partes, como proceden los marxistas, sólo entonces se descubre el conflicto, que en última instancia es también desintegrador. Recientemente los estudiosos chinos del problema lo han formulado de manera sucinta: ¿Que el dos se incorpora en el uno, o el uno se divide en dos? La verdad de uno de los dos elementos de la disyuntiva depende de que la realidad sea realmente una totalidad integradora o sea únicamente una serie de partes aisladas. Es decir, esas autoridades parecen concordar en que si en realidad nos las tenemos con un sistema capitalista total e integrado, entonces nos enfrentamos con su desintegración.

Fiel a su orientación funcionalista, Van den Berghe declara en su ya mencionado artículo “La dialéctica y el funcionalismo: hacia una síntesis teórica”, que “la utilidad del modelo de integración o de equilibrio indica que debe ser conservado... Ciertamente, debe mantenerse un mínimo de integración para que cualquier sistema social subsista” (p. 697). Po-



dríamos preguntarnos para qué es exactamente útil el modelo de no ser porque Parsons nos ha proporcionado ya la respuesta en términos precisos: "Conduce a una modificación de la concepción marxista... El énfasis estructural primordial ya no cae en la teoría de la explotación." Por qué es necesaria la integración y debe conservarse el modelo, se explica en la página siguiente: "Pienso que es correcto hablar de una tendencia a largo plazo hacia la integración... Sin embargo, en vez de desechar el modelo, debemos tratar de modificarlo." Al igual que el sistema social existente, su modelo funcionalista debe ser conservado y no puede ser desechado. Después de todo, como indicó Talcott Parsons, es útil para retirar el énfasis que se hace en la explotación.

La supuesta síntesis del funcionalismo y la dialéctica, que despoja a esta última del análisis del conflicto para incorporarlo al funcionalismo, únicamente demerita a los funcionalistas, que así renuncian a su análisis del conflicto social, nada nuevo agrega a la teoría funcionalista y en cambio sólo deforma la dialéctica marxista y su enfoque del conflicto y la cohesión sociales al punto de volverlos irreconocibles.

Los funcionalistas han incluido siempre una parte del conflicto social en la base misma de la teoría funcional-estructuralista. Basta recordar la obra de Simmel sobre el conflicto; la de Gluckman acerca de las costumbres y el conflicto; la de Leach sobre los sistemas políticos; las de Durkheim y Merton sobre la enajenación, e incluso la de Radcliffe-Brown, el funcionalista más integralista, acerca de las relaciones bromistas y las de los hermanos de las madres. Sin embargo, para los funcionalistas el conflicto social únicamente realiza la función de integración social. Todas las demás clases de conflictos sociales —la revolución y la desintegración social— quedan fuera de la jurisdicción de la teoría y la práctica funcionalistas.

Una vez especificada esta limitación del funcionalismo, puede encontrarse, ciertamente, algo más de valor en la dialéctica marxista. Por supuesto, los dialécticos marxistas, al contrario del funcionalismo, también analizan el conflicto social desintegrador y lo incorporan con sus consecuencias en la teoría dialéctica. Además, también en contradicción con los funcionalistas pero no con la realidad, los dialécticos distinguen entre los tipos y grados del conflicto social en vez de atribuirles indiscriminadamente por igual poco más o menos el mismo peso teórico. Así, los dialécticos marxistas pueden también incorporar en su teoría —y de hecho lo incorporan— el conflicto no desintegrador. Para citar un solo ejemplo, aunque no importante, los marxistas claramente consideran que las relaciones de clase son socialmente integradoras en la medida que, como expresa la famosa indicación de Durkheim y la antes citada de Parsons, el proceso de la producción se halla organizado mediante la cooperación de las clases en la división del trabajo. No por nada hacen tanto hincapié los marxistas en la índole social

de la producción. Pero la aceptación de este hecho no impide a los marxistas ni a la teoría dialéctica ver también la naturaleza social concomitante de la distribución capitalista del producto, la consiguiente obstrucción en el proceso de producción por la misma estructura monopolista que la estimula, y el conflicto de clases desintegrador que se deriva de todo ello. Precisamente esta capacidad para comprender y manejar semejante contradicción es lo que hace que la teoría marxista sea dialéctica y fundamentalmente distinta del funcionalismo. ¿Debe, entonces, este aspecto de la teoría dialéctica ser conservado en el funcionalismo y a la vez recuperado del funcionalismo? ¡No! La dialéctica del conflicto y la oposición es absolutamente incompatible con el funcionalismo.

El rasgo característico de la dialéctica del conflicto y la oposición es la interpenetración holista de los polos opuestos —la unidad de los contrarios— dentro de la totalidad que la hace ser igual a dos y sin embargo ser una, ser dualista y sin embargo holista.

Así, en la concepción dialéctica marxista las clases sociales, lo mismo que otros contrarios, existen únicamente en una relación cohesiva y al mismo tiempo conflictiva, y no en una suma mecánica de unas y otras, como las concibe la teoría funcionalista de la estratificación. El rasgo característico estriba, entonces, en la interpretación de la integración y la desintegración, de la estructura y el cambio; y dinámicamente, en la negación de la negación. Nada hay de esto en el funcionalismo. En el enfoque "sintético" de la integración y el conflicto sociales, que ha propuesto Van den Berghe, no se trata tanto de incorporar al funcionalismo en la dialéctica como de resguardar al funcionalismo a como dé lugar, aunque con ello no sólo se deforme la teoría dialéctica sino que también se nieguen los méritos de la práctica funcionalista.

### *Evolución*

El funcionalismo y la dialéctica tampoco coinciden sino que se apartan en cuanto toca a la evolución. Al igual que con el conflicto social, desde hace mucho tiempo los funcionalistas han incorporado el cambio social en el núcleo de sus análisis de la sociedad. En gran medida, la fama de Raymond Firth, Max Gluckman, Fred Eggan, Edmund Leach e incluso la de los estructuralistas más afamados, como Malinowski y Evans-Pritchard, se asienta precisamente en sus análisis del cambio social. Sin duda ha habido cambios sociales en tierras de los tikopia, los bantúes del África sudcuatorial y los indios de Norteamérica, en los Altos de Birmania, las Trobiands y el territorio de los Nuer. ¿Qué los funcionalistas que los estudiaron han estado hablando en prosa dialéctica sin darse cuenta? Sin duda, la respuesta es que no.

Hace mucho tiempo que ellos y otros funcionalistas hablan del cambio social. Pero no han hablado de la evolución, y mucho menos han tratado



de someterla a un análisis dialéctico. Al igual que hacen con el conflicto social, y como aclaró con precisión artesanal Raymond Firth en el primer discurso que, con el título de "Organización y cambio social", leyó a los miembros del Real Instituto Antropológico, del que era presidente, los funcionalistas limitan sus análisis del cambio social a aquello que se halla determinado por la estructura social existente del sistema y que ocurre dentro de ella. No analizan el cambio del sistema social y de su estructura. Ciertamente tienen que proceder de este modo, pues en su teoría, a la inversa de la teoría marxista, que considera que el cambio da origen a la estructura social, el funcionalismo considera que la estructura social da origen al cambio. Por eso muchos funcionalistas, entre ellos Dahrendorf y Leach, han opinado desde hace algún tiempo que en la teoría funcionalista hay una tendencia utopista pero conservadora que debe eliminarse reformando la teoría —sin, no obstante, desechar ninguno de sus fundamentos estructurales. Todo intento, de identificar el cambio social de los funcionalistas en el marco de la estructura social con el cambio evolucionista dentro y fuera del sistema, lo lleva a uno sin duda a ampliar la definición clásica de la evolución al grado en que ya no podrían reconocerla no sólo Morgan y Engels, sino tampoco Gordon Childe, Leslie White y Julian Steward. Si bien el cambio evolucionista no excluye el cambio cíclico y espontáneo, sí es cuantitativa y cualitativamente distinto. De acuerdo con la concepción marxista de la evolución, la estructura social no sólo permite u origina algún cambio social, como también lo reconoce la concepción funcionalista, sino que a su modo de ver, y lo que es más importante, el proceso continuo del cambio social determina la estructura social del momento. El marxismo no considera el cambio y la evolución sociales como la sucesión abstracta y mecánica de la tesis, la antítesis y la síntesis de cualquier cosa, sino como la existencia simultánea y real, en una determinada realidad social, de su pasado, presente y futuro. Y el origen más importante de los principales cambios y evoluciones es la división dialéctica de la totalidad en los contrarios. ¿Cómo puede entonces el funcionalismo analizar la evolución de la totalidad social si, como hemos visto, ni siquiera aspira a estudiar la totalidad?

### Equilibrio

El holismo, la integración y el cambio dentro del sistema, según los concibe el funcionalismo, se resumen en que la teoría funcionalista es un modelo de equilibrio. Como ya lo señaló Raymond Firth en el ensayo citado antes acerca de la organización y el cambio sociales, el análisis funcionalista de ese cambio se basa en la idea de equilibrar la elección social de las alternativas, variables pero limitadas, que establece la estructura social existente, y en el resultante cambio social cíclico y equilibrador de esa estructura social estable e invariable. Es todo lo contrario de la concep-

ción dialéctica. Lejos de ser únicamente cíclico y de estar limitado por la estructura, el cambio social en la teoría dialéctica, y no hablemos de la realidad, se asemeja más bien a una espiral; además, transforma la estructura de la realidad. ¿Dónde está, pues, podemos preguntarnos, la convergencia del funcionalismo y la dialéctica en lo que se refiere a sus concepciones del equilibrio, y dónde la síntesis? La respuesta se halla en la página 704 de Van den Berghe: "El funcionalismo y la dialéctica convergen en un modelo de equilibrio compatible con el supuesto de la tendencia a largo plazo hacia la integración." Es decir, la convergencia radica en el supuesto de la integración; y la síntesis se funda en la tergiversación de la dialéctica y en el desconocimiento u omisión del *sine qua non* de ella y del marxismo, en el sentido de que la realidad social entraña su propia negación desequilibradora y de que la totalidad social contiene la semilla estructural desequilibrante de su propia evolución y transformación.

Para lograr una "síntesis teórica" del funcionalismo y la dialéctica, los funcionalistas tienen que despojar a la dialéctica de su teoría y análisis de la formación, existencia y transformación de la totalidad social determinante. Tienen que negar la identificación de este proceso afirmando que el materialismo histórico es insostenible; rechazar la división dialéctica y la interpenetración de los contrarios, tachándola de confusa; y considerar que los estímulos extrasistemáticos son incompatibles con la dialéctica. Hecho todo esto, sólo podemos esperar que los funcionalistas cumplan realmente con lo que Van den Berghe declara estar "dispuesto a hacer" él mismo, a saber: "abandonar el término 'dialéctica'" (p. 701). Si los funcionalistas no sólo abandonan la dialéctica sino también el nombre, ¿que quedará para sintetizar? Sólo el quinto y último asunto que queda pendiente: "la teoría sociológica moderna" misma.

### Conclusión

El ensayo funcionalista, muy resumido y aquí analizado, de realizar una síntesis, constituye un ejemplo significativo del supuesto de la "teoría sociológica moderna" de que todos los hombres de ciencia —funcionalistas, dialécticos marxistas, y otros por igual— son libres de elegir y sintetizar sus métodos de clasificación y análisis científicos como les convenga en lo personal o como convenga socialmente. El resultado sintético que de ello se deriva constituye un magnífico ejemplo de los frutos científicos que da esta libertad metodológica. Pero la libertad científica, como toda libertad, no está sujeta al capricho sino que se halla limitada por la realidad. Como han indicado laboriosamente tanto los marxistas "materialistas" de Occidente como los filósofos no-materialistas "idealistas" de Oriente, la verdadera libertad estriba en el reconocimiento y el manejo de la realidad. Aunque muchos de nosotros —funcionalistas, marxistas y otros— estamos de acuerdo en que la teoría funcionalista existente resulta inadecuada para



analizar, ya no digamos transformar, la realidad social como la experimentamos y conocemos, ello no da a los funcionalistas el privilegio sintético de hacer lo que les venga en gana con las teorías del funcionalismo y la ciencia. ¿Hasta dónde irían a parar los marxistas si se deshicieran de los lazos que la realidad dialéctica les impone en su elección del método analítico; los funcionalistas, si escapasen a las limitaciones que la teoría funcionalista y la realidad les impone en su análisis de ésta; o los físicos si hicieran caso omiso del universo y del átomo? Quizá, a semejanza de algunos orgullosos metafísicos, antiguos y modernos, abandonarían nuestro pobre mundo doliente a los recursos de los demás, y realizarían la gran síntesis final con ángeles totales, integrados, sintéticos y en evolución, que harían equilibrios sobre cuatro o más alfileres sintéticos.

Nosotros, economistas latinoamericanos preocupados por la inadecuada capacidad de nuestra ciencia en su estado actual y en consecuencia de nosotros mismos para brindar la debida cooperación a los pueblos latinoamericanos en su meta por alcanzar el desarrollo económico y social, consideramos imprescindible que la enseñanza e investigación de la ciencia económica en América Latina emplee nuevos enfoques y tome otros rumbos. Aprovechamos los debates y acuerdos de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina para poner en conocimiento y juicio de nuestros colegas economistas latinoamericanos nuestros puntos de vista sobre la enseñanza e investigación de la economía en América Latina.

La III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina inició sus trabajos bajo estos auspicios:

Somos los economistas de los países subdesarrollados los que tenemos la obligación de formular un cuerpo de conocimientos que sea resultado de la observación y la experiencia, sometiendo estos hechos a un orden lógico que permita obtener conclusiones de validez general... La constante sujeción a los adelantos de la ciencia económica en los países anglosajones explica la aparente incapacidad de los economistas latinoamericanos para formular un cuerpo de conocimiento riguroso y lógico aplicable a la mecánica del crecimiento, en vez de limitarse a la tarea, un tanto ingrata, de pretender que la realidad se ajuste a moldes teóricos obsoletos... Debemos lograr una explicación racional al hecho de que unos países crecen y otros no y que el desarrollo sólo ocurre en determinada coyuntura histórica y no en otra... Es preciso saber cuáles son

\* En la reunión que los economistas latinoamericanos efectuaron en México en 1965, los profesores André Gunder Frank, de la Universidad Nacional Autónoma de México y Arturo Bonilla, de la Escuela Nacional de Agricultura de México, redactaron y presentaron a la consideración de sus colegas una ponencia que plantea la discusión de la "necesidad de nuevos enfoques en la enseñanza e investigación de la ciencia económica en América Latina" (título original de este documento). Posteriormente a dicho documento se le introdujeron modificaciones para someterlo a los economistas latinoamericanos, en busca de sus adhesiones y con la finalidad de entregarlo a los catedráticos de la ciencia económica como un posible conjunto de planteamientos encaminados a reemplazar las técnicas y metodologías inadecuadas que aún prevalecen en nuestros institutos docentes e investigativos. Se adhirió a este documento un centenar de economistas profesionales procedentes de diecisiete países latinoamericanos.



los mecanismos que impiden la difusión internacional del desarrollo económico a través del comercio y por qué este último se ha convertido en el instrumento que más influye para acentuar las diferencias entre países ricos y países pobres.

Estamos de acuerdo con el informe general de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía en el delineamiento de los principales problemas que tiene América Latina en el sentido de que:

Los principales obstáculos que frenan y deforman el desarrollo económico de América Latina son de carácter estructural y están ligados, por lo tanto, a aspectos básicos de la economía interna y a la dependencia respecto al exterior. Ambos, además, se interinfluyen recíprocamente a menudo.

El ritmo lento e inestable del desarrollo económico de América Latina, más que a la falta o escasez de recursos productivos, obedece a la defectuosa utilización del potencial de inversión, del que una parte sustancial se dilapida en forma de consumos suntuarios e inversiones y gastos improductivos, y se fuga al extranjero a consecuencia de una desfavorable relación de intercambio y del efecto negativo del movimiento internacional de capitales.

La inflación y los desajustes de la balanza de pagos deben atacarse al margen de las fórmulas monetarias ortodoxas, lo que no implica subestimar la importancia de los problemas financieros ni la necesidad de contar con una buena política monetaria y crediticia.

Las inversiones extranjeras producen efectos desfavorables sobre la balanza de pagos, la integración de la economía y la formación de capitales; influyen desfavorablemente sobre el comercio exterior, alientan la competencia monopolística y desplazan y subordinan a múltiples empresarios nacionales.

La planificación no puede ser un sustitutivo de las reformas estructurales, las que en realidad deben anteceder y a la vez derivar de aquélla.

Todas estas inquietudes son consecuencia de los cada vez más graves problemas a que se enfrentan los pueblos latinoamericanos para alcanzar el desarrollo económico y social.

De aquí que, como se afirmó en la inauguración de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía: "Es por eso que la tarea fundamental de esta conferencia debe consistir en elaborar las bases que permitan estructurar una teoría propia del desarrollo económico latinoamericano, que constituya la bandera de lucha de las jóvenes generaciones."

CONSIDERAMOS imprescindible, por tanto:

Construir por todos los medios posibles, una teoría económica de América Latina y demás países atrasados, que sea capaz de explicar las causas y

los fenómenos que han provocado, que mantienen y que generan el estancamiento de América Latina y su desarrollo deformado; la cual deberá fincarse no tanto en los enfoques, teorías o metodologías construidas con base en una realidad ajena, sino más bien en la experiencia histórica y realidad actual de América Latina que a partir de la Conquista quedó incorporada a la expansión mundial del sistema capitalista que en su primera fase fue mercantil y que posteriormente generó la industrialización de los países hoy desarrollados, a costa de inhibir la industrialización de la América Latina, Asia y África, y de condenar sus economías a un estado de subdesarrollo. Lógicamente corresponde de manera primordial a nosotros, los economistas y demás estudiosos de América Latina y de otros países subdesarrollados, realizar el grueso de tal tarea como una necesidad científica impostergable y como una responsabilidad moral ante nuestros pueblos.

La III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina acordó que:

El análisis de los problemas del desarrollo latinoamericano requiere de una teoría propia, que sin perjuicio de los aportes constructivos de otros países, surja esencialmente de la observación y el análisis sistemáticos de los problemas latinoamericanos. La teoría del desarrollo formulada en los países altamente industrializados no explica en forma adecuada tales problemas, ni puede, en consecuencia, servir de base a una estrategia y a una política capaz de atacarlos con éxito.

CONSIDERAMOS que en la enseñanza e investigación de la ciencia económica de América Latina persisten obstáculos en el camino que se propone tales como:

—La enseñanza indiscriminada y acrítica de las teorías originadas en una realidad ajena a la latinoamericana.

—La existencia de programas de estudio en algunas facultades y escuelas de economía en las cuales no incluyen aún las cátedras de desarrollo económico. Allí donde se imparten no se les da la jerarquía que a una materia de tal importancia corresponde. Agrava la cuestión el hecho de que no se analiza con rigor la naturaleza del subdesarrollo en ese tipo de cátedras.

—Las cátedras, planes de estudio e inclusive programas de investigación en lo general, dividen las materias entre sí de tal modo que impiden el examen científico y didáctico de las relaciones estructurales y dinámicas entre los diversos rasgos económicos, políticos, sociales y culturales latinoamericanos, así como un análisis conjunto de la estructura y carácter del sistema capitalista en Latinoamérica.

—Existe un insuficiente tratamiento de los problemas económicos de cada



país latinoamericano, con el agravante de que se hace caso omiso de la situación de los demás países del área latinoamericana, debido al desconocimiento del devenir de los países en su conjunto, que impide ver tanto sus semejanzas como las diferencias particulares. Cuando se estudia el subdesarrollo de América Latina y los obstáculos que frenan su desarrollo económico y social, o bien se basa el análisis en teorías económicas ajenas a la realidad latinoamericana que inclusive contradice los hechos atrás señalados, o esta realidad latinoamericana se examina de manera descriptiva y superficial confundiendo sus manifestaciones institucionales con su naturaleza y su carácter estructural. Específicamente, la enseñanza y aun la investigación se sirven de modelos estáticos de competencia libre que, aun tomando en cuenta las rigideces institucionales como las que señalan la teoría del monopolio y la teoría keynesiana, suponen una tendencia equilibrante y racionalizadora, no obstante que las economías latinoamericanas viven y sufren cada vez más un sistema esencialmente monopolista que genera en forma desequilibrada y caótica el desarrollo para pocos y el subdesarrollo para muchos.

—Así, todavía no se da al monopolio la debida atención como problema del subdesarrollo no obstante que jugó en la etapa colonial (comercio exterior y prohibición de formar industrias) un papel muy importante, y que cobra hoy día, en sus nuevas formas, cada vez mayor significación como factor de subdesarrollo.

—Se da énfasis excesivo al estudio de los problemas de la desocupación, propios de los países hoy desarrollados, en tanto que es insuficiente el análisis del fenómeno trascendental de la economía latinoamericana: el subempleo, a pesar de que el mayor desperdicio actual de recursos es el humano.

—A menudo se cae en la ilusión monetarista y se estudia la inflación como causa del desarrollo en América Latina, en vez de considerarla como una consecuencia del subdesarrollo. Se emplean modelos neoclásicos y keynesianos que, aun adaptados en lo posible a nuestras realidades y necesidades, carecen de adecuada y verdadera aplicabilidad a la estructura económica y política en que se desenvuelven las relaciones comerciales y financieras de América Latina con el exterior. Hacen caso omiso de la penetración de la inversión extranjera directa y de la cartera en la economía y de su impacto sobre la política monetaria y fiscal, y no toman en cuenta tampoco las deformaciones de la política monetaria y fiscal sobre la concentración del poder y del ingreso, y por lo tanto de los crecientes obstáculos para el desarrollo.

—A menudo se recurre, en las cátedras de comercio internacional, ciclos económicos, teorías monetaria y fiscal, economía agrícola y otras, a tantas teorías como autores hay, empezando los cursos con teorías de los países desarrollados y cuando mucho, al terminarlos, se trata de adaptar la reali-

dad latinoamericana a ellas, en vez de tomar la realidad y problemática latinoamericana como punto de partida para después buscar y hallar en donde sea posible los instrumentos teóricos necesarios para su análisis. Como consecuencia de lo anterior no se ve el comercio internacional, ni los ciclos económicos desde el punto de vista de cómo fueron y son en los países subdesarrollados.

—Hay insuficiente iniciativa y audacia para revisar los programas de estudio que están sobrecargados con análisis microeconómico y keynesiano, el primero ya superado y útil sólo para aspectos muy particulares, y el segundo que no se ajusta a nuestra realidad.

—En cuanto a los estudios demográficos, el neomalthusianismo, a través de la llamada teoría de la explosión demográfica, juega cada vez un papel más importante, en un falso intento de explicación de las causas del subdesarrollo. Elude a todas luces el hecho de que si la población no encuentra medios de vida se debe, no a su rápido crecimiento, sino a la forma de organización de la sociedad, que cada vez en mayor grado es incapaz de garantizar a la población formas y medios que garanticen y mejoren sus niveles de vida.

—Se confunde a la planificación económica con la programación sectorial o regional y además se pretende encontrar en esa programación la panacea para todos los problemas económicos de nuestra época, tal y como se consideró al librecambismo en el siglo pasado.

—Los programas de estudio adolecen de una insuficiente y poco rigurosa capacitación del alumnado, en materias tales como investigación económica, estadística, matemáticas, contabilidad, administración y técnicas fiscales, monetarias y bancarias. A menudo se quiere evitar esas fallas con remedios que acusan deformaciones, como son el positivismo y el metodologismo. El primero pretende reducir la verdad al estrecho marco de lo que es posible registrar estadísticamente o manipular matemáticamente. El segundo confunde la metodología con la teoría pretendiendo convertir los métodos en fines del conocimiento en vez de aprovecharlos para el estudio del fondo histórico y social de los problemas, tanto del subdesarrollo como del desarrollo, que tienen las economías latinoamericanas.

—Así, la inadecuada impartición de cursos en las materias señaladas arriba sirve de base para exacerbar las tendencias del positivismo y del metodologismo, todo lo cual conduce a tomar, como parámetros y variables fijos, precisamente aquellos factores económicos, políticos y sociales en proceso de cambio o que deben ser modificados para alcanzar un desarrollo económico latinoamericano adecuado, desviándonos del enfoque amplio, estructural e histórico, que es el fundamental para la elaboración de una teoría del desarrollo a partir de la realidad latinoamericana. Las deformaciones del positivismo y del metodologismo se han acentuado en la enseñanza y obedecen al propósito consciente o inconsciente de eludir la res-



ponsabilidad que, como intelectuales, tenemos ante las verdades descubiertas o por descubrir ante nuestros pueblos. La superación de la enseñanza en esas materias sólo tendrá sentido y proyección, en función del enfoque que proponemos para entender las causas del subdesarrollo de América Latina, y su utilidad práctica se derivará en tanto sirva para encontrar la teoría económica que hay que construir para lograr el desarrollo latinoamericano.

—La tendencia a seguir la pauta de los neoclásicos de aislar los fenómenos económicos, desvirtuando el carácter social de la economía política clásica y aislando así el estudio y ejercicio de la profesión económica de la vida de nuestros pueblos y de nuestra responsabilidad social para con ellos.

—La creciente influencia foránea, de instituciones, profesores, planes de estudio, programas de investigación, becas al extranjero y financiamientos procedentes de algunos países desarrollados, así como otras formas de ayuda técnica, alientan y coadyuvan a las deformaciones que hemos señalado, sobre todo el positivismo y metodologismo en la enseñanza e investigación de la economía; y no sólo eso, sino que a menudo influyen ideológicamente e inclusive intervienen en la política de las universidades latinoamericanas.

De todo lo anterior se desprende —como lo estableció la segunda comisión de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina— que

los estudios que mejor pueden explicar el proceso de nuestro desarrollo serán aquellos que comprendan y den el debido énfasis a factores de importancia realmente fundamental tales como la influencia múltiple de la dependencia del exterior, los efectos de la concentración de la riqueza y del ingreso sobre la producción, el consumo, la formación del mercado y el proceso de acumulación de capitales, así como los elementos de rigidez e ineficacia en la política económica que surgen de la estructura institucional.

Por lo tanto, nosotros, como economistas latinoamericanos conscientes de estas necesidades y fallas en la enseñanza e investigación en las facultades y escuelas de economía de América Latina, RECOMENDAMOS que:

Los economistas y demás estudiosos latinoamericanos nos dediquemos a elaborar una interpretación económica de la historia latinoamericana, ya que para lograr la comprensión, el análisis y la superación del subdesarrollo latinoamericano actual es necesario que enfoquemos de manera totalmente nueva nuestros problemas no con base en la teoría clásica del comercio internacional, sino a partir de la realidad histórica y actual, estudiando objetivamente y analizando en su conjunto las relaciones econó-

micas y políticas de América Latina con los países hoy desarrollados, volviendo nuestras miradas a los objetivos y metas de la economía política clásica y dedicándonos como economistas latinoamericanos al estudio analítico y objetivo, más bien que al descriptivo y emocional, de los más importantes rasgos de la realidad del subdesarrollo y desarrollo latinoamericano que forman su herencia histórica y realidad actual, tales como:

—La estructura altamente monopolística del comercio exterior e interior.

—El importantísimo, pero escasamente estudiado papel del sector bancario y financiero en el subdesarrollo y desarrollo latinoamericano.

—La inversión extranjera y sus implicaciones económicas y de otro tipo en Latinoamérica.

—Los intentos parcialmente exitosos y a menudo frustrados del actual carácter de la industrialización latinoamericana, sobre todo en su integración monopolística con el exterior, su desnacionalización y el impacto que producen en la pequeña y mediana industria.

—La concentración de la propiedad territorial y su vinculación con el carácter oligopsónico y oligopólico del comercio de productos agrícolas y demás sectores de la actividad económica.

—La continuidad y creciente deformación de la estructura de la economía latinoamericana, sobre todo con respecto al alarmante crecimiento del sector terciario por lo general improductivo, relacionándolo con la población subocupada en este sector.

—Las causas y consecuencias, tanto para el desarrollo como para el subdesarrollo, de los desequilibrios provocados por la centralización geográfica y la depauperación regional como muestra de colonialismo interno.

—Los frenos al desarrollo latinoamericano provocados por la estratificación social y la estructura de clases.

—En resumen —y lo que es decisivo—, estudiar la naturaleza y el papel de los monopolios en la estructura del poder, y su relación con el subdesarrollo económico de América Latina.

Siendo las metas señaladas difíciles de lograr y a fin de proponer posibles vías para alcanzarlas RECOMENDAMOS QUE LAS FACULTADES Y ESCUELAS DE ECONOMÍA DE AMÉRICA LATINA

—Coloquen en primer plano de importancia, en sus planes de estudio e investigación, la interpretación histórica de la economía latinoamericana, del subdesarrollo económico y de las formas actuales que estos fenómenos adquieren en los distintos países y en el área en su conjunto para proporcionar así a los estudiantes una apreciación mejor de los verdaderos problemas.

—Asignen a la macroeconomía keynesiana y aún más a la microeconomía neoclásica un lugar secundario —el que realmente merece en el rango y jerarquía dentro de los planes de estudio—, dando prioridad en la iniciación de los estudios a la economía política.



—Aprovechen de la macroeconomía y microeconomía ortodoxas lo que éstas pueden aportar a la elaboración y la enseñanza de una teoría fundada en la experiencia y en la realidad para explicar el desarrollo y subdesarrollo en vez de que, como a menudo se acostumbra hacerlo, tardíamente se sumen algunas consideraciones sobre el desarrollo y ninguna, o pocas, sobre las causas del subdesarrollo latinoamericano, a las teorías esencialmente estáticas de la macro y microeconomía clásicas.

—Sean conscientes de esas necesidades teóricas, aun a sabiendas de los riesgos que se corren de caer en errores, menospreciando la exactitud minuciosa de las teorías macro y microeconómicas y de los métodos como las matemáticas, la econometría y la estadística; y tengan al contrario la audacia para enfrentarse a la realidad del subdesarrollo latinoamericano con sus propios recursos intelectuales y financieros.

—Aprovechen sus actuales cátedras, y cuando sea preciso creen cátedras, de comercio internacional, economía industrial, economía agrícola, historia y geografía económica, política monetaria y fiscal, etc. . . , para estudiar objetivamente y analizar científicamente, en vez de tratar apenas teóricamente o examinar descriptiva y superficialmente, los aspectos de la realidad latinoamericana. Se hace necesario entonces invertir ese vicioso proceso, empezando por analizar en su contexto histórico y actual las relaciones de comercio exterior de América Latina con los países hoy desarrollados y el impacto que éstos ejercieron y ejercen en la deformación de las economías y en el subdesarrollo de la región, así como otras relaciones económicas con los países desarrollados, de carácter financiero, tecnológico y político; estudiando los peligros de la inversión extranjera y la dependencia tecnológica foránea en cuanto traen consigo la creciente desnacionalización, monopolización, y hasta el estancamiento de la industria latinoamericana.

A su vez hay que estudiar la monopolización agrícola en tierras, aguas, técnica y en la comercialización de productos agrícolas; la interdependencia entre todos éstos; sus relaciones con el llamado colonialismo interno, que genera la polarización regional y sectorial y consecuentemente el desarrollo de parte de la economía, a costa del subdesarrollo cada vez más agudo de muchas regiones rurales y algunas zonas urbanas; la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza y del ingreso; y las consecuencias de todas estas tendencias sobre la estructura de clases, la distribución del poder y la estratificación social.

—Incluyan en sus planes de estudio más materias en el campo de la historia y las demás ciencias sociales; estrechen sus relaciones con las facultades y escuelas que imparten estas materias tales como las de historia o de ciencias políticas, geográficas, sociales, antropológicas, psicológicas, etc.; con el espíritu de las consideraciones y recomendaciones de este documento, alienten a esas facultades y escuelas para revisar sus propios planes de estudio y programas de investigación.

—Promuevan mesas redondas, conferencias, reuniones, estudios, etc.; y contactos con otras instituciones universitarias de Asia, África y América Latina e inclusive con las de los países desarrollados, con el fin de analizar tesis muy discutibles pero que son corrientemente aceptadas en países desarrollados, tales como:

a) La llamada teoría de la explosión demográfica y sus implicaciones en el atraso económico.

b) La tesis según la cual sólo si se recibe capital del extranjero es posible el desarrollo económico.

c) El carácter y la forma de la llamada ayuda técnica, económica y financiera de los países desarrollados a los países subdesarrollados.

d) El librecambismo como única fórmula que garantiza el desarrollo de los países atrasados.

e) La irrestricta libertad de empresa como condición necesaria y única para la industrialización.

En fin, éstas y otras muchas tesis discutibles que se han originado en los países desarrollados, exigen de nuestra parte un examen cuidadoso de acuerdo con el mismo propósito que hemos señalado.

—Vinculen la enseñanza en mucho mayor grado con la investigación, con el fin de que la capacitación y el trabajo académico de estudiantes y profesores estén más ligados a la realidad y problemática de sus países y pueblos, realizando investigaciones encargadas por y en cooperación con los ministerios gubernamentales y otras instituciones públicas de sus propios países, como parte integral de sus planes de estudio y programas de investigación, pero sin menoscabo de la autonomía universitaria y los principios que ella involucra, como la libertad de cátedra e independencia en la investigación.

—Las facultades y escuelas de economía de América Latina, en cumplimiento de su impostergable tarea de formar cuadros para elevar su propio nivel científico y didáctico, manden a capacitarse al exterior a personas de madurez y experiencia que les permita escoger con buen juicio lo que de sus estudios sea útil, y rechazar lo que perjudica alcanzar la meta de desarrollo en sus propios países de una ciencia económica más adecuada a la realidad y la problemática latinoamericanas; enviando menos jóvenes sin experiencia y madurez por carecer de esta capacidad de juicio y selección.

Las facultades y escuelas de economía de América Latina, como parte de sus programas de formación de cuadros y de capacitación propia, envíen más gente a estudiar a los países de Asia y África, y por supuesto de América Latina, que aprovechen las experiencias y enseñanzas surgidas de una realidad más parecida a la nuestra para conocer los problemas y esfuerzos de desarrollo económico y social que realizan estos países; mandando en consecuencia menos personas a estudiar a los países metropolitanos ya desarrollados que hoy viven otros problemas y aportan otras enseñanzas.



APOYAMOS la iniciativa de la II y III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, de establecer la Asociación de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina como órgano permanente.

RECOMENDAMOS que esta Asociación establezca a su vez comités permanentes y especiales encargados de:

- La promoción de reuniones periódicas de las Facultades y Escuelas.
- Facilitar entre las facultades y escuelas de economía de América Latina el intercambio de profesores, estudiantes, conferencistas, tanto en cursos regulares como en especiales, de verano e invierno.
- Establecer relaciones permanentes entre las mismas, de intercambio de planes de estudio y de trabajos de investigación tales como revistas y otras publicaciones oficiales, tesis profesionales y otros trabajos inéditos.
- Establecer contactos con asociaciones similares y con facultades y escuelas de economía de los países de Asia y África, con el fin de fomentar el intercambio permanente de profesores, estudiantes, planes de estudio, y sobre todo de revistas y otros trabajos de investigación.
- Luchar por el respeto a la autonomía universitaria y a la libertad de cátedra, denunciando ante las facultades afiliadas cualquier violación de esa autonomía y libertad que pudiera sufrir cualquiera de ellas.
- Financiar la Asociación y las actividades que podrían propiciar, principalmente con los recursos aportados por las facultades y escuelas de economía de América Latina y otras fuentes de financiamiento latinoamericano.

A modo de crítica, la *Monthly Review* de noviembre de 1964 divulgó "La triple revolución", un documento publicado la primavera de ese año por un distinguido grupo que se llamó a sí mismo El Comité Ad Hoc de la Triple Revolución, que ha provocado mucho interés y discusión en los más variados medios. "Los tres hilos de la triple revolución, de acuerdo con el Comité Ad Hoc, son la Revolución cibernética, la Revolución armamentista y la Revolución de los derechos humanos. La primera consiste en aumentar la capacidad productiva hasta un grado casi ilimitado y suprimir la necesidad del trabajo humano. La segunda ya ha eliminado la guerra como método para resolver los conflictos internacionales. La tercera es un movimiento mundial para la igualdad social y racial. Tomadas en conjunto, demandan cambios radicales en actitudes, políticas e instituciones..." Los directores de *Monthly Review* solicitaron comentarios de los lectores.

Alexis de Tocqueville señaló que la verdadera naturaleza y los defectos de un país se ven mejor desde sus colonias. Observando entonces el centro norteamericano del sistema capitalista mundial desde sus colonias, se puede fácilmente ver que la "Triple Revolución" es una trampa y una ilusión. Vistos desde Vietnam, el Congo, Cuba o desde cualquier otra colonia o ex-colonia económica capitalista, los atributos reales de las supuestas revoluciones cibernética, armamentista y de los derechos humanos, aparecen claramente como un engaño de las metrópolis capitalistas. Además, la pretensión metropolitana de ser la base tecnológica para la "revolución" y la solución de los problemas del hombre puede ser fácilmente desenmascarada como un intento contrarrevolucionario, como muchos otros anteriores, para tender una trampa a los pueblos oprimidos y explotados del mundo colonial a fin de que abandonen la verdadera revolución humana por la vana esperanza de hallar soluciones tecnológicas provenientes de su creciente miseria. Más aún que sus falaces conclusiones —justamente criticadas ya por trabajadores de la metrópoli capitalista— es importante para los pueblos de todo el mundo rechazar la aún más falaz y perniciosa premisa de la triple "revolución" del Comité Ad Hoc.

No es más que una burla cruel para los millones de hambrientos del mundo aducir, como lo hace el Comité, que el desarrollo nuclear y cibernético está suprimiendo la necesidad del trabajo humano para obtener un modo de vida decente. Por el contrario, en el curso de esta "revolución" metropolitana, la producción per cápita de alimentos en Asia, África y Amé-



rica Latina (excluidos los países socialistas) ha disminuido y continúa disminuyendo desde antes de la segunda Guerra Mundial. La gran mayoría del pueblo en el mundo capitalista tiene que trabajar muchísimo más para consumir cada vez menos. Tampoco prometen los desarrollos cibernético o nuclear la industrialización de las naciones del mundo capitalista. Por el contrario, la estructura y el desarrollo del capitalismo prometen convertir a la cibernética, lo mismo que antes a la estandarización, la línea de montaje, la electricidad, la máquina de vapor y otros avances de la "revolución" industrial, en instrumentos de la metrópoli capitalista para la explotación y el mayor subdesarrollo de sus colonias. Tal como ocurrió con la industrialización británica y la desindustrialización de la India en el pasado, en el presente el desarrollo cibernético y nuclear norteamericano ya ha comenzado a impedir la industrialización de las economías coloniales y a frustrar los esfuerzos para el desarrollo de sus pueblos al colocar a la economía colonial mucho más firmemente bajo el control de las metrópolis imperialistas (ver capítulo 9).

Es un atentado sacrílego a sus víctimas que el Comité Ad Hoc clame que la "revolución" armamentista ya ha eliminado a la guerra como método para resolver los conflictos internacionales, en un momento en que el gobierno del Comité está desenfadadamente sosteniendo por razones "humanitarias", crueles guerras coloniales en Vietnam, el Congo, Cuba y en otros lugares, y ha admitido que especialmente la primera de estas guerras le sirve como campo de prueba para el desarrollo armamentista destinado para uso posterior en contra de las revoluciones por los derechos humanos de otros pueblos. Es aún más condenable la sugerencia del Comité, aparentemente compartida también en otros medios, de que el avance tecnológico de las armas nucleares ha eliminado la necesidad de las naciones coloniales internas y externas de usar armas para defenderse y liberarse de la continuada explotación capitalista, ahora más refinada por los avances cibernéticos y armamentistas. ¿Deben realmente los pueblos de Vietnam, el Congo y Cuba ser engañados para que renuncien a la "revolución" armamentista? El chantaje nuclear capitalista norteamericano a las naciones coloniales y socialistas es ya lo suficientemente indefendible desde un punto de vista moral como para agravarlo con engaños nucleares.

Hay sin duda una "revolución de los derechos humanos" a escala mundial. Pero el Comité Ad Hoc la relega a un papel secundario con respecto a una supuesta "revolución" cibernética y armamentista lo cual es un claro —por muy bien intencionado— intento de tornar la verdadera *revolución* de los derechos humanos en reformas superficiales destinadas a salvaguardar al capitalismo y su explotación. Está lejos de ser la primera vez en la historia del capitalismo que los señores han dicho a sus esclavos que las nuevas armas del amo hacen desaconsejable la revolución y que la nueva tecnología del amo, de todas maneras, hace necesaria esta revo-

lución humana. Visto desde las colonias, el Comité está solamente sumando su voz a la ya resonante cantinela pseudocientífica de las metrópolis capitalistas según la cual la ciencia y la tecnología metropolitanas traerán paz y abundancia para todos; la traerán, esto es, sólo si se conserva la libertad capitalista de explotar en el "mundo libre", de ser necesario al precio de algunas reformas, pero inevitablemente al costo de una inanición física y cultural siempre en aumento para la mayoría de la gente del mundo capitalista. No; en las colonias está claro que la verdadera revolución de los derechos humanos es la guerra colonialista que ha sido desvergonzadamente impuesta a los oprimidos del mundo capitalista, pero que ellos aceptan y asumen con dignidad.



## LA RETÓRICA DEL SEÑOR HEILBRONER Y LA REALIDAD\*

"El desenmascaramiento de la alianza NSA\*\*-CIA dañará profundamente a la rama esclarecida, liberal e internacionalista de la CIA." Así decía, de acuerdo con *Ramparts*, el más "patético" de los

argumentos propuestos por los actuales funcionarios de la NSA sobre por qué la relación CIA-NSA debía ser mantenida en secreto... La División de Acción Secreta de la CIA número cinco, después de todo, no estaba en el negocio de asesinar izquierdistas latinoamericanos; estaba apoyando a grupos liberales como la NSA, grupos con programas internacionales según la mejor tradición de intercambio cultural entre países.<sup>1</sup>

*Ramparts* comenta: "La retorcida naturaleza de este argumento orwelliano debería hablar por sí misma. Aun así es extraordinario, y terrible, que pudiera ser tan fácilmente expresado por los talentosos jóvenes liberales al frente de la NSA. Uno supone que la idea de 'una rama esclarecida de la CIA' es una contradicción obvia."<sup>2</sup>

\* Este ensayo lo preparé como comentario sobre "Rhetoric and Reality in the Revolution of Rising Expectations" de Robert Heilbroner al invitarme los organizadores de un congreso sobre política extranjera norteamericana realizado en Estes Park, Colorado, EU en marzo de 1967. La ponencia del señor Heilbroner y la mía debían presentarse oralmente.

La ponencia del señor Heilbroner posteriormente se publicó como "Counterrevolutionary America" en el número de *Commentary* correspondiente a abril de 1967, y después en una recopilación de las ponencias del congreso intitulada *Struggle Against History: U.S. Foreign Policy in an Age of Revolution*, compilada por Neal D. Houghton (Ed. Simon & Shuster, Nueva York, 1968). Mi ponencia se hace pública por primera vez en este libro: no me fue posible presentarla en el congreso porque el Departamento de Estado de Estados Unidos me negó la visa. La revista *Commentary* rechazó el ensayo cuando les fue ofrecido como comentario sobre el ensayo del señor Heilbroner; el compilador y el editor de las ponencias del congreso presentaron al autor la opción de publicar una versión que ellos habían revisado políticamente al grado de hacerlo irreconocible, o no publicarlo. Elegí la segunda de estas alternativas, y ahora publico el ensayo como fue originalmente redactado para el congreso, con referencias a la numeración de páginas de la versión mimeografiada original del señor Heilbroner.

\*\* NSA: National Student Association (Asociación Nacional de Estudiantes de los Estados Unidos).

<sup>1</sup> *Ramparts*, marzo de 1967, p. 38.

<sup>2</sup> *Ibid.*

No obstante, el señor Heilbroner nos acaba de decir:

Todo esto enfrenta a los encargados de decidir la política norteamericana y a la opinión pública con un dilema de una naturaleza totalmente imprevista. Por un lado estamos ansiosos de ayudar en el rescate de la gran mayoría de la humanidad... Por el otro, parecemos comprometidos, especialmente en las áreas subdesarrolladas, con una política para derrotar al comunismo... de esta manera tenemos, por un lado, el ejemplo del Punto Cuatro, el Cuerpo de Paz, y la ayuda al exterior en general; y por el otro a Guatemala, Cuba, la República Dominicana y ahora a Vietnam.<sup>3</sup>

Según el señor Heilbroner estamos asimismo enfrentados con dos ramas del Departamento de Estado o de los encargados de decidir la política norteamericana en general; una "rama esclarecida, liberal e internacionalista" con buenos antecedentes de ayuda exterior, generalmente a los países subdesarrollados, y una rama de "anticomunismo ciego" (p. 13) que asesina no sólo a izquierdistas latinoamericanos sino también a niños vietnamitas. En la retórica liberal del señor Heilbroner hay una elección entre las dos y por su parte él elige la primera. La realidad, sugiero, es muy diferente y ofrece otras opciones. ¿Cómo puede ser entonces que un liberal tan distinguido y de reconocido talento como el señor Heilbroner no vea "la obvia contradicción" dentro de su retórica y entre ésta y la realidad? La respuesta es, sugiero, doble: 1] Esta retórica liberal no puede ponerse de acuerdo con la realidad del desarrollo histórico y de la estructura colonial y de clases contemporánea del sistema capitalista o imperialista mundial. 2] Frente a las contradicciones reales, distintas de las retóricas, de este sistema, la intervención norteamericana en "Cuba, la República Dominicana, y ahora Vietnam" ha sido por cierto, lanzada y escalada precisamente por la "rama esclarecida, liberal e internacionalista" de la burguesía norteamericana y su gobierno.

Aunque el señor Heilbroner registra numerosas pero aisladas verdades no parece ver los antecedentes ni aprehender la contradicción. Por consiguiente fracasa sistemáticamente en comprender y explicar 1] las causas reales y la estructura del subdesarrollo, 2] las verdaderas alternativas que enfrentan los países subdesarrollados, que hacen al desarrollo posible sólo bajo el socialismo, y 3] la inevitabilidad de la oposición de Estados Unidos a los esfuerzos para el desarrollo de los pueblos de los países subdesarrollados. La retórica del señor Heilbroner puede ser contrastada con la realidad de estos tres temas a su vez.

1] Para el señor Heilbroner la tarea inmediata y principal de los pueblos

<sup>3</sup> Robert L. Heilbroner, "Rhetoric and Reality in the 'Revolution of Rising Expectations'". Art. cit., p. 9.



de los países subdesarrollados es la modernización (pp. 2, 7, 11). La modernización y el desarrollo en los países subdesarrollados es estimulada y apoyada por los países desarrollados por medio de la ayuda externa y otras medidas (pp. 2, 9). Los mayores obstáculos recalcados por el señor Heilbroner por su supuesta casi universalidad son el crecimiento de la población (pp. 4, 7) y "la inercia y el tradicionalismo" (p. 3). Más allá de éstos dice que los obstáculos varían de lugar a lugar: la falta de "los fundamentos de la nacionalidad" en África, "el miasma de la apatía y el fatalismo, la superstición y la desconfianza" en Asia, y "las instituciones sociales obsoletas y las clases sociales reaccionarias donde el acaparamiento de tierras más bien que la actividad industrial es todavía la base del poder social y económico" en América Latina (p. 2). Por lo tanto en opinión del señor Heilbroner "la disciplina política" y la "coacción económica" no son todavía realidad en los países subdesarrollados, sino son sólo los proyectos propuestos por los regímenes comunistas y radicales (p. 8). Sólo en China, de acuerdo a su cálculo, come el pueblo menos y vive más amargamente que quinientos años antes (p. 6); y el deterioro en el nivel de vida no es una realidad para el señor Heilbroner sino que tiene solamente una probabilidad considerable de ocurrir en el futuro (p. 7). Por lo tanto, aunque el señor Heilbroner lo sugiere, no "recomienda tal cálculo de cadáveres" (p. 7), que compararía los costos del statu quo de ayer y hoy con los costos de la alternativa que permitiría el desarrollo. Por cierto que el señor Heilbroner no toma en consideración la historia total del mundo desde la expansión del capitalismo mercantilista y sostiene "que la fisiología social de estas naciones permanece depresivamente inmutable" (p. 3), que "las multitudes del mundo subdesarrollado han sido sólo en las dos últimas décadas llamadas a despertar" (p. 4), que algunas de ellas habían experimentado una "revolución de expectativas en aumento" (p. 4), y que la mayoría de ellas todavía permanece como víctima de "la inercia y el tradicionalismo" (p. 3). La urgencia presente en responder a la revolución de las expectativas en aumento, nos dice el señor Heilbroner, da lugar al "problema de la población" y a "la necesidad de impedir la inquietud política" (p. 4). Antes de seguir examinando la opción que el señor Heilbroner obtiene de este cuadro del mundo subdesarrollado, podemos volver brevemente sobre la realidad del subdesarrollo.

En realidad, los países ahora subdesarrollados han sido desde hace mucho tiempo incorporados e integrados al mundo particular que abraza al sistema capitalista mercantil e industrial, a cuyo desarrollo ellos contribuyeron y todavía contribuyen con mano de obra barata y materias primas o, en una palabra, con capital excedente invertible.<sup>4</sup> En este proceso, es decir, en el proceso del desarrollo capitalista y del desarrollo económico de

<sup>4</sup> Véase Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1970.

la metrópoli capitalista en Europa y en Norteamérica, la fisiología social de Asia, África y América Latina, ha sido total, notable y uniformemente cambiada a lo que es hoy en día, es decir, la estructura del subdesarrollo que en estos pueblos fue creada y está todavía hoy consolidada por el desarrollo y la estructura del sistema capitalista mundial. Es en el capitalismo entonces, y no en el crecimiento de la población o en la inercia y el tradicionalismo, que reside la causa fundamental del subdesarrollo. Esto es igualmente cierto en África, Asia y en América Latina, que se distinguen por la notable uniformidad de sus estructuras de subdesarrollo más bien que por diferencias de nacionalidad, fatalismo o instituciones.<sup>5</sup> En ninguno de ellos ha sido el acaparamiento de la tierra la base principal del poder social y económico desde su incorporación al sistema capitalista. En todos ellos, por el contrario, el poder ha descansado primariamente en el control de su comercio y ese control ha sido y es todavía sustancialmente ejercido por y en nombre de los intereses de la burguesía en las metrópolis capitalistas y de sus socios menores en los, por lo tanto, países subdesarrollados.<sup>6</sup>

Este proceso ha resultado en un número verdaderamente incalculable de cadáveres físicos, culturales y espirituales, en Asia, África y en América Latina. Civilizaciones enteras han sido barridas, culturas destruidas e incontables millones han encontrado la muerte, que los liberó de miserias que eran anteriormente desconocidas. No sólo en China, sino durante las dos últimas centurias en la India y ciertamente durante el último siglo en África y en América Latina el nivel de vida absoluto de la mayoría del pueblo ha declinado. No importa cuánto hayan aumentado las expectativas de algunos durante las últimas dos o tres décadas, la producción de alimentos per cápita en Asia no socialista, África y América Latina ha declinado (3% en Asia excluida China, y 7% en América Latina en el periodo 1934-1938 a 1963, de acuerdo con los datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación [FAO], y la distribución del ingreso se ha hecho marcadamente más desigual en estas regiones. El consumo absoluto de la mayoría del pueblo está declinando tan alarmantemente como para amenazar con un hambre en escala continental hasta ahora desconocida en Asia, África, y en América Latina.<sup>7</sup> No es la retórica de las expectativas en aumento sino la realidad del consumo en descenso lo que está en discusión. Frente a esta realidad los pueblos de

<sup>5</sup> La opinión que obstaculiza el desarrollo en factores sociales y fisiológicos se rebate in extenso en el capítulo 2. Una explicación alternativa es adelantada en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* y en el capítulo 1.

<sup>6</sup> Ibid.

<sup>7</sup> Cf. André Gunder Frank, "Hunger: a Statistical Note". *Canadian Dimension*, Winnipeg, 1969, vol. v, n. 8, que se basa en datos de la FAO, *The State of Food and Agriculture 1964*, Roma, 1964, pp. 16 y 108.



los países subdesarrollados no han sido apáticos en el pasado y no son fatalistas hoy. Aunque nuestros historiadores apenas han juzgado conveniente registrarlo, el pueblo se ha rebelado en el pasado; y aunque nuestros científicos sociales han fracasado ampliamente en notarlo, ellos se rebelarán mañana pero no contra el tradicionalismo y las instituciones no-capitalistas, sino más bien contra el sistema capitalista que hasta ahora, en palabras de Frantz Fanon, ha hecho de ellos los condenados de la tierra.<sup>8</sup> La elección que ellos enfrentan no es, como dirían el señor Heilbroner y otros, entre un costo mayor o menor del desarrollo sino entre dedicar el sacrificio actual de la mayoría para el beneficio perpetuo de la minoría o usar el mismo sacrificio para un desarrollo económico que beneficie a la mayoría y los libere de este sacrificio en el futuro.

2] Después de haber pintado de esta manera un cuadro del subdesarrollo histórico y estructuralmente inadecuado, y planteado la posibilidad de un desarrollo "comunista", vale decir socialista, para los países subdesarrollados, el señor Heilbroner establece las alternativas para los pueblos de los países subdesarrollados como él las entiende. Comenzando con la "necesidad de impedir la inquietud política", el señor Heilbroner sugiere que "una impaciencia política en aumento impone el programa más rápido posible para el desarrollo" (p. 4). "Pero ¿cómo lograr velocidad?" pregunta (p. 5). El Estado africano "puede sufrir regímenes capitalistas, comunistas, militares o de otro tipo durante el resto de este siglo, pero cualquiera que sea la ideología nominal que rijan", el problema y por ende la solución son lo mismo (p. 7). No son "el comunismo o el capitalismo los que establecen mucho del tono y la tensión de las relaciones internacionales" y eso es decisivo para el señor Heilbroner (p. 11). Se trata de la modernización o el tradicionalismo. Y "no hay ciertamente una necesidad inherente de que las revoluciones de modernización sean dirigidas por comunistas" (p. 8). En Asia sudoriental y en América Central y del Sur "existe la posibilidad de que la tarea de modernización pueda ser llevada a cabo por élites no comunistas" y en Grecia, Turquía, Chile, Argentina y México "el marco político y social existente [es] suficientemente adaptable, por lo cual un progreso considerable puede ser esperado ahora sin recurrir a la violencia" (p. 7). En todas estas áreas subdesarrolladas el desarrollo puede ser llevado a cabo, de acuerdo con el señor Heilbroner, por una élite no comunista dirigida por "un Gandhi, un Martí, un Castro anterior a 1958" o aun por el ejército (p. 7), que de acuerdo con el Fidel posterior a 1958 ocupa ahora militarmente su propio país en todas partes de América Latina y en muchos otros países subdesarrollados también. ¿Cómo puede una élite no comunista perseverar en su tarea?, pregunta el señor Heilbroner. Tendrá que "ofrecer una interpretación filosófi-

<sup>8</sup> Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

ca de su rol tan convincente y edificante" como la "filosofía", "vocabulario", "visión de la historia", "seguridades psicológicas" y "fe incuestionada" "que da al comunismo su fuerza especial", porque es por medio de ellos, supone el señor Heilbroner, que "el comunismo" ha podido "alcanzar y reunir a la masa anónima de la población [y] ése es el gran logro del comunismo" (p. 4). Es después de plantear estas supuestas opciones que el señor Heilbroner puede entonces "suponer que la mayor parte de Asia sudoriental y mucho de América Latina se hará comunista" y puede "creer justo sostener que el peligro puramente *militar* planteado por tal eventualidad sería leve" (p. 9). O sea, habiendo planteado retóricamente estas opciones contrarias a toda realidad, el señor Heilbroner puede entonces representarse mentalmente una simple elección: volverse comunista o no por un simple ejercicio de esta elección sin la necesidad de transferencia del poder por la violencia, y —como observaremos en la tercera parte de nuestra discusión posterior— sin la intervención militar por parte de la burguesía imperialista de Estados Unidos.

La verdadera elección que enfrenta el pueblo en los países subdesarrollados hoy en día no está entre el costo de modernización en aras de una ideología o de otra. Un cálculo de los cadáveres sería ciertamente recomendable si pudiera estimarse el sacrificio que la mayoría del pueblo de los países subdesarrollados hace ahora —para nada, o más bien para beneficio de los pocos que los gobiernan. La opción no es aumentar el sacrificio o no. La cuestión es si este sacrificio continuará beneficiando a los pocos y aumentando para los más, o si este mismo sacrificio será canalizado en un desarrollo económico, social, cultural y físico para beneficio de las masas populares y del hombre como un todo. Por ser la fuente histórica y la causa contemporánea del subdesarrollo, la clase capitalista y la explotación colonial deben ser eliminadas para permitir tal desarrollo.

Capitalismo y socialismo, por lo tanto, sí es el tema central en discusión, a pesar de todo. Y las élites "no comunistas", es decir capitalistas, no son capaces de dirigir o aun de acompañar esta transformación de la fisiología social de los países subdesarrollados. Si el Castro anterior a 1958 mostró que un liderazgo no comunista puede comenzar este proceso, entonces la experiencia con la realidad del Fidel posterior a 1958 mostró que un movimiento basado en las masas, interesado y capaz de lograr el poder estatal y eliminando la clase capitalista y la estructura colonial, es inherentemente necesario para que el proceso histórico de modernización y de desarrollo se suceda. Martí, quien murió en 1898, no vivió para enfrentar esta necesidad. Gandhi murió después de una vida dedicada al apoyo de la clase y estructura capitalista, tanto interna como externamente, la cual desde entonces ha hundido a la India en un subdesarrollo cada vez más profundo que presagia el desastre.<sup>9</sup> En cuanto a Atatürk y a Nasser (a quienes el

<sup>9</sup> Cf. E.M.S. Namboodiripad, *The Mahatma and the Ism*. 2a. ed. Nueva Delhi.



señor Heilbroner también menciona como posibles ejemplos), el primero fracasó ciertamente en fomentar o en establecer la base del futuro desarrollo de Turquía y el último, a diferencia de Fidel, no ha demostrado todavía su capacidad para seguir con el desarrollo de la República Árabe Unida y su pueblo.<sup>10</sup> Y la razón es, como lo demuestra vivamente el contraste con Cuba y China hoy en día, que el factor esencial para el desarrollo en el presente es el movimiento político de las masas que empuja, dejando que otros digan, con las palabras del viejo refrán: "Yo soy su líder; debo seguirlos." Aun con toda su retórica idealista sobre el liderazgo filosófico, el señor Heilbroner deja al príncipe de Dinamarca fuera de su Hamlet cuando se ocupa de la apatía retórica y el fatalismo en lugar de la fuerza popular verdadera.<sup>11</sup>

3) Finalmente, volviendo a la metrópoli del sistema imperialista, el señor Heilbroner sostiene que la pérdida por inversiones en los países subdesarrollados es económicamente fácilmente soportable por la economía de Estados Unidos y que por lo tanto "Yo [Heilbroner] por mi parte no creo que la élite social esté particularmente inclinada hacia la guerra" (p. 10). Debido a que "las naciones de Europa, la mayoría de ellas profundamente más conservadoras que Estados Unidos en su disposición social y económica, han hecho las paces con el comunismo...", el señor Heilbroner sugiere que "podemos esperar un cambio similar en nuestra posición en la historia" (p. 12).

En su retórica el señor Heilbroner visualiza la posibilidad de que los países subdesarrollados simplemente elijan volverse nacionalistas o comunistas, de que en este proceso, o más bien simple cambio, "las amenazas de tipo militar o económico no serían insuperables" (p. 10) para Estados Unidos, cuya estructura económica e instituciones políticas pueden y deben permanecer esencialmente intactas, que el peligro sería "por sobre todo el de una histeria norteamericana" y que este peligro puede ser evitado y este ajuste hecho por meros cambios en "nuestras actitudes", primeramente en "la continuación del deshielo gradual y en la convergencia de las opiniones e intereses norteamericanos y rusos" y en segundo lugar en "la divulgación pública de las consecuencias de nuestro ciego anticomunismo para el mundo subdesarrollado" (pp. 12-13).

Las opciones y soluciones retóricas del señor Heilbroner revelan su fracaso en aprehender la realidad de la estructura colonial y de clases del sistema capitalista. Puede ser que la pérdida en la inversión norteamericana en

el exterior "debiera ser económicamente manejable" para la economía norteamericana y para su pueblo como un todo. Lo que debiera ser no es, sin embargo, el caso, ya que esta inversión es propiedad de un pequeño grupo de grandes corporaciones monopolistas, y el grueso de los beneficios es apropiado por sus directivos-propietarios, quienes no las pueden administrar, económica o políticamente, sin el mantenimiento —y sin duda sin la expansión— de estos beneficios y del sistema que los hace posibles. En realidad, en 1957, 300 corporaciones norteamericanas poseían el 88% de la inversión norteamericana en el extranjero y de éstas, 45 firmas poseían el 57%.<sup>12</sup> Desde entonces el grado de concentración ha aumentado aún más. Además, el comercio de hoy no sólo persigue la bandera sino a la inversión misma. En 1964, las ventas al exterior de corporaciones norteamericanas llegaron a 168 mil millones de dólares, de los cuales 88 mil millones eran total o sustancialmente poseídos por subsidiarias en el extranjero, 25 mil millones provinieron de exportaciones y el resto de otras inversiones. Sin embargo, en ese mismo año las ventas internas de todos los bienes muebles alcanzaron 280 mil millones de dólares, haciendo que las ventas al exterior fueran casi un tercio de las ventas totales de bienes muebles. La suma de exportaciones y compras federales para gastos militares para defender al "mundo libre" dentro y fuera del país llega del 20% al 50% de las ventas totales en cada industria manufacturera norteamericana, excepto maquinaria agrícola en la cual es menor y en la industria de aviación y municiones en las cuales es mayor. Pero aquí también el grueso de las ventas está concentrado en un número relativamente pequeño de corporaciones. Además, la porción de la producción total dedicada a compradores militares y extranjeros está constantemente aumentando. Durante los últimos diez años, mientras las ventas internas de las industrias manufactureras norteamericanas aumentó en un 50%, las ventas al exterior de las fábricas de propiedad norteamericana aumentó en un 110%. Finalmente, la concentración de ganancias es aún mayor que la de las ventas. Por lo tanto para las corporaciones norteamericanas principales las operaciones externas dan cuenta de una porción aún mayor de sus ganancias totales que de sus ventas totales, y esta porción puede fácilmente alcanzar y aun exceder el 100% de sus ganancias. La revolución socialista en los países subdesarrollados y la eliminación o transformación radical de las actividades económicas foráneas de las principales corporaciones monopolistas norteamericanas serían por lo tanto de considerable interés para "la élite corporativa" y requerirían en rigor reajustes de muy largo alcance en la estructura colonial y de clases de la economía de monopolio capitalista norteamericana.

1959; Rajani Palme Dutt, *India Today*, 2a. ed. Revisada, Bombay, 1949; y el resumen de varias evaluaciones, editado por Martin Deming Lewis, *Gandhi, Maker of Modern India?* Ed. Heath and Co., Boston, 1965.

<sup>10</sup> Escrito antes de la guerra de "seis días" en que Israel fácilmente venció a Nasser exactamente por este motivo.

<sup>11</sup> Ibid.

<sup>12</sup> Éste y los datos siguientes son todos de Harry Magdoff, "Economic Aspects of U.S. Imperialism". *Monthly Review*, Nueva York, noviembre de 1966, vol. XVIII, n. 6. Hay varias versiones en español: en *Pensamiento Crítico*, n. 30, y *La era del imperialismo*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1969.



Si algunos liberales norteamericanos no perciben esta estructura del sistema y sus implicaciones, otros la comprenden muy bien. Así Dean Acheson ya lo observó en 1944, mientras fue subsecretario de Estado durante la administración liberal democrática de Franklin Delano Roosevelt:

bajo un sistema diferente en este país se podría usar toda la producción del país en Estados Unidos. Entiendo que la Unión Soviética podría usar toda su producción internamente. Si se desea controlar la totalidad del comercio y el ingreso de Estados Unidos, lo cual significa la vida de la gente, se podría llevar a cabo de tal manera que todo lo que se produjera aquí sería consumido aquí, pero eso cambiaría completamente nuestra constitución, nuestras relaciones de propiedad, la libertad humana, nuestras mismas concepciones de la ley. Pero nadie contempla eso. Por lo tanto, encontramos que debemos mirar hacia otros mercados y esos mercados están en el exterior.<sup>13</sup>

¿Debemos creer que, después que pasó a ser secretario de Estado en la administración del presidente Truman, quien fuera vicepresidente de Roosevelt, el señor Acheson perdió de vista la estructura de este sistema y la necesidad de sostenerlo, y que irreflexivamente administró el Departamento de Estado, el programa del Punto Cuatro, y la "ayuda" al exterior en general a beneficio de los países subdesarrollados? La respuesta fue proporcionada, entre otros, por Eugene Black, durante muchos años presidente del Banco Mundial de las Naciones Unidas y ahora ex (?) liberal, consejero del presidente demócrata Johnson para los programas para el desarrollo asiático y propuesto administrador de mil millones de dólares que el presidente Johnson ofreció para su programa de desarrollo de Asia sudoriental durante su famoso discurso de Baltimore:

Nuestros programas de ayuda al exterior constituyen un claro beneficio para los negocios norteamericanos. Los tres beneficios mayores son: 1] La ayuda exterior proporciona un sustancial e inmediato mercado para los bienes y servicios norteamericanos. 2] La ayuda exterior estimula el desarrollo de nuevos mercados para las compañías estadounidenses. 3] La ayuda exterior orienta las economías nacionales hacia un sistema de libre empresa en el cual las empresas de Estados Unidos pueden prosperar.<sup>14</sup>

¿Debemos entonces creer que el proyecto de desarrollo del río Mekong "para" Asia sudoriental representa el ala pacífica (paloma) y la escalada en Vietnam el ala guerrera (halcón) de L.B.J.? El vicepresidente a cargo de las operaciones del Lejano Oriente del Chase Manhattan Bank —aso-

<sup>13</sup> Citado por William Appelman Williams en *The Tragedy of American Foreign Policy*. Ed. Dell, Nueva York, 1962, p. 236.

<sup>14</sup> Citado en Magdoff, op. cit., p. 12.

ciado con los liberales republicanos Rockefeller— contesta:

En el pasado, los inversores extranjeros han sido un tanto cautelosos con respecto a las perspectivas políticas en general de la región de Asia sudoriental. Debo decir, no obstante, que las acciones de Estados Unidos en Vietnam este año —las cuales han demostrado que Estados Unidos continuará dando protección efectiva a las naciones libres de la región— han reasegurado considerablemente tanto a los inversores asiáticos como a los occidentales.<sup>15</sup>

Está claro entonces que no solamente en "Guatemala, Cuba, la República Dominicana y ahora en Vietnam", sino también en Irán, el Congo y en todas partes, cualquier intento de transformar la estructura del subdesarrollo en otra de desarrollo necesariamente enfrentará una resistencia armada por parte de la burguesía cuyo centro y liderazgo liberal y progresista está ahora en Estados Unidos. Por lo tanto, hay ciertamente una "necesidad inherente" de que estos intentos de modernización y desarrollo sean revolucionarios y de que sean violentamente combatidos por contrarrevolucionarios. En una palabra, Estados Unidos está ocupado en la vietnamización de Asia, África y América Latina con todas sus inevitables implicaciones y consecuencias. Esta necesidad es inherente a la estructura colonial y de clases del sistema capitalista en sí mismo, sin consideración de si "la élite corporativa está inclinada hacia la guerra o no. No menos en la metrópoli de este sistema que en sus colonias económicas, políticas y estructurales es que la revolución de esta contradicción real, distinta de la retórica, implica no sólo un cambio de actitud e ideología sino un cambio en la estructura de clases. Y esto implica la movilización de las masas populares, como están movilizadas ahora en Vietnam y como el señor Johnson temía que se movilizaran en Santo Domingo, Watts y en otras partes. Contrariamente a la sugerencia del señor Heilbroner, la cuestión no es si esto "alteraría efectivamente el presente equilibrio de la fuerza militar en el mundo", sino más bien cómo alteraría tal movimiento popular interno y externo el equilibrio político del sistema capitalista. Éste es el verdadero problema; y si me permiten, desearía plantearlo con las palabras de un promotor de la modernización que todos conocen: "El pueblo, y sólo el pueblo, es la fuerza motriz que hace la historia mundial... Todas las opiniones que sobreestiman la fuerza del enemigo y subestiman la fuerza del pueblo están equivocadas" (citas del presidente Mao Tse-tung). Debemos agradecer al señor Heilbroner por su excelente uso de la retórica, la cual excepcionalmente clarifica sus propias limitaciones, como otro modernizador —Marx— expresara, no sólo para explicar la realidad sino para cambiarla.

<sup>15</sup> Ibid.



Al preguntársele al Che Guevara qué podía hacer uno, como escritor, por la Revolución, contestó que él había sido médico. La cuestión no es si la medicina o la antropología son menos útiles o relevantes que otros campos del esfuerzo humano. La cuestión es la responsabilidad del antropólogo. Su responsabilidad es utilizar la antropología sólo en la medida en que es adecuada, mientras hace todo lo necesario para reemplazar al violento, explotador, racista, alienante sistema capitalista mundial, que abarca a la mayoría de los antropólogos y a la gente que éstos estudian. Las apelaciones a la verdad (Berreman) y por un enfoque humanístico (Gjessing) son críticas liberales insuficientes al apoyo liberal que la mayoría de los antropólogos prestan y a los beneficios que obtienen del sistema al que sirven. Se supone que los antropólogos conocen, mejor que nadie, que los valores, la mitología, la ciencia y otras facetas de la cultura están íntimamente relacionadas con la estructura de la sociedad, aun cuando muchos antropólogos prefieran observar este hecho sólo entre gente y sociedades que no son las propias. Berreman y Gjessing, que dedican la mayoría de sus ensayos a negar la posibilidad de hacer antropología exenta de valores, parecerían por lo mismo estar castigando a un caballo antropológicamente muerto.

Las sugerencias de que los antropólogos abandonen la integridad de su disciplina (Gjessing) para sobreponerse a las limitaciones de la especialización y el trabajo de campo individual (Gough), aunque tal vez necesarias, también están lejos de ser suficientes. Gjessing continúa diciendo que los economistas, los politólogos y sociólogos han reemplazado ampliamente a los antropólogos, y que la antropología norteamericana está ahora más cerca de la realidad que su contraparte europea. Pero si bien esto es cierto, no significa que la propuesta de Gjessing de hacer trabajo interdisciplinario siguiendo los pasos norteamericanos ofrezca alguna solución: porque estos "científicos" sociales liberales y sus técnicas ahora sirven simplemente al imperialismo norteamericano mejor y más eficazmente que los tal vez

\* Este ensayo fue publicado en *Current Anthropology* (Montreal) en el número correspondiente a diciembre de 1968, dedicado a la cuestión de la responsabilidad en la antropología. Fue preparado como comentario sobre tres ensayos presentados en un simposio sobre "responsabilidades sociales": "Is Anthropology Alive? Social Responsibility in Anthropology" (¿Está viva la antropología? Responsabilidad en la antropología social) por Gerald D. Berreman, "The Social Responsibility of the Social Scientist" (La responsabilidad social del científico social) por Gutorm Gjessing, y "New Proposals for Anthropologists" (Nuevas proposiciones para antropólogos) por Kathleen Gough.

más obsoletos hijos de un imperialismo anterior (Gough y Gjessing). Así, en su introducción a *Social Science Research on Latin America*, auspiciado por el Social Science Research Council de Estados Unidos, el antropólogo Charles Wagley<sup>1</sup> observa que durante las últimas décadas en Estados Unidos

América Latina también ha sido descuidada por nuestros eruditos, quienes finalmente deben proveer los datos básicos para el consumo académico y público. Tanto como África, América Latina ha sido en diversos aspectos un "continente oscuro". Esta situación está cambiando ahora. Existe un nuevo interés público por América Latina, estimulado por el reconocimiento de su importancia para nuestros propios intereses nacionales. La Ley de Educación de la Defensa Nacional apoya el estudio de la sociedad española y portuguesa y de la sociedad latinoamericana. La Alianza para el Progreso ha... magnificado la importancia de la región para nosotros. Las fundaciones privadas han apoyado la investigación sobre el estudio de América Latina...

Lo mismo puede observarse fácilmente en la súbita aparición de estudios africanos en Estados Unidos, cuyo origen debe buscarse menos en la creciente "independencia" africana de Europa que en su cada vez mayor dependencia de Estados Unidos, auspiciada por el imperialismo norteamericano. La participación de la antropología, para no mencionar a la antropología aplicada, en la transferencia de la "carga del hombre blanco" a través del Atlántico, es evidente, y sus resultados políticos y científicos son previsibles.

El Proyecto Camelot no fue un hecho aislado, y el ampliamente difundido alarido contra el empleo directo de científicos sociales por el Departamento de Defensa de Estados Unidos, más bien pasa por alto el hecho de que virtualmente toda la ciencia social del mundo "libre" es en realidad un inmenso proyecto Camelot imperialista, quienquiera que sea quien lo pague. Los científicos sociales políticamente ingenuos, aunque no tan inocentes, pueden no tener conciencia de por qué su investigación está financiada y de cómo se utilizan sus resultados. Pero, tal como lo demuestra William Domhoff en su *Who Rules America?*,<sup>2</sup> los usos y abusos de las ciencias sociales y de los científicos son bien conocidos para los síndicos de la clase alta burguesa de las correctamente llamadas fundaciones Carnegie, Rockefeller, Ford, y otras, y de las universidades americanas más importantes llamadas tal vez en forma menos reveladora (las cuales intercambian generosamente sus presidentes Rusk, sus decanos Bundy, y sus finanzas

<sup>1</sup> Wagley, Charles. "Introduction" de *Social Science Research in Latin America*, ed. por Charles Wagley. Columbia University Press, Nueva York, 1964, p. 3.

<sup>2</sup> Domhoff, G. William, *Who Rules America?* Ed. Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1967.



entre sí y con el Departamento de Estado de los Estados Unidos). No menos desinteresado en un proyecto Camelot que abarque al mundo "libre" está el Defense Science Board-National Academy of Sciences of the United States, que convincentemente observa:

En años recientes el Departamento de Defensa (DOD) se ha visto enfrentado con muchos problemas que requieren el apoyo de las ciencias sociales y del comportamiento... Las Fuerzas Armadas ya no están solamente comprometidas con acciones bélicas. Su misión incluye ahora la pacificación, la asistencia, la "batalla de ideas", etcétera. Todas estas misiones requieren una comprensión de las poblaciones urbanas y rurales con las que nuestro personal militar está en contacto en las nuevas "actividades de paz" ("peacefare") o en el combate. Para muchos países en todo el mundo, necesitamos un mayor conocimiento de sus creencias, valores y motivaciones; sus organizaciones políticas, religiosas y económicas; y el impacto de diversos cambios o innovaciones en sus esquemas socioculturales... [La innovación en] la metodología convencional de las ciencias sociales... es uno de los felices casos en que existe una sustancial coincidencia entre los intereses del DOD y de la comunidad académica que produce la investigación... [Nosotros] creemos que el DOD ha logrado gran éxito al enrolar el interés y los servicios de un grupo eminente de científicos del comportamiento en la mayoría de las áreas relevantes para el mismo... Por otra parte, el DOD podría tal vez hacer progresos asumiendo más responsabilidades al declarar sus necesidades en términos que tengan más sentido para el investigador que para el militar. Pedir a la gente que haga estudios sobre "contra-insurrección", "operaciones de guerrilla", etcétera, no sólo produce una reacción menos que entusiasta, sino que además no proporciona bases para el conocimiento de las formas con las cuales ellos podrían contribuir... Hay que hacerle aceptar a la comunidad de la ciencia del comportamiento la responsabilidad del reclutamiento de directores de investigación para el DOD... Los siguientes puntos son elementos que merecen consideración como factores de la estrategia de investigación para agencias militares. *Programas de investigación ordenados por prioridad.* 1] ...métodos, teorías y entrenamiento en ciencias sociales y de la conducta en países extranjeros... 2] ...programas que preparan científicos sociales extranjeros... 3] ...investigación de ciencia social dirigida por científicos locales independientes... 4] ...tareas de ciencia social dirigidas por importantes centros de estudio de graduados americanos en áreas extranjeras... 7] ...estudios con base en Estados Unidos que aprovechen los datos recogidos por investigadores del exterior apoyados por agencias ajenas a la defensa. Debería acelerarse el desarrollo de datos, recursos y métodos analíticos de manera que los datos obtenidos para propósitos especiales puedan utilizarse en varios propósitos adicionales... 8] ...Colaborar con otros programas en

Estados Unidos y en el exterior que proporcionan acceso continuo del personal del Departamento de Defensa a los recursos académicos o intelectuales del mundo libre...<sup>3</sup>

Igualmente conscientes están los casi 500 intelectuales de setenta países quienes, en el Congreso Cultural de enero de 1968, proclamaron unánimemente en un Llamamiento de La Habana<sup>4</sup> a todos los intelectuales del mundo:

comprobamos que dicha empresa de dominación se despliega bajo todas las formas, de las más brutales a las más insidiosas, y que se sitúa a todos los niveles: político, militar, económico, racial, ideológico y cultural, se apoya en medios financieros gigantescos y dispone de oficinas de propaganda enmascaradas como instituciones culturales. El imperalismo intenta hacer prevalecer, mediante las técnicas más variadas de adoctrinamiento, el conformismo social y la pasividad política; al mismo tiempo, un esfuerzo sistemático tiende a movilizar a los técnicos, hombres de ciencia e intelectuales en general, al servicio de los intereses y los objetivos capitalistas y neocolonialistas. Así, talentos y habilidades que podrían y deberían participar en una obra de progreso y de liberación se ven convertidos en los instrumentos de la comercialización de la cultura, de la degradación de los valores, y del mantenimiento del orden social y económico impuesto por el sistema capitalista. El interés fundamental, el imperioso deber de los intelectuales exigen de éstos que resistan y respondan sin vacilar a dicha agresión: se trata de apoyar las luchas de liberación nacional, de emancipación social y de descolonización cultural de todos los pueblos de Asia, África y América Latina, y la lucha contra el imperialismo, en su centro mismo, sostenida por un número cada día creciente de ciudadanos negros y blancos de los Estados Unidos. Se trata, para los intelectuales, de participar en el combate político contra las fuerzas conservadoras, retrógradas y racistas, de desmitificar su ideología, de afrontar las estructuras que la sustentan y los intereses a que sirve... Este compromiso debe reflejarse en una toma de posición categórica contra la política de colonización cultural de los Estados Unidos, lo cual implica el rechazo de toda invitación, toda beca, todo empleo o todo programa cultural o de investigación, en la medida en que dicha aceptación constituya una colaboración con la política mencionada.

<sup>3</sup> Defense Science Board. National Academy of Sciences. "Informe del 'Panel on Defense Social and Behavioral Sciences', Williamstown, Massachusetts, Berkshire Summer Study, del 5 al 14 de julio de 1967, pp. 33, 38, 40-43, 52.

<sup>4</sup> Llamamiento de La Habana, 1968. Congreso Cultural de La Habana, *Granma*, edición del 21 de enero y *Pensamiento Crítico*, n. 12.



Por dos razones, los antropólogos de Europa occidental y los norteamericanos pueden cumplir mejor esta responsabilidad trabajando en sus propias sociedades. Una razón es que, aunque su trabajo en el exterior sirve a los intereses del imperialismo, no sirve a los intereses de los pueblos colonizados entre quienes trabajan los antropólogos metropolitanos. Y tampoco es probable que llegue a servirles. Según Gjessing (quien cita a Myrdal), son los grandes cambios políticos los que redirigen el trabajo científico y no las reorientaciones autónomas. Pero los cambios políticos contemporáneos no están redirigiendo a los antropólogos metropolitanos o a otros científicos a trabajar por el interés de los pueblos colonizados, excepto en la medida en que estos científicos trabajen para la destrucción del imperialismo en la metrópoli, y de ese modo, para la liberación de otros pueblos. Una segunda razón para trabajar en el propio país es que, por otra parte, la metrópoli imperialista está presenciando poderosos cambios políticos que pueden dirigir a algunos antropólogos hacia el trabajo responsable en el país, como participantes en el movimiento de liberación local.

Para aquellos antropólogos norteamericanos y otros que quisieran tomar esa responsabilidad seriamente, Barbara y Alan Haber<sup>5</sup> han resumido diversas implicaciones:

1] El movimiento debe considerarse como una utilidad que ayuda a definir lo que hacemos y sin el cual nuestro trabajo pierde su pertinencia política... Si nuestras aspiraciones personales o nuestro trabajo personal impiden que hagamos cosas que son seguras o respetables, entonces nos estamos engañando a nosotros mismos acerca de nuestra política. 2] Alta posición, respeto y recompensas en el establishment profesional están excluidos. Debemos esperar inestabilidad laboral, la posibilidad de ser despedidos periódicamente, el peligro de creciente dificultad para encontrar trabajos. 3] Un radical no puede considerar que debe lealtad a su profesión o a la institución en la que trabaja. Nuestra lealtad es hacia nuestros camaradas y hacia los fines políticos para los que nos estamos organizando... Obviamente, esto presenta una dificultad moral porque otros supondrán que tenemos lealtades tradicionales... No somos intelectuales por encima de todo, que dicen la verdad a quienes quieran escuchar o preguntar: somos *partidarios*... 4] Los radicales no pueden aceptar sin reservas el código de ética y responsabilidad de sus profesiones. La ética no son ideales abstractos. Son santificaciones de ciertos tipos de relaciones sociales, propósitos y lealtades [lo que no es novedad para los antropólogos siempre que se refiere a la ética de otra gente en vez de la propia]. La ética convencional nos obliga a apoyar cosas que nosotros no apoyamos políticamente, y a lealtades que nos crean conflictos con nuestros valores y nuestra política...

<sup>5</sup> Haber, Barbara y Alan, "Getting by with a little help from our friends". *Our Generation*, 1967, v, n. 2, pp. 83-101, 95-96.

Los antropólogos norteamericanos y de Europa occidental que reconocen estos hechos acerca de sus sociedades, y que están preparados para aceptar la responsabilidad concomitante, pueden y deben utilizar su capacidad profesional para servir al movimiento de tres maneras. Analizando lo harapiento del traje científico social del emperador, estos antropólogos deberían, como Gough, desplegar la desnudez ideológica del imperialismo y denunciar a aquellos entre sus colegas que continúan gozando de las comodidades físicas que su traje pseudocientífico les proporciona. Entre otras cosas, esto implica demostrar, contrariamente a Gjessing, que la limitación teórica y política de Firth y sus seguidores no es que su teoría de organización social sólo incluye cambios generados dentro, antes que afuera, de la estructura social. Significa, primeramente, como lo hace Gough pero no Gjessing, que la limitación real de la teoría y de los teóricos antropológicos patrocinados por el imperialismo, es que ellos definen arbitrariamente aldeas o tribus como sistemas sociales e inventan categorías teóricas tales como "folk" para ocultar la desnuda verdad de la explotación económica y la alienación cultural de "mi" pueblo por el verdadero sistema social determinante, que es el imperialismo. La segunda limitación a exponerse es que esta teoría está ingenua o intencionalmente restringida al análisis del cambio social *en* pero no *del* sistema capitalista e imperialista. Y si, tal como dicen algunos antropólogos, la estructura social —incluyendo la económica y la política— realmente determina la cultura y la ideología, entonces el antropólogo socialmente responsable puede analizar por qué la mayoría de sus colegas prefieren estudiar el cambio en, a promover el cambio de su propia sociedad; ¿es falsa conciencia, o conciencia de clase, o qué?

Una tarea complementaria del antropólogo metropolitano responsable es ayudar al movimiento realizando investigaciones y desarrollando la teoría requerida y necesitada por el movimiento político local. Si las técnicas del trabajo de campo del antropólogo metropolitano responsable sirven para algo, entonces que las use en estudios de comunidad para analizar la estructura social de su propia sociedad para un movimiento político que promueva el campo social necesario de esa sociedad. Esta tarea ofrece una cantidad de problemas de investigación no sólo en "la otra América" sino también en la América y Europa propias del antropólogo burgués. Tercero, los antropólogos comprometidos política y activamente, tal como el médico de guerrilla que cura a sus compañeros heridos, pueden utilizar su experiencia para ayudar al movimiento de liberación local haciendo tareas específicas de investigación para sus compañeros, antes que para su publicación. Finalmente, el antropólogo puede convertirse en un partidario real, un revolucionario intelectual, antes que en un intelectual revolucionario. Muchos antropólogos metropolitanos, desatendiendo los grandes cambios políticos, por supuesto que no redirigirán su trabajo sino que persistirán en su trabajo de campo en el exterior. Estos antropólogos podrían aprender de Tocqueville, quien hace ciento treinta años observó que la verdadera naturaleza



de la metrópoli se ve mejor desde la perspectiva de sus colonias.

Los antropólogos de los países económica, política y culturalmente colonizados —y por eso subdesarrollados— también deben trabajar localmente por las mismas razones. Ellos pueden estar seguros de que mientras el imperialismo persista, las ciencias sociales metropolitanas, incluyendo la antropología, nunca analizarán sus sociedades o el sistema imperialista para ellos. Aún menos desarrollarán la antropología orientada hacia los problemas (de los países subdesarrollados) que pide Gjessing. Si la visión del mundo se deriva completamente de la estructura social, los únicos que probablemente encontrarán la perspectiva necesaria son los pueblos anteriormente o aún colonizados del mundo subdesarrollado, y los afroamericanos internamente colonizados. Para aquellos que realmente busquen esa perspectiva, el camino ha sido señalado por el apóstol y antropólogo militante de los condenados de la tierra, Frantz Fanon:<sup>6</sup>

Pero, precisamente, parece que la vocación histórica de una burguesía nacional auténtica en un país subdesarrollado es negarse como burguesía, negarse en tanto que instrumento del capital y esclavizarse absolutamente al capital revolucionario que constituye el pueblo. En un país subdesarrollado, una burguesía nacional auténtica debe convertir en deber imperioso la traición de la vocación a la que estaba destinada, ir a la escuela del pueblo, es decir, poner a disposición del pueblo el capital, intelectual y técnico que ha extraído a su paso por las universidades coloniales. Veremos cómo, desgraciadamente, la burguesía nacional se desvía frecuentemente de ese camino heroico y positivo, fecundo y justo para emprender, con el alma tranquila, el camino terrible, por antinacional, de una burguesía clásica, de una burguesía burguesa, lisa, estúpida y cínicamente burguesa.

En Asia, África y América Latina, los antropólogos responsables deben moverse con los grandes cambios políticos de esos continentes; deben tomar conciencia de la responsabilidad del intelectual, como se define en el Llamamiento de La Habana; y deben fortalecerse a sí mismos con los compromisos morales solicitados por Haber y Fanon. Entonces, más que los antropólogos metropolitanos, cualquiera sea su grado de responsabilidad o compromiso, son los antropólogos y otros científicos de los países subdesarrollados quienes muy probablemente construirán el marco teórico del cual el cambio y la estabilidad son factores complementarios (pedido por Gjessing). Entre otros problemas de la investigación, esto implica el análisis de cómo la estructura de clase y aun la cultura y la personalidad en Asia, África, América Latina y también Norteamérica, son formadas y deformadas por

la estructura del mundo capitalista colonial, neocolonial y colonial interno. Esos mismos antropólogos de los países subdesarrollados, antes que los de los países desarrollados, deben convertirse en partidarios y militantes de los movimientos de liberación de sus propios países y comenzar a trabajar en las diversas facetas de un "proyecto de investigación dedicado al problema de cómo las guerrillas pobremente armadas podrían resistir más efectivamente una tecnología militar brutal y devastadora" (mencionado por Berreman citando a Chomsky). Esto implica, a su vez, entre otras cosas, el estudio de cómo la estructura colonial y de clase y su transformación contemporánea generan no sólo contrainsurrección sino también insurrección; y gracias a qué reivindicaciones, cuáles sectores de la población pueden ser en determinados momentos y lugares política y militarmente movilizados en la larga lucha para destruir al violento, explotador, racista y alienante sistema capitalista, y para construir una sociedad realmente libre y humana en las áreas liberadas.

Este esfuerzo requiere más que el simple estudio de la medicina antropológica. Requiere la práctica de esa medicina, siguiendo el ejemplo del Che Guevara y de miles como él, incluyendo también algunos antropólogos en Vietnam y otros sitios. Entonces la fórmula de contrainsurrección de diez antropólogos por cada guerrillero (citado por Berreman) deberá ceder seguramente a una fórmula de insurrección popular victoriosa de diez mil guerrilleros con cada antropólogo que merezca tal nombre.

<sup>6</sup> Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pp. 137-38.



### III

## IMPERIALISMO ECONÓMICO



¿Contribuyen la ayuda y la inversión norteamericanas, poco o mucho, al desarrollo económico latinoamericano o tal vez lo estorban? El reciente debate al respecto entre la embajada del Brasil y la de Estados Unidos invita al análisis y al comentario. El punto de vista brasileño, expuesto por el embajador en Washington, Roberto Campos de Oliveira, es que la ayuda norteamericana es pequeña y nada altruista. La respuesta norteamericana la dio en una conferencia ante el Consejo Nacional de Economía del Brasil el embajador Lincoln Gordon, quien dijo que al exportar capital, los Estados Unidos hacen un gran sacrificio y contribuyen considerablemente al desarrollo económico del Brasil.

Por desgracia, sometida al análisis no diplomático, la realidad de las relaciones económicas entre Estados Unidos y el Brasil, o cualquier otro país latinoamericano, resulta mucho menos satisfactoria de lo que sugieren uno y otro embajador. Vamos a resumir y comentar cada uno de los tópicos tratados por ellos.

#### VOLUMEN DEL CAPITAL INVERTIDO

*Brasil:* El monto real de los recursos que los Estados Unidos ofrecen al Brasil es inferior a lo que suele imaginarse, tanto porque se calcula en fondos asignados y no en los realmente entregados cuanto porque del capital bruto deben deducirse la amortización y el interés.

*Estados Unidos:* El embajador norteamericano no comprende por qué la embajada del Brasil concede importancia a la distinción entre autorizaciones y desembolsos, ya que los Estados Unidos cumplen sus promesas y la diferencia entre unas y otros es sólo cuestión de tiempo. Le parece, además, que el deducir la amortización y los pagos de intereses del capital bruto invertido se presta a confusión y es mala política económica porque desprecia la contribución del capital norteamericano a la construcción de siderúrgicas, plantas hidroeléctricas, etc., mientras está en el Brasil. Además, el capital norteamericano mejora la balanza de pagos brasileña. Calculando de ese modo, se daría la impresión de que el dinero no va de Estados Unidos al Brasil sino del Brasil a los Estados Unidos.

*Comentario:* En realidad, la contribución neta del capital norteamericano al Brasil no es pequeña ni grande: es negativa. La distinción que hace el embajador brasileño entre asignación y desembolso es fácil de compren-

\* Publicado en *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 23 de marzo de 1963.



der si consideramos que las promesas hechas en Punta del Este, algunos fondos fueron cancelados por el Congreso y el Ejecutivo de Estados Unidos, otros son aportaciones de compañías privadas que no se vinculan al acuerdo del gobierno y todos dependen de que el Brasil dé satisfacción a las exigencias norteamericanas en materia de expropiaciones, de política financiera en el Fondo Monetario Internacional, etc. Para la balanza de pagos y la tasa de cambio lo que importa son las transferencias reales, no las promesas.

La "impresión" de que si se contabilizan la amortización y los intereses, el capital va del Brasil a los Estados Unidos y no a la inversa, por desgracia refleja la realidad con toda exactitud. Las cifras oficiales brasileñas para los años de 1947-1960 indican una entrada de 1.814 millones de dólares en inversiones y nuevos préstamos y una salida de 2.459 millones de dólares por pago de beneficios e intereses. Si se añaden los 1.022 millones de dólares en que se calculan los "servicios", que en gran parte representan remesas clandestinas, la salida total de capital resulta de 3.481 millones de dólares, o sea casi el doble de la entrada, y la salida neta es de 1.667 millones de dólares.

Esta salida de dinero del Brasil no es de ningún modo un accidente histórico ni resultado solamente de cálculos brasileños. En un estudio de la CEPAL se muestra que en ningún decenio del siglo pasado fue la salida total de bienes y servicios del Brasil menor que la entrada en el Brasil. Si vemos otras partes de la América Latina (Argentina, Chile, Perú, Venezuela, Colombia, México), las cifras del Departamento de Comercio de los Estados Unidos para el periodo de 1950-1961 indican que la nueva inversión neta privada de los Estados Unidos fue de 2.962 millones de dólares y las remesas por utilidades e intereses de 6.875 millones, o sea más del doble, para una salida neta de 3.913 millones de dólares. La ayuda y los préstamos norteamericanos, de 3.384 millones de dólares y los reembolsos e intereses, de 1.554 millones de dólares (hasta la fecha, y naturalmente después habrá más), arrojan un movimiento neto de capitales de 2.081 millones de dólares hacia los Estados Unidos.

Pero en estos cálculos, la cantidad que entra en el Brasil, como por ejemplo de excedentes de artículos alimenticios, se mide en los llamados precios de mercado, a menudo inflados, que fija el mismo vendedor norteamericano, mientras que la cantidad *que sale* del Brasil se mide en dólares efectivamente comprados por el Brasil. Además, en estos datos no entran el capital privado brasileño ni el de otras naciones, que suelen estimarse en 10 mil millones de dólares para América Latina y que se transfieren al extranjero (como a los famosos bancos de Suiza o Nueva York). La sangría verdadera de capital del Brasil y de otros países pobres en capital es, pues, aún mayor de lo que aparece en las cifras oficiales arriba mencionadas. Es difícil concebir cómo el embajador norteamericano se imagina que la constante sangría de fondos que padece el Brasil ayude a este país a equilibrar

su balanza de pagos. Por el contrario, es la fuente principal de déficits en esa balanza de pagos.

Decir que el capital norteamericano, público o privado, contribuye al desarrollo de la industria pesada básica del Brasil es más que inducir a error. Con la Alianza para el Progreso, sobre todo, la inversión pública de capital norteamericano se destina principalmente a la educación y a la higiene... a la construcción de letrinas, como se ha dicho acertadamente. El capital privado norteamericano, como lo comprobamos todos diariamente, prefiere las industrias de exportación, procesamiento y servicios. En una palabra: la cocacolonización. Lejos de contribuir a la industrialización del Brasil, esta inversión, no menos que la más tradicional para la extracción de materias primas, sirve para mantener subdesarrollada a la economía, deformándola y haciéndola aún menos capaz de desarrollarse, absorbiendo incesantemente capital brasileño y orientándolo indebidamente. Con frecuencia, una suma inicial de capital llevado de los Estados Unidos por una compañía norteamericana se completa e incluso se multiplica tomando capital brasileño prestado de los bancos norteamericanos locales que tienen depósitos brasileños, o de bancos brasileños, o aun del gobierno brasileño. El capital así combinado se invierte, a continuación, no allí donde serviría mejor a los intereses del desarrollo brasileño sino allí donde mejor sirva a los intereses del desarrollo de la compañía norteamericana. Las ganancias que no se envían a los Estados Unidos se reinvierten en el Brasil, y con frecuencia no para crear nuevos medios de producción sino para adquirir instalaciones brasileñas ya existentes, o para comprar acciones de ellas, haciendo así que su dirección pase también a manos norteamericanas.

Ahora, la propuesta de "expropiación" brasileña ofrece a los inversionistas norteamericanos ayuda oficial para retirar su capital de los servicios públicos menos rentables y transferirlo ("un mínimo de 80%") a industrias mucho más lucrativas. De este modo, el capital norteamericano, con ventajas económicas y técnicas originadas en sus relaciones internacionales y con otros privilegios concedidos por el gobierno brasileño "para atraer capital extranjero", desnacionaliza progresivamente la industria brasileña, desvía como le conviene las inversiones brasileñas, integra cada vez más la débil economía brasileña con la fuerte economía norteamericana, y la hace depender de ésta... y aumenta así las dificultades de la balanza de pagos brasileña.

#### CUANTÍA DEL SACRIFICIO NORTEAMERICANO

*Brasil:* Entre 1940 y 1962, la ayuda norteamericana al Brasil ha significado escaso o nulo sacrificio para los Estados Unidos. El 50% del total procede del Export-Import Bank, que consistentemente obtiene ganancias. Otro 35% representa el suministro de excedente de la agricultura en virtud de la Ley Pública 480. La ayuda norteamericana estuvo ligada a la compra de bienes norteamericanos y era parte del programa de ampliación de los



mercados extranjeros para la absorción de sus excedentes y el alivio de su superproducción en la industria de la exportación.

*Estados Unidos:* La modalidad del financiamiento, no importa. Si los fondos norteamericanos no se hubieran empleado de ese modo hubieran podido emplearse de otro. Condicionar la ayuda a la compra de bienes norteamericanos, es algo natural y no reduce su valor, ya que la ayuda útil debe reflejarse, finalmente, en la transferencia de bienes. En general, como la razón capital marginal-producto es en los Estados Unidos mayor que en el Brasil, la inversión de capital norteamericano en el Brasil y no en su tierra representa una pérdida considerable para la economía norteamericana. El argumento del exceso de capacidad podría tener algún valor solamente si la economía norteamericana hubiera padecido de depresión crónica después de la guerra, y tal no es el caso.

*Comentario:* La ayuda y la inversión norteamericana no son un sacrificio sino un medio para obtener considerables riquezas brasileñas y para conservar la actual estructura monopolista de la economía norteamericana. La relación entre capital y producto no tiene nada que hacer aquí. Las compañías norteamericanas no invierten en el Brasil en un sector con el promedio de la razón capital marginal-producto de este último país, y no sacan sus fondos de inversión de un sector semejante de la economía norteamericana. Lo que importa mucho más para las compañías son las ganancias en el Brasil y su capacidad productiva excedente en los Estados Unidos. Una comisión comercial norteamericana en el Brasil observó que "los beneficios en el Brasil son normalmente mucho más elevados que en los Estados Unidos. Es corriente que una fábrica recupere la inversión original en uno o dos años"... o sea que su beneficio es de 100% o de 50% al año. Pero estas tasas se refieren solamente al beneficio sobre el capital total invertido. Como parte de ese total representa capital prestado por fuentes brasileñas a bajo costo y otra parte representa la reinversión de tales ganancias en los años posteriores a la introducción del capital, también es corriente que la tasa real de ganancias del capital norteamericano en el Brasil sea de miles por ciento al año.

Volviendo a la economía norteamericana, vemos que el desempleo no ha bajado del 5% en varios años, y que la tasa mínima sigue subiendo. El exceso de capacidad del capital instalado en esas mismas grandes compañías exportadoras supera en mucho ese porcentaje, cualquiera que sea la razón promedio capital marginal-producto para el conjunto de la economía. Para dichas empresas, las ganancias de la exportación y las obtenidas en el extranjero son una necesidad, no un sacrificio. Y como la Alianza para el Progreso hace ver con claridad meridiana (véase por ejemplo la declaración hecha en público por tres de sus representantes oficiales, entre ellos David Rockefeller, de que esa alianza debe mejorar las condiciones para la inversión norteamericana en América Latina), el fin de la ayuda oficial norteamericana es preparar el camino para la actividad económica de ese

mismo capital privado norteamericano. Así como la adquisición por parte del gobierno norteamericano de productos agrícolas excedentes y su subsiguiente envío al extranjero en forma de "alimentos para la paz" sustenta la creciente monopolización y por lo tanto el exceso de capacidad productiva de la agricultura norteamericana, la "ayuda" pecuniaria del gobierno proporciona créditos al extranjero para la adquisición de productos de la industria norteamericana, cada vez más monopolizada. Al mismo tiempo, las cortapisas que acompañan a la concesión de ese dinero están destinadas a conservar o mejorar el clima político y económico en el extranjero para esa misma actividad económica norteamericana. Esto también explica la subordinación de los préstamos a la compra de bienes norteamericanos. Porque los bienes podrían transferirse por el comercio multilateral, si el gobierno norteamericano no tuviera empeño en no ayudar al Brasil a comerciar con Europa occidental... y no digamos con los países socialistas. Y el incremento de las dificultades de la balanza de pagos norteamericana no hace sino aumentar esas mismas necesidades norteamericanas.

#### GANANCIAS Y PÉRDIDAS DEL COMERCIO

*Brasil:* Las relaciones comerciales se han ido volviendo desventajosas para el Brasil. Entre 1955 y 1961, los precios pagados por los productos brasileños bajaron considerablemente, y los precios de los artículos norteamericanos de exportación subieron. La consecuencia fue para el Brasil una pérdida mayor que toda la ayuda recibida desde la segunda Guerra Mundial.

*Estados Unidos:* Lo que dice la embajada brasileña acerca de las relaciones comerciales es erróneo. En esferas menos profesionales se califican esos cambios de precio de "proceso de explotación" por parte de los países industrializados, y en especial de los Estados Unidos. Si la embajada brasileña hubiera tomado por base 1947-1949, en lugar de 1950-1953, que fue de precios altos, hubiera llegado a la conclusión opuesta. En todas las décadas, a partir de 1920, las relaciones comerciales fueron para el Brasil más desventajosas que actualmente, y sólo en los cincuenta fueron mejores. También podría hablarse de los "regalos" hechos al Brasil entre 1950 y 1962. La mayoría de los estudiosos serios se muestran muy escépticos acerca de las generalizaciones a largo plazo en materia de las tendencias inherentes a las condiciones del comercio. Si se nos preguntara si los precios del café son hoy demasiado bajos, como economistas sencillamente habríamos de responder que no. La idea de que las naciones industrializadas "deben", en cierto modo, a las naciones que exportan artículos primarios o materias primas cierto nivel de precios de intercambio no parece razonable ni deseable. No hay una conspiración para deteriorar las relaciones de intercambio. Al contrario, la competencia por vender es mayor que nunca.

*Comentario:* El Brasil y otros países pobres están quedando cada vez más atrás respecto de los ya industrializados. Las relaciones económicas entre



ambos, en su conjunto, son de toda evidencia factor contribuyente, cuando no decisivo, en este retraso que padecen los subdesarrollados exportadores de materias primas. Los países que lograron evitar o romper esta relación consiguieron librarse de ese retraso. Si en los treinta y cuarentas las relaciones comerciales fueron menos favorables para el Brasil se debió en buena parte a la depresión y la guerra, porque Latinoamérica accedió en general a las instancias norteamericanas de que bajaran los precios de las materias primas más de lo normal, para contribuir al esfuerzo bélico. Los precios más elevados de 1950-1953 se debieron, claro está, a la Guerra de Corea, durante la cual el mismo argumento ideológico norteamericano tuvo mucho menos peso en el extranjero; y desde entonces, esos precios han vuelto a bajar. Por eso parece difícil aceptar la tesis de que los precios de los cincuenta fueran un regalo para el Brasil.

En cambio, los economistas serios *pueden* demostrar que las relaciones de intercambio, como parte de la relación económica en su conjunto, son demasiado bajas, incluso cuando están más altas, para impedir la explotación y dar lugar al desarrollo del Brasil y otros países pobres. De este modo, la idea de que los países desarrollados deben algo a los subdesarrollados parece perfectamente razonable y deseable a menos que se quiera todavía proponer el argumento de la "mano oculta" que regula las relaciones económicas. Este argumento se ha empleado durante mucho tiempo para disimular el hecho de que el nivel general de vida en el Brasil, y en casi todos los demás países pobres, era *más alto antes* de que se enredaran en la relación de "intercambio", "ayuda" y sobre todo "inversión extranjera" que el nivel actual. Además, no es la competencia, sino el monopolio y los cárteles, protegidos por organizaciones supraestatales como el Mercado Común Europeo, la OTAN, la industria del petróleo, etc., y naturalmente la elevación de los precios, los que marcan el rumbo en el mundo industrializado de nuestros días. Y esto sí es con toda seguridad una conspiración contra el mundo subdesarrollado, al que perjudica.

#### EFFECTOS DEL CAPITAL NORTEAMERICANO EN EL BRASIL

**Brasil:** La ayuda monetaria de los Estados Unidos ha sido bien utilizada en el Brasil. La tasa de aumento del ingreso per cápita ha sido una de las más altas de Latinoamérica en la década de 1950-1961. No hay mejor índice del adecuado empleo de la ayuda extranjera que el elevado coeficiente de crecimiento. Más del 90% de las importaciones consiste en materias primas esenciales, artículos alimenticios básicos, equipo y piezas de repuesto.

**Estados Unidos:** La contribución sustancial del capital público y privado norteamericano al crecimiento de la economía brasileña en general, y de modo especial al deseable cambio estructural en el sentido de la fabricación, la sustitución de los artículos de importación, y la mayor capacidad de exportación, desmienten los clisés relativos al "proceso de explotación".

**Comentario:** Ambos embajadores orientan mal su análisis y exageran los efectos de la ayuda norteamericana, que en realidad ha retrasado el crecimiento económico brasileño. Es inaceptable evaluar el empleo de la ayuda norteamericana en relación a la tasa de crecimiento brasileña, como hace el embajador del Brasil. Como apunta la nota de éste, el crecimiento reciente per cápita en la mayoría de los países latinoamericanos ha sido en gran parte nulo o negativo, mientras que en el Brasil fue de 3% para el periodo posterior a la segunda Guerra Mundial y de 3.9% a partir de 1957. Pero como señala el ministro de Planificación, Celso Furtado, el desarrollo económico más importante del Brasil se produjo en los treinta, cuando la exportación de bienes y capitales norteamericanos, a causa de la depresión, llegaba a su punto más bajo y el Brasil pasaba de la importación de todo su equipo o dotación de capital a su producción en el país. Y durante este decisivo despegue hacia el desarrollo económico, el índice de crecimiento registrado per cápita fue de 0.3%. Así pues, el índice significativo para el buen empleo de los recursos nacionales y extranjeros en el Brasil no es, como da a entender el embajador brasileño, la tasa de crecimiento sino la creación de una capacidad productiva nacional, sobre todo en la industria pesada, e inicialmente para el mercado nacional. La ayuda norteamericana y la inversión no contribuyen, decididamente, a este proceso.

Tal vez sea el empleo de un criterio errado lo que haga al embajador brasileño proceder a esa extraña declaración de que la "ayuda" tuvo por consecuencia la importación de bienes importantes para el desarrollo económico del Brasil. Porque para un país de proporciones continentales, con todas las materias primas imaginables y quizá el mayor potencial agrícola del globo, parece extraño argumento decir que el Brasil está empleando bien sus recursos cuando importa materias primas "esenciales" y artículos alimenticios "básicos" en lugar de importar equipo y tecnología que le permitieran el desarrollo de su potencial. Buena parte del "equipo y piezas de repuesto", para no mencionar el restante 10% de las importaciones, sin duda hubiera debido también producirse en el Brasil.

Aun sin tener en cuenta las consecuencias negativas de la ayuda y la inversión extranjeras, su contribución a la inversión total del Brasil es, al contrario de lo que afirma el embajador norteamericano, minúscula y fácilmente prescindible. Según una estimación brasileña para 1950-1954, toda la inversión extranjera (comprendiendo la norteamericana) ascendió a 1.32% del producto nacional bruto brasileño, o sea 8.2% de la inversión total en el Brasil. Para el periodo de 1955-1959, una estimación brasileña de la parte de la inversión extranjera da 2% de la inversión bruta y 2.8% de la inversión neta. Pero como vimos antes, grandes partes de esta misma pequeña "contribución" del capital extranjero no es contribución ni mucho menos, ya que buena parte de ese capital en primer lugar era brasileña, y solamente es extranjera por su propietario, su control y sus ganancias. Es, pues, evidente que el Brasil podría hallar fácilmente capitales nacionales



que reemplazarían con creces tan pequeña adición extranjera al total de sus inversiones, y al mismo tiempo se evitaría los daños que la inversión extranjera inflige a su desarrollo económico.

La afirmación por parte del embajador norteamericano de que el capital norteamericano ha contribuido al deseable cambio estructural de la economía brasileña se funda aún menos en la realidad. Más bien ha contribuido el capital norteamericano a la concentración de capitales, ya demasiado grande, en São Paulo, en detrimento de otras regiones, sobre todo la del nordeste. De modo semejante, los capitales se concentraron en las industrias de exportación, de fabricación o elaboración y de servicios, en detrimento de las industrias básicas del Brasil. La exclusión arancelaria (de aduanas) de productos relativamente no esenciales ha inducido a capitales nacionales, pero proporcionalmente más a los extranjeros, a la producción de esos mismos productos relativamente no esenciales, pero protegidos. La "sustitución de importaciones" de que habla el embajador norteamericano es, en el mejor de los casos, una espada de dos filos. Mas ni siquiera esa sustitución de algunas importaciones contribuye necesariamente a reducir el total de los artículos importados. Por el contrario, si la inversión se dirige a cierto tipo de industrias, hace "esencial" —como dice el embajador norteamericano en otro contexto— la importación de más materias primas. Si contribuye a la redistribución del ingreso entre grupos con mayor propensión a importar, aumenta el conjunto de los artículos importados. En cuanto a aumentar la capacidad de exportación, que también menciona el embajador norteamericano, la capacidad brasileña de exportar artículos que no sean materias primas sigue siendo manifiestamente baja. Y sin duda es una política bastante discutible esa de emplear los escasos recursos del Brasil para aumentar su capacidad de exportar *materias primas*.

#### POLÍTICA ECONÓMICA PARA EL BRASIL

*Estados Unidos:* Lo que constituye un problema grave para el Brasil es el del aumento de las exportaciones. Como no puede esperar reconquistar la posición predominante que tenía en los mercados del café, el cacao y el azúcar, ocupada por nuevos productores, el Brasil tendrá que seguir el ejemplo del Japón, que cuando vio declinar sus ganancias en la exportación de textiles desarrolló sus astilleros y sus empresas electrónicas. Siguiendo una política semejante, el Brasil podría intensificar sus exportaciones de mineral de hierro, de carne y de productos manufacturados. Y para no apartarse del progreso tecnológico y, por tanto, del económico, debería seguir favoreciendo las inversiones extranjeras.

*Comentario:* Lo que necesita urgentemente el Brasil en la actualidad no es un desarrollo económico más orientado hacia el exterior, sino hacia el interior. Lejos de poner énfasis en las exportaciones, como indica el embajador norteamericano, esto requiere la integración económica regional y sectorial y más industria básica para las necesidades nacionales. Sobre todo

esto no implica ni permite el empleo de los recursos que tan necesarios son para la tarea nacional con el fin de aumentar dos clases de exportaciones de materias primas (mineral de hierro y carne) y satisfacer las necesidades de los países ya industrializados. [Sería económicamente mejor ganar divisas por venta del café, del cual ya tiene capacidad exportadora, en mercados nuevos, es decir en los países socialistas.]

Es difícil comprender de dónde saca el embajador norteamericano que el caso del Japón sería una buena lección para el Brasil. Porque dice que el Japón aumentó sus construcciones navales y su electrónica mientras el Brasil debe aumentar su producción de mineral de hierro y de carne. Además, el Japón está en una fase del desarrollo económico muy distinto de la del Brasil. El mercado exterior que estaba perdiendo el Japón era el de los textiles, no el del café. ¿Cómo logró aquel país alcanzar ese grado de industrialización y desarrollo? No precisamente haciendo lo que el embajador norteamericano prescribe al Brasil, sino todo lo contrario. En realidad, el Japón es el ejemplo más importante entre las economías capitalistas, como la Unión Soviética lo es entre las socialistas, de un país que para poder despegar rumbo al desarrollo económico en un mundo de países ya industrializados e imperialistas empezó por apartarse sustancialmente del comercio exterior y totalmente de la inversión y el control extranjeros. Nótese que a ninguno de los dos países en cuestión le pareció necesario permitir la inversión extranjera para aprovechar la tecnología de los países industrialmente más adelantados. Sólo *después* de haber forjado su estructura económica y su dominio de la misma, que les permitía aprovechar las vinculaciones económicas más íntimas con países ya adelantados, entraron el Japón y la Unión Soviética en tales relaciones. Por eso el Japón es realmente el ejemplo más indicado para la actual organización económica del Brasil, pero la posición nacional que señala es de independencia y no de dependencia. Justo es decir también que por ese camino el Japón se hizo a su vez potencia imperialista, con todo lo que eso implica.

#### CONCLUSIÓN

Los dos embajadores, aunque economistas muy respetables los dos, y de formación semejante, tienen puntos de vista oficiales muy diferentes acerca de las relaciones económicas entre Estados Unidos y el Brasil. Como ellos mismos dan a entender al citar la esquizofrenia diplomática de defender en el extranjero lo que se denuncia en casa y viceversa, sus diferencias seguramente deben atribuirse a las circunstancias e intereses de los dos países y los dos mundos que representan: el de los ricos y el de los pobres. El norteamericano describe una relación en que el santo hermano mayor abnegadamente proporciona buena parte del capital, la tecnología y los buenos consejos (como los del mismo embajador) que el hermano menor necesita para hacerse un adulto independiente e industrializado. Aunque los norteamericanos no le deben nada en realidad al Brasil, hacen conside-



rables sacrificios por ayudarlo, y si en la operación tienen alguna ganancia, es totalmente accidental y ajena a la relación. Pero como se le hace muy cuesta arriba al brasileño aceptar este cuadro ideal, insinúa que la ayuda norteamericana en realidad es importante para la propia economía norteamericana, que la mano que ayuda no da gran cosa y que la otra mano se lleva por el comercio eso y mucho más. Pero como al mismo tiempo el representante oficial diplomático brasileño lo es, entre otros grupos de influencia, de los que en el Brasil se benefician con las actuales relaciones entre los dos países, el cuadro que pinta no es muy sombrío.

Renunciando a la diplomacia, pero limitando de todos modos la discusión en gran parte a los temas tratados por los dos embajadores, el autor de los comentarios indica que en su forma actual esta relación no es "poco" ni "mucho" benéfica sino decididamente perjudicial para el Brasil. Lejos de aportar capitales a la economía brasileña y de mejorar la estructura de la misma, los Estados Unidos sacan capitales del Brasil y con lo que queda controlan los capitales brasileños y los orientan hacia la mayor dependencia del Brasil respecto de los Estados Unidos, al mismo tiempo que impiden el crecimiento económico del Brasil. Las condiciones en que se realiza el intercambio no son accidentales ni ajenas al proceso sino parte integrante del mismo. Lejos de señalar el camino hacia la industrialización y el desarrollo del Brasil, el embajador norteamericano recomienda políticas (énfasis en la empresa privada, inversión extranjera, aumento de las exportaciones de materias primas, etc.) que mantendrían al Brasil en su posición de economía subdesarrollada y dependiente. Resulta, pues, que los Estados Unidos toman con las dos manos y que el cuadro no es ni ideal ni regular, sino muy sombrío.

Aún más sombrío y hasta decididamente negro sería si el análisis fuera más allá de los temas escogidos y abarcara todo el conjunto de las relaciones económicas entre el Brasil y los Estados Unidos. Piénsese, por ejemplo, en la imposición, con amenaza de suspender los créditos a corto plazo, de la política del Fondo Monetario Internacional. Supuestamente para reducir los déficits de la balanza de pagos, esta política requiere la reducción de las restricciones al intercambio y permite la salida de más capitales del Brasil; en la devaluación brasileña para hacer el cruzeiro más barato y el dólar más caro; en las medidas pseudoantinflacionarias que hacen pasar los ingresos de los pobres a los ricos, con lo que debilitan la producción nacional y aumentan la demanda de artículos de importación... todo lo cual produce nuevos déficits en la balanza de pagos, nuevos préstamos, y nuevas dosis de la misma medicina del FMI.

Podría uno preguntarse por qué, siendo esta "ayuda" tan perniciosa para el Brasil, la permite éste y aun la busca. La respuesta está otra vez en la propia relación brasileño-norteamericana. Primeramente, claro está, esta relación proporciona a *algunos* brasileños beneficios y poder. Estos grupos aplican entonces ese mismo poder a esfuerzos por mantener la relación. En

segundo lugar, con el tiempo, Brasil se hará tan dependiente que la ruptura costaría cara en breve plazo —cualesquiera que fueran los beneficios a largo plazo— de modo que otros muchos grupos, y en especial cualquier gobierno, están poco dispuestos a realizarla. De modo que, a breve plazo, al no recibirse créditos para refinanciar la deuda ya existente, habría que reducir las importaciones, que son necesarias asimismo a breve plazo, porque en todo ese tiempo la misma relación económica ha destruido o impedido la creación de capacidad productiva que haría innecesarias esas importaciones. Si, apartándose aún más de esa relación, se amenazara a las inversiones norteamericanas, el costo a breve plazo, como lo demuestra el caso de Cuba, es la detención de toda transacción comercial. En una palabra, el Brasil y otros países se hallan en una relación semejante a la esclavitud por deudas, parecida a la del campesino con su amo prestamista en todo el mundo, relación en que la misma explotación parece hacer necesaria su continuación.

Finalmente, y como lo muestran el análisis hecho por el embajador norteamericano y en parte el del embajador brasileño formado en los Estados Unidos, este país proporciona también (valgan poco o mucho) la ciencia de la economía y la ideología que intentan hacer creer que esa relación de explotación es realmente necesaria y deseable.



Es una locura que una nación espere ayuda desinteresada de otra.

George Washington

Los Estados Unidos no tienen amigos. Tienen intereses.

John Foster Dulles

En el capítulo anterior tuve ocasión de examinar los puntos de vista oficiales brasileño y norteamericano sobre las relaciones entre ambos países, según las exposiciones hechas por Roberto de Oliveira Campos, a la sazón embajador brasileño en Washington y ahora ministro a cargo de la política económica en la dictadura militar que asumió el poder en abril, y por Lincoln Gordon, que era y es aún embajador norteamericano en Brasil. Mis conclusiones indicaban que ambas opiniones oficiales son erróneas: los Estados Unidos no ayudan a Brasil ni mucho (Gordon) ni poco (Campos), sino que más bien lo explotan sin conmiseración, malogrando y distorsionando su desarrollo económico. En este ensayo propongo internarme con mayor profundidad en este problema, con la esperanza primordial de arrojar luz sobre algunos de los muchos —y por lo general ocultos— mecanismos de que hacen uso los países imperialistas en sus relaciones con las naciones coloniales y semicoloniales del mundo subdesarrollado.

#### EL FLUJO DE CAPITAL DE BRASIL A LOS ESTADOS UNIDOS

Es creencia generalizada que los Estados Unidos y otros países capitalistas desarrollados aportan a las naciones subdesarrolladas más capital que el que reciben de ellas. Empero, todas las estadísticas disponibles, incluso las compiladas por organismos oficiales de los propios países desarrollados, muestran precisamente lo contrario. Entre 1947 y 1960, el flujo de fondos de inversión a cuenta de capitales privados de los Estados Unidos hacia Brasil totalizó 1 814 millones de dólares, en tanto que el reflujo de amortizaciones, ganancias, regalías, intereses y otras transferencias de capital sumó 3 481 millones. Para los siete países más importantes de América Latina (Argentina, Brasil, Chile, Perú, Venezuela, Colombia y México), las cifras

\* La versión original se publicó en inglés en *Monthly Review* en septiembre de 1964 y en español en diversas revistas en Argentina, Venezuela y Cuba. El ensayo fue escrito como réplica a una crítica norteamericana del ensayo que aquí se reproduce como capítulo 8.

conservadoras del Departamento de Comercio de Estados Unidos correspondientes al periodo 1950-61 arrojan un total de inversiones privadas norteamericanas de 2 962 millones de dólares, mientras que las remesas de ganancias e intereses ascienden a 6 875 millones; agregando los préstamos americanos en el mismo lapso, queda todavía, según los cálculos conservadores, una diferencia neta de 2 081 millones de dólares en favor de los Estados Unidos.

Mi intención, aquí, sin embargo, no es extenderme acerca del volumen de esta transferencia de capital de Brasil y otros países hacia Estados Unidos. Me importa más bien investigar algunas de las razones que originan este flujo de capital tan altamente negativo para Brasil y otros países. Cada vez que los hechos obligan a voceros comerciales, políticos y por desgracia también académicos de los Estados Unidos a admitir la existencia de este flujo de capital de los países pobres y subdesarrollados a los de opulento desarrollo, intentan su defensa en estos términos: o dicen que la tendencia es producto de la elección accidental o deliberada de un año o grupo de años en que el reflujo de las inversiones anteriores resulta mayor que el flujo de inversiones nuevas, o afirman en cambio, y aun simultáneamente, que este drenaje de capital de los pobres países subdesarrollados los ayuda en realidad a desarrollarse, y que es normal y lógico que el flujo de capital hacia el país inversor y prestamista —en este caso Estados Unidos— sea mayor que el capital aportado, en razón de que, después de todo, las ganancias y los intereses legítimamente ganados en el exterior deben sumarse a la amortización y devolución de las inversiones originales.

Los hechos de la vida económica invalidan totalmente esta lógica norteamericana. Si la diferencia entre el flujo y reflujo de capitales a Brasil es tan normal y legítima como dicen sus defensores, ¿cómo se explica que, según el extinto presidente Kennedy, el flujo de capital de los países subdesarrollados hacia Estados Unidos en 1960 fue de 1 300 millones de dólares frente a una inversión total de 200 millones de dólares, mientras con relación a los países avanzados de Europa occidental la inversión norteamericana (1 500 millones de dólares) superó al reflujo (1 000 millones) por amplio margen? (citado en *O Estado de São Paulo*, 12 de abril de 1963). ¿Cómo es que *U. S. News & World Report* (diciembre 25, 1961), con datos del Departamento de Comercio, obtiene la misma consecuencia para el quinquenio 1956-61, esto es, una relación entre el flujo de entrada en Estados Unidos y el flujo de salida de Estados Unidos del orden del 147 por ciento para América Latina, del 164 por ciento para todo el mundo subdesarrollado y del 43 por ciento para Europa occidental? Para eliminar más completamente la posibilidad de que la diferencia puede deberse a la comparación accidental de años en que el reflujo supera al flujo de capitales dirigido a los países subdesarrollados, podemos agregar (como no lo hace nunca el Departamento de Comercio) los ingresos y egresos de capital



hacia y desde los Estados Unidos, registrados por el *Survey of Current Business*, para demostrar que el egreso total de capitales norteamericanos entre 1950 y 1961 fue de 13 708 millones de dólares, y el "correspondiente" reflujo ascendió a 23 304 millones, vale decir una relación de flujo de entrada-flujo de salida de 177 por ciento.<sup>1</sup> ¿Hemos de creer normal y legítimo que las ganancias y los intereses percibidos por Estados Unidos, en los débiles países subdesarrollados sean muy superiores a los obtenidos en los países fuertes y desarrollados, inclusive en Estados Unidos?

La disparidad entre los influjos y reflujos de capital se ilustra aún más patéticamente examinando, como intentaré hacerlo ahora, la fuente y la composición de estos flujos, sin necesidad de apelar a teorizaciones simplistas. En primer lugar, el argumento de que es sencillamente lógico que los ingresos del capital norteamericano excedan a los egresos debido a que, después de todo, éste tiene derecho a una ganancia, se basa en la suposición implícita, pero errónea, de que el influjo de capital oficial hacia Estados Unidos representa ganancias de un capital que Estados Unidos enviaron previamente al exterior. En realidad, gran parte del capital sobre el cual los norteamericanos "ganan" beneficios en Brasil es de origen brasileño, y norteamericano sólo por la posesión, el control y las ganancias que reporta. Los orígenes brasileños del capital "norteamericano" son múltiples. Sólo nos ocuparemos aquí de los que corresponden a préstamos, concesiones y privilegios en materia de divisas extranjeras.<sup>2</sup>

Los préstamos directos del Banco de Brasil (gubernamental) a firmas norteamericanas y consorcios mixtos brasileño-norteamericanos son corrientes en la industria, el comercio y la agricultura. Los dos gigantes norteamericanos del comercio algodónero, SANBRA y Anderson & Clayton, recibieron en 1961 préstamos del Banco de Brasil por 54 000 millones de cruzeiros, o sea el 47 por ciento de la cartera total del banco para préstamos a la agricultura y la industria (informe del legislador Jacob Frantz en un debate parlamentario y citado en *Seminario*, 30 de mayo-6 de junio, 1963). Al represtar este dinero (con mayor interés, desde luego) a los mayoristas y productores de algodón, a quienes de esa manera controlan; al comprar los stocks cosechados para almacenarlos en depósitos provistos por el gobierno y especular luego, y al monopolizar sectores importantes de la organización y distribución, estas firmas norteamericanas utilizan capital brasileño para controlar gran parte del mercado algodónero brasileño interno y de ex-

<sup>1</sup> Estos totales pueden computarse según los siguientes números del *Survey of Current Business*: noviembre de 1954, pp. 9, 13; agosto de 1955, pp. 18, 20; agosto de 1957, p. 25; agosto de 1959, p. 31; agosto de 1961, pp. 22, 23; agosto de 1962, pp. 22, 23.

<sup>2</sup> Notarán los lectores que el autor omite por completo la fuente aislada más importante, a saber: las remesas de ganancias a Estados Unidos, por parte de las sucursales y subsidiarias de empresas norteamericanas, de una importante proporción de las ganancias obtenidas a través de sus operaciones en Brasil. (Nota de Leo Huberman y Paul M. Sweezy.)

portación (como hacen también con el de muchos otros países), y para enviar sus ganancias a Estados Unidos. Las empresas Swift, Armour y Wilson (recientemente complicadas en un escándalo público por exportar una parte de la carne consignada a ellas por el gobierno para el consumo interno, y retener otra parte con fines especulativos), la American Coffee Company, subsidiaria de A. & P., y otros monopolios norteamericanos obtienen del mismo modo abultadas ganancias utilizando capital brasileño para monopolizar sectores críticos de los mercados internos y de exportación. Los bancos norteamericanos, como el ubicuo National City Bank of New York, las compañías de seguros y otras instituciones financieras, a todas luces operan casi totalmente con capital brasileño, prestan gran parte de él a firmas norteamericanas no financieras en Brasil, y sirven de conducto para enviar sus ganancias y las de otros, obtenidas gracias al capital local, de "retorno" a Estados Unidos.

Especialmente en el sector de servicios públicos, la propiedad y las ganancias del llamado capital norteamericano se basan no en inversiones de capital, sino en concesiones, tarifas exorbitantes y otros privilegios. El capital es proporcionado por Brasil. La São Paulo Light Co. (ahora fusionada con la Rio Light, la Rio Gas, la Brazilian Telephone y otras empresas que forman la Brazilian Traction Co.) obtuvo en 1907 una concesión ya acordada a dos personas brasileñas, hasta 1950, y en ese año consiguió una prolongación hasta 1990. Contratando como abogado a un ex-presidente para librar una batalla legal que recorrió diversos tribunales hasta llegar a la Suprema Corte —todavía formada por los amigos del ex-presidente— la compañía obtuvo en 1923, en contra de las estipulaciones del contrato, que se le extendiera la concesión en favor de su subsidiaria telefónica. Más adelante se prolongó también la concesión de la subsidiaria de gas. Para formar su capital inicial la São Paulo Light emitió bonos por 6 millones de dólares. Luego se apoderó del servicio de transporte público ya existente y sus propiedades anexas. Siguiendo el procedimiento usual, las diversas compañías eléctricas financiaron la extensión del servicio a nuevas áreas mediante suscripciones y posteriormente préstamos obtenidos de las propias comunidades que iban a ser beneficiadas, mientras que los equipos eran adquiridos con las ganancias obtenidas de las exorbitantes tarifas de servicios públicos. Aun así, como puede atestiguarlo cualquier usuario, el servicio marcha siempre muy por detrás de la demanda (el racionamiento de electricidad es hoy normal en Río, y a veces determina apagones de cinco horas diarias). A través de la influencia política y el soborno, la compañía se las arregló para demorar en un lugar determinado, durante quince años, la construcción de instalaciones en competencia con ella. En 1948 recibió 90 millones de dólares en préstamos del Banco Mundial, para lo cual obtuvo la garantía del gobierno brasileño. Parte de estas divisas extranjeras se usaron, desde luego, no para importar nuevos equipos sino para convertir en dólares las ganancias en cruzeiros, y remitirlas a Estados Unidos. Con



el fin de ocultar la existencia de ganancias exorbitantes, la compañía aumentó su base de capital distribuyendo dividendos en acciones a sus propietarios. Entre 1918 y 1947, la Brazilian Traction obtuvo ganancias por 550 millones de dólares, de los cuales 165 millones fueron enviados a Estados Unidos. Ahora que los servicios públicos han dejado de ser provechosos en relación con otras industrias, y que el gobierno desea apropiarse de ellos para ampliarlos de acuerdo con las necesidades, los propietarios norteamericanos ponen en juego toda la presión posible, diplomática y de otros tipos, para volver a obtener, mediante un procedimiento que muchas veces ha tenido éxito, el valor de los equipos multiplicado gracias a la "expropiación". (Fuentes: Paulo F. Alves Pinto, *Antología nacionalista*, vol. II, citado en Barbosa Lima Sobrinho, *Máquinas para transformar cruzeiros en dólares*, y Silvio Monteiro, *¿Cómo actúa el imperialismo yanqui?*)

Al hablar ante el Senado brasileño en 1953, el ministro de Hacienda del presidente Vargas dijo: "Tengo que declarar que el capital extranjero... exige garantías para entrar en el país; mayores garantías para permanecer, y aún mayores garantías para retirarse de él. Por lo tanto, no lo considero deseable para ningún país, y menos para Brasil" (citado en Osny Duarte Pereira, *¿Quién hace las leyes en Brasil?*, p. 97). Tras el establecimiento de una empresa petrolera estatal y la amenaza de hacer lo propio con la energía eléctrica, el gobierno de Vargas, debido a las presiones internas y externas, fue reemplazado por otro que proponía la "creación de un clima favorable a la inversión de capital extranjero en el país". Con esta finalidad la Superintendencia de Moneda y Crédito (SUMOC) dictó la ordenanza 113 de acuerdo con la cual, según palabras del presidente de la Federación de Industrias del Estado de São Paulo, "las firmas extranjeras pueden introducir todo su equipo a la cotización del mercado libre... las nacionales, en cambio, deben hacerlo mediante los permisos de cambio establecidos en las categorías de importación. De esta forma se creó una verdadera discriminación contra la industria nacional. No queremos tratamiento preferencial, pero sí igualdad de oportunidades" (citado en Jocelyn Brasil, *O Pao, O Feijao e as Forças Ocultas*, p. 125). Más aún, a las firmas extranjeras se les permitió importar equipo usado (a menudo ya depreciado en el país de origen por razones impositivas) mientras las brasileñas sólo podían importar maquinaria nueva. Como resultado de ello los brasileños, que por esta causa no podían competir con las firmas extranjeras y/o sufrían la imposibilidad de obtener asignaciones de divisas extranjeras por parte del Banco Central, fueron obligados a combinarse con empresas no brasileñas que, aunque no aportaran mucho capital a la empresa común, podían ayudar a la capitalización por sus privilegios como extranjeras. Diez años después de Vargas, el presidente Goulart (*O Semanario*, septiembre 26, 1963) pudo aún decir:

En rigor, no es comprensible, y mucho menos justificable, que en esta época de recrudescimiento de los gravámenes sobre el pueblo, innumera-

bles productos superfluos o fácilmente prescindibles, consumidos principalmente por las clases más ricas, sigan gozando del beneficio de un tipo de cambio de 475 cruzeiros (la tasa del mercado era entonces de 800 cruzeiros). El mismo tipo de cambio de los productos del petróleo y otras mercaderías básicas se aplica al extracto de whisky y de Coca-Cola... La desaparición de nuestros magros recursos en divisas se produce no sólo a través de las importaciones. La concesión de privilegios de cambio para remitir divisas extranjeras destinadas al pago de servicios no esenciales causa los mismos efectos dañosos a nuestro balance de pagos.

Es digno de notar que, fueran "fascistas" o "comunizantes" u otra cosa, según la prensa extranjera ha calificado respectivamente a Vargas y Goulart, el poder efectivo de estos presidentes fue a todas luces insuficiente para combatir a las fuerzas, de dentro y fuera de sus propios gobiernos, que son beneficiarias y defensoras de los privilegios acordados a intereses internos y extranjeros pequeños pero poderosos, a costa del desarrollo nacional. Existen, desde luego, intereses brasileños influyentes que colaboran con ahínco para el otorgamiento de capitales brasileños a firmas norteamericanas toda vez que, al estar asociados con el poderoso aliado del norte, les es posible recibir algunas de las migajas.

#### *Consecuencias sobre la estructura económica e industrial brasileña*

Los abogados de las supuestas ventajas que las inversiones norteamericanas representan para Brasil afirman a menudo que la distribución de esas inversiones entre los sectores productivos del país receptor contribuyen al desarrollo económico de éste, y que la resultante sustitución de importaciones va capacitando a la economía brasileña para lograr un crecimiento general y de base propia. Los hechos no confirman ninguna suposición de este tipo.

Ya hemos destacado parcialmente qué clase de contribución hace el capital poseído —pero no suministrado— por los norteamericanos al desarrollo brasileño en los sectores del comercio y los servicios públicos que, según el Departamento de Comercio, absorben el 43 por ciento del total. De las 791 firmas existentes en Brasil en 1960, cabe poner en tela de juicio el supuesto aporte esencial hecho al desarrollo económico por las 125 empresas de importación, exportación y otros ramos comerciales; los bancos, las compañías de seguros, las prestamistas y otras instituciones financieras que totalizan 64; la distribución del petróleo (por parte del consorcio monopolista internacional de larga fama); el comercio al por menor (por ejemplo Sears and Roebuck, que fuera de Estados Unidos constituye una cadena de tiendas de lujo), y los hoteles, los cines, las agencias de publicidad y propaganda y otros servicios (incluida la provisión de toallas) que componen otras 77 contribuciones dudosas a la formación de una base sólida para el desarrollo económico brasileño (Barbosa Lima Sobrinho,



citando a Editora Banas en *Semanario*, septiembre 26, 1963). La Coca-Cola construyó o por lo menos equipó en Brasil una planta de producción.

En cuanto al 54 por ciento del capital norteamericano que el Departamento de Comercio atribuye a la actividad manufacturera, no se da una descripción detallada. En 1959, la industria de artículos livianos de consumo componía el 48 por ciento de la manufactura extranjera, incluida la norteamericana, en Brasil. De esa proporción, el 20 por ciento correspondía al sector de alimentos y bebidas, dentro del cual se contaban 17 firmas embotelladoras y fábricas de helados (Editora Banas, *Capital extranjero en Brasil*). Aun el 40 por ciento de la inversión norteamericana que el Departamento de Comercio asigna a industrias básicas carece de significación. Para que sirva de base a una industrialización y un crecimiento autónomos la inversión debe, sin discusión, producir los equipos y materiales —acero, maquinaria, camiones, tractores— necesarios para desarrollar la producción. Pero el grueso de estas inversiones está ubicado en el sector de la industria automovilística, que no se dedica con preferencia a la producción de camiones y tractores, necesarios para impulsar el desarrollo, porque esta rama no ofrece una rentabilidad inmediata. En lugar de ello, los capitales buscan el máximo beneficio posible en la producción de automóviles de pasajeros para el mercado de los consumidores de altos ingresos.

En general, pues, las empresas norteamericanas en Brasil tienden a producir artículos no esenciales, y esto lo hacen en gran medida con capital brasileño.

Pero ello no es todo. La composición de la inversión extranjera y sus efectos sobre la estructura de la economía brasileña son fundamentales para el mantenimiento del subdesarrollo en esa región. A menudo se afirma que la inversión norteamericana promueve una sustitución de importaciones que confiere al Brasil capacidad para alcanzar un desarrollo económico de bases y conducción autónomas. Al examinar solamente las inversiones norteamericanas en los sectores más esenciales descubrimos, por desgracia, que los hechos prueban precisamente lo contrario. Las corporaciones inversoras gigantes —y esto es característico de la inversión norteamericana en Brasil y otras regiones— establecen en el exterior instalaciones que cubren sólo una parte de un proceso productivo particular, mientras conservan bajo control inmediato, en su país de origen, otra parte que puede ser más pequeña pero de importancia fundamental. El ejemplo típico lo constituye una de las plantas de montaje operadas en Brasil por una corporación norteamericana. Esa fábrica depende expreso de la importación de equipos básicos, piezas sueltas, repuestos que a veces incluyen componentes críticos de compleja elaboración, materias primas vitales, patentes, personal técnico, transporte, seguros y, sobre todo la planificación técnica y organizativa del proceso de producción.<sup>3</sup> Lo que es más importante, este sistema

<sup>3</sup> Una fisonomía similar ha sido advertida y criticada por el observador norteamericano John Gerassi (*The Great Fear*, 1963), en el petróleo, la minería, la siderúr-

sirve también para eliminar las posibilidades reales o potenciales que puedan ofrecerse a la ingeniería y la inventiva de los brasileños, y para encadenar el desarrollo tecnológico del país a la estructura económica norteamericana; ello obedece, por supuesto, a que las soluciones de los problemas técnicos están ya engranadas al proceso productivo en Estados Unidos y se exportan a Brasil bajo la forma de la organización tecnológica establecida allí.

La economía brasileña se encuentra aún más encadenada a la norteamericana, mucho más poderosa, cuando los intereses de Estados Unidos “cooperan” con el capital brasileño en empresas conjuntas, o cuando las firmas norteamericanas consignan parte del proceso productivo a los abastecedores locales de componentes separados. Mientras la propaganda dice que Estados Unidos está estimulando la empresa privada y el desarrollo económico, la realidad revela que las corporaciones norteamericanas utilizan el capital brasileño para sus propios fines, transfiriendo parte del riesgo y costo de las fluctuaciones en la demanda a los proveedores locales, canalizando el capital brasileño hacia el abastecimiento de mercaderías y servicios que multiplican las ganancias de las corporaciones, y convirtiendo a la economía brasileña en apéndice de ellas mismas en particular, y de la economía norteamericana en general. Es más, la influencia de Estados Unidos aumenta no sólo en la economía sino también en la vida política de Brasil; y lo que resulta más interesante, a la luz de la propaganda relativa a la sustitución de importaciones, es que como resultado de este proceso la determinación norteamericana se impone cada vez más, incluso en lo que hace a la composición de las importaciones brasileñas. Las exportaciones, desde luego, han estado casi siempre en manos de los norteamericanos. De este modo, lo que los norteamericanos llaman “el proceso natural de sustitución de importaciones” es considerado por los brasileños —excepción hecha de los que cooperan directamente con el mecanismo— como lo que realmente es: la dominación progresiva de la economía brasileña y la estrangulación de su capacidad para el desarrollo nacional.

El problema de las importaciones es agravado por el de las exportaciones, ya que éstas no guardan proporción con aquéllas. La Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL) observa que, descartando el petróleo, las exportaciones latinoamericanas sólo han aumentado en un 40 por ciento desde 1938, mientras el comercio mundial se ha duplicado y el de los países desarrollados se ha triplicado. La CEPAL destaca también que “el deterioro de América Latina en el comercio mundial es uno de los motivos más importantes de la estrangulación de su desarrollo económico y social” (*Jornal do Brasil*, enero 22, 1964). Agréguese a esto el drenaje de capitales hacia fuera de Brasil y el mal uso de los recursos nacionales, engendrado por la inversión extranjera, y se tendrá

gica, los automóviles, la construcción de máquinas y otras industrias norteamericanas.



como resultado el déficit crónico de la balanza de pagos brasileña. Ahora hablemos de los préstamos extranjeros.

Se nos quiere hacer creer que estos préstamos también generan desarrollo. La verdad es que, cada vez en mayor medida, esos préstamos quedan depositados en los bancos de Nueva York para cubrir las necesidades de dólares de los norteamericanos que operan en Brasil. Como lo ha destacado repetidas veces Simon Hanson en su *Latin American Letter* (para hombres de negocios norteamericanos) y en *Inter-American Economic Affairs* (verano, 1962) los dólares de la Alianza para el Progreso están destinados a servir como fuente de las divisas que Brasil necesita para rescatar el capital que poseen (pero que como hemos visto no han aportado) los norteamericanos en los servicios públicos brasileños, y para pagar la importación de equipos, materiales, técnicos y servicios "necesarios" que las corporaciones norteamericanas han implantado en la estructura subdesarrollada de la economía brasileña. Como estos préstamos involucran ataduras económicas y políticas, Brasil va perdiendo en beneficio de los intereses extranjeros el control de sectores críticos de su economía en materia de inversiones extranjeras, producción interna, exportación, importación y préstamos. Esta pérdida de control integra aún más a la débil economía brasileña como apéndice de la poderosa economía norteamericana; somete en forma creciente a los aliados oligárquicos brasileños de los intereses norteamericanos bajo la férula de Estados Unidos e introduce profundamente el subdesarrollo estructural en las bases mismas de la sociedad brasileña.

Al margen de estas consideraciones, pueden resultar esclarecedoras algunas observaciones acerca de las características recientes de la ayuda norteamericana al Brasil. Cabe notar que, aunque están incluidos en los totales de ayuda en dólares, los préstamos de la ley 480, llamados eufemísticamente "Alimentos para la Paz", no proveen un solo dólar, pues se componen exclusivamente de los cruzeiros obtenidos al vender en Brasil los excedentes de trigo norteamericano. Como toda política de "dumping", esta operación representa una competencia desleal e inhibe el desarrollo de la producción triguera brasileña.

El más importante proyecto financiado por los norteamericanos en Brasil, la usina siderúrgica de Volta Redonda, fue en realidad construido por los Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial con el fin de contar con una fuente de provisión de acero para las necesidades bélicas norteamericanas. Y los brasileños han estado pagando el costo de la obra desde entonces. En cuanto a la tan pregonada ayuda para el desarrollo del "deprimido nordeste", el gobernador de uno de los estados de la región ha hecho notar públicamente el hecho de que con 25 millones de habitantes y uno de los niveles de vida más bajos del mundo, esta área recibió de la Alianza para el Progreso 13 millones de dólares, en tanto que el estado de Guanabara (incluida la ciudad de Río de Janeiro), con 4 millones de habitantes y el más alto ingreso per cápita entre los 22 estados del Brasil,

recibió 71 millones de dólares. El gobernador de este último estado, que es el candidato presidencial de los intereses estadounidenses, es el candidato presidencial de los intereses estadounidenses, que para los dólares provistos por los norteamericanos en trabajos públicos, y en tanto que leyendas sobre las "obras del gobierno de Carlos Lacerda", y en tanto que yectos tales como el de obligar a los habitantes de los lugares a mudarse a la "Villa John Kennedy", ubicada a veinte millas de la ciudad, y levantar sus viviendas situadas en el centro urbano para levantar allí un nuevo hotel de turismo. ¡Eso es desarrollo!

### Subdesarrollo, industrialización e inversión extranjera

Por último, podemos aventurarnos brevemente en un paréntesis que no duda el más difícil pero también el más importante de todos: la realidad económica del subdesarrollo y del desarrollo, y el papel que han jugado en ese campo el comercio y las inversiones del exterior. La historia de esa historia que son fundamentales para la comprensión del subdesarrollo, y los más conocidos, son empero echados prudentemente al olvido, y se crean círculos.

La expansión del mercantilismo y el capitalismo metropolitanos hacia América Latina, África y Asia originó la destrucción de economías agrícolas e incluso industriales productivas y viables que existían en estas regiones, y especialmente en México, Perú, África oriental y occidental e India. Introducidas generalmente por la fuerza de las armas y establecidas en estas sociedades (y en las más nuevas, como el caso de Brasil) alianzas con las oligarquías explotadoras, tradicionales o recién creadas, las economías metropolitanas redujeron a la mayoría de la población mundial a niveles abyectos de miseria que ésta nunca había sufrido bajo sus amos anteriores, locales o extranjeros. En nuestros tiempos se ha puesto de moda llamar a estas sociedades "subdesarrolladas", como si siempre lo hubieran sido. Las potencias metropolitanas en desarrollo saquearon a los pueblos de estas colonias económicas y políticas, despojándolas de un capital que utilizaron para industrializar sus propias economías. Al incorporar a estos pueblos a lo que hoy se denomina eufemísticamente mercado mundial, convirtieron a sus economías, ahora sí en proceso de subdesarrollo, en apéndices de las metrópolis. Como hemos visto más arriba, tal proceso se repite sin variantes hasta hoy.

No se piense que Estados Unidos son sólo recién llegados en este proceso de explotación que produce desarrollo para algunos a expensas del subdesarrollo de otros. Es oportuno recordar que el capital industrial originario en el nordeste norteamericano se originó en gran parte en el comercio de esclavos y en la producción de la esclavitud sureña. Aunque las formas han sido modernizadas, el contenido y los efectos de la expansión del capitalismo en la época contemporánea siguen siendo lo que fundamentalmente han sido siempre: el nivel de vida de la mayoría de la población mundial



descendiendo. La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) aporta algunas pruebas. Tomando como base 100 la producción de alimentos per cápita en 1934-38, los niveles de los tres años de cosecha de 1959-60, 1960-61 y 1961-62 fueron de 99, 100 y 98 en América Latina, África y Asia respectivamente; en cambio, ascendieron a 113 para el mundo en conjunto, y a 145 para los países universalmente conocidos por el fracaso de su agricultura, es decir, la Unión Soviética y Europa oriental (FAO, *Estado de la agricultura y la nutrición en el mundo*, 1962, p. 15 de la ed. esp.). Pero estas cifras revelan sólo una parte de la historia. La otra se encuentra en la incidencia combinada de las tasas ínfimas o negativas de crecimiento económico, y de la creciente desigualdad de la distribución de la renta en países sobre los cuales se dispone de cifras, como Brasil, Argentina, México y la India. El resultado es que mientras los explotadores internos y extranjeros se enriquecen, las masas del pueblo de los países subdesarrollados sufren una declinación absoluta en sus ingresos per cápita. Vale la pena destacar que en los casos de Brasil, Argentina, México e India, y que en el resto del mundo subdesarrollado donde esta tendencia se da con creciente visibilidad, surge cada vez con mayor vigor la industria liviana y mediana de producción de bienes de consumo, de acuerdo con las limitaciones que imponen los monopolios industriales de alcance mundial de los países imperialistas avanzados. Este "desarrollo" industrial somete a los países subdesarrollados a una situación de extrema dependencia económica al obligarlos a recurrir a ellos para adquirir los bienes de capital necesarios, y tecnológica al tener que adoptar el mismo proceso industrial de los países imperialistas y sus monopolios. Es esta estructura monopolista general del mercado mundial capitalista y esta particular relación monopólica de dominación lo que explica ese aparente crecimiento económico de ciertos países subdesarrollados durante los años inmediatos a la posguerra, y gran parte de su verdadero estancamiento económico que se da en la actualidad y que continuará, con toda seguridad, en el futuro.

Este artículo ha intentado ofrecer alguna información sobre ciertos mecanismos de la explotación imperialista en los países subdesarrollados. No es ni pretende reemplazar a la investigación profunda de la estructura y transformación del sistema imperialista. Pero ocurre que estos mecanismos estructuralmente derivados del imperialismo en acción, aunque sin duda familiares para los imperialistas y sus aliados comerciales y diplomáticos, son muy poco conocidos para muchos de los que combaten al imperialismo. De todos modos, la comprensión del imperialismo contemporáneo en su acción es esencial para el basamento teórico de toda lucha exitosa contra el sistema. Y existen todavía en funcionamiento muchos otros mecanismos imperialistas (Hamza Alavi informó recientemente sobre algunos de ellos en "U. S. Aid to Pakistan", *Economic Weekly*, Bombay, número especial de julio de 1963, reimpreso en francés bajo el título "Pakistan: le fardeau

de l'aide americaine", en *Revolution*, París). Pero aun en los casos en que existen informes sobre los mecanismos económicos del imperialismo, generalmente se trata de estudios de firmas, industrias e incidentes aislados. Su lectura se torna así tediosa y árida, como lo habrán comprobado los que siguieron nuestro artículo hasta aquí. Por otra parte, a falta de una información más amplia y cuantitativa sobre temas como las tasas y sumas totales de ganancias, las concesiones, el control financiero, las empresas conjuntas imperialistas-nacionalistas, etc., sólo podemos llegar por ahora a una comprensión aún muy deficiente de estos mismos mecanismos imperialistas. Es de esperar, por lo tanto, que los estudiosos de los países subdesarrollados, así como los de regiones y sectores subdesarrollados de las naciones industriales, aporten datos cada vez más completos sobre la cruda realidad del imperialismo.



Estos años han sido testigos del nacimiento y desarrollo de dos zonas de libre comercio en América Latina, ubicadas respectivamente en la parte sur y central del continente. Las semejanzas superficiales que ambas pudieran tener con el Mercado Común Europeo (MCE) no deben inducir a la errónea concepción de que los pasos dados para la integración económica latinoamericana llevarán a los mismos resultados que el experimento europeo. Aparte del hecho de que una zona de libre comercio es una forma de integración mucho más débil que un mercado común, las condiciones de Latinoamérica son en gran medida distintas, especialmente en tanto es un área con bajo grado de desarrollo económico y alto nivel de dependencia del imperialismo.

### *El problema agrario*

Actualmente, casi no hay comercio intrarregional en Sudamérica, por no mencionar a América Central. Por lo tanto, la única trascendencia de una zona de libre comercio, de una unión aduanera, o de acuerdos similares, es la creación de un mercado potencial suficientemente amplio como para atraer y justificar las inversiones para la industrialización de América Latina. Aquellos que proponen la demarcación de una zona de libre comercio se basan en la aseveración de Adam Smith, según la cual la división del trabajo depende de la extensión del mercado. Pero la historia demuestra que la amplitud del mercado depende a su vez menos de la extensión territorial que del ingreso de los consumidores. De ahí que incrementar la superficie antes que preocuparse por la profundización del mercado es, a lo sumo, sólo un paso secundario en la dirección correcta y, en su peor aspecto, que es lo que me propongo desarrollar aquí, un paso prematuro que apunta a impedir el paso más significativo y necesario que es el problema de la pobreza y la baja productividad, especialmente en lo que atañe a la agricultura.

Aun dejando en segundo plano las necesidades vitales y el bienestar de los pueblos, y tomando en consideración sólo la demanda y la oferta efectivas del sector industrial, la historia continúa aportando suficiente evidencia de la importancia primaria que tiene el problema del agro. El éxito de la industrialización de Europa occidental dependió evidentemente tan-

\* Publicado por primera vez en inglés en *Monthly Review*, septiembre-octubre de 1963, y en español en el n. 3 de *Monthly Review*, *Selecciones en Castellano*.

to de la revolución en el campo como de la colonización de los actuales continentes subdesarrollados del mundo. Pero incluso las experiencias realizadas hasta la fecha para industrializar países tales como México y Brasil, también atestiguan la necesidad de que prevalezca, dentro de un orden de prioridades, la profundización sobre la ampliación del mercado, y la solución al problema de la productividad del agro. Brasil ya posee un mercado de dimensiones continentales. Ha levantado en São Paulo el complejo industrial más rico de América Latina. Pero habiendo fracasado al enfrentar el problema agrícola, que es notoriamente uno de los más serios del mundo, Brasil permanece en estado ultrasubdesarrollado y no industrializado. México, cuya revolución medio siglo atrás produjo lo que antes de Cuba representaba la reforma agraria de mayores alcances en Latinoamérica, no la profundizó en la medida debida frenando en consecuencia la liberación de grandes partes de productividad y energía potenciales de sus habitantes rurales. Como resultado, el impulso mexicano hacia la industrialización y el desarrollo económico también se detuvo. Lo cierto es que para impulsar su desarrollo económico e industrial, Latinoamérica debe transformar su agricultura; y, para llevar a cabo esta tarea, debe a su vez alterar radicalmente toda su estructura política, económica y social, tanto interna como externa. La integración económica, particularmente la integración de las actuales estructuras económicas de los diversos países una con la otra, no resuelve de ningún modo el problema.

### *Consecuencias de la integración*

¿Qué consecuencias tendrá entonces la integración y, además, qué cosas impedirá? No obstante las "medidas" tomadas para impedirlo, atraerá capitales a los centros que ya están más industrializados y no a aquellos que lo están menos, en la medida en que los capitales se van a desplazar de las regiones más pobres hacia las más ricas, como sucedió durante el desarrollo brasileño. Por otra parte ayudará a profundizar la brecha entre campo y ciudad, y esto ciertamente no redundará en beneficio de las grandes masas de campesinos. Sintetizando, hará más ricos a los ricos y a los pobres más pobres, no sólo proporcionalmente, sino en términos absolutos, si de algún modo los diez últimos años de desarrollo latinoamericano, sin mercado común, pueden servirnos de suficiente ejemplo. La tesis que sostiene que un mercado libre iguala los ingresos, así como los precios, entre sus distintos sectores es un mito inventado por los ricos mientras explotaban a los pobres.

Pero esto no es todo. En la actual estructura latinoamericana los capitales locales son escasos mientras que el capital extranjero es "bienvenido". De ahí entonces que el capital industrial que supuestamente debe atraer la integración económica, provendrá en gran parte en Sudamérica, y en América Central enteramente, del exterior y en particular de Estados Unidos. Pero el objetivo principal de las inversiones de capital es por su-



puesto el de beneficiar a los inversionistas. Y, en efecto, los beneficia. De acuerdo con los cálculos realizados por el Departamento de Comercio de Estados Unidos durante 1950, la suma total de dinero enviada de Latinoamérica a Estados Unidos en concepto de ganancias sobre las inversiones norteamericanas en la región, duplicaba el valor de las inversiones. Los cálculos realizados en América Latina arrojan un índice más elevado aún de reembolsos. Por ejemplo, la comisión económica brasileña-estadounidense estimó que los retiros para Estados Unidos entre 1939 y 1952 superaban 61 veces (sí, sesenta y una) el total de la inversión a largo plazo. De este modo, la integración económica latinoamericana, bajo las condiciones actuales, no sólo arrastrará el capital de los pobres hacia los ricos dentro de Latinoamérica, sino que también hará a los pobres de América Latina más pobres y a los ricos de Estados Unidos más ricos.

Hay consecuencias todavía peores. La integración económica en sí acarrea privilegios especiales para las sociedades anónimas de la región integrada. Reciben protección por las tarifas, frecuentemente privilegios en materia de impuestos y créditos, y, en América Central, prácticamente gozan en forma total de posiciones monopólicas. En la mayoría de las ocasiones, si no en todas, la calidad de sus productos va a ser baja y los precios más altos que los de los bienes comparables importados. Por lo tanto, el consumidor latinoamericano perderá con el acuerdo. Se podrían justificar pérdidas semejantes a corto plazo por proteger a una industria naciente, e incluso se les podría dar la bienvenida si el sacrificio involuntario proporcionara o por lo menos contribuyera a la obtención de beneficios a largo plazo. Pero como se ha visto, los efectos a largo plazo de la integración latinoamericana serán, muy probablemente, negativos. Así, observamos que los pasos dados hasta el presente hacia la integración incluyen sacrificios a corto plazo en una primera instancia para ser seguidos por mayores sacrificios a largo plazo.

### *Capitalización y desarrollo*

En realidad los países que han logrado exitosamente su industrialización en el pasado, llegaron a ella sin la intervención de capitales extranjeros ni de "ayuda". Esta afirmación está muy bien ilustrada por Japón y la Unión Soviética, sin mencionar a los países de Europa occidental. Los países que fueron el receptáculo de grandes capitales extranjeros han permanecido como siempre, sin industrializarse y subdesarrollados. Las únicas excepciones aparentes son Estados Unidos, los dominios británicos e Israel. Pero en todos estos casos, al capital extranjero le acompañaban inmigraciones extranjeras y todos los beneficios cayeron en manos de los inmigrantes y no de los nativos. Las excepciones parecen servir para confirmar la regla. Sería interesante analizar si la ayuda económica a un país *socialista* como Yugoslavia, Cuba o cualesquiera de los de Europa oriental, puede contribuir a un desarrollo económico. Una versión afirma que, visto que un país

socialista puede controlar su economía y así canalizar la ayuda que recibe dentro del proceso de desarrollo mediante proyectos de producción industrial, el capital extranjero puede ayudar a un país socialista a desarrollarse así como fracasa para este cometido en un país capitalista. Siguiendo las líneas de esta argumentación, la integración económica beneficiaría a Latinoamérica sólo si se da *después* de la conversión de los respectivos países al socialismo, y nunca antes.

Si la integración económica latinoamericana no constituye un cambio positivo, ¿puede servir para *impedir* el desarrollo económico? Las implicaciones políticas de la integración sugieren que sí, siempre que se realice antes y no después del cambio fundamental. Los Estados Unidos solían oponerse anteriormente al proyecto de crear una zona latinoamericana de libre comercio. Sin embargo el gobierno de Kennedy está a favor. ¿Por qué? La actuación norteamericana en América Latina solía basarse principalmente en la relación de subordinación mantenida con la burguesía comercial de cada país, quien a su vez mantenía una relación similar respecto de la clase terrateniente. Esta triple alianza atendió durante mucho tiempo a los intereses de todos los aliados y permitió a Estados Unidos seguir una política de dividir para reinar en la que mantuvo relaciones bilaterales con cada país por separado. La integración amenazó la estabilidad de este acuerdo. Pero en la actualidad, los procesos subyacentes económicos, políticos y sociales amenazan de cualquier manera, y con creciente intensidad, la estabilidad de esta forma de alianza. El crecimiento de una industria nacional, predominantemente liviana, junto al desarrollo concomitante de una burguesía industrial nacional en algunos países, todo ello acompañado por un desplazamiento relativo de los intereses del capital norteamericano, de la actividad extractiva a la industria secundaria y rama terciaria en Latinoamérica, han alterado las relaciones económicas. A su vez este proceso, modificado por la movilidad social y el crecimiento de las clases medias que se han convertido en los pivotes del proceso electoral, así como la disminución relativa de poder por parte del terrateniente, han cambiado los lineamientos políticos nacionales. Por todas estas razones, la política norteamericana —como lo demuestra ampliamente la Alianza para el Progreso— ha consistido en retirar su confianza a los terratenientes "feudales" para depositarla o afianzar su control sobre los grupos más nuevos interesados en mantener el statu quo. Las medidas de integración económica fortalecen a estos nuevos grupos con relación a los terratenientes mientras que sujetan —a través de las inversiones y la "ayuda" norteamericana— a estos grupos a Estados Unidos en forma progresiva. Por supuesto, simultáneamente la integración abre las puertas a esa misma inversión norteamericana para la actividad industrial secundaria y la terciaria. Por sobre todas las cosas, dentro del contexto de un continente en proceso continuo de cambio, la Zona Latinoamericana de Libre Comercio contribuye a la estabilidad política. Fortalece a los grupos existentes con excepción de los "señores feudales",



y crea otros en base al común interés de mantener el statu quo. Así, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio se ha tornado muy convincente para los norteamericanos: cuanto más exitoso sea este proyecto, menos deseables y necesarias serán las alianzas con dictadores militares al estilo de Trujillo, Duvalier y Stroessner. Menos deseables, porque su mismo poder dictatorial les brinda, en el orden interno, cierto grado de independencia respecto del gobierno estadounidense; y menos necesarios, porque el peso político de estas nuevas fuerzas nacionales creadas por la integración, proporcionan estabilidad política y oportunidades a Estados Unidos de hacer jugar un grupo contra otro. La norma de "divide para reinar" ya no se aplica dividiendo a los distintos países entre sí, sino más bien separando a una clase y grupo de interés de otro. Pero, eso sí, la dominación norteamericana permanece siempre intacta.

Si la integración económica contribuye a la división de la sociedad en clases, ¿contribuirá a la larga al progreso intensificando la lucha de clases? En la medida en que la integración promueve la industria si bien no la industrialización, favorece el crecimiento de la clase obrera industrial. Se podría argumentar que esa clase destruirá en última instancia a la alianza que mantiene a Latinoamérica subdesarrollada. Sin embargo, la evidencia recogida hasta la fecha en Latinoamérica demuestra que los obreros de la industria, especialmente los obreros organizados, lejos de constituir una fuerza progresista, han sido un elemento conservador. Ellos también han conformado un grupo relativamente privilegiado, una aristocracia del proletariado que mantiene sus privilegios a partir de la actual estructura económica y que, por lo tanto, tiene interés de preservarla. Salvo casos particulares, sólo los campesinos en Latinoamérica tienen un potencial revolucionario amplio e independiente. Y la integración económica ciertamente va a intensificar su explotación. Así vemos como tanto en el primero como en el último análisis, la llave del futuro de Latinoamérica reside en la destrucción de la estructura agraria existente y no en la integración de la actual estructura industrial. Sólo este paso conducirá a la verdadera industrialización.

11

## ¿SERVICIOS EXTRANJEROS INVISIBLES O DESARROLLO ECONÓMICO NACIONAL?\*

La Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) recientemente señaló

que el gran aumento a largo plazo del déficit en la balanza de pagos en cuenta corriente de América Latina desde 1950 en adelante puede ser atribuido a tres factores principales, a saber: 1) El debilitamiento mucho más pronunciado del ritmo de crecimiento del valor de las exportaciones que de las importaciones... 2) Los ingresos percibidos por los extranjeros sobre sus inversiones en América Latina... 3) Los gastos por concepto de viajes... los gastos por concepto de transporte... los gastos por concepto de los otros servicios...<sup>1</sup>

Puesto que el aumento de los gastos por concepto de servicios (rubros 2 y 3) fue relativamente bajo, la CEPAL concluye que

en consecuencia, el empeoramiento de la relación de intercambio se puede considerar como el factor que más contribuyó, directa o indirectamente, a incrementar el déficit de la balanza de pagos de América Latina en cuenta corriente.<sup>2</sup>

Nótese bien que los analistas de la CEPAL, al igual que muchos otros, se refieren más bien al *aumento* de los gastos y al *incremento* del déficit, que al *monto* de los gastos y a la *fuerza* del déficit, que es lo que se intenta hacer en este trabajo.

Para entender el origen y el nivel del déficit en la balanza de pagos de América Latina, y para apreciar la forma cómo el gasto por concepto de servicios "invisibles" contribuye a generar ese déficit —y consecuentemente al lento desarrollo de América Latina— hay que investigar no tanto el aumento de los gastos latinoamericanos por ese concepto —que tal vez sea pequeño— sino *su monto*, que resulta ser mayor. Hasta donde se sabe, el monto de los gastos por concepto de servicios no ha sido nunca sumado, a pesar de que por mucho tiempo ha sido una preocupación de los

\* Publicado en *Comercio Exterior*, México, t. xvi, n. 2, febrero de 1962, pp. 105-107.

<sup>1</sup> Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, *El financiamiento externo de América Latina*, Nueva York, 1964, E/CN.12/649/Rev. 1, p. 70.

<sup>2</sup> Ibid.



países latinoamericanos.<sup>3</sup> Pero la CEPAL ahora nos proporciona los datos que permiten sumar el gasto latinoamericano por concepto de servicios y de otros rubros, para encontrar algunos obstáculos "invisibles" al desarrollo latinoamericano. La CEPAL misma ha iniciado este análisis, no sólo al proporcionar todas las cifras de egresos de divisas, sino al comparar, aisladamente, la cuenta de viajes y los gastos de amortización e intereses de la deuda externa con los ingresos corrientes de divisas. Empero, la CEPAL no ha sumado esos renglones de egresos en su totalidad ni los ha comparado, así sumados, con el ingreso corriente de divisas. Para ello es preciso apartarse un tanto de la metodología tradicional de balanza de pagos, incluyendo entre los egresos tanto gastos corrientes como de capital, lo que permite poner de relieve la verdadera magnitud del gasto de divisas frente a la disponibilidad de divisas en cuenta corriente y la creciente necesidad de acudir al financiamiento externo.

Según datos de la CEPAL para 1962, América Latina, excepto Cuba, se ve obligada a gastar 62% del total de sus ingresos corrientes por exportación en erogaciones por concepto de servicios (línea 4 del cuadro). Al mismo tiempo, sólo 15% de estos mismos ingresos de divisas (línea 2) representa la venta de servicios latinoamericanos y, de ellos, la mayor parte se origina en el turismo y otros servicios proporcionados por México y Panamá, en razón de sus circunstancias particulares. Esto significa que la mayor parte de los países latinoamericanos prácticamente no obtienen ingreso alguno por la venta de servicios al extranjero. Sin embargo, Latinoamérica en su conjunto gastó más de tres quintas partes de sus ingresos de divisas en cuenta corriente en el pago de servicios y, consecuentemente, dispone de menos de dos quintas partes para la compra de bienes en el extranjero. La proporción de los ingresos por divisas en cuenta corriente que es absorbida por el pago de servicios, aumentó de 53% en 1956-60 a 61% en 1961-63 y sigue incrementándose.<sup>4</sup> Este incremento en el costo de los servicios invisibles puede parecer pequeño comparado con el más notorio deterioro de los términos del intercambio de bienes y podría justificar el hecho de que la CEPAL atribuya la mayor parte del cambio del déficit en la balanza de pagos de América Latina al cambio en los términos del comercio. Sin embargo, el hecho mismo de que exista un déficit

<sup>3</sup> El conde de Revillagigedo, virrey de la Nueva España, hacía notar "los crecidos portes, adeudos de derechos, fletes y demás recargos que traen sobre sí los géneros europeos". Luis Chávez Orozco (ed.), *El comercio exterior y su influjo en la economía de la Nueva España (1793)*. Colección de Documentos para la Historia del Comercio Exterior de México, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, 1960, t. iv, p. 43. Por otra parte, *El Ferrocarril de Valparaíso*, Chile, se quejaba, en 1868, del "monopolio que ha disminuido considerablemente nuestros provechos, recargándolos además con fletes, comisiones, y otras gabelas inventadas por los fundidores ingleses". Citado en Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*. Ed. Austral, Santiago, 1960, p. 83.

<sup>4</sup> Porcentajes calculados por el autor, con base en los datos de la CEPAL para los años mencionados.

en la balanza de pagos de América Latina y una inadecuada capacidad de importación, debe atribuirse (aunque es un hecho poco conocido) a la enorme proporción de sus ingresos que la región se ve obligada a gastar en servicios "invisibles".

Destaca aún más la importancia de los gastos por concepto de servicios en la balanza de pagos de América Latina si se considera que la región tiene superávit en la balanza comercial; en efecto, en 1962 el valor de las importaciones de bienes (renglón 13) ascendió a 7 381 millones de dólares, incluyendo los comprados a crédito; mientras que las exportaciones de bienes alcanzaron la cifra de 8 596 millones de dólares (renglón 1) y las exportaciones totales (bienes y servicios) fueron de 10 077 millones de dólares (renglón 2). Pero, debido a los 6 195 millones que se gastan en servicios (renglón 4), los gastos totales se elevan a 13 479 millones de dólares, cifra que implica una diferencia negativa de 35% (renglón 20). Si se lograra el trato más equitativo en las relaciones comerciales que Latinoamérica y el resto de los "75 países" pidieron en Ginebra, sin duda disminuiría el déficit en sus balanzas de pagos y se allanarían los obstáculos a su desarrollo. Pero una mejora en las relaciones del intercambio de bienes de ninguna manera eliminaría el déficit de la balanza de pagos latinoamericana, su baja capacidad de importación y los obstáculos a su desarrollo económico que tienen origen en la carga del 62% sobre sus ingresos corrientes que gasta no en bienes, sino en servicios.

La mitad de los desembolsos por concepto de servicios y cerca de una tercera parte del total de los ingresos corrientes de exportación son por las utilidades de los inversionistas extranjeros y por el servicio de la deuda pública exterior. Las utilidades repatriadas por los inversionistas extranjeros absorbieron el 14.3% (renglón 5) de los ingresos de divisas de 1962, aunque en 1961 y 1963, de acuerdo con declaraciones oficiales, éstas todavía fueron un 1% mayores; empero, como se observa en la nota e del cuadro, son cifras que subestiman las salidas reales de utilidades. Otro 14.9% se destinó a pagos por servicio de la deuda pública externa. El costo del transporte de las mercancías latinoamericanas representó el 10% de las divisas obtenidas y los viajes al exterior un 6% adicional (renglones 7 y 8). Otros servicios y otras transferencias de capital al exterior absorbieron el 17.6% (renglones 9-12), para con ello sumar un impresionante total de 62%. En otras palabras, el 27% de los ingresos latinoamericanos absorbidos por remesas de utilidades y servicio de la deuda (renglones 5 y 6), sumado al 13% de salidas de capital representadas por donaciones, fondos transferidos al exterior y errores y omisiones (renglones 9, 10, 11 y nota h) totalizan 40% de sus ingresos. Ello significa, que la salida de capital registrada en la cuenta de pagos a servicios financieros es mayor que el déficit en la balanza de pagos latinoamericana, que representa el 34% de los ingresos de divisas.

La relación que existe entre las erogaciones por concepto de servicios y



# INGRESOS Y EGRESOS DE DIVISAS DE AMÉRICA LATINA, EXCEPTO CUBA

1962

	Millones de dólares	Porcentajes	Página <sup>a</sup>
<b>INGRESOS</b>			
1. Exportación de mercancías <sup>b</sup>	8 596	85	38
2. Servicios <sup>c</sup>	1 481	15	38
3. Ingresos corrientes <sup>d</sup>	10 077	100	—
<b>EGRESOS</b>			
4. Servicios	6 195	61.5	—
5. Utilidades <sup>e</sup>	1 438	14.3	242
6. Servicio de deuda <sup>f</sup>	1 506	14.9	45
7. Transportes y seguros	998	9.9	238
8. Viajes al exterior	598	5.9	239
9. Servicios diversos <sup>g</sup>	564	5.5	244
10. Donaciones al exterior	163	1.6	244
11. Fondos transferidos al exterior	637	6.3	247
12. Errores y omisiones <sup>h</sup>	309	3.1	231
13. Importación de mercancías FOB <sup>i</sup>	7 381	73.2	—
14. Materias primas y bienes intermedios	2 583	25.6	58
15. Combustibles	583	5.8	58
16. Bienes de consumo	1 314	13.0	58
17. Subtotal	—	106.2	—
18. Bienes de capital	2 768	27.5	58
19. Otras importaciones	133	1.3	58
20. Total de egresos	13 479	134.7	—

<sup>a</sup> La paginación se refiere a la fuente: Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, *Estudio económico de América Latina*, 1963, Nueva York, 1964, E/CN.12/696/Rev. 1.

<sup>b</sup> Cifra preliminar, inclusive oro neto no monetario.

<sup>c</sup> Cifra preliminar, se refiere a ingresos brutos por servicios no financieros.

<sup>d</sup> Éstos son los ingresos corrientes derivados de las exportaciones de bienes y servicios como aparecen en la p. 38, bajo el título "Capacidad total de compra". Las pp. 42 y 45 dan un total de ingresos corrientes ligeramente distinto de 10 203 millones de dólares, en vez de los 10 077 millones de la p. 38 en que se basan los cálculos de este cuadro.

<sup>e</sup> Las utilidades se refieren al "ingreso procedente de las inversiones directas" más el "ingreso procedente de otras inversiones" como éstos aparecen en la p. 242. Los porcentajes son computados a base del total de ingresos corrientes por concepto de exportaciones. La p. 243 da un porcentaje de 13.8% para salidas *netas* de tales ingresos que es ligeramente distinto de los 14.4% computados aquí. La p. 45 se refiere a un porcentaje de 10.7% de "utilidades de las inversiones directas". Es de tener presente que cualquiera de estos porcentajes subestima el verdadero monto de

salida de capital por concepto de utilidades de las empresas extranjeras. Típicamente, una parte considerable de lo que en realidad son utilidades se disfraza en las cuentas de las empresas, y por lo tanto, en las cuentas de balanza de pagos, bajo rubros tales como costos y pagos por bienes, personal técnico, patentes, marcas registradas, etc. Otras utilidades se ocultan mediante la práctica, bastante común, de sobrefacturar importaciones a y subfacturar exportaciones de América Latina.

<sup>f</sup> Se refiere a desembolsos brutos e incluye: intereses de préstamos (348.1 millones) y amortizaciones de préstamos a largo plazo, incluidos los autónomos y de compensación (1 157.9 millones). Son cifras preliminares.

<sup>g</sup> La cuenta de servicios diversos abarca las transacciones que están registradas, según las definiciones del Fondo Monetario Internacional, en las dos cuentas siguientes: 1) transacciones del gobierno no incluidas en otras partidas del balance de pagos, que incluyen los gastos civiles y militares de los gobiernos extranjeros en América Latina (crédito) y de los gobiernos latinoamericanos en países extranjeros (débito) que no son registrados como donaciones oficiales, y 2) los servicios diversos que incluyen todas las transacciones de servicios no incluidas en otras partidas del balance de pagos, como seguros, exceptuando los de mercancías, ingresos personales, honorarios de administración, comisiones de agencias de colocación de valores, honorarios de agentes, suscripciones a servicio de prensa, alquiler de películas, alquiler de bienes raíces, etc.

<sup>h</sup> "Errores y omisiones" es una categoría común en las cuentas de balanza de pagos. Los errores y omisiones representan el saldo entre la suma de los movimientos financieros individualmente computados y el total global. El flujo de capital representado por "errores y omisiones" es desfavorable a América Latina cada año. En la p. 247 el estudio citado se pronuncia sobre el particular de la siguiente manera: "Pero generalmente los errores y omisiones negativos figuran con toda probabilidad en el renglón de las operaciones de capital, y no se deben a una sobreestimación de las entradas sino más bien a una subestimación de las salidas de capital."

<sup>i</sup> El monto de bienes importados es calificado como FOB, o sea sin el costo de transporte, por la fuente citada. Los costos de transporte figuran bajo el rubro de servicios. Sin embargo, los porcentajes de los diversos tipos de bienes no son así calificados. No queda en claro, pues, si éstos incluyen el transporte o no. Si los costos del transporte están ya incluidos, sería preciso restarlos, disminuyendo los porcentajes del total en más o menos 10% por los gastos en transporte ya incluidos entre los servicios. Los porcentajes de bienes importados son citados en la fuente como porcentaje del total de importaciones de bienes. Como éste es de 7 381 millones de dólares, y el total de ingresos corrientes es de 10 077 millones, fue preciso computar 73% de los porcentajes citados para encontrar el porcentaje que representan de los ingresos corrientes.

los problemas que presenta la balanza de pagos y la capacidad de importación, se ve más clara al analizar las importaciones de bienes y las condiciones bajo las que Latinoamérica las lleva a cabo. El 6% del total de sus ingresos de divisas se destina a importaciones de combustibles (renglón 15). Se puede afirmar con seguridad que la mayor parte de estos gastos son en petróleo venezolano vendido a Latinoamérica por extranjeros que cargan el notoriamente exagerado precio de monopolio, fijado por el cártel internacional del petróleo. Otro 26% de las divisas disponibles se utiliza en la compra de materias primas y productos intermedios (renglón 14). Una parte de ellos son cobre, aluminio y otros metales, los que probablemente son producidos también en Latinoamérica, pero que se venden a países del



continente por extranjeros que transfieren las utilidades de las ventas a países fuera de la región. Otro problema serio es que Latinoamérica gasta 13% de sus ingresos en la compra de bienes de consumo de los que 8.3% del total son bienes de consumo no duraderos, la mayor parte alimentos (renglón 16 y su fuente). Aunque parte de estos alimentos se vende a precios subsidiados (que compiten ruinosamente con la producción nacional), se envían a Latinoamérica en medios de transporte extranjero, de elevado costo, que en productos voluminosos, como el trigo, representa la mayor parte del precio.

El 62% gastado en servicios más las importaciones de los artículos antes mencionados le cuestan a Latinoamérica el 106% (renglón 17) del total de sus ingresos de divisas. Estas obligaciones y gastos significan, en otras palabras, que Latinoamérica aun antes de importar una sola unidad en bienes de capital, que son tan importantes para su desarrollo, debe hacer frente a un déficit en su balanza de pagos de 7% de sus ingresos corrientes. ¿Cómo podrá importar, entonces, bienes de capital que representan el 38% de sus compras de bienes y el 20% de la importación total y que elevan el déficit en la balanza de pagos del 7% al 35% de sus ingresos corrientes?

A primera vista, la solución a estos problemas de pagos y de importaciones parece hallarse en la búsqueda de financiamiento externo para éstas. Precisamente, América Latina ha recurrido a la deuda externa y las inversiones extranjeras en su intento por escapar a su déficit de balanza de pagos, su inadecuada capacidad de importación y su subdesarrollo. ¿Cuáles han sido los resultados?

Por lo que respecta al financiamiento mediante deuda externa es necesario señalar que el servicio de la deuda absorbió el 5% de las disponibilidades latinoamericanas de divisas en 1951-56; el 11% en 1956-60; para 1961-63 ascendió al 16% de sus ingresos de divisas,<sup>5</sup> aun cuando el alto costo del servicio de la deuda contraída con la Alianza para el Progreso no ha empezado aún a pagarse. En el momento presente, de acuerdo con una noticia cablegráfica de la Associated Press del 5 de abril de 1965, el "Eximbank extrae 100 millones de dólares, por año, más de lo que otorga en préstamos" a Latinoamérica. De tal forma, la región se encuentra en una espiral descendente que la hunde cada vez más en su dilema, que deberá desembocar en una crisis.

Recurrir a las inversiones extranjeras directas para financiar las importaciones de capital y la industrialización, inevitablemente traerá para Latinoamérica consecuencias onerosas. Éstas van más allá de lo que significa el 14% (oficialmente admitido), que representan las utilidades repatriadas (renglón 5) y una buena parte del 16% por concepto de otros servicios y transferencias de capital (renglones 9-12) y de los gastos de transporte y seguros, que están íntimamente ligados a estas inversiones privadas ex-

<sup>5</sup> Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, *El financiamiento externo de América Latina*, loc. cit., p. 45.

tranjeras. Aquí insistiremos solamente en dos consecuencias que son particularmente relevantes en la presente discusión; no nos ocuparemos del resto; por ejemplo, la progresiva desnacionalización de la industria latinoamericana; la inversión que se dirige a ramas que interesan a los extranjeros y que no son necesariamente importantes para el desarrollo de Latinoamérica; y el aumento de la influencia extranjera en la economía y aun en la vida política de la región.

Una grave consecuencia, que se origina por recurrir al financiamiento externo, es que la inversión no se canaliza a ramas que reducen la necesidad de los latinoamericanos de importar bienes de capital y tecnologías que demanda su propio desenvolvimiento económico.

Tal cosa ha sido destacada por la CEPAL, cuando al referirse al caso de Brasil, por ejemplo, indicó que

el aspecto sobresaliente de la influencia del capital extranjero en la expansión y diversificación de la industria fue, más que su volumen mismo, su orientación; esto es, que fue dirigida en el caso del capital privado extranjero a ramas donde las posibilidades de sustituir importaciones eran más prometedoras;

pero, "recapitulando, a la luz del estudio de los principales renglones, podría afirmarse que no se ha realizado ningún proceso real de sustitución respecto a los bienes de capital considerados en su totalidad" y "por lo que toca a los resultados de la continua sustitución de importaciones, se podría afirmar en términos generales que tienden más bien a desacelerar el crecimiento de la economía".<sup>6</sup>

El financiamiento mediante inversiones extranjeras no resulta tanto en un incremento de la capacidad de América Latina para producir bienes de capital necesarios para su crecimiento económico, cuanto en la creación de una *necesidad* creciente de nuevas importaciones, fortaleciendo con esto el grado de dependencia frente al exterior. Las inversiones extranjeras, así como la deuda pública exterior, aumentan el dominio extranjero sobre los escasos recursos e ingresos de América Latina.

La otra consecuencia onerosa que resulta de recurrir al financiamiento mediante inversiones extranjeras directas consiste en que, al igual que el endeudamiento externo, aumenta la rigidez en la estructura de las importaciones. La inversión extranjera en la industria y el comercio y su control interno, trae consigo que se defina desde el extranjero la organización, los materiales que deba requerir la industria, sus componentes y los procesos técnicos empleados, de tal forma que se fijen también las importaciones que requiera el proceso industrial de producción. Recurrir a las inversiones

<sup>6</sup> Naciones Unidas, CEPAL, "Crecimiento y declinación de sustitución de importaciones en Brasil". *Boletín Económico para América Latina*, marzo de 1964, vol. ix, n. 1, pp. 38, 51, 56 (de la versión en inglés).



extranjeras directas como fuente de financiamiento, significa para América Latina dejar en manos extranjeras las decisiones y el control sobre la selección de los bienes y servicios que Latinoamérica adquiere en el exterior.

El 62% del total de los ingresos latinoamericanos que se gastan en pagos por concepto de servicios, más un gran porcentaje de los que se dedican para adquisiciones de bienes tales como combustibles y materias primas procedentes de fuera de la región, son sustraídos de sus ingresos por las decisiones de extranjeros que responden a intereses generados por el sistema y dentro de ese mismo sistema global en el que Latinoamérica comercia y vive. Esta circunstancia origina las más serias dificultades para el desarrollo económico latinoamericano. Cualquier intento de resolver o afrontar estas dificultades acudiendo a las mismas operaciones financieras con el exterior que crearon este problema, condena a Latinoamérica a hundirse cada vez más en él. Esto sugiere que la vía para ponerse a salvo del problema de las crecientes importaciones de bienes, y en especial del de la cuenta de servicios, se debe buscar en otra dirección.

Si Latinoamérica se proporcionara a sí misma una mayor parte de esos servicios que necesita en lugar de comprarlos al exterior; si financiara su desarrollo con recursos internos o cambiara a fuentes alternativas de financiamiento externo más baratas, y si pudiera proveerse sus propios embarques, seguros, gastos de propaganda y otros servicios, tendría un mayor margen disponible de divisas para las importaciones esenciales para su desarrollo económico o para aquellas que, por lo menos, contribuyan en mayor grado a la región de lo que lo hacen los "invisibles" que ahora importa.

En abril se cumplió el primer aniversario del golpe militar en Brasil. El presidente gorila Castello Branco lo celebró dignamente con un desfile militar en Brasilia. En Washington, el secretario de Estado Dean Rusk, que no cabía en sí de entusiasmo, celebró el año de Brasil el pasado 25 de marzo, dirigiéndose a la Cámara de Diputados (citado por UPI): antes de abril de 1964, Brasil

era gravemente castigado por continuos deterioros económicos y políticos... Desde entonces, la situación ha cambiado dramáticamente hacia mejores condiciones. La estabilidad política ha sido restablecida. El clima que ayudó a los comunistas y a otros extremistas a infiltrarse y a ejercer influencia desproporcionada ha cedido el lugar a otro que inhibe la violencia o la acción extrema.

El mismo día, en Río de Janeiro, Niceu Cruz César, el director general del Departamento Nacional de Empleo y Salarios del Ministerio de Trabajo de Brasil, dijo al diario ultraconservador *O Globo*:

En São Paulo toda la industria está en crisis, y en especial las industrias metalúrgica y textil producen mil nuevos desempleados diariamente... los negocios en general declinan día a día... no sólo en São Paulo hay crisis económica y creciente desempleo, sino también en todo el noreste.

Al día siguiente, ocurrieron revueltas guerrilleras en tres lugares diferentes del estado Río Grande do Sul, en el sur de Brasil. Examinemos la desoladora realidad brasileña que oculta el entusiasmo oficial norteamericano.

El gobierno militar para la defensa de la democracia y la estabilidad política empezó por encarcelar a 46 mil personas, la mayoría de ellas sin cargo y sin orden de aprehensión. Los grandes terratenientes, ante la complacencia del ejército y la policía, se aprovecharon de la oportunidad largamente esperada de eliminar a los líderes campesinos locales, cientos de los cuales no han sido vistos desde entonces. Cuando pasó el ardor y la confusión de la batalla las autoridades policíacas y militares iniciaron con sangre fría la tortura sistemática de los prisioneros políticos. Varios amigos

\* Escrito con motivo del primer aniversario del golpe militar en Brasil de abril de 1964 y publicado en *El Día*, México, 8 de octubre de 1965.



personales del autor sufrieron este destino y uno de ellos escapó y me lo ha relatado. He aquí algunos detalles: un sargento del ejército, cuya conciencia no le permitió unirse a sus oficiales en su defensa de la democracia, fue castrado y se le dejó morir de la gangrena resultante. Un sacerdote católico cuyo sentido cristiano no le permitió unirse a la salvación del "cristianismo", estaba muriéndose en la cárcel por falta de atención médica por una enfermedad motivada por el encierro. Como en Vietnam, el precio de la libertad y de la estabilidad política debe ser pagado por alguien. En lo que respecta a la ley, los primeros actos del gobierno fueron anular la Constitución y hacer aprobar a punta de bayoneta un Decreto Institucional por el Congreso, que negó sus escaños y sus derechos políticos a 67 de sus miembros, abrió la puerta a la intervención militar en los gobiernos estatales y a la remoción de sus gobernadores, que desde entonces ha ocurrido en varios estados, y privó de sus derechos cívicos y políticos durante diez años a otros cientos de personas, incluyendo tres ex-presidentes y a estadistas eruditos tan respetados internacionalmente como el ex-director de la FAO y autor de la *Geografía del hambre*, Josué de Castro, que está ahora trabajando en Europa, y como el ex-ministro de Planeación, Celso Furtado, que está ahora enseñando en la Universidad de Yale. Una vez sometido el Congreso y acalladas las voces de oposición, la siguiente ley fue revocar la moderada ley de reforma agraria existente, suceso que el nuevo ministro de Justicia describió con plena exactitud al decir: "estamos seguros de que este decreto de revocación restablecerá la tranquilidad en las zonas rurales". Habiendo controlado las tareas más apremiantes, el gobierno volvió a la ciudad y retiró los subsidios públicos al trigo, al petróleo y al papel periódico, y a los artículos importados para la Compañía Petrobras (el PEMEX del Brasil), elevando de golpe, por consiguiente, el precio del pan y de la gasolina en un 100%, y en medida correspondiente los precios de otros productos dependientes del precio de transporte. Esta estabilidad política y progreso económico se alcanzaron durante los primeros dos meses, abril y mayo. Fue tan sólo el principio.

Invocando el progreso económico y con el fin de contener la inflación, el gobierno militar brasileño siguió tan asiduamente la política económica presionada por el Fondo Monetario Internacional y el gobierno de los Estados Unidos, como el precio de los préstamos internacionales, y por sus propios intereses comerciales y financieros ligados al comercio norteamericano, como el precio de mantenimiento interno, que en agosto el Banco Nacional de Comercio Exterior del gobierno de México pudo reportar en su publicación mensual *Comercio Exterior*:

los recientes acontecimientos políticos en Brasil se han reflejado fuertemente en la situación económica, llevando al país a un verdadero callejón sin salida. La actividad económica del país se ha contraído... se restringió el crédito bancario al sector privado... fueron severamente recortadas algunas partidas de los gastos gubernamentales, especialmen-

te en el renglón de inversiones que significa un fuerte porcentaje del total invertido en el país... De esta forma, se ha presentado por primera vez el aspecto del desempleo en proporciones alarmantes... según las últimas informaciones, el contingente de desempleados suma varios cientos de miles.

Durante la primera mitad del año los precios se habían elevado oficialmente 42% comparados con el 30% de los mismos meses correspondientes a la administración de Goulart; y Carlos Lacerda, el ultrarreaccionario gobernador de Guanabara y el apoyo civil número uno del golpe militar reveló que esta tasa oficial subestimaba en mucho la tasa real de inflación en Río. Haciendo las importaciones extranjeras más caras para los brasileños y las exportaciones brasileñas más baratas para los extranjeros, el tipo de cambio había descendido varias veces sucesivas. Por octubre, el dólar de importaciones se había elevado de su nivel de abril de 2 mil 400 cruzeiros a un nuevo nivel de 4 mil 600 cruzeiros. Los exportadores de café, muchos de ellos compañías norteamericanas, fueron protegidos concediéndoles una tasa alta especial de cruzeiros por los dólares ganados en el extranjero que ellos desearan vender al Banco de Brasil por cruzeiros. Mientras, acuñando términos tan ingeniosos como "desinflación" e "inflación regenerativa", el gobierno imprimió dinero que para noviembre excedía en un 25% la cantidad que el ministro de Hacienda tenía "prevista" y para diciembre se incrementó la cantidad de dinero en circulación en 154% respecto al que había el 31 de marzo, primer día del golpe militar, y que sobrepasó en un 70% la cantidad que el ministro de Planeación había "planeado". *Comercio Exterior* apuntó en su edición de diciembre que las "tasas (de interés) varían entre el 48 y el 72% al año... Como no podía dejar de suceder, esos elevados costos se transfieren al consumidor, propiciando de esta suerte una elevación del costo de vida... Los precios se están elevando acelerada y continuamente..." Para septiembre la tasa oficial de inflación en el año se había elevado a 60%; hasta diciembre, o sea para todo el año de 1964, la inflación llegó a 92% comparada con el 70% del año 1963 en la administración de Goulart.

Así la inflación en Brasil era con mucho la más alta en América Latina. Por supuesto, el gobierno no ha permanecido ocioso ante esta inflación que, como siempre, hace al pobre más pobre y al rico más rico. Para enfrentarse a sus propias incrementadas necesidades de poder de compra y para reducir la demanda monetaria de la población para bienes, el gobierno ha incrementado agudamente los impuestos a las ventas sobre los bienes de consumo popular. El raciocinio del gobierno es tal vez que esto no perjudique mucho a los pobres, ya que como de cualquier modo ellos son demasiado pobres para consumir mucho, no tienen que pagar mucho por concepto de impuestos sobre el consumo.

Al mismo tiempo, para luchar contra la inflación de una manera igualmente gallarda *Comercio Exterior* observa en su edición de octubre que



el gobierno envió una circular a los empresarios en la que recomienda se abstengan de conceder aumentos de salarios que creen distorsiones e imperfecciones en las estructuras salariales... La circular considera que... estableciendo aumentos periódicos de acuerdo con el incremento en el costo de la vida, es propulsora de la inflación; además, los bancos oficiales han sido instruidos para no conceder la elevación de límites de créditos a las empresas cuyos acuerdos salariales se alejen de las medidas establecidas por el gobierno.

Se podría preguntar por qué estas empresas otorgarían esos "distorsionantes" incrementos de salarios en primer lugar. Desde luego, a causa de la presión sindical de trabajadores organizados. Pero para no correr riesgos el gobierno también ha servido de ayuda en tratar de evitar el peligro inflacionario por este lado también: se apoderó de 409 sindicatos, 43 federaciones sindicales y 4 confederaciones, en los que instaló sus propios superintendentes militares.

Este progreso económico respecto a los precios ha tenido su contrapartida en la producción y el empleo. Ya en agosto *Comercio Exterior* informó que la producción de acero brasileño había descendido en un 50%. Ahora, a pesar de que las fábricas tienen casi toda su capacidad ociosa y algunas han parado, el país que anteriormente tenía que importar acero porque la producción doméstica no podía hacer frente a sus necesidades, está exportando acero y buscando todavía más compradores extranjeros. El importante periódico de Río, *Correio de Manha*, informó el 31 de enero de 1965 que de los 350 mil trabajadores textiles de Brasil, 50 mil están sin empleo. Las grandes empresas industriales de todo el país, para no mencionar a las pequeñas, reportan que no ha habido producción en periodos de uno, dos o tres meses. De acuerdo con *Comercio Exterior*,

la prensa brasileña anunció —febrero 12— que numerosos centros industriales y comerciales del país, particularmente en São Paulo, se han declarado en quiebra o están a punto de hacerlo... en los últimos días por lo menos tres grandes organizaciones comerciales... han ido a la quiebra... Se denuncia también la crisis prevaleciente en la industria automovilística... También los productores textiles brasileños advirtieron que en breve todas las fábricas de tejidos del país tendrán que cerrar sus puertas debido a la falta de mercado.

El 31 de enero, *Correio de Manha* de Río de Janeiro publicó en su página económica y bajo el título "Deflación a través de la declinación en la producción", este resumen de la situación:

De hecho la producción se está reduciendo y, en la proporción en que esto sucede, los precios se elevan verticalmente. El consumo se ha restringido. La capacidad de compra del pueblo difícilmente basta para su

alimentación de subsistencia. Marginalizado por el fantasma de la quiebra inminente, el hombre de negocios ha empezado a vivir sin horizontes, vencido como está por la tormenta financiera que está azotando al país. Si alguien le ofrece un puñado de dólares para su negocio, lo deja caer en la primera esquina. En verdad, la producción está declinando. Pero desafortunadamente, con ella está declinando una de las más grandes naciones del mundo... Como puede comprobarse, todo fue hecho calculadamente, fríamente, con el propósito de reducir la producción, que por una parte es afectada por la drástica restricción del capital disponible (que fue absorbido por el gobierno) y por la reducción abrupta del crédito bancario, y, además, por la reducción del consumo forzada por la inhumana elevación de los precios. Los ministros de Estado y los funcionarios públicos corren a la televisión para tratar de explicar lo que nadie comprende...

Para entender mejor lo que sucede podemos ver el otro lado de esta corrosiva y cercenada moneda política y económica interna brasileña, que Dean Rusk y la prensa norteamericana encuentran tan brillante. Esta cara de la moneda fue acuñada con la felicitación del presidente Johnson al nuevo presidente de Brasil aun antes de que éste hubiera podido forzar a su predecesor a renunciar. Tal vez, en verdad, esta cara de la moneda fue concebida ya anteriormente, como lo sugiere, entre otras cosas, la copia fotostática de una carta con el membrete del FBI, publicada en varios periódicos latinoamericanos y atribuida a J. Edgar Hoover, felicitando a sus agentes y a los de la CIA por su buen trabajo al ayudar a hacer posible el golpe militar en Brasil.

De cualquier modo, el presidente Johnson inmediatamente después de que los militares tomaron el poder en abril, prometió al nuevo gobierno de Brasil y a sus partidarios nacionales y extranjeros, la ayuda norteamericana, sólo que ahora en una escala antes desconocida, ni siquiera imaginada. Así, ya en abril, el Banco Nacional de Comercio Exterior del gobierno mexicano informó de "la ayuda sustancial de Estados Unidos" a Brasil y, en julio, "una nueva fecha de expiración para la deuda externa... y dos préstamos más del extranjero". Un funcionario norteamericano de la ONU me dijo después de su viaje a Brasil en mayo de 1964 que los programas de la AID del Departamento de Estado están recibiendo al fin ahora una auténtica cooperación de las autoridades locales en el noreste del Brasil. En fin, el gobernador de su más importante estado ha sido hecho prisionero y mantenido incomunicado a corta distancia de la costa brasileña, en la versión brasileña de la Isla del Diablo. La Superintendencia Brasileña para el Desarrollo del Noreste (SUDENE), que había sido creada por el mismo Celso Furtado que está ahora reducido a enseñar en Yale, ha sido entregada a las maniobras de la AID norteamericana. Éstos son tal vez los signos exteriores de la nueva alianza para el progreso norteamericana-brasileña. Para



conocer la realidad interna y ver para el progreso de quién es todo esto, debemos mirar un poco más profundamente.

Roberto Campos de Oliveira, como embajador brasileño ante los Estados Unidos durante la presidencia de Goulart, había firmado en 1963 —sin la autorización de su gobierno— un acuerdo para que Brasil comprase las propiedades brasileñas de la American and Foreign Power Company, por cerca de 70 millones de dólares. En Brasil, en círculos de diferentes credos políticos, se elevó un clamor y un lamento contra este convenio; el precio y otros términos eran demasiado elevados para el viejo equipo que había sido financiado por la compañía norteamericana, casi siempre con capital brasileño y con tasas de utilidad pública extremadamente altas y cuyo valor había sido depreciado y pagado varias veces por los usuarios brasileños y las utilidades correspondientes remitidas hacia Estados Unidos. En ese tiempo, a mediados de 1963, *Hanson's Latin American Letter*, que se publica en Washington en interés de los hombres de negocios norteamericanos (aunque no específicamente para los negocios de utilidad pública), escribió que si Brasil se rindiera a la diplomacia norteamericana y a la presión económica, se convertiría en la burla y en el payaso de América Latina. El presidente demoró la compra final y trató de renegociar los términos. Viene la "revolución", Roberto Campos de Oliveira es elevado a ministro de Planeación y, como nuevamente informó el Banco de Comercio Exterior del gobierno mexicano, la compra se consuma en 135 millones, más una adición de 17.7 millones en compensación por la demora en el cumplimiento del acuerdo firmado en 1963. Incluyendo los intereses, el precio total se calcula que llegó a varios cientos de millones de dólares. El mismo *Hanson's Latin American Letter* y también *Comercio Exterior* observaron que los Estados Unidos habían presentado al gobierno brasileño un ultimátum para que se "expropiaran" inmediatamente las once concesiones eléctricas de la compañía norteamericana o si no... Bien, tal vez Hanson no había estado precisamente en lo correcto. Los sucesos no han hecho reír a nadie, a algunos han inducido a sonreír, y a otros han arrancado lágrimas.

Mientras tanto, para ilustrar otro caso de la historia reciente, la compañía norteamericana Hanna Mining había comprado una compañía minera de oro inglesa y había adquirido concesiones en el estado de Minas Gerais de yacimientos que se cree los más grandes depósitos del mundo de mineral de hierro de alto grado. Para extraer este mineral más ventajosamente, la compañía Hanna había solicitado al gobierno brasileño el privilegio de construir un puerto privado al sur de Río de Janeiro. La petición había sido negada pues atentaba de manera obvia y flagrante contra el interés nacional. Viene la "revolución" y la petición es otorgada. El nuevo jefe del estado mayor de las fuerzas armadas brasileñas, conocido por su papel reaccionario y activo en el golpe contra Goulart, tiene, sin embargo, algún sentimiento y orgullo nacional: renuncia como protesta. Pero esto es, cuando mucho, el insignificante acto personal de un individuo interesado.

Como parte imparcial, la revista del Banco Nacional de Comercio Exterior de México del mes de diciembre observa la significación de esta alianza para el progreso:

Las concesiones mineras a empresas extranjeras, especialmente la habilitación de un "puerto privado" a la sociedad minera estadounidense Hanna... ha sido condenada por los círculos nacionalistas brasileños por considerar que transformará a la Hanna en dueña absoluta del mercado interno de minerales del país, además de que terminará por eliminar a la firma Vale do Rio Doce, empresa gubernamental de explotación mineral señalada como la séptima del mundo por el volumen de sus exportaciones... Además, los gobiernos brasileño y norteamericano aprendieron la lección con la infortunada crítica que estas medidas habían levantado antes. Para enfrentarse a cualquier posible repetición de una situación tan inaceptable, el gobierno cuidará la democracia interna y el respeto externo, incorporando en la ley electoral una disposición que exigirá a todos los partidos políticos brasileños y a los candidatos, prometer respetar en el futuro los acuerdos internacionales en que Brasil haya participado en el pasado.

Los hombres de negocios norteamericanos, el Congreso norteamericano y el departamento ejecutivo que los representa son bien conocidos por buscar "un mejor clima para la inversión" en los países subdesarrollados para que así puedan ellos servir mejor al desarrollo económico. El nuevo gobierno brasileño se lanzó a cumplir con sus deseos; hizo desaparecer varias restricciones, existentes anteriormente pero nunca muy efectivas, sobre el envío de ganancias al exterior, estableció previsiones sobre importaciones y divisas, que mejoren la ventaja "competitiva" (léase monopolística) de los extranjeros sobre las empresas brasileñas en la introducción y establecimiento de equipo industrial en Brasil, y prometió en el futuro contar las utilidades de empresas extranjeras ganadas en el Brasil como parte del capital original extranjero sobre cuya base se computa el envío legal de utilidades. Éstas y otras son las medidas que el gobierno norteamericano considera que proporcionan el clima necesario para la inversión que permite a los Estados Unidos ayudar al desarrollo de Brasil enviándole capital, y las condiciones que el nuevo gobierno brasileño considera deseables para recibir este capital y ayudar al desarrollo de su país. El Banco Nacional de Comercio Exterior del gobierno mexicano, que recibe con agrado capital norteamericano, observa los resultados:

la alteración de la ley sobre la exportación de lucros del capital no se tradujo en la entrada de dólares prevista sino en cuantiosas salidas... En el primer semestre del año en curso... las entradas de capital fueron inferiores a las salidas.



Esto, por supuesto, es sólo el principio: la primera mitad del año. El futuro más brillante, que el presidente Johnson vislumbró cuando recientemente pidió a los hombres de negocios norteamericanos traer al país más capital para ayudar a la balanza de pagos norteamericana y detener la salida de oro (causada por la guerra en Vietnam y por las bases militares en el extranjero) y que el actual secretario de Estado Dean Rusk ya prevé, fue si no manuscrito en la pared al menos impreso en sus páginas económicas por el *Correio de Manhã* cuando sugirió en enero, que si alguien fuera a ofrecer a los hombres de negocios brasileños un puñado de dólares para su empresa lo dejaría caer en la primera esquina. Después de que esta idea hipotética fue insinuada, una empresa brasileña tras otra están yendo a una verdadera declaración de quiebra o a la bancarrota. Y estando reconocidamente tan interesados en el desarrollo económico y en el progreso, los monopolios norteamericanos están extrayendo de sus amplios recursos para tender a los brasileños una mano generosa, para ofrecerles un puñado de dólares, y comprarles todos sus derechos. En una medida nunca imaginada por el general De Gaulle en su más turbulenta pesadilla sobre el creciente control norteamericano de la economía francesa, los grandes monopolios norteamericanos están comprando a sus ex-competidores brasileños a precios de ganga.

Así, *Comercio Exterior* de febrero de 1965 informa bajo el título "Empresas brasileñas vendidas a extranjeros" que

la prensa de São Paulo informa —4 de febrero— que ha causado gran malestar la noticia de que la empresa nacional Mineración General del Brasil va a ser liquidada, siguiendo los pasos de otras firmas industriales brasileñas que están en trámite para ser vendidas a extranjeros. El propietario de la Mineración General de Brasil [alegó necesidad de venta]... en vista de la crisis a que tenía que hacer frente por el debilitamiento del mercado interno. La operación, que se efectuará con la Continental Company (de Cleveland, Estados Unidos), será por 70 millones de dólares garantizados por órganos financieros internacionales. Para justificarse, el dueño de la Mineración General dijo que en un mercado frágil como el brasileño la caída de la oferta con la salida de la empresa del mercado, provocaría consecuencias imprevisibles para la economía del país. Para evitar tener que cerrar sus negocios, optó por convertir en dólares la industria siderúrgica más importante del país con una producción anual de 300 mil toneladas de acero, o sea más del 12% del total nacional.

Algunos días después el embajador norteamericano Lincoln Gordon dijo en el palacio presidencial de Brasil que Estados Unidos "reafirman su promesa de ayuda" y que "las autoridades brasileñas están haciendo continuos y sólidos esfuerzos para aplicar los principios de la carta de Punta del Este".

Uno de estos principios, recordamos, fue el de alcanzar la meta de un crecimiento del ingreso per cápita de un 2.5% por año. Ahora bien, du-

rante el año 1964, con tantos sólidos esfuerzos, el ingreso per cápita en Brasil decayó un modesto 6% (según los cálculos de la ultraconservadora Fundación Getulio Vargas, publicados en su revista *Conjuntura Económica* correspondiente al mes de febrero de 1965). En vista de estos y los otros arriba señalados sólidos esfuerzos brasileños dentro de la Alianza para el Progreso, no es de sorprenderse mucho que los grandes monopolios norteamericanos, su gobierno, su prensa y sus agencias informativas internacionales, estén tan jubilosos por las luminosas perspectivas económicas en el Brasil. Y todo esto gracias a la política de estabilidad que inhibe la violencia o la acción extrema. Y no es de sorprenderse menos que los brasileños estén acudiendo a las guerrillas de las colinas para reconquistar su país de los norteamericanos y sus gorilas.

### *Postscriptum*

La UPI reportó, el 31 de octubre de 1965, que un empresario norteamericano en Brasil le había dicho que "nosotros sabemos que el ministro de Planeación, Roberto Campos, y el de Finanzas, Octavio Bulhões, continuarían en sus puestos. Eso es bueno. Ellos están muy bien considerados aquí y fuera"; después añadió: "Seamos francos, en Washington no están muy dispuestos a aceptarlo, pero la mayoría de los empresarios comprenden que entre una dictadura y una vacilante democracia, los negocios son mejores bajo una dictadura".



## DEBILIDAD ESTRATÉGICA DE LA DOCTRINA JOHNSON\*

La doctrina Johnson se manifestó y se aclaró con el comienzo de la ocupación militar norteamericana de Santo Domingo. La doctrina establece simplemente que el poder militar norteamericano buscará evitar el establecimiento de cualquier nuevo gobierno que no le guste, y que usará todo lo que sea necesario y esté a su alcance para "cortar en flor" el desarrollo de otra Cuba.

No obstante la doctrina Johnson no es nueva. No es nada más que la declaración explícita, en las circunstancias actuales, de las políticas y prácticas de Johnson y sus predecesores. Es la reafirmación y aplicación continuada de la doctrina Truman, de la doctrina Eisenhower y de la doctrina Kennedy —"la política de contención".

Después de la infructuosa aplicación, durante la segunda Guerra Mundial, de la doctrina Churchill (que buscaba diferir la influencia soviética demorando el "segundo frente" en el oeste), éste transmitió la *doctrina de contención* al presidente Truman en Fulton, Missouri, en 1948. (Podríamos observar que encontró su expresión literaria en George Kennan, que escribía en *Foreign Affairs* bajo el nombre de señor X). Su aplicación inmediata puede ser vista en la supresión de movimientos de liberación popular: por la fuerza en Grecia y Turquía y por otros medios en Francia e Italia. No fue la supuesta "invasión militar" por parte de Corea del Norte sino su creciente fuerza económica y su poder de influencia, así como también el fracaso previo para contener la revolución en China, lo que transformó la política de contención en una de ataque, la destrucción física de Corea del Norte y el intento de escalar la guerra coreana hasta el corazón de China. Eisenhower dirigió su campaña presidencial bajo la promesa de abandonar esta iniciativa y volver a una pura y simple contención. Se resistió inclusive a la presión para atacar nuevamente a China en 1954, pero *contuvo* en Guatemala, Irán y el Líbano.

Cuando Kennedy tomó a su cargo la presidencia y la política de contención, la recuperación económica de posguerra del imperialismo había aumentado tanto el deterioro económico de muchos países, particularmente de aquellos de América Latina, como para despertar nuevos deseos populares de cambio. Leal a la política de contención, Kennedy adoptó la po-

\* Este ensayo se publicó en *Progressive Labor* en diciembre de 1965. Fue escrito durante la ocupación norteamericana de Santo Domingo, pero antes de la llegada de tropas de la OEA, antes de Watts, y antes de la negativa, por muchos norteamericanos, de ingresar en el ejército norteamericano y luchar en Vietnam. El presente ensayo previó estos y otros acontecimientos políticos.

lítica de "si no los puedes derrotar, únete a ellos" —y "reorienta su movimiento en tu provecho"—. Le dio a la vieja táctica y política un nuevo nombre: *Alianza para el Progreso*.

En el Congo, Kennedy tuvo al mismo tiempo que unirse y derrotar a Lumumba y a Tshombe. Y por supuesto, cuando no podía *unirse* en absoluto a los movimientos populares para el cambio como en Cuba y Vietnam, trataba de derrotarlos. Por lo tanto, cuando Johnson tomó la presidencia de Kennedy, tomó asimismo las doctrinas y políticas de contención de este último, de Eisenhower y de Truman.

En muchos países económicamente colonizados las situaciones económicas se tornan cada vez peores. Sus sectores industriales y de servicios son cada vez más monopolizados por los países imperialistas; la producción de alimentos per cápita en Asia, África y América Latina está declinando; la distribución interna del ingreso se está volviendo cada vez más desigual; y en muchos de esos países el ingreso absoluto de la mayoría del pueblo está declinando. Al mismo tiempo la conciencia política popular está en aumento y los movimientos de liberación nacional se están revistiendo de renovado vigor.

*La experiencia de Cuba ha mostrado que una revolución democrática no necesita mucho tiempo para transformarse en socialista. El ejemplo del heroico pueblo de Vietnam está mostrando que la confianza en sí mismos y la determinación de los movimientos populares de liberación nacional pueden poner en jaque a las maniobras del imperialismo para unirse a ellos y/o derrotarlos.*

Frente a estos acontecimientos Kennedy no permaneció sentado en su mecedora de la Casa Blanca ni Johnson se confina a sí mismo a su acostumbrada "poliquería" del Congreso. Tras implementar su política de contención por medio de su estrategia del chantaje nuclear, Estados Unidos hace mucho tiempo que ha construido una red mundial de pactos militares multilaterales y programas bajo el nombre de OTAN, CENTO, OTASO, el intento de la OTANO, el Pacto de Río de Janeiro (que puede ser llamado "OTAL"), y los numerosos acuerdos bilaterales dentro y fuera de éstos, tales como aquellos con Japón, la India y los países de América Latina.

Las contradicciones internas del imperialismo están debilitando cada vez más a la OTAN, a pesar de la ausencia de una amenaza real o militar en su región; CENTO nunca funcionó bien pero tampoco ha tenido que enfrentar una situación crítica; la OTASO ha desaparecido excepto en nombre y ha sido reemplazada por la ocupación directa de Estados Unidos en Vietnam; la OTANO todavía perdura, aunque Corea fue ocupada mucho antes de que el pacto fuera siquiera concebido; la OTAL estaba inactiva hasta la crisis dominicana, cuando Estados Unidos intentó inyectarle un nuevo vigor por medio de la creación primero temporaria y luego permanente de una fuerza militar multilateral, bajo los auspicios de la Organiza-



ción de Estados Americanos. Hoy presenciamos el nacimiento de su hermano pequeño, una suerte de "OTAC", en los pasos dados por Centroamérica hacia la creación de una comandancia militar unificada bajo tutelaje norteamericano.

Durante todo este periodo el Pentágono ha hecho lo posible para constituir ejércitos "profesionales", particularmente en países de América Latina: llevando a sus oficiales a los Estados Unidos para largos periodos de entrenamiento militar e ideológico; estableciendo bases militares en el exterior; y enviando a sus propias misiones militares consejeras y equipos militares al exterior.

Hasta ahora, aunque formalmente el más débil, en realidad el acuerdo militar multilateral norteamericano más fuerte internamente es el latinoamericano y su vástago —el Pacto Militar Centroamericano (PMCA). (Su fuerza reside por supuesto en que el sistema interamericano incluye sólo un gran poder central y muchos gobiernos subordinados enteramente dependientes.) No obstante, frente a la relativa debilidad e inestabilidad de los acuerdos multilaterales, la cooperación militar bilateral ha sido hasta ahora la más fructífera, aun si algunos de los socios militares de Norteamérica (y especialmente oficiales o grupos de oficiales entrenados en Norteamérica) se les escapan de las manos de vez en cuando.

Durante el periodo de su desarrollo, este sistema militar internacional norteamericano ha sufrido asimismo importantes cambios de propósito y dirección. Se dirige cada vez menos contra la Unión Soviética y cada vez más contra China. (La complacencia de la Unión Soviética frente a la política de contención norteamericana ha sido neutralizada por el estímulo de los chinos, como también de otros, a los movimientos de liberación nacional.) Este cambio se refleja en el cambio acelerado de énfasis desde el teatro de operaciones del Atlántico hacia el Pacífico y el fortalecimiento militar norteamericano en el océano Índico y en los subcontinentes de India y de Asia sudoriental.

Lo que es más importante; el pensamiento militar de Estados Unidos ha corrido parejo con el desarrollo de movimientos de liberación nacional y se está preparando cada vez más para "enfrentar y luchar con los enemigos" que amenazan con "subvertir" la estabilidad y supervivencia de gobiernos aliados internos. Este cambio en el énfasis militar norteamericano representa la adaptación de la política de contención a las circunstancias cambiantes, más bien que su abandono. Esto se hizo más evidente cuando Kennedy llamó de su retiro al general Maxwell Taylor, "estratega especial", y lo ubicó dentro de los jefes del estado mayor de las fuerzas armadas; y también cuando intervino en Cuba, en el Congo y en Vietnam. En realidad Kennedy hizo este cambio evidente y explícito cuando dijo que la ayuda militar norteamericana a América Latina, que él dobló en su primer año en el cargo, no se da ya para combatir a un enemigo externo inexistente, sino más bien y exclusivamente para combatir los desafíos inter-

nos al orden existente —sean levantamientos populares urbanos de corta duración o movimientos guerrilleros rurales de larga duración.

El Pentágono y a veces el Departamento de Estado han ofrecido su tutelaje a los golpes militares en Honduras, Ecuador, Brasil y Bolivia, así como también a golpes intentados en Uruguay y en otras partes. Más allá de esto la doctrina de Kennedy se expresó en una intervención militar en constante aumento contra Venezuela y Colombia.

La doctrina Kennedy fue una extensión de las doctrinas Truman y Eisenhower. La doctrina Johnson es entonces una mayor extensión de estas doctrinas imperialistas. En América Latina es la extensión y adaptación de las doctrinas imperialistas panamericanas o interamericanas de Monroe, Blaine, Teddy Roosevelt y aun de Wilson y de Franklin Delano Roosevelt. Los presidentes "liberales" hablaban con palabras almibaradas de "vecindad" y "alianza"; Teddy "caminaba suavemente y llevaba un gran garrote"; Lyndon camina pesadamente y lleva un gran garrote. No tiene otra alternativa; estas diferencias doctrinales entre los presidentes imperialistas de Estados Unidos se han debido probablemente más a diferencias en las circunstancias objetivas que a diferencias subjetivas de temperamento. Como sus predecesores, Johnson puede estar poniendo su propio nombre y marca a la doctrina, pero lo está haciendo bajo las condiciones creadas durante la era en la cual gobierna.

Se dice a veces que "los hombres hacen la historia"; que Napoleón, Lenin o Mao la hicieron con su genio y que Johnson la está haciendo con su vanidad y estupidez. Tal vez. Pero la historia también hace a los hombres y crea las circunstancias en las cuales ellos pueden acelerar o retardar el proceso de su desarrollo. La doctrina Johnson tomó forma después que asumió la presidencia y, sin consideración por las demandas de la humanidad o de la opinión mundial, reprimió las aparentemente suaves e inocentes demandas de los estudiantes panameños en enero de 1964. La doctrina fue establecida más claramente poco después de que el "cuidador de América Latina" nombrado por Johnson, Thomas Mann, anunció que después de todo los golpes militares no eran todos iguales. Estados Unidos, aclaró, daría la bienvenida a algunas tomas de posesión militares y no a otras.

En abril de 1964 el presidente Johnson se apresuró a dar la bienvenida al golpe en Brasil, aun antes de que los militares hubieran tenido éxito en la obtención de la renuncia del presidente constitucional. Entonces siguieron los complicados preparativos de Estados Unidos, en estrecha cooperación con los ejércitos de Argentina y Perú, para invertir la posible victoria de una coalición socialista-comunista en las elecciones presidenciales de septiembre en Chile. Debido a que la coalición no ganó, los planes no tuvieron que ser puestos en práctica. Mientras tanto, no obstante, fue necesario extinguir el brote de fuego en el Congo transportando a la escena por vía aérea tropas belgas y mercenarias en aeroplanos norteamericanos.

En Vietnam, tal vez la primera aplicación de la doctrina Johnson fue



despachar al "experto en guerra especial", el general Maxwell Taylor, como embajador en Saigón. El siguiente fue la escalada de la guerra, el bombardeo del norte y luego el refuerzo masivo de las tropas norteamericanas. Las aplicaciones más recientes son el alimento de reclutas y una logística menos publicitada y preparativos para una mayor escalada. Durante todo este tiempo los "consejeros" militares norteamericanos en Venezuela y Colombia han seguido secretamente los pasos de sus colegas en Vietnam, aumentando por miles y llevando la guerra a la gente de las regiones rurales de esos países. Así es que la doctrina Johnson no ha surgido en Santo Domingo, sino que allí ha quedado más claramente definida.

En meses recientes las circunstancias han obligado al presidente Johnson a reafirmar la práctica imperialista norteamericana de hablar explícitamente y caminar pesada y espectacularmente. El levantamiento popular en Santo Domingo obligó a Johnson a enviar 40 000 soldados norteamericanos y a vitalizar y movilizar todo el sistema militar y diplomático interamericano para combatir lo que él llamó un movimiento dirigido por 58 comunistas. Las palabras de Johnson eran tan ruidosas como claras sus acciones. No tenía alternativa, dijo; no podía mantenerse al margen y permitir que un movimiento popular interno tomara aun medidas incipientes que pudieran conducir a otra Cuba. Tal acción popular dentro de cualquier país, clamó, constituye agresión, está contemplada en el pacto militar de Río de Janeiro contra agresión externa, y debe ser combatida por la fuerza militar multilateral interamericana *si es posible* y por la represión y ocupación militar unilateral norteamericana del país en cuestión *si es necesario*.

En realidad Johnson repitió desde su escritorio lo que Kennedy había dicho desde su mecedora: cualquier actividad política nacional en ultramar que sea desagradable al gusto imperialista norteamericano constituye agresión externa —contra el mismo país extranjero— y será combatida con toda la fuerza militar norteamericana necesaria. Enviado a América Latina a explicar, el embajador ambulante Averell Harriman agregó una nota aclaratoria adicional en una conferencia de prensa en Montevideo: la doctrina de la no intervención en los asuntos internos de otros países, dijo, ha sido superada por los acontecimientos actuales. Ha sido reemplazada por la doctrina Kennedy y Johnson de intervención militar masiva no disfrazada. En Vietnam los acontecimientos han obligado a Johnson a multiplicar las fuerzas de tierra norteamericanas, usando no sólo "fuerzas especiales sino también tropas corrientes y preparándose para pronto efectuar el llamado de las reservas y la aceleración de nuevos reclutamientos.

Johnson explicó estos actos en Vietnam y dejó al desnudo, en una reciente conferencia de prensa, el razonamiento esencial que había detrás de sus palabras sobre Santo Domingo. Debemos recurrir a cualquier medio a nuestra disposición para evitar "nuestra" expulsión de Vietnam, dijo Johnson, porque si un movimiento popular allí nos puede derrotar, a pesar de nuestro esfuerzo masivo para mantener nuestra promesa de permanen-

cia, esto será una señal para los pueblos de otros países, primero para los de Asia sudoriental y luego para los de otra parte, *de que puede hacerse*; y entonces, agregó, lo harán, *nos expulsarán de todas partes*. Los acontecimientos han obligado a Johnson, el líder de la contrarrevolución, a explicar lo que todo buen revolucionario siempre ha sabido.

Con todo, valdrá la pena que hagamos explícitas algunas de las lecciones que deben ser extraídas de estos acontecimientos.

El sistema imperialista es global e integral. La política de Washington es y debe ser una para preservar el sistema (hasta donde y por cuanto tiempo sea posible) tratando de contener todos los movimientos de liberación. Toda la doctrina imperialista de posguerra ha sido un reflejo de la amenaza al sistema y de la política de contención. Las diferencias doctrinales han sido pequeñas, y en esencia respuestas a las cambiantes circunstancias. La doctrina Johnson no es excepción. Una evidencia es que el pueblo norteamericano votó contra Goldwater pero consiguió de todas maneras la mayor parte de su doctrina. Johnson ha hecho de la doctrina Goldwater su propia doctrina porque las circunstancias lo han obligado a ello.

La unidad del régimen imperialista significa que los acontecimientos en Vietnam tienen repercusiones, como justamente observa Johnson, en Santo Domingo, Harlem (Watts), en todas partes, de acuerdo con los intereses imperialistas en todos lados. Por lo tanto la extensión global del imperialismo que constituye su fuerza, produce los intereses y necesidades globales que constituyen su debilidad. Cuanto más se desarrolla el régimen imperialista, más se debilita.

Hoy en día el imperialismo es estratégicamente débil. Washington ha dicho recientemente que no será expulsado de Vietnam por la fuerza de las armas. Puede ser. Pero Vietnam indica que Washington es impotente contra la fuerza de los hombres. El imperialismo no puede contener los movimientos populares donde quiera que sus intereses lo demanden y sus necesidades lo ordenen. Allí reside la debilidad estratégica fundamental del imperialismo.

Un movimiento popular de liberación nacional determinado y con un alcance claro y a largo plazo, aunque esté en un país pequeño como Vietnam, ha demostrado ser invencible sobre su propio terreno. Washington lo sabe y lo admite. El propio Johnson dice que la derrota del imperialismo en Vietnam sería la señal del último round y el "knock-out".

El imperialismo no podría enfrentar, solo, a varios "Vietnams" al mismo tiempo. Por lo tanto, como Johnson hace excesivamente claro en Vietnam, el imperialismo debe recurrir a cualquier medio posible para contener el avance de este movimiento de liberación, aun si esta contención no puede ser más que un intento de salvar una situación insuperable, o si la presencia norteamericana en Vietnam necesita ser aún más limitada a la ocupación indefinida de unas pocas fortalezas costeras.



Por lo tanto, asimismo, como lo hace igualmente claro Johnson en Santo Domingo, el imperialismo debe procurar cortar en flor cualquier movimiento popular en otras partes antes de que pueda transformarse no sólo en otra Cuba sino, como dice Johnson, aun en otro Vietnam.

Examinemos cómo el imperialismo puede o no tener éxito, y la liberación fracasar o triunfar.

La debilidad estratégica del imperialismo frente a los movimientos populares de liberación crece. Casi todos los movimientos populares en Asia, África y América Latina son hoy en día necesariamente nacionalistas, antimperialistas y especialmente antinorteamericanos. Esto hace que la política de Kennedy de controlar y contener estos movimientos (uniéndose a ellos sea cada vez más difícil de ejecutar, cada vez más peligrosa para el imperialismo, porque pueden escapárseles de las manos. Esta situación se refleja en los pronunciamientos antimperialistas de los líderes de estilo personal neutralista de Asia y África, y ha sido bien descrita por J. Gerassi, ex-editor latinoamericano del *Time* y de *Newsweek*, en su libro *The Great Fear: The Reconquest of Latin America by Latin Americans* (Macmillan, 1963). Las razones son profundamente inherentes a la estructura contradictoria y al desarrollo accidentado del régimen imperialista en sí mismo y están más allá del alcance de esta discusión, aunque he analizado algunas de ellas en mi libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*.

Si el imperialismo no puede controlar y contener estos movimientos populares uniéndose a ellos, debe buscar controlarlos indirectamente haciendo que las burguesías locales se unan al imperialismo; o bien, si esto es demasiado peligroso o imposible, el imperialismo debe tratar de derrotarlos directamente, como en Santo Domingo.

Las burguesías locales, no obstante, en América Latina por lo menos, encuentran asimismo cada vez más difícil y aun más peligroso controlar y contener los movimientos del pueblo uniéndose a ellos, como he querido explicar en mi citado libro.

Por un lado, el mismo desarrollo del imperialismo y el subdesarrollo de sus colonias económicas, que hacen a la mayoría de los movimientos populares necesariamente nacionalistas y antimperialistas, asimismo hace a las burguesías dependientes y subdesarrolladas de estos países cada vez menos capaces de dirigir o aun de unirse a un movimiento de liberación nacional. Por otro lado, Cuba les ha enseñado que el unirse a un movimiento popular de liberación puede ser un paso cercano para su propia y rápida ruina; y si todavía albergan alguna duda, el imperialismo norteamericano no las tiene.

La contención de movimientos populares uniéndose a ellos se ha hecho tan difícil económicamente y tan peligrosa políticamente para las burguesías latinoamericanas que, como Johnson en Santo Domingo, la mayoría de ellas no tienen otra alternativa que derrotarlos con golpes militares. Aun los famosos gobiernos democráticos de Betancourt en Vene-

zuela y de Belaúnde en Perú trataron primero de acallar los movimientos populares para que no se corriera la voz como en Vietnam; después tratan de derrotarlos con sus propios recursos; y finalmente, como en Venezuela hoy y en Perú mañana, solicitan misiones militares "consejeras" de Estados Unidos. Si el "consejo" y el equipo resultan ser insuficientes para contener el movimiento popular, como en Venezuela y en Colombia, deben comenzar a pelear allí las tropas norteamericanas. Esto aumenta la debilidad norteamericana y la hace mucho más conspicua. Como Fidel Castro observó en su discurso del primero de mayo (1965), la intervención norteamericana en Santo Domingo es un signo, no de la fuerza imperialista, sino de su debilidad.

La vulnerabilidad estratégica del imperialismo norteamericano ante los movimientos populares de liberación aumenta con cada paso que toma para combatirlos. El apoyo norteamericano, o aun la instalación de gobiernos impopulares (que no pueden contener la pobreza), pactos multilaterales y bilaterales, bases y misiones militares norteamericanas; la escalada desde asesoría militar a intervención secreta y a combate abierto (como en Venezuela y Colombia y la ocupación militar en Santo Domingo) —en pocas palabras, la "vietnamización" de América Latina— pueden contener los movimientos de liberación nacional durante un tiempo, pero sólo a costa de profundizar la debilidad estratégica del imperialismo norteamericano y preparar el terreno para su caída final.

Con todo su poder militar, Estados Unidos ya tiene escasez en barcos, divisiones de aeroplanos y de combate para mantener un servicio de policía en los océanos y continentes mundiales y para movilizar su equipo y hombres de combate de una parte a otra, de Vietnam a Santo Domingo, al Congo y al mundo. Tal vez la industria norteamericana puede producir más equipos de guerra convencionales y posiblemente el pueblo norteamericano puede ser persuadido de pagar por más barcos, tanques, aeroplanos, helicópteros, nuevos tipos de armas de fuego, bombas y gas y otros medios para combatir fuerzas populares en todo el mundo. Pero los hombres norteamericanos serán mucho menos fácilmente persuadidos de pelear y morir, y sus familias de dejarlos ir, a fin de proseguir con una guerra antipopular, que ni siquiera la maquinaria de propaganda norteamericana y su genio han podido vender a su pueblo. Un número aún más grande de norteamericanos está aprendiendo que su participación en las guerras no es sólo personalmente costosa e inmoral sino que simplemente colabora en la explotación de otros en el extranjero por parte de los mismos monopolios que explotan a la "otra Norteamérica" en casa. Como el régimen imperialista es uno e indivisible, sus contradicciones y debilidad estratégica se harán sentir en su casa tanto como en el exterior.

En un vano intento de apaciguar o por lo menos de demorar las repercusiones de su creciente debilidad estratégica, el imperialismo norteamericano está desesperadamente ensayando diferentes soluciones: a] conseguir



tropas en otros países —el congresista Ford recientemente sugirió a las de Taiwán— para pelear en Vietnam; b] construir una fuerza militar latinoamericana internacionalmente viable, bajo mando estadounidense, para combatir movimientos populares locales en cada uno y todos los países de ese continente; c] aprovechar su poder táctico técnico desechando las armas convencionales y amenazando con usar bombas nucleares, y d] adaptar la política de contención de movimientos populares en los países capitalistas llevando a cabo un ataque imperialista sobre los países socialistas.

¿Cuáles son las consecuencias y cuáles son las respuestas de las fuerzas populares?

Aunque la estrategia de gobernar incitando a pelear a los africanos o a los asiáticos entre ellos mismos le ha servido muy bien al imperialismo en el pasado, será no obstante su autoderrota en Vietnam y en el resto de Asia sudoriental. Si los vietnamitas no pelean más por la causa de Estados Unidos en Vietnam, ¿cómo serán persuadidos los coreanos o taiwaneses a hacerlo? Su despliegue sólo puede aumentar y propagar aún más la debilidad estratégica del imperialismo.

América Latina ha establecido ahora movimientos de guerrilla en Venezuela, Colombia, Perú, Guatemala, Ecuador y Honduras, con otros que surgirán en Brasil, Bolivia, Santo Domingo, Haití y en otras partes. Cuanto más difundidas y arraigadas sean, más se coordinarán entre sí —como está ocurriendo en el límite venezolano-colombiano— y con movimientos populares multiformes en sus propios países y en todas partes. Cuanto más adopten los movimientos guerrilleros y de otro tipo el socialismo y no metas limitadas como objetivos y se dediquen a esta misma educación política de la gente entre la cual trabajan, y más estimulen y enseñen al pueblo a desarrollar su propio liderazgo (en lugar de aceptar el de las guerrillas y el de los intelectuales), más derrotarán estas guerrillas y otros movimientos populares en América Latina la estrategia de Estados Unidos de descansar en fuerzas militares de contención internacionales latinoamericanas; más pondrán al descubierto la debilidad fundamental de esta estrategia estadounidense; y más obligarán al imperialismo norteamericano a enviar a sus propias tropas a “vietnamizar” también a América Latina. Esto implica una larga guerra para los latinoamericanos pero una mayor debilidad estratégica para el imperialismo.

No obstante, si bien el imperialismo tiene su debilidad estratégica, tiene asimismo su fuerza táctica. Mientras que Vietnam pone de manifiesto la debilidad estratégica global del imperialismo, Santo Domingo ilustra su fuerza táctica aislada. Si las fuerzas populares del mundo no aprenden de la experiencia dominicana y de otras experiencias y no se mueven para hacer jugar su ventaja estratégica contra la ventaja táctica del imperialismo, la victoria final del pueblo sobre el imperialismo llevará más tiempo y costará más sangre de la necesaria. Las siguientes lecciones por

lo menos pueden ser extraídas de esta experiencia.

Los objetivos populares a corto plazo no pueden sacar ventaja (y no sacan ventaja) de la fuerza estratégica popular y de esta manera corren el serio riesgo de colocar a las fuerzas populares en desventaja táctica frente al imperialismo. Cuanto más limitados y a corto plazo sean los objetivos del movimiento popular, más fácil es para el imperialismo y sus aliados locales hacer concesiones limitadas, unirse al movimiento y neutralizarlo o aun ponerlo al servicio de los intereses imperialistas.

Los objetivos constitucionales limitados de las fuerzas de Caamaño no excluyeron al caballo troyano de la Organización de Estados Americanos, la cual, una vez admitida dentro de la isla como un agente de negociación, comenzó a socavar y corroer el poder y la posición de negociación de las fuerzas populares.

Una vez reconocida la OEA como agente de negociación, Caamaño ha tenido que hacer mayores concesiones de las que hubiera tenido que hacer a los invasores norteamericanos o a sus secuaces militares internos. Los objetivos populares limitados y a corto plazo aumentan asimismo la habilidad del imperialismo para movilizarse a fin de vencer al movimiento popular uniéndose a él si no puede contenerlo. La miopía constitucional de los dominicanos permitió a los norteamericanos desembarcar tropas sin ser molestados, para salvar a las tropas de Imbert de una segura derrota y aumentar el control norteamericano de la ciudad, y consolidar el control militar y policiaco del país por parte de Imbert.

La espontaneidad no planeada del levantamiento armado en Santo Domingo fracasó asimismo en sacar ventaja de la fuerza estratégica popular y facilitó la represión por el imperialismo. La debilidad táctica fundamental de tales levantamientos populares y la ventaja táctica correspondiente de la reacción estuvieron demostradas en los clásicos ejemplos de París, Shangai y en otras partes; y se han evidenciado nuevamente en Puerto Cabello en Venezuela y en Santo Domingo. El aislamiento y espontaneidad de estos levantamientos los hace muy vulnerables a la represión. Johnson dice que serán reprimidos y sus acciones demuestran que pueden serlo.

Para constituir un paso hacia el logro de objetivos populares más lejanos la conciencia popular momentáneamente exaltada y la movilización de un levantamiento deben estar canalizadas hacia un movimiento de largo alcance que sea consciente de sus objetivos y fuerza. De otra manera, la desilusión popular que puede seguir a un levantamiento sin éxito puede retardar el proceso revolucionario.

El contraste entre Santo Domingo y Vietnam no podría ser mayor ni más clara la lección. El imperialismo es tácticamente fuerte pero estratégicamente débil. Para contrarrestar el poder técnico táctico del imperialismo, el pueblo debe recurrir a su fortaleza popular y estratégica combinadas. Alzamientos aislados con objetivos limitados no pueden derrotar al



imperialismo ni aun localmente. Es probable que cuesten mucha sangre sin lograr siquiera sus objetivos a corto plazo. La contribución que pueden hacer depende de sus lazos con los movimientos populares con objetivos de largo alcance, los cuales pueden desafiar y de hecho desafían la debilidad estratégica del imperialismo.

En Vietnam el desesperado intento de Estados Unidos de reemplazar a los hombres por bombas ha fracasado en detener a las fuerzas de liberación firmes y confiadas que conocen su propia fuerza y la debilidad del imperialismo. El mismo intento norteamericano debe y habrá de fracasar en otras partes.

Para evitar pagar las consecuencias de tratar de movilizar su propia población para luchar en guerras impopulares y contra los pueblos en el exterior, el imperialismo estadounidense depende cada vez más de su arma más débil: chantaje contra los países socialistas por medio del ataque convencional en Vietnam del Norte y amenazas nucleares a China. La fuerza o debilidad de esta estrategia imperialista no puede ser decidida por el imperialismo; esa decisión depende también de los países socialistas.

Los países socialistas deben hacer inequívocamente claro al imperialismo norteamericano que cualquier intento adicional para escapar a su propia debilidad o apoyar su poder desgastado en su trastienda subdesarrollada, llevando su inexitosa contención a un ataque contrarrevolucionario en un país socialista ya liberado, significará la destrucción de su propio hogar y corazón. Los acontecimientos en Vietnam prueban que cualquier fracaso socialista al trazar la línea en sus fronteras y aclarar este punto a Estados Unidos puede debilitar, o destruir, la libertad de los mismos países socialistas ya liberados. La indecisión socialista en este punto no puede ayudar a la liberación o preservar la libertad; sólo puede hacer más costosa la liberación o destruir la libertad. La inviolabilidad de los países socialistas es el complemento esencial de los movimientos populares de liberación de los pueblos explotados que son el penúltimo clavo en el ataúd del imperialismo.

La destrucción final del imperialismo estadounidense le corresponde al propio pueblo de Estados Unidos. Aunque este final no esté a la vista en casa, la tarea presente de todas las fuerzas progresistas en Estados Unidos está ahora lo suficientemente aclarada por los acontecimientos en otras partes del régimen imperialista. Los acontecimientos en Vietnam, Santo Domingo, el Congo, Cuba, Berlín y en otras partes son por sí mismos los faros más firmes para guiar al pueblo norteamericano a lo largo del camino de la clarificación política y la acción progresista. Ellos hacen cada vez más claro a más y más norteamericanos que el "americanismo" es imperialismo.

La impopular guerra de Corea fue un indicador anticipado de la venidera revulsión del pueblo norteamericano y de su negativa a dejar desbaratar sus comunidades y sus vidas, abandonando el hogar y yendo a

pelear contra los movimientos populares en muchas tierras lejanas. La necesidad del imperialismo estadounidense de enviar sus propios hombres a luchar contra movimientos populares en el exterior aumenta y deja al descubierto una debilidad estratégica similar de base popular en su hogar. Entonces, ¿si el imperialismo estadounidense no puede sustituir armas por hombres y sus hombres no pelearán por su causa, qué puede hacer?

La tarea principal de todas las fuerzas verdaderamente progresistas internas parece ser por lo tanto sacar ventaja de esta debilidad estratégica de base popular, trabajando en dos direcciones conexas: educación política del pueblo en general y movilización popular de la "otra Norteamérica" (pobre y negra) —relacionando ambas con los acontecimientos mundiales en el régimen imperialista en su integridad.

El pueblo norteamericano, que es virtualmente el único que todavía no sabe que el imperialismo existe, debe ser enseñado. Una educación política progresista o radical debe acompañar el reclutamiento y despacho de soldados norteamericanos a Vietnam, Santo Domingo y el Congo, y debe explicarse al pueblo lo que se está haciendo allá y por qué no deben ir. Se debe inculcar en la gente que al ataque por su gobierno a los países socialistas seguirán serias consecuencias. Debe irse más allá de la apelación del liberalismo a la moral, condenando la matanza en Vietnam y las "apelaciones a la razón" para detener las amenazas nucleares contra los países socialistas. Se debe apelar a la comprensión socialista de la naturaleza del sistema que obliga a los norteamericanos a matar en Vietnam y que amenaza con la destrucción nuclear de otros y de ellos mismos. Debe relacionar a uno con el otro y a ambos con la inquietud de la "otra Norteamérica" (pobre y negra) interna.

Es particularmente importante explicar cómo la explotación, el subdesarrollo y la pobreza en el extranjero están sistemáticamente relacionados con la explotación, discriminación y pobreza internas; cómo la lucha vietnamita por la liberación ahora está por lo tanto relacionada con la lucha afronorteamericana por la *Libertad Ahora* (anterior a la consigna del "Poder Negro"). El camino educacional para los norteamericanos no estriba, entonces, en seguir a Max Gordon, ex-editor del *Daily Worker* (del Partido Comunista de Estados Unidos), quien, contestando a los editores del *Monthly Review* (diciembre de 1963), trató de negar la existencia del imperialismo, o en seguir a James Farmer, director de CORE (organización negra moderada), quien está tratando de disociar el movimiento de liberación en Vietnam del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. El camino de la educación política consiste por el contrario en establecer la conexión entre ellos.

En educación política, como en los movimientos populares hoy en día, objetivos de corto alcance y limitados diseñados para atraer a muchos a una causa que tiene un fundamento débil, señalan el camino para la derrota. El camino hacia la victoria estriba en comprender las causas fun-



damentales y en movilizar al pueblo en torno de ellas y de los problemas profundamente enraizados de las vidas de la gente.

La otra principal tarea inmediata de las fuerzas progresistas de Estados Unidos hoy en día es ayudar al movimiento por los derechos civiles a ir más adelante y más rápidamente a lo largo del camino del movimiento de liberación afronorteamericano de *Libertad Ahora* (hacia el Poder Negro). En casa, no menos (y tal vez más) que en el exterior, la debilidad estratégica del imperialismo de Estados Unidos yace en su inhabilidad para contener movimientos con confianza en sí mismos y optimistas que lo combaten con objetivos de largo alcance. La experiencia en América Latina y en el sur de Estados Unidos muestra que el imperialismo puede muy fácilmente unirse a movimientos populares con objetivos limitados y de corto alcance, contener su fuerza y desviar la dirección de su desarrollo. La verdadera utilidad progresista de tales movimientos puede solamente consistir en llevar hacia otros movimientos con objetivos mayores, mayor visión y un fundamento más firme.

Desde Montgomery a Selma (ciudades de la primera y, en la fecha, última movilización negra) el movimiento popular en el sur ha demostrado que el problema y la debilidad del imperialismo en su país no yace en el mostrador del restaurante de la ciudad (referencia a la primera reivindicación del movimiento negro) o en el campo o la pequeña ciudad del sur de Estados Unidos. La debilidad estratégica política del imperialismo en Estados Unidos yace en el ghetto urbano que produce en el norte y en el sur; y sus habitantes lo saben más que nadie. Es aquí que el movimiento popular norteamericano se debe organizar para perseguir sus demandas de largo alcance (aquí se desarrolló el movimiento del "Poder Negro" después). La debilidad estratégica del imperialismo estadounidense yace en su inhabilidad para satisfacer económicamente estas demandas populares o para contener políticamente estos movimientos en su país o en el extranjero a la vez.

¡La mayor debilidad estratégica del imperialismo reside en su propia existencia!

#### *Postscriptum* (1965)

Escuchadas desde América Latina, las recientes declaraciones del senador Fulbright (demócrata liberal y presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado de Estados Unidos) suenan como la forja de una espada de doble filo en la zarpa de un gato y son mucho más peligrosas por ello. En la superficie la condena por el senador Fulbright de la intervención militar en Santo Domingo parece contradecir sus recientes azucaradas palabras de elogio para el gobierno militar de Brasil y su intervención en Santo Domingo. Si, como sugiere el editorial del *National Guardian* del 2 de octubre (1965), la resolución intervencionista del re-

presentante Selden en la Cámara del Congreso fue instigada por las palabras aparentemente antintervencionistas del senador Fulbright en el Senado, entonces tal vez el representante y otros norteamericanos no comprenden lo que se oculta detrás de la florida oratoria del senador. No obstante, las mismas palabras de Fulbright cuando estaba en Brasil nos suministran una clave y los acontecimientos recientes en aquel país y en otras partes de América Latina parecen confirmarla: estamos presenciando la forja de una zarpa de acero con la espada de Damocles.

Ya durante una reciente misión oficial en Brasil Fulbright anunció su declaración al Senado cuando dijo que es desafortunado que Estados Unidos tengan que intervenir unilateralmente en otros países del continente americano, y que sería interesante considerar la formación de una zona interamericana de comercio que vaya desde Alaska hasta la Patagonia, y que Brasil jugó un rol muy importante y digno de encomio en la intervención militar interamericana en Santo Domingo.

No bien había dejado Brasil el senador estadounidense Fulbright, el jefe de Estado de Argentina, el general Onganía, arribó para conversar con el ministro de Guerra (más tarde presidente) brasileño, Costa e Silva. Las fronteras entre Alaska y la Patagonia, acordaron, ya no deben ser económicas ni aun políticas; las fronteras son ideológicas. Después de que las declaraciones de los generales hubieran causado una conmoción en Uruguay y Chile y aunque ellos negaron la existencia del tratado, admitieron que habían llegado a un "acuerdo" para coordinar sus fuerzas militares para intervenir dondequiera que en el continente americano esas fronteras ideológicas pudieran estar amenazadas por la subversión. Los acontecimientos económicos y políticos en el Uruguay, se sugirió, están creando tales circunstancias. Argentina anunció entonces que está siendo "amenazada" por la invasión de 500 hombres de una fuerza guerrillera proveniente del Paraguay.

Primero el ministro del Exterior de Brasil, hablando en Río de Janeiro, y luego el ministro de Planificación de Brasil, hablando en una recepción diplomática en Moscú, expresaron públicamente que el presidente de Chile, Frei, debía cuidar sus pasos, bajo riesgo de seguir el camino de Goulart —quien fue depuesto de la presidencia de Brasil por el gobierno que ellos representan. Entre tanto, Estados Unidos está construyendo bases militares de "proyectiles" en toda la costa de Brasil y comenzando la fabricación de armas y aun de raciones K (alimentos para tropa en campaña), en aquel país; y el Pentágono ha anunciado un enorme aumento de envíos de armas a Argentina.

La zarpa del gato está siendo aprontada para atacar; y la oratoria del senador Fulbright y, tal vez inconscientemente —¿o es conscientemente?— la resolución del representante Selden (que está ahora atrayendo el fuego antintervencionista de América Latina) está proporcionando la cortina de



humor. Brasil ha reemplazado evidentemente de nuevo a Argentina como "aliada favorita" de Estados Unidos en América Latina, pero ahora como parte de una maniobra económica, política y militar de muchas más vastas proporciones y de implicaciones de más largo alcance que nunca antes. Brasil fue una vez la vanguardia de la política exterior independiente en América Latina, la cual ha pasado al presidente de Chile, quien ha sido prevenido en contra de seguir los pasos de Goulart.

Bajo el nuevo gobierno norteamericanófilo de Brasil (cuya política económica interna estudié en el capítulo 12), el gigante de América Latina ya se ha declarado en contra de la propuesta de un mercado común latinoamericano, recientemente renovada por el presidente Frei de Chile. Ahora Brasil está abogando por la anterior propuesta norteamericana, ya lanzada tentativamente en la Conferencia de Comercio de Ginebra, de una zona de comercio interamericana —la de Alaska hasta la Patagonia. Habiendo fracasado en su intento de imperialismo independiente, bajo la bandera de una política exterior independiente durante los gobiernos de Quadros y Goulart, la burguesía brasileña se ha resignado al rol de subimperialismo (como Rui Mauro Marini lo denomina), como el principal socio menor de Estados Unidos en América Latina. Si Brasil va a obtener las sobras del banquete imperialista coronado de oratoria, entonces el otro fiel aliado de Estados Unidos, Argentina, debe por lo menos recibir las migajas. Tal como el propio imperialismo, no obstante, el subimperialismo trasciende los límites económicos y nacionales y alcanza las "fronteras ideológicas" a las cuales el brazo militar de la burguesía está preparada, o siendo preparada, para defender por la fuerza.

Con la intervención norteamericana en Vietnam y en Santo Domingo forzando ya la capacidad de Estados Unidos en los frentes interno y de propaganda, ¿qué puede ser más "lógico" que condenar liberalmente cualquier intervención unilateral norteamericana adicional con sus propias tropas, que preparar la intervención multilateral automática interamericana con tropas latinoamericanas donde sea posible y colmar de elogios la intervención brasileña con tropas brasileñas en los asuntos latinoamericanos? Si los países "antinorteamericanos" como Chile, México y Uruguay amenazan con no cooperar en la venidera conferencia de Río de Janeiro de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y no apoyar la formación de una fuerza militar permanente interamericana de la OEA propuesta por Estados Unidos y Brasil, para la intervención en los estados soberanos latinoamericanos, entonces, ¿qué puede ser más prudente que preparar las zarpas del gato brasileño y del gatito argentino para tal acción militar por medio de acuerdos directos, con estos Estados independientes; e invitar a otros gatitos a unirse al encantador círculo de zarpas de gato si lo desean y cuando lo deseen?

Donde hay humor hay fuego. Detrás de esta cortina de humor liberal, el senador Fulbright y otros parecen estar bien en vías de forjar una espada

de Damocles guarnecida por latinoamericanos para sostenerla sobre las cabezas de las naciones de América Latina —una espada en una zarpa de hierro— y para ser liberalmente blandida, ¿por quién? ¿Qué más podemos esperar de Kennedy, Humphrey, Fulbright y de cualquier otro buen liberal?



#### IV

#### POLÍTICA DEL COLONIALISMO INTERNO Y DE CLASE



Con el título de "Tercer Mundo, ¿cuál Tercer Mundo?" (*Revolution*, vol. 1, número 7 de la edición inglesa), Pierre Jalée analizaba correctamente el imperialismo para demostrar que no hay ningún Tercer Mundo y prevenía de un modo pertinente contra esta expresión que ha encontrado tan amplia carta de naturalización entre los imperialistas y aun entre los sedicentes marxistas, y que no es sino una insidiosa pantalla para la introducción del neocolonialismo por parte de los primeros y del revisionismo por parte de los segundos, quienes, como Togliatti mismo lo previó (*Revolution*, vol. 1, número 11) en 1926, aunque ya no lo sostuvo en su última época, llegan a la misma cosa.

Mi propósito aquí es sugerir que lo mismo exactamente se puede decir y se debe entender en lo que respecta a la tesis de la "sociedad dual", cuya aceptación implícita y explícita es tal vez más difundida e insidiosa de lo que es su gemela del "Tercer Mundo". No existe ninguna sociedad dual en el mundo de la actualidad y todos los intentos por encontrarla son intentos para justificar y cubrir el imperialismo y/o revisionismo. Como dice la cita que hace Jalée del vietnamita Le-Duân (ver *Revolution*, vol. 1, número 1 de la edición francesa): "hoy en día la tarea se reduce a escoger entre dos caminos: el camino del desarrollo no capitalista y el camino capitalista". Todas las sociedades no socialistas, "duales" o no, son partes integrantes y totalmente integradas del sistema imperialista y la liberación de sus efectos explotadores y subdesarrollados es posible sólo a base de una estrategia marxista leninista, dirigida hacia la lucha contra el capitalismo imperialista en todas las sociedades no socialistas, y no con su revisión, consistente en la vana oposición al capitalismo en una parte o "sector" mientras que se le apoya y fomenta en otra parte de las sociedades supuestamente "duales".

Pierre Jalée hace notar "el hecho de que el imperialismo tiene una contradicción interna esencial entre los países explotadores y los explotados no le quita nada de su unidad. Esta unidad es, en realidad, el fruto de esta contradicción, sin la cual el imperialismo no sería imperialismo", o capitalismo añadiríamos nosotros. Jalée concluye:

...si nosotros hemos dirigido ataques contra la expresión "Tercer Mundo", debe entenderse que no es para empezar una lucha lingüística.

\* Escrito para la revista *Revolution*, que dejó de publicarse antes de que pudiera aparecer este ensayo. 1964.



Aceptar el término sin crítica, introducirlo en el lenguaje ordinario, significa introducir insidiosamente la idea de que el grupo de países del que estamos hablando constituye una entidad específica, un mundo en sí mismo, en relación al cual las teorías y los razonamientos aplicados al grupo de países capitalistas y al grupo de los países socialistas deben ser revisados, adaptados y más o menos adulterados. Sin darse cuenta, este argumento ataca la universalidad de la doctrina marxista y la unidad de la lucha revolucionaria en escala mundial.

Si estas líneas sobre el "Tercer Mundo" son citadas aquí con tal amplitud, es porque palabra por palabra también son aplicables en relación a la "sociedad dual". La versión moderna de las tesis de la "sociedad dual" surgió en la interpretación que hizo J. H. Boeke de la sociedad indonesia en 1942. Este sociólogo holandés y sus continuadores economistas mantenían que en realidad sólo una parte de Indonesia había sido colonizada por sus compatriotas y que la mayor parte del inmenso país había sido más o menos abandonado a sus propios recursos. Indonesia se había convertido en una sociedad dual, decía, en la cual su sector moderno capitalista y de exportación había sido creado e incorporado a la economía metropolitana (es decir imperialista), como una cabeza de playa metropolitana en suelo indonesio, al mismo tiempo que la mayoría del pueblo indonesio había quedado con su economía de subsistencia tradicional y milenaria totalmente fuera del sistema metropolitano del imperialismo mundial o capitalista.

Una interpretación dualista típica reciente de un país subdesarrollado es la del famoso geógrafo francés Jacques Lambert que significativamente tituló su libro *Los dos Brasiles*. Lambert sostiene, del todo erróneamente como veremos, que

la economía dual y la estructura social dual que la acompaña no son ni nuevas ni característicamente brasileñas. Son elementos existentes en todos los países desigualmente desarrollados [...] Los brasileños están divididos en dos sistemas de organización económica y social que son tan diferentes en sus niveles como en sus estilos de vida. Estas dos sociedades no evolucionan con la misma tasa y no llegaron a la misma meta; no están separadas por una diferencia de su naturaleza sino de edad [...] Durante el largo periodo de aislamiento nacional, se formó una cultura brasileña arcaica... una cultura que se mantiene en un aislamiento similar al de las culturas indígenas y estáticas de Asia o del Cercano Oriente.

En su crítica del libro de Lambert, el sociólogo progresista más famoso del Brasil, que se considera marxista, Florestan Fernández, hizo el siguiente comentario "una de las mejores síntesis sociológicas escritas hasta ahora sobre la formación y el desarrollo de la sociedad brasileña".

Esta idea de una "sociedad dual" ha ganado aceptación universal entre los estudiantes burgueses de los países subdesarrollados en Asia, África y América Latina, que gustan de interpretar las diferencias evidentes del ingreso y de otras formas dentro de estos países "desigualmente desarrollados" como productos de la supervivencia de las rutinas "tradicionales" en los sectores "arcaicos" y por la introducción y aceptación del "modernismo" en los sectores "avanzados" de cada uno de estos países. Pero la misma interpretación de la "sociedad dual" se ha colocado al análisis marxista de los países subdesarrollados, casi siempre bajo la forma de la suposición de la conservación del feudalismo en una parte y la introducción del capitalismo en la otra —con la organización de cada sector o parte independientemente determinado por sí mismo y con una dinámica propia separada—, de la sociedad de estos países subdesarrollados. Tanto en la versión burguesa como en la supuestamente marxista de la tesis de la sociedad dual, un sector de la economía nacional que se considera que también fue antes feudal, arcaico y subdesarrollado, despegó y se convirtió en el actual sector capitalista relativamente avanzado y desarrollado, mientras que la mayoría de la población tradicional se quedó en el otro sector que supuestamente se estancó en su etapa arcaica feudal y subdesarrollada. La estrategia política asociada usualmente a estas interpretaciones del desarrollo, erróneas desde el punto de vista empírico como del teórico, son, para la burguesía, la conveniencia de extender el modernismo al sector arcaico, así como incorporarlo al mercado nacional y mundial y para los marxistas la conveniencia de completar la penetración capitalista en el campo feudal y la terminación de la revolución democrático-burguesa.

### *Explotadores y explotados*

Si el "tercer mundo" se excluye, como dice Pierre Jalée, de la existencia de un único y unitario mundo capitalista "en el que el imperialismo (es decir el capitalismo) tiene una contradicción esencial entre explotadores y explotados" sin la cual no sería lo que es, entonces esta misma unidad dialéctica excluye también la posible existencia de las sociedades "duales" antes mencionadas. Lejos de que el desarrollo y el subdesarrollo y las diferencias tanto en "niveles como estilos de vida" —para volver a Lambert— se deban a la supuesta existencia de la sociedad dual compuesta de "dos sistemas de organización social y económica" tanto en el mundo capitalista del imperialismo tomado en su conjunto como en cualquiera de sus Estados nacionales, estas diferencias son provocadas —y ellas con todo el subdesarrollo—, por la unidad dialéctica de un sistema capitalista único cuya naturaleza explotadora y contradictoria las lleva implícitas.

El subdesarrollo, lejos de ser efecto de algún supuesto "aislamiento" de la mayoría de la población mundial de la expansión capitalista moderna o incluso de unas supuestas relaciones y formas feudales sobrevivientes, es el resultado de la incorporación totalizadora de esta población dentro del



sistema capitalista del todo integrado, pero contradictorio, que desde hace mucho la ha abarcado en su conjunto.

Es la contradicción interna esencial del imperialismo capitalista entre los países explotadores y explotados, para citar de nuevo las palabras de Pierre Jalée, la que ha sido y sigue siendo la causa y el origen del proceso simultáneo y dialécticamente relacionado del desarrollo y del subdesarrollo económico. Como en nuestra época lo hizo notar el primer ministro de Trinidad, Eric Williams, en su libro tan importante y certero, *Capitalism and Slavery*, publicado hace 20 años, y como Cortés también lo reconoció en 1520 cuando conquistaba México, la expansión metropolitana en América a pesar de todos los nombres diferentes bajo los cuales se emprendió, se basó ante todo en la fuerza de trabajo esclava africana e indígena, y en un principio también europea. Las áreas colonizadas como Brasil, las Indias Occidentales y el sur de Estados Unidos, cuyos inmigrantes (ante todo constituidos por esclavos africanos), importados por la misma metrópoli, estaban destinados a la producción de azúcar, algodón, cacao, etc. (que a su vez se mandaban a esas metrópolis), estaban, por definición, totalmente penetradas por e integradas en el sistema mundial mercantilista capitalista desde el principio. Pero las regiones ya densamente pobladas de Asia, África y América Latina, muchas de ellas previamente ocupadas por civilizaciones de gran desarrollo, se integraron en y fueron penetradas por el sistema capitalista (ya en ese entonces mundial) en forma no menos rápida y total. Este sistema, una vez habiéndolas conquistado e invadido por la fuerza, las utilizaba como abastecedoras de fuerza de trabajo, capital y mercados.

Para extraer el producto de su trabajo por medio del pillaje, la esclavitud, el trabajo forzado, las materias primas, o por medio del monopolio del comercio exterior, las metrópolis hoy día, no menos que en los tiempos de Cortés y Pizarro en México y Perú, de Clive en la India, de Rhodes en Sudáfrica y de la época de la "puerta abierta" en China, destruyeron y/o transformaron totalmente los sistemas económicos existentes anteriormente en esas sociedades y las incorporaron al sistema capitalista mundial (dominado por las metrópolis), convirtiéndolas en fuentes de su propio desarrollo y su propia acumulación de capital. A consecuencia de esto el destino de las sociedades conquistadas, transformadas o establecidas al amparo europeo, fue y sigue siendo su descapitalización, su carencia estructural de productividad y la cada vez mayor pobreza de sus masas. En una palabra, su subdesarrollo.

### *El subdesarrollo*

Todos aquellos sectores de la población de los países subdesarrollados que no fueron ni han sido incorporados al mercado del sistema capitalista en forma clásica, a saber como vendedores de fuerza de trabajo o como compradores de mercancías, no están por ese motivo desligados, ais-

lados, o marginados del sistema. Su destino es otro, pero no es menos necesario dentro de los resultados de la acción de la contradicción interna fundamental del sistema capitalista. Aunque según la errónea e insidiosa tesis de la "sociedad dual" no han sido afectados por el sistema capitalista, o cuando menos son marginales a él, estos sectores han sido, y siguen siendo, despojados de sus tierras y de los medios de vida que ellos les ofrecen, por la expansión totalizadora del sistema capitalista. Han presenciado cómo el imperialismo en el caso de la India ha destruido la organización de la irrigación, las artesanías, la industria y el comercio, así como los modos de vida que se derivan de ellos. Han presenciado cómo el sistema capitalista produce los cambios a veces bruscos, a veces lentos, pero siempre inevitables de la oferta y la demanda (a escala nacional, regional y mundial) de sus productos tradicionales: especias, azúcar, café, cacao, té, hule, oro, plata, cobre, estaño y otras materias primas y también de los productos industriales. Cambios que por meses, años, décadas e incluso siglos transforman poblaciones enteras de productores independientes o trabajadores dependientes en las poblaciones muertas de hambre "flotantes" o "marginales" de los siempre presentes ghettos y vecindades de las ciudades del sistema capitalista subdesarrollado.

El subdesarrollo del noreste de Brasil, por ejemplo, que es en la actualidad una de las regiones más miserables del planeta, cuyos 25 millones de habitantes y sus luchas ha hecho famosos en todo el mundo Francisco Juliao y sus ligas campesinas (ver *Revolution*, vol. 1, número 7), no se debe al "aislamiento", la "cultura arcaica" o el "régimen feudal" como Lambert y muchos otros, incluidos aquí desafortunadamente muchos supuestos marxistas, creen equivocadamente. Por el contrario el subdesarrollo del noreste brasileño debe ser atribuido a la esencial contradicción dialéctica interna de un solo sistema unitario mercantilista y por lo tanto capitalista, cuyas varias depresiones brasileñas empezando por la de la economía azucarera y el régimen de esclavitud del siglo xvi, pasando por la siguiente depresión azucarera del siglo xvii y terminando con el sacrificio del régimen de esclavitud a los intereses textiles británicos y el cambio de la metrópoli brasileña a la región sureña productora de café, hechos que ocurrieron en el siglo xix, han provocado el actual estado miserable de la región. Pero aún en la actualidad, aunque usando otros medios para extraer su capital, continúa el drenaje de los recursos de la región para el beneficio de las metrópolis no sólo tradicionales (Europa y Estados Unidos) sino también para el beneficio de las metrópolis sureñas del propio Brasil. Esta estructura subdesarrollada del noreste brasileño es mantenida y se sigue profundizando. La única manera de hacer que desaparezca es liberando a la región del sistema imperialista y capitalista.

### *Metrópolis y periferias*

En lo que se refiere a la naturaleza totalizadora del sistema capitalista,



Rosa Luxemburgo tenía toda la razón cuando decía en *La acumulación del capital* que el capitalismo había penetrado, incorporado y transformado desde hacía mucho tiempo los puntos más "aislados" o "marginales" del planeta. (No discutimos aquí la estrategia que proponía para combatir el sistema internacionalizado, en la que no tenía razón.) El mundo capitalista, o mejor dicho, la totalidad de la sociedad capitalista, está inexorablemente dividida en metrópolis desarrolladas y explotadoras, por un lado, y en una periferia subdesarrollada y explotada por el otro. Esto último ha sido reconocido aún por economistas burgueses tales como Gunnar Myrdal y Raúl Prebisch. Esa división entre metrópolis y periferia se apoya en la contradicción esencial interna del capitalismo entre explotadores y explotados, contradicción que en la actualidad como en el pasado fomenta simultáneamente el desarrollo de algunos y el subdesarrollo de la mayoría.

Pero lejos de no haber llegado al sector de subsistencia, "aislado", "marginado", "no capitalista", de las sociedades supuestamente "duals", esta contradicción del capitalismo produce y mantiene el subdesarrollo de ese sector de la sociedad capitalista dialécticamente dividida en dos partes, una de las cuales, a pesar de lo arcaica, atrasada, aislada y feudal que pueda parecer, es parte integrante de la sociedad en la misma medida que la sección moderna y avanzada. Hablar de un "tercer mundo" o una "sociedad dual" en nuestros días lo único que produce es una franca confusión.

La contradicción esencial interna del capitalismo entre explotadores y explotados surge dentro de las naciones del mismo modo que existe en su relación mutua.

Y la estructura esencial y consecuente del imperialismo, a saber las relaciones de explotación de las metrópolis desarrolladas con las periferias explotadas subdesarrolladas, son parcialmente reproducidas dentro del ámbito de cada sociedad, de cada nación y Estado, y hasta de cada región y sector. En todos los países subdesarrollados son sus metrópolis las que tienen mayor contacto con las metrópolis mundiales. Estas metrópolis nacionales consecuente y simultáneamente (y por supuesto las metrópolis mundiales capitalistas también), mantienen una relación de explotación con sus respectivas periferias provinciales, que son una extensión de las relaciones que las metrópolis mundiales capitalistas mantienen con ellas. En los niveles regionales y locales sucede lo mismo. Los centros comerciales de provincia que están en una posición periférica de desventaja económica en relación con las metrópolis nacionales e internacionales, se encuentran a su vez en una posición de metrópoli y centro explotador con respecto a sus alrededores rurales. Las metrópolis de cada uno de estos niveles se encuentran, claro está, íntimamente ligadas y dependientes de las metrópolis de otros niveles. Se distinguen en su papel explotador dentro del sistema capitalista (que las une mutuamente a ellas y a sus peri-

ferias) en que las metrópolis centrales, con ámbito y alcance mundiales que incluyen a las metrópolis nacionales y regionales, tienen una dependencia dominante sobre las otras en tanto que las metrópolis nacionales y regionales tienen una dependencia relativamente menos dominante y más dominada. En relación de metrópoli-periferia, de cada uno de estos niveles así como del nivel internacional que los abarca a todos, la metrópoli absorbe capital de la periferia y usa su poder para mantener la estructura económica, política, social y cultural de la periferia y de sus metrópolis periféricas. Mantiene de este modo, en tanto es posible, el sistema imperialista capitalista que permite esta explotación.

La contradicción interna esencial del sistema capitalista en su conjunto aunque permite el desarrollo relativo de algunos, reproduce y mantiene el subdesarrollo de la mayoría en los niveles internacional, nacional, regional y local. En cualquiera de esos niveles, por tanto, la única manera de superar el subdesarrollo es por medio de la salida socialista de la estructura capitalista que necesariamente lo mantiene y reproduce. No hay sociedad dual ni tercer mundo.

### *El problema político*

Así como el análisis de Pierre Jalée sobre la existencia del "tercer mundo" se aplica también para la "sociedad dual", así también sus conclusiones políticas que limitan las alternativas a las de capitalismo y socialismo se aplican del mismo modo a la línea política necesaria para escapar del capitalismo y el subdesarrollo y para avanzar hacia el socialismo y el desarrollo. De igual forma que la posición del "tercer mundo", la tesis de la "sociedad dual" (que explícita e implícitamente reafirma la existencia de dos o más sectores determinados en forma independiente en una sola sociedad dialécticamente unida/dividida) de modo consciente e inconsciente ataca, revisa, adapta y adultera la universalidad de la doctrina marxista y la unidad de la lucha revolucionaria a escala mundial. Aunque, como sugiere Jalée, Frantz Fanon se pudo equivocar cuando usó el término "tercer mundo", de ningún modo cayó en la insidiosa trampa de la "sociedad dual", ni tuvo ningunas ilusiones sobre un posible "tercer camino". Por el contrario, más que ningún otro entre nuestros contemporáneos, Fanon reconoció, estudió clínicamente y enfatizó lo completo y lo total de la penetración colonial del capitalismo hasta el corazón y el alma de los países subdesarrollados que corrompió. Y Fanon no dejó de señalar en forma por demás enfática que cualquier intento por apoyarse en una burguesía nacional para emprender un tercer camino diferente del capitalista o socialista, para superar el subdesarrollo colonial imperialista, estaba destinado a corromper todavía más a la sociedad y a terminar en el fracaso más desastroso. La burguesía nacional, allí donde es legítimo hablar de su existencia, y de hecho la totalidad del sistema capitalista y de metrópolis nacionales en que ella se apoya, están por fuerza tan inextricablemente



integrados en el sistema imperialista y en la relación metrópoli-periferia que le impone dicho sistema, que no puede escapar del subdesarrollo al que sólo profundiza y expande.

Frantz Fanon dijo claramente en *Los condenados de la tierra* que la fase nacional burguesa en la historia de los países subdesarrollados es inútil y una vez que esta burguesía hubiera sido consumida por sus contradicciones sería necesario empezar desde el principio. Se puede ver que, en realidad, Fanon cometió aquí un error muy importante; como nunca es posible hacer que la historia retroceda, no sería posible empezar por el principio. Por el contrario, aunque la burguesía nacional en alianza con las fuerzas populares todavía puede en algunos casos contribuir en la realización de algunas formas de liberación, el meollo de la experiencia histórica, la propia obra de Fanon y el legítimo análisis marxista demuestran que la acción de la burguesía "nacional" en los países subdesarrollados necesariamente refuerza hoy día, en lugar de debilitar, los lazos de esos países con el imperialismo, fomenta aún más el subdesarrollo estructural, profundizándolo y ampliándolo, haciendo así que el costo final de la liberación aumente; o, para conservar el símil de Fanon, en realidad llevando al país subdesarrollado por abajo de cero, antes de que la verdadera liberación nacional sea posible. Esta fase burguesa nacionalista debe ser eliminada en donde se pueda de la historia de los países subdesarrollados o cuando menos debe ser de duración muy breve. La justificación de su existencia no puede basarse en la supuesta subsistencia de una "sociedad dual" o de la posibilidad de un "tercer camino".

### *La experiencia latinoamericana*

La experiencia más amarga del subdesarrollo producida por estas burguesías "nacionales" dominadas por el imperialismo es, sin duda alguna, la de América Latina, continente que ha sufrido un subdesarrollo de este tipo por décadas, si no es que por un siglo y medio. Desafortunadamente una experiencia todavía más amarga que la anterior ha sido la de casi la mayoría de los partidos comunistas de la región latinoamericana que, armados entre otras cosas con la tesis de la "sociedad dual", si no es que con los puntos de vista del "tercer mundo", también tienen una historia, casi sin mancha, de un apoyo total a estas burguesías en aras de realización de una mítica —o para usar la palabra que Fanon acuñó, caricaturesca— revolución burguesa en la sociedad dual nacional y de hecho en aras de la realización —aunque nunca la hayan exigido explícitamente en sus programas— de la liberación del imperialismo exterior, a la manera propuesta por los partidarios del "tercer mundo". Esta política los ha conducido a la actual situación en que se encuentran y cuyo común denominador es su fracaso total y muy frecuentemente desastroso. (Ver por ejemplo: "El fracaso del camino pacífico en Chile", *Revolution*, vol. 1, número 8.) El Partido Comunista Brasileño, el más leal y fervoroso apoyo

del presidente Goulart e incluso un partido que se hallaba menos interesado que ciertos sectores políticos y económicos abiertamente burgueses en organizar a las masas, comparte ahora con sus compatriotas la represión política del reciente golpe militar fascista, cuya fácil victoria fue el fruto inevitable de la línea política consistentemente errónea y desastrosa del PC brasileño y otros grupos de izquierda.

Y este partido como otros partidos hermanos del continente recientemente se pusieron a la cabeza de los que vociferaban criticando como "divisionistas" precisamente a aquellos partidos que buscaban apoyarse en el marxismo-leninismo para desarrollar la lucha revolucionaria contra el capitalismo en los países subdesarrollados, cuya temprana iniciación, aunque no puede producir de la noche a la mañana la liberación, podrá y dará el único modo posible de escapar al subdesarrollo.

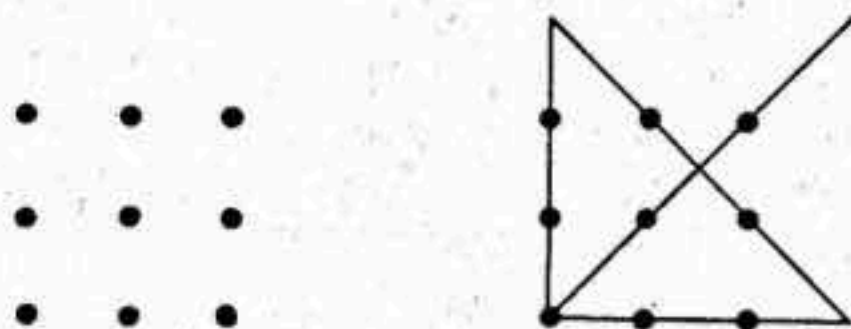


## CRECIMIENTO DEL LATIFUNDIO CAPITALISTA EN LATINOAMÉRICA\*

### I. A PROPÓSITO DEL FEUDALISMO

Invitemos al lector a ponderar el siguiente problema y contemplar lo significativo de la solución que ofrecemos para el examen de la problemática iberoamericana: se trata de unir los nueve puntos aquí dibujados con una línea que consiste en cuatro (no cinco) segmentos seguidos y rectos.

Buscando la solución, el lector verificará que no encuentra ninguna, mientras se queda dentro del marco cuadrado y limitado que los nueve puntos parecen imponernos. La solución está a la mano: salir de este limitado y autoimpuesto marco así:



Igualmente el enfoque preciso para solucionar la problemática latinoamericana tiene que partir del sistema mundial que la crea y salir de la autoimpuesta ilusión óptica y mental del marco iberoamericano o nacional.

Así lo haremos para enfrentar la advertencia y el desafío que nos lanzó Rodolfo Puiggrós de "no equivocarse en la apreciación del punto de partida para explicar el raquitismo capitalista de la actualidad y las posibilidades que existen de pasar a un orden superior", palabras con que termina su escrito "A propósito del feudalismo" en su examen de los modos de producción en Iberoamérica. Responderemos también a Roger Bartra quien, en su examen de sociedades precapitalistas, nos hace el honor de colocarnos en la "izquierda", para después excluirnos de ésta, citándonos y ligando nuestro nombre con otros para los que "no parece haber aquí una comprensión 'dialécticamente dual' de la realidad" y donde se "escondan las envejecidas tesis" burguesas.

Puiggrós vuelve a plantear la cuestión "del modo de producción gestado por la colonización hispánica de América. ¿Fue feudal, fue capitalista o

qué fue?" "El sentido común, antes que la ciencia —nos dice—, se resiste a admitir que los españoles vinieran a nuestro continente como burgueses a organizar sociedades capitalistas." Nos parece, mejor dicho, que el sentido común se resiste a admitir que vinieron como señores feudales para organizar sociedades feudales, que tuvieran intereses y medios económicos para financiar en España una empresa sumamente costosa en beneficio de feudos —vale decir economías cerradas— en ultramar. Además, no sólo el sentido común sino el propio señor Puiggrós se resiste a admitir tal especulación, ya que él nos dice: "la burguesía comercial de las ciudades manufactureras de España e Italia descubrió América... No fueron los señores de Castilla, no fue el feudalismo. Es conocida su oposición a la empresa colombina".

Pasando al argumento de Puiggrós, éste mantiene que

lo importante es fijar si los modos de producción de la época de la Colonia reunían de manera general y no como excepción las siguientes características [enumeradas, a las cuales volveremos]... Puesto que no descubrimos tales características dominantes, nos preguntamos en qué argumento se apoyan quienes declaran a nuestras naciones capitalistas desde la cuna.

En respuesta a Puiggrós, nosotros que declaramos a Iberoamérica capitalista no sólo desde la cuna sino desde su concepción, contestamos que nos apoyamos no tanto en argumentos como en hechos, cosa que no hace Puiggrós. Cuando nos presentamos en el campo de batalla con las armas de las siete características escogidas como importantes por el propio Puiggrós —y que no son las que hubiéramos escogido nosotros— encontramos que nuestro honorable y feroz adversario no aparece, puesto que apenas nos deja dicho que él no descubrió sus características favoritas, y ni siquiera nos dice por qué, dónde las buscó, y menos lo que encontró a su vez. Así, nos encontramos obligados a presentar armas solos: la primera característica, cuya existencia Puiggrós considera importante fijar definitivamente, pero cuya presencia no logra ver: "la acumulación y la reinversión del capital". Mirando un poco más allá de los puntos del estrecho marco latinoamericano, comprobamos como todos los hechos muestran que esta característica sí la hubo, y en gran escala: la acumulación de capital iberoamericano y su inversión en Europa. "Segundo. La producción mercantil desarrollada, no la simple producción de excedentes de una economía de subsistencias": ésta fue precisamente la característica que más caracterizó la expansión mundial del sistema mercantil de la época colonial. "Tercero. La existencia de capitalistas y obreros": la hubo en ambos lados del Atlántico, especialmente capitalistas europeos usando capital y obreros (dice el texto americano) iberoamericanos. Y así en adelante, con las cuatro características restantes, como lo podrá verificar el lector por cuenta propia. Por nuestra parte, preferimos dejar el campo de batalla escogido

\* Corresponde a un debate con Rodolfo Puiggrós, publicado en *El Gallo Ilustrado* suplemento de *El Día*, México, 31 de octubre y 25 de noviembre de 1965.



pero no hollado por nuestro adversario, y siempre armados con hechos ir en busca de él donde aparece.

### Anécdotas y hechos

Prestar "atención a las exportaciones de metales preciosos y de productos tropicales", para Puiggrós son "aberraciones académicas [que] no tienen más que un valor anecdótico". No fue así para los españoles y otros europeos. No por hablar anecdóticamente dejaron de decir la verdad. De hecho, el descubridor Colón opinaba que "lo mejor del mundo es el oro... sirve hasta para enviar almas al paraíso"; el conquistador Cortés, a su llegada a estas tierras, informó a un indígena que "nosotros los españoles padecemos de una enfermedad del corazón para la cual existe un único remedio específico: el oro"; los hermanos franciscanos y el obispo Mota y Escobar observaron que "donde no hay plata no entra el evangelio" y "donde no hay indios, no hay plata". Sin embargo, aunque acompañamos a los cronistas coloniales que calificaron la minería como "nervio y sustancia" de la economía iberoamericana, no insistiremos más aquí y seguimos a otro campo que abre Puiggrós.

Puiggrós mantiene que "el comercio, y aun determinado tipo de inversiones en minas, obrajes y empresas colonizadoras no... reformaron el régimen agrario, ni promovieron ponderables acumulaciones internas de capital". Todo el peso del argumento recae en las palabras claves, "reformaron" e "internas". Innegablemente, hubo grandes acumulaciones de capital iberoamericano, acumulaciones dentro de las empresas y dentro del sistema global en Europa. Como lo reconocieron los comerciantes y estadistas mercantilistas de la época, y todos los economistas desde Smith hasta Marx, y como lo reconocen hoy quienes no han perdido todo contacto con la realidad histórica y actual, fue justamente esta y otra acumulación primitiva y posterior de capital extraído de minas, plantaciones, haciendas y comercio iberoamericano y de ultramar lo que permitió el desarrollo capitalista metropolitano y condenó a los iberoamericanos y otros seres de la tierra al raquitismo capitalista del llamado subdesarrollo.

Puiggrós también pregunta si estos acontecimientos mercantiles y capitalistas "reformaron el régimen agrario" en Iberoamérica. La respuesta es no; lo formaron. El propio Puiggrós, como conocedor de su país, nos cuenta "del capitalismo agropecuario del litoral argentino... [que] nació en función de la venta al mercado, en primer lugar al mercado exterior". Nos advierte Puiggrós que "no cometamos la tontería de juzgar los modos de producción de todo nuestro continente por un caso particular". Evitaremos hacerlo, y señalaremos que el caso argentino, lejos de ser particular o excepcional fue, y sigue siendo, la regla. La agricultura azucarera del Brasil, como antes de las islas mediterráneas y atlánticas y después de las islas del Caribe como Barbados, St. Dominique (Haití y Santo Domingo), Cuba y otros, también "nació en función de la venta al mercado. En pri-

mer lugar al mercado exterior". Sergio Sepúlveda hace notar en *El trigo chileno en el mercado mundial* que "el carácter de la economía chilena colonial, [era] esencialmente de exportación y no de mera subsistencia como alguna vez se ha afirmado. Esta impronta es genérica a la economía colonial de diversos países".

Mario Góngora, lo confirma en *El origen de los "inquilinos" de Chile central*:

en el siglo XVIII acontece un viraje capital, el comercio del trigo con el Perú, que trae consigo una organización más intensa de la hacienda y una valorización de la tierra desde el Aconcagua hasta Colchagua. regiones exportadoras. La tendencia se constituye en arrendamiento, cobrando cierta importancia el pago de canon... marca su sello en la mayor dependencia de los arrendatarios y en la agravación de sus deberes [...] La gran hacienda va descargando su necesidad de servicio sobre los arrendatarios... cae en desuso el término "arrendatario", que sirve también para designar hombres de nivel medio o alto, y se especializa el nombre de "inquilino". En suma, pues, las tenencias rurales, desde el préstamo al inquilinaje (peonaje), nada tienen que ver con la encomienda ni con instituciones de la Conquista. Proceden del segundo momento de la historia colonial, en que se estratifican, hacia arriba, los terratenientes, hacia abajo los españoles pobres y los diversos tipos de mestizajes y castas [...] La estratificación se marca crecientemente en los siglos XVIII y XIX, y en la misma proporción se agravan los deberes de los inquilinos... el inquilino se irá convirtiendo [en el siglo XVIII] en un trabajador más y más dependiente..., según una tendencia a la proletarización del inquilino que avanza en el siglo XIX.

## II. EL MERCADO DIO VIDA A LA HACIENDA MEXICANA

Así lo particular del argumento de Puiggrós se va convirtiendo, mediante un examen de los hechos, en la regla. ¿Será México (o el Perú) una excepción a esta regla? Así nos deja pensar Puiggrós. La respuesta nos la da el más destacado observador de la época colonial, el geógrafo alemán Humboldt, en su renombrado *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*:

Los viajes sobre el lomo de los Andes o en la parte montañosa de México, ofrecen los ejemplos más evidentes de la benéfica influencia de las minas sobre la agricultura. Sin los establecimientos formados para el beneficio de las minas, ¡cuántos sitios habrían permanecido desiertos; cuántos terrenos sin abrir al cultivo en las cuatro intendencias de Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí y Durango...! La fundación de una ciudad sigue inmediatamente después al descubrimiento de una mina considerable [...] Se establecen haciendas en las inmediaciones de las minas; la carestía de los víveres y el precio considerable a que la concurrencia de los compradores sostiene todos los productos de la agricultura,



indemnizan al cultivador de las privaciones a que le expone la vida penosa de las montañas. De este modo, sólo por el aliciente de la ganancia... una mina... en poco tiempo se une a las tierras ya de antiguo labradas

y forma el latifundio.

Así en México, igual que en la Argentina de Puiggrós o el Chile de Góngora; como lo dice este último, "las tendencias rurales [de la hacienda] nada tienen que ver con la encomienda ni con instituciones de la Conquista. Proceden del segundo momento de la historia colonial". De hecho, los conocidos historiadores mexicanos Silvio Zavala y José Miranda hace mucho descartaron la vieja y errónea tesis de que la fuente de la hacienda fue la encomienda o siquiera el encomendero.

La hacienda se formó y creció, como lo dice Humboldt, "por el aliciente de la ganancia". "Hacienda", en el castellano de Cervantes, quería decir "capital", y todavía hoy conserva lo esencial de este sentido en los ministerios de Hacienda. Solamente cuando se empieza a invertir capital en predios rurales y negocios agrícolas adquiere la palabra "hacienda" el sentido de "latifundio". En la Nueva España esta colocación de capital empezó, como lo señala Humboldt, y lo confirma François Chevalier en su ya clásico *La formación de los grandes latifundios en México*, cuando en el siglo XVI se abrieron minas y construyeron ciudades que demandaban trigo, ganado, azúcar, leña y otros productos. Como lo muestra la investigación de Chevalier: "la explotación de las minas de plata se hallaba estrechamente ligada con el nacimiento y el desarrollo de las grandes haciendas rurales del norte". La producción minera alcanzó su apogeo en la década 1591-1600, declinó lentamente hasta 1630 y rápidamente hasta 1660, antes de recuperarse y alcanzar en la última década del XVII el nivel que tenía un siglo antes. "En esta época de decadencia minera —dice Chevalier— fue sin duda cuando la hacienda se replegó sobre sí misma." Fue la época que el norteamericano Woodrow Borah llama el "siglo de depresión". No obstante estos juicios, los hechos descubiertos por ambos historiadores muestran que ésta fue también la época en que creció y se "consolidó" la hacienda latifundista mexicana por ser el objeto de una cada vez más creciente inversión de capital procedente de comerciantes y mineros: "muchos comerciantes llegaron a ser propietarios de tierras, pues éstas representaban para ellos una inversión segura, dice Chevalier y se pregunta a la vez "en qué medida salieron capitales de minas, como las de Pachuca y de Taxco, para la explotación rural en la zona del centro". La inversión comercial en la tierra y la formación de grandes latifundios "feudales" en México no fue solamente segura en esta época, sino sumamente rentable; y el traslado de capital de minas "capitalistas" a haciendas "feudales" pero bautizadas con el sinónimo de "capital", cualquiera que fuera su cuantía, fue lo más lógico. Una razón la señala Chevalier cuando nota que "el fin esencial de muchos

personajes era monopolizar todas las fuentes de ingresos, minas y tierras, que otros podían utilizar para seguir independientes o para transformarse en rivales". Pero atrás de este mismo proceso de monopolización y de inversión en haciendas "feudales", pensamos, había otra causa más fundamental: fue buen negocio. Mientras que la rentabilidad de la minería bajó absoluta y relativamente —porque subieron los costos de producción e impuestos y con la inflación se desvalorizó su producto, la plata— la rentabilidad de la agricultura subió absoluta y con respecto a la minería relativamente. La causa fue un crecimiento de la población y de la demanda urbana —pese al acelerado descenso de la población y producción indígena— que trajeron consigo una inquietante escasez de víveres y una alarmante inflación de sus precios, que todas las tentativas gubernamentales —precios topes, control de mercados y comerciantes, almacenaje y otras medidas antiespeculativas tipo CONASUPO— fueron incapaces de contrarrestar. Así, la hacienda "feudal" en México, y los modos de producción y relaciones de trabajo que en ella se desarrollaron, igual que el latifundio triguero chileno, el latifundio azucarero, cacaotero, etc., del Brasil, las Antillas, Venezuela, etc., y el "caso particular" del latifundio ganadero argentino, crecieron y se consolidaron cuando hubo buen negocio agrícola, debido a un aumento de precios y demanda, descenso de un negocio competidor, mejoramiento vial o técnico, o una combinación de éstos siempre que hubiera mano de obra bastante barata disponible para que el negocio fuera negocio, y permitiera la acumulación de capital aunque fuera por comerciantes acaparadores y resultara "interno" en la economía metropolitana de ultramar. Pensamos que la investigación histórica mostrará que los mal llamados latifundios feudales que en ciertas épocas y lugares se encuentran en un grado relativo de aislamiento y con una supuesta economía de autosubsistencia no fueron formados como tales, sino que son el resultado de un anterior desarrollo comercial que decayó y abandonó zonas como las del nordeste brasileño, el alto Perú, y el centro mexicano.

Si fue así desde la Conquista que estableció el "feudalismo" agrario iberoamericano hasta la segunda mitad del siglo pasado, a pesar de los primeros intentos liberales, ¿habrá desaparecido este padrón en el curso de la última centuria? Por lo que hace a su tiempo, nos contesta el director general del Ministerio de Agricultura, conocido "científico" porfirista, Lauro Viadas:

La agricultura es, ante todo y sobre todo, un negocio, y en todo negocio, la cuantía y seguridad de las utilidades que ofrece, son las que determinan el carácter de los empresarios [...] Si las grandes propiedades rurales subsisten, es porque son la lógica consecuencia del estado de evolución en que la agricultura se encuentra en nuestro país, y tendrán, por lo mismo, que subsistir, a despecho de los propósitos más firmes y mejor intencionados, en tanto que no se logre remover los obstáculos que detienen nuestro progreso agrario. La agricultura grande se impone y



excluye a la pequeña de familias, apoderándose de las tierras, atraída, y diré fuertemente atraída, por ventajas económicas que dimanar de las dos causas siguientes: 1. Por el alto precio que alcanzan los artículos de primera necesidad [...] La carestía de estos productos origina primeramente un beneficio elevado para los cultivadores, y subsecuentemente, un fuerte valor para los terrenos cultivables, que los pone únicamente al alcance de los empresarios capitalistas. 2. La baratura de la mano de obra, que reduce relativa, si no absolutamente, el costo de producción y determina, por lo mismo, el efecto anteriormente indicado de elevar el beneficio agrícola...

Este informe sobre la agricultura y economía "feudal" porfiriana en la cual los norteamericanos se habían apoderado de una séptima parte del territorio nacional, para no hablar de minas, industrias y comercio, fue presentado en 1911 al gobierno de Madero, para que él y generaciones futuras de mexicanos supieran "remover los obstáculos que detienen nuestro progreso agrario" que "tendrán, por lo mismo que subsistir, a despecho de los propósitos más firmes y mejor intencionados" en tanto esto no se hiciera. Dejamos a la meditación y al juicio del lector hasta qué punto la revolución "antifeudal y antimperialista" mexicana y la "reforma agraria burguesa" a que dio luz fueron más allá de propósitos firmes e intenciones buenas para remover los señalados, verdaderos y ya muy antiguos obstáculos. ¿Quién se atreve a llamar al "neolatifundismo" norteamericano —llamado "nylon" porque sus propietarios son hombres de negocios y no agricultores—"neofeudalismo"?

### III. CAPITALISMO SUBDESARROLLADO Y SUBDESARROLLO CAPITALISTA

¿Cómo explicaremos, pues, el raquitismo capitalista y el subdesarrollo actual de América Latina? No como la sobrevivencia feudal que sigue esperando su superación por el desarrollo capitalista sino como el producto histórico y aun continuado del mismo desarrollo capitalista de un sistema mundial único que —como nos cita Roger Bartra— "es una sociedad dialécticamente dual con partes diferentes, pero no separadas: una explotada por la otra", de manera que el desarrollo capitalista incontestablemente —para servirnos de la palabra del "científico" porfiriano— engendra también el desarrollo del subdesarrollo. Vemos un sistema mercantilista y después capitalista que incorporó al mundo entero y cuya estructura "colonialista" y desarrollo desigual formó, no reformó como lo quiere Puiggrós, los modos de producción y de vida en Iberoamérica y otras partes, antes no, y hoy sí, subdesarrolladas del mundo actual.

La estructura colonialista de este sistema siempre fue, es, y será fundamental y sumamente monopolista. El monopolio, a su vez, conduce al desarrollo del monopolizador y al subdesarrollo del monopolizado, mientras que despilfarra inútilmente gran parte de los recursos productivos o su

excedente económico que "teóricamente" podría servir para el mayor desarrollo de ambos.

La esencia de esta monopolística estructura metropoli-satélite no cambió con la Independencia y todavía sigue en pie hoy, ya que en los nuevos Estados latinoamericanos los criollos apenas sustituyeron a los peninsulares en la estructura, siendo a su vez rápidamente satelizados por Inglaterra, dependencia que posteriormente fue reemplazada por los Estados Unidos. Los "científicos" se convirtieron en representantes y socios menores del imperialismo norteamericano durante el porfiriato mexicano, y otro tanto hicieron en otros países iberoamericanos. No queremos decir con esto que el sistema permaneció estático a lo largo de cuatro siglos. Por el contrario, el desarrollo histórico de este sistema mundial generó el desarrollo de la metrópoli monopolizante y el subdesarrollo de los satélites monopolizados. El desarrollo de las metrópolis nacionales iberoamericanas no pudo y no puede ser, evidentemente, el desarrollo capitalista "clásico" de la metrópoli mundial, dado que esta última no es satélite de nadie mientras las metrópolis nacionales de los países hoy subdesarrollados sí lo son. Esta calidad de satélite dentro del sistema y desarrollo capitalista mundial, por supuesto, impone límites al desarrollo de las economías y burguesías nacionales de Latinoamérica y condena a sus metrópolis a un desarrollo subdesarrollado, y a sus satélites internos a un subdesarrollo total.

Enfrentando este hecho, muchos de los que quieren apoyarse en Marx para explicar el raquitismo capitalista, y para enseñarnos el camino hacia un orden superior, quieren convencernos que el raquitismo se debe al feudalismo y el camino es la vía al capitalismo. Los que ya no pueden siquiera convencerse a sí mismos con esta historia feudal, ahora vienen exhumando la vieja tipología marxista del modo de producción asiático. Pero como veremos enseguida, la renovada idea asiática, igual que la vieja historia feudal, sólo sirve para oscurecer el hecho capitalista y sus inevitables implicaciones políticas.

### IV. COLONIALISMO, CLASES Y UN ORDEN SUPERIOR

Pasemos, pues, al segundo problema que nos deja Puiggrós y que, aunque habla del pasado, constituye la verdadera preocupación de Roger Bartra y Ettore di Robbio en sus ensayos sobre modos de producción precapitalistas, a saber: "las posibilidades que existen de pasar a un orden social superior" en el futuro iberoamericano. Bartra correctamente nos atribuye el arriba empleado enfoque "colonialista", y nos cita al respecto. Pero, a diferencia de algunos, nuestro empleo de este enfoque no es tanto para destacar el colonialismo interno o externo, sino más bien para estudiar, a través de su estructura colonial monopolizadora, la naturaleza y desarrollo del sistema capitalista mundial en su integridad para así poder mejor comprender y cambiar la naturaleza y el desarrollo del subdesarrollo en América Latina. Por este mismo motivo, también tratamos de proceder dia-



lécticamente. Nuestro enfoque metrópoli-satélite o "colonialista" no es simplemente "dual", a menos que también lo sean los de Marx y Bartra por el solo hecho de hablar de dos clases. No menor que un adecuado enfoque y la verdadera estructura de clases, el enfoque y la estructura colonial es dialéctica por referirse a la relación entre las partes que los define y determina.

No tratamos por esto, como lo mantiene Bartra, de sustituir la estructura y el estudio de clases por los coloniales. Estamos conscientes que seguir el ejemplo de Pablo González Casanova, quien mantiene que "[el colonialismo interno] tiene una función explicativa mucho más amplia que las clases sociales", puede solamente conducir a disfrazadas tesis burguesas que en su fondo defienden y acaban preservando la estructura actual, tal como le sucede al mencionado autor en sus conclusiones sobre *La democracia en México*, y a Rodolfo Stavenhagen en la séptima de las "tesis equivocadas sobre América Latina" donde niega la posibilidad de una alianza obrera-campesina. Estas conclusiones son enteramente inaceptables para nosotros por carecer de la exactitud científica que el enfoque "colonialista" pretende darles. Así, tampoco podemos aceptar que Bartra ligue nuestro nombre, trabajo, y citas del mismo, con estos procedimientos y conclusiones, ya que en ocasión de una mesa redonda sobre el libro de González Casanova señalamos en nuestra intervención que

la estructura del colonialismo interno —y del externo o sistema imperialista también— no sustituye a la estructura de clases sino la complementa. Pues la tesis del colonialismo interno y externo del sistema capitalista no puede —como Pablo González Casanova trata de hacernos pensar— ser una alternativa a la teoría de clases. Por el contrario, el examen de la misma y única estructura metrópoli-satélite, tanto internacional como nacional, pone de relieve la estructura de clase en la cual la burguesía se forma, se desarrolla plenamente o no, según su condición de ser dominante o satelizada, se mantiene económicamente a base de su explotación del pueblo tanto urbano como rural, y por lo tanto necesariamente se mantiene y se esfuerza políticamente para preservar esta misma estructura explotativa y generadora del subdesarrollo.

*Se han tomado, miserablemente, las palabras por las cosas*

Aceptamos provisionalmente la dudosa tesis del modo de producción asiático precolombino y su conservación, durante los primeros momentos de la Conquista, por los españoles que sustituyeron su poder despótico al inca y azteca. Pero surge la cuestión de ¿cuánto tiempo duró el modo de producción asiático en México y Perú? La respuesta la encontraremos siguiendo la pauta de las contradicciones, sobre todo la segunda, que esta tipología nos presenta. ¿Cuánto tiempo duró este conjunto despótico-comunal dentro del marco mexicano o peruano? Ningún tiempo. Los comu-

neros fueron inmediatamente integrados en un sistema cuyo déspota y cuyo lugar de apropiación no se hallaba ni en Tenochtitlan o México ni en Cuzco o Lima, sino en España. No fue la Nueva España el conjunto despótico-comunal de posible producción asiática, ni lo fue España o siquiera el imperio español, sino lo fue todo el sistema mercantilista que pocos años después de la Conquista incluyó el Lejano Oriente donde parte de la plata americana llegó a almacenarse, y más importantemente, incluyó a Italia, Holanda e Inglaterra donde el excedente producido por los comuneros y traído por los españoles llegó a ser invertido sin beneficio para los productores cuyos recursos naturales, humanos y creados —como obras de riego— fueron rápida y eficazmente destruidos. Por cierto, los aztecas e incas también habían invadido y despóticamente sujetado a otros pueblos —como también lo habían hecho muchos invasores del subcontinente hindú— pero se habían cuidado de matar a la gallina de los huevos de oro. Ésta es una diferencia importantísima merced a la cual el modo de producción asiático fue rápidamente convertido en el modo de producción capitalista.

La rápida sustitución del viejo modo de producción por el nuevo sistema emerge todavía con mayor claridad, si seguimos una segunda pauta y preguntamos quién se apropió el excedente económico. Si bien es cierto, como alguna vez se ha sugerido, que la apropiación estatal azteca estaba en vías de desarrollarse hacia la apropiación privada, dentro de las instituciones estatales, este proceso fue acelerado de un golpe con la llegada de los españoles. Aun si el rey y el "estado" español se apropiaron parte del excedente por medio del quinto real, etc., no cabe la menor duda que a partir de la Conquista la apropiación dominante fue la expropiación por particulares. Fueron ellos quienes financiaron toda la empresa y fueron ellos quienes recibieron los beneficios, inclusive una buena parte de la participación real, que se llevaron los banqueros genoveses, holandeses y alemanes que estaban financiando al rey español y emperador alemán. Así queda solamente por responder si la nueva apropiación privada fue feudal. Pensamos que no.

El lector nos disculpará si concluimos con las observaciones de un mexicano que indudablemente conoció su país muchísimo mejor que nosotros podríamos aspirar a hacerlo:

Veamos ahora cómo la repartición de la propiedad ha dividido a la población en las diversas clases que constituyen el Estado, las relaciones que ha establecido entre ellas y los resultados de estas relaciones. Y este estudio, indispensable siempre que se quiera conocer la constitución de un país, es tanto más exigente, en nuestro caso, cuanto hemos cometido los más graves errores por no reconocer que nuestra sociedad tenía fisonomía propia, y que en nada se parecía a las sociedades europeas, con las que siempre nos estamos comparando, tan sólo porque hemos tomado prestado los nombres de su organización social, sin tener en manera alguna sus partes constitutivas... Cuando se nos ha dicho muy seriamente que te-



níamos una aristocracia, cuando se nos ha exhortado a contemporizarla y se nos ha hablado de la nobleza europea y del clero feudal, no se ha sabido lo que se ha dicho; se han tomado miserablemente las palabras por las cosas, y un error de idioma ha traído el de la política: mas a la simple comparación de aquellas clases con las nuestras el encanto desaparece...

Para Mariano Otero el encanto había desaparecido ya el primero de junio de 1842 cuando escribió estas líneas en su *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, y el error de la política lo superó cuando añadió a la vez que: "necesitamos, pues, un cambio general, y éste debe comenzar por las relaciones materiales de la sociedad".

#### MODESTA RESPUESTA

En un debate sobre el socialismo entre el marxista norteamericano Paul Sweezy y Milton Friedman, quien fue el principal asesor económico del senador Goldwater en su campaña presidencial, Sweezy comenzó: "Considerando la experiencia y renombrada brillantez de mi adversario en debate, ruego al público juzgar la verdad, no por la forma de la argumentación, en la cual me aventaja, sino por el contenido del argumento." La experiencia, evidentemente, me obliga a suplicar lo mismo al lector. Mi poca experiencia periodística y debatitiva ya me obligó a eliminar, entre otras, las siguientes frases de las galeras de mi última intervención en estas páginas: "Nos cuidaremos de caer en el error más cultivado que —según Puiggrós— es el de confundir economía mercantil con capitalismo. Sin embargo, tampoco descuidaremos, como lo hace el señor Puiggrós, los efectos que tuvo y sigue teniendo el comercio tanto internacional como nacional en dar lugar y en determinar los modos de producción en la ahora raquítica y subdesarrollada Iberoamérica, y en la ahora capitalista y desarrollada metrópoli."

Y así procedí. Aunque según las palabras del señor Puiggrós yo apenas había partido de los modos de producción, y en su diálogo "sordo" afirma que no les dediqué ni una línea, yo me empeñé en todo el escrito en estudiar y mostrar cómo los modos de producción fueron formados y determinados. Aunque el señor Puiggrós no lo notó, vimos cómo y por qué los modos de producción en la "interioridad" de las haciendas fueron formados y transformados según las necesidades y vicisitudes del mercado y sus integrantes, principalmente terratenientes y comerciantes. El "cómo", lo mostró el historiador Mario Góngora cuando señaló que la demanda para los productos de la tierra chilena convirtió a sus productores libres en peones "feudales". El "por qué", lo explicó con nitidez y alarmante previsión el porfiriano Lauro Viadas cuando correctamente atribuyó el estado de la agricultura de su y otras épocas, al alto precio de la tierra o de sus produc-

tos, y al bajo precio de la mano de obra. Fue apenas la falta de espacio que me impidió señalar también por qué y cómo los campesinos en el Morelos de Zapata arrendaron o vendieron sus propias tierras para después trabajarlas como peones "feudales" del arrendatario, en cada época de auge azucarero de los siglos XVIII y XIX, y nuevamente en nuestros días.

El hecho que el mercado resulta ser geográficamente más amplio que la hacienda y su modo de producción, no implica que éste es "interno" y aquel "externo", salvo en el sentido más mecánico o metafísico. La realidad dialéctica de la historia y de la actualidad es que los modos y, aún más, las formas de producción en el interior de la hacienda y el desarrollo y las fluctuaciones en la interioridad del mercado están íntimamente vinculados entre sí. Por lo tanto, cualquier intento de entender uno aislado del otro está condenado al fracaso. Este hecho seguramente se le escapa al señor Puiggrós, cuyo intento es a (¿o de?) partir de la cuestión fundamental. Como lo sugieren tanto el estudio de los modos de producción como la solución del problema de los nueve puntos, esta cuestión reside justamente en conocer la causa externa para poder cambiar la dinámica interna determinante de la entidad social relevante.

Pues que al señor Puiggrós aparentemente no le interesan los hechos señalados, y dado que no soy bendito por la sofisticación ni el sofisma griego, recurriré a la ayuda de un compatriota mío cuya autoridad el señor Puiggrós parece reconocer cuando dicta la teoría económica y social del marxismo en la UNAM. El señor Puiggrós pregunta: "¿cuál era el 'sistema mundial' del siglo XVI que generó nuestras sociedades?" En el tomo I de *El Capital*, el investigador alemán contesta: "la historia moderna del capital [ismo] empieza con la creación en el siglo XVI de un comercio mundial y un mercado mundial". El señor Puiggrós se interesa en qué "sucedió dentro [de colonias como la de Brasil y del Caribe], es decir, [donde privó] el modo de producción esclavista". En el tomo II de la *Historia crítica de la plusvalía*, del mismo teórico cuya teoría enseña el señor Puiggrós, leemos:

En la segunda clase de colonias —las plantaciones, que son desde el momento mismo de crearse, especulaciones comerciales, centros de producción para el mercado mundial— existe un régimen de producción capitalista, aunque sólo de un modo formal, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado, que es la base sobre la que descansa la producción capitalista. Son, sin embargo, capitalistas los que manejan el negocio de la trata de negros. El sistema de producción introducido por ellos no proviene de la esclavitud, sino que se inserta en ella. En este caso, el capitalista y el terrateniente son una sola persona.

En lo que se refiere a la servidumbre, que preocupa al señor Puiggrós, pero que no explica, el colaborador de su maestro, Engels, hizo notar en *Die Mark* que a partir del siglo XV los señores convirtieron en siervos a los



campesinos libres de Europa occidental, y que "la era capitalista en el campo es iniciada por un periodo de agricultura en gran escala, basada en el trabajo de siervos", y que en Europa oriental, donde también había ya surgido un campesinado relativamente libre, el segundo avasallamiento de los campesinos se debió a, y creció en proporción de, el desarrollo de un mercado de exportación para productos agrícolas.

Por otro lado, tomando las formas por el modo y sistema de producción, y asociando el pago en especie con feudalismo, pero el pago en dinero con capitalismo, como lo parece hacer el señor Puiggrós, él nos diría que las minas con tiendas de raya eran y son feudales, pero que el capitalismo surgió en Iberoamérica (para volver a desaparecer) cuando en 1532 se conmutó el tributo o impuesto indígena, porque "ahora parece que en algunos pueblos de la Nueva España, quieren más el maíz y mantas para contratar, y dan de mejor gana el oro, porque en sus tratos ganan para el tributo y para su mantenimiento", o cuando en 1784 el visitador Gálvez se quejó del "abuso que se iba introduciendo de suministrar a los jornaleros de las haciendas las raciones acostumbradas en dinero... y no era justo que... se defraudara a un miserable operario mucha parte de la remuneración de su trabajo, satisfaciéndole con los reales [de plata] acaso la mitad o poco más de lo que importaría la compensación en semillas, para lucrar en éstas la codicia vendiéndolas al precio que les da la escasez", o cuanto y donde en nuestros días más inflación hay en Iberoamérica, tanto más los hacendados paguen a sus peones en dinero desvalorizado, pero "capitalista", en vez de en la valorizada especie "feudal".

En su introducción a la edición inglesa de *Formas de Marx*, cuya publicación parcial en *El Gallo Ilustrado* abrió todo este debate, Eric Hobsbawm recuerda: "la distinción entre modos de producción que son caracterizados por ciertas relaciones, y las 'formas' de tales relaciones que pueden existir en una variedad de épocas y ambientes socioeconómicos, ya está implícito en el pensamiento marxista anterior". Así no es de extrañarse que algunos marxistas o modestos investigadores sobre el subdesarrollo como el que escribe estas líneas, no necesiten proveerse de lupas para reconocer estos hechos cuando se presentan en Iberoamérica, aun si otros teóricos del marxismo no quieren ver estos hechos, o acaso tener que ver con su superación.

El desarrollo de la comunidad fue correctamente evaluado hace cuarenta años por José Carlos Mariátegui, al escribir sobre Perú:

Todas las tesis sobre el problema indígena que ignoran o eluden a éste como un problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos —y a veces sólo verbales—, condenados a un absoluto descrédito. No las salva a algunas su buena fe [...] La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo...<sup>1</sup>

Estas limitaciones inherentes todavía caracterizan a la mayoría de los programas de desarrollo de la comunidad rural de hoy y sugieren la necesidad de un enfoque diferente al problema del desarrollo de la comunidad. En consecuencia, este ensayo propone una concepción del desarrollo de la comunidad y de la participación popular en América Latina que intentaría cambiar no tanto los atributos físicos o culturales de las comunidades cuanto las relaciones entre sus habitantes.

Confirmando la predicción de Mariátegui, un examen de la reciente experiencia en Asia y el Lejano Oriente por las Naciones Unidas informa que la contribución de los programas de desarrollo de la comunidad para la expansión de la producción agrícola, "no es particularmente grande",<sup>2</sup> "está lejos de ser impresionante"<sup>3</sup> en fomentar la industria artesanal, es "en casi todos lados realmente pequeña en total",<sup>4</sup> para la formación de capi-

\* Este ensayo es una versión levemente corregida de un Informe del autor al Seminario sobre Desarrollo Comunitario en América del Sur, celebrado por la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas en Santiago de Chile, en junio de 1964. Esta institución ha autorizado su publicación por el autor en la inteligencia de que no representa necesariamente el punto de vista de las Naciones Unidas.

<sup>1</sup> José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 2a. ed. Ed. Librería Peruana, Lima, 1934, p. 27.

<sup>2</sup> *Community Development and Economic Development*, primera parte, "A Study of the Contribution of Rural Community Development Programmes to National Economic Development in Asia and the Far East", Bangkok, 1960, E/CN.II/540, p. 33.

<sup>3</sup> Ibid., p. 37.

<sup>4</sup> Ibid., p. 51.



tal, y "no es impresionante"<sup>5</sup> en cuanto al empleo de mano de obra sobrante.

Estos programas de desarrollo de la comunidad revelan tres políticas y supuestos principales que los condenan al fracaso. Su extensión está casi siempre sin excepción limitada a la vecindad comunitaria o residencial. Su objetivo establecido es asimilar o integrar a los habitantes de la comunidad dentro de la sociedad y economía nacionales. Finalmente su política es atributiva: buscan asimilar los valores y atributos del comportamiento de los miembros de la comunidad al modelo "nacional". La necesidad y el éxito de los programas de desarrollo comunitario son evaluados en términos de atributos culturales tales como el uso del idioma nacional oficial, tipos de alimentos consumidos, tipos de vestimenta, uso de zapatos, alfabetismo, religión, importancia conferida a las relaciones de parentesco, etc. La política económica y los atributos sociales de estos programas consisten en aumentar la atribución de caminos, irrigación, maquinaria, semillas, crédito, tecnología, educación, servicios médicos, etc. Los supuestos en que se basan estas políticas son que una pequeña comunidad rural es una unidad social viable en sí; que no está todavía totalmente integrada en la economía y sociedad nacionales; y, lo que es más importante, que existe una comunidad de intereses entre los habitantes de la comunidad rural. Pero estos supuestos son enteramente contrarios a la realidad y condenan al fracaso a los programas de desarrollo comunitario basados en ellos.

Con respecto al primer supuesto el informe de las Naciones Unidas citado más arriba sugiere que "los problemas del control y mejoramiento de la irrigación, electrificación rural, transporte y comunicaciones deben ser generalmente abordados en un nivel regional o de distrito más bien que en la comunidad en sí".<sup>6</sup>

En su libro *Quiet Crisis in India*, John Lewis dedica un capítulo entero a argumentar que la comunidad carece de los recursos económicos e institucionales y de la viabilidad para servir efectivamente como núcleo participante en un esfuerzo de desarrollo y que la ciudad provincial comercial especialmente si está algo industrializada, en combinación con su región interior rural ofrece una unidad social mucho más viable dentro de la cual organizar tales esfuerzos de participación y desarrollo.<sup>7</sup>

El segundo supuesto es falso para América Latina porque en las regiones montañosas occidentales densamente pobladas, que todavía contienen proporciones significativas de población indígena, la Conquista integró efectivamente a todos los habitantes dentro de la economía nacional e internacional. Si no han sido usados y explotados directamente como trabajadores de empresas mineras o agrícolas, se han integrado dentro de la misma

estructura indirectamente al ser —todavía hoy— privados cada vez más de sus fértiles tierras y forzados a refugiarse en economías de "subsistencia" y comunidades "folk" corporativas, donde han buscado salvaguardar un mínimo de poder económico y dignidad humana.<sup>8</sup> Las poblaciones de los países de tierras bajas que se asentaron originalmente bajo el impulso de la expansión europea fueron por supuesto totalmente integradas a la sociedad desde el comienzo. El hecho de que algunas gentes se encuentren "marginadas" del actual centro de actividad económica porque los cambios económicos mundiales, nacionales o regionales han reducido la oferta o demanda de su producción de azúcar, cocoa, oro, plata, estaño y aun su producción industrial, de ninguna manera reduce el hecho de que ocupan roles sociales y económicos que están completamente integrados a la estructura de la sociedad que les coloca en esta situación poco envidiable. Esto sólo significa que la población "marginada" o "flotante" no está tan "marginada" cuanto integrada en la sociedad de una manera que perjudica sus intereses más vitales. El problema del desarrollo no es "asimilar" a alguna gente e "integrarla" a la sociedad sino relacionar a la gente una con otra e integrarla con su sociedad de una manera muy diferente que en el presente.

Finalmente las Naciones Unidas mismas certifican la invalidez del tercer supuesto de que la comunidad rural está bendecida por una comunidad de intereses. Refiriéndose a Asia las Naciones Unidas sugieren que "Las diferencias en los intereses de los varios segmentos de la población de la aldea —vistos por ella misma— afectan fundamentalmente su deseo de participar en proyectos particulares de construcción";<sup>9</sup> que "en muchos países con propiedad privada de la tierra sólo una parte más bien pequeña del trabajo más importante o del mejoramiento del suelo y formación del capital agrícola parece estar generalmente incluida en el renglón comunitario. Irrigación en pequeña escala, desagüe, control de las crecientes y reforestación, por ejemplo, serán en su mayor parte en beneficio directo de propietarios individuales o grupos de propietarios solamente";<sup>10</sup> y "el pueblo hará de buena gana solamente lo que considere ventajoso para él".<sup>11</sup> Una misión de las Naciones Unidas para evaluar el desarrollo de la comunidad en la India observa lo mismo,<sup>12</sup> y señala en seguida que "evidentemente no es fácil establecer una verdadera comunidad de intereses entre el acreedor y el deudor, o entre el propietario y el arrendatario, quien recibe solamente la mitad de la cosecha aunque soporta todo el costo de su pro-

<sup>8</sup> Para una descripción y análisis de este proceso véase por ejemplo *Pueblos y culturas de Mesoamérica* de Eric Wolf, op. cit.

<sup>9</sup> Naciones Unidas, op. cit., p. 48.

<sup>10</sup> Ibid., p. 46.

<sup>11</sup> Ibid., p. 44.

<sup>12</sup> Naciones Unidas, "Informe de una misión para evaluar el desarrollo de la comunidad en la India", Santiago, junio de 1964, TAO/IND/31, Documento de referencia n. 6, pp. 26-7.

<sup>5</sup> Ibid., p. 166.

<sup>6</sup> Ibid., p. 59.

<sup>7</sup> John Lewis, *Quiet Crisis in India*. Washington Brookings Institution, 1962, cap. VII.



En otras palabras, la comunidad rural está totalmente dividida por conflictos porque es parte integrante de la estructura de explotación de clase del sistema capitalista. Las verdaderas causas de la pobreza y baja productividad no se deben tanto al ambiente o a los atributos físicos de la comunidad como a las relaciones de explotación social dentro de la comunidad, y entre la mayoría de sus miembros y los centros nacionales e internacionales de poder político y económico. Para tener alguna esperanza de éxito, por lo tanto, un programa de desarrollo de la comunidad debe comenzar movilizándolo y ayudando a los campesinos y otros más adecuadamente para enfrentar a los terratenientes, comerciantes y autoridades político-militares que los explotan y oprimen. Esto implica una mayor participación popular no tanto en el proceso productivo como en el económico y político. En último término, por supuesto, el desarrollo de la comunidad puede solamente proseguir merced a un cambio en la estructura de clases de la comunidad y de la sociedad como un todo. Pero a su vez este cambio puede efectuarse solamente mediante una participación popular y un poder campesino en aumento, los cuales pueden y deben ser movilizados por medio de su intervención en las relaciones locales inmediatas que más afectan el bienestar del campesinado.

Este ensayo, por ende, intenta identificar algunas de las relaciones sociales claves que determinan el bienestar del campesinado y proponer algunas vías para fortalecer el poder de negociación de los campesinos en estas relaciones. Mis propuestas hacen hincapié en las relaciones económicas y los medios para mejorar el poder de negociación económica a través de la participación popular y la intervención pública, aunque se reconoce por supuesto que en una sociedad de clases éstas son inseparables de las relaciones políticas y de la lucha —incluso armada— política.<sup>14</sup>

El poder de negociación campesino está directamente limitado por su falta de tierra, agua, medios de transporte y almacenamiento, capital y crédito, la posición del monopolio comercial y muchas clases de privilegios institucionales o fuentes de poder político. El alto poder de negociación de sus rivales en la economía local está basado en el acceso monopolista a estos mismos bienes. De esta manera en el proceso de negociación la significación económica y política de la concentración monopolista de la propiedad de la tierra en pocas manos, yace no tanto en el acceso a la tierra que provee a los menos cuanto en la negociación de tierra a los más, quienes, a fin de obtener algún acceso a la tierra y a sus frutos, están en consecuen-

<sup>13</sup> Ibid., p. 45.

<sup>14</sup> Este énfasis, o más bien limitación, y el vocabulario empleado fueron impuestos por las Naciones Unidas en cuyos confines se hicieron estas propuestas. Aunque mi énfasis se aplicaría a la movilización política y la confianza en sí mismo, he dejado las propuestas como fueron originalmente hechas porque por lo menos sugieren cuáles son algunos de los problemas y limitaciones que se oponen a su solución en una sociedad de clases. El poder de negociación es un eufemismo de poder político.

cia forzados a contribuir con su trabajo y sus frutos a la minoría propietaria, y eso en términos de negociación no ventajosos para los más y buenos para los menos. Las formas institucionales de estos términos varían por supuesto en virtud de los múltiples tipos de tenencia y sus variaciones con el tiempo, pero la sustancia de la estructura económica y del poder de negociación detrás de tales formas es siempre esencialmente la misma. El poder de negociación de los campesinos en relación con sus rivales es aún más reducido, además por una coalición institucionalizada de sus rivales, tal cual es expresada por su control oligopólico de la economía local y de la vida política, y por la frecuente concentración en una sola persona o familia de la tierra, capital, monopolio comercial y poder político. No obstante, esta estructura económica, política y social deja un margen a la participación popular para aumentar el ingreso y la productividad campesina a corto plazo y para promover el cambio social a largo plazo, aumentando significativamente el poder de negociación campesino en el mercado de trabajo, en el mercado del producto y a través del marco institucional.

### *En el mercado de trabajo rural*

La intervención más obvia para aumentar el poder de negociación campesino en el mercado de trabajo es la redistribución de la tierra de los grandes propietarios a los pequeños. Tal redistribución aumentaría la independencia en el mercado de trabajo de algunos trabajadores y acrecentaría el poder de negociación de los restantes, al mismo tiempo que reduciría el poder de negociación de la minoría propietaria. La redistribución canalizaría el uso de la tierra y del agua hacia otros usos productivos y reduciría a corto plazo la transferencia de ingreso actual del pobre hacia el rico. No obstante, como lo sugiere la experiencia de México y otros países, tal redistribución de la tierra por sí misma —aun con las medidas crediticias y tecnológicas pertinentes— sólo mejora el equilibrio en la negociación de manera parcial y a corto plazo. La estructura del proceso de negociación produce inevitablemente a largo plazo una renovada concentración y desigualdad.

En la medida en que tal redistribución de tierra de propiedad privada es políticamente impracticable en el presente, la participación popular y otras medidas pueden hacer esta reforma agraria más practicable en el futuro. Algunas medidas legales combinadas con participación popular en su ejecución pueden proporcionar un paso en esa dirección. Entre ellas se cuentan los impuestos progresivos a la tierra; mejor regulación pública de los derechos sobre el agua; medidas más fuertes de expropiación de la tierra en interés público cuando exceden de ciertos límites o de tierra sin uso productivo especificado o, como se ha hecho hasta cierto punto en Venezuela, de tierra solicitada por organizaciones de campesinos vecinos con poca tierra o sin ella. La tarea de vigilar el cumplimiento de tales medidas tanto por parte de los latifundistas y de las autoridades locales,



como de los representantes locales de las autoridades nacionales, puede hasta cierto punto organizarse mediante la participación popular de los campesinos interesados.

En algunos casos es posible mejorar en alguna medida el equilibrio del poder de negociación mediante el suministro de tierras de dominio público a campesinos y la organización para su uso productivo. Para que sea económicamente eficaz y socialmente deseable y para cambiar en forma directa el equilibrio del poder de negociación, tal distribución de tierras públicas a campesinos debería hacerse preferentemente en las áreas más densamente pobladas. Los planes de colonización de nuevas tierras en áreas alejadas pueden albergar sólo a unos pocos campesinos con costos altos para ellos y para la nación y podrían afectar la desigualdad del poder de negociación en áreas densamente pobladas sólo indirectamente, al extraer una pequeña parte de la oferta de mano de obra. En los lugares poblados en que no haya tierras disponibles para agricultura, la distribución pública de tierras de pastoreo y/o arboladas, de haberlas, puede hacer una contribución significativa e inmediata a los campesinos, quienes al participar en su uso pueden no sólo aumentar por ello su ingreso sino también liberarse en alguna medida de su dependencia de los latifundistas tocante al acceso de tierras de pastoreo para sus animales y maderas para ellos mismos. Los sindicatos campesinos y/o cooperativas pueden colaborar en la organización de su utilización.

Aparte de la obvia utilidad del suministro público de crédito agrícola, semillas, fertilizantes y otros recursos productivos a los pequeños propietarios y arrendatarios, en términos favorables —y, como será discutido más adelante, por medio de organizaciones cooperativistas públicas, más bien que cooperativas de campesinos independientes y por lo tanto necesariamente débiles—, la participación pública en la producción ganadera de los minifundistas y arrendatarios requiere especial atención. El capital e ingreso de uno o de pocos animales puede proporcionar a los campesinos un margen considerable de independencia y seguridad en su negociación con los propietarios de tierras, especialmente si no dependen totalmente de estos últimos para el alimento y agua para sus animales. La participación pública en cooperativas ganaderas campesinas para el establecimiento de un mercado ganadero, servicios de transporte y veterinarios, de créditos y enfriamiento, cartas de crédito y seguro por enfermedad pueden ser más económicos y más viables que medidas análogas sobre la producción de cereales, mientras la concentración de la tierra persista; y podría ayudar a mejorar la grande y creciente deficiencia en proteínas de la mayoría de las dietas rurales y urbanas.

Un programa de desarrollo rural con participación popular puede provechosamente incluir granjas modelos cooperativas gubernamentales. El suministro de fuentes adicionales de trabajo agrícola y producción ayuda por supuesto en forma directa a los participantes y beneficiarios inmediatos,

y a través de ellos a la economía en conjunto. La existencia de una fuente de trabajo adicional y alternativa puede mejorar indirectamente el desequilibrio del poder de negociación en el área inmediata y por lo tanto apoyar las demandas campesinas de participación más elevada en el ingreso agrícola producido en el área.

Para jugar un rol significativo en un programa de desarrollo de la participación popular tales granjas deben ser modelo, no tanto de productividad para impresionar y ser copiadas por los propietarios o administradores de grandes haciendas, sino que deben ser *modelo de participación popular* para que las vean los campesinos de estos latifundios privados. Como tales deben pagar salarios considerablemente *más elevados* que los prevalecientes, tener condiciones de vida mejores que las usuales y exhibir una participación popular más fuerte y más activamente organizada entre sus trabajadores campesinos en los asuntos de la granja así como también en los de la comunidad o región de la cual forma parte. No obstante, tales granjas deben formar parte de un programa y una organización regional y nacional con apoyo externo económico y político en lugar de ser establecidas como cooperativas locales independientes cuya debilidad económica y organizativa las transformaría fácilmente en víctima de los poderosos y enemigos vecinos propietarios. Sólo de esta manera pueden tales granjas modelos contribuir, por la fuerza de sus campesinos y de su ejemplo, al desarrollo rural y a la participación popular, y ayudar a mejorar el desequilibrio del poder de negociación en las áreas rurales.

Los trabajos públicos y comunales pueden tener algunas de las mismas funciones que las granjas modelos. Pero lejos de usar trabajo campesino voluntario no remunerado —como algunos programas de desarrollo de la comunidad han intentado hacer con poco éxito— recomiendo que estos trabajos público-comunales paguen salarios sustancialmente por encima de aquellos que son la norma para el trabajo agrícola en el área. Las razones son varias. Evidentemente, cuanto más alta sea la paga a los campesinos, más altas serán sus ganancias y la inyección de recursos en su economía.

Cuanto más altas sean las ganancias por los trabajos públicos más baja es la dependencia de la comunidad campesina respecto de los terratenientes locales y, correlativamente, más alto el poder de negociación relativo de los campesinos en la totalidad del complejo de relaciones terrateniente-campesino. Además, cuanto más altos sean los salarios públicos, más grande será la presión que esto puede generar a través de la participación popular para elevar salarios en la economía privada rural. Al mismo tiempo la experiencia demuestra —y numerosos observadores lo atestiguan— que en una economía rural con alto grado de concentración de propiedad de la tierra, hay unos muy pocos trabajos “comunales” y “públicos” que aumenten la productividad sin beneficiar sólo a los grandes propietarios de tierra y capital y a algunos habitantes del centro municipal urbano, con la virtual exclusión del grueso de los campesinos y especialmente de los que no poseen



tierras o los que están peor situados entre ellos. Esto es notablemente cierto, por supuesto, en los trabajos de irrigación; pero es también sustancialmente el caso en caminos, hospitales y aun en escuelas a las cuales muchos campesinos tendrán sólo un acceso limitado. El trabajo campesino no remunerado para tales proyectos no es por lo tanto obtenible en grandes cantidades a menos que sean persuadidos por la fuerza; esto a su vez no contribuye a la participación popular para el desarrollo. Por trabajos comunales públicos que diferencialmente benefician a unos cuantos miembros de la comunidad, los trabajadores deberían ser por lo tanto pagados con una tarifa diferencial.

El suministro de fuentes de trabajo adicionales y alternativas, y la producción de las industrias artesanales, aunque son concebiblemente útiles en el sentido sugerido más arriba, no han mostrado generalmente resultados favorables en la práctica. La estructura económica de la economía regional y nacional no hace hoy a la aldea o a la hacienda una unidad económica y mucho menos industrialmente viable.

La intervención legal pública y la participación popular en la ejecución de la ley pueden complementar la intervención pública y la participación popular directas mencionadas anteriormente para ayudar a mejorar en varios aspectos el desequilibrio del poder de negociación del mercado de trabajo rural. Pero la ley puede intervenir significativamente en la economía rural sólo en combinación con una participación popular organizada o aun institucionalizada para proporcionar su acatamiento, como será discutido en un párrafo posterior.

El trabajo forzado debe ser considerado ilegal. Canales institucionales deben ser suministrados, a través de los cuales una participación popular organizada pueda denunciar contratos verbales o escritos que proporcionen trabajo esencialmente forzado bajo una apariencia semilegal y por medio de la cual tales contratos puedan entonces ser efectivamente invalidados. La ley debe incluir disposiciones bajo las cuales el trabajo no remunerado y las obligaciones de trabajo de un miembro de una familia a otro y de una generación a otra puedan, en combinación con la participación popular que los denuncie, ser eliminados o por lo menos combatidos.

La legislación sobre salarios mínimos ya común en el empleo urbano debe ser extendida al empleo agrícola y a otros tipos de trabajo rural. Hasta donde sea posible deben tomarse ciertas disposiciones para el pago de salarios más elevados por tiempos de trabajo fuera de las horas reglamentarias a fin de combatir parcialmente los intentos de los terratenientes de evadir el pago de salarios más altos despidiendo trabajadores y obteniendo más trabajo de los restantes. Asimismo la ley deberá dictar legislación sobre salarios mínimos de otra forma, es decir, estableciendo los máximos legales de la producción que los terratenientes pueden demandar de sus arrendatarios. Mientras la economía no absorba la mano de obra agrícola sobrante en otros sectores, estas disposiciones deben probablemente

ser ayudadas por otras que impidan su evasión mediante la sustitución de capital por parte del dueño de la tierra en forma de maquinaria, y especialmente en forma de ganado, de la mano de obra agrícola que se hace más costosa. De esta manera tales intentos del terrateniente de recolección de recursos en su economía privada, que no reducen los costos de la economía en su conjunto sino que trasladan estos costos a otros sectores de la economía —tal como los barrios bajos urbanos a los cuales los campesinos podrían emigrar— deberían probablemente ser restringidos mediante impuestos disuasivos. Tal recaudación de impuestos puede ser usada en otras partes de un programa de desarrollo nacional y participación popular. Nuevamente, la ejecución de estas disposiciones tendría que descansar en gran medida en una participación popular organizada y consciente.

La intervención legal pública con auxilio de la participación popular puede proporcionar una mayor seguridad al campesino en el mercado de mano de obra. Deben tomarse disposiciones legales para una mayor seguridad de empleo para trabajadores agrícolas asalariados estableciendo un tiempo mínimo de trabajo diario o de otro tipo y estatuyendo un pago por despido acorde con la antigüedad en el empleo. Asimismo la ley deberá estipular periodos legales mínimos y estacionalmente apropiados de tenencia que busquen asegurar y proteger, especialmente, la posibilidad del arrendatario de sembrar y recoger su cosecha de acuerdo con la estación de cultivo local. Disposiciones legales afines deberán hacer más difícil para el terrateniente el privar a sus arrendatarios de las mejoras en la tierra, edificios o ganado que ellos pudieran hacer. Las prohibiciones de los terratenientes a sus arrendatarios impidiéndoles hacer tales mejoras o siembras permanentes u otro tipo de siembras que el arrendatario considere beneficiosas para él deben considerarse no válidas ante la ley. Normas mínimas para el suministro a los trabajadores y arrendatarios de casa, agua, saneamiento y acceso a servicios médicos y educacionales, etc., deben ser dispuestas, como ya lo han sido en algunos países.

Estas y otras medidas de intervención legal y directa en el mercado de trabajo rural deben, siempre que sea posible, ser tomadas simultáneamente a fin de impedir cualquier intento de evasión de las disposiciones de la ley por parte de los terratenientes, cambiando de una forma de organización de su empresa agrícola que esté cubierta por la ley hacia otra que no lo esté.

Lo más importante es que estas medidas legales estén empalmadas con la organización de una participación popular consciente que el campesino pueda estimular y apoyar y que a su vez necesita para hacer observar su acatamiento por parte del terrateniente. Esta organización de la participación popular implica esencialmente la organización de sindicatos campesinos y la disposición de un marco institucional a través del cual ellos puedan actuar efectivamente para coordinar sus propios intentos con los intentos públicos para promover y proteger los intereses de una justicia distri-



butiva y de una productividad campesina en aumento. Este asunto es tratado más abajo bajo el título de disposiciones institucionales.

### *En el mercado del producto rural*

La discusión anterior sobre la estructura del mercado rural sugiere que el campesino se encuentra asimismo en una posición desventajosa para negociar en el mercado de bienes y servicios (el mercado del producto). Con poco o nada de capital y sólo una limitada oportunidad de familiarizarse con las condiciones del mercado más allá de sus propias transacciones directas, el campesino y otros miembros de la población rural enfrentan una estructura de mercado altamente monopolística dentro de la cual la relativamente poca gente que posee o tiene fuentes de acceso al capital y al crédito lo sobrepaja en poder de negociación en el mercado del producto tal cual ocurre con el terrateniente en el mercado de trabajo. Aunque estos monopolistas del mercado pueden, para simplificar, ser llamados "comerciantes", en ellos se incluyen por supuesto también terratenientes. Por cierto que el terrateniente y el comerciante son demasiado a menudo la misma persona o al menos la misma familia.

Se supone a veces que la estructura del mercado del producto y la posición de negociación en él es en gran parte ajeno al campesino pobre y especialmente al indígena, quien compra y vende sólo muy poco en este mercado. Pero esto no es así. El importe de cada transacción individual campesina en el mercado, aunque absolutamente pequeña, puede jugar un rol relativamente grande y ciertamente juega un rol muy considerable en la economía comercial de la respectiva región o país. Más aún, el hecho de que el campesino compra y vende poco, lejos de ser una evidencia —como a veces se piensa— de su indiferencia por el mercado, es evidencia de que este mercado lo afecta muy profunda y directamente si bien en forma adversa: si no estuviera en tanta desventaja para su participación en este mercado, primero como vendedor y luego como comprador, el campesino podría comprar y vender mucho más en él. Pocos campesinos, en cualquier lugar, dejarían de vender y comprar más en el mercado si pudieran hacerlo con beneficio para ellos mismos; y muchos tratan de hacerlo, aun sin éxito.

Se observa asimismo muy a menudo que entre el productor campesino y el consumidor final, y de hecho aun entre el campesino y el mayorista y entre este último y el consumidor, hay una larga cadena o una compleja red de intermediarios. Y se observa que cada uno de los intermediarios contribuye y comparte la diferencia de precios entre el productor y el consumidor y que muchos campesinos o sus mujeres participan en esta red como comerciantes intermediarios. Pero esto no justifica una eliminación indiscriminada de intermediarios, ya que los más fácilmente eliminados serían los pequeños intermediarios campesinos, mientras que la parte del león de la ganancia comercial la obtienen uno o unos pocos comerciantes intermedia-

rios grandes, quienes a su vez explotan a los intermediarios más débiles. Es esta misma estructura de mercado y la consecuente distribución de los beneficios del comercio que obliga a cada intermediario, incluidos los campesinos, a lo largo de la línea, a tratar de establecer, aumentar y asegurarse una posición monopolística cada vez más fuerte para su propia protección. El último aspirante en todo este proceso es por supuesto el campesino productor —sea minifundista, arrendatario, o trabajador asalariado—, quien carece de toda tierra, capital y otras fuentes de posición monopolista en la estructura económica y cuyo excedente es por lo tanto muy pequeño.

La débil posición para negociar del campesino, debida a su carencia de tierra, crédito, capital, conocimiento del mercado, medios de transporte y privilegios institucionalmente provistos, obliga al productor campesino a vender su producto en el mercado a un bajo precio para comprar otros bienes, y con frecuencia a volver a comprar su propio producto, a un alto precio. Asimismo lo obliga a aceptar las bajas en la demanda de sus productos, que son estacionalmente o artificialmente creadas por los especuladores, y las restricciones en la oferta de los productos que compra.

Una organización de comercialización público-cooperativa ayuda a mejorar este desequilibrio en el poder de negociación al intervenir en el mercado local y regional comprando productos producidos por el campesino en competencia con compradores existentes. Esta organización de comercialización, para ser efectiva, no necesita suplantarse a los comerciantes privados. Sólo necesita proporcionar la competencia que ellos restringen. Para ser más útil, la organización de comercialización debe concentrarse en la compra de producciones industriales o de exportación de productos comerciales de consumo y, donde sea necesario, de bienes de consumo popular que no sean producidos en suficiente cantidad porque, debido a su gran tamaño y valor comercial pequeño, los comerciantes privados no proveen un mercado organizado lo suficientemente grande o extensivo para ellos. Para intervenir eficazmente en la insatisfactoria estructura de negociación de los mercados rurales de bienes de primera necesidad, la organización de comercialización público-cooperativa debe competir con los monopolios mercantiles ofreciendo un precio más alto por la compra del mismo producto y comprando una cantidad suficiente para evitar un monopolio privado o acaparamiento en el mercado en cualquier lugar y tiempo. De esta manera la organización de comercialización puede hasta cierto punto, y en los bienes de primera necesidad más importantes, contrarrestar precios de compra excesivamente bajos y una oferta y demanda especulativas o manipulaciones de precio, y finalmente, también precios altos al consumidor. Estas actividades de compra de la organización público-cooperativa deben ser completadas proporcionando almacenamiento, transporte, y por supuesto facilidades de crédito que ayudarán asimismo a aumentar las alternativas del mercado y el poder de negociación de la mayoría campesina.

Para proveer y asegurar participación popular, la organización de co-



mercantilización público-cooperativa debe limitar el acceso a sus servicios y participación en sus beneficios a aquellos cuyo poder de negociación actual es relativamente bajo. Aunque pueda parecer administrativamente inconveniente, la organización de comercialización debe establecer límites relativamente bajos para la compra de bienes a un solo vendedor. Debe asimismo limitar el acceso a sus facilidades de almacenamiento y transporte a pequeños productores y comerciantes. Estas disposiciones además de beneficiar directamente a la gran mayoría de perjudicados actualmente, puede beneficiar a algunos de ellos indirectamente al inducir a grandes productores o comerciantes a liquidar o por lo menos a asignar algunos de sus bienes a productores y comerciantes más pequeños a fin de compartir con ellos los beneficios de mejor precio y las facilidades de almacenamiento y transporte adicionales de la organización de comercialización. Posiblemente, tal reventa o posibilidades de asignación llevarían, por el contrario, a inaceptables abusos y deberían ser evitados o impedidos. En ausencia de estas limitaciones de acceso y participación en las operaciones de las organizaciones de comercialización público-cooperativas, éstas, lejos de ayudar a la posición productiva, de ingreso y negociación de la gran mayoría campesina, se transformarían en otro recurso e instrumento institucionales en manos de los pocos grandes terratenientes y comerciantes, cuyo poder relativo de negociación y monopolio aumentaría y por lo tanto colocaría a la mayoría campesina en una posición aun más perjudicial.

La misma organización público-cooperativa u otra puede asimismo intervenir del lado del mercado en el cual la mayoría rural es un comprador perjudicado. Puede usar las existencias de productos básicos previamente acumulados como comprador especial a pequeños productores, así como también bienes comprados con este propósito a grandes productores a precios de mercado, para vender al público a precios de mercado o por debajo. Por sobre todo, la organización de la comercialización puede y debe contrarrestar carestías locales naturales o artificiales y/o temporales de este o aquel producto, vendiendo, en el mercado de precio alto producido por la escasez, y de ser necesario inundando el mercado a precio rebajado. Cualquier actividad a lo largo de esta línea puede producir aumentos incommensurables en el ingreso y por medio de esto, en la capacidad productiva de la mayoría rural.

La misma u otra organización de comercialización puede asimismo crear competencia para los comerciantes locales en la venta de productos industriales o de otro tipo en los centros urbanos y otras regiones. La mera existencia de estos almacenes públicos y/o cooperativas de consumo que vendan algunos artículos a precios significativamente más bajos que los comerciantes privados, puede sin reemplazarlos reducir el desequilibrio del poder de negociación entre los relativamente pocos vendedores y los compradores potencialmente numerosos.

Las organizaciones de comercialización, además de funcionarios públicos

nombrados por la capital de la nación, pueden y deben tener representación sustancial de las organizaciones campesinas locales y regionales en sus juntas locales o regionales para la decisión de la política a seguir. Estas juntas locales público-populares, en conjunción con las necesidades y las de consumo comprar y vender y en qué momento o lugar y a qué precios. Sobre la base de informes de sus representantes populares constituyentes puede mantenerse informada a la organización de comercialización local y nacional sobre carestías y, especialmente, sobre intentos monopolísticos y especulativos de crear carestías artificiales que la organización puede entonces encargarse de combatir.

La pertenencia a las juntas de decisión política debe asimismo ser limitada a representantes auténticos de las organizaciones campesinas y de otro tipo de organizaciones populares para que la organización de comercialización no caiga en las manos de aquellos cuyo ya excesivo poder de negociación ésta debe combatir. Por esta misma razón la organización de comercialización público-cooperativa debe permanecer independiente del gobierno local que está usualmente controlado por los mismos terratenientes y/o comerciantes.

La intervención legal en la estructura del mercado del producto es probablemente más difícil de proveer y ejecutar —debido a la naturaleza y a la variedad de transacciones— de lo que lo es en el mercado de trabajo. No obstante, hay algún campo para la intervención legal en el mercado del producto rural en tres áreas principales. En primer lugar se puede y debe prohibir a las corporaciones extranjeras y a sus subsidiarias nacionales operar en los mercados rurales y provinciales en la compra de productos básicos y de cosechas, de bienes industriales o la exportación para su venta en el exterior o en el país. Aunque estos grandes compradores extranjeros eliminan de la cadena comercial a veces a los terratenientes y comerciantes locales y ofrecen precios más altos al productor para poder hacerlo, esto sólo fortifica su ya demasiado extensa posición monopolística en el mercado nacional y a menudo internacional especialmente en la medida en que estas compras rurales, combinadas con las manipulaciones especulativas en el precio de oferta que su posición dominante en el mercado les facilita, les permiten el control del mercado nacional. Más aún, la fuerza financiera de origen internacional de estas corporaciones extranjeras las compromete generalmente en operaciones nacionales de crédito rural por medio de las cuales en su interés, pero no necesariamente en el de la nación, ellas pueden y de hecho organizan la selección, producción, financiamiento y comercialización de las principales cosechas o de las cosechas de toda una región, país o serie de países y la promoción de cosechas industriales o de exportación o de ganado, en perjuicio de cosechas de alimentos necesarios para mejores dietas para la población rural y nacional. Mas lejos de ser sólo permitida, la actividad comercial monopolística de tales compañías



extranjeras es a menudo alentada y hasta financiada con préstamos del gobierno nacional. Esto debería ser prohibido y complementado con la sustitución de las compañías extranjeras, no por monopolios privados nacionales sino por organizaciones de comercialización público-cooperativas que pueden por medio de una participación pública y popular servir más estrechamente a los intereses populares y nacionales.

Otra área para la intervención legal en el mercado del producto rural es la de las relaciones comerciales entre el terrateniente y el campesino. Muchos terratenientes son en efecto más comerciantes que agricultores. El verdadero significado económico de su propiedad de la tierra no es sólo el acceso a la tierra ni aun el antes mencionado acceso al trabajo lo cual puede también producir poco, sino el acceso monopolístico a una oferta asegurada de producto agrícola con el cual obtener un ingreso de operaciones pura o esencialmente comerciales. Esta posición monopolística como comprador de bienes producidos por los campesinos es por supuesto complementada a menudo por su posición monopolística en la venta de los bienes que los campesinos compran a través de un almacén de la "compañía" que trabaja con contribuciones privadas obtenidas en la granja, y cuya función y significación económica no es la de una institución "arcaico feudal" sino la de una institución de monopolio capitalista bien moderna.

Combinada con una organizada participación popular consciente, para obligar a su aceptación, hay lugar en esta área de relaciones comerciales entre el terrateniente y el campesino para la intervención legal a fin de prohibir o restringir la venta y compra forzadas que emanan de las posiciones monopolistas basadas en la extensa propiedad de tierras y las refuerzan. Los contratos escritos o verbales disponiendo la venta obligatoria por parte del campesino al terrateniente o a su agente pueden ser declarados ilegales y no obligatorios y el pago que no sea en moneda legal puede ser prohibido. Tales disposiciones legales, si bien difíciles de hacer cumplir aun en las mejores circunstancias, serían por supuesto ineficaces sin la provisión simultánea de medios institucionales a las partes perjudicadas para la denuncia de su incumplimiento, y sin prevenir la evasión de las disposiciones acudiendo a compradores y vendedores alternativos. En este aspecto, nuevamente, las organizaciones de comercialización y consumo público-cooperativas deben jugar un rol importante.

En tercer lugar se necesitan disposiciones legales que declaren a todos los caminos, especialmente aquellos que están en propiedades privadas, libremente abiertos al acceso público. Fracasando tal disposición legal y su observancia, la participación popular para la prosecución de objetivos económicos está obviamente limitada, y también la participación popular en general.

#### *Disposiciones institucionales para la participación popular*

El apoyo externo y su institucionalización son necesarios para los progra-

mas de desarrollo de la comunidad y la participación popular. Es por esta razón que la o las antes mencionadas organizaciones de comercialización están mencionadas siempre aquí como cooperativas públicas. Como ha sido en la práctica muy a menudo el caso, las cooperativas campesinas independientes carecen de la base de capital necesaria para tener un comienzo efectivo y para capear los temporales de las fluctuaciones naturales y económicas y la rivalidad económica de los monopolios privados que ellas enfrentan. Deben ser públicas, como se recomienda, para tener la integración vertical y la afiliación y el apoyo institucional que necesitan para contrabalancear el poder de negociación de los monopolios privados. La experiencia sugiere que, en ausencia de afiliación pública, tales cooperativas de comercialización se transforman prontamente —o más bien son convertidas o absorbidas— en otro monopolio comercial en las manos de la misma gente que ya tiene la mayor parte del poder de negociación, o en las manos de otros pocos que aspiran a rivalizar con ellos y que por consiguiente deben imitar a éstos.

La organización de comercialización debe ser asimismo una *cooperativa* pública a fin de atraer y permitir la activa participación popular necesaria para colaborar con los verdaderos intereses comerciales de la mayoría campesina y finalmente para alterar el desequilibrio del poder de negociación entre ellos y los poseedores de tierra y capital. La representación popular y campesina en las juntas de decisión política de la organización de comercialización es necesaria para proveer información y para presionarla a fin de combatir prácticas especulativas y todo tipo de restricción monopolística en el mercado del producto local.

Otras formas e instrumentos de participación popular son apropiadas para los trabajadores agrícolas en haciendas y plantaciones. La estructura institucional y la administración existente dentro de la hacienda están por supuesto primariamente al servicio de su dueño más bien que al del trabajador campesino. Con excepción de la eliminación de la concentración de la propiedad de la tierra, parece haber poca esperanza de reformar las instituciones administrativas de la hacienda o plantación para colocarlas al servicio de sus trabajadores o del interés público en general. Aun la intervención legal en el mercado propuesta más arriba sólo puede modificar la estructura interna del latifundio en un grado relativamente menor. Y aun si se puede mejorar la distribución de ingresos dentro de la hacienda, la intervención legal y la participación popular apenas si pueden intervenir efectivamente para mejorar la organización productiva y las decisiones de la hacienda, las cuales, posiblemente en un grado mayor de lo que a veces se cree, están ampliamente determinadas, y desde el punto de vista del interés popular o público mal dirigidas, por el propietario o su agente de acuerdo con incentivos originados en un mercado altamente monopolizado de productos agrícolas.

La imposibilidad o dificultad para reformar las instituciones de partici-



pación existentes de la gran hacienda privada sugiere que, a excepción de la eliminación de esta última, la única alternativa disponible para aumentar o mejorar la participación popular en la hacienda es crear una segunda institución, administración u organización a través de la cual tal participación pueda existir. A fin de que sirva para algo, esta institución y la participación popular que proporciona deben servir como contrapeso en la negociación con la ya existente institución administrativa de la hacienda. La provisión y organización de tal participación popular consciente implica, en una palabra, la sindicalización de los trabajadores de la hacienda.

A fin de brindar el poder de negociación que el sindicato de la hacienda necesita para contrapesar el poder que la hacienda obtiene de su posesión de tierra y capital y de sus conexiones comerciales e institucionales fuera de la hacienda, el sindicato necesita apoyo externo y conexiones asimismo institucionalizadas. El sindicato de una hacienda debe estar unido a otros sindicatos similares de otras haciendas. Para servir como un efectivo contrapeso del poder del terrateniente, del comerciante y otros tipos de poderes de negociación, el sindicato de la hacienda debe tener representación auténtica en las juntas directivas locales, regionales y nacionales de las anteriormente mencionadas organizaciones de comercialización y debe tener acceso institucional a los centros de poder político regionales, urbanos y nacionales.

Una duda común sobre un programa posible de desarrollo de la comunidad y de participación popular es si éste debe ser administrado por medio de las instituciones existentes, ministerios nacionales y gobiernos locales, o bien si debería coordinar una institución adicional sobrepuesta o paralela a las ya existentes. La respuesta a esta pregunta no puede ser buscada y encontrada primariamente en términos de conveniencia administrativa. Más bien, la cuestión debe ser considerada en términos de equilibrio del poder de negociación existente y su presente institucionalización a través del gobierno local y las armas administrativas y políticas locales del gobierno nacional y aun de organizaciones internacionales que sirven en su totalidad para reforzar el poder de negociación local del terrateniente-comerciante. Cuarenta años atrás José Carlos Mariátegui resumió el problema en términos que todavía permanecen vigentes:

El gamonalismo [caudillismo local] invalida inevitablemente toda ley u ordenanza de protección indígena. Contra su autoridad, sufragada por el ambiente y el hábito, es impotente la ley escrita. El trabajo gratuito, y aun el trabajo forzado, sobreviven en el latifundio. El juez, el subprefecto, el comisario, el maestro, el recaudador, están enfeudados a la gran propiedad. La ley no puede prevalecer contra los gamonales. El funcionario que se obstinase en imponerla, sería abandonado y sacrificado por el poder central, cerca del cual son siempre omnipotentes las influencias del gamonalismo, que actúan directamente o a través del parlamento,

por una y otra vía con la misma eficacia.<sup>15</sup>

En 1963 las Naciones Unidas informaron que la ciudadanía nacional gobernada por reglas impersonales "no parece haber rechazado relaciones de dependencia directa y personal con la estructura de poder local".<sup>16</sup>

Una vez que la pregunta se ha planteado en estos términos, se hace claro que el desarrollo y la supervivencia de la participación popular local dependen también del acceso directo a uno o más *focos* del poder político en otra parte, a menudo incluido el centro nacional. Sólo de esta manera será en muchos casos posible tomar cualquier paso hacia el mejoramiento en alguna medida del desequilibrio del poder de negociación en el nivel local y regional. Además de los movimientos y organizaciones masivas para el desarrollo a nivel nacional, esto implica la creación de medios para la evaluación del funcionamiento institucional en el nivel local, el cual es relativamente independiente de las instituciones locales. Actualmente la evaluación de los servicios locales de los ministerios nacionales y de los programas se hace inevitablemente de acuerdo con los criterios de evaluación elegidos por aquellos que están en las posiciones de poder existentes en la escena local, es decir, por los grandes terratenientes y comerciantes mismos, como muchos servidores civiles idealistas han descubierto para su tristeza y detrimento propio. Es por lo tanto imperativo transferir la evaluación del desarrollo de la comunidad y otros programas y cargos locales fuera de las manos de la élite local y desarrollar canales de evaluación alternativos por medio de la participación popular.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> José Carlos Mariátegui, op. cit., pp. 29-30.

<sup>16</sup> Naciones Unidas, CEPAL, *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*. E/CN. 12/660/II de mayo de 1963, p. 36.

<sup>17</sup> El informe original seguía examinando los alineamientos de clase que determinan las posibilidades y limitaciones políticas del apoyo público para un programa de desarrollo comunitario que incorpora algunas de las propuestas anteriores. Debido a que las limitaciones impuestas por las Naciones Unidas hacen especialmente difícil de discutir este problema en términos adecuados, esta sección es omitida aquí. Aun con todas sus limitaciones, este informe y modesta proposición fue considerada "demasiado explosiva" y "demasiado revolucionaria" para su publicación y distribución pública por las Naciones Unidas.



Los proyectos de reforma agraria están creciendo como hongos en todo el mundo. Pero no todos los programas de reforma agraria son iguales. En Latinoamérica, especialmente bajo el ímpetu de la Alianza para el Progreso, varios países han aprobado o están discutiendo leyes de reforma agraria. En todos los lugares, la gente progresista y responsable escudriña estos planes y leyes, criticándolos a menudo por ser demasiado suaves y otras veces por estar mal dirigidos. Es importante distinguir entre la diversidad de propuestas y contrapropuestas de reforma agraria y saber cuáles merecen apoyo y cuáles oposición.

Fundamental para cualquier análisis del problema de la reforma agraria es el hecho de que no se trata tanto de un proceso administrativo o aun económico, como de un proceso esencialmente político. Entonces, para empezar, con esta noción de proceso político, podemos distinguir convenientemente tres tipos de supuesta reforma agraria.

El primero excluye cualquier cambio político significativo. Es el tipo de "reforma agraria" propuesta por los conservadores, y la ejemplifican las leyes de los parlamentos de varios países latinoamericanos —con frecuencia controlados por los terratenientes— que han encontrado conveniente o necesario aprobarlas en los años recientes. Dentro de la misma categoría deberían incluirse las donaciones voluntarias de tierras hechas por la Iglesia o por los mismos terratenientes. Este tipo de reforma agraria es el último recurso de los terratenientes, y en realidad no constituye, en lo absoluto, ninguna reforma.

El segundo tipo intenta incorporar a todo el campesinado, o parte de él, dentro de la ya existente comunidad política nacional. Este tipo de reforma agraria encuentra mucho apoyo entre los críticos del primero y es propuesto por varios grupos políticos, entre ellos —en Latinoamérica— los demócrata-cristianos y a menudo también los comunistas. Ilustrativos de este caso son el México de Cárdenas, la Guatemala de Arbenz y el Egipto de Nasser. Lo que sostengo es que, no obstante ser persuasivos los argumentos en su favor, la reforma agraria que se propone meramente integrar al campesinado dentro del orden social existente, probablemente

\* Versión de "Varieties of Land Reform", publicado en la obra en colaboración *Whither Latin America?*, Monthly Review Press, Nueva York, 1963, pp. 57-63. Versión castellana en *Monthly Review, Selecciones en castellano*, n. 1, y en Óscar Delgado (compilador), *Reformas agrarias en América Latina*, Ed. Fondo de Cultura Económica. Fue escrito como crítica a un ensayo de Jacques Chonchol, publicado en *Panorama Económico* (Chile). Para una autocrítica, véase el capítulo 23.

fracasará aun si obtuviera los pregonados fines de sus proponentes.

El tercer tipo intenta desde un principio efectuar una rápida y fundamental transformación del propio orden existente. Comienza con un cambio de largo alcance de la sociedad total, como el caso de Cuba, y parece ser el único tipo que puede satisfacer las demandas mínimas. Es por lo tanto el único tipo de reforma agraria merecedor del título.

Un índice conveniente —aun cuando, como se verá, es también más que eso— para distinguir los varios tipos de reforma agraria es la rapidez, o falta de rapidez, con que se acomete la reforma. Al ritmo con que se distribuyó la tierra en Guatemala después de Arbenz (1955-61), se tomarían 148 años para que todas las familias campesinas recibieran algo de tierra —si entre tanto no hubiera crecimiento de la población. La devolución a la United Fruit Company y a otros propietarios de tierras previamente expropiadas; la compra por el gobierno de tierras agotadas y otras medidas afines, indican que esta "reforma" de Guatemala cae dentro del primer tipo, en el cual no hay ninguna clase de cambio político.

En Venezuela, cuyo gobierno es frecuentemente citado como ejecutor de un verdadero esfuerzo para una profunda reforma agraria, las cifras publicitarias del presidente hablan de 50 mil familias que han recibido 3.5 millones de acres de tierra (1.4 millones de hectáreas) en los casi cuatro años del gobierno de Betancourt (*Time*, 10. de marzo de 1963, p. 22). No obstante, en un informe reciente publicado conjuntamente por el Instituto Agrario Nacional, el Ministerio de Agricultura, el Banco Agrícola y la Oficina Nacional de Planeación, aparece que en los últimos 25 años, en conjunto, no se han distribuido más de 1.4 millones de acres (567 mil hectáreas) entre 35 622 familias. No se especifica qué parte de esta distribución corresponde al actual gobierno. Por otra parte, es cierto que 3.5 millones de acres (1.4 millones de hectáreas) fueron comprados y pagados, a menudo, a precios exorbitantes y en dinero en efectivo, y sobrevalorados con respecto a los máximos avalúos prescritos por la ley. En otras palabras, esta singular "reforma agraria" ha sido un gran negocio para los terratenientes, quienes han podido vender los excedentes de tierra que ya no deseaban y, sin duda, invertir en cualquiera otra parte (incluyendo el exterior) el valor de los pagos recibidos.

Las leyes de reforma agraria recientemente promulgadas en Colombia, Chile y otras naciones son todavía más moderadas que las "reformas" ya puestas en práctica en Guatemala y Venezuela. Se depara casi toda la protección imaginable a los terratenientes más bien que al campesinado. La conclusión es obvia: medidas de esta naturaleza no constituyen, en modo alguno, reforma agraria. Son cabalmente fraudes.

El segundo tipo de reforma agraria merece una discusión más seria. Sus defensores proponen incorporar a los campesinos a la vida política y social de la nación a través de un proceso que movilice a todas las fuerzas progresistas contra las conservadoras, siempre que permanezcan intactas las



bases del poder. Los reformadores buscarían al mismo tiempo reorientar el crédito rural, la asistencia técnica, etc., de manera que estas medidas beneficien a los campesinos y no precisamente a los grandes y medianos propietarios, como en realidad acontece. El periodo previsto es por lo general del orden de los 5 a los 15 años. Pueden encontrarse variantes de este tipo de reforma agraria en la experiencia de México, de Guatemala antes de la contrarrevolución de 1954, y en Egipto desde 1952.

El autor cree que la viabilidad de este segundo tipo de reforma agraria es muy cuestionable, tanto en el campo teórico como en la evidencia de la experiencia histórica. Surgen especialmente dos peligros que amenazan su éxito. El primero está en que al dejar intacto el poder de los conservadores se asegura la oposición continuada a las reformas y se bloquea el camino de la movilización de las fuerzas progresistas. Aun cuando puedan haber sido expulsados de los cargos gubernamentales, los conservadores mantienen, no obstante, habilidad para retardar la reforma agraria y finalmente para destruirla. Pueden denegar el imprescindible suministro de los fondos de inversión que demandan las reformas, sabotear el funcionamiento de las agencias gubernamentales encargadas de su aplicación (institutos de reforma agraria, etc.), organizar campañas hostiles de propaganda, comprometer la ayuda exterior en contra de su propio gobierno, y adelantar otras acciones obstructivas o destructivas por el estilo. Al mismo tiempo, los ardides y maniobras políticas que los progresistas deben emplear para combatir esta oposición conservadora, demandan compromisos que tienden a debilitar la reforma y a convertirla en una serie de medidas mediatizadas.

El segundo peligro consiste en que una reforma agraria planeada para llevarse a cabo al ritmo lento de 5 a 15 años y dentro del marco de las instituciones existentes, crea grupos que adquieren un interés creado en el mantenimiento de sus nuevas ventajas, y que por lo tanto se hallan prestos a aliarse con los conservadores para oponerse a que los mismos beneficios se extiendan todavía a otros grupos.

La relevancia e importancia de estos obstáculos está demostrada por los intentos, exitosos y fracasados, por completar una reforma agraria del segundo tipo. La reforma del gobierno de Arbenz en Guatemala (1952-54) fue, desde luego, más rápida y de mayor alcance que las llamadas "reformas" de los años posteriores en dicho país. Pero mientras los conservadores sufrieron pérdidas, las fuentes de su poder fueron escasamente afectadas, con el resultado de que, ayudados por los hermanos Dulles, pudieron organizar una contrarrevolución. Tampoco fue posible, debido a la lentitud de las reformas, crear grupos de beneficiarios lo suficientemente grandes y poderosos para defender al movimiento reformista de la acometida de la contrarrevolución. Así, pues, la historia no nos dice si la continuación de las reformas de Arbenz hubiera eliminado a la larga el segundo peligro: la subsecuente oposición de los primeros beneficiarios.

Este lento y penoso desarrollo de la reforma, que emana de los "nuevos

conservadores", aparece muy claramente en la Revolución Mexicana. Sólo 15 años después de la administración del revolucionario general Obregón, y 5 años después de la promulgación de las medidas agrarias del presidente Cárdenas, el proceso reformista se suspendió a la mitad del camino con el ascenso al poder de la nueva burguesía, en la administración de Ávila Camacho. Actualmente, pese al hecho de que en los años cincuenta México tenía una de las más altas tasas mundiales de crecimiento industrial y agrícola, existe poca duda de que el país se encuentra en un callejón sin salida debido al fracaso en la resolución de su problema agrario.

La reforma mexicana fue la de mayor alcance en Latinoamérica, antes de la cubana, e incorporó realmente a los campesinos dentro de la vida nacional. Sin embargo, la mayoría de los campesinos mexicanos dotados con *ejidos* carece de recursos mientras que el famoso crecimiento económico está concentrado en la capital y en los siete esparcidos estados nortños. Se estimula aquí —como en cualquier parte de Latinoamérica— el monocultivo especulativo para la exportación y se obtienen tremendas ganancias para beneficiar a los hijos de la revolución. Por ejemplo, el hijo de un general de la revolución posee en un estado nortño más de 2 600 hectáreas de tierra irrigada a expensas del gobierno. (El máximo permitido por las leyes es de 100 hectáreas de riego por persona.) La brecha entre la capital y los siete estados del norte, por una parte, y el resto del país, por otra, continúa creciendo mientras que la distribución del ingreso es cada días más y más desigual. Parece entonces que en México —no menos que en aquellos países latinoamericanos que aún no han comenzado sus reformas agrarias— el nivel de vida del pobre está bajando. Y esa misma movilidad social que es a la vez causa y efecto de la integración de los campesinos a la vida nacional, a menudo los convierte en conservadores cuyos intereses se oponen a la extensión de los mismos beneficios para otras personas.<sup>1</sup>

Otras reformas agrarias —tales como las de Europa occidental después de la primera Guerra Mundial, y las de Bolivia y Egipto— confirman los peligros del segundo tipo de reforma. En cada caso, los gobiernos reformadores procedieron más o menos de acuerdo con los lineamientos frecuentemente propuestos por los progresistas de hoy. Las reformas se introdujeron lentamente dentro de la estructura social existente, y las bases del poder de los conservadores permanecieron intactas. No creo que sea exageración decir que hasta la fecha todos estos intentos de reforma agraria han fracasado y debe esperarse que los futuros intentos del segundo tipo fracasarán igualmente.

La experiencia de aquellos países que han tenido reformas agrarias exitosas atestiguan también los defectos del segundo tipo de reforma y la necesidad de adoptar el tercero. Notables ejemplos de éxito relativo con la

<sup>1</sup> Para una discusión más amplia del caso mexicano, véase el capítulo 19.



reforma agraria se encuentran en los países socialistas. En China y Cuba, por ejemplo, se cambió desde el comienzo toda la estructura de la sociedad, al mismo tiempo que se iniciaba la reforma agraria. Este cambio se efectuó, significativamente, mediante la movilización de los propios campesinos, y la habilidad de los conservadores para oponerse a las reformas fue cortada de raíz al ser eliminadas las fuentes de su poder. Es cierto que el Japón y Taiwán han tenido un grado de éxito con sus reformas agrarias sin alterar radicalmente la estructura de sus sociedades. Pero éstas son las excepciones que confirman la regla. En ambos casos las reformas se introdujeron completamente, desde el principio hasta el fin, con relativa rapidez y bajo la autoridad de una fuerza militar de ocupación. En tales circunstancias, la fuerza de la oposición conservadora fue neutralizada efectivamente.

En lo concerniente a Latinoamérica, podría parecer que el cambio en la estructura social y la eliminación del poder conservador —que son los rasgos característicos del tercer tipo de reforma— resultarían automáticamente de la liquidación del *latifundismo*, a menudo descrito como una institución feudal. Ésta parece ser la manera como los arquitectos de la Alianza para el Progreso ven los problemas. Pero la realidad es bien diferente. Aunque es cierto que en Latinoamérica todavía existen sectores de terratenientes que podrían denominarse feudales o semif feudales, y que existen terratenientes que todavía conservan poder político en las provincias, el caso no es que estos grupos políticos sean los decisivos, en el nivel nacional, en ningún país latinoamericano. Allí, el poder político y económico está en manos de otros: de las burguesías nacionales de comerciantes, banqueros e industriales, y de las grandes compañías extranjeras.

Estos grupos son formidables preservadores del statu quo. Y ellos, junto con los terratenientes del tipo feudal, aún cuidan sus intereses mutuos en muchos países de Latinoamérica. Los capitalistas que tienen el poder decisivo permiten sobrevivir a los “feudalistas”, sacrificando así los mercados rurales. Pero en cambio los feudalistas, al monopolizar la tierra y dominar en la provincia, proveen a los capitalistas de fuerza de trabajo barata, de un parlamento y un poder ejecutivo conservadores, y de una amplia tranquilidad y “estabilidad” política que los benefician. Sin embargo, como el caso de México lo demuestra tan claramente, la eliminación de los feudalistas no cambia nada esencialmente, puesto que deja intacto el poder de la burguesía capitalista que se opone a reformas agrícolas de más largo alcance. En verdad, este poder se acrecienta si, como se propone con frecuencia, la compensación para sus tierras permite a los feudalistas convertirse en capitalistas.

La imagen de que Latinoamérica es —en palabras del famoso escritor mexicano Carlos Fuentes— “un castillo feudal con fachada capitalista” oscurece la realidad. Las medidas que la Alianza para el Progreso desea introducir, y que espera llegarán a sustituir al feudalismo por el capitalis-

mo, llevan ya siglo y medio de fracaso tras de sí. Sería más acertado decir que Latinoamérica es un castillo capitalista con fachada feudal. Con derribar la fachada no se lograría mucho, ni siquiera una reforma agraria.

En resumen, la reforma agraria del primer tipo, para amplio beneficio de los propios terratenientes, no es reforma en absoluto. El segundo tipo de reforma, emprendida por la burguesía en su propio interés, tampoco promete mucho. Sólo la reforma agraria acompañada por una transformación socialista de la sociedad es realmente operante y merecedora del nombre. La reforma agraria efectiva no puede ser hecha por los conservadores, ni siquiera contra los conservadores. Ella sólo puede hacerse *sin* conservadores.



Latinoamérica tiene ya una grande y creciente población urbana,<sup>1</sup> que en varios de sus países pasa de 50%.<sup>2</sup> No obstante, se ha estudiado muy poco la ciudad en tanto que sistema económico; y en tanto que unidad económica o parte de la economía, sólo se la ha entendido muy insuficientemente.<sup>3</sup> Tal vez deba atribuirse esta laguna de nuestro conocimiento al énfasis que ponen los economistas en la descomposición sectorial de la economía y en las distinciones entre los sectores primario, secundario y terciario. Este último sector se ha convertido en poco más que una categoría residual para la clasificación de las fases de la actividad económica menos establemente estructurales y menos bien entendidas.<sup>4</sup> Pero es precisamente este sector poco entendido el que ha estado creciendo con tan alarmante rapidez en América Latina y otros países subdesarrollados.<sup>5</sup> Tal vez deba

\* Este artículo forma parte de un informe y unas recomendaciones relativos al desarrollo de la comunidad urbana y la rural preparado por el autor según contrato con la CEPAL, para su seminario sobre el tema, en 1964. Sin embargo, no se debe considerar responsable a esta organización de nada de lo que aquí se dice. Se publicó por primera vez en *Studies in Comparative International Development*, t. II, n. 5, 1966, con el título de "Urban Poverty in Latin America".

<sup>1</sup> Para referencias véase especialmente Philip M. Hauser, ed., *La urbanización en América Latina*, UNESCO, París, 1962, SS. 61/v. 9/S; Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina (CEPAL), *The Social Development of Latin America in the Postwar Period*, E/CN.12/660, 11 de mayo de 1963; CEPAL, *Urbanization in Latin America*, E/CN.12/662, 13 de marzo de 1963; Guillermo Rosenblueth L., *Problemas socioeconómicos de la marginalidad e integración urbana (El caso de "Las poblaciones callampas" en el Gran Santiago)* (Santiago, Universidad de Chile, 1963); Asociación Venezolana de Sociología, *VI Congreso Latinoamericano de Sociología* (Caracas: Imprenta Nacional, 1961), t. II.

<sup>2</sup> Philip M. Hauser, ed., *La urbanización en América Latina*, cap. III.

<sup>3</sup> Así en el estudio reciente de la CEPAL, *The Economic Development of Latin America in the Postwar Period*, E/CN.12/659, 7 de abril de 1963, no se menciona la economía urbana, y el documento que lo acompaña, CEPAL, *The Social Development of Latin America in the Postwar Period*, aunque estudia la ciudad en tanto que unidad socioeconómica, no logra describir y analizar la situación tan bien como lo hubiera hecho si los economistas hubieran preparado los estudios necesarios de la estructura económica urbana contemporánea.

<sup>4</sup> Para una crítica de esta clasificación con indicación de las variedades del sector terciario véase Peter T. Bauer y Basil Yamey, "Further Notes on Economic Progress and Occupational Distribution", *Economic Journal* (marzo de 1954). Ver también Solomon Rottenberg, "Reflexiones sobre la industrialización y el desarrollo económico" (Santiago, Universidad Católica, 1957).

<sup>5</sup> CEPAL, *The Economic Development of Latin America y The Social Development of Latin America*.

atribuirse la misma ausencia de conocimiento de la estructura socioeconómica urbana a la concentración de los sociólogos en el patrón residencial, relegan los factores económicos a variables dependientes relativamente bien estudiadas.

La llamada población flotante de las zonas urbanas presenta un problema particular. Como la población indígena de las zonas rurales, con frecuencia se cree que la población flotante de las zonas urbanas es "marginal" por su modo de integrarse en el conjunto de la sociedad. Es probable que el estudio más importante realizado de esta población sea el de los habitantes de estructuras residenciales "irregulares"<sup>6</sup> y/o autoconstruidas. Se ha solido pensar que esos poblamientos eran de índole temporal y que sus habitantes meramente eran migrantes rurales recientes, en transición al empleo y la residencia urbanos estables. Últimamente se ha evidenciado más que nunca el hecho de que esos poblamientos no son de transición ni temporales para un futuro previsible, sino permanentes y en crecimiento. Suele suceder que muchos de sus habitantes no son migrantes de zonas rurales sino que proceden de otras ciudades, con frecuencia más pequeñas,<sup>7</sup> y, caso notable, incluso de la misma ciudad.<sup>8</sup> Según la CEPAL, esos poblamientos contruidos por sus mismos moradores representan "el rechazo por parte de la ciudad de nativos de ella u otras personas que vivían en ella y que difieren del resto de la población urbana más por el grado de pobreza que por su origen".<sup>9</sup> Uno de los que han estudiado el problema indica además que "debe considerárseles un fenómeno permanente que radica en el proceso de desarrollo económico y social".<sup>10</sup>

Sin embargo, es posible que se exagere la importancia económica y sociocultural de la distinción entre ciudad y campo. En cambio sería útil considerar la posibilidad de distinguir entre los sectores que podrían denominarse "estables" o bien estructurados y los "inestables" de la economía; y la correspondiente distinción entre las poblaciones "permanentes" y las "flotantes" económicamente activas o inactivas de ellos. Hay sectores estables tanto en los medios rurales como en los urbanos, y han sido estudiados más exhaustivamente en sus formas industriales y agrícolas. Y también hay sectores inestables y población flotante en los medios rurales como en los urbanos. Podríamos atrevernos a apuntar que las variedades rural y urbana de ese sector "inestable" es probable que tengan estructuras económicas y causas bastante semejantes. Y es posible que sean aún más parecidos los

<sup>6</sup> Término usado en G. Rosenblueth L., *Problemas socioeconómicos*. Para mayor discusión, véase más abajo.

<sup>7</sup> Para la migración por etapas ver por ejemplo Bertram Hutchinson, "The Migrant Population of Urban Brazil", *América Latina*, año 6, n. 2 (abril-junio de 1963), en especial pp. 45-50.

<sup>8</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, pp. 15, 16 y 33.

<sup>9</sup> Ibid., p. 15.

<sup>10</sup> Guillermo Rosenblueth L., *Problemas socioeconómicos*, p. 99.



individuos rurales y urbanos a quienes toca desempeñar esos papeles relativamente "inestructurados" e "inestables". Ciertamente, proceden de un grupo sociocultural que es en sustancia el mismo, sobre todo si la sociedad es multirracial o multiétnica; y a menudo son los mismos individuos trasladados de un medio al otro (y algunas veces de nuevo al primero). Además, suelen desempeñar gran variedad de esos papeles simultáneamente o en rápida sucesión, y se mueven rápida y fácilmente entre los papeles "no estructurados", pero no entre éstos y los más "estructurados".

En la medida en que han sido estudiados estos papeles y las personas que los desempeñan, se ha puesto particular empeño en los aspectos sociales y culturales del problema. No obstante, estos estudios arrojan alguna luz sobre los aspectos económicos anexos del sector "inestable" y permiten una visión, aunque limitada, del mismo. Según los estudios de la migración interna, las fuentes económicas de este problema residen en el hecho de que el sector de producción de artículos de primera necesidad "estable" no se ensancha y el sector asociado, con frecuencia especulativo, de la comercialización agrícola es inestable, con la consiguiente incapacidad de proporcionar empleos y sustento a la población rural. Está también la correspondiente "estabilidad" del sector industrial y la economía urbana inestable que lo acompaña y que a su vez no puede absorber la población expulsada así del campo y las pequeñas poblaciones.<sup>11</sup> Buena parte de esta migración va del campo al campo, del campo a la pequeña población, de la pequeña población a las grandes ciudades, y no sólo pasa de rural a urbana en el sentido más estrecho del vocablo.<sup>12</sup> En las pequeñas poblaciones, el sector inestable es posiblemente todavía mayor que en los centros metropolitanos, donde se ha impuesto con más vigor a la atención de los diversos estudiosos del problema.<sup>13</sup>

Como el sector primario y el secundario no se están expandiendo con la suficiente velocidad, gran parte de la población de este sector "inestable" se ve atraída, o mejor dicho obligada a entrar, en el sector terciario.<sup>14</sup> En éste, naturalmente, no entra en las profesiones ni en otras de las grandes instituciones de servicio, tradicionalmente "estables", sino más bien en pequeños establecimientos de servicio,<sup>15</sup> y se convierten en sus propios "patrones", vendiendo en la calle, haciendo trabajos sueltos o accidentales, y

<sup>11</sup> Cf. CEPAL, *The Economic Development of Latin America in the Postwar Period*, cap. VII, y CEPAL, *The Social Development of Latin America in the Postwar Period*, cap. II y III.

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, Bertram Hutchinson, "The Migrant Population of Urban Brazil", p. 69, donde anota que 20-40% de esta población de las grandes metrópolis procede de otras ciudades.

<sup>13</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 6.

<sup>14</sup> CEPAL, *The Social Development...*, pp. 63-65, y CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 28.

<sup>15</sup> Véase CEPAL, *The Social Development...*, p. 62.

naturalmente sirviendo de domésticos.<sup>16</sup> Muchas de estas personas son, pues, literalmente "capitalistas", pero sin capital financiero, humano ni educacional. Podría llamárseles, como lo hace Sol Tax, "capitalistas centaveros" en guisa urbana; pero les falta incluso la pequeña cantidad de capital y por lo tanto la independencia que su tierra permite a los campesinos de Panajachel, Guatemala.<sup>17</sup> El desfase entre el sector inestable y el terciario no debería cegarnos acerca de la gran medida en que el sector secundario es igualmente inestable. Así descubrió la CEPAL en Santiago de Chile que del 42% de la mano de obra industrial que está en la *callampa* construida por los propios moradores, y del correspondiente 32% de los obreros industriales de la ciudad en su conjunto, 19% y 6% respectivamente (o casi la mitad en la *callampa* y un quinto en la ciudad) estaban en la construcción visiblemente ocasional e inestable y no en la parte fabril "estable" del sector secundario.<sup>18</sup> Pero incluso en el sector fabril, los pequeños talleres tecnológicamente ineficientes, "viejos", escasos de capitales, que lo más probable es que lleven una vida insegura y que ofrezcan un empleo ciertamente inseguro, se forman a un ritmo más rápido que las fábricas modernas, tecnológicamente adelantadas.<sup>19</sup> Los primeros, inestables, absorben mayor número de obreros que las segundas, que son estables.<sup>20</sup> Pero de manera semejante a la relación entre tierras agrícolas de subsistencia y haciendas o plantaciones, los pequeños productores industriales, ineficientes, tienen una relación de satélite a metrópolis con los grandes y "eficientes", a cuya sombra viven, con frecuencia proporcionándoles parte de su insumo y absorbiendo siempre lo más fuerte de buena parte de las fluctuaciones en la demanda, la oferta y los precios del sector manufacturero moderno y "estable".

La existencia y expansión de este gran sector inestable —tanto urbano como rural— de la estructura de la economía nacional e internacional produce una población "flotante" inestable correspondientemente grande, con conocimientos educacionales y tecnológicos escasos, empleos muy inestables y gran inseguridad. Así apunta la CEPAL que "el trabajador de la *callampa* raramente tiene la seguridad de un trabajo estable y se enfrenta a la posibilidad de una sucesión de trabajos mal pagados y de duración insegura".<sup>21</sup> Un estudio realizado en Puerto Alegre, Brasil, demostró que 40% de los jefes de familia "trabajan con irregularidad" y otro 55% de plano está sin empleo.<sup>22</sup> Muchas personas oscilan entre el empleo irregular no especiali-

<sup>16</sup> Véase *ibid.*, p. 63, y CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 28, donde 63% de los empleos del Gran Santiago y 45% de los de una *callampa* se ubican en el sector terciario, y 17% y 33% respectivamente en la categoría de "trabajadores por su cuenta".

<sup>17</sup> Ver Sol Tax, *Penny Capitalism* (Chicago, 1953).

<sup>18</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 28.

<sup>19</sup> CEPAL, *The Social Development of Latin America...*, págs. 59-61.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 59-60.

<sup>21</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 28.

<sup>22</sup> Citado en G. Rosenbluth L., *Problemas socioeconómicos*, p. 32 (tabla 14).



zados y el trabajo parcial por cuenta propia,<sup>23</sup> y siempre han de contar tan sólo por un breve periodo con una fuente de ingresos determinada. Quizá, paradójicamente, el empleo múltiple se asocia bastante con el frecuente y abundante desempleo. Así un estudio de la población *callampa* en Santiago de Chile dice que el 41% de sus habitantes empleables ha estado sin empleo de cuatro a doce meses en el año.<sup>24</sup> Estas condiciones engendran niveles de ingreso tan bajos que, según cálculos de la CEPAL, la "dieta modelo" familiar adecuada determinada por el Departamento de Alimentación y Nutrición del Servicio de Sanidad Nacional de Chile absorbería 132% y 121% respectivamente de los ingresos del habitante de la *callampa* y el obrero de Santiago.<sup>25</sup> Y la inestabilidad de los empleos y la inseguridad de los ingresos solamente se compara con el 61% de entrevistados, quienes a pesar de vivir en Chile (país conocido por tener el mejor sistema de seguridad social de toda América Latina) declararon no estar amparados por ningún sistema de seguro social.<sup>26</sup>

Como en el medio rural, la inestabilidad del mercado de la mano de obra es comparable, o casi, con la inestabilidad del mercado de productos. Es posible que el habitante de la ciudad sea menos adversamente afectado que su equivalente del campo por el monopolio del mercado, la fluctuación y la especulación en los bienes que adquiere (y en parte vende) debido a que las consideraciones de orden geográfico en las ciudades más grandes probablemente reducen la posibilidad de monopolizar el mercado local. De todos modos, los mercados nacional y urbano para muchos artículos, entre ellos los alimenticios y con frecuencia el alojamiento, son claramente monopolísticos. La escasez creada artificialmente en toda una ciudad para favorecer la especulación con el precio de este o aquel artículo de primera necesidad es harto frecuente en muchas partes de la América Latina.<sup>27</sup> Inevitablemente se absorbe así una parte del ingreso del consumidor que, si bien es tal vez desconocida, sin duda no es insustancial. Se ha calculado, por ejemplo, que 40% del precio de los alimentos en la ciudad lo representa en Chile el costo de la comercialización de éstos, y que este costo por sí solo absorbe 26% del ingreso de toda la familia del trabajador urbano.<sup>28</sup>

El grado e impacto de esta suerte de monopolización, restricción de la oferta y especulación con los precios en los bienes de consumo es probable-

<sup>23</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 28.

<sup>24</sup> G. Rosenblueth L., *Problemas socioeconómicos*, p. 79.

<sup>25</sup> Citado en *ibid.*, pp. 65-66.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 64n.

<sup>27</sup> Documento publicado por la presidencia de la República del Brasil, Conselho do Desenvolvimento, *Questão Agraria Brasileira* (por Ignacio Rangel), Brasilia, 1961, p. iii, habla del monopolio que "organiza metódicamente la escasez" e impone así "precios extorsionistas al consumidor". El *Correio da Manhã* (Río de Janeiro), 6 de junio de 1963, informa de aumentos de precio de 1 500% en artículos alimenticios que se producen cerca de Río y vendidos en esa ciudad.

<sup>28</sup> OCEPLAN, *Las bases técnicas del plan de acción del gobierno popular* (Santiago, 1964), p. 17.

mente mayor en el sector "inestable" que en el "estable", especialmente en cuanto aquél está física y económicamente situado en las zonas suburbanas de viviendas construidas por sus propios moradores y de escasos ingresos. Éstas cuentan con muchos menos servicios urbanos, como comercio de venta al menudeo, que el resto de la ciudad.<sup>29</sup> De acuerdo con eso, el monopolio del menudeo y los precios elevados son tanto más posibles y probables en estas zonas urbanas.<sup>30</sup> La mayor inestabilidad de los ingresos familiares en estas zonas hace además que su población esté más expuesta a las prácticas de crédito usurario a corto plazo que otras partes de la ciudad. Siendo escasos los ingresos de estas personas, sin duda gozan de menos crédito que los otros habitantes de la ciudad, y probablemente lo pagan más caro y gastan una parte mayor de sus escasos ingresos en esos elevados intereses.

Esta estructura económica de la ciudad y la desventajosa posición en que coloca a muchos de sus habitantes tiene naturalmente múltiples manifestaciones sociales y culturales. En los países multirraciales y multiétnicos, esta estructura se manifiesta en distribuciones residenciales raciales y étnicas muy desiguales dentro de la ciudad.<sup>31</sup> La más notable y más estudiada es la norma residencial urbana resultante. Grandes porciones, por lo general en crecimiento, de la población urbana se apiñan en estructuras residenciales y zonas suburbanas autoconstruidas,<sup>32</sup> anticuadas, inferiores a la norma,<sup>33</sup> y de escasos ingresos.<sup>34</sup> De ellas, los poblamientos o colonias de viviendas construidas por sus moradores son probablemente los que más han atraído la atención de científicos y políticos por igual. Si bien hay, sin duda, diferencias en la estructura ocupacional, el nivel de ingresos y los

<sup>29</sup> *Urbanization in Latin America*, p. 10.

<sup>30</sup> J. Chonchol *La reforma agraria en América Latina* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1964), p. 63, por ejemplo, arguye que las zonas y los habitantes más pobres de la ciudad pagan los precios unitarios más elevados por sus alimentos.

<sup>31</sup> Véase por ejemplo "Aspectos humanos da favela carioca", *O Estado de São Paulo*, 15 de abril de 1960, para Río de Janeiro, y José Matos Mar, "Migración y urbanización. Las barriadas limeñas: un caso de integración a la vida urbana", en P. M. Hauser, *La urbanización en América Latina*, para Perú.

<sup>32</sup> Para la distinción en términos arquitectónicos, económicos, sociales y culturales entre estos tres tipos de moradas urbanas de renta baja véase por ejemplo G. Rosenblueth L., *Problemas socioeconómicos*, cap. III. Las colonias de viviendas construidas por sus propios moradores suelen estar en las inmediaciones de la ciudad o en laderas y márgenes fluviales indeseables de ubicación central. Llevan diversos nombres: *jacales* (México), *ranchos* (Caracas), *barrios clandestinos* (Colombia), *barriadas* (Lima), *callampas* (Santiago de Chile), *villas miserias* (Buenos Aires), *villas malocas* (Puerto Alegre), *favelas* (Río de Janeiro), *mocambos* (Recife), etc.

<sup>33</sup> Estas estructuras y zonas residenciales, como muchos barrios bajos de Europa y América del Norte, suelen estar situadas en lugares centrales, porque consisten en antiguas viviendas urbanas actualmente en bastante mal estado de conservación y contienen un alto grado de concentración de ocupantes. En Argentina y Chile les dan el nombre de *conventillos* y en México el de *tugurios*.

<sup>34</sup> Varios países y ciudades, y de modo principal Caracas y Santiago, han emprendido amplios programas de renovación urbana que "erradican" las viviendas autoconstruidas y en algunos casos las casas viejas y que reestablecen algunas de



diferentes índices socioculturales entre las colonias de viviendas autoconstruidas y los otros tipos de viviendas urbanas de rentas bajas, hace poco la CEPAL examinó seriamente el grado de esas diferencias.<sup>35</sup> En Chile, que junto a Venezuela tiene sin duda el más amplio programa de construcción de viviendas públicas de Latinoamérica, según los cálculos oficiales hay 10% de la población de Santiago en *callampas*, 20% en *conventillos*, y más todavía en las subdivisiones u urbanizaciones que al reemplazar las *callampas* han podido reducir su crecimiento en Santiago. En algunas otras ciudades de Chile y de Latinoamérica, donde el programa de construcción de viviendas es mucho menos amplio que en Santiago, la población de *callampa* alcanza porcentajes mucho más elevados, a veces superiores a 50%. La población de tipo *conventillo* representa un tercio de las familias de obreros y empleados urbanos.<sup>36</sup> Según el UNICEF, en la ciudad de México 30% de la población vive en viviendas construidas por sus moradores, 11% en viviendas anticuadas inferiores a las normas, 14% en viviendas "proletarias", 26% en "viviendas anticuadas" y sólo 19% en "viviendas que pueden considerarse buenas".<sup>37</sup> Comentando la situación de Lima dice la misma organización:

La mayoría de las "barriadas" se forman porque la gente quiere tener su terrenito propio. Organizan una "invasión" que después continúa, en una incesante corriente de gente que deja la capital para establecerse en un lugar que sea suyo y que por lo general no tengan que pagar. Con tal fin buscan lotes vacíos de propiedad estatal y aun privada. Una mirada al ingreso promedio de estas personas muestra que casi ninguna de ellas podría vivir en ninguna otra parte ni pagar las rentas que piden en las zonas urbanas.<sup>38</sup>

Los poblamientos de viviendas autoconstruidas se hacen por definición sin planeamiento. Por ello suelen estar casi totalmente desprovistos de todo servicio urbano. Generalmente no tienen agua corriente, y sus habitantes del género femenino y/o los menores se ven obligados a ir a buscar el agua en cubetas a lugares vecinos y aun fuera de la comunidad. A veces, el agua es acarreada en camionetas, y se vende a un precio considerable. No hay electricidad, y si la hay la toman clandestinamente de los cables cercanos. No hay sistemas de drenaje y con frecuencia ni siquiera pozos negros de

las familias desplazadas en conjuntos habitacionales financiados por el Estado o en subdivisiones sometidas a vigilancia oficial que proporcionan ayuda para la autoconstrucción de viviendas. Naturalmente, estas barriadas o colonias suelen estar en las afueras de la población y con frecuencia muy apartadas del centro de la ciudad y/o de los centros de empleo y de venta al menudeo.

<sup>35</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, pp. 11, 33.

<sup>36</sup> Ibid., p. 7.

<sup>37</sup> Fondo de las NU para la Infancia, *Boletín Trimestral del UNICEF*, No. 29, 1962, s.p.

<sup>38</sup> Ibid., s.p.

letrina. Es inexistente la recogida de basura... y por otra parte, la colonia suele estar construida en el mismo basurero. Tampoco hay pavimento, y como estas colonias por la fuerza de las circunstancias suelen estar en las laderas o en los lechos de los ríos, es muy frecuente que se inunden. Los hospitales están distantes, como los teléfonos para pedir ayuda médica de emergencia. Las escuelas se hallan muy alejadas y no tienen cupo o son sencillamente inaccesibles. Muchas colonias de viviendas autoconstruidas están lejos del centro de la población y de las oportunidades de empleo, y el transporte es insuficiente y cuesta mucho tiempo y dinero. La policía y el servicio de bomberos son muy raros. La venta al menudeo, como ya dije, es poca y cara. Pero aparte de la inseguridad del empleo, para el que habita este tipo de estructuras autoconstruidas en terreno propiedad de otros lo peor de todo es la inseguridad de su ocupación: "Porque aquí no tenemos seguridad, y en un momento dado nos pueden expulsar", y "porque aquí vivimos de la caridad y en cualquier momento el ayuntamiento puede mandarnos salir".<sup>39</sup>

Los habitantes de las zonas de viviendas anticuadas e inferiores a la norma de tipo *conventillo* no padecen esa escasez de medios materiales en tan gran medida porque están "urbanizadas" en el sentido más tradicional de la palabra. Suelen ser miembros de las clases obrera o media, y su situación económica y su tiempo de residencia les permite ese tipo de vivienda menos inadecuado. Las colonias suburbanas de renta baja, entre ellas las planeadas por las autoridades de la vivienda, parece que por desgracia padecen con demasiada frecuencia de muchas de las mismas deficiencias tan características de las colonias "irregulares" autoconstruidas. Debido a diversos impedimentos económicos y administrativos, bastantes planes de construcción de viviendas carecen de muchos de los medios urbanos, educacionales, sanitarios y de venta al menudeo. Y claro es que como con frecuencia están aún más alejados esos lugares que las colonias autoconstruidas, sus habitantes se ven en grave desventaja en materia de oportunidades de empleo, que no estaban ni están ubicados en esas nuevas zonas residenciales.<sup>40</sup>

Aunque la población de estas colonias es muy joven —51% de la población de *callampa* en Santiago resultó tener menos de quince años de edad—<sup>41</sup> las facilidades y los logros educacionales son en extremo deficientes. En el mismo estudio de las *callampas* se reveló que 73% de los habitantes de más de quince años de edad tienen de 0 a 4 años de instrucción escolar.<sup>42</sup> Más significativo todavía fue el descubrimiento de que la capacidad de ganar dinero de este grupo no reflejaba la influencia de los conocimientos adquiridos en la escuela, y se tenía la impresión de que solamente

<sup>39</sup> Citado en CEPAL, *Urbanization in Latin America*, p. 23.

<sup>40</sup> Ibid., pp. 9-10; Banco Obrero, *Proyecto de evaluación de los superbloques* (Caracas, 1961).

<sup>41</sup> Ibid., p. 18.

<sup>42</sup> Ibid., p. 19.



más de cuatro años de instrucción escolar —lo que sólo alcanzaban 27% de los individuos— les proporcionaban mayor capacidad de ganar dinero que la ausencia total de educación.<sup>43</sup> En 38%<sup>44</sup> y 45%<sup>45</sup> de los niños en edad escolar se comprobó que no asistían a la escuela. A consecuencia de los bajos ingresos y las condiciones sanitarias ya mencionados, la salud es deplorablemente mala. “En el preámbulo de la constitución de la Organización Mundial de la Salud se define un estado de bienestar completo físico, mental y social, y no solamente la ausencia de enfermedad o invalidez. Si hubiéramos de aplicar este criterio para determinar la salud de la población de *callampa* [...] tendríamos que sacar la conclusión de que esa población está enferma.”<sup>46</sup> La tasa de días pasados en cama por enfermedad es considerablemente mayor que el promedio, a pesar del hecho de que los escasos ingresos de estos habitantes probablemente se oponen a que se sacrifiquen días de trabajo.<sup>47</sup> La tasa de mortalidad infantil es muy elevada y a veces sobrepasa la de las zonas rurales. Y sólo 2% recibía atención médica a cargo de la seguridad social.<sup>48</sup>

El “sector inestable” de la economía enfocado en las páginas precedentes tiene gran movilidad e inseguridad, que requieren un énfasis especial. Ya dijimos que la estructura contemporánea de la economía urbana latinoamericana comporta un alto grado de movilidad, tanto de empleo como de residencia, que tiende a concentrarse particularmente en los tres tipos de zonas residenciales “irregulares”. Otro tanto puede decirse de la inseguridad, aunque con respecto a esta última dimensión conviene distinguir entre los poblamientos con viviendas autoconstruidas por una parte y los programas públicos de construcción o patrocinio de viviendas suburbanas por la otra. La inseguridad económica, naturalmente, es más evidente en los primeros, porque allí es donde por razón natural tienden a instalarse los más económicamente inseguros. Por otra parte, la inseguridad residencial aumenta por el carácter mismo de las viviendas construidas por sus propios moradores y en particular por el hecho de estar situada en terrenos ajenos. Cuando son propiedad privada, esos terrenos suelen conservarse con fines especulativos y el propietario puede necesitarlos para otros usos en cualquier momento. Pero por razones diversas de política pública, entre ellas los programas de “renovación urbana”, incluso las tierras urbanas de propiedad pública con frecuencia pasan de este tipo de empleo residencial a cualquier otro. En Río de Janeiro, en 1964, una *favela* autoconstruida fue quemada por las autoridades municipales para hacer un nuevo hotel de lujo para el turismo. Una de las principales preocupaciones de la población que habita en las viviendas autoconstruidas es tener y conservar un

techo, por modesto que sea, sobre sus cabezas. Por esta razón entre otras, la población propende a concentrar su interés y atención en sus problemas cotidianos inmediatos, con la virtual exclusión de todo asunto comunal, y a ser con su propio grupo primario y/o su familia grande. Las asociaciones vecinales y otras de tipo voluntario, entre ellas los partidos políticos, pueden existir en estas poblaciones pero con pocos participantes.<sup>49</sup> Tal situación parece mitigada solamente en países como Guatemala y Perú, donde clubes vecinales o urbanos de “hijos de (la región)” proporcionan a los migrantes rurales recientes lazos entre sí y con los que quedaron “en el terruño”. Aparte de esto, la única cooperación comunal espontánea de algún relieve la estimulan los esfuerzos cooperativos realizados a veces para “invadir” una nueva zona donde edificar y para defenderla contra los posibles intrusos o contra otras causas de potencial usurpación de sus hogares. En los países organizados con más fuerza étnica y comunalmente, con grandes poblaciones indígenas, el poblamiento y la defensa de las nuevas zonas a veces se organizan sobre la base de la afiliación regional. Pero en países como Venezuela y Chile, y aun en el Brasil, es difícil hallar algo así. De todos modos, en ningún caso hay conocimiento digno de mención, ni interés ni participación en nada que pudiera calificarse de “asuntos nacionales”, ni siquiera en los programas populares de los partidos políticos nacionales.<sup>51</sup> Un observador de la *callampa* de Santiago apunta que “los planes que se hacen en el nivel nacional no pueden tomar en cuenta las necesidades de las *callampas*, dado que su población es en extremo inestable y constantemente está trasladándose de un punto a otro, lo que prácticamente la excluye de toda actividad de alcance nacional”.<sup>52</sup> Por otra parte, el mismo autor observa que

estas poblaciones que hemos denominado suburbanas o centros urbanos “semisegregados”, como su nombre lo indica, están en realidad semisegregados por falta de servicios urbanos. Pero se sitúan en un nivel diferente y superior a los poblamientos de *callampa* porque se les ha concedido la propiedad del terreno, lo cual ofrece a sus habitantes una seguridad y confianza que antes no tenían y que les permite hacer una serie de esfuerzos para mejorar el desarrollo de la colonia hasta donde sea posible. Esta nueva situación crea una nueva serie de responsabilidades para ellos, y para afrontarlas se unen en grupos que tienen una idea clara de los objetivos buscados. Esto se refleja también en un interés por la participación en las actividades políticas, en contraste con la apa-

<sup>43</sup> Ibid., p. 20.

<sup>44</sup> Ibid., p. 21.

<sup>45</sup> G. Rosenblueth, L., *Problemas socioeconómicos*, p. 90.

<sup>46</sup> Ibid., p. 68.

<sup>47</sup> Ibid., pp. 58-69.

<sup>48</sup> Ibid., p. 70.

<sup>49</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, pp. 31-32. Véase también CEPAL, *The Social Development...*, pp. 65-167.

<sup>50</sup> CEPAL, *Urbanization in Latin America*, pp. 30-31.

<sup>51</sup> Ibid., p. 32.

<sup>52</sup> G. Rosenblueth L., *Problemas socioeconómicos*, p. 92.



tía y desorganización que hallamos en los habitantes de la *callampa*.<sup>53</sup>

Pero tomando en cuenta las circunstancias extrañas no puede sorprendernos el que la CEPAL concluya que

en estos sectores, los problemas de la vida urbana adquieren una importancia que va más allá del mismo trabajo. Por eso, las organizaciones colectivas que se forman no tienden a defender los intereses de trabajo sino a mejorar las condiciones de vida y, en general, a lograr las circunstancias necesarias para que sus miembros puedan sobrevivir en un medio urbano que con frecuencia les parece hostil.<sup>54</sup>

La población flotante urbana es particularmente sensible a los más comunes cambios en los programas de gobierno y la política monetaria y fiscal, que le afectan directamente. Como indicábamos arriba, la inestabilidad del sector económico que forma la base de esta población la transforma también en el amortiguador urbano de choques de los altibajos económicos del sector "estable" y de la economía en general. Por eso, el grado en que la actividad del gobierno reduce o amplifica esas fluctuaciones económicas afecta con particular gravedad a la población flotante.

Esta población es la última que contratan y la primera que despiden en las fluctuaciones de la construcción, la fabricación y las industrias de servicios de la ciudad. Por eso, la política monetaria y fiscal del gobierno determina las situaciones económicas de modo muy inmediato por medio de sus efectos en el sector privado. Las oportunidades de empleo son también particularmente sensibles a otros programas oficiales. En el pasado, en América Latina, la población flotante ha solido ver sus fuentes de empleo bruscamente incrementadas por un auge de las construcciones oficiales, asociado por lo general a determinadas circunstancias políticas, para verlas reducirse de nuevo por restricciones igualmente determinadas de la actividad constructora oficial. Como el anterior aumento de empleos atrajo todavía a más habitantes a las ciudades o incluso al país, su índole temporal contri-

<sup>53</sup> Ibid., p. 96. Observaciones semejantes se han hecho en la otra ciudad latinoamericana con programas públicos de construcción de viviendas en gran escala, Caracas. Véase por ejemplo *Report of a Community Development Evaluation Mission to Venezuela*, preparado para el gobierno venezolano por Caroline F. Ware, Rubén Darío Utría y Antonio Wojcicki (Naciones Unidas: Comisionado para la Ayuda Técnica, Departamento de Asuntos Sociales y Económicos), TAO/VEN/15, 1 de diciembre de 1963, en particular el anexo I y el anexo E (inédito). En Santiago el conjunto "José María Caro" y en Caracas el "23 de Enero" y el "Simón Rodríguez" destacan al respecto. Cada uno de ellos cuenta con más de 100 000 habitantes. Para una visión algo menos optimista, tal vez porque se compara la realidad de lo logrado con un ideal y no con la realidad de las comunidades autoconstruidas, véase también Banco Obrero, *Proyecto de evaluación de superbloques*.

<sup>54</sup> CEPAL, *The Social Development of Latin America in the Postwar Period*, p. 136.

buye a aumentar la población urbana flotante y a su inseguridad. Este desempleo recurrente podría obligar a algunas personas a abandonar sus hogares de los antiguos barrios bajos o *conventillos* y a tratar de asentarse en hogares nuevos contruidos por ellas mismas. Y como los beneficios de los programas de seguridad social y de empleo están ligados en gran parte a las instituciones económicas en que la población ocupa un lugar relativamente estable, la población flotante que más necesita de tales beneficios es la que queda en gran parte a descubierto. En todos los aspectos, es la que padece en mayor grado de inseguridad y, naturalmente, de pobreza. Por eso, la política oficial no puede alterar gran cosa, y mucho menos eliminar, las deplorables circunstancias de esta población urbana flotante en ausencia de cambios básicos en la estructura de la sociedad y la economía que las produce.

Hay sin embargo un campo principal donde se opina que la política oficial puede intervenir inmediatamente para mejorar las circunstancias de la población urbana flotante y sentar las bases para otros esfuerzos de mejoramiento. Es el campo de la vivienda y de los problemas relacionados con las estructuras residenciales autoconstruidas en particular.

El anterior examen de la escena urbana indicaba que hay una diferencia importante en el tipo de organización social y el sentido de, y la participación en, la responsabilidad cívica y política entre los habitantes de las estructuras y zonas residenciales autoconstruidas por una parte y el resto de población urbana más o menos flotante en las viviendas antiguas ruinosas situadas en el centro y las recientes, suburbanas, de los programas habitacionales. Por encima y más allá de las circunstancias económicas y otras que los caracterizan, esta diferencia entre los habitantes de viviendas autoconstruidas y los de otras estructuras residenciales puede atribuirse directamente a la diferencia de seguridad de la tenencia residencial entre los dos grupos. Es la inseguridad del derecho a su casa y hogar, junto naturalmente con el trabajo y otras causas de inseguridad, lo que parece ser uno de los principales obstáculos a la acción cooperativa y organizada cívica o política en su vecindad o en cualquier otra parte por esta porción de las poblaciones urbanas flotantes. La inseguridad de la tenencia residencial, a su vez, se debe en gran parte a la falta de propiedad u otro derecho legal al terreno en que viven y al poder relativamente mucho mayor de los propietarios o reclamantes privados o públicos que intentan repetidas veces expulsarlos de ese terreno.

Estas consideraciones crean una importante tarea y una oportunidad para la política oficial y la acción comunal en el mejoramiento de las circunstancias económicas y sociales de la población urbana que vive en estructuras y terrenos residenciales autoconstruidos. Es en vano esperar esa acción comunal en aquellos lugares en ausencia de toda intervención exterior, casi necesariamente oficial. Pero con alguna intervención oficial apropiada, y no necesariamente costosa, la acción comunal en esta parte



de la población puede contribuir bastante al desarrollo futuro, económico, social y político, de la sociedad en su conjunto. Por encima de la obvia medida, en este momento posiblemente prohibitiva en lo económico, de construir viviendas públicas para esas poblaciones, puede haber otras medidas económicamente hacederas de inmediato para estimular y constituir la organización y el desarrollo de la comunidad en las zonas residenciales de autoconstrucción y entre sus habitantes. Algunas de las medidas posibles para el mejoramiento del problema de la inseguridad de la vivienda en las zonas de autoconstrucción y para el estímulo popular entre sus habitantes se esbozan más abajo.<sup>55</sup>

Sería deseable para las municipalidades urbanas centrales incorporarse o amalgamarse con los municipios anexos y aun los rurales para formar una gran zona urbana o metropolitana más susceptible de amplio planeamiento urbano. Con vistas a los problemas de vivienda de la población urbana flotante sería entonces deseable para la ciudad seguir una política de adquisición de tierras por parte de las autoridades muy en exceso de las actuales necesidades de construcción.

En relación con estos terrenos de propiedad municipal y con el problema de las estructuras autoconstruidas se sugieren dos procedimientos principales. El primero es que las colonias urbanas autoconstruidas existentes en terreno público recibirían garantías oficiales contra la expulsión o desahucio sin aviso con mucha antelación y disposiciones oficiales para ofrecer mejores viviendas en otras partes, con ubicación y facilidades de transporte que no perjudiquen seriamente a los intereses de los posibles despojados. En realidad, parece que sería razonable renunciar a las políticas y programas de renovación urbana que implican la destrucción de hogares y el deshaucio de sus poseedores hasta el tiempo todavía imprevisible en que las condiciones económicas permitan la aplicación de esa política sin que resulten paganos los miembros de la sociedad que menos pueden permitírselo. Aplícase esto no sólo a los hoteles para turistas sino también a otras "mejoras" urbanas. En segundo lugar, la municipalidad puede subdividir públicamente los terrenos de propiedad urbana y adjudicarlos a aquellos miembros de la población flotante que hayan construido ya en ellos en las zonas pobladas o a aquellos que deseen construir en ellos en nuevas extensiones para viviendas autoconstruidas. Estas adjudicaciones serían con garantía contra los deshaucios y a su vez podría exigirse al ocupante alguna forma mínima de responsabilidad. Deberían tomarse disposiciones para esta posibilidad de transferencia de adjudicaciones o lotes, pero acompañadas por medidas destinadas a impedir la adquisición y monopolización de múltiples lotes por especuladores privados.

Sería deseable proporcionar la máxima protección oficial posible a los

<sup>55</sup> Véase también al respecto Philip M. Hauser, editor, *La urbanización en América Latina*, cap. II, "Conclusiones del Seminario", y cap. XIII, "Algunas consecuencias políticas de la urbanización".

residentes de viviendas autoconstruidas en terrenos de propiedad privada. La mejor protección contra la expulsión privada de esas tierras de propiedad privada y la especulación con ellas es su adquisición en virtud del derecho de eminent domain y su subdivisión por la municipalidad del modo arriba descrito. El fin de la adquisición de tierra pública en exceso de las necesidades de construcción residencial es naturalmente impedir la aparición de los problemas de especulación con los terrenos urbanos<sup>56</sup> (deseable también por otras razones aparte de las relacionadas con las viviendas autoconstruidas) y de las poblaciones flotantes que viven en ellos. De todos modos, sería deseable proteger a los actuales habitantes de las colonias autoconstruidas en tierras privadas contra la expulsión arbitraria así como, por interés público, limitar las condiciones en que legalmente es posible esa expulsión.

Puede promoverse una autoconstrucción de viviendas más adecuada o menos inadecuada, recurriendo a diversas medidas de política oficial y de acción de la comunidad. En el grado en que tales medidas para incrementar la seguridad de la tenencia residencial fueran adoptadas, irá siendo cada vez más posible incluir estructuras y zonas residenciales de autoconstrucción en la planificación urbana así como la división en secciones ya aplicada a otras partes de la ciudad. Así sería posible administrativamente proporcionar también un mínimo de servicios urbanos, como drenaje y electricidad, a la población flotante de las zonas de autoconstrucción. Además sería posible proveer algo para que adquirieran materiales de construcción que fueran al mismo tiempo de mejor calidad y más baratos que los que suelen serles accesibles por canales exclusivamente privados, a veces también monopolizados.

Combinando todas o algunas de esas medidas oficiales para aumentar la seguridad de la tenencia y reducir el costo de la construcción y el mantenimiento para la población urbana que se ve obligada a vivir en autoconstrucciones se crearía una base sustancialmente mayor para la participación comunal de esa población en cuestiones de su propio interés inmediato así como en otras de mayor entidad social y política. Con un costo relativamente bajo, esas medidas permitirían la duplicación sustancial de las circunstancias sociales, si no materiales, de barriadas nuevas bien logradas, como la "23 de Enero" en Caracas y la "José María Caro" en Santiago, esta última, entre paréntesis, con una proporción sustancial de viviendas auto-

<sup>56</sup> Así el *Self-Help Housing Guide* del Inter-American Housing and Planning Center de la Unión Panamericana en Washington comunica precios de bienes raíces que llegan hasta 57%, 40% y 35% del costo total del programa habitacional de ayuda mutua y autoconstrucción subvencionada en Colombia, Nicaragua y Costa Rica, con 33% para terrenos sin la menor urbanización en Nicaragua (pp. 5, 29). Marshall Wolfe atribuye estos costos, en gran parte, a la especulación en su obra *Las clases medias en Centroamérica: características que presentan en la actualidad y requisitos para su desarrollo*, Naciones Unidas, E/CN.12/CCE/176/Rev. 2/1960, p. 1.



construidas en terrenos subdivididos y adjudicados por el municipio. Además, estas medidas permitirían la organización de cooperativas para la construcción y el mantenimiento de viviendas, basadas en la participación comunal en el proceso de planeamiento y construcción y que manejarían poblaciones sustanciales de viviendas autoconstruidas.

Otro estímulo, más ambicioso, para esa participación y organización comunal sería la creación de un organismo oficial que pusiera en marcha la construcción de viviendas autoconstruidas o semiautoconstruidas. Ese organismo proporcionaría los recursos financieros que ahora dedica a los programas de construcción de viviendas, pero en lugar de canalizarlos por medio de contratistas privados que contratan mano de obra del modo acostumbrado y se quedan con una parte de los fondos del programa —e incluso en lugar de hacer que el organismo oficial reemplace a los contratistas privados y asuma las funciones de contratación y empleo—, el organismo asumiría la responsabilidad de planear el programa, suministrar los materiales, proporcionar los servicios de arquitecto y contratista y después emplear a miembros de la población flotante en las construcciones programadas, recompensándolos no con salarios sino con derechos a una de las viviendas terminadas cuando llevaran cierto número de horas de trabajo dedicadas a su construcción.

Estos programas de viviendas autoconstruidas no deben empero confundirse con los proyectos llamados de autoconstrucción de viviendas y de construcción de ayuda mutua auxiliada estudiadas en Centroamérica sobre todo, pero también en Sudamérica, por la Unión Panamericana en su *Self-Help Housing Guide* (Guía para la construcción de viviendas con ayuda propia),<sup>57</sup> con frecuencia financiados por el Banco Internacional del Desarrollo de Washington. Una ojeada a la pormenorización de los costos que presenta esta *Guía* nos muestra que esos programas sólo de nombre, y no de hecho, son de autoconstrucción. Así por ejemplo, el costo atribuido de mano de obra de los obreros participantes que serán los propietarios después es aproximadamente de 11 o 12 por ciento en la mayoría de los programas estudiados, y de 4% en uno guatemalteco. Esto hace del vocablo "autoconstruido" una burla cruel. Cruel porque resulta en esa pormenorización de costos que mientras la mano de obra contribuye poco más de 10% del costo de la casa, el terreno que los subsiguientes propietarios deben comprar y han mejorado y los gastos de administración y gestión que deben pagar contribuyen 50% del costo de la casa; y otro 40% es para los materiales de construcción y el trabajo de los profesionales. Habiendo tomado nota antes de los elevados precios del terreno, podemos ob-

<sup>57</sup> Véase *Self-Help Housing Guide*. Los datos siguientes son de esta *Guía*, y el autor de estas notas los recogió y combinó en una sola tabla que abarca la docena más o menos de programas en ella examinados. Este procedimiento, que los autores de la *Guía* no quisieron adoptar, permite obtener el cuadro general arriba expuesto, que no se desprende muy claramente de la presentación (como hace la *Guía*) de los costos solamente para cada programa tomado individual y separadamente.

servar que los costos de administración y gestión representaban 25% del total en Guatemala y 50% y más del total en Panamá. Si a estas observaciones añadimos que el costo total de las casas es con harta frecuencia de más de 2 000 dólares norteamericanos, y a veces pasa de 3 000, poca duda puede caber de que esa *Guía* supuestamente de ayuda mutua y con ayuda propia es apenas otra cosa que una gran treta para la ayuda mutua de los especuladores en bienes raíces, los fraccionadores, los contratistas de obras y los burócratas.

Para evitar la repetición de estas cosas y disponer la creación de programas de viviendas verdaderamente de ayuda mutua y autoconstrucción se hacen las siguientes recomendaciones: construir casas mucho más baratas para devengadores de ingresos mucho más bajos; reducir el tiempo de construcción, de año y medio, común a los programas arriba examinados, a un máximo de medio año, y si es posible menos. Para conseguir este y otros fines, construir para personas que se hallen sobre todo en el sector terciario sin empleo o que trabajan por su cuenta, que tienen más flexibilidad para disponer de su tiempo y residencia que los obreros y empleados, y contar sobre todo para el trabajo con esta clase de personas. En la medida en que sea posible, proporcionar a los participantes residencia en el lugar donde se está construyendo, sea en jacales o casetas temporales, sea diseñando las casas de modo que se puedan ir construyendo y ocupando por etapas, pieza por pieza. Con tal fin, a su vez, introducir un máximo de estandarización de los elementos de construcción compatible con la construcción por los futuros moradores más que por profesionales. Combinar las facetas de la edificación de esos programas con la distribución de alimentos, como el programa Alimentos para la Paz, y con algún otro programa de mejoramiento de la comunidad urbana, como los centros sociales, donde las circunstancias lo exijan. Naturalmente, no es necesario decir que estas recomendaciones y los mismos programas de autoconstrucción con ayuda oficial no pueden dar resultado si no es políticamente posible eliminar de ellos a los especuladores, políticos y otros individuos interesados en la perpetuación y prolongación de la situación examinada y aun recomendada como *Guía* por la OEA y su Unión Panamericana. Tal vez no sea sorprendente, dadas las diferencias políticas entre este país y algunos otros de Latinoamérica, que Chile parezca el país que más ha logrado en este sentido; como lo muestran las mismas descomposiciones de costos de la Unión Panamericana, es en Chile donde la proporción de costos de tierra y administración, aunque todavía alta, se distingue de inmediato por ser la más baja entre todos los países examinados con programas supuestamente de ayuda mutua con autoconstrucción subvencionada.

La experiencia de Caracas sugiere que cualquiera de estos modos oficiales de enfocar el problema de la vivienda de la población flotante puede estimular sustancial conciencia social y política y una acción común consistente en poblaciones por lo demás muy negligentes. Además, y esto es muy



significativo, puede hacerse sin crear una relación paternalista y/o de dependencia entre el gobierno u organismo oficial y la población participante. Por el contrario, la experiencia de Caracas y hasta cierto punto la de Santiago de Chile indican que al permitir a esa población el acceso a un mínimo de seguridad en la tenencia residencial puede llegarse a crear entre ellos un sano sentido de responsabilidad social y de independencia política que se traduzca en una participación comunal mucho mayor en muchas organizaciones voluntarias independientes para la gestión cooperativa y la preocupación por la vivienda, la vecindad y otros intereses cívicos, y un sano, aunque a veces distante, respeto mutuo entre ellos y el gobierno, con su organismo dedicado al problema de la vivienda. Sumamente sintomático de este sentido de responsabilidad cívica e independencia política es la amplitud de la autopolicía del conjunto habitacional "23 de Enero" en Caracas y la renuencia de la policía citadina a intervenir en los asuntos internos de esa comunidad urbana. Quizá más importante que sus implicaciones inmediatas para el problema de la vivienda y los problemas de vecindad de la población flotante es la estimulación de la acción organizada comunal y política debida a estas medidas, que puede ser la base de una participación más efectiva de esta población en otros asuntos de interés para el progreso y la bienandanza de la nación. De este modo, "los habitantes de las *poblaciones callampas* han tomado con frecuencia la iniciativa de organizarse para mejorar sus condiciones de vida y manejar sus asuntos locales, y a veces han llegado a ser verdaderas organizaciones políticas".<sup>58</sup>

<sup>58</sup> Philip M. Hauser, ed., *La urbanización en América Latina*, p. 57.

## MÉXICO: LAS CARAS DE JANO DE LA REVOLUCIÓN BURGUESA DEL SIGLO XX\*

En México, la ruptura revolucionaria con el feudalismo y el imperialismo, heredados del siglo XIX, principió en 1910 y se realizó a costa de un millón de vidas. Muchos frutos políticos, económicos y sociales de la Revolución Mexicana tardaron en madurar; otros se recogerán sólo en el futuro. Desde el punto de vista de Estados Unidos, México resultaba el peor ejemplo para el resto de Latinoamérica; de ahí que intervinieran primero en el orden económico y diplomático; luego, en el militar al invadir Veracruz; más tarde, como en 1917, etiquetaron al gobierno mexicano como "bolchevique". Por su parte, Latinoamérica, acosada por la alianza del feudalismo con el imperialismo, veía a la Revolución Mexicana como estrella conductora y ejemplo brillante. Las cosas han cambiado. Hoy día Estados Unidos colma de elogios a México al presentarlo como ejemplo de "progreso económico con estabilidad política"; en consecuencia, el presidente Kennedy pide al gobierno mexicano que convierta al país en el piloto de la Alianza para el Progreso. Mientras, la América Latina pone los ojos en Cuba y se pregunta si el ejemplo de la cincuentona Revolución Mexicana es aún válido. Es oportuno, entonces, examinar las lecciones que contiene para Latinoamérica y para el mundo la experiencia mexicana.

La Revolución Mexicana produjo un tremendo escape de la energía popular que, después de la lucha armada, derivó hacia la construcción de una nueva sociedad. La destrucción del feudalismo cambió radicalmente las relaciones sociales. El acceso del campesino a la dignidad humana, comparado, por ejemplo, con las condiciones de servidumbre que todavía persisten en Guatemala y el Perú, es quizás el logro más importante de la revolución. Esa energía se encauza también hacia una mejor salubridad (desde 1910 la tasa de mortalidad descendió dos terceras partes) y se transforma en un notable incremento de trabajo, de la educación (el número de analfabetos se redujo a la mitad) y de la pericia práctica que, a la vez, en particular desde 1940, produjo el notable crecimiento económico de México. Sólo una sociedad posfeudal o no feudal permite y produce tal reforma agraria (se crearon millones de pequeñas propiedades), caminos (septuplicados desde 1940, de modo que en la actualidad casi la mitad de las mercancías se trasladan en camión y casi todos los pasajeros en autobús), irrigación (aumentó once veces desde 1940, de modo que hoy la tercera parte de la tierra cultivable es de riego), urbanización

\* Este artículo apareció en *Monthly Review*, noviembre de 1962 y en *Política*, México, 15 de mayo de 1963. Para una autocrítica, véase cap. 23.



(cerca del 50%), industrialización (de 1940 a 1959 aumentó 3.6 veces), producción agrícola (aumentó 3.4 de 1940 a 1959); y, pese a uno de los índices más elevados de crecimiento demográfico, el producto nacional bruto por persona se duplicó de 150 a 300 dólares al año. Según Rostow, México entró en el umbral del crecimiento económico autosuficiente. Sin duda, los índices anuales de desarrollo de la producción agrícola como industrial durante los años de posguerra, colocan a México entre los primeros seis países del mundo.\*

Pero la Revolución Mexicana tiene otra cara. El brutal índice de mortalidad de 12.5 permanece más alto que en Bolivia o el Perú, la mortalidad infantil de 81 por mil es mayor que en Argentina. La proporción de médicos por habitante (1 para 2 200) es inferior a la de Chile y no llega a la mitad de la de Argentina. El 43% analfabeta que persistía en 1950 difícilmente se compara con el 19% de Chile y el 13% de la Argentina. La mano de obra dedicada a la industria permanece en 12%; el ingreso de 300 dólares por persona coloca a México detrás de Chile, Argentina, Uruguay y Cuba, para no hablar de la rica Venezuela petrolera. Después de la redistribución de tierras en gran escala, más de un millón de jefes de familia campesinos continuaron sin tierra propia; con el crecimiento de la población desde 1950 el número debe llegar a casi dos millones dentro de un total de quizá cuatro millones. Según la FAO la dieta mexicana promedio tiene un déficit de calorías de -24.4; y las condiciones económicas de los tres millones de indígenas en una población actual superior a 30 millones son tan malas o aun peores que las que sufrían sus más pobres ancestros prehispánicos hace cuatro siglos y medio. Por grande que sea el cambio social, los beneficios económicos de la Revolución Mexicana no alcanzan o se rehúsan a grandes sectores de la población; cerca del 50% recibe hoy sólo el 15% del ingreso nacional; y se calcula (aunque es discutible) que sólo un 1% de la población dispone del 66% del ingreso monetario. Aún más: la desigualdad en la distribución del ingreso crece, no decrece.

Así como la riqueza y la elegancia de las zonas residenciales de la ciudad de México deslumbran al visitante, y la industria pesada de Monterrey se asemeja a la de Pittsburgh, así deprime el amplio cinturón de miseria de la ciudad de México y anonada la miseria rural de Tlaxcala y de Chiapas. Salta la pregunta: ¿los 50 años de Revolución Mexicana en realidad son un éxito o un fracaso?

Comparado con la experiencia de sus vecinos más cercanos, en particular los de Centroamérica, la Sudamérica andina y el Caribe, el México del siglo xx emerge como triunfo evidente, aún más si se considera que tales países apenas se preparan para romper en esta década las cadenas que los aherrojan.

Pero, ¿la Revolución Mexicana debe ser vista como fracaso que deben evitar? El progreso económico de Europa occidental es muy superior y sus

\* Al final se hallará una nota acerca de las fuentes.

beneficios se distribuyen con más amplitud en la sociedad. Algunos países pequeños y por naturaleza mal dotados eliminaron del todo la miseria. Es cierto que Europa occidental dedicó, en general, más tiempo a la tarea que México; pero el reciente cambio adverso en la distribución del ingreso en el futuro previsible. También se plantea la comparación con el socialismo. La Unión Soviética, con su revolución posterior a la mexicana, rompió todos los promedios anteriores de crecimiento económico, y tanto más si se incluye el periodo de diez años de la segunda Guerra Mundial y la reconstrucción. Sería forzar demasiado la comparación equiparar la experiencia industrial de Rusia con la de México; pero la URSS eliminó el analfabetismo y desafía, y en muchos aspectos sobrepasa, a Estados Unidos en educación técnica y superior, al dar las mismas oportunidades a sus nacionalidades como a los campesinos de lenguas no rusas y a los pueblos nómadas. Pese a todas las dificultades en la agricultura, la URSS alcanza niveles semejantes en la nutrición, la salud y la medicina. Un caso más reciente: el crecimiento industrial de China en la pasada década, así como sus índices de producción agrícola, eran superiores a los de México en 1950. Y ahora Cuba eliminó el 30% de los analfabetas en sólo un año y casi duplicó el reclutamiento escolar en sólo dos años después de la revolución. Estas comparaciones no pueden evitarse.

Detrás de la doble cara de Jano de la Revolución Mexicana hay una cabeza única en un organismo por ahora en desarrollo y delicadamente equilibrado. Para entender la lección mexicana en relación a Latinoamérica y el mundo, se debe tratar de profundizar en el desarrollo, la operación actual y la perspectiva futura del organismo revolucionario de México.

La historia de México parece dividirse, convenientemente, en los siguientes periodos: 1] cuatro siglos desde la Conquista hasta 1910; 2] cerca de 15 años de revolución violenta, contrarrevolución y reconstrucción, simbolizados por Madero, Huerta y Carranza; 3] 15 años de reforma efectuada por los presidentes Calles y Cárdenas; 4] 15 años, a partir de 1940, del inicio de la industrialización y el crecimiento del poderío burgués, simbolizados por el presidente Alemán, y 5] la actual consolidación del "sistema mexicano" bajo la dirección burguesa y la presidencia de López Mateos.

Durante la Conquista, los españoles encontraron un imperio azteca con 150 años de vida en el centro de México, la supervivencia de la cultura maya en el sur y en Yucatán, y tribus indígenas dispersas seminómadas en el norte, incluyendo el actual sureste de Estados Unidos. Los españoles pronto colonizaron el populoso centro, destruyeron el sistema social existente, explotaron el trabajo y la tierra de los indígenas, cuya población se redujo a la mitad. La árida, despoblada y tribal región del norte se colonizó de modo gradual y disperso, a medida que lo exigía la expansión de las haciendas ganaderas y la minería. La diferencia del norte con los



populosos centro y sur domina, como se verá adelante, la experiencia social y económica de México en los últimos 20 años.

En 1810 se rebelaron los campesinos mexicanos bajo la dirección del cura Hidalgo. Sin apoyo de movimientos campesinos en otros lugares de la América Latina, donde los campesinos permanecieron, en el mejor caso, pasivos y, con frecuencia, apoyaron a la corona española, sin solidaridad de los criollos latinoamericanos, la rebelión no llegó a nada. México y otras colonias españolas de América sólo alcanzaron la independencia cuando los criollos terratenientes y en particular comerciantes retomaron por su cuenta la lucha. De nuevo, a partir de 1850, bajo la dirección del indio Benito Juárez, los mexicanos intentaron reformar su estructura feudal. Pero después de la intervención francesa y durante el reinado de 30 años de Porfirio Díaz, el peonaje volvió a cobrar plena fuerza y la concentración de la tierra fue peor que nunca. Al mismo tiempo, el capital extranjero, en lo fundamental norteamericano, penetró al país en condiciones tan favorables que no tardó en sobrepasar 400 millones de dólares, concentrados en la tierra, la minería y el sistema de transporte requerido para embarcar los productos al exterior.

La Revolución Mexicana fue resultante de la alianza entre la burguesía, representada por Madero, y los campesinos, encabezados por Emiliano Zapata y Pancho Villa. Se enfrentaron al enemigo común, el orden feudal y sus cimientos: la Iglesia, el ejército y el capital extranjero. Pero sus metas difirieron inevitablemente; la burguesía buscaba liberarse de las ataduras domésticas y extranjeras, aflojar la estructura económica; el campesinado quería tierra. Aunque Zapata continuó presionando en favor de los intereses campesinos hasta su asesinato en 1919, la dirección real de la revolución nunca salió de las manos de la burguesía, excepto en el periodo de la reacción huertista y la intervención norteamericana. (Aun en la elección presidencial de 1958, sólo votó el 23% de la población.) La eliminación del sistema social feudal fue, por supuesto, tan benéfica para la burguesía emergente como para los campesinos. La educación se hizo laica y se acentuó la separación entre la Iglesia y el Estado. Pero el acceso al poder del campesinado nunca se planteó.

Ninguno de los primeros presidentes fue radical en cualquier sentido del término, ni hubiera podido serlo y conservar su posición. A mediados de los veinte, durante la administración del presidente Calles, comenzó el programa de obras públicas y, en menor escala, el de irrigación, en los que se funda gran parte del subsecuente desarrollo económico en México. Entonces también se redactaron las leyes, consecuentes con el artículo 27 de la relativamente avanzada Constitución de 1917, que guiaron la reforma agraria hasta los cuarentas.

Este artículo estipula la expropiación de las tierras de propiedad privada y su distribución entre los poblados y comunidades agrarias cuya dotación de terreno es insuficiente para sus necesidades, "respetando siempre la pe-

queña propiedad". Sobresalen dos interpretaciones legales de tal prescripción: las tierras a distribuir entre comunidades se tomarían de propiedades privadas que excedan cierta medida en un radio de siete kilómetros respecto de las comunidades; y una proporción de tierras privadas se expropiarían en relación al incremento en el valor de la tierra debido a obras de riego u otras mejoras realizadas por el Estado, impidiendo que grandes terratenientes resultasen favorecidos con las inversiones públicas.

En el extranjero quizá se conozca mejor la administración de Cárdenas (1934-40), por la expropiación de las empresas petroleras, medida también prevista por el artículo 27. Pero en lo doméstico es aún más importante el hecho de que la administración de Cárdenas expropió y redistribuyó más tierra que todas las administraciones anteriores y posteriores juntas. En acato a la Constitución y a las leyes de la administración de Calles, las tierras se tomaron de los terrenos que rodeaban las haciendas particulares y fueron cedidas comunalmente como ejidos para ser trabajadas en algunos casos en forma colectiva y, en la mayoría, de modo individual. Se estableció el Banco Ejidal para otorgar crédito agrícola a los nuevos propietarios. Sin embargo, la irrigación y otras inversiones de capital no se suministraron al parejo. En retrospectiva queda claro que, pese a sus buenos sentimientos, Cárdenas, como cabeza de un gobierno burgués, no proveyó al campesino agrícola con los recursos indispensables para saltar de la dependencia hacia el desarrollo autosuficiente.

De un cuidadoso estudio de la región del Bajío en el centro de México, realizado una década después de Cárdenas, surgen los siguientes datos, no poco significativos para México en su totalidad, acerca de la relativa dotación de recursos a los ejidos y la pequeña propiedad agrícola. (Se volverá a discutir la agricultura en gran escala al tratar el periodo de posguerra.) Los ejidatarios tienen menos tierras que la propiedad privada agrícola (3.8 contra 16.5 hectáreas por persona); menos tierra de primera y más de tercera calidad; menos educación (el 10% de los niños en edad escolar asiste a la escuela primaria, contra el 50% de los hijos de propietarios); mayor necesidad de trabajo familiar y femenino; la mujer colabora más en las tareas de cultivo y menos en las administrativas; menor dependencia de mano de obra ajena y asalariados; mayor desempleo (85% del total); menos inversión en irrigación (la propiedad privada agrícola posee 35% más de riego y usa 65% más de agua); menor capital (40% de la cantidad de que disponen los propietarios, aunque hay tres veces más ejidatarios); dependencia casi exclusiva del crédito público y carencia de crédito privado, mientras la propiedad privada agrícola tiene acceso a sumas mucho mayores de crédito privado.

Con tal desventaja, no extraña que muchos ejidatarios sean incapaces de lograr una forma de vivir digna. En realidad, en varios aspectos la situación es todavía peor que la descrita, y parece que la estructura política y económica emanada de la revolución nunca estuvo ni está proyectada para



permitir que la amplia masa campesina participe de sus frutos económicos. Debemos recordar que más de un millón —ahora se acercan a los dos millones— de jefes de familias campesinas permanecen todavía sin tierra.

El crédito público para la agricultura no cubre más de la tercera parte del crédito agrícola total, y casi la mitad no la proporciona el Banco Ejidal sino el Banco Agrícola, que presta a los grandes terratenientes. Oscar Lewis cita esta declaración del director de investigaciones del Banco Ejidal:

Prestamos a cerca de un tercio de todos los ejidatarios; los que tienen las tierras mejores y más ricas. Preferimos deudores que posean tierra fértil y en especial de riego. No tenemos bastante dinero para prestar a agricultores que viven al día, la mayoría de los cuales cultiva las tierras más pobres.

Pero el crédito privado llega aún menos al ejidatario, y gran parte, como los 2 500 millones de pesos que presta anualmente a los cultivadores de algodón la empresa norteamericana Anderson and Clayton (en comparación con los 1 500 millones de pesos que el Banco Ejidal presta a los ejidatarios en conjunto), se destina a ciertos fines especiales.

Por falta de capital para trabajar, muchos ejidatarios se vieron obligados a alquilar sus tierras, recientemente ganadas, a terratenientes que disponen de capital y volver a trabajar para estos capitalistas del campo como trabajadores asalariados en su *propia* tierra. Otros ejidatarios y campesinos sin tierra, es bien sabido, se ven forzados a emigrar anualmente por centenares de miles a Estados Unidos, para trabajar como *braceros*; o emigrar en busca de trabajo a los cada vez más populosos cinturones de miseria de las ciudades.

¿Cómo, preguntáramos, consiguió México los aumentos de producción agrícola e industrial antes citados, si ahora resulta que la situación económica del grueso de su población mejora tan poco? Buena parte de la respuesta surge de los datos recopilados por Paul Lamartine Yates en su importante estudio acerca del desarrollo económico regional de México. Al expirar el término de Cárdenas en la presidencia, en particular con el ascenso al poder de Miguel Alemán entre 1946 y 1952, la masa de la inversión se hizo en el norte y en el Distrito Federal. Como se indicó, los siete estados norteros por tradición están menos poblados que el total del país, la densidad de su población es baja y la proporción de mano de obra dedicada a la agricultura resulta menor que en el centro del país.

Mientras la inversión por persona permaneció muy por debajo de mil pesos en el periodo de 1946-55 en los diez estados menos favorecidos subió a más de 5 mil pesos en los siete estados norteros y el D. F. La diferencia de los fondos dedicados a irrigación entre el norte y el resto del país es todavía más asombrosa: el 60% de la inversión en riego de 1947 a 1958 se destinó sólo a tres estados: Baja California Norte, Sonora y Tamaulipas. Como resultado, en buena parte el aumento del área cultivada

se concentra también en el relativamente menos poblado norte. La misma zona absorbió también el incremento principal del crédito agrícola y virtualmente todo el equipo agrícola mecanizado (el número de tractores aumentó de 4 620 en 1940 a 55 mil en 1955) no dedicado a la producción de azúcar, otra producción comercial propia del sur. Ni un tractor se empleó en los millones de pequeños ejidos en 1950. No sorprende que la producción agrícola (aunque no el ingreso) subiese en el norte a promedios por estado de 12 mil, 20 mil y aun 34 mil pesos por trabajador agrícola en 1960, mientras que en los estados más viejos quedó en niveles de 2 mil y 3 mil pesos.

Este crecimiento en la producción agrícola, no obstante, se concentró en cosechas industriales, principalmente algodón, cuya producción subió 309% entre 1939 y 1954, mientras que la de productos alimenticios aumentó sólo 113%. Además la mayoría de estas cosechas —algodón, legumbres, azúcar (centro y Yucatán), café (Chiapas) y ganado— se destinó para exportación al mercado norteamericano. Las ganancias de estas exportaciones agrícolas se utilizaron en diversas formas: algunas se reinvirtieron en la misma agricultura de exportación; otras se invirtieron en la industria; algunas se consumieron (adelante se tratará de nuevo la distribución de ingresos); y otros, desafortunadamente para México y para otros países exportadores de materias primas, se quedaron en el país importador, debido a la baja, en particular después de la guerra de Corea, de los precios de materias primas en relación a los productos industriales.

Las exigencias de la segunda Guerra Mundial dieron ímpetu a la expansión interior de la industria en México como en otras partes del mundo subdesarrollado. Alemán y sus sucesores siguieron promoviendo la industrialización, y las inversiones en industria y comercio se dirigieron también a los mismos ocho estados favorecidos, con particular concentración, por supuesto, en el Distrito Federal y Nuevo León, donde se hallan las ciudades de México y Monterrey. Los estados más viejos y populosos casi no fueron afectados y quedaron muy atrás. Buena parte de los fondos de inversión, y en particular de las necesarias divisas extranjeras, provinieron sin duda de las ganancias en exportaciones agrícolas, así como del rápido incremento del turismo en México, y del trabajo de los braceros en Estados Unidos. Pero simultáneamente, las inversiones directas norteamericanas que se deprimieron después de la nacionalización del petróleo, hasta 267 millones de dólares en 1939, emprendieron de nuevo un rápido ascenso y ahora sobrepasan la cifra de mil millones de dólares, o sea cerca de la décima parte de la inversión total de Estados Unidos en Hispanoamérica. Esta inversión norteamericana se aparta relativamente del capital de empresas clasificadas como "carga social" (servicios públicos) y se dedica a la manufactura y al comercio, de manera que en 1953, de las 31 compañías con ingreso bruto anual mayor de 10 millones de pesos, 19 eran propiedad o las dominaba Estados Unidos, 5 se hallaban en manos del gobierno mexicano, y sólo



7 eran empresas privadas nacionales. Además, como los certificados de propiedad (acciones) de las empresas mexicanas son al portador y no nominativas, y como estos valores, una vez emitidos, tienden a gravitar en las mismas manos que concentran el capital, no siempre resulta fácil determinar a quién corresponde la propiedad ni el dominio. Por tanto, el dominio que tiene hoy Estados Unidos en la industria mexicana se acerca al 50%. Con estos antecedentes, no sorprende oír lo que dice la Cámara Mexicana de Industria:

El poder económico de estas grandes empresas extranjeras constituye una seria amenaza a la integridad de la nación y a la libertad del país para planear su propio desarrollo económico.

Asimismo, en la agricultura mexicana el capital norteamericano representa un papel de importancia. Aunque los norteamericanos ya no poseen grandes extensiones de terreno, como sucede en la América Central, el monopolio norteamericano del algodón, Anderson and Clayton, como se dijo, distribuye unos 200 millones de dólares en crédito para la producción de algodón, desde la siembra al embarque. En esta forma determina efectivamente el comprador y el precio del algodón e impide que México disponga gran parte de su cosecha de algodón donde y cuando quiera. Y lo peor, como se verá adelante, es que este procedimiento contribuye a mantener en grandes porciones del norte el monocultivo y la economía de plantación con mano de obra asalariada. Con mucha razón, "los mexicanos empiezan a preguntarse si no están regresando a los tiempos de Porfirio Díaz".

Los efectos relativos de los acontecimientos posteriores a la segunda Guerra Mundial en el sur y en el norte de México ya han rebasado la exposición que antecede. Quedan acaso mejor resumidos en los índices de bienestar social que se presentan en la tabla de las páginas 276 y 277

Pero muchos detalles de la nueva distribución de recursos e ingresos quedan ocultos tras de los promedios regionales a los cuales se limita necesariamente la tabla. Una exposición más extensa requeriría ahondar en la organización del poder político y económico y en cómo se ha desarrollado desde los días de Cárdenas. Cuando Alemán lanzó su campaña de irrigación e industrialización en gran escala, introdujo también algunos cambios jurídicos. Recuérdense los dos preceptos del artículo 27 de la Constitución, citados al hablar de las administraciones de los presidentes Calles y Cárdenas. Estos preceptos, referentes a la distribución de tierra como ejidos contiguos a las comunidades que debían recibirlos y condicionando la expropiación al respeto de la pequeña propiedad, adquirieron bajo la dirección de Alemán un sentido por entero contrario al que antes se les diera; contrario también, podría suponerse, al que pretendían los forjadores de la Constitución.

Acerca del primer precepto, debe recordarse que los estados del norte están poco poblados y comprenden vastas áreas donde no hay comunida-

des establecidas. Cuando las tierras de estas regiones se abrieron al cultivo gracias a la irrigación, se interpretó el artículo 27 en el sentido de que excluía, o por lo menos no exigía, su distribución como tierras ejidales. Al mismo tiempo, el precepto constitucional que mandaba respetar la "pequeña propiedad" se interpretaba ahora, de acuerdo con una Ley de Inafectabilidad, en el sentido de que no estaban sujetos a expropiación los predios de 100 hectáreas de riego, 150 hectáreas de temporal y extensiones mayores de pastos. De acuerdo con eso, en el norte los propietarios privados de grandes predios con valor relativamente bajo, al enterarse de los proyectos de irrigación que iba a realizar el Estado en estas regiones, se apresuraron a "vender" sus propiedades, en fracciones iguales al mínimo inafectable, a todos los miembros disponibles de su familia (o amigos de confianza). El resultado fue doble: no sólo retuvieron el control efectivo de gran parte de sus tierras —por ejemplo, el hijo de un general revolucionario y ex-presidente, gobernador él mismo de un estado del norte (Álvaro Obregón, Jr.), es dueño de tres mil hectáreas de riego en tres estados—, sino que también aprovecharon el beneficio del siempre grande y a veces astronómico aumento en su valor debido a las obras de irrigación financiadas por el Estado. De esa manera anulaban la letra y el espíritu de la antigua ley callista que pretendía canalizar los beneficios de la irrigación proporcionada por el Estado al público en general. Al contrario, según la modificación de Alemán, ¡sus tierras se habían convertido en inalienables! La determinación legal de las propiedades para contrarrestar el aumento en el valor de las tierras no se toma en cuenta casi nunca. De este modo, según el censo de 1950, mientras los ejidos aumentaron en un 21%, y las pequeñas propiedades 20%, los latifundios subieron 48%, y la proporción de predios mayores de 5 hectáreas en el total de tierras cultivadas del 39% al 43%. Pero la verdadera extensión que corresponde en forma efectiva a los latifundios es, sin duda, mayor y desconocida, porque la clasificación del censo no distingue de modo adecuado las propiedades separadas real o ficticiamente. El asunto parece complicarse más por los terrenos de pastizal dedicados a la ganadería, que se oculta a cualquier inspección si nos referimos a valores y su espectacular incremento, no sólo a la extensión.

Los acontecimientos expuestos, que se refieren a los años de posguerra, causan inevitable efecto en la estructura política, social y económica de la sociedad y en la vida de las personas afectadas. Engendran el crecimiento de una agricultura neolatifundista, no organizada ya bajo el sistema feudal de la hacienda, que empleaba peones para producir lo necesario para el consumo local, sino en forma de plantaciones modernas, administradas como empresas capitalistas por propietarios que residen en las ciudades (ausentistas), emplean mano de obra asalariada y producen cosechas industriales y a veces monoproductos para exportación.

De esa manera, los estados del norte se convirtieron en imanes para los ejidatarios o los campesinos sin tierra que pueblan el centro y el sur. Este







movimiento contribuye en parte a enderezar la balanza de distribución de los ingresos, pues los obreros agrícolas del norte están económicamente algo mejor que sus compañeros, ejidatarios o sin tierras, del sur. Aunque el índice tabular de bienestar social referido a regiones lleva probablemente a una gran exageración de las ventajas del norte, si se entiende no como diferencia regional sino personal entre el agricultor del norte y el del sur, pues la cifra regional está probablemente muy abultada también por la diferencia de ingresos entre el burgués y el campesino. Una visita al norte ofrece la impresión de que grandes masas de sus habitantes no participan de su prosperidad.

Los nuevos dueños de predios particulares, grandes y pequeños, y algunos de los antiguos también, son o se están convirtiendo en burgueses en el más extenso sentido de la palabra. Entre ellos, aun los más pequeños propietarios, si tienen algo de capital, cuentan con posición en ingresos que les permiten un estilo de vida de clase media (burguesía media), y con frecuencia residir en ciudades. Sus negocios agrícolas les producen a menudo un ingreso satisfactorio, del cual disponen a veces para invertirlo realmente en México y otras en el extranjero; en ocasiones construyen propiedades urbanas o especulan con ellas o importan artículos de lujo. Y tienen poder, económico y político. Ellos y sus hermanos industriales, comerciantes y a veces profesionales, son en esencia los dueños y administradores del Estado.

Desde el régimen de Alemán, pudieron, como se vio en parte, usar esa situación para enriquecerse sin contar con base firme. Pero hasta ahora no manifiestan interés en elevar tras ellos a los campesinos. Por eso no extraña que, según el reciente estudio sobre la distribución del ingreso de la señora Navarrete, la proporción del ingreso nacional total que corresponde al 20% de familias más ricas suba desde 59.8% en 1950 a 61.4% en 1957, mientras las del 50% más pobre baje de 18.1% a 15.6%.

Queda por investigar cómo trabaja ahora el "Sistema Mexicano" bajo la administración del presidente López Mateos y cuáles son sus perspectivas futuras. México es una pirámide social y económica, con una pirámide política dentro. En el fondo están los indígenas, que permanecen donde siempre han estado. En la siguiente capa se encuentran los campesinos sin tierra y los trabajadores urbanos desempleados o que trabajan sólo ocasionalmente. Estos últimos, especialmente, constituyen un verdadero lumpenproletariado, desposeídos por la economía rural y no absorbidos por la economía urbana, viviendo al margen de la sociedad, aislados y alienados de ella, de sus semejantes y con frecuencia de sí mismos. Después vienen los ejidatarios y los pequeños propietarios (minifundistas), que por su escasez de recursos trabajan la tierra personalmente. Aunque económicamente estén más seguros, socialmente se encuentran a veces aun por debajo de la población urbana marginada, acaso porque para esta última son más las *oportunidades* de movilidad social, en el sentido riguroso del término, en especial, los sindicatos, que en México, como en muchas partes de la Amé-

rica Latina, Asia y África, integran en la actualidad una especie de "aristocracia del proletariado". La capa siguiente puede llamarse la de la clase media o pequeña burguesía. Comprende gran variedad de actividades económicas —pequeños agricultores, profesionistas, comerciantes, empleados burócratas y trabajadores de cuello blanco, políticos menores—, pero permite dentro de sí gran movilidad lateral de una ocupación a otra. Su rasgo distintivo en México es el uso de anteojos oscuros, como en Europa occidental es el portafolio, a pesar de que haya oscuridad o de que sólo tengan que llevar unos cuantos papeles. Este rasgo distintivo es un contrapeso al ingreso a veces más elevado que perciben los obreros que se hallan debajo de ellos. La clase de la gran burguesía, a la que pertenecen los principales manipuladores y beneficiarios del sistema, incluye a los grandes terratenientes, los directores efectivos de los aparatos financiero, comercial, industrial, profesional, gubernamental y militar y, como *nobleza obliga*, algunos intelectuales. La base económica viable de la más aristocrática clase alta fue destruida por la revolución; pero muchos de sus miembros y su riqueza subsisten. Invirtieron su dinero en las finanzas, el comercio, la industria y más tarde también en la agricultura; los ex-aristócratas se convirtieron en el núcleo de la nueva burguesía. Pronto sus filas se vieron acrecentadas por sus antiguos enemigos, los beneficiarios individuales de la misma revolución, entre ellos muchos políticos y generales (de la llamada "familia revolucionaria"). Su posición económica se consolidaba en la misma medida que su poder político —ejercido a través del PRI, el todopoderoso Partido Revolucionario Institucional—, mediante el cual maniobraron la vida política y de modo indirecto la economía durante la pasada generación. El PRI, no el mecanismo electoral, concede la presidencia y otros puestos políticos fundamentales (a sus fieles); la administración y control del PRI, a su vez no se extiende en forma alguna a la base de la pirámide social y económica.

Pero la pirámide mexicana no es estática; no se trata de un sistema de castas, como en lo sustancial, por ejemplo, prevalece en el Perú; hay movilidad. Hay medios económicos, políticos y sociales que ofrecen oportunidades —o, mejor dicho, alternativas—, a los que obran siguiendo las reglas del juego para subir a otro nivel más alto. Ahí está la emigración del centro y del sur hacia el norte, que significa no sólo un movimiento geográfico, sino también la mejora económica junto con cierto desprendimiento de las ligas de la comunidad y la participación en una sociedad más fluida.

Existe también la muy importante emigración rural-urbana, especialmente hacia la ciudad de México, que ha crecido desde 1.4 millones de habitantes y 7% de la población en 1940 a más de cuatro millones y el 13% actual. Claro que estas escalas no ofrecen la garantía de triunfo social o económico, pero aumentan las oportunidades estadísticas para quien se pone en movimiento. Existe movilidad en la aceptación o abandono de empleos de cuello blanco y en diverso tipo de especulación aprovechando los cabos



suelos de una economía en crecimiento. Y, naturalmente, existen la educación y el matrimonio "conveniente" para los que pueden realizarlos. Estos dos vehículos son quizá los más importantes para la movilidad individual social y económica; de hecho garantizan la movilidad a los hijos.

La movilidad social, sin embargo, es de individuo a individuo. A ciertos individuos se les permite, en realidad se les estimula, a "mejorarse" pero dentro del sistema y acatando sus reglas. De hecho, el "sistema" y el Partido (PRI) cooptan personas para engrosar sus filas, evitando que traten de hundir el barco. Acaso uno de los actos más simbólicos de tal método es la reciente invitación que el presidente López Mateos hizo a los siete ex-presidentes aún vivos, y su aceptación, para unirse al aparato administrativo en cargos semioficiales, semihonoríficos; medida adoptada para estabilizar la situación política de México "después de Cuba". Con procedimiento más pedestre se coopta y premia en el sistema de los negocios a los dirigentes obreros, apodados popularmente *charros*, para impedir que los sindicatos hagan zozobrar el barco.

Hasta jóvenes marxistas pueden esperar conseguir puestos de responsabilidad (bien remunerados) al cabo de años y convertirse en defensores del sistema. De hecho, al Partido Comunista Mexicano se le llama a veces la principal escuela para formar conservadores. Lo más importante es que la estructura social y su mitología dan a la clase media baja (pequeña burguesía), y aun a personas en la clase inferior, la sensación de que es posible ascender en parte con el sistema y en parte en el sistema.

Aunque se permite la movilidad de individuo a individuo, no se permite la movilidad de grupos. Si aparece alguna presión de grupo en cualquier punto del sistema político-económico, el primer paso, como se indica antes, es cooptar o reclutar a los dirigentes. Además, se pueden usar concesiones pequeñas o secundarias para abatir la presión y anular el empuje del viento en las velas del movimiento de que se trate. De ese modo, por ejemplo, el precio del maíz y la industria cinematográfica (!) reciben subsidios en la ciudad de México, algunos dicen que para ayudar a los pobres, otros que para desviar la inquietud popular. En igual forma, después de que se formó una presión popular suficiente, el presidente López Mateos creó hace poco algunos ejidos ganaderos en el norte; pero todavía no concede una sola hectárea de tierra de riego a un ejido. Si estas medidas no dan resultado, el gobierno recurre por último a la represión. Las huelgas o paros, en particular las que tienen connotaciones políticas, como las de los sindicatos más activos, la de los ferroviarios hace tres años y la de los maestros el año pasado, se tratan con máxima severidad; en particular desde que la vida política se animó y la guerra fría se introdujo en amplia escala después de la Revolución Cubana, los dirigentes obreros del ala izquierda y otros entran a la cárcel con más frecuencia. Para demostrar que nadie, no importa cuál sea su situación social, es inmune a tal destino, el pintor vivo más famoso de México, el internacionalmente notorio David Alfaro Si-

queiros, de 65 años, y su amigo, el conocido periodista Filomeno Mata, de 73 años, están encarcelados con sentencias de 8 años (!), acusados de incitar el paro de la Sección IX del sindicato de maestros, al cual ni siquiera pertenecen. El delito oficial se denomina "disolución social", cuyo significado ignoramos. Por otro lado, la influencia de la derecha, aun por parte de la Iglesia católica, a la que se cortaron las alas hace 100 años y de nuevo hace 50 años, crece y se consolida cada vez más.

De esa manera el sistema ofrece la gloria a ciertos individuos, "pan y circo", con frecuencia más circo que pan, a las masas: se supone que es bastante premio por repudiar a la dirección militante. De vez en cuando, si resulta necesario, se ofrecen algunas concesiones económicas, pero nunca políticas, y se recurre a la represión si lo demás falla. En general, el sistema parece que trabaja bien; dentro de los países de Latinoamérica, es significativo que México dedique sólo el 8% de su presupuesto nacional al ejército, en comparación con el 30% de Colombia y el 45% de Haití; sólo Costa Rica, donde predomina relativamente la clase media, gasta menos. Pero también es cierto que el sistema priva a la mayoría del pueblo mexicano de participación real en él y sus beneficios.

¿Cuáles son las perspectivas para el futuro? La industrialización, a pesar de su rapidez; la educación; el capitalismo en la agricultura; las obras públicas, y otras medidas de "modernización", no bastan hasta hoy para absorber realmente el aumento de población, mucho menos para elevar el nivel económico de la base campesina. Además, el gobierno actual redujo los gastos anuales de irrigación de Alemán a casi la mitad; y el espectacular incremento de 8-10% del producto nacional bruto de los años 50 declinó continuamente hasta un alarmante cero por ciento el año pasado. La actual organización económica y la estructura del poder político y económico de la burguesía, como el aumento relativo de la inversión privada sobre la pública en años recientes, dan suficientes razones para dudar de que la economía mexicana aporte en plazo breve mejor nivel de vida al grueso de la población. Desde luego, no promete los avances económicos y culturales que en este siglo, y en particular desde la segunda Guerra Mundial, experimentan los países socialistas. Pero, como se vio, el sistema no se duerme, como tampoco los de Guatemala, el Perú, Venezuela y Colombia, para no hablar de otras naciones de Hispanoamérica; hace ajustes aquí y allá. Así como en la economía procede por cooptación lo mismo hacen el sistema político y su partido político, aunque más acentuadamente. Nada parece posible trabajando fuera del PRI; todo lo posible sólo puede conseguirse al encuadrarse y trabajar con el PRI. El puesto de presidente es todopoderoso, no importa quién lo ocupe. Es algo más que un recurso literario o periodístico el que los mexicanos hayan transformado los nombres de sus presidentes en sustantivos y adjetivos que usan para referirse a sus administraciones, más bien épocas; y un ex-presidente no vale más que cualquier persona si no tiene ascendiente o influjo político sobre el que de



momento ocupa el cargo.

Por eso, aunque Cárdenas, animado al parecer por la Revolución Cubana, salió recientemente de su retiro político de 20 años para formar, con individuos más jóvenes, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) que tiene por objetivo movilizar y unificar la izquierda política mexicana, aceptó, no obstante, la invitación hecha a los ex-presidentes para unirse a la administración de López Mateos al lado de sus colegas, más conservadores. Nada tiene de extraño que la izquierda esté desunida, más bien fraccionada; y el nacimiento del MLN quizás exhibe mejor la urgencia de la unidad de la izquierda que el logro de tal unidad. Al mismo tiempo, la presente ola de represión gubernamental contra la izquierda no significa necesariamente una tendencia permanente hacia la derecha. A medida que Hispanoamérica, en su conjunto, se mueva hacia la izquierda en años venideros, la presión sobre México puede ser tan grande que la izquierda mexicana tenga otra vez su alternativa (ayudada por actos represivos de Estados Unidos con intención de oponerse a ello), pero todo dentro y mediante el PRI. Pablo González Casanova, director de la siempre progresista Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, y miembro prominente del MLN, sugiere: "Creemos que el general Lázaro Cárdenas ha indicado el camino debido: apoyar a la institución y organizar al pueblo."

Es fácil estar de acuerdo con esta opinión, pero: ¿organizar al pueblo para qué? ¿Sólo para arrebatar la dirección de su destino de manos de la burguesía y del PRI? Mientras el pueblo mexicano se "organiza", otros hispanoamericanos harán inevitablemente revoluciones mucho más radicales que la de México. Como sucedió con la Revolución Cubana, estas revoluciones ajenas agudizarán en forma inevitable los antagonismos de la izquierda con la derecha en el propio México. Cualquier avance moderado y de corto aliento que pueda conseguir la izquierda dentro del presente sistema montando en la ola de revoluciones sociales entre sus vecinos, sólo pospone el día en que la izquierda mexicana deba quebrantar radicalmente el poder de la burguesía y empezar a dirigir por cuenta propia el destino de México.

#### NOTA SOBRE LAS FUENTES

Este artículo se basa en parte en observación e investigación personal, en parte en material publicado. Además de los periódicos mexicanos y algunos órganos periodísticos de Estados Unidos, como *The New York Times* y *Time*, las principales fuentes consultadas son:

- González Casanova, Pablo, "México, el ciclo de una revolución agraria", *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, 1962.  
Castillo, Carlos Manuel, "La Economía agrícola en la región del Bajío", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VIII, n. 3-4, 1956.  
Lewis, Oscar, "México since Cárdenas", en *Social change in Latin America today: Its implications for United States Policy*. Vintage Books, Nueva York, 1961.  
Lamartine Yates, Paul, *El desarrollo regional de México*, Banco de México, 1961.

Quisiera agradecer a los organizadores de esta Mesa Redonda sobre *La democracia en México* el haberme invitado siendo extranjero, y deseo felicitar al doctor Pablo González Casanova por haber escrito un libro tan importante, no sólo para los mexicanos sino también para todos aquellos que se interesan en el desarrollo económico de los países subdesarrollados. Con su libro, el doctor González Casanova se suma a tan destacados autores como lo son Celso Furtado y Helio Jaguaribe de Brasil, Aldo Ferrer y Gino Germani de Argentina, Aníbal Pinto y Alberto Baltra, de Chile, y otros que en América Latina se ocupan de lo que, para usar la feliz expresión de Juscelino Kubitchek, se podría llamar el "desenvolvimentismo". Espero que esta mesa redonda sea capaz de hacer justicia al tema y argumento del doctor González Casanova, que son de suma importancia para todos los estudiosos científicos del subdesarrollo y del desarrollo económicos. Es exclusivamente dentro de este marco científico que pretendo examinarlo. Dejaré el examen de los aspectos más bien mexicanos y políticos a mis colegas en esta mesa redonda, quienes seguramente están calificados para abordarlos, mientras que yo, por supuesto, no lo estoy.

La estructura y el desarrollo esenciales de los argumentos del libro son, a mi entender, los siguientes: el autor empieza en la página 5 con el propósito de abordar el problema del desarrollo económico y su posible solución. En la segunda parte y, sobre todo, en el capítulo 5 expone lo que sirve de base para todo su argumento posterior, a saber, una sociedad plural o dual. En la página 69 se refiere a dos Méxicos: el uno, según pretende demostrarlo con muchos datos estadísticos, está al margen del otro, sobre todo culturalmente, pero también social y políticamente y en cuanto al acceso a bienes de consumo. Siendo que el marginalismo se basa, según el autor, en primer lugar en diferencias étnicas y en una economía de subsistencia predominante, el más marginado es el indígena. El segundo punto esencial que, según el autor, se basa en y se vincula estrechamente con el primero de la sociedad dual, es el colonialismo interno: hay dos Méxicos y uno coloniza al otro.

\* El 7 de agosto de 1965 tuvo lugar en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas una Mesa Redonda dedicada a *La democracia en México*, del doctor Pablo González Casanova. En ella participaron el periodista Antonio Pérez Elías, el doctor Edmundo Flores, el doctor André Gunder Frank y el doctor Enrique Semo. El presente ensayo es la intervención del autor, reproducido de *Historia y Sociedad*, n. 3, México, otoño de 1965.



El argumento culmina en la cuarta parte. Aquí se encuentra el tercer punto esencial que, a la vez, constituye el punto clave que da paso a todas las conclusiones posteriores. Este punto, afirmado en la página 135, reiterado en la 138 y, nuevamente, en la 145, es que éste no es un país capitalista, sino apenas uno precapitalista o semicapitalista. Además de querer apoyarse en Marx, Engels y Lenin para su afirmación, el autor dice que la calificación de México como precapitalista está confirmada por dos hechos: uno, que aquí existe colonialismo interno, y dos, que la burguesía no ha logrado un pleno dominio y no se enfrenta satisfactoriamente al dominio extranjero. Por lo tanto, el doctor González Casanova no puede hallar un desarrollo plenamente capitalista en México —como lo dice en la página 136— mientras haya colonialismo interno y no se alcance un relativo nivel de igualdad con Estados Unidos. De ahí la conclusión del autor de que las dos filosofías más opuestas de nuestro tiempo, el marxismo y el liberalismo, señalen hoy —cito— “un único y mismo camino: el desarrollo del capitalismo. Ambos tienen el mismo objetivo; la cuestión está en los medios”. El problema reside, dice el autor, en la página 146, en si la burguesía puede triunfar, si el gobierno puede tomar rumbo hacia el capitalismo. Aunque en la página 147 menciona que para esto hay condiciones favorables y adversas, el autor termina el capítulo en la siguiente página sin decirnos cuáles podrían ser estas condiciones y, menos aún, si o por qué las condiciones favorables al desarrollo económico capitalista aquí tienen más peso que las adversas. Apenas señala en su último capítulo que subsisten algunos obstáculos en el camino de la democracia, tales como la sociedad plural, el tradicionalismo y el autoritarismo político sobre los pobres. A fin de cuentas nos asegura que, sin embargo, las probabilidades de la democracia aumentan y que algunos norteamericanos así lo demuestran estadísticamente. Y con esto termina su análisis y argumentación.

Después de demostrar que México no es capitalista, sostiene que todo el mundo, específicamente todo proletario y marxista consecuente, se convierte, junto con los sociólogos norteamericanos, en aliado de la burguesía y está de acuerdo con el mismo y único camino indicado por el autor, que es el desarrollo económico capitalista bajo la dirección de la aún no plenamente desarrollada burguesía. Pero el autor no señala si este camino es, o cómo podría ser, factible. Pablo González Casanova nos deja a nosotros la tarea de contestar a esta importantísima cuestión con base en un examen empírico y teórico. Trataré de responder en la medida en que pueda, mediante la comparación de la estructura de la realidad histórica y actual con la estructura de los argumentos de este libro.

La segunda parte del libro, que constituye el 40% del texto, está dedicada a lo que después sirve como base principal de las conclusiones: a la sociedad dual, al colonialismo interno y a los estrechos vínculos entre los dos. Ahora bien, aquí tenemos que preguntarnos, en primer lugar, cómo puede ser esto, ¿cómo puede el 10-25% de la población del país vivir en-

teramente marginado en un México, en una sociedad dual como lo afirma el autor, y a la vez ser colonizado por el otro México?, ¿cómo puede esta gente encontrarse marginada y ser colonizada a la vez?, ¿cómo puede haber una sociedad dual con colonialismo interno? No puede ser. Así, ya en su principio, el argumento de base de este libro nos enfrenta a una contradicción. Y si la realidad fuera realmente así, sería bastante paradójica. Pero una vez que examinemos la verdadera realidad histórica y actual, cosa que el libro no hace a pesar de su masa de estadísticas, veremos que desaparece la aparente paradoja y que se pone de relieve, aún más, la contradicción que hay en el libro.

La realidad resuelve la paradoja por dos razones: primera, porque en realidad no hay esta sociedad dual ni este marginalismo, tal como lo afirma el autor, y, segunda, porque el colonialismo interno que es verdad hay, se diferencia mucho de aquel en el que el libro basa su argumentación.

La realidad y triste verdad es que con la llegada de Cortés, rápidamente se formó una sociedad única e íntegra —enteramente integrada, además, en el sistema mundial de expansión mercantilista y de desarrollo capitalista— que no dejó de ser así por el solo hecho que unos explotaban a otros. Permítanse dos citas que dan el tono del principio de esta historia y realidad actual. La primera cita es de Hernán Cortés. Luego que llegó a estas tierras, este caballero afirmó que los españoles tenían una enfermedad del corazón para la cual el remedio específico era el oro. Por cierto que poco después encontraron otro remedio más: la plata.

La segunda cita es del historiador contemporáneo José Miranda, analizando la encomienda en la Nueva España:

El tributo suministró a los encomenderos recursos materiales y mano de obra que constituyeron, en los primeros tiempos de la Colonia, la base principal de sus empresas. Tanto el capital como el trabajo que aquéllos utilizaron para ir vertebrando la economía colonial, procedieron, en su mayor parte, del tributo... El encomendero invirtió el tributo de empresas de toda índole: mineras, agrícolas, ganaderas, industriales, y mercantiles. Pero en las que más concentró la inversión fueron, como es lógico, en las mineras y, después, en las ganaderas [...] El encomendero es, ante todo, un hombre de su tiempo, movido por el afán de lucro [...] Así pues, el encomendero otorga primacía al elemento reparto de la riqueza [...] En el complicado mecanismo de sus empresas vemos frecuentemente al encomendero cogido en una red verdaderamente tupida de dispositivos económicos y de relaciones jurídicas: partícipe en varias compañías mineras [...] propietario de una piara de cerdos o de un rebaño de ovejas, que trae pastando en tierras de otro encomendero [...] al cuidado de un mozo español [...] y todo esto después de haber dado poder general a un familiar, amigo o criado para que administre sus pue-



blos y de haber conferido poderes particulares a otras personas para que gobiernen sus haciendas [...] sus ingenios [...] o para la gestión de sus intereses allí donde éstos lo exijan.

Después del oro, vino la plata. Ésta ya no se sacó mediante la institución de la encomienda sino más por la mita, o trabajo forzado, y después por gañanes, o sea los llamados trabajadores libres, pero atados a la mina o hacienda por deudas. Las instituciones cambian, pero no la esencia estructural del sistema. La producción de plata fue la fuerza motriz de toda la economía: creció mucho en el siglo xvi, bajó en el xvii y volvió a subir en el xviii. Asentó grandes poblaciones en el centro del país e hizo mundialmente famosos los nombres de Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí y Pachuca, capital del actual estado de Hidalgo.

Ahora bien, miremos dónde nuestro libro ubica la población marginal de la supuesta sociedad dual. En la página 154 nombra al sur y al centro. En la página 92 nombra textualmente a Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Tlaxcala, Hidalgo, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas. Hace notar varias características de gran parte de estas regiones: en la página 30 el caciquismo, en la 109 el clientelismo, en la 39 el catolicismo y el anticomunismo fanático, en la página 92 su pobreza —todo un patrón— y en la 154 la supuesta razón de todo esto: “que no priva aún la economía del mercado”. Todo cierto, menos lo último, que no sólo falsifica la verdad, sino que la vuelve a poner de cabeza, tal y como, según Marx, la tenía Hegel. El centro del país, lejos de encontrarse aún fuera del mercado, fue, como vimos, por el contrario, con la capital, la parte más integrada e importante de la economía de mercado: fue el verdadero corazón y fuente de la sangre, no solamente del mercado regional o nacional, sino del mercado mundial. Pero se acabó el negocio y estas regiones ultradesarrolladas decayeron, retrocedieron, se subdesarrollaron. Es un patrón conocido. Lo vivieron y viven el nordeste del Brasil y las Antillas, con su azúcar; Minas Gerais, el Alto Perú y el centro de México, con sus minas; todos hoy ultradesarrollados, todas regiones por excelencia del caciquismo —llamado gamonalismo en el Perú y coronelismo en el Brasil—, del clientelismo político, del “cristianismo sí, comunismo no”, como dicen en Minas Gerais, donde nació el golpe de Estado que impuso al actual régimen militar en Brasil. Todo esto, no porque prive aún la economía del mercado capitalista sino, por el contrario, porque allí privó, floreció y decayó como proceso integral y normal del desarrollo capitalista, mundial y nacional.

La tarea del científico no es, como lo hace Pablo González Casanova, tomar estos hechos como dados o atribuirlos a realidades inexistentes, sino buscar sus causas, encontrar sus explicaciones, tal como ya lo hicieron, en su tiempo, Alejandro de Humboldt y Mariano Otero. El primero notó que

se establecen haciendas en las inmediaciones de las minas [...] esta influencia de las minas en el desmonte progresivo del país es más dura-

dera que ellas mismas. Cuando las vetas están agotadas y se abandonan las obras subterráneas [...] el colono está ligado por el apego que ha tomado al suelo [...] tanto al principio de la civilización como en su decadencia.

Otero añadió:

queda únicamente la minería para proporcionar cambio [...] han disminuido tan considerablemente los productos de este ramo [la minería] que hoy [1842] quizá no lleguen a la mitad de lo que eran cuando al principio de este siglo los calculó el sabio barón Humboldt; y como nuestros productos han disminuido al mismo tiempo que el lujo aumenta espantosamente las necesidades de las clases acomodadas, se ha seguido de aquí un resultado verdaderamente terrible [...] como su causa principal existe el estado de ruina y decadencia de las negociaciones o giros que dan los productos, en un país donde todo está por hacer [...] de aquí resulta que la agricultura no haga progresos: un giro entorpecido [...] decadencia de la agricultura y quiebra de la mayor parte de sus capitales.

El miserable estado actual de estas regiones centrales del país, por lo tanto, no se debe a su supuesto dualismo y marginalismo que hace que en ellas “aún no priva la economía del mercado”, como lo mantiene el doctor González Casanova, sino, como lo señalaron el sabio Humboldt y el proletario Otero, se debe a su incorporación íntegra en el desarrollo desigual y contradictorio del propio sistema capitalista mundial y nacional. Lo dicho, para el centro del país; pasemos al sur.

Permítaseme citar de nuevo: primero al maestro Stavenhagen de esta escuela:

El sistema colonial funcionó, de hecho, en dos niveles. Las restricciones y prohibiciones económicas que España impuso a sus colonias se repetían, agravadas múltiples veces, en las relaciones entre la sociedad colonial y las comunidades indígenas. Los mismos monopolios comerciales, las mismas restricciones a la producción, los mismos controles políticos que España ejercía sobre la Colonia, ésta los ejercía sobre las comunidades indígenas. Lo que España representaba para la Colonia, ésta lo representaba para las comunidades indígenas: una metrópoli colonial. El mercantilismo penetró desde entonces a los pueblos más aislados de Nueva España.

La metrópoli mundial convirtió a la capital de éste y de muchos otros países en satélites y éstas, como metrópolis nacionales, convirtieron en satélites, a su vez, a sus provincias. Así, el sistema mercantilista internacional y nacional penetró hasta el más aislado y último rincón del mundo y lo incorporó plenamente a este sistema. Como lo observó Humboldt,



cuanto más aislado está el sitio de la hacienda, tanto más atractivo tiene para los habitantes de las montañas [...] el hombre parece arrepentirse de la sujeción que se ha impuesto al entrar en sociedad [...] una larga y triste experiencia le ha fastidiado de la vida social [...] los pueblos de raza azteca apetecen habitar las cimas y flancos de las montañas más escarpadas. Este rasgo particular de sus costumbres contribuye singularmente a extender la población en la región más montañosa del reino de México.

Pero, como veremos, no por esto logra escapar. No habrá nada de sociedad dual.

Si los indígenas se encontraron incorporados de tal manera en el sistema colonialista de la Colonia, ¿se habrán "marginado" cuando el mercantilismo se convirtió en el sistema capitalista actual? El Instituto Nacional Indigenista nos da la respuesta, no sólo para la pos-independencia, sino para la actual época posrevolucionaria:

Los indígenas, en realidad, rara vez viven aislados de la población mestiza o nacional: entre ambos grupos de población existe una simbiosis que es indispensable tomar en cuenta. Entre los mestizos, residentes en la ciudad núcleo de la región, y los indígenas, habitantes del Hinterland campesino, hay, en verdad, una interdependencia económica y social más estrecha de lo que a primera vista pudiera parecer [...] La población mestiza, en efecto, radica siempre en una ciudad, centro de una región intercultural, que actúa como metrópoli de una zona indígena y mantiene, con las comunidades subdesarrolladas, una íntima conexión que liga el centro con las comunidades satélites. La comunidad indígena o folk [estudiada] era parte interdependiente de un todo que funcionaba como una unidad, en tal forma que las acciones ejercidas sobre una parte repercutían inevitablemente sobre las restantes y, en consecuencia, sobre el conjunto. No era posible considerar la comunidad separadamente: había que tomar en cuenta, en su totalidad, el sistema intercultural del cual formaba parte [...] La permanencia de la gran masa india en su situación de ancestral subordinación, con el goce de una cultura folk fuertemente estabilizada, no sólo fue deseada por la ciudad, sino aun impuesta en forma coercitiva [...] En Ciudad de las Casas se ve con mayor énfasis el dominio que ejercen los ladinos sobre los medios económicos, políticos y de la propiedad en general.

En un estudio del Instituto Nacional Indigenista de la región de Tlaxiaco, en el estado de Oaxaca, el autor, Alejandro Marroquín, destaca algunos de los rasgos que caracterizan a

la comunidad indígena o folk [que] era parte interdependiente de un todo que funcionaba como una unidad: entre el productor y el consumi-

dor, se han interpuesto siete pares de manos que han provocado la elevación del precio [de huevo] de \$0.16 a \$0.50, o sea, en más del 300%. Los productos indígenas llegan a Tlaxiaco para regarse después por los grandes centros urbanos del país; pero en su breve tránsito por Tlaxiaco han contribuido a fortalecer el sector comerciante de la ciudad; la ganancia, arrancada parasitariamente del hambre y de la miseria del indígena, consolida el poderío y la fuerza concéntrica de Tlaxiaco, como núcleo fundamental de la economía de la región mixteca. Resumiendo, podemos señalar como característica general del mercado citadino de Tlaxiaco: 1) el predominio completo del sistema capitalista mercantil; 2) lucha competitiva intensa, como corresponde a todo sistema económico capitalista; 3) poderosa influencia de los monopolios de distribución; 4) espesa red de intermediarios que constituye un pesado lastre sobre la economía indígena; 5) aspecto parasitario de la economía de Tlaxiaco, que se basa en la explotación del trabajo desvalorizado del indígena...

Conclusiones: Primera: la concentración y centralización económica que se observa en Tlaxiaco ha originado notable contraste entre la vida, relativamente opulenta, de la ciudad, y la vida pobre y mezquina de los pueblos del distrito; ese contraste llega a manifestarse dentro de la propia ciudad, entre los barrios dispersos de la periferia rural y el núcleo urbano del centro. Segunda: la ciudad aprovecha su situación privilegiada en cuanto a vías de comunicación para explotar a los pueblos y a los barrios indígenas. Esto engendra una profunda contradicción entre el núcleo urbano de la cabecera y el resto del distrito. Tercera: las reformas agrarias de la revolución rompieron el equilibrio socioeconómico de los pueblos, desaparecida la hacienda, que era el centro de gravedad del sistema social anterior [...] la tienda del gran comerciante citadino se convirtió en el nuevo centro de gravedad de la región; el gran comerciante sustituyó en su rol patriarcal al hacendado: el gran comerciante, a la vez [...] explota y aprovecha la producción de los indígenas [...] Quinta: por su misma estructura económica, Tlaxiaco no es un todo homogéneo; se encuentra dividido en sectores y clases sociales con intereses relativa y crecientemente antagónicos. Sexta: las nuevas vías de comunicación construidas en los últimos diez años, han alterado profundamente la economía de Tlaxiaco; sus efectos más importantes son: 1] ruina o decadencia de la mayor parte de las artesanías u oficios, como la manufactura de velas y jabones, la arriería, la industria textil, etc.; 2] estímulo poderoso a la industria y al consumo del alcohol; 3] formación de un nuevo centro económico importante: Chalcatongo; 4] desarrollo de una economía artificial en Tlaxiaco, pues esta ciudad, al no producir lo que consume, dio margen a la labor de intermediación; de distribución y concentración de productos; 5] finalmente, las nuevas vías de comunicación hicieron posible el acceso al mercado de Tlaxiaco, de representantes de los grandes monopolios y acaparadores de la ciudad



de México, los cuales abatieron a los acaparadores locales, hicieron subir el costo de la vida y, al mismo tiempo, practican maniobras de especulación en gran escala, en perjuicio de la población indígena.

¿Qué nos enseña toda esta historia? Muchas realidades y verdades que la argumentación de *La democracia en México* de Pablo González Casanova desconoce o contradice. En primer lugar, que no hay sociedad dual. Los indígenas no están fuera de la economía del mercado, ni lo estuvieron nunca y no viven en una economía de subsistencia. Cuando no producen para el mercado, no lo hacen porque no les conviene. Cuando el precio del café baja —por su cotización mundial y su manipulación monopolista y especulativa local— hasta el punto de que los indígenas de Chiapas sólo pueden comprar un kilo de maíz con un kilo del café que cosechan, lógicamente dejan de producir café y se convierten en productores de maíz, es decir, *devienen* los llamados marginados campesinos de “subsistencia”. Pero aun así no logran subsistir, porque todavía les faltan tierras y tienen que producir sombreros de paja y otros productos comerciales, trabajar en fincas ajenas de Chiapas o lejanas de California, para poder comprar los pocos bienes que consiguen a altos precios en el mercado monopolizado. La otra alternativa que queda para estos “marginados”, es la de emigrar al Distrito Federal o a los estados del norte, donde producen bienes para el mercado nacional o norteamericano y sirven a la burguesía como fuente de mano de obra barata. Lógicamente, la mayor emigración se presenta precisamente desde los mencionados estados (menos Chiapas en años de auge cafetalero), que González Casanova considera marginados de la economía nacional donde “aún no priva la economía del mercado”. A pesar de su amplitud, el doctor González Casanova no ve el “todo que funciona como una unidad”, que, como nos advierte el Instituto Nacional Indigenista, “había que tomar en cuenta en su totalidad”. Así, la primera lección que nos proporciona esta historia sobre la “población marginada”, indígena o no, es que todo lo que son y la miseria en que viven, es entera y exclusivamente el producto de su plena integración económica al sistema mundial y nacional en que viven desde la Conquista. Los rasgos étnicos y la incultura de esta gente supuestamente marginada, que este libro toma como el punto de partida de su argumento, lejos de ser un punto de partida o la base real de su situación, es precisamente lo contrario, es su punto de llegada, es el producto del colonialismo interno y externo que sufren.

En segundo lugar, los hechos nos enseñan que, efectivamente, existe colonialismo interno. Pero se distingue del “colonialismo interno”, que forma la base del argumento de nuestro libro, en dos puntos de suma importancia. Uno es que este colonialismo es esencialmente, y más que nada, económico y no cultural o social como aparece en el libro. Aunque en las páginas 74 y 75 el autor menciona características de descapitalización y explotación, evidentemente el esqueleto esencial del argumento de este

libro y la espina dorsal que conduce de la base de sociedad dual interétnica a la conclusión cabecera, es un llamado “colonialismo interno” de diferencias culturales, sociales, políticas y de ingreso, pero *no de relaciones económicas*. La lectura del texto del libro lo demuestra y el apéndice estas relaciones económicas, descapitalización, explotación o el verdadero colonialismo interno.

El segundo punto de diferencia entre el llamado “colonialismo interno” de este libro y el verdadero colonialismo interno, que existe aquí como en las demás partes del sistema capitalista mundial, es precisamente que el colonialismo interno es parte de y está estrechamente vinculado con el colonialismo externo o imperialismo. Éstos están tan vinculados que “50 años de revolución” no han logrado romper estos vínculos, que existen desde la Conquista y que tienen sus raíces en la propia estructura y desarrollo del sistema global que fue el mercantilismo y que es el imperialismo. El autor está en lo cierto cuando dice que el colonialismo interno es como el externo; pero no porque el externo sea tan interétnico y cultural como él supone el interno, sino porque ambos colonialismos son, esencialmente, económicos y todavía se apoyan mutuamente dentro del mismo y único sistema capitalista mundial.

Esta verdad nos conduce a la tercera lección de la historia y al examen de la conclusión de nuestro libro: vivimos en un sistema capitalista, plenamente capitalista, con todas las características esenciales propias del sistema capitalista, como lo son la estructura de clases, la estructura colonialista metrópoli-satélite y el desarrollo contradictorio y desigual, en el que la metrópoli se desarrolla a costa de generar el subdesarrollo de sus satélites externos e internos y la burguesía se enriquece a costa de la explotación del pueblo. Llamar a este sistema “precapitalista”, como Pablo González Casanova lo quiere hacer para abrirse paso a su conclusión y su política, no es aceptable científicamente de manera alguna, puesto que contraviene toda realidad empírica y procedimiento teórico. Mantener, como lo hace en la página 136, que México es precapitalista y no será capitalista mientras siga el colonialismo interno y no se alcance un relativo nivel de igualdad con los Estados Unidos de Norteamérica, es un absurdo teórico y contradice la triste realidad empírica de un país cuyo colonialismo interno económico llena la prensa mundial con la demanda “Libertad ahora”, cien años después de la emancipación de la población negra, que constituye el 10% de la población norteamericana (como el 10% de indígenas en México) y con la promesa del presidente Johnson de la “Gran Sociedad” para el 25% de los norteamericanos que, según sus cifras, viven en la “otra América” (y que corresponden al 25% de los “marginados” mexicanos de Pablo González Casanova).

Los dos hechos primordiales que el autor señala para apoyar su tesis de que México no es capitalista, a saber, su debilidad económica y su colonia-



lismo interno, lejos de confirmarla son, precisamente, los dos hechos que han generado el subdesarrollo capitalista de México. Vimos que toda una serie de cadenas de metrópolis y satélites que empiezan en la metrópoli mundial, ahora imperialista, atraviesa las capitales nacionales, regionales y locales, hasta incorporar al indígena más aislado de economía llamada de subsistencia. Cada metrópoli colonizó y sigue explotando monopolísticamente a sus satélites que, a su vez, explotan a sus satélites. La metrópoli mundial, que no es satélite de nadie, experimentó el desarrollo capitalista llamado "clásico". En cada metrópoli nacional, este tipo de desarrollo "clásico" no pudo y todavía no puede presentarse precisamente porque su desarrollo está limitado por su condición de satélite de la metrópoli imperialista mundial. Es un desarrollo limitado o un desarrollo subdesarrollado y la mayor parte de su desarrollo se debe, no a la ayuda de la metrópoli mundial, como a menudo se dice, sino a la explotación, a su vez, de su proletariado y sus satélites nacionales, cuyo desarrollo, por lo tanto, es aún más limitado y subdesarrollado. Así, el colonialismo interno y externo, el "marginalismo" de los beneficios del desarrollo capitalista, y el propio subdesarrollo, no dejan de ser parte del desarrollo capitalista, sino, por el contrario, aquéllos fueron y siguen siendo tanto el germen como el fruto de este desarrollo capitalista. Por lo tanto, tampoco existen bases empíricas y teóricas, es decir, científicas, para mantener o esperar que aquellos rasgos desaparezcan gracias a una política burguesa de sustituir un supuesto "precapitalismo" por un capitalismo "clásico" aunque sea estatal.

El colonialismo interno tampoco tiene, como se afirma en la página 76, "una función explicativa mucho más amplia que las clases sociales". La estructura del colonialismo interno —y del externo o sistema imperialista también— no sustituye a la estructura de clases, sino que la complementa. Así pues, la teoría del colonialismo interno y externo del sistema capitalista no puede —como Pablo González Casanova trata de hacernos pensar— ser una alternativa a la teoría de clases. Por el contrario, el examen de la misma y única estructura metrópoli-satélite, tanto internacional como nacional, pone de relieve la estructura de clase en la cual la burguesía se forma, se desarrolla plenamente o no, según su status de ser dominante o satelizada, se mantiene económicamente a base de su explotación del pueblo, tanto urbano como rural y, por lo tanto, necesariamente se mantiene y esfuerza políticamente para preservar esta misma estructura explotadora y generadora del subdesarrollo.

Finalmente, el empírico y teóricamente infundado análisis del autor, con respecto a las relaciones internas de México, se vincula estrechamente con el procedimiento en materia de relaciones externas. En la página 7 el autor dice textualmente:

no nos referimos al problema como "imperialismo" en tanto que este término está cargado de valores y nos hace perder la perspectiva del *poderío nacional*. Nos referimos a lo que Perroux llama el "efecto de

dominio" de las grandes naciones y las grandes empresas.

La verdad, desafortunadamente, es exactamente lo contrario. No tomar en cuenta la existencia, estructura y desarrollo del imperialismo, como lo hace este libro, hace perder la perspectiva global y científica que se precisa para apreciar las limitaciones del poderío nacional.

Las contradicciones del sistema imperialista limitan hasta el poderío nacional de su cabecera, los Estados Unidos, como lo vemos hoy en Vietnam, Europa, el problema negro y el de la balanza de pagos, etc. Sin embargo, frente a los Estados Unidos, también el poderío económico de las grandes potencias de Europa occidental se ve cada vez más debilitado. La revista de negocios norteamericana *Newsweek*, del 8 de marzo pasado, nos informa del juicio de un gerente de Olivetti:

Dedicamos un estudio muy cuidadoso a una solución europea —decía— pero aun si hubiéramos combinado con Machines Bull en Francia y con Siemens en Alemania [que posteriormente firmó un arreglo con la Radio Corporation of América —añade *Newsweek*], todavía hubiéramos quedado enanos en comparación con los gigantes norteamericanos que a la larga nos hubieran clausurado, a pesar de todo. No hay una solución europea para estos problemas. Los costos de investigación son demasiado altos. La brecha tecnológica es un hecho de la vida.

*Newsweek* resume que las poderosas economías industrializadas y desarrolladas de Europa occidental, sufren una cada vez mayor "colonización, satelización y avasallamiento". Si éste es el hecho de la vida trasatlántica, ¿qué suerte no tendrán las débiles economías semindustrializadas y subdesarrolladas de América Latina y sus respectivas burguesías nacionales? No se trata aquí, como afirma Pablo González Casanova, de un mero efecto de dominio que permite ver el "poderío nacional" que el imperialismo supuestamente oculta. Se trata de un sistema mundial cuya estructura contradictoria y desarrollo desigual inevitablemente beneficia a unos a expensas de otros y cuyo monopolio —en el futuro basado cada vez más en la tecnología— somete aun a las burguesías más poderosas. En Argentina, primer país de América Latina en intentar su industrialización en este siglo, esa suerte les tocó hace un decenio. A Brasil, segundo país, le tocó el año pasado. México es el tercer país en intentarlo.

Primero en Argentina y hoy en Brasil, el aprieto en que se encontró la burguesía a raíz de estos acontecimientos, no la llevó a democratizar al país y, menos aún, a limitar su explotación del pueblo. Por el contrario, como hoy lo presenciamos cruel y dramáticamente en Brasil, este proceso y el descenso de sus utilidades obligó a la burguesía a tratar de conservar su acostumbrada dieta, recurriendo a un grado de explotación aún mayor del asalariado urbano, a un colonialismo interno cada vez más agudo y a la democracia de los gorilas. ¿Dónde queda el poderío nacional para inde-



pendizar, descolonizar y democratizar a un pobre país precapitalista?

En conclusión, francamente no sé cómo calificar la tentativa que el doctor González Casanova hace en la página 135, de apelar a la autoridad de Engels y Lenin para defender la tesis de la existencia de un precapitalismo y de la no-existencia de un imperialismo aquí. Pero después de un examen de la argumentación del autor y de la realidad de México, sabemos que la tentativa de apoyarse en la supuesta existencia de una "sociedad dual", en el llamado "colonialismo interno" y en el mero "efecto de dominio", para mantener que el desarrollo histórico y el subdesarrollo actual de México es "precapitalista" y no capitalista, es empíricamente erróneo, teóricamente ilógico y, por lo tanto, científicamente totalmente inaceptable.

Esta base empírica, analítica y teórica para la afirmación en la página 145 de que, para los obreros y campesinos de México, que carecen de una conciencia de clase para sí porque viven en un país precapitalista, "la integración de una verdadera organización proletaria sólo se puede realizar si se observa la táctica de alianza y lucha con la burguesía nacional", y —en la página 162— que "esta situación hace que todo marxista consecuente se convierta en un aliado necesario" de esta misma burguesía, hace bastante difícil para un obrero, campesino o marxista consecuente, acompañar al doctor González Casanova en su política y, todavía, apegarse a toda la realidad que vive, o mantenerse fiel a cualquier estándar científico. Y la atribución de "oportunismo" o "sectarismo verbalista y aventurerista" con que —en la página 141— el autor califica a todo lector que no esté de acuerdo con *La democracia en México* del doctor Pablo González Casanova, no es ni tiene por qué ser aceptado por este lector.

PD. 1969. Estas palabras se escribieron, debe recordarse, tres años antes de que la "burguesía nacional" y su gobierno "democrático" —que en el México "precapitalista" del doctor González Casanova tenemos, según él, el deber de apoyar— asesinara a 400 personas indefensas en la segunda Noche Triste, en Tlatelolco, como parte de su represión preolímpica. Aunque el doctor González Casanova, sin duda, lamenta este acontecimiento igual que el presente autor, él mostró su continuada fe en la "democracia en México" al acompañar un año más tarde al candidato del partido oficialista, PRI, en su gira de campaña presidencial.

"Brasil: ¿qué tipo de revolución?", pregunta Celso Furtado en su artículo aparecido en *El Trimestre Económico* (vol. XXIX, n. 115) y en muchas otras partes del mundo. En la respuesta que Furtado da a su propia pregunta, rechaza la revolución "marxista-leninista" y propone una "sociedad abierta" y el "gradualismo" como los apropiados métodos para el desarrollo económico del país. La tesis y la conclusión merecen una atención especial, tanto al nivel nacional como en el internacional, en especial porque han sido incorporadas al trabajo de su autor en tanto coordinador del SUDENE (organismo gubernamental para el fomento económico del nordeste del Brasil) y, después, en el plan trienal del gobierno de Goulart. Por lo tanto, los argumentos de Furtado requieren un examen crítico y si su validez no sobrevive a un examen tal —como pretendemos demostrar— las conclusiones y los puntos de vista evolucionistas del autor deben ser rechazados, o cuando menos cuestionados seriamente.

Su preocupación aparente es el problema de realizar un desarrollo económico humano para el Brasil. Comienza su estudio con un análisis de la miseria del país y de los efectos del desarrollo económico, en la medida en que sus frutos se van concentrando, crecientemente, en manos de unos pocos, mientras van dejando al inmenso conglomerado mayoritario del pueblo brasileño en la situación de miseria más abyecta, sin que aumente en nada su ingreso. Después se plantea la pregunta de ¿cómo podría Brasil lograr un desarrollo económico mayor con un costo humano menor? La solución marxista-leninista, dice Furtado, enraizada de modo profundo en la juventud idealista del país, no sólo ofrece un diagnóstico para el problema sino una guía para la acción resolutive. Además de ello, el camino marxista tiene en su favor el notable y exitoso crecimiento económico de la URSS, "logrado gracias a altos costos humanos". Por otro lado se encuentran miles de brasileños muriéndose de hambre y de epidemias todos los años. Por eso, dice Furtado, las masas de los países subdesarrollados no dan, usualmente, tanta importancia al valor de la libertad como "nosotros" lo hacemos. En realidad, agrega Furtado, la supuesta necesidad del conflicto entre la libertad individual y el desarrollo económico acelerado es un falso dilema.

#### *Sociedades abiertas*

A continuación Furtado trata de demostrar su tesis. El marxismo-leninismo

\* Reproducido de *Economía*, n. 4, México, mayo-junio de 1965, y originalmente publicado en Brasil en 1963.



demostró su eficiencia en la subversión total de las estructuras sociopolíticas rígidas como las de la Rusia zarista, la China ocupada por los japoneses, y la Cuba de Batista. Pero los mismos métodos resultaron inaplicables en las "sociedades abiertas", en especial en las de Europa occidental. Por tanto, dice Furtado,

el problema fundamental al que nos enfrentamos es la preparación de técnicos que hagan posibles las transformaciones sociales rápidas en tanto el modelo de sociedad abierta subsista. Antes de tratar los problemas específicamente brasileños, quiero hacer una breve observación sobre los métodos revolucionarios: dado que el marxismo-leninismo se basa ante todo en la sustitución de la dictadura de una clase por la dictadura de otra, sería políticamente retrógrado aplicarlo a sociedades que han logrado tener formas sociales más complejas, es decir, a las sociedades abiertas modernas.

Hablando específicamente del caso de Brasil, Furtado observa que la sociedad es abierta para los trabajadores industriales pero cerrada para los campesinos y los trabajadores rurales. Para el sector agrícola los métodos marxistas-leninistas son todavía eficientes, y en él una ruptura cataclísmica se vuelve mucho más probable, en tanto que el sector "abierto" tiende a asumir un ritmo más "gradual". "Por consiguiente, si queremos lograr una alta tasa de desarrollo económico con criterios verdaderamente sociales, tenemos que efectuar algunos cambios importantes en nuestras estructuras económicas." A continuación, desarrollando más ampliamente las ideas anteriores, dice:

si queremos evitar regímenes dictatoriales, ya sea de una clase social, de un grupo ideológico o de un aparato partidario rígido, debemos: a) impedir todas las formas de retroceso en nuestras estructuras sociales, y b) crear condiciones para el cambio rápido y eficiente en la estructura agraria arcaica del país.

Tal conclusión, aplicada al sector rural para permitir el desarrollo gradual y evolutivo (con el fin de evitar el cambio revolucionario) es la que conforma los planes del SUDENE y el trienal, dirigidos por Furtado, y es el mismo programa en que se basaba la política explícitamente anunciada por Kennedy y plasmada en la ALPRO.

Un examen más detallado de la argumentación de Furtado nos demuestra cómo éste no deriva sus conclusiones sobre el "gradualismo abierto" de una comparación entre su eficiencia y la del marxismo para la realización de un desarrollo económico humano. Es más, incluso su argumento sobre la libertad individual es inaceptable y doloso. Demostraremos que el argumento es tautológico, en el sentido en que la conclusión ya está contenida

en la definición, del mismo modo en que el conejo del mago se encuentra desde antes en su sombrero.

### *Europa, China y Cuba*

Para realizar el desarrollo económico con un costo económico menor, Furtado ve sólo dos caminos: el marxista y el de la "sociedad abierta". Con todo, en lugar de proceder a un examen de su eficiencia relativa para la producción de tal desarrollo, Furtado interrumpe su argumentación para considerar dos cuestiones totalmente diferentes. Una es la cuestión de si tuvo éxito la introducción del marxismo en Europa occidental (no para producir su desarrollo). La otra es cuál método proporciona más libertades (contradiciendo así su afirmación de unas líneas anteriores sobre la falsedad del dilema de la libertad individual contra el desarrollo). Del hecho de que el marxismo no fue introducido a las "sociedades abiertas" de Europa occidental, y del hecho de que en los lugares en que lo fue destruyó las libertades individuales, Furtado ahora saca la conclusión indebida de que el marxismo no debe ser introducido en el Brasil.

Para hacer aceptables sus argumentaciones al respecto de estas dos nuevas cuestiones, Furtado tendría que demostrar (lo que no hace), que el Brasil es hoy en día tan desarrollado, complejo y abierto como lo era Europa, por ejemplo, al final de la guerra. También tendría que demostrar que la alternativa del gradualismo no destruye las libertades. Estas dos proposiciones, con todo, están en total contradicción con los hechos. Así en lo que se refiere a la alternativa marxista, Furtado debería tener en consideración la diferencia que existe al introducir el socialismo en un mundo en donde ya existen varios países socialistas y la introducción en un mundo en donde sólo existe un país socialista. Además de todo, puede ser posible —como lo demuestran los casos de China, Cuba y Europa oriental— que el desarrollo económico humano es actualmente más fácil de realizarse dentro del socialismo de lo que era en los tiempos en que la URSS comenzaba.

La argumentación de Furtado no justifica las conclusiones que él hace derivar de ella. E incluso si pudiese concretar sus tesis al respecto de estas dos cuestiones introducidas tardíamente, se dejaría íntegramente sin respuesta y fuera de consideración a la cuestión original y más importante. Ella es la cuestión de saber cuál es el método más eficaz para lograr un desarrollo económico humano. Por lo tanto, parece que Furtado, pretendiendo haber extraído su respuesta —"gradualismo en una sociedad abierta"— de una argumentación sobre el desarrollo económico, nos da algo semejante a sacar un conejo blanco de un sombrero.

Para que Celso Furtado deseara responder a la cuestión esencial planteada antes de cuál es el método más eficiente para lograr el desarrollo económico, debería por lo menos plantearse y contestar las siguientes preguntas respecto de ambos métodos; el marxismo y el del gradualismo abierto:

1] Si ofrecen un método para el desarrollo; 2] si este método ha tenido



éxito al ser llevado a la práctica; 3] si fracasó; 4] si es posible que dicho método sea aplicado en el Brasil; 5] y por último, y dependiendo de las respuestas de las preguntas anteriores, si el método puede tener éxito en su aplicación en el Brasil. Pero Furtado casi no responde a estas preguntas. Tratemos de hacerlo nosotros por él.

1] Ambas concepciones, dice Furtado, tienen sus métodos respectivos, ampliamente aceptados.

2] Él reconoce que el método marxista fue probado exitosamente en la experiencia soviética. El otro método, aunque no lo menciona, también ha tenido éxito, si descontamos el hecho de que necesitó de las revoluciones burguesas para imponerse en Inglaterra, Francia y Estados Unidos (especialmente la guerra civil entre el norte industrializado y el sur agrario).

3] El método marxista también ha tenido éxito para la realización del desarrollo económico en los lugares en donde ha sido aplicado. Como lo dijimos antes, para Furtado, el fracaso del método marxista no reside sino en su incapacidad de introducirse en Europa occidental, porque reconoce el éxito de su aplicación allí donde fue posible introducirlo. En cambio el otro método ha fracasado en el presente siglo para producir una economía desarrollada en los países subdesarrollados donde ha sido aplicado, con la posible excepción parcial del Japón. Y si no hubiese fracasado en el Brasil, Furtado no estaría escribiendo este artículo, ni hubiera inventado la SUDENE.

4] El propio Celso Furtado cree que la introducción del marxismo al Brasil es posible, y que dicha introducción sería la causa del desarrollo económico que habría después. De hecho, ve esto como inevitable si el país no sigue la prescripción que señala. Esto nos lleva a lo que probablemente es la cuestión crucial: ¿puede ser introducida la sociedad gradualista abierta, o, en la medida en que ya existe, puede ser extendida de tal modo que produzca un desarrollo humano en el Brasil? Furtado cree que esto, evidentemente, puede suceder. Pero, como vimos antes, él no nos ofrece en el desarrollo de su argumentación una sola razón para que sea válido pensar de ese modo. Por otro lado, existen importantes hechos aceptados tanto por los marxistas como por los no marxistas, que no son siquiera considerados por él. Estos mismos hechos dejan serias dudas de que su solución pueda aplicarse. Ante todo, la estructura de la sociedad brasileña, al contrario de lo que se puede inferir del trabajo aquí criticado, no es obviamente la misma de Europa occidental. El hecho reconocido, entre otros por la CEPAL (donde el propio Furtado trabajaba cuando se desarrollaba esta idea), de la existencia de poderosos países industrializados, da al problema del desarrollo una forma bastante diferente de la que se les presentó a los países metropolitanos hace uno o dos siglos. En realidad si algunos países son hoy día subdesarrollados, esto se debe exactamente al hecho de que otros son desarrollados. Los países que en la actualidad son desarrollados pudieron algún día ser no desarrollados, pero jamás fueron subdes-

arrollados en el sentido actual del término. Es una confusión de rótulos o términos, así como de realidades, proporcionar supuestas "lecciones" a los países subdesarrollados fuera del contexto de sus propias experiencias.

Si existiese cualquier ilusión al respecto, el examen del caso de México sería suficiente para destruirla. El suyo es el caso de un país subdesarrollado, que incluso con la ayuda de una revolución contemporánea a la soviética —aunque haya sido una revolución burguesa y no marxista— fue incapaz, en 50 años, de "abrir" adecuadamente su sociedad, la cual, teniendo en cuenta cualquier definición del término, sigue siendo subdesarrollada, aun en la actualidad. En segundo lugar, el método del gradualismo abierto (a través de la esclavitud, del colonialismo y del imperialismo), y desde luego en el Brasil, precisamente ese costo humano de sufrimiento que tanto Furtado como la juventud marxista, cada quien con su método, quieren evitar o eliminar.

5] Celso Furtado hace hincapié en que los marxistas pueden tener éxito en la consecución de un desarrollo económico para el Brasil, y no hay en su argumentación ningún elemento que pueda sugerir que está equivocado. Pretende por otra parte sugerir que el otro método pueda aplicarse exitosamente en el Brasil, pero, como vimos, su presentación es totalmente inaceptable. En cuanto a nosotros, la consideración de la evidente irrelevancia del ejemplo europeo y de la innegable relevancia del fracaso del método gradualista en la aplicación que tuvo en todo el mundo subdesarrollado, incluido el Brasil, en lo que se refiere al aspecto del costo del sufrimiento humano que no elimina, y sí acentúa, nos da el criterio suficiente para considerar el método "gradualista abierto" como ineficiente para lograr un verdadero desarrollo económico humano en el Brasil y otros países.

Para finalizar, estamos de acuerdo con Furtado cuando dice que el dilema del desarrollo económico versus libertad individual es falso. Pero las razones de que esto sea así, que él no menciona, son las siguientes: la primera es que la inmensa mayoría de los brasileños está, y por generaciones ha estado, no solamente hambrienta y enferma, sino también privada de las libertades más elementales. En el campo, debido a que el propietario de la tierra moviliza todo su poder del complejo económico, político y policiaco contra el campesino. En las ciudades, porque la lucha por la vida no le permite gozar de la libertad en el pleno sentido del concepto. La segunda razón es que en los países que tomaron el camino marxista hubo un aumento de libertad o un notorio deshielo después de un periodo relativamente corto de tiempo, pero estos acontecimientos fueron acompañados, evidentemente, de un notorio desarrollo económico. Se puede argumentar, en base a estos hechos, ¿sacrificio de la libertad bajo un sistema del "gradualismo abierto", para qué?

Concluyendo, queda claro que para Furtado la "prerrevolución" significa "prevenir la revolución".



Está claro que la inclinación de Celso Furtado y otros, en favor de la evolución abierta y el rechazo de la revolución marxista, no se basan al parecer en la eficacia relativa de la primera sobre la segunda en la consecución del fomento del desarrollo económico. En realidad el propio Celso Furtado reconoce que lógicamente la segunda puede ser más eficiente y de hecho lo es. Está claro también que su decisión en favor de la evolución y en contra del marxismo no se deriva, tampoco, de un interés real en considerar las posibilidades para evitar el sacrificio de vidas y libertades del pueblo en su proceso del desarrollo histórico y económico. De hecho en este punto, del mismo modo que en el anterior, el propio Furtado se contradice al afirmar que esta alternativa en principio es un dilema falso; las revoluciones marxistas han salvado vidas y libertades populares que la evolución capitalista sacrifica abiertamente. Vemos así que el interés propiamente científico no es el que los guía en sus tomas de posición finales. Es lícito y necesario que en forma responsable, pues, nos hagamos la pregunta siguiente: ¿exactamente cuál es el verdadero *interés* tras la decisión en favor de la evolución abierta, de Celso Furtado y su plan trienal y SUDENE en el Brasil, de la ALPRO en América Latina, y de la democracia en México?

PD. 1969. Estas palabras se escribieron y se publicaron en Brasil, podría notarse, en 1963, cuando el señor Furtado aún era ministro de Planificación y antes de que en 1964 el gobierno militar le quitara sus derechos civiles y le exiliara.

Hay algo de verdad en los informes de prensa según los cuales Brasil está presenciando "otro de esos familiares golpes militares latinoamericanos". La historia se repite sin duda según un modelo familiar en Brasil. No obstante, los informes de prensa sobre este modelo no son ciertos y, gracias a una consistente distorsión, no se comprende la realidad detrás de él. Para tener una perspectiva de la suerte del presidente João Goulart, debemos retroceder a la suerte de su predecesor Janio Quadros en 1961, y aun a la del padre político de Goulart, Getulio Vargas, en 1954.

Getulio Vargas se mató en 1954. En su ahora famosa "nota suicida" advirtió a sus compatriotas contra las fuerzas de reacción externas y nacionales que lo habían llevado a él a la tumba. Los extranjeros, dijo, estaban extrayendo el escaso capital de Brasil fuera del país en proporción alarmante; y sus aliados de la oligarquía nacional se habían opuesto efectivamente a sus intentos por liberar a Brasil de su status colonial. Vargas acababa de establecer la compañía petrolera del Estado, llamada Petrobras, y estaba a punto de inaugurar su gemela, Electrobras. Aunque Vargas había sido recientemente elegido y se había convertido en un nacionalista muy popular, los servicios telegráficos norteamericanos se referían a él invariablemente como "dictador fascista". Después del nacimiento de Petrobras, la reacción norteamericana y brasileña movilizó todas sus fuerzas y acusándolo de inmoralidad política llevó al septuagenario Vargas al suicidio. La voz más alta en este ataque fue la de Carlos Lacerda, anteriormente comunista, transformado en un estridente conservador (Lacerda es ahora gobernador del estado de Guanabara, que incluye la ciudad de Río de Janeiro). El proyecto de Electrobras murió con Vargas y Petrobras, privada de su protección y todavía combatida por compañías extranjeras y nacionales, fue dejada con vida precaria. Después de eliminar la hegemonía popular en organizaciones laborales, estudiantiles y de otro tipo, de declarar ilegal al partido comunista y de acordar amplios privilegios al capital extranjero, la reacción volvió a establecerse cómodamente bajo el liderazgo de Café Filho.

La elección siguiente trajo a la presidencia en 1956 a Juscelino Kubitschek con su lema "desarrollismo". Construyó Brasilia y llevó la tasa de crecimiento económico a un 3.9% per cápita para los años 1957-61. Pero

\* Este ensayo se escribió tres días después del golpe militar del 31 de marzo de 1964, y se publicó en inglés en *The Nation*, el 27 de abril de 1964, y en español en *El Día* (México), el 20 de mayo de 1964.



lo hizo aumentando la deuda externa, acordando aún más privilegios al capital norteamericano y permitiendo que el capital extranjero y nacional desarrollara bienes de consumo y servicios, los cuales aumentan el ingreso a corto plazo pero no pueden sostener el crecimiento. La corrupción floreció; y los intereses comerciales, industriales y agrícolas estaban relativamente satisfechos.

La elección de 1960 puso a Janio Quadros en la presidencia después de la escoba de limpieza moral que había usado como símbolo de su campaña. João Goulart, hijo político y ex-ministro del Trabajo de Getulio Vargas y ahora cabeza del Partido del Trabajo Brasileño (PTB), fundado por Vargas, fue elegido vicepresidente. Personalmente errático, Quadros trató de apoyarse directamente en el pueblo como base política. Descuidó sus relaciones políticas con los grupos de intereses extranjeros y nacionales, lanzó a Brasil a una política exterior fuertemente nacionalista e independiente y sin ceremonias despidió de su oficina a todos los que fueron a oponerse (incluido el representante presidencial norteamericano A. A. Berle). Surgieron presiones contra él —nuevamente Carlos Lacerda al frente— después de la posición independiente de Brasil en Punta del Este y la condecoración por Quadros al Che Guevara, y Quadros renunció en agosto de 1961. Se cree que él esperaba ser puesto nuevamente en el poder por un pueblo movilizado, lo cual le daría una fuerza acrecentada para enfrentar a la reacción. Pero ningún apoyo popular organizado había sido preparado y ninguno apareció. Por estar el vicepresidente Goulart fuera del país, Ranieri Mazzilli, como presidente del Congreso, pasó a ser presidente interino del Brasil (lo fue asimismo a principios de este mes con la diferencia de que el presidente Goulart no ha renunciado).

Producido el suicidio del nacionalista Vargas, a quien tildaban de fascista, y la renuncia del nacionalista Quadros, a quien llamaban loco, Carlos Lacerda y los grupos extranjeros y nacionales a quienes representaba trataron de pasar por alto la Constitución y mantener la presidencia fuera de las manos de Goulart. Olvidando que habían llamado fascista a su mentor político, llamaron ahora a Goulart comunista. Fueron derrotados en sus objetivos sólo por la movilización en el estado nativo de Goulart, Río Grande do Sul, de fuerzas populares dirigidas por el cuñado de Goulart y entonces gobernador del estado, Leonel Brizola, y apoyados por el Tercer Ejército, apostado en la capital del estado. Goulart volvió a Brasil y asumió la presidencia. Pero en contra de los apremios de Brizola, quien le aconsejaba jugarse el todo por el todo mientras tuviera a la nación detrás de él, Goulart aceptó la propuesta de la oposición de modificar la Constitución autorizando un sistema parlamentario-ministerial de estilo europeo y desviando todo el poder oficial del presidente a un primer ministro. Reteniendo de todas maneras un poder efectivo, Goulart gobernó débilmente dieciocho meses durante los cuales la tasa de crecimiento bajó a cero y se elevó la inflación, hasta que en un plebiscito de enero de 1963

los votantes rechazaron el sistema parlamentario por medio de una resonante votación de 6 a 1 y devolvieron a Goulart plenos poderes presidenciales.

Ahora, se pensó, Goulart pondría por fin en movimiento su tan anunciado programa de reformas. Con considerable fanfarria lanzó un "Plan de Tres Años para la Reforma Social y Económica" que comenzaría en 1963 con el insigne y progresista economista Celso Furtado a su cabeza. El plan era iniciar la reforma agraria y otras como lo recomendaba la Alianza para el Progreso; aumentar la tasa bruta de crecimiento anual a un 7 por ciento y la tasa per cápita a un 4 por ciento y reducir la tasa de inflación a un 30 por ciento en el primer año y a un 10 por ciento en el tercero. El poder y la popularidad de Goulart originaron una anticipación de éxito y el valor de la moneda local aumentó con respecto al dólar. No obstante, durante 1963 la economía en realidad declinó, los precios aumentaron en un 85 por ciento y las propuestas de reforma en lugar de ser implementadas nunca alcanzaron siquiera a hacerse ley por el Congreso.

La historia se repite. Un año después Goulart fue destituido por la reacción, acusado internamente por Carlos Lacerda y en el extranjero por los servicios informativos norteamericanos de ser un peligroso extremista con ambiciones totalitarias, inclinado a destruir la democracia por medio de un gobierno con infiltraciones comunistas y reformas ultrarradicales. Esta versión modernizada de las acusaciones contra Vargas y Quadros se ha hecho, por supuesto, también familiar a través de los informes de prensa de la declinación y caída de Frondizi en Argentina, Arosamena en Ecuador, Bosch en Santo Domingo y otros quienes, como Goulart, han hecho pero no cumplido sus promesas de reforma y quienes no obstante han sido depuestos por golpes militares. De ser ciertos, los cargos contra Goulart deberían surgir de un registro de reformas progresivas concretas y de alianzas políticas realizadas con fuerzas del ala izquierda capaces de apoyarlo en momento de necesidad. Sin embargo el registro administrativo de Goulart muestra precisamente lo contrario: internamente mucha charla sobre reformas, seguida de una entrega a las fuerzas externas y nacionales que se oponen a cualquier cambio; y en el exterior una política verbalmente independiente pero segura, útil para aplacar a la izquierda brasileña. El programa nacional de Goulart resultó ser nada más que una serie de medidas de conveniencia al servicio de los intereses plutocráticos y falló enteramente en enfrentar la crisis económica cada vez más profunda que él y Brasil cosecharon de las "semillas" de desarrollo sembradas anteriormente por Café Filho, Kubitchek y sus aliados norteamericanos. Lejos de abogar por medidas peligrosamente radicales, lo que destruyó a Goulart fue su abstención de instar a cualquier reforma verdadera.

Los acontecimientos venideros fueron anunciados por el primer gabinete que nombró después de recibir plenos poderes presidenciales a principios de 1963. Enfrentado con una crisis de estancamiento industrial, de producción



agropecuaria, y de inflación en aumento y una enorme deuda exterior, Goulart no nombró el gabinete progresista esperado en vista de la oportunidad política obtenida por su aplastante victoria en el plebiscito. En cambio, nombró un gabinete convencional totalmente aceptable para la derecha. Su ministro de Finanzas San Thiago Dantas puso rápidamente en operación la primera etapa del plan de tres años, esa amarga medicina prescrita por Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional como precio inicial de los préstamos. Eliminó el subsidio del gobierno al trigo y, a través del petróleo, al transporte, y bajó aún más los ajustes por el costo de vida de los sueldos públicos ya devaluados por la inflación. Todas estas medidas se hicieron a expensas de los grupos de bajo y mediano ingreso; se adujo que ellos combatirían la inflación al reducir la necesidad de desembolsos por parte del gobierno financiados con papel moneda.

El plan fue entonces abandonado como impracticable ya que el próximo paso habría sido el principal remedio antinflacionario de disminuir la impresión de moneda por medio de la cual el Banco de Brasil del gobierno alimenta a los bancos privados y a través de ellos a los grandes monopolios privados de Brasil, algunos de ellos norteamericanos, quienes habitualmente trabajan con préstamos de capital públicos. Por otro lado, la supresión de la costosa subvención estatal a los precios del café en beneficio de los gigantes exportadores de café, nuevamente incluidos los norteamericanos, no tuvo que ser abandonada ya que nunca había sido contemplada. Pero antes de que el plan fuera formalmente derogado, el ministro de Finanzas Dantas realizó una peregrinación a Estados Unidos para enfrentar la deuda exterior de Brasil y recaudar préstamos para servicios "antinflacionarios" ya prestados. Mientras estaba allí el Congreso norteamericano dio a conocer un testimonio de Lincoln Gordon, embajador norteamericano en Brasil, en el sentido de que el gobierno de Goulart estaba plagado de comunistas. Debido a estas noticias Dantas tuvo que prometer, antes de poder poner las manos en los nuevos préstamos, que usaría parte de ellos para comprar, en muchas veces su valor, algunos viejos y desde mucho antes ya amortizados servicios públicos de propiedad norteamericana, que Brasil había estado pensando expropiar. Después de todo esto la deuda externa asciende a 3 000 millones de dólares —la mitad con vencimiento en este año y el próximo y obligando de esta manera a Brasil a seguir haciendo mayores concesiones a cambio de postergación de pagos. Las repercusiones políticas internas en Brasil ante esta nueva entrega a los intereses norteamericanos y a sus reaccionarios aliados brasileños fueron tan severas que Goulart tuvo que sacrificar a Dantas y a sus protegidos ministeriales.

A esta altura, muchos esperaban que Goulart formaría un gabinete menos sujeto a demandas conservadoras de medidas de conveniencia inútiles —excepto para ellos— y más determinado a llevar a cabo las anunciadas reformas básicas. En lugar de eso, nombró un gabinete que tenía al banquero Carvalho Pinto en el tan importante Ministerio de Hacienda. La

prensa conservadora brasileña y norteamericana, contentísima, llamó al nuevo ministro "responsable". Él ya los había servido muy bien como gobernador de São Paulo. La impresión de papel moneda aumentó, como asimismo lo hizo la inflación.

Goulart continuó hablando sobre la venidera reforma agraria pero no tomó ninguna medida política para producirla. Ni aun el más leve proyecto de reforma agraria fue nunca llevado para su votación en el Congreso. No obstante, soliviantados por los muchos mítines populares de Goulart y blandronadas similares, los terratenientes estuvieron ocupados comprando armas, por las dudas. En cada crisis política Goulart hablaba ostentosamente, pero internamente cedía a las presiones del ala derechista. Éste fue especialmente el caso cuando tuvo que decidir sobre si apoyar o no las huelgas de los sindicatos por problemas políticos, movimientos que podían haber sido organizados para apoyarlo a él más tarde. Cuando el general Kruehl, ministro de Guerra de Goulart, se unió activamente con la derecha en estos y otros problemas, el presidente lo destituyó; pero se rehusó a nombrar en su lugar al comandante del Primer Ejército, el general Osvaldo Alves, quien tenía el pleno apoyo del centro e izquierda políticos. En su lugar Goulart puso en el cargo al menos politizado Jair Dantas del Tercer Ejército. Nuevamente, cuando el general Peri Belacuva del Segundo Ejército se unió al ultrarreaccionario gobernador de São Paulo, Ademar de Barros, en la represión de huelgas y mítines políticos efectuados para apoyar las reformas que el mismo Goulart había anunciado, alejó a Belacuva del cargo pero en su lugar lo hizo jefe del estado mayor y, para ofender aún menos a la reacción, envió a su viejo opositor, el igualmente reaccionario Kruehl, a São Paulo. Tan "peligrosamente de extrema izquierda" fueron estos pasos más significativos de Goulart que hoy el mismo Kruehl usa su cargo de São Paulo para dirigir el ataque rebelde del Segundo Ejército contra Goulart y Río de Janeiro; el "no politizado" Jair Dantas se despidió del cargo del Ministerio de Guerra en mitad de la crisis por "razones de salud"; el ahora retirado general Osvaldo Alves, recién instalado como principal de Petrobras, es encarcelado; y Goulart es abandonado aun por los Primer y Tercer Ejércitos de Río y Puerto Alegre, cuyos anteriores comandantes lo habían defendido a él y a la Constitución contra el Segundo Ejército del São Paulo industrial y el Cuarto Ejército del nordeste rural (el último comandado por el general Costa e Silva, más tarde ministro de Guerra —y después presidente— y líder de la "línea dura"), que son los tradicionales instigadores de golpes reaccionarios.

Estos y otros pasos similares de Goulart que eran formalmente neutrales pero en realidad conciliatorios con la derecha, aseguraron que las reformas nunca fueran promulgadas. La crisis económica se profundizó inevitablemente al no ser nunca enfrentada por el gobierno. En diciembre de 1963 Leonel Brizola observó que antes el nivel de precios tardaba cuatro años en duplicarse, después dos, en los últimos meses poco más de un año y



que si en 1964 las cosas seguían iguales se duplicarían en seis meses, después en tres meses, y antes de las elecciones programadas para 1965 estarían ya duplicándose cada día. De esta manera su cuñado Brizola, cuya firme actitud en agosto de 1961 había salvado la presidencia para Goulart, opinaba ahora públicamente que si Goulart continuaba evadiendo la confrontación con la crisis, esta misma crisis haría políticamente imposible celebrar elecciones en 1965. Otros, incluido el que escribe estas líneas, opinaban que nunca podría completar su periodo en el cargo. Durante todo el final de 1963 y comienzos de 1964 se planearon y fueron casi lanzados una serie de golpes, golpes preventivos y contragolpes, por grupos que representaban varias partes del espectro económico y político. Era casi seguro que uno de ellos se haría efectivo. Las únicas dudas eran qué pretexto, momento e instrumento sería usado y quién finalmente resultaría vencedor.

Siguiendo el clásico modelo fascista de Alemania, Italia, Francia y otros países, la inflación, la inseguridad económica y la inestabilidad política atrajeron cada vez más el apoyo financiero de la clase media y del exterior e interior hacia los archienemigos de Goulart, los gobernadores "anticomunistas" Carlos Lacerda y Ademar de Barros, de Río de Janeiro y São Paulo. Una investigación federal parlamentaria reveló que Lacerda, ahora generosamente provisto por los fondos de la Alianza para el Progreso, había importado auténtica tropa de asalto de Alemania para ayudarlo a dirigir su fuerza de policía, establecer un campo de concentración y torturar a prisioneros políticos. Más allá de esto él es el candidato de la ultrarreacción para presidente y, según su propia y orgullosa admisión, ha sido el principal conspirador en el derrocamiento del presidente Goulart y su gobierno.

Las fuerzas progresistas, incluidos los intereses comerciales brasileños nacionalistas, habían ofrecido a Goulart una alternativa: dejarlos tener una verdadera ingerencia en el gobierno. Agrupados, aunque no organizados, formaban un frente popular interpartidario que indefinidamente unía a los congresistas progresistas, a las federaciones de campesinos y sindicatos, asociaciones estudiantiles, grupos de oficiales y sargentos progresistas de las fuerzas armadas, así como también a los grupos económicos nacionales que los apoyan. Este frente urgía a Goulart a que pasara varios ministerios a sus representantes, con Leonel Brizola y el general Osvaldo Alves en los ministerios claves de Hacienda y de Guerra. Goulart vaciló —y rehusó. Nombrando en su lugar a otro banquero representante de los intereses financieros brasileños y norteamericanos en el Ministerio de Hacienda, Goulart trató de seguir manejando los negocios políticos como siempre. La crisis económica continuó: el cruzeiro, que se había elevado a 600 por dólar después del plebiscito y había caído a 1 000 al final del año, llegó a más de 1 700 poco antes del golpe.

En marzo Goulart trató nuevamente de posponer las demandas de las fuerzas progresistas. En asuntos exteriores tomó una actitud firme en el problema de Cuba, una posición fuerte en la crisis de Chipre y en el debate

sobre el desarme de Ginebra, y sobre todo en la Conferencia de Comercio Mundial de Ginebra, donde Brasil y sus intereses económicos nacionales tomaron el liderazgo en el desafío de las naciones subdesarrolladas a los intereses económicos norteamericanos y europeos. Internamente ofrecía más representaciones teatrales políticas. Después de meses de debilitarlo Goulart finalmente firmó un decreto económicamente insignificante expropiando granjas políticamente seleccionadas de más de 500 hectáreas que bordeaban algunas vías fluviales y rutas de transporte federales; expropió algunas pequeñas compañías petrolíferas *brasileñas* (con lo cual fortaleció a sus rivales norteamericanos); e introdujo un proyecto en el Congreso que legalizaría nuevamente al partido comunista —ya tiene dos diputados— cuyo número insignificamente pequeño de afiliados lo apoyaba a él políticamente porque temía la persecución personal que ellos y otros sufrirán ahora. El partido tiene extensos antecedentes públicos de ser aún más conservador que el propio cuñado del presidente, Brizola, y los grupos económicos que lo apoyan.

Los intereses comerciales agrícolas norteamericanos y nacionales y sus representantes políticos y militares barajaron ahora varios planes de golpe y alineamiento más febrilmente que nunca. Sea o no coincidencia vale la pena notar que éstos se cristalizaron finalmente en acción —como ocurrió después de la Petrobras y Electrobras de Vargas en 1954 y después de la política independiente de Quadros en la Conferencia de Punta del Este en 1961— inmediatamente después de otro desafío brasileño a los intereses norteamericanos, esta vez en la Conferencia de Comercio Mundial de Ginebra. Lo único nuevo es la velocidad y la desembozada insensibilidad del apoyo oficial norteamericano al golpe militar. Dentro de las veinticuatro horas y mucho antes de que se supiera si el presidente Goulart abandonaría Brasil, Lyndon Johnson envió al viejo sustituto, Rainier Mazzilli sus "más calurosos buenos deseos por vuestro comienzo como presidente de los Estados Unidos del Brasil", y notó que la "amistad y la cooperación entre nuestros gobiernos y pueblos son [...] un bien precioso en la vida de paz, prosperidad y libertad de este hemisferio y de todo el mundo". El secretario de Estado Rusk y su ayudante Thomas Mann rápidamente prometieron más "ayuda" por esta cooperación —cambiar la política de Brasil acerca de Cuba, comercio, expropiaciones, etc.

Está claro que, lejos de haber nunca lanzado o seriamente amenazado con lanzar un programa de reforma progresista y mucho menos radical, Goulart, como Frondizi y otros antes que él, había consistentemente fallado en atacar cualquiera de las causas de la crisis de la cual resultó víctima. La lección es clara. Goulart fue derribado por el conservadurismo nacional y norteamericano; no porque se movió hacia la izquierda, lo que no hizo, sino porque se aferró a la derecha y de esta manera estuvo totalmente incapacitado para enfrentar la fundamental crisis económica. Por mucho que uno se mueva hacia la derecha en una atmósfera de caos político, la



reacción puede ser aplacada sólo temporalmente; nunca está satisfecha. La reacción convierte al final a sus renuentes sirvientes en corderos propiciatorios.

PD. Septiembre de 1964. "Quiero aprovechar este conducto para expresar mi satisfacción personal a cada agente estacionado en Brasil por los servicios prestados en lograr *Overhaul* [...] La CIA jugó bien su papel y logró mucho; no obstante, los esfuerzos de nuestros agentes fueron en especial valiosos. Estoy especialmente satisfecho de que nuestra participación en el asunto se mantuviera secreta, y que el gobierno no se viera obligado a hacer desmentidos públicos [...] Atentamente, J. E. Hoover." Así escribe, en confirmación de nuestro análisis, el director del United States Federal Bureau of Investigation (FBI), según la fotocopia de una carta escrita en papel con membrete oficial que le atribuyó y publicó un periódico chileno.

"¿Ha oído usted la noticia de cómo el bloque latinoamericano se empleó para quebrantar la solidaridad de los '75' [países subdesarrollados] en la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo de 1964 en Ginebra? Un papel clave lo jugó [el nuevo gobierno de] Brasil sacando a los latinoamericanos, lo que permitió por fin la victoria de las potencias occidentales." Así informa, en confirmación de nuestras predicciones, un observador de Ginebra.

"Cuando los empresarios se volvieron revolucionarios" Así, *Fortune*, la revista de las grandes empresas norteamericanas, intitula un artículo con el subtítulo "Una historia hasta ahora desconocida: cómo los empresarios de São Paulo conspiraron para derrocar el gobierno infiltrado por comunistas en Brasil".

La descripción que Carlos Fuentes hace de América Latina como de un "decrépito castillo feudal con una fachada capitalista de cartón" es indudablemente poética. Pero es falsa. América Latina podría ser considerada mejor como un decrépito castillo capitalista con fachada de apariencia feudal. El error de Fuentes es sintomático y apunta incluso al meollo de la teoría recientemente expuesta en *Whither Latin America?* (*¿A dónde va América Latina?*), editado por MR. Press. Porque el hecho de que la mayoría de los autores del libro atribuyan muchos de los males pasados y presentes de América Latina el feudalismo más bien que al capitalismo, desvirtúa su comprensión del desarrollo pasado del continente —y por lo tanto del propio capitalismo— y torna dudosa y equívoca, en el mejor de los casos, su consideración acerca del futuro de América Latina.

Excepción hecha principalmente de las "notas" finales de Sweezy y Huberman, creo que podemos trazar una exposición compuesta de los doce ensayos —sin violencia ni injusticia para ninguno de los nueve autores— combinando las proposiciones siguientes: 1] América Latina recién acaba de entrar en la corriente de la historia mundial como parte integral y determinante (Fuentes, p. 23; Johnson, p. 25). 2] Su anterior irrelevancia es resultado de la construcción en América Latina —por parte de Europa— de un castillo feudal que, aunque pueda haber sido imponente en su época, se encuentra ahora en estado de decadencia (Fuentes, *passim*; Johnson, p. 33; Frank, pp. 62, 72; O'Connor, p. 91; Julião, p. 106; Agustín, p. 106). 3] Mientras tanto, las regiones de capitalismo avanzado, desarrolladas en forma más o menos independiente del resto del mundo, dejaron atrás a América Latina, consumiéndose en su propio caldo feudal (Fuentes, pp. 10-11; Johnson, p. 27; Huberman, p. 50). 4] En razón de haber ocurrido un proceso no sólo entre los países sino también dentro de ellos, América Latina tiene ahora una sociedad dual —o tal vez sean dos—: una agraria, feudal o semifeudal, arcaica, retrógrada, etc.; la otra urbana, capitalista, comercial, industrial, moderna, etc. Cada una de esas sociedades es en gran medida autónoma e independiente de la otra (Fuentes, pp. 11-12; Frank, pp. 62, 85). 5] El imperialismo reside primordialmente en la actividad económica extranjera de explotación; y le haría mucho bien a América Latina que esta actividad fuera suprimida, desviada o controlada (Fuen-

\* Este ensayo apareció como reseña del libro en *Monthly Review* de diciembre de 1963, y en varias versiones en español. Las mencionadas críticas del autor se refieren a los capítulos 17 y 19 del presente libro.



tes, pp. 14-15; Johnson, p. 33; Observer, p. 43; Huberman, p. 56; Frank, pp. 80-81; Agustín, p. 120). 6] Son los referidos rasgos los que, junto con una pobreza generalizada y persistente, caracterizan el subdesarrollo (Johnson, p. 28; Huberman, pp. 48-49). 7] El desarrollo económico de América Latina —pasado, presente y futuro— se atribuye en gran proporción a una suerte de radiación emitida desde un centro metropolitano local y/o extranjero; y se sostiene que la periferia puede, a través de la cooperación, los acuerdos y la alianza con la metrópoli capitalista, extraer beneficio de esa corriente (Fuentes, p. 23; Johnson, p. 28; Observer, pp. 43, 45; Sweezy, p. 70). 8] Esta corriente, y por tanto el desarrollo económico, ha sido demasiado lenta, derivando así en dos consecuencias alternativas o incluso simultáneas: han surgido movimientos económicos y políticos izquierdistas, burgueses y parlamentarios tales como el APRA en Perú, Acción Democrática en Venezuela, el goulartismo en Brasil, que entrañan o entrañaron la promesa de cambiar realmente todo lo anterior y hacer perder sentido al socialismo para el país en cuestión (Johnson, pp. 28, 37); y/o 9] América Latina se encuentra ahora en un estado tal de fermento revolucionario que los pueblos pueden en cualquier momento, a través de un acto de voluntad y decisión, destruir toda esta estructura y reemplazarla por un socialismo libertador (Fuentes, p. 9; Observer, p. 46; Frank, pp. 63, 89).

Sostengo que estas descripciones interpretativas están en su mayoría equivocadas si se las toma individualmente, y resultan gravemente equivocadas si se las considera en conjunto.

Algunos de los errores de información o interpretación de los autores referidos son dignos de mención. La base de nuestro poder político, al contrario de lo que dice Fuentes (pp. 13-14), no la constituyen los señores feudales, y los ejércitos latinoamericanos no son ejércitos de casta (p. 18). Los sobrantes agrícolas de Brasil no son, como Johnson sostiene (pp. 27, 35), debidos a la eficiencia de la producción agraria. Perón no tenía un programa de industrialización rápida en la Argentina, ni fue él quien causó las dificultades del país (Johnson, p. 37). El APRA y Acción Democrática no son partidos de izquierda (Johnson, p. 37). La reforma agraria de Venezuela, salvo en el sentido de que mantiene el statu quo, está lejos de ser un programa ambicioso (Observer, p. 42). La reforma agraria "Tipo Conservador 1" no es ni con mucho el último recurso de los terratenientes (Frank, p. 57). Los campesinos no están realmente incorporados a la sociedad nacional (Frank, p. 59). Los fracasos de México no se deben tan exclusivamente a la falta de solución del problema de la tierra (Frank, pp. 66, 77). Y los regímenes de Guatemala, Perú, Venezuela, Colombia, etc., tienen para rato y no afrontan el peligro de un colapso inminente (Frank, p. 88).

Una pintura más exacta desde el punto de vista de los hechos y más sólida en cuanto a la teoría podría ser la siguiente: Las sociedades latinoamericanas resultaron de la expansión mundial del mercantilismo "occi-

dental", del capitalismo y del imperialismo. Es característico que tal expansión haya tomado en todas partes la forma de un desarrollo dialéctico simultáneo e interrelacionado cuyas manifestaciones, cada una de ellas causal y a la vez efecto de la otra, se conocen hoy bajo los nombres de desarrollo económico y subdesarrollo económico. Este desarrollo capitalista, con su conexas explotación del sector "subdesarrollado" por parte del "desarrollo" a través del monopolio que este último ejerce sobre la fuerza, el capital y el comercio, se manifiesta en muchos niveles: internacionalmente entre los países metropolitanos y periféricos, e internamente entre las regiones "avanzadas" y las "atrasadas", entre la ciudad y el campo, entre el comercio y la industria y la agricultura, entre la agricultura "moderna" y la "atrasada". Si este proceso no es contemplado como un todo —como el desarrollo dialéctico de un sistema capitalista único— queda la puerta abierta a la mala interpretación de los resultados como algo emanado de un sistema dual o de dos sistemas distintos —el mundo de los ricos y el mundo de los pobres—, y también a la interpretación equivocada del primero como "capitalista" y del segundo como "feudal". Inclusive, como veremos, este error acarrea serias consecuencias a través de casi todos los ensayos que estamos examinando.

En contraposición al cuadro presentado por *Whither Latin America?*, propongo el siguiente: la región ha jugado durante casi cinco siglos un papel integral y contundente en el desarrollo mundial. Al contrario de lo que dicen Carlos Fuentes y otros, el "atraso" y el "subdesarrollo" y la aparición de relaciones feudales, lejos de ser restos sobrevivientes de algún antiguo orden feudal en América Latina, son el resultado del "desarrollo" económico bajo el propio capitalismo. Sin duda es difícil de entender por qué o de qué manera, como se afirma, el sistema capitalista comercial e industrial en expansión pudo tener el interés o la posibilidad de establecer un sistema feudal, es decir, cerrado, en América Latina. Desde luego, hizo todo lo contrario: incorporó a América Latina, e igualmente a Asia y África, dentro de su propia estructura. En este proceso, por cierto que surgió una especie de sociedad dual en América Latina, pero no en el sentido arriba mencionado de dos partes separadas, un sector campesino, "feudal", aislado de la sociedad capitalista nacional e internacional. Al contrario, es una sociedad dialécticamente dual con partes diferentes, pero no separadas: una explotada por la otra. Si los indios de los Andes y de la Sierra Madre están "aislados", es porque el retraimiento ha sido su única (y muy parcial) protección contra la explotación de sus tierras y su trabajo por los capitalistas. El poder, como todo lo demás en los sectores rurales "provinciales", está íntimamente relacionado con la sociedad capitalista urbana e internacional a través de las relaciones económicas (sobre todo comerciales), políticas (sobre todo parlamentarias respaldadas por la fuerza) y sociales que los vinculan entre sí. Los superávits, agrícolas o de otro tipo, son resultado no de la eficiencia de la producción sino que por el contrario,



al igual que la explotación y las ganancias relacionadas con ellos, son producto de la monopolización de aquellas relaciones. Y lo que es menos cierto —y ni siquiera posible— es que la base del poder nacional en América Latina la constituyan los señores "feudales". Al contrario, el poder y la determinación de la suerte del país han descansado en la oligarquía burguesa comercial y financiera, interna y externa, cuya fortuna, a la vez, está determinada por su participación en el sistema imperialista.

El imperialismo, de esta suerte, reside no sólo en esta o aquella compañía extranjera que explota las economías latinoamericanas; es la estructura de todo el sistema económico, político, social —y también cultural— dentro del cual América Latina y todas sus partes, no importa cuán "aisladas", se encuentran asociadas en tanto que víctimas de la explotación. La primacía de esta estructura imperialista en la determinación de todo lo demás torna completamente imposible que las dificultades de la Argentina puedan deberse a Perón o aun al peronismo, y harto improbable que la razón primaria del fracaso de la Revolución Mexicana pueda encontrarse en su incapacidad de resolver el problema de la tierra, o que la reforma agraria sea necesariamente más trascendente que la nacionalización del petróleo. La pobreza y la riqueza son los síntomas del subdesarrollo y del desarrollo, los cuales a su vez están arraigados en la estructura explotadora del sistema colonialista-imperialista-capitalista y determinan que éste tome la forma del rascacielos de aluminio o del camino del tabaco. El desarrollo no puede, por lo tanto, irradiarse del centro a la periferia. La periferia, en cambio, puede desarrollarse sólo si rompe las relaciones que la han hecho y mantenido subdesarrollada, o bien destruyendo la totalidad del sistema. Nada es menos cierto —y ni siquiera posible— que el que una relación de cooperación o alianza entre las dos partes capitalistas del sistema pueda funcionar en beneficio de la parte subdesarrollada. Al contrario, esta relación de explotación es una de las contradicciones primarias del capitalismo que, hasta que sea resuelta, continuará generando más y más subdesarrollo.

Si la descripción anterior de América Latina es exacta, aunque sea en sus líneas generales, no puede admitirse, como Sweezy y Huberman acertadamente observan en sus "notas", que la revolución capitalista burguesa (contra el feudalismo) esté aún por hacerse en América Latina, ni que los movimientos burgueses —a través del proceso electoral, la "reforma agraria" tipo Betancourt o cualquier otro sistema que se conserve dentro de la estructura presente— puedan abolir el subdesarrollo y la miseria. El Estado en América Latina, en mayor medida que el descrito por Lenin en *El Estado y la revolución*, es un instrumento de la burguesía porque él y sus instituciones asociadas son parte de un sistema capitalista no sólo nacional sino incluso internacional, es decir, imperialista. Esta combinación explotadora debe, desde luego, ser destruida; y esta destrucción, evidentemente, no puede ser llevada a cabo confiando exclusivamente en las propias instituciones capitalistas-imperialistas. Por otra parte, la precedente descrip-

ción no nos aporta razón alguna para creer que el sistema no pueda perpetuarse más —aun a un costo tremendo— o que la revolución socialista sea inminente ni vaya a producirse cuando las masas latinoamericanas decidan que ya están hartas y que ha llegado el momento de la revolución. Por el contrario, la revolución es resultado de la profundización de estas contradicciones dentro del capitalismo y de la organización revolucionaria que resulta de tales contradicciones y debe aprovecharlas.

La segunda gran debilidad del volumen que examinamos reside en que los informantes casi unánimemente dejan sin analizar la relación entre el desarrollo de estas contradicciones y la organización del esfuerzo y del proceso revolucionario. Al dejar de vincular su análisis del futuro al análisis del pasado, o derivar aquél de éste, recurren a predicciones *ad hoc* que a menudo son erróneas, cosa que no es de sorprender. Los ensayos que menos exhiben esta debilidad —la conclusión de Sweezy y Huberman y el artículo de Salazar Bondy— resultan estar, en su análisis del pasado, más de acuerdo con la interpretación del desarrollo capitalista expuesta en nuestro presente examen que con la descripción combinada que surge del resto de los ensayos. En cuanto a estos últimos, su visión del futuro está sujeta a la crítica —y al rechazo— por tres razones primordiales. Primera: sus autores se las componen para deducir futuros sin fundamento —revolución socialista inminente vs. progreso burgués que torna sin sentido al socialismo— a partir de un común análisis del pasado. Segunda: ninguna de estas predicciones muestra indicio alguno de estar cumpliéndose. Y tercera: no se hace en estos ensayos tentativa alguna de indicar *cómo* podrían convertirse en realidad estas predicciones y/o políticas.

Naturalmente, es imposible dentro de los límites de un breve análisis presentar algo que se parezca a un examen completo de los probables acontecimientos futuros de América Latina. Sin embargo, evidentemente la mera crítica negativa no basta: debe hacerse al menos un esfuerzo para exponer algunos de los factores fundamentales que han de ser tenidos en cuenta.

El desarrollo del capitalismo mundial desde la segunda guerra ha traído consigo una profundización de las contradicciones entre el desarrollo y el subdesarrollo en el mundo no socialista. La brecha se ha ensanchado, profundizándose el conflicto entre la metrópoli imperialista y su periferia; y el subdesarrollo ha aumentado (no disminuido) en términos absolutos en la segunda (como síntoma, la producción y el consumo per cápita de alimentos en el Asia no socialista, África y América Latina ha decaído en general desde antes de la guerra). Del mismo modo, la contradicción entre regiones y sectores ubicados dentro de la misma periferia. En América Latina, la depresión y la guerra crearon un relativo aislamiento (¡protección!) que a su vez resultó, para ciertos países, en un surgimiento de la industrialización autónoma. Después de la guerra sobrevino una "luna de miel" a expensas de las reservas de divisas acumuladas durante la contienda y una ola de



regímenes "liberalistas". Pero la luna de miel tocó pronto a su fin. Simultáneamente con el retorno del capitalismo a la "normalidad" y su renovada ofensiva caracterizada por la guerra de Corea, los términos de intercambio de América Latina comenzaron nuevamente a declinar —y a elevarse paralelamente los déficits del balance de pagos—; todo ello acompañado por una ola de gobiernos "dictatoriales". Con las dificultades que ya existían en sus países, estos gobiernos produjeron una intensificación del problema —con resultados que hoy están en evidencia— al proporcionar concesiones "liberales" al imperialismo, ahora no sólo en minería y servicios sino también en artículos de consumo y productos industriales orientados al público de mayores ingresos. Ya endeudada y bajo el control de la metrópoli, América Latina se hundió más profundamente en la subyugación imperialista. A pesar de la pobreza de la región y contra todas las reglas de la economía ortodoxa, las exportaciones de capital a la metrópoli, principalmente a los Estados Unidos, aumentaron, abriendo así las puertas a una dependencia y a una subyugación todavía mayores.

El creciente subdesarrollo estructural interno de América Latina quizá permaneció inicialmente oculto a los ojos de sus propios hijos al ser confundido, como lo es hasta hoy por la opinión metropolitana, con algunas apariencias exteriores de desarrollo económico, especialmente en la manufactura de artículos de consumo y la provisión de servicios, que incidieron en el crecimiento de las "clases medias" productoras y consumidoras de tales bienes. Podría decirse que cobraron así importancia cuatro grupos sociales. El monopolio de la producción y *distribución* agropecuaria, la declinación de la tasa de crecimiento de las exportaciones de bienes primarios, a menudo el descenso de los beneficios de exportación y, por cierto, el aumento de las importaciones de alimentos de los Estados Unidos, obligaron a los campesinos a abandonar la tierra en éxodos rurales masivos. Muchos de estos ex-campesinos permanecieron inasimilados a la economía urbana y se convirtieron en el siempre creciente sub o lumpenproletariado flotante de los tugurios suburbanos. Éste es el primer grupo a que nos hemos referido. Otros, expulsados de las tierras, y algunos de los tugurios, pasaron a incorporarse al segundo grupo, la clase trabajadora, en el sentido más restringido de esta definición, al obtener empleos en las industrias manufactureras y de servicios. El tercer grupo lo constituyeron en su mayor parte los trabajadores "de cuello blanco", empleados de oficinas burocráticas gubernamentales, administraciones comerciales, bancos, etc. En algunos países este grupo ha llegado a integrar del 40 al 45 por ciento de la fuerza laboral. Por último, las ganancias derivadas de estos procesos, y sobre todo de la inflación que los acompañó, sirvieron al mismo tiempo para encumbrar y para modificar al cuarto grupo, la burguesía propiamente dicha.

Al contrario de las presunciones originadas en la teoría hecha sobre la experiencia de la metrópoli y de la antigua función progresista de las clases medias independientes en esta última, la evolución descrita ha contri-

buido en América Latina no a promover el desarrollo sino a aumentar el subdesarrollo. Es más: estos grupos son en su mayor parte una fuerza conservadora, no progresista.

En América Latina la economía depende cada vez más de la exportación primaria de un solo producto, y está sujeta a un mercado exterior inestable y de crecimiento cada vez más lento que constituye la única base de apoyo de un sector de servicios hipertrofiado. Lo que hace falta son industrias de artículos básicos de producción que, cuando existen, caen bajo el control creciente de los intereses extranjeros que se infiltran en el sector a ritmo alarmante. En consecuencia, la economía inevitablemente carece de posibilidades de crecimiento autónomas a largo e incluso a mediano plazo; está sujeta a graves presiones inflacionarias; es en extremo inestable y constituye presa fácil para una mayor penetración imperialista. Todos estos elementos y fuerzas se agravan recíprocamente e interactúan con las condiciones subyacentes en un círculo vicioso, para ilustrar el cual tal vez sea el mejor ejemplo el de la Argentina.

Las consecuencias políticas no son alentadoras en lo inmediato. Los miembros de los tres primeros grupos sociales y los nuevos integrantes del cuarto consideran típicamente su reciente ingreso en el grupo como su "revolución personal". Como el hombre de cuello blanco de C. Wright Mills, los miembros de los grupos trabajadores y medios se convierten en partes dependientes de una burocracia pública o privada que exhibe una marcada relación con la burguesía: obtienen de la burguesía una posición social, un bienestar y un aparente ingreso que los distinguen de los campesinos y del proletariado urbano inferior; en retribución, y especialmente a través del sindicalismo organizado y del apoyo político de los grupos medios a las medidas políticas centristas y derechistas, sostienen el statu quo. Los ingresos son sólo aparentes porque, desde luego, la inflación barre sistemáticamente sus ganancias monetarias y transfiere los ingresos de los tres grupos, así como de los campesinos, a la burguesía y a los imperialistas que se benefician con las medidas generadoras de inflación.

A pesar de todo, estos recién llegados constituyen núcleos relativamente privilegiados, a menudo una verdadera aristocracia del proletariado, que puede ser una fuerza progresista limitada en tanto aspire a obtener conquistas mayores, pero que, cuando sus ventajas anteriores se ven amenazadas —y en esto se distinguen sobre todo los grupos medios—, pasan a constituir la principal fuente de apoyo popular de los políticos y de las "soluciones" de extrema derecha que prometen "restablecer la estabilidad", esto es, proteger y conservar sus beneficios recién adquiridos. De tal modo, cuando flaquea el mercado de exportación y los ingresos más altos se ven amenazados, estos grupos son los primeros que cesan de clamar por un futuro mejor y vuelven los ojos al pasado para tratar de conservar lo que ya tienen, apoyando a la derecha de tipo fascista. Por paradoja, se les unen en esta acción política muchos de los que tuvieron un pasado mejor, con frecuen-



cia en las provincias, antes de que la brecha entre el desarrollo y el subdesarrollo socavara sus posiciones intermedias, y que ahora adoptan la actitud del avestruz, hundiendo sus cabezas en la cambiante arena de la política de ultraderecha.

La burguesía, tanto en América Latina como en la metrópoli, es, desde luego, la principal beneficiaria del sistema. Aunque hay intereses en conflicto y alianzas efímeras, las supuestas contradicciones fundamentales entre la "burguesía nacional", los "señores feudales", la "burguesía compradora" y los "imperialistas", como justamente lo señalan Huberman y Sweezy y a despecho de toda la cháchara en sentido contrario, son en gran medida un mito. En primer lugar, como se destacó más arriba, las economías latinoamericanas tenían que llegar a ser lo que son como parte componente del capitalismo —antes colonialista, ahora imperialista. En segundo término, fuera de la Argentina, México y Brasil, no puede hablarse de burguesía nacional porque la función de los países dentro del sistema conjunto no dejó lugar para la industria nacional. Sus burguesías, lejos de ser independientes en el clásico sentido europeo, son los grupos internos que offician de clientes de los intereses extranjeros, y los beneficiarios internos del sistema capitalista global que se extiende desde Nueva York hasta la más "aislada" granja o aldea provincial. Lejos de hallarse en fundamental conflicto con cualquiera de estos explotadores "feudales" imperialistas o domésticos, las burguesías se intervenculan íntimamente y recogen su parte del beneficio en cada una de las encrucijadas económicas, políticas y sociales del sistema.

En los países que cuentan con cierta industria, la situación real no es fundamentalmente distinta. Sólo resulta más complicada en el sentido de que los intereses industriales internos se encuentran también ligados económica y políticamente a los intereses agrarios, mineros, financieros, comerciales internos y externos, y especulativos en general. A menudo varios de estos "sectores", o todos, se combinan en un solo grupo financiero, compañía o familia. Un grupo puede estar enfrentado a los otros mientras ello sea viable, pero cuando la evolución del sistema, y sobre todo las presiones populares, amenazan su fuente común de beneficios de explotación, rápidamente se aglutinan en un frente reaccionario, arrastrando consigo al mayor número posible de miembros de otros grupos. Si la contradicción fundamental del mundo subdesarrollado se encuentra entre todos ellos y aquellos a quienes explotan, ¿cómo podía ser de otro modo?

América Latina —e indudablemente el mundo en su conjunto— se encuentra de nuevo en una ola derechista de este tipo. Como lo atestiguan el hambre en escala continental y la creciente crisis de las balanzas de pagos, la economía ha entrado de nuevo en una fase amenazada por el desastre. Al mismo tiempo, Cuba produjo algún pánico entre quienes tienen algo que perder, y los Estados Unidos lanzaron una campaña "anticomunista" de magnitud sin precedentes en América Latina. Como resultado de estos

factores, la región, lejos de estar "desplazándose a la izquierda", como se ha venido proclamando, en realidad está marchando una vez más "hacia la derecha". Las burguesías conducen el movimiento a través de los golpes parlamentarios "legales" en donde puede hacerlo, y mediante los famosos golpes militares donde se ve obligada. Tal vez no pueda preverse todavía cuánto durará este renovado pero provisorio envión derechista.

Los campesinos y, en algunos casos, ex-campesinos desocupados de la ciudad, son los que no tienen nada que perder y sí todo por ganar de la revolución. Para muchos países latinoamericanos, como Brasil, Venezuela, Argentina y la Cuba prerrevolucionaria, es derecho ilegítimo y equívoco hablar de "campesinos" en el sentido tradicional de cultivadores autónomos y más o menos independientes. En realidad, estos "campesinos" forman el proletariado real —la fuente de trabajo dependiente, insegura, a menudo burocratizada, de ingresos residuales, explotada— ya permanezcan aun en la tierra o sean arrojados al submundo de los tugurios urbanos. Es sobre sus hombros donde se apoya todo el "decrépito castillo". Por paradoja, empero, la mayor parte de lo que se habla acerca de la revolución proviene de los grupos relativamente mejor ilustrados y más privilegiados del trabajo, de las clases medias e intelectuales e incluso de los militares. Esta gente, cuando llega la hora decisiva o aun antes, tiende a abandonar la revolución y se contenta con las reformas. Vale decir, lo que se habla de la revolución es hasta ahora, en su mayoría, sólo eso: pura charla. Los proletarios rurales y de las villas urbanas de emergencia, por el contrario, tienden a ver las cosas con una perspectiva más corta, y a interesarse sólo por la tierra o el empleo que necesitan pero que no poseen. La capa dirigente "revolucionaria", incluso muy especialmente la de los sindicatos y la de los partidos comunistas, ha provenido hasta ahora sólo del lado de los "habladores", y es, como lo demuestran los hechos, marcadamente reformista-revisionista. Más aún: en todos los casos, antes de lo de Cuba, y en la mayoría de ellos hasta la fecha, los líderes sólo se han conducido recíprocamente entre ellos dejando al proletariado rural y de los tugurios urbanos, así como al lumpenproletariado —si realmente lo es— librado enteramente a sus propios medios. Aun ahora que se ponen en marcha algunos esfuerzos dirigidos al campo, ellos no son en rigor otra cosa que la extensión al campo del revisionismo de la ciudad, largamente ensayado e ineficaz.

¿De dónde, entonces, vendrá la revolución, y cuándo? No cabe aquí una respuesta sencilla, y ninguna esperanza o profecía puede bastar. La contradicción desarrollo-subdesarrollo se profundizará sin duda en lo internacional y en lo interno. La mecánica del capitalismo dependiente en el mundo subdesarrollado nunca ha permitido hasta ahora una salida al subdesarrollo, y no promete ofrecerla en la actualidad. El subdesarrollo se intensificará. La archiexperimentada combinación sucesiva (y a veces simultánea) de la mistificación "liberalizadora" con los regímenes "dictatoriales" y el aumento



de la infiltración extranjera, conducida por y para la burguesía, dejarán nuevas marcas sobre sus víctimas. Las "reformas" de derecha tendrán, parece probable, cada vez menos éxito en su función mistificadora; y sus acciones más ofensivas (desde su punto de vista, defensivas) provocarán aquí y allá reacciones populares izquierdistas. Éstas tendrán que ser aprovechadas para ayudar a la creación de condiciones revolucionarias. Los repetidos fracasos del reformismo burgués deben ser utilizados para el esclarecimiento popular sobre el origen de las dificultades. Hay que corregir algo de la miopía de ciertos sectores populares. Éste es trabajo de revolucionarios, toda vez que los reformistas sólo buscan inducir al pueblo a sustituir una reforma por otra. Las reacciones populares ante los ataques burgueses deben canalizarse hacia formas revolucionarias sólidas y acumulativas, so pena de disipar su energía y contribuir a una sensación popular de desvalimiento y fracaso. Ésta es también tarea de revolucionarios, no de reformistas. Ambos cometidos revolucionarios deben estar dirigidos a conquistar para el movimiento revolucionario del pueblo a algunos de los grupos populares, incluida una parte de los militares, a los cuales la burguesía ha engañado hasta ahora mistificando y reprimiendo el sentimiento popular. Todo esto está ocurriendo, en mayor o menor medida, en la América Latina de hoy.

Pero el pueblo y sus líderes tendrán también que pasar a la ofensiva; no pueden limitarse a esperar que las condiciones maduren. Una guardia de avanzada de la revolución, semejante a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela, debe asumir la ofensiva aun cuando la victoria final no esté todavía al alcance de la vista; consagrarse al objetivo en lo interno como el mundo socialista lo hace ya en lo internacional; forzar la mano de la burguesía obligándola, por ejemplo, a despojarse de su máscara "democrática" y contribuir a la acumulación de experiencia revolucionaria. Y lo más importante: estos pasos deben preparar al pueblo y a sus líderes para actuar decisivamente cuando la oportunidad esté madura, lo cual se produce generalmente con escaso o ningún aviso previo. Ésta es la tarea de los revolucionarios. Los revisionistas reformistas, en lugar de ello, han llevado en los últimos años a los pueblos latinoamericanos a estar cada vez menos —no más— preparados para sacar provecho de la oportunidad revolucionaria. No servirá de nada limitarse a esperar que el hierro esté caliente para golpear. El hierro, al menos en parte, debe golpearse también para calentarlo, obteniendo así la experiencia necesaria para dar el golpe cuando inequívocamente haya llegado el momento. La reciente apertura del "tercer gran debate" entre revolución y reforma contribuirá, tal vez, a adiestrar a los revolucionarios de América Latina, como contribuyó en su tiempo al segundo debate en la Unión Soviética.

Ninguna crítica honesta y constructiva de la obra de Régis Debray puede dejar de rendir tributo a su importancia y a sus méritos. Como documento revolucionario concebido dentro de la mejor tradición de los escritos políticos, la serie de ensayos de Debray ha abordado directamente, y nos ha obligado a abordar, problemas políticos que son los más importantes de nuestro tiempo y que muchos han tratado de eludir. Debray critica de modo convincente las tendencias seudorrevolucionarias, y propone, honradamente, un llamamiento a la revolución armada. Por otra parte, su conducta personal se compagina con este llamamiento, que es más de lo que la mayoría de nosotros podemos decir de nosotros mismos. Pero todo esto, como sin duda él sería el primero en admitirlo, no coloca la obra de Debray por encima de la crítica. En todo caso, subraya la fundamental importancia de una crítica, siempre que sea realmente objetiva, de los escritos de Debray.

Las tesis de Debray, según nuestra apreciación, merecen la crítica por dos motivos principales: primero, no derivan de un *análisis* fundamental de la sociedad latinoamericana, y menos aún de su estructura de *clase*; segundo, y como consecuencia, divorcian la *teoría* de la práctica, malinterpretan la naturaleza de la revolución latinoamericana y subestiman el rol político de la actividad militar y de la participación de las masas, así como de sus relaciones recíprocas. La falta de análisis de la sociedad no sería muy grave en su ensayo político (a diferencia de un trabajo analítico) si no diera por resultado el perpetuar, en una forma diferente, la misma debilidad política que el propio Debray aspira a corregir en la política revolucionaria de América Latina. Al formular estas críticas, apuntamos a las conocidas tesis centrales de Debray antes que a afirmaciones aisladas "citables" de sus escritos, las cuales a menudo contradicen sus propias tesis centrales.

1] Los escritos de Debray son, y como tales deben considerarse, ensayos políticos y no análisis políticos sobre la sociedad latinoamericana. Ningún análisis económico y social de América Latina va a encontrarse en los tres ensayos de Debray, ni tampoco en "América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria", que puede considerarse como el más analítico de todos. Concretamente, no hay un análisis de la estructura productiva o de clase de América Latina o de cualquiera de sus partes componentes. En consonancia con ello, Debray no hace un análisis político de la sociedad

\* 1968. Escrito con Said A. Shad.



latinoamericana, en tanto que elemento distinto y básico para el análisis que sí realiza de los movimientos políticos latinoamericanos. Tampoco fija Debray lugar alguno para tal análisis económico-político-social dentro de su programa político para la revolución latinoamericana.

Esta falta de análisis —y esta renuencia a apoyarse en el análisis— del ambiente y la dinámica social en que debe trabajar el revolucionario latinoamericano, ciertamente diferencia a Debray, y a la misma Revolución Cubana, de las revoluciones soviética, china y vietnamita, en las que no sólo Lenin, Mao Tse-tung y Ho Chi Minh, sino también muchos otros líderes se distinguieron por el análisis social sobre el cual se basaban tanto la teoría como la práctica revolucionarias. La dirección de estas revoluciones estudió y comprendió a las sociedades en las que se realizó con tanto éxito el trabajo político. Y según la declaración hecha por Debray durante su "proceso" en Bolivia, el propio Che estaba escribiendo con una mano una economía política de América Latina, mientras empuñaba el fusil con la otra.

El análisis, como cosa distinta del examen empírico de prueba y error, no significa importar el esquema "burguesía nacional vs. feudalismo" desde Moscú, ni el "frente unido cuatripartita" desde Pekín, ni siquiera la fórmula de la "revolución permanente de desarrollo desigual y combinado" de Trotsky. En América Latina es necesario analizar cómo se formó la estructura de clases y cómo ella sigue transformándose a través de la estructura colonial y neocolonial que el desarrollo capitalista mundial ha impuesto en todas partes del continente. Esto exige apoyarse en el *método* marxista para estudiar la realidad, y las variaciones de la realidad, en América Latina; y no permite la simple aplicación de esquemas o etiquetas, empleados incluso por Debray, como el de la "oligarquía feudal".

2] Debray divorcia —o al menos no acierta a casar— la teoría revolucionaria y la práctica revolucionaria. Al restar validez, y en consecuencia negarse a responder, a la cuestión de si la revolución latinoamericana es burguesa o socialista, Debray confunde la naturaleza de la revolución. Este error es, se nos ocurre, consecuencia directa de su renuencia a intentar el análisis necesario de la realidad socioeconómica latinoamericana, al margen de que Debray estime o subestime, como muchos afirman, la importancia de las enseñanzas europeas y asiáticas. Es más: la propia teoría de Debray sobre la Revolución Cubana se aparta en aspectos importantes de la práctica revolucionaria cubana. Por ejemplo, el Movimiento 26 de Julio posterior a Sierra Maestra, y su importancia política para la práctica revolucionaria, no encuentra su contraparte en el modelo de Debray. La observación de que este movimiento fue de escasa utilidad en punto a proveerle armas a Fidel, no basta para descartar su significación política, y es uno de los síntomas de que Debray subestima la política de la revolución, sea de la cubana o de otra. Por otra parte, el éxito de la Revolución Cubana no fue meramente alcanzado en la Sierra Maestra antes del 10. de

enero de 1959, como sugiere Debray, sino también en su desarrollo a través de Cuba después de esa fecha, como posiblemente lo admitiría Debray. Porque, como lo hizo notar Fidel en su discurso del 8 de abril de 1968,

con toda honradez, no podemos decir que el primero de enero [de 1959] fue el triunfo de la revolución. Tradicionalmente hemos identificado a la revolución sólo con la lucha armada, pero en realidad el primero de enero triunfó la rebelión [...] En aquellos tiempos iniciales, ¿podíamos decir, con verdad, que sabíamos qué era una revolución? En aquellos tiempos teníamos un sentimiento, que era el sentimiento de la lucha, el sentimiento de la rebelión...

De modo que, así como el 26 de julio de 1953 o el 2 de diciembre de 1956 no tenían por qué conducir necesariamente a la guerra de guerrillas (después de todo no era ése su propósito, ni fue el de otros levantamientos planeados o ejecutados en otras partes), así tampoco la lucha en la Sierra Maestra tenía por qué conducir necesariamente a la revolución socialista. Si la Revolución Cubana hubiera sido incapaz de avanzar después de 1959, desde luego habría sido desviada y derrotada completamente. Por suerte, el impulso y la dirección de la Revolución Cubana (derivados en parte de la movilización política posterior a Sierra Maestra) le permitieron escapar de la trampa burguesa. No todos los movimientos revolucionarios, ni aun los dirigidos por guerrillas, han logrado esto. La mayoría de ellos, y el argelino es el caso más notable, fracasó; y desde Prestes en Brasil hasta Machado en Venezuela, la lucha armada no ha podido ofrecer una garantía política contra el reformismo. Por contraste, la dirección política sobre la acción militar permitió a los chinos y vietnamitas impedir el descarrilamiento de la revolución. Más aún, debe hacerse notar que la estructura clasista cubana, la decisión tomada por la burguesía cubana de arrojar la toalla y escapar a Miami, y finalmente la correlación internacional de fuerzas, hicieron que la superación de las tentaciones burguesas fuera en Cuba más fácil de lo que es hoy en el resto de América Latina. En vista de ello, la descripción de Debray no es del todo exacta; y, especialmente si la Revolución Cubana ha de ser tomada como vanguardia y parte integral de la revolución latinoamericana, su modelo no puede constituir garantía de éxito.

Si Debray hubiera combinado un programa de acción revolucionaria con un análisis de la sociedad latinoamericana, o aun quizá de la sociedad cubana, en vez de derivarlo de un análisis (justo o no) de los movimientos revolucionarios cubano y latinoamericano, nunca habría llegado a aconsejar la práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria, o más bien con una teoría revolucionaria falsa. Concretamente, un análisis de la estructura clasista y neocolonial de América Latina permitiría a Debray entender que el actual desarrollo de una teoría revolucionaria socialista en América La-



tina es indudablemente una condición necesaria, si no suficiente, del éxito de la práctica revolucionaria. Más concretamente, se necesita una teoría revolucionaria correcta para asegurar que ante el primer obstáculo, la práctica revolucionaria no se desvíe en dirección a un *frente amplio* como el que hoy apoya Prestes en Brasil, a una *paz democrática* como la que ahora promueve Machado en Venezuela, ni a un NASAKOM (nacionalismo, islamismo y comunismo) como el que practicó Indonesia bajo Sukarno, y tenga que afrontar las inevitables consecuencias.

Un análisis de la estructura clasista latinoamericana revelaría quién es el enemigo al que hay que combatir (la burguesía no menos que el imperialismo), qué armas políticas tiene éste a su disposición (el reformismo y la tentación), con quiénes puede contar la revolución, cómo debe movilizarse políticamente a esta gente; en una palabra, cómo deben ser la teoría y la práctica de la revolución latinoamericana. No fue por nada que en su llamamiento en favor de "dos, tres, muchos Vietnams" el Che dijo que la revolución "será en nuestra América, casi con seguridad, una revolución socialista".

La incapacidad de Debray para analizar la sociedad latinoamericana y para vincular adecuadamente la teoría con la práctica, le lleva a subestimar la importancia de la participación política de las masas en la revolución, y a omitir el rol político de la actividad militar en punto a organizar esta participación de las masas. Debray apela a un estallido guerrillero para poner en marcha la revolución, y confía en que poniendo su conducción en manos de una guerrilla rural más bien que en las del partido urbano o aun en las de los *kaffeeeklatsch*, la revolución accederá a la victoria a través de la formación de un ejército del pueblo. Pero en ninguna parte sugiere Debray cómo la banda guerrillera ha de convertirse más tarde en el ejército del pueblo y en el movimiento político popular que la revolución requiere. Lejos de sugerir de qué manera el *foco* guerrillero podría crear las condiciones políticas, o siquiera militares, para este proceso ulterior, la crítica de Debray al trabajo político de la autodefensa y la guerrilla en las áreas rurales, y su desdén por las vinculaciones entre la guerrilla y un movimiento tipo "26 de Julio" en Cuba y en otras partes de América Latina, parecería dirigida contra la organización de un movimiento político más amplio. Pero Fidel dijo, ante la Conferencia de la OLAS, que la necesidad de un núcleo guerrillero en el movimiento revolucionario

no significa que el movimiento guerrillero pueda levantarse sin ningún trabajo previo; no significa que el movimiento guerrillero sea algo que pueda existir sin dirección política. ¡No! No negamos el papel de las organizaciones políticas. La guerrilla es organizada por un movimiento político, por una organización política.

De manera que las acciones militares requieren adecuada dirección y respaldo políticos, pues de lo contrario, les pasará como a una casa edifi-

cada sobre cimientos débiles: la primera tormenta destruirá tanto los cimientos como la superestructura. Un claro análisis de clase es esencial para que las acciones armadas escogidas cuidadosamente (en lo táctico) y guiadas políticamente (en lo estratégico), alcancen éxitos militares contra el enemigo, y triunfos políticos en la movilización del pueblo como amigo de la revolución. No sólo se precisa una base *popular* para asegurar las necesidades de abastecimiento, comunicaciones y propaganda de la actividad militar, sino que esta última debe asegurar, y es indispensable para asegurar, la creciente movilización política y participación del pueblo. Por esto, el éxito de la acción militar y la correcta movilización política requieren un adecuado análisis clasista de la sociedad latinoamericana. Tal análisis político señala también, incuestionablemente, la necesidad de la guerra de guerrillas rural, aparte de que eliminaría algunas contradicciones y perfeccionaría la estrategia política del programa de Debray para la revolución latinoamericana.



V

¿QUIÉN ES EL ENEMIGO  
INMEDIATO?



Este ensayo se sustenta en las siguientes tesis:

1] El *enemigo inmediato* de la liberación nacional en Latinoamérica es, tácticamente, la burguesía propia en Brasil, Bolivia, México, etc., y la burguesía local en las zonas rurales. Así es —incluso en Asia y África—, no obstante que estratégicamente el *enemigo principal* sea, innegablemente, el imperialismo.

2] La estructura de clases latinoamericana fue formada y transformada por el desarrollo de la estructura colonial del capitalismo mundial, desde el mercantilismo hasta el imperialismo. A través de esta estructura colonial las sucesivas metrópolis ibérica, británica y norteamericana han sometido a Latinoamérica a una explotación económica y dominación política que determinaron su actual estructura clasista y sociocultural. La misma estructura colonial se extiende dentro de Latinoamérica, donde las metrópolis nacionales someten a sus centros provinciales, y éstos a los locales, a un semejante colonialismo interno. Puesto que las estructuras se interpenetran totalmente, la determinación de la estructura de clases latinoamericana por la estructura colonial no quita que las contradicciones fundamentales en Latinoamérica sean "internas". Lo mismo vale para Asia y África.

3] Hoy la lucha antimperialista en América Latina tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase a nivel local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las "más amplias fuerzas antimperialistas" no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista. Esto vale también para los países neocoloniales de Asia y África y quizá para algunos países coloniales, a menos que ya hayan sido ocupados militarmente por el imperialismo.

4] La coincidencia estratégica de lucha de clases y lucha antimperialista y la prioridad táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antimperialista contra la burguesía metropolitana valen evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y valen también para la lucha política e ideológica que hay que

\* Versión ampliada de la ponencia presentada al Congreso Cultural de La Habana, enero de 1968.



dirigir, no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista, sino contra el enemigo de clase criollo.

La cuestión política fundamental de quién debe hacer la revolución contra quién puede ser reformulada así: ¿Quién es el enemigo principal y quién el enemigo inmediato? Todos los revolucionarios concuerdan, y muchos reformistas también, en que estratégicamente el enemigo principal es el imperialismo. ¿Pero quién es tácticamente el enemigo inmediato, el primer enemigo al que se ha de enfrentar en la lucha revolucionaria? ¿Son el enemigo inmediato el imperialismo y la burguesía metropolitana? ¿O es tácticamente la burguesía latinoamericana (brasileña, peruana, guatemalteca, mexicana), y también la burguesía local en los distritos rurales latinoamericanos; el enemigo inmediato? ¿Puede ser movilizada la fuerza popular contra los puntos más débiles del sistema capitalista imperialista, como enemigo principal, por una coalición política lo más amplia posible o, por el contrario, debe ser movilizad el pueblo contra la burguesía latinoamericana como enemigo inmediato?

Para responder, conviene hacer una distinción entre la estructura colonial (o neocolonial) y la estructura de clases en América Latina. La estructura de clases puede identificarse mediante la relación del pueblo con los medios de producción y su participación en el proceso productivo en este o aquel lugar. La estructura colonial relaciona entre sí los lugares, sectores, grupos raciales o étnicos identificables. El sistema capitalista posee una estructura colonial que sirve a la metrópoli imperialista para explotar a sus colonias latinoamericanas y a otras (y a sus colonias afroamericanas internas en el ámbito nacional), y sirve a las metrópolis nacionales de América Latina para explotar, por la vía del "colonialismo interior", a sus centros provinciales, los que a su vez explotan a sus respectivas *hinterlands* locales, formándose así una cadena expoliadora que se extiende ininterrumpidamente desde el centro imperialista hasta la más aislada región rural de los países subdesarrollados de América Latina y otros continentes.

No hacemos esta distinción para sugerir que la estructura colonial y la de clases están separadas, sino, al contrario, para inquirir cómo se determinan o relacionan mutuamente y averiguar dónde y cómo se puede combatir a las dos. La investigación histórico social científica a lo largo de las líneas que más adelante se proponen, mostrará probablemente que en la historia de América Latina las relaciones de producción y distribución coloniales y neocoloniales entre la metrópoli capitalista mercantil e imperialista y la América Latina —y también entre las metrópolis nacionales latinoamericanas y las colonias internas de sus respectivos *hinterlands*— han determinado la estructura de clases de América Latina en los niveles nacional y local, y no al revés. En consecuencia, sugerimos aquí, aunque puede parecer paradójico, que hoy la lucha antimperialista en Latinoamérica tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra

el enemigo inmediato de clase, en los niveles local y nacional, requiere una confrontación con el enemigo principal imperialista más que una movilización antimperialista directa; y la movilización antimperialista requiere de la alianza política de las "más amplias fuerzas antimperialistas", tal como se definió adecuadamente al enemigo inmediato clasista y en general, tal como se definió la verdadera y precisa confrontación con el imperialista.

Esta sugerencia, que parece contradecir los principios revolucionarios establecidos por la política revolucionaria en América Latina, no es en absoluto, como alguien podría sugerir, una tentativa de evasión o de evasión de la necesaria lucha antimperialista en América Latina. Por el contrario, insistimos en esta lucha, pero buscamos la vía más directa y más efectiva a la investigación científica de las circunstancias latinoamericanas correspondientes. Además, la experiencia revolucionaria sobre esta cuestión de confrontación entre el pueblo de Cuba y el imperialismo fue la experiencia de la movilización popular contra el enemigo de clase cubano, tal como en la Sierra Maestra como en La Habana, y no a la inversa. La revolución de Octubre, que produjo la contradicción y confrontación entre el imperialismo y el imperialismo, fue resultado de la lucha contra el imperialismo de Cuba y el imperialismo, con incluso la neutralización parcial del imperialismo durante el Brest-Litovsk. Varios fracasos de la revolución socialista y antimperialista deben ser atribuidos al excesivo énfasis en un enemigo extranjero en detrimento del doméstico y local. Incluso la confrontación de las fuerzas revolucionarias de Santo Domingo con el imperialismo no ocurrió hasta después de haber retado aquéllas al enemigo de clase local. Pero a causa de la estructura colonial del sistema capitalista imperialista y nacional y debido al mutuo refuerzo de las estructuras colonial y de clases, el imperialismo popular de la clase burguesa y hasta el reto del pueblo a su imperialismo hace que las fuerzas imperialistas intervengan en la lucha. Pero a medida que éstas se encuentren ya en el país como fuerza militar de intervención —tal y como estaban en China, Yugoslavia y Vietnam, o como están en los países coloniales a diferencia de los neocoloniales—, las fuerzas imperialistas parecen ser, en el caso de países interpenetrados con el imperialismo, más vigorosamente desafiadas mediante la lucha contra el enemigo de clase inmediato que a través de los esfuerzos de una coalición de las clases nacionalistas por movilizar al pueblo contra un enemigo que a menudo es extranjero, lo que hace parecer abstracto y no concreto al imperialismo. En las áreas rurales particularmente, el pueblo querrá luchar —y deberá armarse a ello— contra el enemigo de clase inmediato que le oprime más mejor que contra un enemigo extranjero al que no ve ni conoce. La estrategia de foco guerrillero debe dirigirse ciertamente —y debe movilizar al pueblo— contra el enemigo de clase inmediato, no sólo en la zona de la guerrilla misma, sino en la capital de la nación. No podemos esperar cuanto antes la verdadera confrontación con el imperialismo.



¿Cuál es, entonces, la estructura clasista y colonial de la América Latina; cuáles son sus características en diferentes partes del continente; cuál su relación con el sistema imperialista en conjunto, y cómo puede o debe ser convertida en revolución la explotación clasista y colonial de la América Latina?

Latinoamérica y otras partes del mundo que se han subdesarrollado fueron incorporadas hace tiempo al sistema capitalista mundial, mercantil primero e imperialista después, como colonias políticas o económicas, o ambas cosas. Toda comprensión adecuada de las características económicas, sociales, políticas y culturales de América Latina y otras áreas subdesarrolladas, requiere, por tanto, un examen científico no sólo de las características mismas y de las sociedades en que se producen, sino también de la estructura colonial y de clases de este sistema capitalista mundial en su conjunto. Este estudio, en sus aspectos históricos y contemporáneos, debe ser emprendido, sobre todo, por los historiadores, economistas y sociólogos de estos países subdesarrollados si desean comprender a sus propias sociedades. Esto es tanto más necesario cuanto que el análisis de la capacidad productiva y las relaciones del capitalismo y el imperialismo, ha sido realizado hasta ahora, incluso por la mayoría de los marxistas, desde una perspectiva metropolitana que contempla a los países coloniales más como anexos complementarios que como partes integrantes de la estructura y desarrollo del sistema capitalista. La consiguiente distorsión de la imagen y el análisis del capitalismo deben ser corregidos, especialmente por los sociólogos de la parte subdesarrollada del sistema capitalista, a través del examen científico desde una perspectiva mundial que corresponde a la realidad mundial del capitalismo.

La estructura de clases latinoamericana, a través del desarrollo del capitalismo mundial, ha sido básicamente el producto de la estructura colonial que la metrópoli ibérica, más tarde inglesa y norteamericana, impuso e inculcó a la América Latina durante su triunfante campaña por convertir al pueblo de ésta en productor y abastecedor de materia prima y *capital* para el proceso productivo mundial que condujo al desarrollo económico metropolitano. Por ende, y no sólo en el nivel nacional, sino también en el local, América Latina vino a tener, y todavía tiene, la estructura de clases de una economía exportadora colonial o neocolonial.

Como nota Ferrer:

La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función directa de la exportación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atrajeron los recursos financieros y laborales disponibles [...] Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingreso y altos funcionarios de la corona y de la

Iglesia. Estos sectores de población [...] constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de acumulación de capital [...] En la medida en que la concentración de riqueza crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exterior [...] De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente, para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana.<sup>1</sup>

Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metrópoli, casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y al capital extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial nunca estuvieron dirigidos al desarrollo económico interno.<sup>2</sup> Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus *hinterlands* económicos y sociales se desarrollaron en respuesta a las expoliadoras necesidades colonialistas de las metrópolis ultramarina y latinoamericana. No fueron, como con tanta frecuencia se pretende erróneamente, el resultado del traspaso en el siglo xvi de las instituciones feudales ibéricas. El desarrollo de esta estructura de clases y sus consecuencias económicas y políticas contemporáneas requiere aún más investigación.

No obstante, incluso sobre la base de los hechos ya universalmente conocidos hoy, es posible afirmar con seguridad que la estructura de clases y las relaciones de producción que se vinculan al latifundio de los siglos xix y xx en Cuba, Argentina, el litoral peruano, el São Paulo caficultor y el norte de México contemporáneo, posterior a la reforma agraria, no tiene absolutamente nada que ver con la supuesta importación de instituciones feudales de la península ibérica durante los tiempos coloniales (como tampoco, por supuesto, las muy similares instituciones de las Antillas británicas). Como he sostenido en el primer ensayo de este libro, exactamente lo mismo resulta de la evidencia histórica de Chile en el siglo xviii, de México en el xvii y otras regiones. En realidad, aunque esto requiere más estu-

<sup>1</sup> Ferrer, Aldo, *La economía argentina*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 1963, pp. 31-32.

<sup>2</sup> Para un análisis más detallado, véase André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Ed. cit.



dio, han sido las necesidades de producción y comercio del sistema colonial mercantil capitalista e imperialista las que han dado forma a la estructura esencialmente capitalista de las clases de las regiones de exportación agrícola y minera. Más adelante nos referiremos a las consecuencias de la introducción de la industria moderna en esta estructura colonial y de clases.

La única excepción a este esquema había sido el debilitamiento de los lazos del comercio y el capital extranjeros durante las guerras o depresiones metropolitanas, como la del siglo xvii, y la relativa falta inicial de tales lazos entre la metrópoli y las regiones aisladas de exportación no orientadas hacia ultramar, que permitió una temporal e incipiente acumulación autónoma de capital y el desarrollo industrial para el mercado interno; tal es el caso en el siglo xviii, de São Paulo en el Brasil, Tucumán y otros lugares en la Argentina, Asunción en el Paraguay, Querétaro y Puebla en México y otros.

En la era colonial del desarrollo capitalista, el capital extranjero, el pillaje de recursos, la explotación del trabajo y el comercio colonial iniciaron el desarrollo de la metrópoli europea y simultáneamente el subdesarrollo latinoamericano.

Después de la independencia política de América Latina, la primacía económica y política de la Gran Bretaña dejó a tres grandes grupos de intereses la decisión del futuro de Latinoamérica en su lucha tripartita: 1] Los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica, que aspiraban a mantener el subdesarrollo conservando la vieja estructura de exportación, y sólo deseaban sustituir a sus rivales ibéricos en sus privilegiadas posiciones; 2] los industriales y otros grupos de intereses de las regiones arriba mencionadas y otras del interior que intentaban defender sus nacientes y aún débiles economías de desarrollo contra el comercio libre y el financiamiento externo, que amenazaban aniquilarlos; y 3] la victoriosa Inglaterra, en expansión industrial, cuyo canciller, Lord Canning, anunció en 1824: "Hispanoamérica es libre; y si no manejamos mal nuestros asuntos, es inglesa." Las líneas de batalla estaban tendidas, con la burguesía latinoamericana tradicional en natural alianza con la burguesía industrial mercantil de la metrópoli, contra los débiles industriales nacionalistas de la América Latina. El resultado estaba prácticamente predeterminado por el anterior proceso del desarrollo capitalista, que había dispuesto las cartas de esta manera.

En el periodo que va de los años veinte hasta mediados de los años cincuenta, los intereses nacionalistas del interior eran a veces todavía capaces de obligar a sus gobiernos a implantar tarifas proteccionistas en muchos países. Industrias, sobre todo la textil, marina de bandera nacional, y otras actividades generadoras de desarrollo evidenciaban señales de vida. Al mismo tiempo, los propios latinoamericanos rehabilitaban las minas abandonadas y abrían nuevas, y comenzaron a incrementar sus sectores de exportación agrícola y de otras materias primas. Para favorecer e impulsar el

desarrollo económico interno, tanto como para responder a la creciente demanda externa de materias primas, los liberales lucharon por diversas reformas, principalmente la agraria, tanto como por la inmigración, que incrementaría la fuerza nacional de trabajo y ampliaría el mercado interno.

Las burguesías de América Latina, orientadas comercialmente hacia la metrópoli, y sus aliados nacionales de la minería y la agricultura, se opusieron a este desarrollo capitalista autónomo, ya que las tarifas proteccionistas interferían sus intereses comerciales, y lucharon contra los industriales nacionalistas y los derrotaron en las guerras civiles de los años treinta y cuarenta entre federalistas y centralistas. Las potencias metropolitanas ayudaron a sus socios menores de Latinoamérica con armas, bloqueos navales, e intervención militar directa e instigación de nuevas guerras, dondequiera que fue necesario, como la de la Triple Alianza contra Paraguay, que perdió seis séptimas partes de su población masculina en defensa de su ferrocarril financiado nacionalmente, y de su esfuerzo de desarrollo autónomo genuinamente independiente.

El comercio y la espada estaban preparando a Latinoamérica para el libre comercio con la metrópoli, y para que así fuese había primero que eliminar la competencia del desarrollo industrial latinoamericano; y, con la victoria de los grupos de intereses económicos orientados hacia el exterior sobre los grupos nacionalistas, la economía y los Estados latinoamericanos tenían que subordinarse aún más a la metrópoli. Sólo entonces se llegaría al libre comercio y regresaría el capital extranjero a sus dominios. Un nacionalista argentino de la época señalaba:

Después de 1810 [...] la balanza comercial del país ha sido permanentemente desfavorable, en tanto que los comerciantes del país han sufrido pérdidas irreparables. Tanto el comercio de exportación como el de importación y la venta al detalle han pasado a manos extranjeras. La conclusión no puede ser otra, sino que la apertura del país a los extranjeros ha demostrado ser perjudicial a la balanza. Los extranjeros desplazaron a los nacionales no sólo del comercio, sino también de la industria y la agricultura;

y otro añadía:

No es posible que Buenos Aires haya sacrificado sangre y riqueza con el sólo propósito de convertirse en consumidor de los productos y manufacturas de los países extranjeros, pues tal situación es degradante y no corresponde a las grandes potencialidades que la naturaleza ha otorgado al país [...] Es erróneo suponer que la protección genera el monopolio. El hecho es que la Argentina, que ha sido colocada bajo un régimen de libre comercio por espacio de veinte años, está ahora controlada por un puñado de extranjeros. Si la protección desalojara a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preeminencia económica, el país tendrá



ocasión de felicitarse por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica [...] La nación no puede seguir sin restringir el comercio exterior, ya que sólo la restricción hace posible la expansión industrial; no debe soportar por más tiempo el peso de los monopolios extranjeros, que estrangula toda tentativa de industrialización.<sup>3</sup>

Pero lo soportó.

Según el correcto análisis de Burgin en su estudio sobre el federalismo argentino,

el desarrollo económico de la Argentina posrevolucionaria se caracterizó por un desplazamiento del centro de gravedad económica del interior hacia la costa, provocado por la rápida expansión de la última y el simultáneo retroceso del primero. El carácter desigual del desarrollo económico condujo a lo que fue en cierta medida una desigualdad que se perpetúa a sí misma. El país resultó dividido en provincias pobres y ricas. Las del interior tenían que despojarse de grandes proporciones del ingreso nacional en favor de Buenos Aires y otras provincias del este.<sup>4</sup>

En Brasil, Chile, México, en toda Latinoamérica, industriales, patriotas y economistas esclarecidos denunciaron este mismo inevitable proceso del subdesarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial, y la espada, habían puesto el libre cambio a la orden del día. Y con él llegó el capital extranjero.

El libre cambio, como advirtió Friedrich List,<sup>5</sup> se convirtió en el principal producto de exportación de la Gran Bretaña. No fue por casualidad que el liberalismo manchesteriano nació en Algodonópolis. Pero fue abrazado con entusiasmo —como ha señalado Claudio Véliz— por la mayor parte de los sectores agrícolas y mineros de exportación y de comerciantes importantes de la América Latina, que habían sobrevivido a los tiempos coloniales derrotando a sus rivales representantes del desarrollo nacionalista, y habían capturado el Estado en sus países y ahora se colocaban como aliados y sirvientes de los intereses extranjeros —a través del libre comercio exterior para asegurar el cerrado monopolio nacional para ellos y sus socios extranjeros.

No es extraño, pero en términos de la realidad histórica y de las necesidades políticas e ideológicas del presente es lamentable, que debamos la mayoría de las interpretaciones conocidas de estos y otros acontecimientos latinoamericanos a escritores contemporáneos e historiadores liberales inte-

resados, quienes nos han dado de tales sucesos una imagen acorde con sus intereses. Para sus análisis, los marxistas han importado la teoría de Europa americanos. En consecuencia, se ha embotellado con demasiada frecuencia una mezcla liberal de vino y agua bajo un rótulo marxista. La línea política revolucionaria de hoy podría beneficiarse mucho de una reinterpretación científica marxista de figuras históricas tales como Rosas y otros en la Argentina; el doctor Francia y los López, padre e hijo, en Paraguay; Rengifo y Balmaceda en Chile; Mauá y Nabuco en Brasil; Mora o Lucas Alamán y Juárez en México, y sus respectivos programas económicos y políticos o sus épocas. Sugiero que, si hay que buscar la revolución democrática burguesa en América Latina, se debe buscar allí, aunque en su contexto colonial. Algunos de ellos parecen haber intentado, ya en los comienzos del siglo XIX, la revolución democrática burguesa y el programa de industrialización nacionalista para los que ciertos intereses políticos están tratando de ganar hoy el respaldo del pueblo en las postrimerías del siglo XX.

Este periodo preparó la irrupción del imperialismo y sus nuevas formas de manejo del capital, tanto en la metrópoli como en Latinoamérica, donde el libre comercio y las reformas liberales habían concentrado la tierra en pocas manos, creando así una mayor fuerza ociosa de trabajo agrícola y fomentando gobiernos dependientes de la metrópoli, que abrían ahora las puertas no sólo al comercio sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista, que rápidamente tomaba ventaja de esta situación.

La demanda metropolitana de materias primas y su lucrativa producción y exportación para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público de ésta hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción. En Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Guatemala y México (en cuanto sepa el autor, pero probablemente también en otros países), el capital nacional construyó el primer ferrocarril. En Chile dio acceso a las minas de nitrato y cobre, que iban a convertirse en las principales abastecedoras de fertilizantes y metal rojo del mundo; en Brasil, a los cafetales cuyo grano abasteció casi todo el consumo del globo, y así en todas partes. Sólo después que demostraron ser negocios brillantes —como una y otra vez ha acontecido en la historia de Latinoamérica—, y cuando Inglaterra tuvo que encontrar salida para su acero, entró el capital extranjero a estos sectores para hacerse cargo de la propiedad y administración de empresas inicialmente latinoamericanas, mediante la compra —a menudo con propio capital latinoamericano— de las concesiones de los nativos.

En América Latina, este mismo comercio y capital imperialista hicieron mucho más que incrementar el valor de la producción, comercio y beneficios por la acumulación de cerca de 10 000 millones de dólares de inversiones en esa zona. La metrópoli imperialista utilizó su comercio y su capital para penetrar en la economía de Latinoamérica y utilizar su potencial

<sup>3</sup> Citado en Burgin, Miron, *The Economic Aspects of Argentine Federalism*, 1820-1852, p. 234.

<sup>4</sup> Ibid., p. 81.

<sup>5</sup> Friedrich List, gran nacionalista alemán del siglo XIX; padre de la Unión Aduanera Alemana.



del desarrollo de la misma metrópoli, que de lo que fueron capaces las metrópolis colonialistas. Como anotaba Rosa Luxemburgo sobre un proceso similar,

desaparecidos los intermediarios que enmascaraban la operación, ésta vino a parar al hecho sencillo de que la economía campesina egipcia fue absorbida en gran escala por el capital europeo; enormes zonas de terreno, incontables obreros y una masa de productos de trabajo pagados al Estado en calidad de impuestos, se transformaron, en último término, en acumulación de capital europeo.<sup>6</sup>

En realidad, en América Latina el imperialismo fue más lejos y transformó —pero en sentido reaccionario— toda la estructura productiva, de clases. No sólo se sirvió del Estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista. Los latifundios crecieron a un ritmo y en proporciones desconocidas en la historia, especialmente en Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba, México y Centroamérica. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros se adueñaron —casi por nada— de inmensas extensiones de tierra. Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos, porque la metrópoli también se apropió y monopolizó el intercambio de los productos agrícolas y la mayoría de los demás. Tomó posesión de las minas de Latinoamérica y aumentó su rendimiento, agotando a veces recursos económicos, como los nitratos de Chile, en pocos años. Para exportar esas materias primas de Latinoamérica e importar sus equipos y mercancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctricas, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su vez estaba conectado con la metrópoli. Hoy, ochenta años después, mucho de este esquema exportación-importación permanece aún, en parte porque el ferrocarril todavía está orientado en esa forma, pero principalmente porque el desarrollo urbano, económico y político orientado hacia la metrópoli —que el imperialismo del siglo XIX generó en la América Latina—, dio origen a intereses creados de clase que, con el apoyo de la metrópoli, mantuvieron y ensacharon este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano durante el siglo XX.

Es así que, implantada en la era colonial y ahondada en la del libre cambio, la estructura colonial y clasista del subdesarrollo se consolidó en América Latina con el comercio y el capital imperialista del siglo XIX. Se convirtió en una economía monoexportadora primaria con un lumpenproletariado explotado por una burguesía satelizada actuando a través del Estado corrompido de un antipais: "México bárbaro" (Turner); las "Repúblicas

<sup>6</sup> Luxemburgo, Rosa, *La acumulación del capital*, op. cit., p. 339.

del banano" de Centroamérica, que no son sino "países-compañía"; "la inexorable evolución del latifundio: sobreproducción, dependencia económica y crecimiento de la pobreza en Cuba" (Guerra y Sánchez); "Argentina británica"; y "Chile patológico", del que el historiador Francisco Encina escribió, en 1912, bajo el título *Nuestra inferioridad económica: causa y consecuencias*:

Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntesis que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo XIX, el comercio exterior de Chile estaba casi exclusivamente en manos de chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detalle [...] La marina mercante [...] ha caído en tristes dificultades y sigue cediendo campo a la navegación extranjera aun en el comercio de cabotaje. La mayoría de las compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior.

Con el desarrollo de la nueva estructura colonial del imperialismo del siglo XIX, el capital extranjero vino a jugar un papel casi equivalente al del comercio exterior en la tarea de transformar la estructura económica, social y política de Latinoamérica hasta que la estructura de su subdesarrollo estuvo firmemente consolidada.

### *Nacionalismo burgués*

La primera Guerra Mundial dio a las economías satélites de América Latina una tregua respecto del capital y el comercio exterior, tanto como de otros lazos con la metrópoli. Como había ocurrido en otras oportunidades, los latinoamericanos impulsaron su propio desarrollo industrial, principalmente por el mercado interno de bienes de consumo. No bien terminó la guerra que la industria metropolitana, ahora principalmente norteamericana, penetró precisamente en aquellas regiones y sectores, como los manufactureros de bienes de consumo de Buenos Aires y São Paulo, que los latinoamericanos acababan de encaminar hacia la industrialización. Después, apoyadas en su poder financiero, tecnológico y político, las gigantescas corporaciones americanas y británicas desplazaron y aun reemplazaron —esto es, desnacionalizaron— a la industria latinoamericana. Las crisis de la balanza de pagos que naturalmente siguieron fueron remediadas con empréstitos externos, que cubrían los déficits, pero también servían para obtener del gobierno concesiones para intensificar la penetración de la metrópoli en las economías de Latinoamérica.



La crisis de 1929, en contra de la teoría del comercio internacional, pero de acuerdo con los precedentes históricos, redujo fuertemente el capital extranjero, así como el comercio, y por consiguiente la transferencia de recursos de inversión desde los satélites hacia la metrópoli. Este debilitamiento de los lazos económicos con la reducción de la intromisión metropolitana en América Latina, se inició con la depresión de 1930, se mantuvo con la recesión de 1937, y continuó con la segunda Guerra Mundial y la consiguiente reconstrucción hasta principios de la década de 1950. Creó condiciones económicas y permitió cambios políticos en América Latina que redundaron en el comienzo de una fuerte política e ideología nacionalista y su más grande industrialización independiente desde las décadas del siglo anterior.

Es esencial comprender que los recientes cambios en la estructura de clases en Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, México y otras partes de América Latina, han ocurrido dentro de su estructura colonial externa e interna y en respuesta, sustancialmente, a cambios de sus relaciones coloniales generados por la metrópoli. Es importante interpretar estos cambios de la estructura clasista en función de la estructura colonial que los sustenta.

La conmoción económica resultante de la drástica reducción de la capacidad de América Latina para importar, del descenso de las exportaciones de manufacturas metropolitanas y de las inversiones y empréstitos extranjeros, causados por la gran depresión en la metrópoli, tuvo consecuencias económicas y políticas de largo alcance en muchas partes de Latinoamérica. Es esencial comprender tanto el alcance como las limitaciones de estas consecuencias para poder apreciar cabalmente los problemas económicos y políticos de hoy. El inicio de la depresión modificó a tal punto el ingreso nacional y su distribución, que la estructura institucional existente no pudo hacer frente a los necesarios reajustes: en 1930 o poco después ocurrieron revoluciones en Brasil, Argentina, Chile, Cuba, y la Revolución Mexicana de 1910, que casi se había detenido, recibió un nuevo impulso. La actividad revolucionaria agitó a otras partes del continente. Los intereses exportadores aliados con la metrópoli, se vieron obligados a entrar en coalición con los todavía débiles intereses industriales y (al menos en Brasil) con los nuevos intereses regionales, que se hicieron incluir en el gobierno. A los dos o tres años se intentaron contrarrevoluciones que representaban a algunos de los intereses tradicionales y tuvieron éxito parcial en Cuba y Chile, aunque no en los tres mayores países latinoamericanos. En este sentido, el aflojamiento de los lazos económicos coloniales con la metrópoli y, en general (aunque no en Cuba), la relativa paralización de la intervención política imperialista, que la depresión metropolitana produjo en Latinoamérica, sentaron también las bases económicas y políticas para nuevos alineamientos de las clases y nuevos programas de industrialización. Mientras los gobiernos nacionales continuaron protegiendo a los intereses exportadores (como hizo el gobierno brasileño mediante el sosteni-

miento de los precios del café), estos intereses estuvieron dispuestos y en algunos casos se mostraron hasta ansiosos de permitir la promoción de la manufactura nacional, en momentos en que la depresión arruinaba el comercio de exportación de todos modos.

Ciertos países latinoamericanos comenzaron a producir los bienes de consumo que antes importaban. Pero este proceso de sustitución de las importaciones conllevaba dos importantes limitaciones, ambas derivadas de la estructura de clases existente. Primero, tenían que partir de la distribución del ingreso y la estructura de la demanda existentes. Es decir que tenían que concentrarse en la producción de bienes de consumo, particularmente para el mercado de altos ingresos. Sin un cambio grande en la estructura de las clases y la distribución del ingreso, el mercado interno no podía crecer con bastante rapidez para sustentar indefinidamente el proceso de sustitución de las importaciones. Por la misma razón no produjeron suficiente equipo industrial o bienes de producción (el sector I en términos marxistas), a consecuencia de lo cual se vieron obligados a importarlos del exterior, a fin de mantener y continuar el proceso de sustitución de las importaciones. Esto es, terminaron sustituyendo únicamente un tipo de importaciones por otro, lo cual renovó su dependencia de la metrópoli y condujo a la renovación de las inversiones extranjeras. Para evitar estas dos limitaciones, estos países latinoamericanos tenían que haber seguido el modelo de industrialización soviético, en el cual el Estado y no la demanda de los consumidores es el que determina qué bienes —bienes esenciales— se producen primero. Pero para eso habrían debido tener un Estado soviético, o sea una estructura socialista de clases. Las avenencias políticas nacionales de los años treinta pudieron sobrevivir a la depresión por algún tiempo, porque la segunda Guerra Mundial, si bien mejoró el cuadro de las exportaciones, no permitía aún la renovación de las importaciones de la metrópoli. El cese de las hostilidades en Corea puso fin, por último, a esta luna de miel latinoamericana, en la que los intereses exportadores coloniales mantuvieron un quebradizo matrimonio con los intereses industriales de la burguesía nacional y los del creciente proletariado, cuyo vástago fue una mal formada industria nacional. Todo con las renuentes bendiciones del imperialismo.

Importa mucho comprender no sólo los éxitos, sino también las limitaciones de este periodo, porque dos problemas políticos principales del presente derivan de la supervivencia del vástago deforme y de los esfuerzos de cierta gente por animarlo a producir otro hijo semejante. Este periodo presenció el florecimiento de los movimientos políticos e ideológicos de Vargas, Perón, Cárdenas, Haya de la Torre, Aguirre Cerda, Gallegos y Betancourt, Figueres, Arévalo-Arbenz (y, pudiérase añadir, de Gandhi y Nehru, en otra región colonial del mismo sistema capitalista mundial). Fue ésta también la época del nacionalismo económico, del desarrollo nacional y en algunos casos industrial, del crecimiento de los sectores obreros



urbanos y las capas medias, del reformismo democrático, el beneficentismo y el populismo, todos ligados a los antedichos nombres (excepto Haya de la Torre, que nunca llegó a gobernar, y Betancourt, de quien, notablemente, esto sólo vale para el primer periodo presidencial de Acción Democrática). Estos movimientos requieren mayor estudio, particularmente para explicar sus diferencias en cuanto a alcance y oportunidad. ¿Por qué, por ejemplo, el peronismo y el arévalo-arbenzismo aparecen tan tarde, en comparación con lo que ocurre en Brasil, Chile y México?

Algunos podrían sentirse tentados de decir que ello fue la obra de la burguesía nacional latinoamericana, que quizás intentó una versión colonial de la "revolución democrático-burguesa" o de un "matrimonio del centeno y el hierro" al estilo Bismarck en Alemania o de la restauración de Meiji en Japón, mientras los lazos coloniales eran temporalmente debilitados por la depresión y la guerra en la metrópoli imperialista.

No obstante, sostengo que si hemos de buscarla, es históricamente más exacto buscar esta revolución democrático-burguesa cien años atrás, cuando las generaciones del doctor Francia, López, Rosas (antes de cambiar de bandera, como Betancourt después), Juárez y, más tarde, Nabuco y Bal-maceda, simbolizaron esfuerzos en esencia similares, de desarrollo nacionalista y nacional.

Cualquiera que sea nuestra respuesta a esta cuestión, es imperativo comprender que este desarrollo industrial, este nacionalismo burgués, esta alianza de la clase obrera con elementos burgueses nacionales en contra del imperialismo y de los intereses exportadores latinoamericanos y toda la superestructura ideológica que les acompaña, fueron el producto de circunstancias históricas particulares que llegaron definitivamente a su fin con la recuperación de la metrópoli después de la segunda Guerra Mundial y con los importantes cambios por los que han pasado la metrópoli y el resto del mundo desde entonces, particularmente la revolución tecnológica y la militarización de Estados Unidos y la revolución y desarrollo socialista en algunas ex-colonias de la metrópoli. Estos acontecimientos, estos cambios de la estructura colonial capitalista mundial, imposibilitan la continuación de tal desarrollo nacionalista burgués en Latinoamérica y convierten en utópico todo sueño de recomenzarlo en el futuro; es decir, utópico para la burguesía, pero políticamente suicida para el pueblo. Y esto es así no sólo en América Latina, sino también como enseña la experiencia de las nuevas neocolonias de África, Asia y particularmente Indochina, en toda la parte colonial del sistema imperialista en general.

### Neoimperialismo

El imperialismo, sin duda, es el principal enemigo de la humanidad hoy en día. Pero ¿cómo se manifiesta esta enemistad en el seno de la sociedad latinoamericana contemporánea? ¿Qué expresión asume este enemigo allí y cómo debemos combatirlo? Para encontrar respuestas a estas preguntas.

conviene informarse más acerca de las complejas y todavía cambiantes relaciones entre las estructuras colonial y de clases de América Latina. Podemos empezar por algunas cuestiones planteadas por cambios recientes de la estructura colonial.

Las relaciones coloniales clásicas entre la metrópoli y Latinoamérica, en las que la explotación de la segunda por la primera se organizó principalmente a través de la división del trabajo productivo y el intercambio monopolista de manufacturas y materias primas, están siendo reemplazadas inversiones extranjeras y la llamada ayuda. A medida que la metrópoli logra formas de producción más necesitadas de capital y, sobre todo, tecnológicamente más complejas, dentro de sí misma, reemplaza cada vez más el simple comercio exterior por las inversiones en fábricas subsidiarias fuera de ella, instalaciones que hoy producen localmente los bienes de consumo y algunos bienes de producción que antes se importaban, pero con equipo y tecnología traídos de la casa matriz, situada en la metrópoli imperialista. Las pérdidas de capital en Latinoamérica a causa de los términos de intercambio (no sólo su deterioro del que se quejan la CEPAL y la UNCTAD, sino también la explotación monopolista que estas condiciones del intercambio representan en su nivel más favorable, como durante el periodo de la guerra de Corea), son crecientemente aumentadas por un adicional flujo de capitales de las colonias a la metrópoli, en forma de remesas de utilidades, amortización de deudas, *royalties*, etc. Por ejemplo,<sup>7</sup> en 1961-63, los pagos latinoamericanos por estos "servicios" financieros "invisibles" ascendieron al 40% del ingreso de divisas del continente, y los pagos por el transporte en buques extranjeros y otros servicios representaron otro 21.5%, para hacer un total de 61.5% de las ganancias de divisas que Latinoamérica tuvo que pagar por servicios, sin recibir un solo centavo de mercancías. Esto significó un desembolso anual de más de 6 000 millones de dólares, o sea el 7% del producto nacional bruto (PNB) de Latinoamérica en estos años. En comparación, el deterioro de los términos de intercambio desde principios de la década del 50, queja principal de la CEPAL, representó una pérdida (adicional) de 3% del PNB de América Latina. Este sangramiento de capital podría compararse con el total de gastos latinoamericanos dedicados a la educación, desde los *kindergartens* hasta la universidad, pública y privada, que sólo fue el 2.6% de su PNB.<sup>8</sup> Más recientemente, el renglón del servicio de la deuda de esta pérdida de capital ha aumentado del 15% al 19% (en 1966) de las ganancias en divisas, lo que probablemente eleva el total de pagos por servicios a más del 65% del ingreso de divisas, o alrededor del 8% del PNB, sin contar el

<sup>7</sup> Para este y los siguientes datos sobre "servicios", véase el cap. 11.

<sup>8</sup> Reymond F. Lyons (ed.) *Problems and Strategies of Educational Planning Lessons from Latin America*. International Institute for Educational Planning, París, 1964.



3% o más que representa el deterioro de los términos de intercambio ni el incalculable monto de lo que se pierde por la explotación monopolista en este comercio.\* Sin embargo, hasta la fuga calculable de capitales de América Latina es tres o cuatro veces mayor que la suma mencionada por la Segunda Declaración de La Habana y por recientes cálculos de Fidel Castro. No en balde estas relaciones coloniales convierten el superávit de la balanza comercial de Latinoamérica en un crónico y creciente déficit de la balanza de pagos, lo que, en viciosa espiral, hace a la burguesía latinoamericana aún más dependiente del imperialismo. Este creciente problema merece más estudio del que hasta ahora ha recibido.

No obstante, más nefasto aún que el saqueo de capital, es la estructura del subdesarrollo y su freno y desvío del desarrollo nacional, que el imperialismo profundiza en Latinoamérica por medio de la creciente inversión extranjera. Los mecanismos institucionales a través de los cuales se efectúa este flujo de capitales del pobre al rico plantean también varias cuestiones. ¿Cuál es la fuente de este capital en Latinoamérica y, más concretamente, cómo se financian las inversiones extranjeras, principalmente de Estados Unidos, en el continente latinoamericano? Una parte cada vez más pequeña de las inversiones de capital "norteamericano" llega al continente desde Estados Unidos y la mayor parte se origina en la propia América Latina.

Así, de acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, el total del capital obtenido y empleado, teniendo en cuenta todas las fuentes de las operaciones de Estados Unidos en Brasil, en 1957, un 26% salió de Estados Unidos y el resto se fomentó en Brasil incluyendo 36% de fuentes brasileñas fuera de las firmas norteamericanas.<sup>9</sup> Ese mismo año, del capital norteamericano de inversión directa en Canadá, 26% procedía de Estados Unidos mientras que el resto fue también obtenido en Canadá.<sup>10</sup> Ya en 1964, sin embargo, la parte de inversión norteamericana procedente de los Estados Unidos había descendido a un 5%, haciendo que el promedio de contribución norteamericana al capital total manipulado por las firmas norteamericanas fuese sólo de un 15%, durante el periodo de 1957 a 1964. Todo el remanente de "inversión extranjera" fue obtenido en Canadá a través de ganancias retenidas (42%), reservas para depreciación (31%) y de fondos obtenidos por las firmas norteamericanas en el mercado de capital canadiense (12%). Según un estudio de las firmas norteamericanas de inversión directa que operaban en Canadá durante el periodo 1950-59, el 79% de las firmas consiguió alrededor de un 25% del

\* André Gunder Frank: "Servicios extranjeros o desarrollo nacional", *Comercio Exterior*, México, febrero de 1966.

<sup>9</sup> Claude Mc Millan, Jr., Richard F. González y Leo G. Erickson, "International Enterprise in a Developing Economy. A study of US Business in Brazil". *M.S.U. Business Studies*. East Lansing: Michigan State University Press, 1964, p. 205.

<sup>10</sup> Este y los siguientes datos sobre Canadá son tomados de A. E. Safarian, *Foreign Ownership of Canadian Industry*. Mc Graw-Hill Company of Canada, Toronto, 1966, pp. 235-41.

capital destinado a sus operaciones en Canadá, el 65% de las firmas norteamericanas con inversiones en Canadá, y un 47% de las firmas norteamericanas en este propio país y no en Estados Unidos. Hay razones para creer que este aprovechamiento norteamericano del capital extranjero para financiar la "inversión extranjera" norteamericana, es mucho mayor aún en los países subdesarrollados, mucho más débiles e indefensos que Canadá.

No es extraño, entonces, que entre 1950 y 1965 el movimiento de capitales por inversiones privadas que registra el Departamento de Comercio de Estados Unidos, fuera de 9 000 millones de dólares hacia el mundo excluyendo a Europa y Canadá, mientras que 25 600 millones de dólares fueran —de los cuales 3 800 millones desde Estados Unidos hacia Latinoamérica y 11 300 millones de dólares desde Latinoamérica a Estados Unidos.<sup>11</sup> Es necesario investigar con mayor cuidado, por ende, el sistema bancario latinoamericano (bancos gubernamentales, bancos de propiedad privada nacional y bancos extranjeros), las bolsas de acciones y otras instituciones financieras y las empresas industriales y comerciales extranjeras y nacionales, especialmente las de propiedad mixta, que hacen posible esta fuga de capitales.

Especialmente importante, por razones económicas y políticas, es la creciente asociación de capitales extranjeros y nacionales en estas empresas mixtas. Y aún más importante —y menos estudiado— es el creciente brote de empresas mixtas que asocian capital privado extranjero con gobiernos nacionales latinoamericanos, como en la "chilenización" del cobre. ¿Quién proporciona la mayor parte del capital? (los latinoamericanos, presumiblemente); ¿quién cosecha el grueso de las utilidades? (los yanquis, presumiblemente); ¿quién tiene o consigue el control real de las empresas y por tanto decide qué bienes producir, qué equipos industriales y procesos usar, cuándo ampliar y contraer, etc.? (los yanquis, presumiblemente); y ¿quién carga con las pérdidas cuando el negocio es desfavorable? (los latinoamericanos, presumiblemente). ¿Cómo se beneficia, o más bien se perjudica Latinoamérica, por este uso del capital latinoamericano? ¿Cuáles son las consecuencias políticas de esta asociación —mejor dicho, incorporación— no sólo de los intereses exportadores latinoamericanos, sino hoy también de la burguesía industrial latinoamericana, la en otro tiempo burguesía "nacional", con o en el monopolio imperialista? Algunos países latinoamericanos dictaron leyes que requerían un 49 o un 51% de participación "nacional" en ciertas empresas, supuestamente para proteger los intereses nacionales. Hoy es evidente que estas medidas sólo sirvieron para sumergir a los elementos sobrevivientes de la burguesía "nacional" en la imperialista.

<sup>11</sup> Magdoff, Harry, "Aspectos económicos del imperialismo norteamericano", *Pensamiento Crítico*, n. 8, La Habana.



Después algunos gobiernos burgueses latinoamericanos se propusieron "proteger" o incluso "fomentar" los intereses nacionales entrando ellos mismos en tales asociaciones mixtas. El resultado sólo puede ser que estos gobiernos coloniales pierdan hasta el poco poder de regateo político que les haya quedado en su ya demasiado subalterna asociación con el imperialismo. Este asunto también requiere mayor esclarecimiento científico y político.

El otro brazo de la ofensiva económica y política contemporánea del imperialismo norteamericano en América Latina es la "ayuda exterior" y, particularmente, su expresión institucional en la "Alianza para el Progreso" y la "integración económica". Estas expresiones han sido denunciadas por las izquierdas latinoamericanas, aunque la última apenas; pero no han sido en modo alguno adecuadamente analizadas. ¿Exactamente quién está aliado a quién y quién es ayudado por quién? Se tiene testimonio, que justifica más investigación, de que buena parte de la ayuda no llega siquiera a la burguesía latinoamericana, y mucho menos, claro está, al pueblo latinoamericano, sino más bien a las firmas norteamericanas que operan en América Latina. Si la burguesía latinoamericana ha de beneficiarse de esta parte de la "ayuda", debe hacerlo a través de su asociación con dichos monopolios imperialistas. Entonces, ¿cuál es, precisamente, la relación de esta ayuda con las inversiones extranjeras? Mucho se censuran las trabas monetarias, fiscales, cambiarias y de política salarial que se agregan a los empréstitos de Estados Unidos y las agencias de las Naciones Unidas, especialmente el Fondo Monetario Internacional. Pero esta política no sólo beneficia a la burguesía imperialista, sino también a casi todos los sectores de la gran burguesía latinoamericana, que la acepta y lleva a cabo —como la devaluación— con avidez. ¿Por qué? ¿Con qué implicaciones políticas?

La Alianza para el Progreso comenzó con mucha propaganda acerca de la reforma agraria, la reforma fiscal y otras, que antes habían sido promovidas por los sectores más progresistas y nacionalistas de la burguesía latinoamericana y que recientemente habían sido recomendadas por su personero ideológico, la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL). Pero estas proposiciones de reformas no tardaron en ser archivadas junto con sus consiguientes "planes" económicos y el lugar de honor ha sido ocupado desde entonces —como se confirmó en la última reunión "interamericana" de presidentes en Punta del Este, en 1967— por proposiciones para acelerar la formación de un mercado común "latinoamericano". Esta última propuesta goza de mucho más realismo económico y respaldo político desde el punto de vista de Estados Unidos, de la gran burguesía de los mayores países latinoamericanos y de los gobiernos, incluyendo el del "chilenista" Frei, que los sirven. Evidentemente, es mucho más realista tratar de ensanchar la industria realizando la estructura colonial que reformando la estructura de las clases en estos países latinoamericanos, especialmente si en el curso del proceso se puede aumen-

tar el grado de monopolización y el volumen de ganancias monopolistas a expensas de la débil burguesía media y las clases populares, mediante lo que equivaldría a una contrarreforma en la estructura de clases.

Vale la pena observar que estas proposiciones de "integración económica" gozan también de la aprobación de esa defensora de los intereses burgueses supuestamente nacionales, la CEPAL. Sin embargo, apenas se dispone de media docena de artículos y de ni un solo estudio serio de las bases o consecuencias económicas y las implicaciones políticas de este movimiento de la burguesía imperialista y latinoamericana hacia la integración económica, y, con ella, la integración política y la militar. ¿Quién hará la patria América y sobre qué bases, el imperialismo o la revolución?

### *Estructura de clases*

¿Cuál es, pues, la estructura de clases en América Latina y cómo hay que proseguir la lucha anticolonial y de clases hacia el socialismo? Examinamos sucesivamente la estructura de clases en niveles nacional, urbano y rural. Los gobiernos "nacionales" son, casi todos, más coloniales aún que las burguesías que representan. Parece legítimo preguntarse —y en el caso del África contemporánea apenas puede haber duda de ello— hasta qué punto han existido en Latinoamérica los Estados nacionales en el sentido clásico, y hasta qué punto la maquinaria del Estado ha funcionado la mayoría de las veces como instrumento de una coalición entre la burguesía metropolitana y los sectores principales de las burguesías latinoamericanas, que siempre han sido el socio menor o a veces sólo los ejecutores del imperialismo. Se han instalado gobiernos militares para manejar los asuntos del Estado en beneficio de estos intereses cuando los gobiernos civiles no podían hacerlo adecuadamente. (De los nuevos gobiernos militares de Brasil y Argentina, que representan una nueva importante desviación, trataremos más adelante.)

La burguesía exportadora, agrícola y minera, debe su existencia y sobrevivencia a la estructura colonial, y es leal a su patrón metropolitano. Ello puede decirse tanto de su sector productivo como del comercial, y en el campo como en la ciudad. La "oligarquía latifundista" no tiene vida independiente y debemos cuestionar hasta dónde podemos identificarla separadamente de la burguesía comercial, y de la industrial. Este último sector de la burguesía, como se infiere del examen de las inversiones extranjeras, ha sido hoy sólidamente integrado también en la coalición del imperialismo y sus socios y ejecutores burgueses latinoamericanos, compradores y burocráticos. La penetración imperialista, combinada con el descenso de los términos de intercambio, la devaluación, la consiguiente reducción de la capacidad para importar por cuenta propia equipos industriales, la disminución de los porcentajes de crecimiento y ganancia, y en algunos casos la inflación, han casi forzado, desde mediados de la década de 1950, al fabricante "nacional" mediano y a su distribuidor a abandonar el negocio o a



entrar en el imperio comercial de un "inversionista" extranjero que le compra sus instalaciones. La empresa extranjera lo convierte entonces, literalmente, en un empleado burocrático de la firma imperialista, en la que se le permite continuar como "gerente" o "consultor" de su antigua casa, percibiendo por ello un salario o algunas acciones de la empresa imperialista. ¿Qué parte de la burguesía nacional, desarrollada en condiciones particulares durante las décadas del 30 y el 40, ha podido sobrevivir a este proceso del 50 y el 60? ¿Con qué poder político, si alguno retienen, pueden los que sobreviven tomar parte en una lucha antimperialista, cuando el estrujamiento imperialista los obliga a reaccionar oprimiendo a sus obreros y abandonando la pequeña burguesía a su suerte, rompiendo o debilitando la alianza que solía proporcionar a la burguesía nacional sus principales fuentes de poder político?

El desarrollo industrial produjo un proletariado de cierta importancia en algunos países latinoamericanos. Así ocurrió también en las industrias minera y petrolera. Este proletariado industrial, especialmente el de las industrias grandes, ha sido sindicalizado en parte bajo la égida de la burguesía nacional, que quiso asegurarse tanto el apoyo político como el control del movimiento obrero, y en parte por los partidos comunistas, que de manera general se han aliado a esta burguesía nacional. Los obreros industriales sindicalizados, aunque explotados, han sido recompensados a menudo con ingresos salariales que son altos cuando se les compara con los que recibe la mayor parte de la población, y con beneficios de seguridad social, de los cuales no disfruta mayormente el resto de los trabajadores.

Como la metrópoli se apodera de una porción creciente de los más lucrativos negocios de Latinoamérica y somete al resto a tremendas dificultades económicas, a la burguesía, que vive de estos negocios menos lucrativos, no le queda otra alternativa que luchar —aun en vano— por su supervivencia, agravando en precios y salarios el grado de explotación de la pequeña burguesía, obreros y campesinos, con el fin de exprimir alguna sangre adicional; y a veces tiene que recurrir a la coacción militar directa para lograrlo. Por esta razón —sin duda más aún que por motivos idealistas o ideológicos— casi toda la burguesía latinoamericana se ve obligada a contraer alianzas políticas con la burguesía metropolitana, esto es, someterse: tienen algo más que defender que un interés común a largo plazo. Aun a corto plazo la burguesía latinoamericana no puede defender intereses nacionalistas y oponerse a la usurpación extranjera —en un Frente Popular— con obreros y campesinos de Latinoamérica porque la misma usurpación neoimperialista está forzando a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados obreros y campesinos, obligándola así a privarse de este apoyo político. En tanto que la burguesía de Latinoamérica persista en esa política de precios y salarios que aumenta la explotación de los trabajadores, y en reprimir sus legítimas demandas de alivio a esta creciente explotación, no podrá recobrar su apoyo para enfrentarse

a la burguesía de la metrópoli; así como la ineficiencia económica de esta explotación impide el ahorro doméstico para inversión, obliga a la burguesía a mirar hacia el exterior en busca de ayuda financiera y tecnológica.

La burguesía de Brasil ha estado tratando de encontrar una salida adicional, primero a través de la política exterior "independiente" de los presidentes Quadros y Goulart (que buscaron nuevos mercados en África, Latinoamérica y los países socialistas) y, luego que esto resultó imposible en un mundo imperializado, a través de la política exterior subimperialista "interdependiente" iniciada por el actual gobierno militar como socio menor de los Estados Unidos. El subimperialismo brasileño requiere también bajos salarios en el país para que su burguesía pueda entrar al mercado latinoamericano, sobre una base de bajos costos, ya que es, además del equipo norteamericano obsoleto, aunque aún moderno, la única ventaja que posee. En los países subimperializados de Latinoamérica, la invasión brasileña también lleva a la baja de salarios, ya que es la única reacción defensiva posible de la burguesía local. De este modo, el subimperialismo también ahonda las contradicciones existentes entre la burguesía y los sectores trabajadores de cada uno de estos países.

En resumen, el neoimperialismo y el desarrollo del monopolio capitalista están obligando a todos los sectores de la clase burguesa de América Latina a una alianza económica y a una dependencia aún más estrecha respecto de la metrópoli imperialista. La vía del capitalismo nacional o estatal hacia el desarrollo económico les está cerrada por el neoimperialismo actual. La misión política de acabar con el desarrollo del subdesarrollo económico corresponde, por tanto, a los pueblos mismos.

En este cuadro, ¿cuál es el futuro económico y político del proletariado industrial y sus organizaciones políticas? El reciente estancamiento económico de buena parte de Latinoamérica se ha traducido, entre otras cosas, en un decreciente salario real para estos trabajadores. Esta realidad y la menguante suerte de la burguesía nacional parecen haber socavado seriamente la alianza obrero-burguesa. Los golpes militares de 1964 y 1966 en Brasil y la Argentina, que no fueron simples rebeliones palaciegas al modo "tradicional" latinoamericano, han destruido sustancialmente lo que quedaba del frágil matrimonio entre los intereses burgueses coloniales y nacionales de las épocas de Vargas y Perón y han cimentado eficazmente el matrimonio burgués de la industria y el comercio asociados a los intereses exportadores imperialistas. (En la esfera internacional, estos golpes se corresponden con la contraofensiva imperialista mundial que también incluye los golpes en África y en Indonesia.) ¿Continuará reprimiendo este nuevo régimen burgués las demandas económicas y de democracia política de los obreros industriales, como ha ocurrido en Brasil, o intentará y conseguirá cooptar al movimiento obrero, como hizo la burguesía nacional, siguiendo, quizás, el modelo mexicano? ¿Y cómo les irá a los obreros y su movimiento en los otros países latinoamericanos? ¿Hasta qué punto los partidos comunistas,



gran parte de cuyo poder político descansa en esta base de obreros sindicalizados, han sido sustancial y burocráticamente integrados en la institución burguesa? ¿Qué papel desempeñarán los obreros industriales y los partidos comunistas en la presente etapa del proceso revolucionario?

Quedan otros dos "sectores" urbanos: las "clases" medias pequeñoburguesas y la población "marginal" o "flotante", parte de la cual, pero no toda en modo alguno, está formada por recientes emigrantes de las áreas rurales y que viven en las favelas, las villas miserias, las callampas, barriadas, ranchos, etc., y en los conventillos del centro de las ciudades (aunque parte de estos residentes son también obreros o ex-obreros industriales).<sup>12</sup> Estas gentes constituyen la grande y creciente masa de la población urbana. No es casual que a estos grupos de población se los defina generalmente por su ubicación en el medio de las otras clases y/o por su residencia. Esto se debe al hecho de que su relación con los medios de producción, o incluso el proceso productivo, es incierta en el mejor de los casos, y a que su comportamiento político es en extremo volátil en el peor. Ambos grupos se caracterizan por pautas en extremo complejas y cambiantes de relaciones económico-sociales y de conducta política, que requieren considerable esclarecimiento científico. ¿Son políticamente progresivos los sectores medios, o partes determinadas de ellos, exceptuando a la alta clase media, porque sus ingresos están comprimidos y su horizonte económico social restringido por la polarización de la economía y el estancamiento de muchos de sus sectores? ¿O es que la reducción de sus ingresos y la amenaza de proletarianización les hace seguir cursos políticos reaccionarios, en alianza con la gran burguesía y su régimen militar? Grandes sectores de la clase media apoyaron con entusiasmo los golpes militares de Brasil y otros países, para desilusionarse más tarde con los programas económicos del nuevo régimen. ¿Por qué esta "clase" media engendra a la pequeña burguesía progresista y, especialmente, a los movimientos estudiantiles (aunque, hasta ahora, éstos no representan a la mayoría de su base social)? ¿Es, en realidad, correcto desanimar la lucha de clases para retener a estos grupos sociales o atraerlos a una lucha electoral "antimperialista"? ¿O hay que llevar los sectores más amplios de la pequeña burguesía a la oposición política contra la gran burguesía latinoamericana y, por ende, contra el imperialismo?

¿Es la población "flotante" o "marginal", que bien puede representar la mitad de la población urbana latinoamericana (que a su vez se aproxima a la mitad de la población total), un "lumpenproletariado"? ¿Son estas gentes, en realidad, ideológicamente intocables y políticamente no responsables e inorganizables? El imperialismo y la burguesía no lo creen así y hasta ahora han tenido sumo éxito en utilizarlas para sus propósitos políticos, que sólo en parte se manifiesta en el apoyo electoral de estos grupos a Odría, Frei, Adhemar de Barros, etc. Sin embargo, en Caracas, la iz-

quierda pudo movilizar a una parte de esta población, y en Santo Domingo ellos terminaron movilizándolo al coronel Caamaño.

Quizás la primera y más importante pregunta que se ha de hacer al respecto de la estructura rural de las clases es hasta qué punto se separa la importancia de esta pregunta de la estructura nacional y urbana. La importancia de esta pregunta deriva de la casi universal respuesta que le dan los eruditos y los dirigentes políticos, tanto los burgueses como los marxistas: que buena parte de la América Latina rural es un mundo "semifeudal", separado del sistema capitalista urbano, nacional e internacional; y la América Latina en realidad una economía y sociedad "dual", en una o semifeudales y hasta una estructura no capitalista de las clases? ¿Reclama esta "sobrevivencia" en realidad una revolución democrático-burguesa o siquiera una revolución democrática nacional, que extienda el capitalismo hacia el campo? ¿O es éste —como pensamos nosotros— uno de los modelos "marxistas" supuestamente científicos y revolucionarios, números 12, 13 y 14, que Fidel calificó de catecismo absurdo y reaccionario en su discurso ante la OLAS?

El testimonio histórico y la realidad contemporánea, cuyo examen científico debe ser emprendido cuanto antes, sugieren que durante más de cuatro centurias ha sido la estructura colonial del capitalismo mundial y nacional la que ha formado las relaciones de producción y la estructura rural de las clases en América Latina. Esta parte de la sociedad, por ende, no ha estado nunca separada de las metrópolis capitalistas mundiales y nacionales; y si ha sido diferente es porque los intereses de la burguesía de la última han requerido que la América Latina rural devenga y permanezca así. La América Latina rural ha sido explotada colonialmente por la metrópoli capitalista mundial, tanto directa como indirectamente, a través de las metrópolis nacionales latinoamericanas, las cuales someten a su *hinterland* rural (y urbano) al mismo género de explotación colonial "interna" y desangramiento de capitales que ellas sufren a manos del imperialismo. La burguesía de la metrópoli nacional colabora con el imperialismo en la explotación colonial y de clases de su propio pueblo. La parte de la burguesía que es dueña de los latifundios y ejerce el control monopolista del comercio interior es, por supuesto, un componente de esta organización capitalista de las colonias y las clases. Lejos de preguntar cuán aislada y cuán "feudal" es esta "oligarquía" rural, debemos inquirir cómo la burguesía latifundista (si acaso es rural) está comercialmente ligada a los principales monopolios comerciales e industriales urbanos; hasta qué punto, en realidad, el monopolio de la tierra está en manos de las mismas personas, familias o corporaciones con carácter de monopolio comercial e industrial; hasta qué punto los latifundistas derivan sus ingresos de la producción agrícola de sus tierras y hasta qué punto su pose-

<sup>12</sup> Véase el cap. 18.



sión monopolista de la tierra les facilita, sencillamente, la explotación comercial, financiera y política de los trabajadores del latifundio y tierras vecinas. Pero esto nos hace preguntar también cómo la explotación capitalista colonial crea y mantiene las relaciones de producción del latifundio y la estructura de clases de la América Latina rural, que superficialmente pueden parecer feudales, pero que realmente posibilitan esta explotación capitalista. Por último, debemos preguntar quiénes quieren cambiar estas relaciones de producción y cómo se cambiarán; no, ciertamente, por medio de una revolución democrático-burguesa "antifeudal" o "antimperialista", sino por una revolución socialista.

¿Cuál es, entonces, la relación esencial entre los grandes comerciantes-terratenientes y los que en América Latina trabajan la tierra? ¿Constituyen estos últimos un campesinado, ya sea siervo o libre? Se sugiere aquí que un estudio más cuidadoso revelará que, no obstante la multitud de formas de remuneración que existan entre los que poseen la tierra y los que la trabajan, la relación esencial entre ambos —no menos que en la industria— es la explotación de los últimos, carentes de medios de producción para sustentarse, por los primeros, que sí los poseen. Demasiado poco se sabe acerca de la diversidad de formas y, particularmente, acerca de las vastas áreas del Brasil (como en el noreste), la Argentina, el Caribe y también los países de población indígena, como Perú y Guatemala, en que grandes partes de la población rural son, en esencia, trabajadores agrícolas —un proletariado rural— que trabajan por lo que en esencia es un salario, aunque insuficiente y variable, a la vez que emigran de una finca a otra, de una región a otra y hasta a otros países (como los braceros mexicanos) cuando así lo requieren las condiciones económicas y climatológicas. Y no es que trabajen únicamente para los grandes terratenientes, sino donde pueden y cuando pueden, en la agricultura o fuera de ella. Los contratan también los propietarios medianos, los pequeños y hasta los arrendatarios o aparceros, quienes a veces se sirven de ellos para cumplir sus obligaciones laborales con sus propios terratenientes. ¿Cómo interpretar este padrón tan complejo de explotación? ¿Hasta qué punto está interesado este proletariado rural en la tierra y hasta qué punto en jornales más altos o en mayor seguridad de empleo? ¿Y hasta qué punto se interesan los pequeños propietarios y los arrendatarios, víctimas de la explotación también, pero que a su vez toman jornaleros, en evitar que los salarios suban o que se aprueben y apliquen en las áreas rurales leyes de jornales mínimos, para que no se empeore su propia posición competitiva frente a los grandes monopolios de la tierra? ¿Hasta qué punto son estos mismos pequeños propietarios y aparceros trabajadores a jornal —interesados en salarios más altos— o comerciantes —interesados en precios más altos— porque la tierra que poseen o arriendan o trabajan a la parte no les alcanza para mantener a sus familias? ¿Hasta qué punto los propietarios de fincas medianas no son agricultores en absoluto, sino comerciantes pequeñoburgueses rurales y ur-

banos, empleados o profesionales, interesados en exprimir al máximo a los que trabajan sus tierras? Unos alegan que los pequeños y medianos propietarios pueden movilizarse antes que los proletarios rurales, y la experiencia revolucionaria parece darles la razón. Pero otros mantienen lo contrario. ¿Dónde pues hay que empezar el trabajo político, bajo qué consignas, y con qué aliados?

Se dice que los indígenas latinoamericanos viven en un mundo aparte. Es cierto que, siempre que pueden, tratan de preservar sus culturas y, si es posible, una comunidad social como frente común al intruso. Ésta ha sido su mejor protección —aunque casi siempre inadecuada— contra la explotación de que son víctimas por haber sido empujados hasta el fondo mismo de la estructura colonial interna y de la estructura nacional de clases. Lejos de estar fuera de ambas estructuras, son, en realidad, sus miembros más íntegramente explotados. Como resultado, tienden a ver con suspicacia —basados en 400 años de explotación— toda proposición de eliminar ésta mediante reformas desde arriba.

¿Significa esto que no han de incorporarse a la lucha revolucionaria desde abajo, una vez que la perciban como tal y una vez que la lucha sea lo bastante revolucionaria para permitir y justificar tal percepción? La historia enseña que el indígena puede ser políticamente movilizado, como en Guatemala; en realidad, que su gran movimiento multitudinario en la base puede excitar a la dirigencia revolucionaria a una mayor combatividad como en Bolivia en 1952. No se trata tanto de si el indígena participará en la lucha como de si la dirigencia revolucionaria será capaz de canalizar esta participación hacia la revolución o hacia la reforma y la reacción. Plantéanse a este respecto varias cuestiones acerca de la organización revolucionaria y reformista en el campo en general y de su relación con la organización política de la revolución en la ciudad, en la nación, en el continente y en el mundo.

Los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial no están, como hasta ahora se ha argumentado, en la estructura metropolitana. Precisamente lo demuestran las revoluciones soviética, china y cubana y otras. ¿Dónde están, entonces, en la estructura colonial del mundo y de Latinoamérica, los eslabones más débiles? ¿Qué hace la burguesía imperialista y latinoamericana con sus esfuerzos por fortificar estos eslabones mediante programas de desarrollo social, sanitarios, educativos, de "reforma agraria" y otros, que en la conferencia de la Alianza para el Progreso, en Punta del Este, el Che llamó "letrización" de América Latina? ¿Hasta dónde pueden ser llevados estos programas —el último esfuerzo, por ejemplo, es hacer que las fuerzas de ocupación militar latinoamericanas mejoren su "reputación" en el campo emprendiendo versiones latinoamericanas del programa de "pacificación" imperialista en Vietnam— y qué efecto tendrán, si no sobre la aceleración del desarrollo económico, si en la desaceleración del desarrollo político de los campesinos?



Si acertamos a encontrar los eslabones más débiles de la estructura colonial y de clases, ¿cómo romperlos? No, por cierto, con exhortaciones a combatir a un enemigo imperialista invisible mediante la nacionalización en beneficio de "todo el pueblo", ni con explicaciones abstrusas para hacer visible a Wall Street, o quizás al palacio presidencial, en la casucha del campesino o el trabajador agrícola. Uno y otro se harán por demás visibles si las masas rurales latinoamericanas, o siquiera parte de ellas, se lanzan a la lucha contra sus tradicionales opresores inmediatamente visibles: los agentes económicos y políticos locales de la estructura capitalista, interior y exterior, colonial y clasista. ¿Qué aliados tendrán estas fuerzas populares, qué alianzas previas pueden formar y sobre qué base, con las de otras partes del país, de Latinoamérica y del mundo que están dispuestas a apoyarlas cuando la burguesía latinoamericana y luego la imperialista intervengan para salvar a sus agentes locales y con ellos a toda la expoliadora estructura colonial y de clases del capitalismo?

La organización y movilización política revolucionaria podrían obtener provecho del análisis marxista de la estructura colonial y de clases de determinadas regiones o áreas locales. Este estudio, por supuesto, no puede hacerse desde el extranjero o en términos de un esquema general preconcebido. Debe ser llevado a cabo allí mismo por marxistas revolucionarios que participen en el movimiento al que el estudio se propone servir. Pero el mismo principio es aplicable también al trabajo teórico sobre problemas políticos más amplios. La verdadera teoría marxista sólo puede surgir de la práctica política revolucionaria. Y para el intelectual de Latinoamérica y otros países subdesarrollados, ésta comprende también la lucha ideológica.

### *Ideología y marxismo*

La estructura colonial y la de clases producen contrapartes ideológicas para justificarse, y éstas se reflejan también en la "ciencia" social que se utilice para "estudiarlas". Para los revolucionarios, por ende, el campo de batalla incluye también la ideología, como sugiere Fidel. Para los sociólogos revolucionarios, la contienda ideológica se extiende al campo de la ciencia social. La ideología preponderante, incluyendo su componente "científico" social, fue desarrollada por la burguesía metropolitana para uso nacional y para la exportación a las colonias. Estas últimas, el menos en América Latina, siempre se dieron cuenta de algunos de los aspectos colonialistas de esta ideología y ciencia, particularmente durante las épocas de ascenso nacionalista. Los mismos sectores nacionalistas de América Latina han tratado de ofrecerle resistencia y de reemplazarlos por factores nacionalistas. Las alternativas nacionalistas se presentan como un reto directo al orden colonial, y pueden parecer sustancialmente distintas de la ideología y ciencia imperialistas. Pero como estas alternativas nacionalistas proceden de la burguesía latinoamericana, lejos de retar, consolidan el orden clasista en el plano nacional. Toca a los revolucionarios investigar

hasta qué punto... En el sector principal... el imperialismo...  
político y el militar. Se debe combatir al enemigo principal...  
fin de combatir al enemigo principal...  
Durante el siglo pasado, las principales...  
burguesía imperialista fueron el liberalismo...  
especie de pragmatismo tecnológico o tecnocrático...  
la burguesía latinoamericana ha aceptado...  
ismos, haciéndose a veces más papista que el papa...  
intereses exportadores latinoamericanos al respecto de la...  
cambio. Algunos sectores burgueses y pequeño-burgueses...  
tencia a los aspectos más flagrantemente colonialistas...  
pero las aceptaron, no obstante, en esencia, cuando...  
reses de su clase frente a los de las clases populares.

La última invasión ideológica propone que la "pericia" y la tecnología norteamericanas pueden resolver todos los problemas de los pueblos del mundo, con sólo dejar que los yanquis las apliquen sin intermediarios. En la industria, esto significa inversiones extranjeras y un grado más alto de monopolización... y desempleo. En la agricultura, significa métodos de cultivo, semillas, fertilizantes, maquinaria agrícola, etc... de Estados Unidos y producción de abonos y máquinas por la Standard Oil y la Ford. Para la población, significa control de la natalidad mediante píldoras anticonceptivas y medicamentos... y compañías farmacéuticas. Para la cultura significa el *american way of life* en todo, a través de medios de expresión "masivos", de la educación "popular", de la "ciencia" de la estadística electrónica, etc. La gran burguesía latinoamericana acepta todo esto sobre una base de socio menor. Los elementos "nacionalistas" de la burguesía y parte de la pequeña burguesía rechazan la participación "norteamericana", pero aceptan la tecnología, diciendo que la aplicarán ellos mismos... y mejor.

En las ciencias sociales, la ofensiva ideológica imperialista de tiempos recientes ha tomado dos formas principales: el estructuralismo y su degeneración en institucionalismo, culturalismo o behaviorismo. El estructuralismo dominó durante largo tiempo la ciencia económica y la sociología, pretendiendo analizar la estructura del mercado y de la sociedad. Pero esto era —y es— o bien el estudio abstracto de los modos idealizados de un mercado competitivo o el de una sociedad consensual, término que puede referirse a cualquier sistema social imaginario, desde la familia a todo el mundo, pero que no explica ningún sistema social real. O bien los estructuralistas se ocupan en algunos sistemas sociales determinados, que son siempre unidades locales, regionales o nacionales, pero nunca el sistema social predominante. Este "estructuralismo" abstracto o concreto, pero limitado, desvía la atención del investigador del verdadero sistema capitalista mundial, su estructuración de las colonias y las clases y la historia de su



desarrollo, que han determinado la realidad social tanto en la parte metropolitana como en la colonial del sistema imperialista.

Recientes ampliaciones de la sociología metropolitana y su exportación a los países subdesarrollados, apartan aún más la atención del investigador de los problemas sociopolíticos fundamentales y sus soluciones. El institucionalismo describe las supuestas instituciones sociales y políticas de la sociedad y la "democracia" burguesa, tal como aparecen en la superficie. El culturalismo enfoca las manifestaciones culturales de la estructura económico-social subyacente y, más recientemente, hasta las características psicoculturales (esto es, individuales). El behaviorismo, hoy común en la "ciencia" política y creciente en otras asignaturas sociales, expone técnicas aún más maquinizadas de rigurosos análisis estadísticos de todo tipo de variables sociales, sin entrar nunca en la estructura ni en el desarrollo del sistema, no vaya a ocurrirnos la idea de que es necesario cambiarlo. Aparte las limitaciones (ventajas, desde el punto de vista de la burguesía) del estructuralismo, estas degeneraciones permiten diferenciar la misma cosa y comparar cosas diferentes, o sea, se enmascara el hecho de que la metrópoli y sus colonias son parte del mismo sistema capitalista mediante el descubrimiento de la existencia supuestamente independiente en ellas de las diferencias culturales e institucionales creadas por esta relación colonialista. A la vez, el descubrimiento de similitudes institucionales y behavioristas superficiales entre los países capitalistas y socialistas, permite a la burguesía "demostrar" estadísticamente (esto es, con "neutralidad" ideológica aparente) a la clase a la cual explota, que la estructura de clases en realidad carece de importancia, alegando así que no es necesario cambiarla.

Esta ideología a guisa de ciencia se divulga hoy por todo el mundo capitalista —y llega incluso al campo socialista— a través de incontables canales. Los elementos informados de la burguesía colonial latinoamericana colaboran en este proceso, tan ávidamente hoy como en otro tiempo, a la vez que ciertos elementos burgueses nacionales intentan lanzar una ofensiva científico-social e ideológica propia. Después del ascenso nacionalista burgués del 30 y el 40, pero, al parecer, con un retraso cultural de una década o más, estos intereses burgueses latinoamericanos establecieron varias instituciones con el expreso propósito de desarrollar una ideología científica nacionalista. La primera y principal de estas instituciones es la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) y su más reciente vástago, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), ambos con sede en Santiago de Chile. En Brasil fue el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB); en Argentina, el Instituto Torcuato di Tella; en México la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional (UNAM). Los nombres de sus fundadores, directores y principales colaboradores se han hecho ampliamente conocidos en la ciencia social latino-

americana y hasta en círculos intelectuales más amplios: Pablo González Casanova, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Germani, Pablo González Casanova, etc.

Sus tesis principales son bien conocidas: la metrópoli explota a América Latina, a través de términos de intercambio que se determinan de manera por ende, de una relación colonial, pero no llegan a analizar la estructura colonial monopolista ni el creciente papel que dentro de ella desempeñan las inversiones extranjeras y la ayuda exterior, que generalmente acogen bien, sujetas a ciertas "salvaguardias" solamente. Atribuyen el subdesarrollo latinoamericano a su errónea selección del "desarrollo hacia afuera" cuando, a mediados del siglo XIX, el continente despertó al fin de su "monopadecido" de los menguantes términos del intercambio y comenzó a industrializarse. Por consiguiente, arguyen, Latinoamérica debe ahora el desarrollo capitalista nacional hacia adentro.

El obstáculo a vencer, dicen, es el reducido mercado interno. De esta forma, en cuanto a lo nacional, la misma ideología que se emplea en la Alianza para el Progreso y el estructuralismo en América Latina constituye una economía y sociedad "dual", que es parte capitalista y progresista y en parte feudal y retrógrada. La reforma agraria, la reforma tributaria, etc., y la "planeación" económica iniciada por los industriales y las clases medias progresistas, eliminarían los obstáculos "feudales" e integrarían a la vasta población rural, especialmente los indígenas, en el mercado y la sociedad nacional. Estos ideólogos "científicos" sostienen que los pobres del campo son pobres porque no están dentro de la economía mercantil o monetaria, razón por la cual —alegan— no avanza el desarrollo industrial y económico. Se llaman a sí mismos "estructuralistas" y emplean lo que encuentran útil en el análisis y la terminología marxistas para proponer la *reforma* de la estructura.

Pero estos "estructuralistas" que se lamentan de la explotación metropolitana no observan o no analizan la estructura colonial interior de América Latina, que le sirve a la metrópoli nacional para extraer del campo "feudal" la mayor parte del capital que invierte en su limitado desarrollo industrial. Tampoco estos ideólogos de la burguesía nacional analizan la estructura de clases en América Latina. En vez de ello, importan las últimas técnicas norteamericanas para el estudio de las "élites" y la "estratificación social", y sus estudiantes caen cada vez más en la trampa de la nueva oferta metropolitana de sustituir el análisis científico y la solución política de los problemas latinoamericanos por el análisis estadístico "objetivo".

Dicho de otro modo, la versión "nacionalista progresista" latinoamericana de esta ciencia social burguesa sólo se diferencia superficialmente, no fundamentalmente, del patrón imperialista. En segundo lugar, la ofensiva ideológica nacionalista en realidad no comenzó en las ciencias sociales



desarrollo, que han determinado la realidad social tanto en la parte metropolitana como en la colonial del sistema imperialista.

Recientes ampliaciones de la sociología metropolitana y su exportación a los países subdesarrollados, apartan aún más la atención del investigador de los problemas sociopolíticos fundamentales y sus soluciones. El institucionalismo describe las supuestas instituciones sociales y políticas de la sociedad y la "democracia" burguesa, tal como aparecen en la superficie. El culturalismo enfoca las manifestaciones culturales de la estructura económico-social subyacente y, más recientemente, hasta las características psicoculturales (esto es, individuales). El behaviorismo, hoy común en la "ciencia" política y creciente en otras asignaturas sociales, expone técnicas aún más maquinizadas de rigurosos análisis estadísticos de todo tipo de variables sociales, sin entrar nunca en la estructura ni en el desarrollo del sistema, no vaya a ocurrirnos la idea de que es necesario cambiarlo. Aparte las limitaciones (ventajas, desde el punto de vista de la burguesía) del estructuralismo, estas degeneraciones permiten diferenciar la misma cosa y comparar cosas diferentes, o sea, se enmascara el hecho de que la metrópoli y sus colonias son parte del mismo sistema capitalista mediante el descubrimiento de la existencia supuestamente independiente en ellas de las diferencias culturales e institucionales creadas por esta relación colonialista. A la vez, el descubrimiento de similitudes institucionales y behavioristas superficiales entre los países capitalistas y socialistas, permite a la burguesía "demostrar" estadísticamente (esto es, con "neutralidad" ideológica aparente) a la clase a la cual explota, que la estructura de clases en realidad carece de importancia, alegando así que no es necesario cambiarla.

Esta ideología a guisa de ciencia se divulga hoy por todo el mundo capitalista —y llega incluso al campo socialista— a través de incontables canales. Los elementos informados de la burguesía colonial latinoamericana colaboran en este proceso, tan ávidamente hoy como en otro tiempo, a la vez que ciertos elementos burgueses nacionales intentan lanzar una ofensiva científico-social e ideológica propia. Después del ascenso nacionalista burgués del 30 y el 40, pero, al parecer, con un retraso cultural de una década o más, estos intereses burgueses latinoamericanos establecieron varias instituciones con el expreso propósito de desarrollar una ideología científica nacionalista. La primera y principal de estas instituciones es la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) y su más reciente vástago, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), ambos con sede en Santiago de Chile. En Brasil fue el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB); en Argentina, el Instituto Torcuato di Tella; en México la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional (UNAM). Los nombres de sus fundadores, directores y principales colaboradores se han hecho ampliamente conocidos en la ciencia social latino-

americana y hasta en círculos intelectuales más amplios: Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Gino Germani, Pablo González Casanova, etc.

Sus tesis principales son bien conocidas: la metrópoli explota a América Latina, a través de términos de intercambio que se deterioran. Se duelen, por ende, de una relación colonial, pero no llegan a analizar la estructura colonial monopolista ni el creciente papel que dentro de ella desempeñan las inversiones extranjeras y la ayuda exterior, que generalmente acogen bien, sujetas a ciertas "salvaguardias" solamente. Atribuyen el subdesarrollo latinoamericano a su errónea selección del "desarrollo hacia afuera" cuando, a mediados del siglo XIX, el continente despertó al fin de su "morra feudal". De haber preferido el "desarrollo hacia adentro", no habría padecido de los menguantes términos del intercambio y habría podido industrializarse. Por consiguiente, arguyen, Latinoamérica debería escoger ahora el desarrollo capitalista nacional hacia adentro.

El obstáculo a vencer, dicen, es el reducido mercado interior. Exponen, de esta forma, en cuanto a lo nacional, la misma interpretación implícita en la Alianza para el Progreso y el estructuralismo ilustrado; América Latina constituye una economía y sociedad "dual", que es en parte capitalista y progresista y en parte feudal y retrógrada. La reforma agraria, la reforma tributaria, etc., y la "planeación" económica iniciada por los industriales y las clases medias progresistas, eliminarían los obstáculos "feudales" e integrarían a la vasta población rural, especialmente los indígenas, en el mercado y la sociedad nacional. Estos ideólogos "científicos" sostienen que los pobres del campo son pobres porque no están dentro de la economía mercantil o monetaria, razón por la cual —alegan— no avanza el desarrollo industrial y económico. Se llaman a sí mismos "estructuralistas" y emplean lo que encuentran útil en el análisis y la terminología marxistas para proponer la *reforma* de la estructura.

Pero estos "estructuralistas" que se lamentan de la explotación metropolitana no observan o no analizan la estructura colonial interior de América Latina, que le sirve a la metrópoli nacional para extraer del campo "feudal" la mayor parte del capital que invierte en su limitado desarrollo industrial. Tampoco estos ideólogos de la burguesía nacional analizan la estructura de clases en América Latina. En vez de ello, importan las últimas técnicas norteamericanas para el estudio de las "élites" y la "estratificación social", y sus estudiantes caen cada vez más en la trampa de la nueva oferta metropolitana de sustituir el análisis científico y la solución política de los problemas latinoamericanos por el análisis estadístico "objetivo".

Dicho de otro modo, la versión "nacionalista progresista" latinoamericana de esta ciencia social burguesa sólo se diferencia superficialmente, no fundamentalmente, del patrón imperialista. En segundo lugar, la ofensiva ideológica nacionalista en realidad no comenzó en las ciencias sociales



hasta que el movimiento económico, social y político del cual procedía había llegado a su cúspide ya y empezaba a convertirse en historia. Por último, el imperialismo en la década de 1960 ha iniciado una contraofensiva en este campo también, con el resultado de que su ciencia "behaviorista" está neutralizando crecientemente a aquellos elementos de la pequeña burguesía latinoamericana que hace pocos años eran políticamente progresistas. Al respecto es digno de notar el hecho de que el imperialismo se sirve ahora de invitaciones a conferencias, becas, programas de "investigación conjunta", tanto en Estados Unidos como en sus afiliados latinoamericanos, para cortejar precisamente a los intelectuales izquierdistas latinoamericanos (y otros) a quienes antes desdeñaba y perseguía.

¿Cuál será la respuesta de la izquierda revolucionaria latinoamericana a esta ofensiva ideológica en el campo de las ciencias sociales?

Millares de estudiantes y obreros latinoamericanos —entre ellos, quizás, otros Fidel, Che, Camilo...— están en busca de otra orientación científica y política que la que les ofrece la burguesía metropolitana, y sus partidarios o revisores latinoamericanos. ¿Qué podemos ofrecerles? ¿Esperamos que se guíen por los modelos "marxistas" de inspiración metropolitana números 14, 13 o 12 (como los ridiculizó Fidel en la OLAS), según los cuales toda la humanidad pasa necesariamente por las sucesivas y al parecer preestablecidas etapas del comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo y el comunismo? ¿Serán los estudiantes, unidos y movilizados para la revolución, así como también los obreros industriales y agrícolas, por los teóricos y "teorías" que les dicen —no menos que los ideólogos burgueses nacionales— que América Latina está hoy dividida en dos partes, una en la etapa feudal todavía y otra ya en la capitalista? ¿Que una oligarquía feudal y el imperialismo extranjero, pero no la propia burguesía capitalista, son los obstáculos en el camino del desarrollo nacional? Jamás los latinoamericanos irán a la revolución si siguen la principal tesis política derivada de esta pseudociencia "marxista", que es —como dijo Fidel en la OLAS—

la famosa tesis acerca del papel de las burguesías nacionales [...] ¿Cuánto papel, cuántas frases, cuánta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista? [...] Y a muchos se les dice que esto es marxismo [...] ¿y en qué se diferencia esto del catecismo, en qué se diferencia de una letanía, de un rosario?

En fin, la necesidad política nos plantea una tarea ideológica a ser cumplida, tanto para asegurar la firmeza de los militantes revolucionarios, como para reclutar cada vez más latinoamericanos, sobre todo jóvenes, a sus filas. También enfrentamos un trabajo teórico importante para poder complementar la práctica revolucionaria con la teoría revolucionaria precisa. Y requerimos del análisis de la sociedad latinoamericana, sobre todo en sus regiones rurales, para asesorar las fuerzas populares en su lucha

revolucionaria. Para esto los marxistas tendrán que crear las ideas guías y revolucionarias que, como dice Fidel, reclama la revolución latinoamericana. La claridad ideológica con respecto a estos problemas se vuelve esencial en el momento en que el movimiento revolucionario encuentra trabas temporales, porque entonces se necesita la firmeza ideológica para resistir a las tentaciones —siempre ofrecidas por la burguesía— de retroceder hacia una política reformista, postulando, por ejemplo, la supuesta posibilidad y necesidad de una "paz democrática" como en estos momentos predica el Partido Comunista de Venezuela. Para alcanzar esta claridad ideológica y teórica los marxistas tendrán que obrar en lo intelectual, pero no sólo en lo intelectual, sino inspirados en el ejemplo del Che, que es primero revolucionario y después intelectual.

Seguir esta meta intelectual y revolucionaria, que es la responsabilidad del verdadero intelectual latinoamericano, y especialmente del marxista, implicará —como también lo encontró preciso el Che— salirse del marco institucional de la burguesía latinoamericana e imperialista. El intelectual latinoamericano —y esto vale para el escritor y artista tanto como para el científico social— tendrá que tomar conciencia del hecho de que trabaja al servicio de la burguesía. Tendrá que darse cuenta también que, mientras más agudas se tornan las contradicciones y más avanza el proceso revolucionario, menos permitirá la burguesía que el intelectual latinoamericano se aproveche de sus instituciones burguesas —universidades, editoriales, prensa, etc.— para la elaboración de una teoría y una práctica marxista verdaderamente revolucionarias. En algunas partes del continente, ya llegó la hora en que se cierran las puertas de las instituciones burguesas para el marxista; en las demás llegará luego. El intelectual marxista latinoamericano tendrá que decidirse si se queda dentro, siguiendo el reformismo o del otro lado con el pueblo, haciendo la revolución.



Nº 372

Imprenta Madero, S. A.  
Avenida 102, México 13, D. F.  
15-III-1976  
Edición de 4 000 ejemplares  
más sobrantes para reposición